ISABEL ROBLES

LAS TINIEBLAS DE ROMA

NARRATIVAS HISTÓRICAS  edhasa

LAS TINIEBLAS DE ROMA

ISABEL ROBLES



En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: abril de 2023
Primera edición en e-book: abril de 2023

Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-4914-6

Producido en España

Dramatis personae

EN LA VILLA DE TERRACINA

Julia Vestina	Hija del senador Publio Julio Vestino y Annia Tertia
Marco Cesio Ático	Su hijo
Valeria Máxima	Su nuera

EN ROMA

La familia	
Quinto Emilio Salvio	Su difunto marido
Quinta y Mario	Sus encantadores (ex)suegros
Décimo Aurelio Fulvo	Su también encantador abuelo
Publio Julio Vestino	Su padre
Lucio Tulio Baso	Su primo
Lucio Tulio Pinariano	Su tío político y padre de Lucio

Los esclavos	
Spuria, Nevia y Galeo	Los esclavos domésticos
Silo	El esclavo galo
Filipo	El administrador, un liberto griego

Las amigas

Livia Lucilla	La influyente
Domicia	La resignada
Marcia	La fogosa

Los políticos

Tito Flavio Sabino	Senador y pretor de Roma. Hermano mayor de Vespasiano y amigo de Vestino
Domiciano	El hijo menor de Vespasiano y sobrino de Sabino
Nerón	Emperador del Imperio romano
Galba	Emperador del Imperio romano
Tito Vinio	El poder en la sombra
Otón	Esperaba ser nombrado sucesor de Galba
Vitelio	Enemigo de Galba
Cayo Cornelio Vitalis	Senador, esposo de Livia y expretor de Grecia
Marco Antonio Primo	Comandante de las legiones de Moesia y Dalmacia

Los demás

Sextilia	La amante de Vestino
Cleisthenes	El banquero, un griego
Demóstenes	El médico de la familia, otro griego
Licinio	El dueño del almacén
Esporo (también llamado Popea)	El amante eunuco de Nerón
Justino	Un terrateniente de Terracina
Rufio Aureliano	Un comerciante de esclavos y fieras del circo
Neso	Capitán de barco
Rutiliano	Capitán de barco
Marcelo	Centurión

EN JUDEA

Damara	Una amable griega convertida al judaísmo
Isaac	El líder de los piratas
Joshua	El jefe de la caravana
Manio Julio Vero	El hermano de Julia. Tribuno de la legión Quinta Macedónica
Urbano	Esclavo de Vero
Sexto Vettulenus Cerialis	Legado de la legión Quinta Macedónica
Tito Flavio Vespasiano	General de las legiones de Judea
Tito	El hijo mayor de Vespasiano. Legado de la legión Decimoquinta Apollinaris
Aulo Cesio Alenio	Tribuno de la legión Decimoquinta Apollinaris
Próculo	Médico de la legión
Mario	Soldado veterano y cocinero experto
Numerio, Crispo, Festo y Rústico	Soldados

EN ALEJANDRÍA

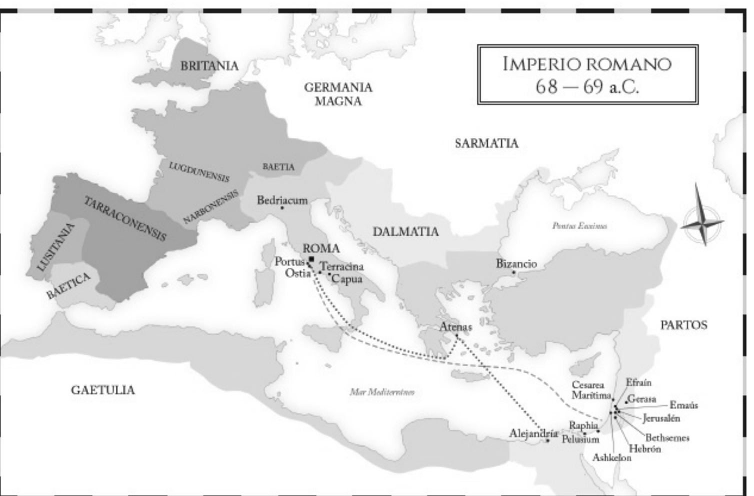
Najt	Agente comercial, entre otras cosas
Tiberio Julio Alejandro	Pretor de Egipto
Leví	Primo de Alejandro y cambista ocasional
Apio Acerronio Heliodoro	Empresario

Un banquero cabreado, varios comerciantes desesperados y diversos egipcios malhumorados

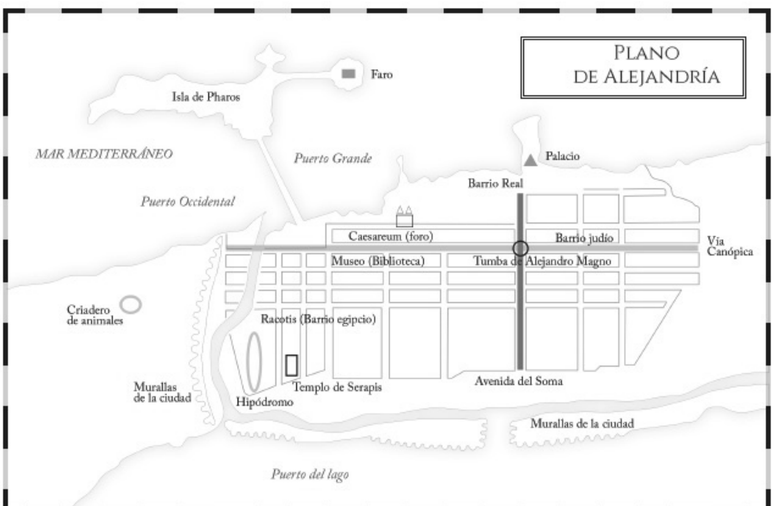
Fauna local

«The months of peace and all the years of war,
The lives of love and all the lives of fears».

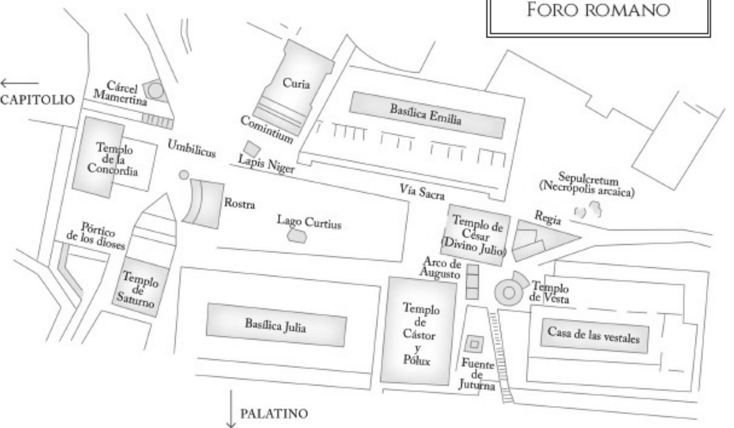
Caravanserai, Loreena McKennitt



IMPERIO ROMANO
68 — 69 a.C.
BRITANIA
GERMANIA
MAGNA
SARMATIA
LUGDUNENSIS
BAETIA
NARBONENSIS
TARRACONENSIS
LUSITANIA
BAETICA
Bedriacum
DALMATIA
ROMA
Portus
Ostia
Terracina
Capua
Pontus Euxinus
Bizancio
Atenas
PARTOS
GAETULIA
Mar Mediterraneo
Cesarea
Marítima
Efraín
Gerasa
Emaús
Jerusalén
Raphia
Pelusium
Alejandría
Bethsemes
Hebrón
Ashkelon



Plano de Alejandría
Faro
Isla de Pharos
MAR MEDITERRÁNEO
Puerto Grande
Palacio
Barrio Real
Puerto Occidental
Caesareum (foro)
Barrio judío
Vía Canópica
Museo (Biblioteca)
Tumba de Alejandro Magno
Criadero de animales
Racotis (Barrio egipcio)
Murallas de la ciudad
Templo de Serapis
Avenida del Soma
Hipódromo
Murallas de la ciudad
Puerto del lago



Foro romano
CAPITOLIO
Cárcel Mamertina
Curia
Basílica Emilia
Comitium
Umbilicus
Templo de la Concordia
Lapis Niger
Vía Sacra
Sepulcretum (Necrópolis arcaica)
Rostra
Lago Curtius
Templo de César (Divino Julio)
Regia
Pórtico de los dioses
Arco de Augusto
Templo de Saturno
Templo de Vesta
Templo de Cástor y Pólux
Basílica Julia
Casa de las vestales
Fuente de Juturna
PALATINO

LAS TINIEBLAS DE ROMA

Prólogo

La brisa cálida traía el olor a sal desde el sur y agitaba suavemente su túnica, con la parsimonia que tiene el Mediterráneo cuando está mecido por la calma. El verano tocaba a su fin y, cuando los vientos cambiaran de dirección, tendría que volver a Roma para continuar con sus obligaciones como ciudadano antes de que su carrera política, que ascendía como la espuma, lo alejara de la capital del Imperio y lo llevara a alguna provincia aún llena de bárbaros y a medio romanizar.

Sus ojos se perdieron en el trajín de barcos que se dirigían a Ostia, cargados de productos. Trigo de Egipto, ánforas del mejor vino griego, aceite de la Bética, estaño de Britania y especias de Oriente. Creyó ver uno de sus navíos a lo lejos, pero, desde esa distancia, era casi imposible asegurarlo.

Se recostó a la sombra del olivo contemplando un paisaje que nunca se cansaría de admirar. De pronto, el viento le trajo el olor del perfume de azahar y el sonido de la grava aplastada por las pisadas de alguien que se acercaba. No necesitó volverse para saber quién era.

Valeria Máxima se colocó a su lado y sus ojos, del mismo color que el horizonte, revolotearon sobre la línea de la costa. Él la observó. El pelo negro le enmarcaba el rostro con elegantes tirabuzones y la *palla* le caía sobre los hombros antes de pegársele a la piel a causa del calor.

–Ya han llegado todos; sólo faltas tú, Marco.

–¿Cómo está Julia?

–Hoy tiene fuerzas, por eso nos ha reunido. No deberíamos hacerla esperar.

Él se levantó y se sacudió las ramitas que se le habían enganchado en la túnica. Perdido cada uno en sus preocupaciones, volvieron a la villa sin apenas hablar.

Julia estaba cómodamente recostada en un diván del *triclinium*, intercambiando palabras amables con sus invitados, pero sus ojos oscuros se clavaron en ellos en cuanto entraron.

–Marco, hijo mío, siéntate a mi lado. Quiero disfrutar de tu presencia antes de que volváis a Roma.

Él asintió y observó a los invitados de su madre. Los conocía a todos. Eran viejos amigos de la familia, a excepción de un hombre joven cuya cara le sonaba, a pesar de que no conseguía identificarlo. Los ojos adustos de Julia captaron la dirección de su mirada.

–Os presento a Sexto, mi notario. Él tomará registro de la velada de hoy para que lo que se diga esta noche no se pierda.

–¿Qué es tan importante para reunirnos con tanta urgencia? –inquirió uno de los presentes, un senador que acababa de llegar desde Campania.
–Ten paciencia, Gneo. Disfrutemos antes de la comida. ¿Cómo está tu hijo mayor? Tengo entendido que sigue como legado en la Galia...
Marco escuchó en silencio sin intervenir. Observaba a su madre disimuladamente intentando encontrar algún signo de debilidad, pero ella parecía rejuvenecida hablando de política. Sin embargo, no se le escapó el ligero temblor de su mano cada vez que cogía la copa y se la llevaba a los labios. Aún no era demasiado mayor, pero en los últimos tiempos, la enfermedad había hecho mella en ella.
Una sonrisa divertida asomó a la cara de Julia al notar sobre ella su mirada.
–Marco, estás muy callado hoy.
–Estoy un poco cansado, madre. Valeria y yo no tardaremos en regresar a Roma y preparar nuestra marcha a alguna de las provincias del Imperio.
–Tienes un futuro espléndido, muchacho –aseguró el senador, alzando la copa de vino hacia él–. Si pudiera apostar algo, Hispania será tu destino. Es una tierra muy querida por el emperador y tengo entendido que tus relaciones con él y con su sobrino... ¿Cómo se llamaba...?
–Publio Elio Adriano.
–Ah, sí... Como iba diciendo, es sabido por toda Roma que tienes su favor.
Marco miró al senador.
–Es recomendable tener amigos poderosos –dijo con precaución–, a pesar de que no se compartan las mismas aficiones.
Gneo rio con ganas.
–Por supuesto, muchacho, nadie ha insinuado que tengáis una relación más allá de la amistad. No obstante, cuídate de las malas lenguas y los envidiosos.
Marco aceptó el consejo con una leve inclinación de cabeza y notó la expresión de Valeria.
–A raíz de esto, madre –dijo volviéndose hacia Julia–, he de contarte algo: pronto habrá un nuevo miembro en esta familia. Valeria y yo esperamos un hijo.
Los ojos de Julia relampaguearon de alegría y su boca esbozó una sonrisa.
–En ese caso, propongo un brindis. Por una nueva generación, por nuestra *gens*, por vosotros.
–Madre –intervino Marco tras aceptar las felicitaciones de los presentes–, ¿qué es eso tan importante que nos quieres contar y que no puede esperar hasta el amanecer?

Como un relámpago, el cansancio se adueñó de los rasgos de Julia.

–Estoy enferma, Marco, mis fuerzas se consumen casi tan rápido como mi cuerpo. Cada noche me duermo con la incertidumbre de si seguiré respirando al alba o si la Parca cortará el hilo de mi vida cuando salgan las estrellas. He vivido mucho, y ha sido una vida feliz. Es hora de dejar el relevo a gente más joven. Sin embargo, mientras mi nombre y mi historia se recuerden, no moriré. Por esa razón, hoy os voy a narrar mi vida, o al menos aquella de la que nunca os he hablado. De los tiempos oscuros de mi juventud. Del aciago año en el que la fortuna nos dio la espalda. De cuando la traición campaba a sus anchas por Roma amparada por la guerra y la ambición. De la miseria, de la esperanza y del amor. Tan solo os pido que no me juzguéis: ya lo he hecho yo misma desde la perspectiva que dan los años y me he permitido ser benévola. Al fin y al cabo, el consulado de Asconio y Tracalo fue una época muy difícil…

Primera parte

Roma, verano del 68 d. C.

Capítulo 1: Sangre y política

30 de mayo del año 68

Me cubrí mejor los hombros con la *palla*, pero no pude evitar estremecerme. El mes de mayo estaba siendo fresco y la primavera se negaba a dejar paso al verano, a pesar de que pronto comenzaría junio. La débil llama de mi lucerna titilaba a cada paso que daba, amenazando con apagarse y dejarme sumida en la oscuridad que precede al alba. Avancé a buen paso por el pasillo, sin apenas hacer ruido sobre el suelo de mosaico, hasta que me detuve delante del *tablinum*.

Había alguien dentro.

Fruncí levemente el ceño, extrañada, y me asomé con cuidado. Mi padre estaba allí, dormido sobre los pergaminos que había estado leyendo, iluminado tan solo por un rayo de luna que se colaba por un resquicio. La mesa rebosaba de rollos y tablillas ya usadas, y la pluma manchaba de tinta uno de los bordes de su túnica. Sonreí interiormente y posé la lámpara de aceite sobre la mesa, haciéndole un hueco para evitar que prendiera los documentos.

–Padre –dije tocándole el hombro e intentando despertarlo–, padre, está a punto de amanecer. ¿Llevas aquí toda la noche?

Publio Julio Vestino abrió los ojos lentamente, aturdido.

–Julia... ¿Qué haces en pie tan temprano?

–No podía dormir y he visto que la puerta estaba entornada.

Él se incorporó en la silla y apartó las cartas que tenía esparcidas sobre la mesa.

–Me he quedado leyendo y preparando un discurso. Estoy seguro de que mañana se convocará una reunión del Senado.

–¿Hay nuevas noticias? –pregunté con curiosidad, echando un vistazo a los documentos.

Los ojos de mi padre brillaron reflejando la luz de la lámpara de aceite antes de responder.

–Vergilio Rufo ha acabado con la rebelión de Vindex.

Asimilé aquella información y saqué mis propias conclusiones. Sin embargo, dejé que fuera él quien las expusiera en voz alta.

–Esto pone a Galba en una situación delicada –dijo en apenas un susurro–. Él apoyó abiertamente a Vindex y ahora se estará escondiendo a toda prisa en algún lugar de Hispania como la rata miserable que es. Nerón querrá hacer algo al respecto, estoy seguro.

Lo observé. Galba, gobernador de la provincia Tarraconense, se había

unido a la rebelión que Vindex empezó en Germania contra Nerón, donde obtuvo apoyos importantes. Si Vindex había caído, lo mejor que podría hacer era suicidarse antes de que comenzara una guerra que no podría vencer con las dos legiones que tenía a su mando.

Dudé y Publio lo notó, por lo que me obligué a hablar.

–No sé si eso son buenas noticias, padre. A Nerón hace tiempo que lo acompaña la locura y es posible que otro gobernara mejor el Imperio.

–No si es Galba, créeme.

–Dicen que tiene buenas dotes de mando.

Mi padre esbozó una sonrisa amarga.

–Siempre y cuando no ostente el poder absoluto. Hemos de esperar, Julia, ver cómo se desarrollan los acontecimientos. De momento, ha sido derrotado y Nerón se atribuirá el mérito.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Aun así, no pude evitar titubear.

–El emperador estará contento, pero ten cuidado mañana, te lo ruego. Nerón sospecha de nuestra familia desde la conjura de Pisón y no ha olvidado que tiempo atrás Galba y tú fuisteis amigos y socios. No quiero perder un marido y un padre la misma semana.

El semblante de Publio se ablandó y sus ojos danzaron tristemente sobre mis rasgos.

–Tan joven y ya viuda... Te han tocado vivir tiempos convulsos, Julia, pero eres una mujer fuerte, como lo fue tu madre –murmuró tan bajo que apenas logré oírlo–. Ojalá encontremos pronto un buen marido para ti.

–Todo a su tiempo, padre –respondí en el mismo tono–, pero prométeme que mañana no te enfrentarás a nadie.

–En eso consiste la política, Julia, pero no te preocupes, no tendré ocasión. Se declarará a Galba enemigo del Imperio y yo no podría estar más de acuerdo. Es más, prepararé unas palabras para celebrarlo.

Observé cómo cogía la pluma, optimista de nuevo, y comenzaba a escribir a trazos lentos sobre el papiro, con una cadencia hipnótica. A diferencia de él, yo no confiaba en la benevolencia de Nerón, por mucho que Galba y mi padre ya ni siquiera se hablaran. Era muy consciente de que lo que le había librado de las sospechas era el apoyo de la familia de su recién fallecido yerno, hacía apenas cinco días, pero ahora, al estar yo viuda, no existía razón alguna para suponer que estos seguirían protegiéndolo.

Dediqué unos breves instantes para recordar a mi difunto marido. En los tres meses que había durado nuestro matrimonio, apenas nos habíamos visto. Él solía estar demasiado ocupado despilfarrando el dinero de su familia en burdeles de toda Roma y yo tenía mejores cosas que hacer que cuidar a un esposo que me humillaba de esa manera. Empezó como un matrimonio de conveniencia y, aunque intenté que funcionara, había sido imposible.

Dejé a mi padre enfrascado en la elaboración del discurso y volví a mi habitación, donde esperé en la penumbra que precede al alba a que Spuria, mi antigua ama de cría, entrara en la estancia. Era una mujer robusta que rondaba la cincuentena, fornida por años de trabajo constante y con un carácter muy fuerte. Había nacido en la Galia, pero llevaba toda la vida sirviendo a mi familia y me conocía lo suficiente para saber si algo me preocupaba.

–Mucho has madrugado hoy –comentó con la sobriedad que la caracterizaba.

–Hay que aprovechar la luz de la mañana –dije, obteniendo un gruñido por toda respuesta, mientras se afanaba en peinarme y vestirme con el riguroso luto que correspondía a mi reciente viudedad.

Justo cuando terminó de ordenar el último mechón ondulado de mi pelo, oí el murmullo apagado de una conversación en el vestíbulo. Ignorando a la esclava, me apresuré a llegar a la entrada de la *domus*, donde un mensajero acababa de anunciar a mi padre la reunión del Senado.

Publio notó mi nerviosismo y trató de calmarme con una mirada despreocupada.

–No te preocupes, Julia, estaré de vuelta antes del anochecer.

–Ten cuidado, por favor.

Él no dijo nada, pero besó mi frente con cariño y salió a la calle. Un poco más tarde, una vez terminé de prepararme, lo imité. No obstante, a diferencia de él, no me encaminé hacia el foro, sino hacia el Quirinal, al norte, donde vivían Quinta y Mario, los padres de mi difunto esposo.

Tal y como temía, Mario ya había salido hacia el Senado cuando llegué, casi sin aliento, acompañada por una esclava que jadeaba como si la hubiera hecho ir corriendo. Tras lograr que me abrieran la puerta, me informaron de que Quinta no estaba en casa. Resultaba obvio que mentían y que mi antigua suegra, que siempre me había criticado a mis espaldas y jamás perdonó a su marido por casar a su hijo favorito conmigo, no me recibiría.

–Arpía vanidosa –murmuré para mí misma colocándome mejor la *palla*. Ni ella ni su esposo iban a ayudar a mi padre, por mucho que, hasta hiciera poco menos de una semana, fuéramos familia.

Tendría que pensar en otra cosa.

* * *

Envié a la esclava a casa y dejé que mis pies encontraran el camino de vuelta al Esquilino por sí solos. Iba tan despistada que, cuando esquivé una litera de alquiler, no vi al joven que intentaba adelantarla y nos chocamos de frente. Él me agarró por un brazo y evitó que cayera al suelo, aunque, en cuanto recuperé el equilibrio, me liberé

con rapidez para comprobar que no me había robado.
–¡Julia! ¿A dónde vas tan sola?
Aquella voz me sonaba. Alcé la mirada y me topé con los ojos avellana de mi primo.
–¡Lucio! ¿Qué haces aquí?
–Precisamente iba hacia tu casa a ver qué tal estabas. Vamos, te acompaño a donde quieras –dijo, apartándome de en medio de la calle con suavidad–. ¿Estás bien?
Suspiré y dejé que todo lo que había estado conteniendo saliera a la luz.
–Estoy preocupada por Publio. Hoy se reúne el Senado...
–Sí, lo sé. Mi padre también fue convocado al alba y en Roma no se habla de otra cosa. No te preocupes, Vestino sabe defenderse bien.
Esquivé a un perro callejero con la suficiente antelación como para evitar que me saltaran sus pulgas y miré a mi primo.
–Te recuerdo que mi padre no es del agrado de Nerón.
–Pero es un hombre sensato. Además, la ira del emperador hoy estará dirigida hacia Galba.
Negué con la cabeza, apesadumbrada.
–Galba y mi padre fueron socios por un tiempo. Esas cosas que no se olvidan.
–Pero fue hace muchos años, Julia, y no acabó bien –me recordó–. Será mejor que te lleve de vuelta a casa para que puedas esperarle allí.
Titubeé, pero era posible que tuviera razón, por lo que asentí y dejé que me acompañara.
Lucio aprovechó mi silencio para ponerme al día de los últimos cuchicheos y escándalos que recorrían las tabernas de peor reputación de la ciudad, en un intento por animarme. Aunque jamás reconocería que los frecuentaba, sabía el tipo de tugurios en los que a veces se gastaba pequeñas fortunas.
–Al parecer –comentó en un susurro–, Nerón hace que su eunuco, Esporo, vaya vestido de mujer y lo llama Popea, como su difunta esposa.
–He oído que se parece mucho a ella.
–Muchísimo. Dicen que le regala una joya cada día –continuó Lucio. Sin embargo, al ver mi gesto sombrío, decidió cambiar de tema–. Dejemos de hablar de Nerón. ¿Cómo está tu hermano?
Si Lucio pretendía apartarme de la preocupación, había elegido el peor tema de conversación. Hacía un año que no veía a Vero.
–Llegó una carta suya hace dos días. Está bien. Continúa en Judea con el ejército de Vespasiano, a ver si acaban con la revuelta judía.
–¿En qué legión está?
–Creo que en la Decimoquinta –dije, haciendo memoria–, aunque quieren enviarlo a la Quinta Macedónica bajo las órdenes de Sexto

Cerialis.

–Bueno, al menos podrá participar en el triunfo cuando Jerusalén caiga...

–Lo sé –suspiré con un deje de tristeza–, pero yo hubiera preferido que estuviera en una provincia sin guerras, algo más cerca.

–Pides demasiado –me sonrió Lucio–. De todos modos, siempre podría haber hecho como yo y esquivar el servicio militar.

Estuve a punto de devolverle la sonrisa.

–¿Durante cuánto tiempo? Porque te recuerdo que tu padre no está contento.

–¿Y qué va a hacerme? ¿Enviarme a Britania? No tiene valor para tanto.

Negué con la cabeza, sabiendo que Lucio era incorregible, y lo invité a entrar en mi casa.

–¿Quieres tomar algo?

Antes de que mi primo pudiera responder, la puerta de la calle se abrió con estrépito y dos guardias pretorianos entraron por ella. Lucio, que olió los problemas, intentó que me quedara detrás de él, pero no fue lo bastante rápido.

–¿Qué es este atropello? –exigí, avanzando hacia ellos velozmente y cortándoles el paso al resto de la *domus*.

El primero alzó la mano, dispuesto a apartarme de un empujón, pero una voz lo detuvo.

–¡Basta! –intervino mi padre–. Julia, es suficiente.

El tono sereno de Publio, escoltado por dos soldados más, me hizo enmudecer.

–¿Padre? –murmuré mientras mi primo se colocaba a mi lado–. ¿Qué ocurre?

–Acompáñanos al despacho –pidió–. Tú también, Lucio.

Una vez allí, los soldados se colocaron de modo que nadie más pudiera entrar, bloqueando la puerta incluso a los esclavos.

–Publio Julio Vestino –dijo uno de ellos–, has sido condenado a muerte por traicionar al emperador, pero él, en su infinita benevolencia, te ha dado el privilegio de elegir la forma de tu suicidio.

Por un momento, noté que se me detenía el corazón en el pecho y el silencio se impuso en la sala, como si los dioses hubieran contenido la respiración.

–Lo haré con mi espada –dijo Publio envuelto en un halo de fría dignidad, sin desviar la vista–, aunque, antes, quisiera escribir una carta a mi hijo.

El hombre titubeó, pero asintió al ver su expresión de férrea determinación. Mi padre se sentó tras su escritorio con una parsimonia deliberada. Yo conseguí librarme de mi primo, que me había agarrado, para poder arrodillarme a su lado, incapaz de comprender lo

que estaba ocurriendo.

–Julia, escúchame con atención, por favor, necesito que hagas lo que te diga.

–Padre…

–Vas a tener que encargarte de todo hasta que tu hermano vuelva, ¿entiendes?

Quise rebelarme y decirle que no, que aún podíamos buscar una solución, pero sabía que, ante una sentencia del emperador, solo cabía acatar. Lo observé, buscando respuestas en su mirada, y comprendí que, si no obedecía a Nerón, también nos condenaría a Vero y a mí. Se me hizo un nudo en el estómago.

–Sí –sollocé.

Publio sonrió con tristeza y me limpió una lágrima que me corría por la mejilla.

–Quiero que lleves esta carta al templo de Vesta, allí la custodiarán hasta que tu hermano vaya a recogerla. Solo él podrá hacerlo.

Asentí, cerrando los ojos, y noté el beso que depositó en mi frente antes de comenzar a escribir. Incapaz de mantenerme erguida, hundí la cabeza en su túnica, buscando el refugio que desde pequeña me proporcionó y rompí a llorar en silencio.

No sabía qué había salido mal, pero me resistía a aceptar que aquello fuera a acabar así. Observé a mi padre y su aspecto sereno, escribiendo todavía vestido con la toga, me conmovió. Tras lo que apenas me parecieron segundos, selló la carta y me la dio.

–Desconfía de todos y espera a que llegue Vero para tomar cualquier decisión importante.

–No puedo –musité, notando que se me caía el mundo encima.

–Tienes que poder, pues te quedas sola en Roma, Julia. Mírame –me ordenó–. Sé que lo harás bien.

Me besó una última vez y se puso en pie. Le vi quitarse la toga, que cayó a mi lado, y recuperar la *gladius* del baúl en el que la guardaba. Antes de que la desenvainara, bajo la atenta mirada de los soldados, me levanté y me abracé de nuevo a él, temblando.

Publio cerró los ojos y me acarició el pelo, intentando calmarme.

–No llores por mí. Voy a encontrarme con el espíritu de tu madre y juntos seguiremos velando por vosotros. Sé feliz, Julia, cásate de nuevo y continúa nuestra familia. Cuida de tu hermano, te necesitará más de lo que cree.

Después, le hizo un gesto a Lucio, que me separó con suavidad de él. Mi padre se colocó en medio de la sala, desafiando a los guardias. Me observó por última vez, con la tristeza pintada en la cara, y tomó aire.

No fui capaz de seguir mirando.

El sonido del metal atravesando su cuerpo antes de desplomarse hizo que me flaquearan las piernas, pero logré reunir el valor suficiente

como para acercarme a él y caer de rodillas a su lado. Apoyé su cabeza en mi regazo y vi que intentaba gritar, pero lo único que se escapó de sus labios fue un jadeo entrecortado mientras su cuerpo luchaba por sobrevivir. No obstante, había sido certero. La vida se le escapó rápidamente hasta que quedó inerte sobre el suelo de mosaico, ahora empapado de sangre. Fue entonces cuando su muerte me alcanzó de lleno y grité de dolor, inclinada sobre él.

Le cerré los ojos, saqué de un tirón la espada y la lancé al otro lado de la estancia antes de volver a gritar. Por suerte, Lucio ya había logrado que los pretorianos se marcharan y los esclavos me rodearon, también llorando, incapaces de reaccionar. Apenas los escuchaba. La mano de Publio descansaba entre las mías y ya no podía notar el pulso de vida que solía tener. Estaba paralizada.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Spuria y Lucio lograron apartarme del cadáver y llevarme hasta mi habitación. La esclava me quitó la túnica y me vistió con una limpia entre palabras de consuelo. Tardé bastante en volver a la realidad y darme cuenta de que tendría que hacerme cargo de todo.

–Tengo que ir al templo de Vesta. Preparad a mi padre, ponedle la toga limpia y evitad que se note la herida. Reunid también los materiales para su máscara funeraria. Ahora déjame sola –ordené, observando mi reflejo en el espejo de plata que sostenía.

Spuria obedeció sin rechistar y esperé hasta que oí cerrarse la puerta a mi espalda. Después, rompí el sello de la carta de mi padre y comencé a leerla.

Amadísimo Manio:

Ahora que mi destino me aguarda con un triste final y que la muerte acecha implacable, te escribo estas últimas líneas a ti, mi único vástago varón, para que la culpa no te embargue por no estar presente en este día. Los dioses así lo han decidido y su veredicto es inapelable. No obstante, hijo mío, todas las desgracias ocultan una cara amable y has de encontrar la que se esconde en esta. Cuando esta carta llegue a tus manos, hará tiempo que mis cenizas descansan en el panteón familiar y no puedo adivinar cuál será vuestra situación entonces. Tu hermana Julia sufrirá, pues se queda sola en una ciudad llena de hienas que ahora le son hostiles y que tendrá que aprender a manejar si quiere sobrevivir. Por eso, cuando vuelvas, atiende a sus consejos siendo consciente de la experiencia que ha ganado. Búscale un buen marido, pero asegúrate de que su influencia sea beneficiosa para ti. Si es lista, conservará su dote íntegra, y, si tú eres inteligente, no habrás despilfarrado el dinero que se te otorga en el ejército, pues me temo que todo lo que poseo estará en breve

> en manos del Estado. No obstante, habla con Filipo, pues es él quien sabe el alcance total de mis bienes, incluidos aquellos que no aparecen en los censos públicos. Recuerda también vigilar tus espaldas: Roma ya no es segura para esta familia. Si las dificultades a las que te enfrentas parecen insalvables, hay gente que te puede ayudar por la lealtad que nos une. Memoriza bien sus nombres porque has de quemar esta carta en cuanto la leas: Tito Flavio Sabino, Sextilia Mummia y tu tío Cayo. Este es mi legado, Manio, aprovéchalo.

Releí el pergamino de nuevo. Las personas a las que le aconsejaba acudir no eran del todo de mi agrado y solo estaba de acuerdo en confiar en Sabino, el pretor de Roma. Sextilia Mummia era una mujer influyente, sí, que había aceptado a mi padre en su cama desde la muerte de mi madre, pero sus lealtades fluctuaban dependiendo de hacia qué lado se inclinara el poder, y en cuanto a Cayo, el hermano menor de Publio, lo único que podía decir es que hacía años que no lo veía porque ni siquiera vivía en Roma.

Era evidente que mi padre contaba con que mi hermano volviera pronto de Judea y tomara el control de la situación, pero yo no estaba tan segura de que Vero se subiera en el primer barco que saliera hacia Roma.

Volví a echar lacre sobre el pergamino y, con el anillo que le había quitado a la mano inerte de mi padre, volví a sellarla.

Tuve que armarme de valor antes de salir al pasillo y regresar al *tablinum,* donde Lucio, apoyado en la pared, observaba con gesto sombrío cómo los esclavos se encargaban del cadáver. Nada más verme, se acercó a mí y me tomó por los hombros, cortándome el paso.

–Es mejor que no entres ahora.

–Necesito quedarme a solas con él una última vez, por favor.

Titubeó, pero mi gesto lo conmovió y acabó cediendo.

Una vez me quedé sola, tuve que tomar aire para poder acercarme a mi padre. El aspecto sereno que le había dado la muerte contrastaba con los paños manchados de sangre que se acumulaban a su alrededor. Cuando le toqué, me temblaban las manos y estuve a punto de derrumbarme de nuevo.

–Perdóname, padre, pero lo que voy a hacer es por ti –susurré.

Después, le besé la mejilla, me coloqué en el extremo de la mesa y comencé a empujarla con todas mis fuerzas, hasta que logré apartarla lo suficiente. No tenía mucho más tiempo. Cogí su espada e introduje la hoja por una fina hendidura entre las teselas del mosaico, antes oculta por una de las patas de la mesa. Tuve que apoyarme en la empuñadura para hacer palanca, pero conseguí desprender el trozo

del suelo bajo el cual se ocultaba una caja de madera envuelta en un paño polvoriento.

Cuando salí del *tablinum* con una bolsa de cuero donde se suponía que solo llevaba la carta, nadie se sorprendió por mi expresión devastada. Lucio dio un paso hacia mí, pero lo retuve antes de que me abrazara.

–Tengo que ir al templo de Vesta a cumplir su última voluntad, ¿te encargarás de todo?

Le vi dudar, aunque acabó asintiendo. Lo dejé en el pasillo y, tras salir de la casa, me subí en una litera de manos. Cuando corrí las cortinas, el llanto amenazó con sofocarme de nuevo.

Pero lo resistí.

* * *

El olor a romero, aceite rancio y vino barato invadió el aire en cuanto giramos la esquina y pasamos por delante de las tabernas que comenzaban a preparar la comida, con el consiguiente alboroto de platos y clientes hambrientos hablando de la nueva victoria de las legiones en la Galia.

Los sonidos casi festivos que se repetían por la ciudad lograron que el trayecto hasta el foro se me hiciera extremadamente largo. Aquella plaza era el alma de la ciudad, donde los ciudadanos se reunían para hacer negocios y rogar a los dioses que no fueran excesivamente crueles con ellos, aunque muchos, como yo, sospechábamos que las deidades se reían de nuestras desgracias.

El templo de Vesta, un edificio circular que recordaba a las cabañas de nuestros antepasados, estaba pegado a la casa de las vestales y separado de la Regia por un callejón estrecho. El brillante mármol blanco contrastó con el negro de mi vestido cuando comencé a subir los escalones con lentitud.

No tardé mucho en encontrar a una vestal anciana que aceptó guardar la carta en la caja donde también se custodiaba el testamento de mi padre, ahora prácticamente inválido, pero que, en el momento en el que se leyera, revelaría el patrimonio de mi familia. O, al menos, una gran parte.

–Llevadme a la *Domus Aurea* –ordené a los esclavos que custodiaban la litera, con apenas un hilo de voz.

Nos alejamos del foro por la vía Sacra, la más antigua de la ciudad. No tardamos demasiado en llegar al descomunal palacio que se estaba construyendo Nerón. Observé el pórtico columnado y el coloso que se alzaba tras él, con los rasgos del emperador.

Un guardia pretoriano custodiaba la entrada con cara de aburrimiento, pero, en cuanto me vio, sus ojos calcularon cuántas monedas podría sacarme a juzgar por mi vestimenta. Tuve que darle

una pequeña fortuna para que me condujera ante el funcionario que se encargaba de las visitas del emperador.

–Nerón no te recibirá.

–Tengo algo para él –dije, decidida.

–Pide cita, aunque no creo que se te conceda, o déjame aquí lo que sea y yo se lo haré llegar. –Extendió la mano hacia el paquete que portaba conmigo, pero lo sujeté con más fuerza. Sabía de sobra cómo funcionaba la burocracia.

–No puedo. Es algo que el propio emperador intentó conseguir en su último viaje por Grecia y que mi familia ha tardado décadas en encontrar. Hemos gastado mucho dinero para poder entregárselo a Nerón.

El hombre me evaluó con la mirada, intentando descubrir si representaba una amenaza. Finalmente, decidió que no y se dejó sobornar por una bolsa de monedas. Lo seguí por las diversas salas del palacio, ricamente decoradas, hasta que me dejó esperando en una habitación adornada con frescos de indudable calidad.

–Puedes pasar. Nerón te espera –masculló cundo regresó un rato después.

Me armé de valor y escondí bajo una capa de escarcha los sentimientos que amenazaban con desbordarse. Más que nunca, tenía que mantener la calma.

Crucé el umbral de una sala enorme y mis ojos se clavaron en el hombre que se reclinaba perezosamente en el diván central. A su lado, una mujer que parecía hastiada me ignoró. Nunca había visto a Nerón tan de cerca, pero era diferente a cómo lo recordaba de aquellas ocasiones en que lo observé de lejos, cuando se dirigía a la multitud en alguna de sus proclamas. De su cara de niño quedaba poco ya, borrada por el paso del tiempo. Sus ojos claros parecían ansiosos por descubrir lo que le había traído.

Me incliné ante él y esperé a que hablara.

–Me han dicho que tienes algo para mí. ¿De qué se trata?

Tragué saliva y, con cuidado, abrí la caja antes de mostrarle su contenido.

–La corona de laurel de oro que la *polis* de Crotona entregó a Milón cuando venció en la sexagésima olimpiada. Solo alguien capaz de igualar tales proezas es digna de ella, señor, y por todos son de sobra conocidas vuestras hazañas en Grecia. Por ello, es justo que se os entregue.

El emperador parecía atónito, pero ordenó a uno de los esclavos que le acercara la caja que Augusto entregara a mi familia hacía tantos años. Aguardé a que examinara cuidadosamente la corona conteniendo la respiración. Nerón estuvo a punto de volcar sin querer su copa de vino, pero yo centré mi atención en la mujer que lo

acompañaba. Por la ropa que vestía, su familia debía ser de las más ricas de Roma, aunque no conseguía ubicarla. Justo en ese momento, recordé lo que me había contado Lucio esa misma mañana y supe de quién se trataba: era Esporo, el eunuco al que Nerón trataba como si fuera su difunta esposa y al que llamaba como ella, Popea.

Nerón rio, y me sobresaltó.

–Dime, ¿qué quieres a cambio de este tesoro?

–Algo que solo tú puedes darme y que no te costará nada.

Eso lo intrigó. Durante un instante, separó los ojos de la corona para mirarme.

–Habla.

–Me llamo Julia Vestina. Soy la hija del senador Publio Julio Vestino. –Al oír esto, el emperador me prestó toda su atención–. Si he venido hoy aquí, es para suplicarte clemencia.

–Tu padre era un traidor. Bastante piedad he tenido permitiéndole morir como eligió. Si vienes a rogar que no embargue sus posesiones, pierdes el tiempo.

–No es eso lo que quiero. Tan solo pido que me dejéis darle el entierro que por su *gens* y su rango le corresponde.

Vi como el eunuco negaba con la cabeza mirando a Nerón y apreté los dientes.

–Hace cinco días falleció mi esposo –continué, intentando convencerlo–, y, con la muerte de mi padre, me he quedado sola. Sed magnánimo, os lo suplico.

–Tengo entendido que Publio tenía un hijo –comentó Popea con malicia.

–Mi hermano se encuentra lejos, combatiendo contra los rebeldes en Judea para servir al emperador y a Roma.

Nerón le hizo un gesto para que no respondiera y se volvió hacia mí con una sonrisa.

–Está bien. Podrás hacer un entierro público, tal regalo lo merece, pero antes celebremos este día. Brinda conmigo por la muerte de un traidor que ha sido castigado; brinda porque, gracias a mí, Roma cada día está más limpia de la escoria que corrompe la política; brinda y celebra que hoy hay una rata menos en el Senado.

Como en un sueño, obedecí. El vino dulce y ligeramente especiado me quemó la garganta al mismo tiempo que una lágrima rebelde rodaba por mi mejilla, pero apuré hasta la última gota. Nerón me miraba como si esperara que me derrumbara ante él, aunque, al comprobar que permanecía firme, entrecerró los ojos.

–No te quedes ahí. Ve a contar a todo el mundo la generosidad de su emperador.

Me incliné ante él y, después, me apresuré a salir de allí.

Cuando llegué a la calle, el sol me cegó. Bajé la escalinata

tambaleándome, aturdida. Los porteadores ya me habían visto venir y acercaron la litera hasta donde me hallaba, aunque antes de emprender la vuelta a casa tuve que detenerme. Una arcada hizo que me doblara por la mitad y devolviera el vino dulce entre resuellos, apoyada en una columna.

En aquel momento, odié a Nerón con todas mis fuerzas.

Me limpié la cara con la *palla* cuando nos aproximamos a mi casa y, antes de que nadie pudiera verme, recuperé la expresión serena. El ajetreo de los esclavos que se apresuraban de un sitio a otro a través del atrio me hizo sospechar de que allí estaba ocurriendo algo. El gesto sombrío con el que me miró Lucio desde cerca del *lararium* me lo confirmó.

–¿Qué ocurre?

–Has ido a ver a Nerón. –No era una pregunta y su mirada dura me evaluó. Sin duda, algún esclavo me había seguido.

–Sí. Mi padre no merece que lo entierren en silencio como a un criminal. Le corresponde un funeral público y eso es lo que tendrá.

–¿Eres consciente del riesgo que has corrido?

–¿Pretendes echármelo en cara?

Mi primo se removió, incómodo de repente, y desvió la vista al suelo.

–No, pero Décimo está aquí y lo sabe.

En ese momento entendí el ajetreo de los esclavos y el mal humor de Lucio. Décimo era el padre de mi madre y, aunque legalmente no pertenecía a mi familia, le gustaba inmiscuirse en todos nuestros asuntos. Consideraba que los dioses lo castigaron al darle tan solo hijas y, desde la muerte de mi abuela, su carácter había empeorado.

–¿Dónde está?

–En el peristilo. Lo siento, no he podido detenerlo.

Lo imaginaba. Me encaminé a buen paso hacia allí con Lucio a mi lado. Décimo me vio llegar desde unos de los divanes, sin mostrar intención de levantarse.

–Julia, mi nieta más desagradecida... ¿Dónde estabas en lugar de velar a tu padre como es la obligación de cualquier buena mujer romana?

–Haciendo, precisamente, lo que los hombres de mi familia no tienen el coraje de hacer: consiguiendo que tenga el entierro que merece. ¿A qué has venido, Décimo?

Sus ojos pequeños y rodeados de arrugas me miraron con desprecio.

–Tenemos asuntos que tratar, a ser posible en privado.

Aunque era lo último que deseaba en ese momento, lo conduje hasta el despacho donde el cuerpo de mi padre aún yacía sobre la mesa y eché a todos los esclavos que se afanaban en prepararlo. La palidez se había adueñado de su piel y, envuelto en la toga limpia, parecía serenamente digno.

El dolor me recorrió por dentro, pero me sobrepuse y me volví hacia Décimo con los brazos cruzados, consciente de que, aunque estaba sola, mi primo se había quedado justo enfrente de la puerta, ahora cerrada, por si tenía que intervenir.

–¿Qué quieres?

–En cuatro meses te casarás con Rufio Aureliano, un rico comerciante que pertenece a la clase ecuestre. Su bisabuelo fue senador. A cambio, permitiré que tanto tú como tu hermano viváis en mi casa ahora que esta pasará a pertenecer al Estado por la traición de tu padre. En una semana daré una fiesta y tendrás ocasión de conocerlo. Compórtate y no hables de cosas que no te incumben. Mañana mandaré unos esclavos para que traslades tus pertenencias a mi *domus*.

Décimo se dio la vuelta, dispuesto a irse.

–No –dije sin alzar la voz.

Él se giró con la furia asomando a los ojos. Estaba poco acostumbrado a que nadie le llevara la contraria.

–¿Crees que te he dado a elegir?

–Tú no eres mi *pater familias*. Ahora, es mi hermano quien tiene la potestad legal sobre mí.

–Estoy seguro de que le parecerá conveniente aceptar el trato teniendo en cuenta que su otra alternativa es dormir junto al Tíber –escupió Décimo.

–Olvidas que, antes de casarme, mi padre me entregó una dote que el Estado no puede requisar. En ella, me nombra propietaria de la villa de mi familia en Terracina, que es, precisamente, donde me iré a vivir y en la que mi hermano siempre será bienvenido.

Su cara se tornó carmesí y golpeó el suelo con el bastón.

–Legalmente…

–Legalmente, Vero es el único que puede decidir con quién me caso –lo interrumpí, alzando mi voz por encima de la suya–. Ahora, si no tienes nada más que decir, te agradecería que te fueras de esta casa.

–¡Harás lo que se te diga! –bramó.

–¡Décimo! ¡Ya es suficiente! –exclamó Lucio entrando de golpe en el despacho e interponiéndose entre nuestro abuelo y yo–. Vete, por favor.

–Quita de en medio, inepto. Defiendes a una mujer cuando ni siquiera tienes el valor de hacer el servicio militar. Deberían enviarte a Britania para que aprendieras a ser un hombre. Si fueras mi hijo, las cosas serían muy distintas. ¡Inútil!

–Por fortuna, los dioses no te han concedido hijos varones –intervine al ver que mi primo desviaba la mirada–. Vete, no tienes nada más que hacer aquí.

–Ten por seguro, Julia –dijo, señalándome–, que te casarás con Rufio Aureliano.

Después, abandonó la sala murmurando maldiciones y yo me apoyé en la mesa para mantenerme en pie. Observé a mi padre y Lucio me rozó la mano.
–¿Estás bien?
Las lágrimas volvieron a recorrerme las mejillas sin que pudiera evitarlo, en un llanto silencioso, y mi primo me abrazó, intentando calmarme.
–Olvídalo, Julia. Tu hermano no permitirá que Décimo controle vuestras vidas.
Por un momento, deseé poseer aquella certeza, pero era imposible. Lucio dejó que me desahogara en su hombro hasta que Spuria irrumpió en la sala.
–Acaba de llegar un senador. Pregunta por ti.
Me incorporé, secándome la cara con el dorso de la mano, y asentí.
–¿Quieres que me encargue yo? –preguntó Lucio dubitativo.
–No. ¿Ya está todo listo? –Spuria asintió–. En ese caso, sacad el cuerpo al atrio para empezar los rituales
Cerca de la entrada me esperaba Tito Flavio Sabino con aspecto compungido. Sabino era el prefecto de la ciudad y un viejo amigo de mi padre, por lo que no me extrañó que hubiera aparecido por allí. Mi hermano estaba bajo las órdenes de uno de sus sobrinos, Tito, en Judea.
–Julia, siento que todo esto haya acabado así. Intenté evitarlo, pero el Senado no escuchó, se dejó llevar por el deseo de sangre.
–Soy consciente, Sabino, y agradezco tu visita. Pocos lo harán sabiendo que pueden contrariar al emperador si asisten a este funeral.
Nos apartamos a una esquina para hablar en privado mientras los esclavos colocaban cuatro incensarios alrededor del cuerpo de mi padre.
–He oído que Nerón ha permitido que haya una *laudatio* pública.
–Sí, la haremos en tres días, en el foro.
–¿Quién dará el discurso? –preguntó el senador.
Negué con la cabeza.
–No lo sé. Con mi hermano en Judea no sé a quién recurrir.
–Me lo temía. Yo me encargaré, si no tienes inconveniente. Publio era un gran hombre, es lo mínimo que puedo hacer por él ya que he sido incapaz de evitar su muerte...
Lo miré a los ojos y vi sus remordimientos.
–¿Qué ocurrió en el Senado hoy? –murmuré con apenas un hilo de voz.
Sabino suspiró y bajó aún más el tono.
–Vergilio Rufo ha sofocado la rebelión en la Galia y ha asestado un duro revés a Galba y sus partidarios. Como ya sabrás, tu padre y Galba fueron socios y hoy algunos se lo han recordado a Nerón. El resto creo

que puedes imaginarlo. De todos modos, una de las voces que más pidió la muerte de tu padre fue la de tu antiguo suegro, Julia, que se empeñó en probar la existencia ficticia de una conspiración contra el emperador.

Aquella declaración retumbó en mis oídos y se me clavó en el alma como un puñal. Sentí que me faltaban las fuerzas, pero me las apañé para no mostrarlo.

–Si quieres enviarle una carta a Vero –se ofreció el senador–, en dos días mandaré una misiva a Judea para mi hermano, Vespasiano, de carácter urgente. El mensajero podría entregar tu carta también. ¿Dónde vas a sepultar a Vestino?

–Tenemos un mausoleo familiar en la vía Apia –musité mientras mi primo me hacía un gesto–. Ya está todo preparado. Hemos de empezar con los rituales.

Sabino asintió y ordené a los esclavos que abrieran las puertas de la casa, adornadas con ramas de ciprés para indicar nuestro duelo.

Poco a poco, los clientes de mi padre comenzaron a entrar para despedirse por última vez. La noticia se había propagado como la peste. Entre los presentes, distinguí a varios senadores, más de los que me esperaba, y algunas personas de la clase ecuestre que tenían negocios con mi familia. Vecinos, familiares lejanos y amigos se distribuían poco a poco por el atrio, observando el gesto sereno que la muerte había dejado en los rasgos de mi padre. También estaba allí mi tía, la madre de Lucio, acompañada por una esclava.

–Excusa a mi marido, Julia, no ha podido venir.

–No importa –aseguré, notando el gesto serio de mi primo, que sabía tan bien como yo que, si su padre no había acudido esa tarde, era por no verse relacionado con aquello ahora que su carrera en el Senado iba viento en popa.

Dejé que Sabino comenzara el ritual y, después, pasé el resto de la tarde velando a mi difunto padre y atendiendo a los invitados que iban llegando paulatinamente. Cuando el ocaso sumió la tierra en el crepúsculo, apenas quedábamos seis personas en el atrio.

Me acerqué a Filipo, el liberto de la familia que se encargaba de administrar nuestros bienes, y le indiqué con un gesto que me siguiera al despacho.

–Necesito hablar contigo sobre las propiedades de mi padre –dije en cuanto cerré la puerta.

Su rostro moreno negó con pesadumbre.

–Pronto las requisarán: las tierras del Lacio y de Umbría, los almacenes... Es un desastre...

–Creo que sé cómo evitar quedarnos en la ruina, pero necesito tu ayuda. Estabas presente cuando mi padre redactó su testamento. Yo no, así que tengo vetado el acceso a esos documentos porque los

custodian en el templo de Vesta, pero ¿recuerdas de qué manera se refería a lo que poseía?

Filipo hizo memoria y, tras pensárselo durante unos instantes, asintió lentamente.

–Era un testamento sencillo. Lo único que decía era que a su muerte sus posesiones se dividirían a partes iguales entre sus hijos y, en caso de que estuvieras casada, se restaría tu dote a la herencia.

–¿Solo nos dejaba a mi hermano y a mí como herederos?

–No. A mí me otorgaba un pequeño porcentaje y nombraba a tu hermano fideicomiso de Sextilia, a la que entregaba una finca. También manumitía a varios esclavos.

Fruncí el ceño y la indignación me invadió.

–¿Sextilia figura en el testamento? ¿En qué pensaba mi padre para incluir a su amante?

–Ella le ayudó a superar la muerte de tu madre, supongo que querría tener un último detalle con ella.

Preferí no seguir hablando del tema.

–¿Lo modificó en los últimos meses?

–No, al menos que yo tenga constancia.

–¿Qué declaró en el último censo?

–¿Te refieres a los bienes? –asentí con la cabeza y Filipo hizo un cálculo rápido–. Entre el setenta y el setenta y cinco por ciento de sus posesiones, como la mayoría.

–Es decir, hay un treinta por ciento de lo que el Estado no tiene constancia.

–Se presupondrá.

–En ese caso, apelaremos a su honradez –repliqué tomando una decisión–. Necesito que busques a Milviano, el notario que redactó mi dote. Dile que quiero verle y consigue que me reciba.

El liberto puso mala cara.

–Murió hace unas semanas. Al parecer, intentó estafar a unos traficantes de opio para que le dieran parte de sus ingresos a cambio de unos permisos. No les debió sentar bien cuando descubrieron el engaño, porque asaltaron su casa en el Aventino, robaron todo lo que fuera de valor y la quemaron con él dentro.

–¿Milviano firmaba permisos?

Filipo se permitió una breve sonrisa.

–Firmaba hasta pactos con Hades si eso le traía riqueza. Por supuesto, también tenía contactos en la administración y no se lucraba él solo. Estar a tantos bandos es muy peligroso.

Me quedé pensativa mientras observaba las estanterías repletas de papiros.

–Entonces, ¿todos los registros y las copias del notario...?

El liberto se encogió de hombros y jugueteó con un fino anillo de

metal que llevaba en la mano.

–Quemados. No quedó nada. La casa se derrumbó y fue imposible salvar cualquier cosa que tuviera valor.

–Estás muy bien informado –comenté, esperando su reacción de reojo.

–Vivo en el Aventino y procuro enterarme de todo lo que ocurre en mi barrio. Además, dado que sabía que tu padre tenía tratos con él, intenté recuperar de entre los escombros un par de documentos sobre ciertos asuntos delicados, pero me fue imposible.

Hice una mueca, pensando en mis siguientes movimientos. La muerte de Milviano era algo que no había previsto, pero de lo que pensaba sacar partido.

–Busca un falsificador –le pedí a Filipo–. Alguien que sepa hacer bien su trabajo.

–Has de saber que tu padre llevaba meses con problemas de liquidez y no tenía demasiado dinero disponible.

Asentí y le quité importancia con un gesto.

–También necesito hablar con nuestro banquero. Quiero que cambie ciertos registros.

Un brillo inteligente apareció en los ojos de Filipo.

–¿Pretendes modificar las cuentas?

–Quiero que declare a mi padre al borde de la bancarrota.

El liberto se sobresaltó.

–No puedes hacer eso, podría perjudicar a tu hermano. La bancarrota supone la infamia y la imposibilidad de presentarse a cualquier tipo de cargo público.

–No pretendo dejarlo arruinado –repliqué–, pero el dinero que saquemos de la cuenta de mi padre servirá para pagar sus deudas y evitar que los intereses se acumulen; de otro modo, cuando mi hermano vuelva, se encontrará sin dinero y con los acreedores ansiosos por lanzarse a su cuello.

Filipo se apoyó en la mesa.

–Es arriesgado, el Estado puede sospechar que hay un fraude y comenzar una investigación por corrupción.

–Nos encargaremos de que eso no ocurra. Yo tampoco tengo liquidez, Filipo. Tendré que vender tierras o conseguir ampliar la producción de alguna manera. No podría pagar lo que debe mi padre, y mi hermano tampoco.

El liberto dudó, pero accedió.

–No creo que el banquero sea difícil de convencer para que falsee sus cuentas. Si liquidas parte de las deudas, él recuperará algo del dinero y yo podría renegociar los intereses del resto, aunque le será complicado hacer desaparecer la fortuna de tu padre de todos los registros –me avisó Filipo, evaluándome–. Tendrá que modificar

muchos documentos.

–No creo que sea la primera vez que lo hace –comenté sin emoción–. En cuanto tengas noticias, avísame.

El liberto asintió y no tardó en marcharse en silencio.

Suspiré, agotada. Con gestos lentos, cogí la pluma que hasta esa misma mañana había pertenecido a mi padre y reflexioné unos instantes antes de comenzar a escribir con mi mejor caligrafía. Tenía que avisar a mi hermano, pero no sabía por dónde empezar. Se me humedecieron los ojos. Poco a poco, la carta comenzó a tomar forma. Relaté lo ocurrido aquel día aciago de la forma más suave que fui capaz y, cuando me disponía a dejar que secara la tinta para sellarla, Lucio se sentó frente a la mesa y observó las salpicaduras que manchaban mis dedos.

–¿Vas a decirle a Vero lo que ha ocurrido con Décimo?

–Sí. No voy a dejar que se salga con la suya y necesito que Vero sepa que Décimo intenta manipularlo ahora que es el *pater familias*.

–Nuestro abuelo no se va a quedar de brazos cruzados.

–Ni yo espero que lo haga –repliqué con una mueca–. A estas alturas, ya habrá escrito una carta donde le diga lo mala que soy e intente convencerlo de que lo mejor que puede hacer es volver a casarme pronto. De todos modos, tendremos que esperar: el correo tarda en llegar a Judea.

–Veo que lo tienes muy claro –suspiró Lucio, frotándose los ojos con cansancio.

Intuí que aquello no era todo y le miré con seriedad.

–¿Qué me ocultas?

–Décimo fue a mi casa tras vuestra pelea –dijo con desgana tras unos instantes, mientras apartaba la vista–. Ha convencido a mi madre para que me mande a alguna de las legiones a hacer el *cursus honorum*.

–¿Y tu padre?

Negó con pesadumbre.

–Aún no ha hablado con él, pero dudo que se oponga.

El silencio cayó como un manto entre nosotros.

–¿Qué vas a hacer?

Levantó los hombros, incapaz de darme una respuesta. Lo observé, intentando calibrar su valía, y una propuesta comenzó a tomar forma en mi mente. Sabía que los tiempos que se avecinaban no iban a ser fáciles para mí y prefería tener a Lucio cerca en vez de a miles de millas en cualquier provincia repleta de bárbaros.

–Si quieres, puedo ayudarte –le ofrecí, sabiendo que accedería–. Hay cargos que no necesitan que salgas de Roma y conseguirlos no es tan complicado si sabes a quién acudir. Podría convencer a tu padre si le digo que quieres permanecer en la ciudad para cuidar de mí mientras Vero está lejos.

Lucio asintió casi de inmediato.

–¿De qué se trataría?

–De alguno de los cargos comprendidos en el vigintivirato, nada demasiado complicado: vigilar la acuñación de moneda y cosas así.

–Espero que no suponga un problema para ti ahora. Sé que habrá gente, a la que antes considerabas amigos, que tras la muerte de Publio por traición no querrá…

Lo detuve con un gesto.

–Eso he de sopesarlo yo, Lucio.

–De acuerdo –accedió.

Después se dio cuenta de que había llegado el momento de irse y lo acompañé a la puerta de la casa. Lo observé marcharse antes de acercarme al cuerpo de Publio, iluminado tenuemente por las antorchas.

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago.

–Me has dejado sola en una Roma muy difícil, padre, y preveo que esto solo es el inicio.

Capítulo 2: *Sit tibi terra levis*

2 de junio del año 68

Filipo se acercó a mí aprovechando que me había quedado momentáneamente sola. Era mediodía, por lo que el sol brillaba alto en el cielo, secando la tierra con su calor, aunque el atrio aún se conservaba fresco y el cuerpo de mi padre esperaba su incineración con la paciencia que otorga la muerte.

–¿Podemos hablar un momento en privado?

Asentí y le hice un gesto para que me acompañara al despacho.

Una vez allí, cerré la puerta a mi espalda y me volví hacia él.

–¿Lo tienes ya?

–Tal y como dijiste. También he conseguido que me dejen echar un vistazo al registro del censo y sé qué declaró exactamente tu padre, por lo que esta noche iré al Argilentum a visitar al falsificador y podremos ampliar tu dote.

Lo miré, pensativa. Por un momento, pensé en ir con él, pero, aunque Argilentum era un barrio de libreros, la Subura estaba demasiado cerca y era peligrosa.

–¿Lo tendrá antes del alba?

Filipo me aseguró que sí, por lo que decidí dejar aquel asunto en sus manos. El plan era sencillo: incluiríamos en mi dote parte de las tierras que tenía mi padre, hasta llegar al diez por ciento. Esas, sumadas al otro treinta y cinco que no había declarado, daban una cantidad nada desdeñable que permitiría a mi hermano no tener que empezar de cero cuando volviera.

Salimos de nuevo al atrio, donde estaba todo preparado para dar sepultura a mi padre, y Lucio se colocó a mi lado.

–Deberíamos partir ya –me susurró.

Asentí en silencio y observé la gente que se había congregado a nuestro alrededor. Mi tío no había venido, como era normal, por lo que Sabino y algunos amigos de la familia encabezaron el cortejo fúnebre mientras yo los seguía junto a Lucio.

Recorrimos el Esquilino sin acercarnos a la *Domus Aurea* y continuamos nuestro camino hacia el foro, entre los gestos de los espectadores, que iban desde la consternación a la clara satisfacción. Me costaba aceptar que tanta gente deseara la muerte de mi padre, pero me mantuve impasible ante sus muestras de desprecio.

Cerca del foro, Sabino tuvo que intervenir para que nos dejaran pasar. Sabía de sobra que todo aquello era obra de Nerón, por lo que

apreté los dientes y mantuve la cabeza alta. Nos detuvimos ante la Rostra, donde Sabino se dirigió a las pocas personas que nos habíamos congregado alrededor del cuerpo de mi padre y dio comienzo a la *laudatio*.

–No temas, Publio, por los que dejas atrás. Que tu espíritu cruce la laguna Estigia sin pesar y encuentre su sitio en los campos Elíseos, donde se hallan los héroes. Hoy, cuarenta y seis años transcurridos desde tu nacimiento, las Parcas cortaron el hilo que te unía a la vida y te propiciaron la inmortalidad en el recuerdo de tu familia y amigos. Hijo de Sexto Julio César y Folia Vestina, pasaste tu infancia y tu juventud en esta ciudad que hoy llora tu muerte. Pronto destacaste entre tus semejantes con la prudencia como virtud y honraste a tu familia participando en la conquista de Britania, que tanta gloria proporcionó al Imperio. Te casaste con Annia Tertia, que te dio dos hijos antes de que la muerte la reclamara, los cuales te despiden con el cariño y respeto que les inculcaste. Serviste en el Senado y enriqueciste sus decisiones con tus acertados juicios y, aunque se te acuse de traicionar a nuestra patria, nadie la amaba más que tú.

En aquel momento, dejé de oír el discurso de Sabino y me perdí en mis pensamientos. El senador se estaba arriesgando mucho pronunciando esas palabras en público. Todos los allí presentes sabíamos que el emperador tenía esclavos y sirvientes en el foro que le relatarían hasta el más mínimo detalle de lo que habían escuchado.

La *laudatio* concluyó pronto y el cortejo prosiguió su camino hasta que salió de la ciudad por la vía Apia en dirección a nuestro mausoleo familiar, delante del cual ya estaba preparada la pira funeraria.

Cuando una antorcha prendió el entramado de troncos apilados, el fuego me hipnotizó. Sus lenguas lamían el cuerpo de mi padre y lo envolvían con un resplandor hiriente para, después, convertirse en humo negro que ascendía serpenteando hacia el firmamento.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero el sol ya se había puesto en el horizonte cuando pusimos la urna en el sitio que tenía reservado y colocamos la lápida sobre ella. Leí la inscripción en silencio, lamentando que mi hermano no estuviera allí.

–*Sit tibi terra levis*, padre, y que nadie te moleste en tu eterno descanso –murmuré con un hilo de voz mientras se me escapaba una lágrima.

Lucio, que era uno de los pocos que aún no se habían marchado, se colocó a mi lado. Murmuró una plegaria a los dioses, me contempló en la oscuridad danzante que proyectaban las antorchas y me tomó con suavidad por los hombros. Era hora de irse.

Comenzamos el regreso a la ciudad acompañados por aquellos que se habían quedado hasta el final. Observé a Filipo. Aunque era nuestro administrador y antes fue uno de nuestros esclavos, yo todavía era

pequeña cuando mi padre lo manumitió, por lo que apenas lo recordaba viviendo en nuestra casa. Sabía que era hábil con los números y compró su propia libertad cuando decidió casarse, pero a pesar de eso mi padre no había prescindido de sus servicios.

Perdida en mis pensamientos, llegué a la *domus*. Fue entonces cuando la soledad me alcanzó de lleno y me quedé inmóvil en medio del atrio, con la vista fija en el cuadrado que se abría al cielo estrellado. Ni siquiera reaccioné cuando Spuria me tomó del brazo y me condujo hasta mi alcoba, en silencio.

Me desperté con la respiración acelerada y me topé con los ojos pardos de Spuria, que anunciaban problemas.

–¿Qué ocurre? –pregunté jadeando.

–La guardia pretoriana está aquí.

–¿Llevan mucho esperando?

Ella negó con la cabeza y me pareció ver un brillo cauto en sus ojos.

–Acaban de llegar. Filipo también vino hace un par de horas y te dejó esto –dijo, tendiéndome un rollo de pergamino.

Lo abrí con rapidez. La falsificación de mi dote era magnífica, prácticamente idéntica a la original. Mi menté comenzó a trabajar a toda prisa mientras Spuria me ayudaba a vestirme y, por un momento, temí que el falsificador nos hubiera delatado. Pero, de ser así, ya estaría detenida, por lo que me recompuse antes de salir a recibirlos.

Aquella vez, los guardias no habían entrado de golpe, sino que esperaban en silencio en el atrio acompañando a un par de funcionarios.

–¿Qué buscáis en esta casa?

El más alto me observó con gesto serio.

–Esta casa es propiedad del Estado. Aquí traigo los documentos que lo acreditan.

Les indiqué que me acompañaran y los guié en silencio hasta el *tablinum* para poder hablar con tranquilidad.

–Julia Vestina, hija de Publio Julio Vestino y viuda de Quinto Emilio Salvio –comenzó el que parecía mandar–. Debido a que tu *pater familias* no se encuentra en Roma ni tenemos noticias de que poseas un representante legal, hemos venido a hablar directamente contigo. La condena por traición de tu padre da al Imperio la potestad sobre todos los bienes que tenía a partir de este mismo instante, lo que incluye esta casa y las propiedades recogidas en el último censo.

–Exceptuando mi dote.

El funcionario dudó, pero hizo amago de mirar de reojo al otro hombre y asintió.

–Así es. Por ese motivo, debemos compararla con el registro del censo, ya que Vestino no lo actualizó tras tu boda.

–Por supuesto –respondí, sabiendo que Spuria había dejado la

falsificación en la estantería mientras yo los recibía–. Galeo, ve a buscar a Filipo.

Ambos hombres se miraron entre sí y supe que planeaban algo. No me equivoqué, pues se pusieron a revisar mi dote y compararla con el registro antes de que llegara el administrador. En cada una de sus preguntas, simplemente me encogía de hombros con la intención de ganar tiempo hasta que, al fin, la voz de Filipo se anunció al otro lado de la puerta.

–Pasa, Filipo –lo saludé–. Estos hombres han venido a revisar los bienes de mi padre. Estoy segura de que, como nuestro administrador, tendrás mucho que decir.

Antes de que los funcionarios pusieran alguna pega, salí del despacho con el liberto para poder hablar a solas con él.

–He venido lo más rápido que he podido, pero los años no perdonan, Julia. Ya no puedo correr tanto como cuando era joven –suspiró Filipo, sentándose en uno de los bancos del peristilo.

–No te preocupes, he logrado entretenerlos lo suficiente. No obstante, han intentado tenderme una trampa.

–Lo mejor que puedes hacer es irte a la villa del Lacio.

–Me preocupa la deuda de mi padre. ¿Has hablado con el banquero?

–Sí, y no pondrá pegas en modificar los registros y usar el dinero para pagar parte de lo que debe. Eso sí, cuando tu hermano vuelva a Roma, estará completamente arruinado.

–Si no lo hago, lo estará aún más. Necesitamos ganar tiempo. Ya se me ocurrirá algo para liquidar lo que quede.

El liberto asintió, conforme, y, cuando iba a volver al despacho, lo retuve.

–No pueden quitarme mi dote, ¿no?

–Les cuesta más intentarlo que lo que vale la dote en sí.

–Pero si Nerón lo autoriza…

Filipo me miró con un brillo de compasión en los ojos.

–Por eso mismo, lo mejor que puedes hacer es marcharte de Roma, darle esta casa y rezar a los dioses para que se olvide pronto de ti.

Lo observé dirigirse a buen paso hacia el *tablinum* y, armándome de valor, decidí no alargarlo más. Llamé a Galeo y me aseguré de que nadie oyera nuestra conversación.

–Alquila dos carros. Necesito que cada uno de vosotros esconda algo de valor en vuestros hatillos, bien envuelto entre la ropa, de modo que, si los soldados los registran, no lo encuentren. Servidles todo el vino que quieran, aunque no se lo rebajéis demasiado, y sacad más higos –le dije, echando un vistazo disimulado a los pretorianos, que en ese momento armaban bulla en el atrio.

El esclavo se marchó a cumplir mis órdenes y yo volví al despacho, donde Filipo ya había tomado las riendas de la situación. Los

funcionarios no parecían demasiado contentos y no hacían más que poner cuantos impedimentos se les ocurrían, pero el liberto tenía explicación para cada una de las cifras por las que le preguntaban.

Al cabo de un buen rato, cuando consideraron que no podían sacar nada más, se fueron. No obstante, antes ordenaron a los soldados que vigilaran lo que me llevaba.

–He hecho que les disuelvan algo de adormidera en el vino. Para cuando despierten ya nos habremos ido. Te acompañaré hasta la villa y me quedaré allí dos días para ayudarte a organizarlo todo, si te parece bien.

–Ve a tu casa a recoger tus cosas, entonces –dije, conforme.

Suspiré, cansada, y volví al despacho, esforzándome por ignorar las risas de la guardia. Sin embargo, aquel momento de soledad terminó pronto: uno de los clientes de la familia insistía en hablar conmigo, y, al ver que ni Spuria conseguía hacer que se marchara, lo hice pasar. No lo conocía, pero, por sus manos agrietadas y el olor a sal que desprendía su ropa, supuse que sería capitán de alguno de los barcos de mi padre. Parecía alterado y permaneció de pie cuando lo invité a sentarse.

–Ayer llegué a Ostia y me dijeron que Vestino había muerto y el Estado se había quedado con todas sus posesiones.

Me molestó que fuera tan directo, pero lo disimulé.

–Así es, ¿cuál es tu problema?

–¿Qué va a pasar con los barcos, con las rutas comerciales?

Me pareció oír un deje de desesperación en la voz.

–No tienes que preocuparte por eso –le aseguré con sequedad–. Los navíos no estaban a su nombre, sino al de Filipo. –le expliqué.

Sin embargo, aquello no pareció tranquilizar al hombre, que comenzó a quejarse con una retahíla de palabras que no pude comprender y de las que solo deduje que mi padre no le había pagado.

–No es el mejor momento para pedir dinero –comenté con frialdad.

El capitán hizo oídos sordos y comenzó a enumerar las calamidades que había sufrido y por las que aún no había recibido compensación alguna. Por suerte, la llegada de Lucio me libró de aquella verborrea sin sentido para mí.

–En unos días te enviaré lo que necesites –le aseguré, intentando que se fuera y me dejara hablar a solas con mi primo. Lucio, que captó mi estado de ánimo, acabó empujándolo hasta la puerta al ver que no tenía intención alguna de irse.

–¿Has montado una taberna en el atrio y no me he enterado? –preguntó Lucio, divertido, echando un vistazo a los guardias antes de cerrar la puerta.

Su ocurrencia me hizo esbozar una sonrisa.

–Ojalá, pero me temo que los pretorianos están aquí por un asunto

más serio. Esta tarde me marcho al Lacio. Tendrás que ir allí la próxima ver que quieras verme. Pero no quiero hablar de eso: ¿cómo es que vienes tan arreglado? –le pregunté, acompañándolo hasta los divanes del *triclinium*.

–Creo que puedes adivinarlo.

–Quizá –aventuré, ofreciéndole una copa de vino–. Sabino, como pretor de la ciudad que es, te ha conseguido un puesto en su oficina.

Lució asintió.

–Tengo que velar por el buen estado de las calles de la ciudad y asegurarme de que el pavimento de alrededor de las tabernas sea lo suficientemente uniforme como para que los borrachos no se tropiecen al salir –comentó con socarronería.

–También tendrás responsabilidades...

Él le quitó importancia con un gesto.

–No creo que sea muy complicado. Además, he de darte las gracias. Sé que fuiste tú la que hablaste con Sabino.

–Era un gran amigo de Publio y se siente responsable, no fue difícil convencerlo –admití–. ¿Cómo se lo han tomado tus padres?

Lucio jugueteó con una fresa.

–Mi madre ya se lo ha contado a todas sus amigas, y estoy seguro de que mi padre está pensando algo para poder aprovecharse de ello en el Senado.

–El que ha de beneficiarse de esto eres tú. Sé listo, Lucio, no desperdicies esta oportunidad... y aprende a usar bien una toga –añadí con una leve sonrisa.

Mi primo se movió, molesto, y tiró de la tela para intentar recolocarla. Spuria pronto acudió en su ayuda y observé sus movimientos expertos, los mismos que usaba con mi padre, hasta que Lucio me sacó de mi ensoñación.

–¿Cómo sabías que iba a venir? Me he topado con Filipo por el camino y dijo que me estabas esperando.

Jugué distraída con un mechón de pelo mientras lo miraba por el rabillo del ojo.

–Supuse que tendrías noticias de Décimo y te apetecería compartirlas conmigo.

–Así es –admitió sorprendido–. Ya sabes cómo es mi madre. Me obligó a visitarlo y a contarle todo lo relacionado con mi nuevo cargo, como si le interesara lo más mínimo.

–Presiento que se dedicó a menospreciarte.

–Básicamente, sí, aunque te ahorraré esa parte. El caso es que, mientras hablábamos, llegaron dos hombres. Décimo nos despidió a toda prisa, pero escuché como uno de los hombres le preguntaba si era verdad que tu boda estaba próxima. Décimo se puso hecho una furia y juró por Júpiter que te ibas a casar con Rufio Aureliano antes de que

Plutón se lo llevara al Hades. No pude oír mucho más, pero creí que deberías saberlo.

–Esos hombres eran los funcionarios encargados de requisar los bienes de mi padre –le expliqué–. Estuvieron antes aquí. Tuve que decirles eso para que no intentaran arrebatarme también mi dote.

–Estarán esperando que te cases y cuando vean que no tienes intención alguna...

–Pueden pasar muchas cosas hasta entonces –lo corté–, pero de momento he ganado tiempo. Décimo me ha dado la tapadera perfecta sin que fuera su intención.

–Aun así, tendrás que casarte en algún momento...

–Oh, y lo haré, pero es Vero quien debe decidirlo.

–Nuestro abuelo no te lo va a poner fácil –me advirtió.

–Yo a él tampoco.

Lucio se recostó, pensativo. Nos quedamos unos instantes en silencio hasta que decidí romperlo.

–Lucio, en unas horas parto hacia mi villa y no sé cuándo podré volver a Roma. Necesito que seas mis ojos aquí, en especial con Décimo. No me fío de él. Puedes confiar en Sabino, pero no te acerques tanto como para que te comprometa políticamente, es mejor que sigas tus propias ideas. Lo único que te pido es que, al tomar esas decisiones, también pienses en mí.

Su rostro tomó un aire reflexivo que le hacía parecer mayor de lo que era.

–No te preocupes. Te mantendré informada de todo.

Se lo agradecí y, en aquel momento, llegó Filipo con el equipaje necesario para pasar un par de días conmigo en la villa.

–Julia, los carros están casi llenos, no podremos llevarnos más –dijo, tras saludar a Lucio–. Han cargado todas tus cosas y algunas más a escondidas de los soldados.

–Ya no se les oye –comentó Lucio, atento a cualquier ruido.

–Están durmiendo. Cuando despierten tendrán un buen dolor de cabeza. Deberíamos partir cuanto antes para llegar antes del anochecer –dijo volviéndose hacia mí–. He mandado un emisario para avisar a los esclavos y que lo tengan todo preparado.

Me levanté del diván y Lucio me imitó.

–No retrasemos más lo que es inevitable.

Ambos me acompañaron mientras iba cerrando todas las puertas de la casa y observaba por última vez las estancias que me habían visto crecer. No hizo falta que dijeran nada, la pesadumbre enrarecía el ambiente y nos cubría con su silencio. Por último, ordené a los esclavos que sacaran a los pretorianos del atrio y los dejaran en la calle durmiendo la borrachera.

–Iré a verte –prometió Lucio abrazándome–. Cuídate, Julia.

–Y tú también.

Después, me subí en el segundo de los carros junto a Galeo y nos pusimos lentamente en marcha. Recorrimos las calles de Roma en una comitiva silenciosa hasta que salimos por la puerta Capena, rumbo a la costa. Mi villa estaba cerca de Terracina, la ciudad natal de Galba y el motivo por el que mi padre lo había conocido. Hacía varios años que no me pasaba por allí, pero era el lugar al que siempre habíamos ido de vacaciones, cuando era más pequeña y la vida era sencilla.

Contemplé una última vez la ciudad que dejaba atrás y supe que, cuando volviera, nada sería igual.

Capítulo 3: La conjura de las Parcas

8 de junio del año 68

El sol caía sin piedad sobre los campos, a pesar de que no faltaba mucho para su puesta, mientras yo observaba desde el porche de mi villa el polvo que levantaba un caballo que se acercaba a galope. Un esclavo lo había divisado mientras retejaba un alero que las lluvias de primavera habían arrastrado, y había venido corriendo a decírmelo con la esperanza de que lo relevara de su peligrosa función, cosa que me estaba planteando porque era un inútil.

Lo observé de reojo trazar círculos con el pie sobre la gravilla hasta que comenzó a ponerme nerviosa y lo mandé a buscar a Spuria, que no tardó demasiado en llegar. A pesar de todo, se estaba adaptando bien a la vida en el campo.

–¿Qué piensas del que he mandado a buscarte?

–Es un inepto –fue su lacónica respuesta–. Da gracias si no consigue que se caiga lo que queda del tejado.

Esbocé una débil sonrisa ante su dureza.

–¿No necesitas a nadie que saque agua del pozo?

Spuria frunció el ceño a mi espalda.

–Si se lo encargas a él, tendremos que pescarlo como a un salmonete sin vida.

Me quedé pensativa y continué mirando el rápido trote del caballo que subía por el camino, pero no respondí. El jinete entró a galope en los límites de la villa, aunque redujo el paso hasta detenerse ante nosotras, envuelto por una nube polvorienta, y descabalgó de un salto.

El hombre me entregó una carta lacrada y lo hice pasar al atrio de la villa, aunque no permití que me siguiera al peristilo, donde rompí el sello y comencé a leer la misiva a toda velocidad.

Estimada Julia:

Los acontecimientos en Roma se suceden rápidamente y, en lo que tarde en llegarte este mensaje, lo que aquí te narro pertenecerá al pasado. Sin embargo, me parece pertinente hacerte saber cómo está la política en la urbe y lo que ha ocurrido durante estos días. Galba tiene apoyos dentro de la ciudad, y la muerte injusta de tu padre ha caldeado los ánimos de muchos patricios. No lo sé con seguridad, pero creo que el Senado trama algo, ya que han sobornado a la guardia pretoriana y el ejército ha retirado su apoyo a Nerón, al menos las legiones

más cercanas a Roma. Lo último que se sabe del emperador es que ha huido a su residencia en los jardines de Servilio. Mañana se reúne el Senado para deliberar. Además, hay problemas con el cargamento de tu barco. Deberías volver a Roma cuanto antes.
Tu primo,

Lucio

P. D.: El esclavo que lleva la nota tiene la misión de acompañarte a la ciudad y protegerte cuando decidas venir.

Levanté la vista y me aflojé los lazos del vestido. De pronto, tenía mucho calor. Spuria me miraba con aire interrogante mientras arrugaba la carta y buscaba alguna tea encendida donde pudiera quemarla.

–¿Malas noticias?

Miré a la esclava y dudé.

–Aún no lo sé, pero presiento que se avecina una guerra civil, Spuria. He de volver a Roma ahora mismo. Haz que traigan dos caballos.

Antes de que empezara a refunfuñar sobre lo peligrosos que eran los caminos, fui a buen paso hasta mi alcoba y ordené que prepararan un par de túnicas que pudiera llevarme a Roma. Me desaté los lazos del vestido, acalorada, a la vez que rebuscaba en el arcón alguna túnica más cómoda que ponerme. Spuria tomó el relevo y apenas tardó un par de minutos en encontrar una adecuada.

Me recogió el pelo mientras yo guardaba algo de dinero y me quitaba las joyas: no quería ser el objetivo de cualquier grupo de bandidos nada más pisar la ciudad. Después, me reuní con el esclavo de mi primo en el atrio, donde ya me esperaba con dos monturas. Pude ver la empuñadura de una espada bajo su capa.

–Aún nos quedan algunas horas de luz. Deberíamos aprovecharlas. ¿Podremos llegar antes del anochecer?

Él dudó, pero acabó asintiendo.

–Si en dos días no he regresado ni he mandado noticias, envía cinco esclavos a buscarme –le dije a Spuria tras subirme al caballo.

Partimos de la villa al trote y dejé que el esclavo fuera por delante para poder reflexionar sobre las noticias de mi primo. Si mataban a Nerón con Galba en Hispania, pasaría demasiado tiempo hasta que el nuevo emperador llegara a Roma y se hiciera cargo del poder de forma efectiva. Muchos intentarían aprovechar los meses de ausencia para obrar a su antojo. El contenido de la carta aseguraba que los senadores habían usado la muerte de mi padre como pretexto para derrocar a Nerón, pero no confiaba en que ese amago de compañerismo se extendiera cuando reclamara de nuevo todo nuestro patrimonio. Por eso, prefería estar en Roma por si surgía cualquier

inconveniente. Además, la ausencia de Galba era el caldo perfecto para las conspiraciones y no tardarían en surgir otros pretendientes al trono que podían desencadenar una guerra civil.

El esclavo de Lucio y yo pronto dejamos atrás el camino de acceso a la villa y llegamos a la calzada, donde pudimos acelerar el paso. Miré un instante al promontorio sobre el que se elevaba. Todas las tierras a su alrededor me pertenecían, hasta el mar. Delante de nosotros se alzaba Terracina, controlando parte de la bahía, pero resguardada de la furia marina tras sus murallas. La vía Apia, que en este punto volvía a acercarse a la costa, se separaba definitivamente de ella para dirigirse directamente hacia el norte, a Roma. Observé el templo de Júpiter Anxur, que desafiaba al mar sobre el punto más alto de la ciudad, y rogué a los dioses que me protegieran en los tiempos convulsos que se avecinaban.

Después, agarré mejor las riendas y me preparé mentalmente para volver a la capital del Imperio.

Capítulo 4: La sentencia del Senado

9 de junio del año 68

Lucio hablaba con la boca llena de aceitunas y panecillos mientras gesticulaba. Su madre ignoraba los sonidos guturales que hacía y se dedicaba a organizar a los esclavos de la casa para el resto del día, tal y como mandaba su rutina de buena matrona romana. De vez en cuando, lanzaba una mirada asesina a su hijo, que la noche anterior había regresado a las tantas apestando a vino, pero mi primo prefería ignorarla.

Yo, que había llegado al ocaso, justo antes de que las calles se llenaran de ladrones y vagabundos, también estaba desayunando, pero mis pensamientos estaban en ese momento en el Senado. Sabía que se había convocado una reunión al amanecer y que no acabaría hasta dentro de varias horas. La ciudad viviría en la incertidumbre durante ese tiempo. No era seguro ir al foro a informarse. Sin embargo, conocía una forma mucho más rápida de enterarme de todas las novedades y prever con bastante exactitud lo que ocurriría a lo largo del día. Me excusé ante mi tía y, con el pretexto del viaje de la noche anterior, me dispuse a pasar una mañana en las termas.

–Dame un momento y te acompaño –pidió mi primo, terminando de mordisquear el pan untado con mermelada de melocotón y nueces.

Noté que mi tía me observaba pensativa, aunque no dijo nada.

Apenas presté atención a Lucio mientras recorríamos las calles de Roma, envueltas en un ambiente enrarecido donde las noticias corrían cada vez más tergiversadas de boca en boca. Sin embargo, aquello no impedía que la vida transcurriera entre los habituales gritos de los tenderos anunciando sus productos o niños corriendo detrás de gatos callejeros para apedrearlos. Por suerte, los animales solían ser más rápidos que aquellas pequeñas criaturas del Hades.

Lucio y yo nos separamos a la entrada de las termas. Atravesé aquellas estancias que conocía como la palma de mi mano mientras el olor de los distintos aceites me envolvía. Se notaba que era el turno de las mujeres por el trajín de las esclavas y las voces imperantes que las acompañaban.

Pasé por la sala de agua fría sin apenas detenerme en mi camino hacia el *tepidarium*. Observé a las mujeres que había sentadas en los bancos apoyados en la pared y noté las miradas que me lanzaron un par de matronas con cara de asco que siempre se colocaban en la misma esquina. Decidí continuar hasta el *caldarium* antes de que

aquellas viejas arpías me arrancaran la piel con sus cuchicheos, y no tardé en oír los gemidos y quejas airadas que llenaban la sala, lo que me indicó que acababa de encontrar a la persona que estaba buscando.

Me deslicé entre las sombras que proyectaban las lucernas aprovechando la cobertura que me brindaban las columnas y observé a Livia. Incluso desde la distancia a la que estaba, podía apreciar la gran curva que formaba bajo el agua su vientre, abultado por el embarazo, mientras ella reprendía a la esclava que le masajeaba los hombros.

Me introduje en la piscina por el extremo más alejado, asegurándome de que no se fijaba en mí, y dejé que el calor me trepara por el cuerpo. Llené los pulmones de aire perlado de vapor y me sumergí por completo. Avancé por el fondo hasta que calculé que no estaba muy lejos de Livia y tiré del primer pie que encontré. Su grito agudo y airado me dijo que había acertado.

–¡Julia! –vociferó cuando saqué la cabeza del agua–. ¡Eres imbécil! ¿Quieres que muera ahogada como un vulgar perro callejero cuando hay inundaciones?

–Tranquilízate, Livia –intervino Domicia, que se desenredaba el pelo con las manos cerca de ella–. No será tan fácil hacer que te calles.

–¡Esto es el colmo! ¿Os parece que hablo demasiado?

Sonreí y señalé su barriga, que asomaba como una isla en medio del océano.

–Tu hijo va a decir sus primeras palabras antes de que lo amamantes.

Livia puso los ojos en blanco.

–¿Dónde está Marcia? Acabo de ver a su esclava en la puerta.

–Ha salido hace un rato para buscar un aceite –comentó Domicia, encogiéndose de hombros.

–Seguro que se ha vuelto a ir con el prostituto ese al que ronda, el de los ojos verdes y músculos marcados. Suerte la suya de que su marido no esté en Roma y de no tener una barriga como la mía –respondió Livia.

Le lancé una mirada alarmada a Domicia y llegamos al tácito acuerdo de no dejar que nos contara de nuevo todas las penurias de su embarazo.

–Por cierto, Julia –intervino, cambiando con brusquedad de tema–, ¿no te habías ido al campo?

–He tenido que volver.

–Siento no haber podido ir al entierro de tu padre –se disculpó Livia, jugando a dejar caer gotas de agua desde su cuello–, pero ya sabes que mi marido no podía verse involucrado de esa manera. Además, andar todo ese camino en mi estado...

–No importa –le aseguré, sin ganas de hablar de aquello.

–Pero me siento mal por no haberte acompañado. No quiero ni imaginar cómo tiene que ser perder un padre y un marido con apenas unos días de diferencia.

–Además, con Vestino acusado de traición, os quedáis sin las posesiones de vuestra familia –apuntó Domicia, buscando mi reacción.

Livia hizo un gesto de menosprecio con la mano.

–Eso puede cambiar en cualquier momento. Ya sabéis que la administración se demora años en esos trámites y no creo que ni siquiera hayan empezado a calcular todo lo que tienen que reclamar, es más, ni siquiera creo que lo puedan hacer.

–¿Por qué dices eso? –inquirí, sabiendo que la conversación se acercaba a donde yo quería llegar.

Livia esbozó una media sonrisa traviesa, pero Domicia se impacientó ante su medido silencio.

–¡Por todos los dioses, di ya lo que tengas que decir!

–Livia –intervine–, todas sabemos que tu marido tiene la influencia necesaria para estar informado y que tú conoces de sobra los planes de Vitalis.

–Los secretos de Estado...

–En unas horas lo pregonarán todo en el foro –continué–, aunque me gustaría saberlo de antemano.

Livia dudó, pero en el fondo le gustaba demasiado ser el centro de atención.

–Esto que os voy a contar tiene que quedar entre nosotras –murmuró, despidiendo a la esclava con un gesto–, y que conste que solo lo hago porque te afectará directamente, Julia.

Tras una rápida mirada alrededor para cerciorarse de que nadie nos escuchaba, se dirigió a nosotras.

–La muerte de tu padre, sin juicio, ha indignado a la mayoría de la nobleza romana. Algunos han aprovechado ese malestar para acabar con los abusos de Nerón, como Ninfidio Sabino, el prefecto del pretorio, que ha convencido a la guardia pretoriana de que abandone al emperador a cambio de una cantidad nada despreciable de sestercios. Ninfidio persuadió a Nerón de que se refugiara en los jardines para acto seguido decirle a la guardia que el emperador había huido a Egipto, tal y como este había anunciado en más de una ocasión.

Domicia y yo nos miramos, pero dejamos que Livia siguiera hablando.

–Hoy, los senadores se han reunido para declararlo enemigo público de Roma y proclamar a Galba en su lugar.

Observé a Livia y fui incapaz de contener mi sorpresa.

–¿Galba? ¡Pero si está en Hispania! ¿Y Nerón?

–Solo sé lo que ya te he dicho.

Me quedé pensativa. Si todo ocurría tal y como acababa de revelarnos, Galba tardaría meses en llegar a Roma y hacerse cargo del trono, por lo que la ciudad sería gobernada por sus partidarios. Aun así, la situación de mi familia podía mejorar bastante.

Estaba planeando mis próximos movimientos justo cuando apareció Marcia y se lanzó al agua a nuestro lado, salpicándonos y haciendo que Livia se volviera a quejar. Por suerte, su llegada evitó que mis amigas me acosaran a preguntas sobre lo que iba a hacer.

–¿Ya encontraste el aceite que habías ido a buscar?

Marcia miró a Domicia extrañada.

–¿Eh? ¿Qué...? ¡Ah, el aceite!... No, me lo he debido dejar en casa.

–¿Y para eso has tardado tanto? ¿No será que te has topado con cierto dacio de ojos verdes por el camino?

Marcia guardó silencio, pero se recostó y se dejó flotar.

–La que no me puedo quedar más soy yo –interrumpí, sentándome en el borde de la piscina y llamando a una esclava para que me acercara la toalla–. Esta mañana se presenta difícil y me gustaría aprovecharla al máximo.

–Ten cuidado, Julia –me recomendó Domicia.

–Lo tendré –dije, a modo de despedida.

Cuando salí a la calle, iba tan distraída que ni siquiera oí a Lucio llamarme hasta que se puso a mi lado con dos zancadas.

–Me ha costado reconocerte –admitió, señalando mi pelo.

–Se me ha olvidado el peine –reconocí, sabiendo que en ese momento parecía que me habían intentado ahogarme en un pozo.

–Por cierto, ¿has hablado ya con Filipo?

–Aún no he podido avisarlo de que he vuelto –admití–. ¿Cuáles eran los problemas con el barco que mencionaste en tu carta?

–Ah, eso. Han robado tres ánforas, y podrían haber sido más si un grupo de soldados no hubiera sorprendido a los ladrones. El capitán del navío está armando bastante revuelo en las tabernas quejándose de que le debes dinero. Supongo que Filipo querrá ir a Ostia a arreglarlo, pero esperará a que le autorices el pago.

Reflexioné por un momento y decidí ir yo misma, aunque no le dije nada. Me despedí de mi primo y fui a casa de sus padres, donde me adecenté antes de partir hacia el Quirinal para poner en marcha mi plan, con el objetivo de adelantarme a la reunión del Senado.

La fortuna me sonrió y me encontré a Icelo observando con una mueca disgustada a dos de sus esclavos que recogían un candelabro que se les había caído. Supe que estaba pensando un castigo adecuado por haberlo abollado con solo ver su expresión.

Se conservaba igual que recordaba, quizá con algo menos de pelo y con el vientre más abultado que cuando era esclavo de Galba.

Me reconoció en cuanto me acerqué lo suficiente.

–Julia –saludó, haciendo que las arrugas de alrededor de la nariz mostraran lo poco que le agradaba mi visita–. Supongo que no estás aquí por casualidad.

–Por supuesto que no. Quiero hablar contigo, ya que te han dejado salir de la cárcel.

–Ahora no tengo tiempo.

–Para mí, sí –le aseguré, esquivándolo y colándome en su casa–. Veo que la libertad te ha tratado bien.

–¿Qué quieres? –gruñó siguiéndome al atrio, disgustado por que le hubiera recordado que había sido esclavo no hacía tanto.

–Quiero saber si mi padre murió por apoyar a Galba.

Icelo pareció desconcertado.

–Tu padre hace años que no tiene ningún trato con Galba.

–Entonces, ¿cómo explicas que el último barco que ha llegado a Ostia transportara ánforas cuyo destinatario era, precisamente, tu antiguo amo? ¿Por qué tu gente ha asaltado uno de los almacenes del puerto y se ha llevado las que estaban marcadas?

Icelo, que no se distinguía por su perspicacia, sino por ser experto en lamerle las botas a su señor, no percibió mi mentira.

–No sé de qué me estás hablando.

–Yo creo que sí. Te lo preguntaré una última vez: ¿Murió mi padre por proteger a Galba?

Icelo pareció colapsar.

–¡No lo sé! Yo no controlo todos los negocios de Galba.

–Entonces no sabrás lo que había en las ánforas, ¿no?

–¿Insinúas que las he robado yo?

Me di cuenta de que estaba llevando aquello demasiado lejos. Una cosa era hacer que el liberto no se olvidara de nuestra charla y se la mencionara a Galba, y otra bien distinta era llamarlo ladrón a la cara.

–Por supuesto que no. Sólo busco respuestas.

El estruendo que hizo una bandeja de metal al caer contra los mosaicos de la entrada provocó que Icelo restallara los dientes de rabia.

–Aquí no las encontrarás. Si eso es todo, Julia, te agradecería que te fueras. Como ves, estoy preparando un viaje.

–No es mi intención retrasarte –le aseguré–. No obstante, recuerda que, si la conjura que descubrió Nerón era cierta, mi padre murió por vuestra causa.

Me fui sin esperar respuesta, y, cuando estaba ya a la mitad de la calle, oí los gritos seguidos de los golpes de Icelo a sus esclavos. Si todo iba bien, cuando Galba llegara a Roma, tendría un motivo para hablar con él y ponerlo a mi favor.

Callejeé hasta llegar al foro y me recibió una muchedumbre enfervorecida que hacía más ruido del habitual. Supuse que ya se

sabía lo que había decidido el Senado, por lo que me acerqué al enorme anuncio clavado en una de las paredes y lo leí por mí misma tras abrirme paso a codazos entre la gente.

Repasé cada una de las frases escritas con tinta negra, que solo me repitieron lo que ya me había contado Livia. Sin embargo, a pesar de que ponía claramente que se había declarado emperador a Galba, había gente gritando «república» y molestando a cualquiera que les recordara que el Senado solo gobernaba momentáneamente hasta que el emperador volviera de Hispania. Cuando las cosas empezaron a ponerse feas y dos hombres rodaron por el suelo enzarzados en una pelea, me fui.

Las noticias se expandían rápidas desde el foro y ya había gente celebrando la desgracia de Nerón. Pronto, los partidarios del antiguo emperador iban a tener que asegurar las puertas de sus casas para que una muchedumbre enfurecida no arrasara con sus posesiones, o incluso con sus vidas.

Me apresuré a llegar al refugio que me ofrecía la *domus* de los padres de Lucio. Todo el mundo parecía haber salido de su madriguera a olisquear los cambios que se avecinaban y las calles empezaban a ser un caos. Mi tío aún no había llegado del Senado, por lo que mi tía paseaba nerviosa por el atrio, ordenando a los esclavos ir de un lado para otro.

–¡Julia! ¡Por fin! Es casi la hora de comer y no ha llegado nadie aún. Estoy preocupada, puede haber disturbios.

–No tardarán en venir –le aseguré al mismo tiempo que se abría la puerta a mi espalda.

Mi tío entró con aspecto sombrío y se escabulló hacia su despacho sin decir nada. Su esposa lo siguió acribillándolo a preguntas que él respondía con monosílabos y me dejaron sola en el atrio, sin saber muy bien qué hacer.

Mi primo hizo su aparición justo cuando su madre comenzaba a quejarse de su tardanza. Lucio la ignoró y la comida transcurrió en un silencio tenso, solo roto por las voces que llegaban de la calle.

* * *

–Ya sé que no está –interrumpí al esclavo de mi banquero, al que había ido a visitar, antes de que intentara mentirme–, así que dile que quiero hablar con él. Si no te importa, esperaré dentro.

Me colé por el poco espacio que quedaba antes de que lograra detenerme y no pudo hacer nada para impedirme avanzar porque los demás clientes que esperaban en la calle, al ver que había entrado, se abalanzaron sobre la puerta. Al oír el jaleo, un grito airado en griego retumbó por las paredes seguido de las zancadas de un hombre bajo y calvo que salió al atrio quejándose.

–¿Es que en esta casa no se puede descansar?
–Siento molestarte, Cleisthenes, pero tengo que hablar urgentemente contigo.
Me miró con evidente irritación.
–Como todos los que están ahí fuera. ¿Por qué siempre que intentan tirarme la puerta abajo está involucrada tu familia?
–¿Ya vinieron los funcionarios a visitarte? Pensé que no se darían tanta prisa.
–En cuestión de dinero no suelen tardar mucho –gruñó, antes de acercarse a la entrada, asomar la cabeza y, tras una pequeña discusión, dar un portazo–. Sígueme.
Me llevó hasta su despacho renqueando, con cara de malas pulgas.
–¿Qué se te ofrece, Julia?
–Me gustaría ver las cuentas de mi padre. Las originales, claro.
Se llevó la copa a la boca y sorbió, pensativo.
– Filipo estuvo aquí hace unos días y comprobó que todo se hubiera hecho según tus indicaciones. Podías haberte ahorrado la visita.
–Siempre es un placer disfrutar de tu presencia, Cleisthenes –mentí–, pero, como sabrás, mientras mi hermano se encuentre en Judea, mi padre me encargó la administración de sus bienes, al menos de los que el Estado no requisara. Dado que tenía una deuda, contigo precisamente, me gustaría ver las fuentes de ingresos y comprobar si hay alguna manera de terminar de pagarla antes de que mi hermano llegue a Roma.
Me observó, taimado.
–Filipo ya renegoció las condiciones, pagó una gran parte y he bajado el tipo del interés. ¿Qué más quieres?
–Básicamente, saber cuánto ingresa con el transporte marítimo, que es lo que todavía nos pertenece.
–Esos datos los conoce mejor Filipo. Aquí no se anotan los detalles.
–Pero sí los clientes de mi padre. Cleisthenes, seré clara contigo, tengo un cargamento en el puerto de Ostia que necesito vender y me gustaría saber cuánto ganó mi padre en otras ocasiones con los mismos productos.
El banquero pareció desconfiar, pero la avaricia le pudo. Sacó un rollo de una de las estanterías y me lo tendió. Lo leí con detenimiento para poder memorizar los datos más importantes. Cleisthenes comenzó a impacientarse.
–¿Necesitas algo más?
–Sí. Un préstamo a mi nombre.
El griego me miró con mala cara.
–¿Para qué?
–Para poder reparar uno de los barcos. Mientras está en el puerto, pierdo dinero y no puedo esperar a vender el último cargamento o se

pasará la temporada de navegación.
–Julia, la situación de tu familia en estos momentos no me da garantías de pago. Agradece que os haya bajado el interés de la deuda.
–Cleisthenes, sabes tan bien como yo que no podré pagártela si no consigo más ingresos, y eso es lo que estoy intentando hacer, pero necesito algo de dinero de antemano.
–¿Qué podrías ofrecerme como aval?
–Mi situación va a mejorar en breve.
–Como la de todos los que pasan por aquí con el fango hasta las orejas; eso no me vale.
–Te lo puedo demostrar –insistí–. Me casaré en unos meses.
No se molestó en disimular su escepticismo.
–En ese caso, vuelve cuando estés casada.
–Necesito el dinero antes.
–Eso no es mi problema.
Clavé mi mirada en el hombre.
–Por supuesto que lo es. Si me concedes este préstamo, antes del otoño podré devolvértelo y zanjar la deuda que mi padre contrajo contigo. Ambos ganamos con el trato, y lo sabes.
El banquero pareció considerarlo durante unos instantes.
–¿Cuánto necesitas?
Decidí tirar al alza y le dije una cantidad. Cleisthenes se atragantó con el vino.
–¿Pero tú sabes lo que me estás pidiendo? ¿Qué pretendes, comprar todos los puestos del Senado tú sola? ¿Quedarte con la *Domus Aurea*? ¿Monopolizar el comercio de trigo?
No me inmuté, pues sabía que exageraba, y él se tranquilizó.
–Te puedo hacer un préstamo de dos mil sestercios –dijo al fin.
–Con eso no tengo ni para pagar los impuestos.
–Tendrás que apañarte. Además, sé que tienes tierras: o lo avalas o el interés será alto.
Me mordí la lengua para no decirle lo que pensaba de sus condiciones, pero no tenía opción. Había conseguido liquidez, que era más de lo que me esperaba.
–Está bien –acepté–, aunque quiero cuatro mil sestercios y pondré como garantía las tierras de Bríndisi.
Cleisthenes hizo cálculos.
–De acuerdo –aceptó cuando se dio cuenta de que duplicaban el valor del préstamo.
Firmamos un contrato escueto donde me aseguré de que figurara el interés más bajo posible y el banquero me prometió que, a la mañana siguiente, podría recoger un tercio del dinero. Salí de su casa cuando el sol ya comenzaba a trazar su arco para ocultarse en el horizonte, unas cuantas horas más tarde.

Necesitaba hablar con Filipo y pedirle consejo sobre cómo vender el cargamento que esperaba en el almacén de Ostia, así que decidí hacerle una visita. El Aventino no me quedaba de camino, pero, por suerte, el liberto vivía a unas pocas calles del templo de la Bona Dea. Además, de ese modo podría ver el estado en el que se encontraba el único edificio que arrendaba mi padre, herencia de los que en un día había poseído mi abuelo, cerca de la puerta Capena, y que este no había declarado en el censo.

En realidad, no sabía de qué *insula* se trataba. Me parecían todas igual de miserables y destartaladas, pero esperaba poder reconocerla si la veía. Mis recuerdos eran vagos, aunque creía haber oído a mi padre hablar de un alfarero que le daba problemas y cuya tienda se hallaba en uno de los locales arrendados.

En aquella zona, las edificaciones se elevaban hasta cinco alturas mientras la gente se hacinaba como podía en cuartos minúsculos subalquilados mil veces.

La casa de Filipo se hallaba en un pequeño pero cuidado edificio de tres plantas donde, en ese mismo instante, su esposa estaba intentando que dos chiquillos revoltosos le hicieran caso sin demasiado éxito. Como era de esperar, el padre de las criaturas permanecía ajeno a todo, recluido en la habitación más aislada.

–No sabía que tus hijos habían crecido tanto. Saludos, Filipo.

El liberto levantó la cabeza del pergamino en el que estaba escribiendo y me miró sorprendido.

–¡Julia! ¿Cómo es que estás de vuelta en Roma? ¡Te hacía en el Lacio!

–Ha habido problemas. Esperaba que pudieras informarme de algo.

Él le quitó importancia con un gesto y me invitó a sentarme.

–Si es por lo del marinero, lo solucionaré en un par de días, no tienes de qué preocuparte. Precisamente te estaba preparando una carta para contártelo.

Titubeé.

–De eso hablaremos después. Vengo de tener una conversación con Cleisthenes. Se ha mostrado bastante reacio a dejarme ver las cuentas.

–Es normal. Aunque seas tú quien se encargue de todo por el momento, el legítimo heredero es tu hermano. De todos modos, he hecho lo que acordamos y se ha reducido el interés de la deuda.

–Lo sé, me lo ha contado. He visto también los ingresos y hay que hacer algo, porque son muy bajos. ¿Qué ocurre con el alquiler de la *insula* que tenía mi padre?

Filipo hizo una mueca más que evidente.

–Ya estoy cobrando el máximo según las condiciones en las que está. Hace dos meses tu padre hizo apuntalar toda la parte de abajo. No sé ni cómo sigue en pie.

Me mordí los labios, preocupada.

–¿Y el cargamento? ¿Podríamos sacar más por él?

Filipo dudó, pero acabó negando con la cabeza.

Suspiré y me puse en pie, tras tomar una decisión.

–Mañana tú y yo vamos a ir a Ostia a resolver todos los problemas que está dando ese marinero. Le he pedido un préstamo a Cleisthenes. Creo que será suficiente como para encargarnos de las reparaciones del barco. Te espero en casa de mi tía a primera hora.

El liberto asintió y, tras despedirme de él y de su mujer, emprendí el camino de regreso, antes de que se pusiera el sol y las calles se llenaran de ladrones, vagabundos y borrachos.

Capítulo 5: La muerte de Nerón

10 de junio del año 68

Aquella mañana, Roma se había levantado suspicaz. Podía notarlo en la cara de la gente con la que nos cruzábamos Filipo y yo mientras nos dirigíamos en un carro hacia la puerta Ostiense. Los murmullos quedos tras las esquinas nos lo confirmaban: la noticia del suicidio de Nerón se había extendido con tal rapidez que, por toda la ciudad, corrían versiones distintas de boca en boca. Sin embargo, la pregunta era siempre la misma:

–¿Crees que de verdad lo ha hecho?

Filipo titubeó.

–Nunca se sabe, pero me inclino más a pensar en que se habrá escondido en el primer barco que zarpe hacia las provincias orientales, donde cuenta con más aprecio... y apoyos.

–¿Podría reclamar de nuevo el trono?

–Si sigue vivo, sí –admitió Filipo, encogiéndose de hombros–, pero el Senado no lo consentirá porque, como alcance de nuevo el poder, los matará a todos.

Me quedé pensativa, reflexionando sobre las implicaciones de sus palabras, hasta que salimos de Roma y el silencio comenzó a hacérseme incómodo.

Al final, decidí contarle a Filipo mi visita al liberto de Galba antes de que partiera para Hispania, lo que hizo que una arruga de preocupación se le dibujara en la frente.

–Es un movimiento peligroso, Julia. Dudo que tu padre tuviera nada que ver con ninguna conjura, más bien, creo que se han servido de su muerte para cumplir un plan elaborado hace mucho. Sin embargo, de ahí a decir que quería apoyar a Galba de alguna manera va un buen trecho. Todo el mundo sabe la animadversión que sentía hacia él.

–Pero si funciona –rebatí–, puede que el nuevo emperador revoque las órdenes de Nerón y mi hermano no tenga que preocuparse por su patrimonio. Si algo falla, no existen registros.

El liberto hizo una mueca.

–Si Galba pide pruebas, no tendrás ninguna.

–Ya se me ocurrirá algo –le aseguré–. Además, mientras el emperador llega y no a Roma, hay tiempo de sobra para elaborar un plan.

–Si es que consigue llegar –oí murmurar a Filipo sin entusiasmo. Sabía que él había estado con mi padre cuando los negocios con Galba fracasaron y había tenido que evitar que los acreedores se le lanzaran

como buitres. Por suerte, la fortuna permitió a mi padre participar en varias campañas militares y esquivar la quiebra, aunque nunca había vuelto a tener la liquidez de entonces.

Dejé que el traqueteo del carro acompañara mi repentina melancolía hasta que una columna de soldados con la armadura reluciendo al sol nos adelantó.

–Es la guardia pretoriana –comenté, sorprendida.

Filipo los evaluó con la mirada.

–Si tienen que proteger al emperador, supongo que irán a su encuentro.

Asentí, no muy convencida, y continuamos nuestro camino hacia Ostia. Aquel había sido el puerto de Roma desde hacía siglos, pero, cuando el Imperio y la ciudad se extendieron, se hizo evidente que era demasiado pequeño para tanto tráfico. La saturación de embarcaciones y la imposibilidad de que los navíos más grandes atracaran sin tocar el fondo hizo que Claudio decidiera construir otro fondeadero al norte de la localidad, Portus, un puerto semicircular que, pese a que los arquitectos más agoreros habían predicho que acabaría cubierto de arena, había permitido aumentar el suministro a Roma. Sabía que mi barco, por su tamaño, tendría que estar fondeado en Portus, pero Filipo dudaba de que su capitán se encontrase allí.

–¿Cómo vamos a encontrar a Neso? –dije, saliendo de mi ensimismamiento.

–Se suele alojar en una *caupona* llamada Campos Elíseos.

No pude evitar enarcar una ceja con escepticismo y, en cuanto llegamos, se confirmaron mis sospechas. La posada, que no tenía nada de paradisiaco, era una antigua construcción de cuatro plantas en ladrillos desgastados. Lo único que evocaba a la naturaleza era un arbusto triste colocado a la entrada que soportaba con estoicismo las meadas de los huéspedes antes de que estos se pusieran a roncar sobre los colchones llenos de chinches.

El interior no era mejor. La planta baja estaba repleta de marineros que apostaban ilegalmente sus pagas bajo la atenta mirada del dueño, un hombre calvo que limpiaba los vasos con el mismo trapo sucio con el que espantaba al perro pulgoso que vigilaba el local.

–Buscamos a Neso –dijo Filipo, poniendo una moneda sobre la barra.

El tabernero nos evaluó con la mirada, pero nos debió considerar inofensivos, porque señaló el tercer piso.

–Está ocupado. Podéis esperar aquí o subir a hablar con él.

Rechazamos su oferta de sentarnos en una banqueta y nos dirigimos hacia la escalera. Tres tramos más arriba, en un pasillo en penumbra donde un par de cucarachas habían corrido a esconderse entre las tablas del suelo, dimos con la habitación de Neso.

–Igual no deberías entrar –me sugirió el liberto.

–Podré soportarlo –le aseguré.

Filipo asintió, no muy convencido, y abrió la puerta.

Una mujer con gesto adormilado y melena despeinada nos observó desde una cama estrecha. Estaba completamente desnuda, igual que el hombre fuerte que roncaba a su lado, pero no hizo ademán alguno por cubrirse. En cuanto comprendió que queríamos quedarnos a solas con él, recogió su paga y se fue. Filipo se acercó al marinero y arrugó la nariz.

–No creo que pueda levantarse: apesta a vino.

Antes de que pudiera detenerme, cogí la palangana que descansaba en el único taburete de la habitación y se la volqué a Neso en la cara, que se despertó con un bramido. El liberto dio un salto atrás justo cuando el hombre empezaba a maldecir a voces.

Un instante antes de que se lanzara a estrangular a Filipo, hice tintinear una bolsa con dinero y pareció reconocerme. Al fin y al cabo, era el mismo que había venido a quejarse tras la muerte de mi padre.

–¿Vestino? –murmuró con voz pastosa.

–Casi. Su hija.

El hombre soltó un bufido ronco y, cuando siguió la dirección de mi mirada, fue consciente de su desnudez, lo que le hizo ponerse una túnica desgastada con destreza.

–¿Qué quieres? –dijo colocándose delante de mí con los brazos cruzados. Me sacaba una cabeza, pero no me amedrentó.

–Tengo entendido de que le cuentas a cualquiera que quiera oírte que tu patrón no te paga. Bien, aquí estoy, me gusta escuchar las quejas en persona.

Contra todo pronóstico, el hombre se rio.

–Tienes valor, eso te lo reconozco. Podías haber enviado a cualquiera a ensuciarse las manos y aquí estás… ¡Quién lo diría de la hija de un senador!

–Hablemos en un lugar más espacioso –dije, saliendo de la habitación sin darle otra opción que no fuera seguirme.

Noté sus ojos en la nuca e intenté no estremecerme mientras bajaba la estrecha escalera. Después, nos condujo hasta otra *caupona* más limpia y alejada de miradas indiscretas, pero casi vacía. El motivo era evidente con solo oler la comida que servían. Ni Filipo ni yo nos atrevimos a probarla.

–Y bien –comenzó Neso, dando buena cuenta de su desayuno–, ¿ya has decidido pagarme?

–Antes de hablar de eso, dime, ¿qué transportaste en el último viaje?

El capitán se encogió de hombros mientras jugaba con el hueso de una aceituna.

–*Garum* hispano, aceite, vino, conservas de pescado y algunos otros productos por encargo, pero nada especial. La ruta más importante es

la que tendría que estar preparando. En Bizancio me esperan especias y perfumes; en Alejandría, papiro y marfil. Siempre y cuando haya dinero para pagarlo, por supuesto, y para reparar el navío.

Puse el saquito de monedas que había traído conmigo sobre la mesa.

–Con eso tienes más que suficiente para arreglar la nave, pero –dije, poniéndolo de nuevo fuera de su alcance–, te voy a explicar lo que trajiste en el último viaje, lo que hay en el almacén… y lo que tienen que decir tus hombres, ¿entiendes?

Él apoyó la espalda en la pared y me observó con los ojos entrecerrados.

–Te escucho.

–Han robado tres ánforas, ¿no? Bien. Esas ánforas habían sido un encargo especial de Vestino. Tú no sabías qué transportaban y tus únicas instrucciones eran almacenarlas aparte. No constan en los registros.

Dejé que el silencio se interpusiera unos instantes entre nosotros.

–¿Qué gano yo con eso?

–Una compensación. Cuando tengas reparado el barco podrás partir hacia Bizancio. Asegúrate de que sea cuanto antes. En cuanto a lo que se guarda en el almacén, si alguien pregunta, que vaya a hablar con Filipo. Si aun así insisten, no des detalles –indiqué, tendiéndole de nuevo la bolsa–, y lo mismo a la tripulación. ¿Entendido?

Neso la sopesó y asintió con una sonrisa. Ambos sabíamos que ahí había suficiente para reparar el barco y provocar una borrachera a los marineros.

–Esto no cubrirá los gastos de un nuevo viaje.

–Te daré el resto cuando el navío esté listo –le aseguré.

El capitán pareció conforme y, tras acabarse su tardío desayuno, nos dejó solos.

Noté que el liberto estaba pensativo.

–¿Qué te preocupa, Filipo?

–¿De dónde vas a sacar el dinero para la travesía? Aunque vendamos la mercancía, no es suficiente, ni siquiera con el préstamo que has pedido.

–Sí, si sabemos gestionarlo –rebatí, y luego dejé una moneda sobre la mesa antes de salir a la calle–. Pretendo vender a cada cual lo que quiere. ¿Aceite hispano? Nosotros lo tenemos. ¿Ostras galas? Las que quiera. ¿Vino heleno? Cinco ánforas. Por supuesto, eso influirá en el precio.

–Eso se llama estafa. Sin duda –mascculló el liberto entre dientes.

–Es buena mercancía, Filipo, y a los ricos les da igual pagar más con tal de poder presumir de ello. Necesitamos ese dinero para saldar la deuda de mi padre y es el único modo que se me ocurre para lograrlo.

Él reflexionó y recorrimos dos calles abarrotadas de mercaderes

rumbo al carro que nos aguardaba en unos establos cerca de la puerta norte.

–¿Cómo piensas hacerlo?

–Te tengo a ti –dije–. Sé que, si te lo propones, puedes convencer a quien sea de que cualquier estatua mediocre pase por la que tenía Aristóteles en su patio. ¿Me vas a negar que es la primera vez que lo haces?

Filipo torció el gesto y esquivó a dos gatos enzarzados en una pelea a muerte por un arenque esmirriado.

–Fue hace mucho, y nunca a la escala que me pides: a tu padre no le gustaban estas cosas. Estoy seguro de que hay otros modos.

–Cualquier otra idea es bienvenida. Ya sabes que hago lo que puedo –suspiré.

El liberto asintió con aire reflexivo y no volvió a hablar en todo el camino de regreso a Roma. Me acompañó a casa de mi tía escuchando en silencio lo que quería que hiciera.

–Voy a volver a mi villa –le dije cuando estábamos a punto de despedirnos en la entrada–. Con un poco de suerte, la gente se olvidará de mí. Quedas a cargo de todo.

–Te mandaré cartas para tenerte informada. Que la fortuna te sea propicia y los dioses te protejan, Julia –se despidió.

Lo observé marcharse antes de entrar en la casa de mis tíos. En cuanto atravesé el umbral, dos ojos pequeños me dejaron petrificada nada más poner un pie en el atrio.

–¡Al fin llega mi nieta más hermosa! Acércate, Julia, para que nuestro invitado pueda apreciar tu belleza por sí mismo.

No quise preguntarme qué hacía Décimo allí, pero la mirada codiciosa del hombre que se sentaba a su lado me lo dijo todo.

–¡Abuelo! –dije, reponiéndome y avanzando con paso resuelto hasta donde se encontraban–. ¡Qué... inesperada sorpresa! ¿Quién te acompaña?

Mi tía, recostada en un diván, me lanzó una advertencia silenciosa que preferí ignorar.

–Este es Rufio Aureliano. Pensaba presentaros en la fiesta que organizo la semana que viene, pero, por motivos de negocios, Aureliano estará ausente. No obstante, como sabía lo ilusionada que estabas por conocerlo y me he enterado de que habías vuelto a Roma, hemos decidido venir a verte.

–No tenías que haberte molestado.

La mirada que me lanzó destilaba veneno, pero se supo controlar ante su invitado, que se había puesto en pie y se acercaba a mí.

Era un hombre fuerte que se aproximaba a la cincuentena. Una vida llena de lujos le había conferido un aspecto cuidado que completaba con varios anillos de oro y un perfume demasiado intenso. Ocultaba

una barriga incipiente entre los pliegues de su túnica, ceñida con un cinturón de buena calidad, y comenzaba a quedarse calvo.

–¡Julia! Las palabras de tu abuelo no te hacen justicia, tu belleza es indescriptible.

Lo miré con escepticismo preguntándome cuántas veces habría ensayado esa frase. Mi aspecto en ese momento, después de haber recorrido la vía Ostiense dos veces, dejaba bastante que desear.

–Ya te lo dije, Aureliano –sonrió mi abuelo–. Además, está bien educada. Su padre le dejó una buena dote y te dará hijos sanos y fuertes.

Sus ojillos me recorrieron de arriba abajo. Comencé a ponerme enferma.

–Te recuerdo, Décimo, que no tienes potestad para prometerme con nadie –dije recuperándome y retrocediendo un paso.

–Tu hermano estará de acuerdo –aseguró con el tono del que tiene algo planeado.

–Vero ni siquiera lo sabe y tardará semanas en enterarse. Además, aún no ha trascurrido el tiempo de luto que toda viuda debe guardar por su esposo antes de contraer matrimonio de nuevo. Te ruego que respetes mi dolor.

Antes de que mi abuelo pudiera replicar, Aureliano se le adelantó.

–Es normal y comprensible. De todos modos, como bien ha dicho Décimo, estaré fuera unos meses por asuntos comerciales. Ya hablaremos a mi vuelta.

Mi abuelo pareció ceder, pero vi en sus ojos que iba a hacer todo lo posible para que la boda se celebrara cuanto antes. Me disculpé y fui a preparar mi equipaje. Consideré dejarle una breve carta a Lucio, pero supe que, si se la dejaba a cualquiera de los esclavos de la casa, mi tía la leería antes, por lo que decidí mandársela una vez llegara a Terracina. Décimo y Aureliano se fueron al poco tiempo, aburridos por la conversación banal con la que les deleitaba su anfitriona.

No me quedé a comer. Pedí prestado un caballo y un esclavo y me fui, dejando a mi tía en el umbral de la puerta con la cara avinagrada. Dejé Roma sin mirar atrás y me di cuenta de que, en realidad, estaba huyendo.

«Que la fortuna te sea propicia», había dicho Filipo.

Esperaba que los dioses lo hubieran escuchado.

Segunda parte

Roma, otoño del 68 d. C.

Capítulo 6: Regreso a Roma

13 de octubre del año 68

La muchedumbre se agolpaba en el foro intentando ver los edictos del nuevo emperador, que, en las escasas tres semanas que llevaba en Roma, se había dedicado a ganarse enemigos. Su popularidad llevaba cayendo desde incluso antes de llegar a la ciudad, ya que, por el camino, se había dedicado a castigar a aquellos municipios que no le brindaron su apoyo. Además, corría el rumor de que no pensaba poner ni un denario para recompensar a la guardia pretoriana después de que esta no solo abandonara a Nerón a su suerte, sino también de que asesinara a su propio pretor cuando trató de ocupar el trono aprovechando la lejanía de Galba.

Me moví entre la gente seguida de cerca por Spuria para intentar leer con mis propios ojos el anuncio que acababan de colgar: Galba se estaba dedicando a asesinar a todos los que supusieran una amenaza. Esta vez había reprimido a los soldados de la flota de Miseno, con los que Nerón formó en su día una nueva legión, tan solo por reclamar que se les reconociera como tal.

Cuando comenzó a formarse una revuelta en el foro, Spuria y yo nos escabullimos con rapidez. Nos encaminamos hacia la casa de mi padre a buen paso. Gracias a la revocación por parte de Galba de todos los proyectos de Nerón, el patrimonio de Publio estaba en un vacío legal que me permitió instalarme de nuevo en la *domus* y restaurar nuestra red clientelar. En realidad, hacía apenas dos días de mi regreso del Lacio, donde había pasado el verano alejada del mundo. Mis únicos contactos con el exterior fueron las cartas que me llegaban de vez en cuando tanto de Filipo como de Lucio.

Recorrimos el Esquilino y sentí la brisa suave que recorría la ciudad, recordándonos que el otoño había empezado. Con ella volvió la preocupación.

El verano llegaba a su fin y seguía sin noticias de mi hermano. Sabía que el correo enviado por Sabino le había llegado, pero su silencio me incomodaba. A mi abuelo le pasaba lo mismo y me acusaba de sabotearle el emisario, aunque su inquietud se debía al retraso por la boda y no a lo que le hubiera podido pasar a Vero. Según Sabino, estaba bien, pero al parecer no tenía ánimo para responder a mis cartas: la muerte de mi padre lo había afectado más de lo que creía.

Sin embargo, la figura alegre que me esperaba ante la puerta de la *domus* me sacó de mis pensamientos.

–¡Julia! –exclamó Lucio cuando me vio–. Ya veo que sigue siendo igual de difícil encontrarte en casa.

Me encogí de hombros y lo invité a entrar.

–Aquí dentro no tengo nada que hacer y, como comprenderás, no me voy a quedar tejiendo mientras toda Roma asoma la cabeza de su madriguera para ver al emperador. Lucio se recostó en el diván.

–Supongo que tendrás que contarme muchas cosas...

Él se arregló la toga con un movimiento que denotó que se había acostumbrado a llevarla y me dedicó una media sonrisa.

–Llevas mucho tiempo fuera, ha pasado de todo. Por carta apenas he podido resumir los acontecimientos más importantes.

–¿Que Marcelo matara al amante de su esposa lanzándole una maceta en mitad de una fiesta era realmente relevante? –pregunté con ironía.

Lucio soltó una carcajada.

–No, pero sí divertido. Creí que te liberaría del tedio del campo por un tiempo. Veo que te has leído bien mis cartas –dijo tomando la copa de vino que la esclava acababa de dejar sobre la mesa–. También me han comentado que te las has apañado bastante bien. Liquidaste la deuda de tu padre e incluso has obtenido beneficios, enhorabuena.

–¿Cómo sabes tú eso? Le pedí al banquero que fuera discreto...

–Es griego –dijo como única justificación–. Anda diciendo que tu hermano, a pesar de todo, está arruinado.

–¡Ah, maldito codicioso! Está fastidiado porque ya no nos puede seguir cobrando los intereses. Ahora entiendo por qué Vero no tiene su dinero con él y creo que pronto a mí también dejarán de hacerme falta sus servicios.

–Hablando de tu hermano, ¿tienes noticias de él? No responde a mis misivas.

–Ni a las mías. Ni a las de Décimo. Ni a las de nadie.

–Tanto silencio es impropio de Vero.

Hice una mueca sombría.

–Espero que tenga una buena excusa. Hablemos de otro tema, Lucio. ¿Cómo están las cosas en Roma? En el foro estaban los ánimos alterados.

–¿Ya te has paseado por el foro? –Mi amago de sonrisa se lo corroboró–. ¡Cómo no! Entonces ya sabrás que nuestro querido emperador no es tan querido.

–Algo he oído –admití.

–El problema es que es viejo y manipulable. Le ha dado el gobierno a Tito Vinio y a Lacón y pretende evitar la bancarrota de una manera un tanto peculiar.

Por el tono de voz en el que lo dijo, casi pude ver los problemas que se avecinaban.

–¿A qué te refieres?

–Está persiguiendo a todos los que obtuvieron regalos de Nerón para, acto seguido, embargarles sus propiedades. Como puedes imaginar, hay muchos patricios y senadores afectados, pero también comerciantes y terratenientes. Entre eso y que se ha negado a pagar la recompensa que había prometido a la guardia pretoriana, se está ganando el odio del pueblo a pulso.

–Tenía entendido que había perdonado a los exiliados por Nerón.

–También, pero que regresen a Roma no significa que les devuelva sus fortunas. Ya has visto que, en teoría, esta casa sigue perteneciendo al Estado.

Me quedé pensando unos instantes. Lucio estaba serio y supe que tenía que decirme algo.

–¿Podría haber problemas?

–Eso me temo. Alguien le ha susurrado al oído que el único obstáculo entre lo que queda de la fortuna de Publio y las arcas del Estado es una mujer viuda con una buena dote.

Cerré los ojos notando que se me empezaba a levantar dolor de cabeza.

–Ese alguien... ¿no será Décimo?

–No lo sé, pero te ayudaré en lo que pueda.

Asentí y ambos reflexionamos en silencio.

–Por cierto –comentó Lucio al poco, recuperando su expresión alegre habitual–, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

–¿Aparte de llamar a Filipo para que me enseñe las cuentas de este mes?

–Eso puede esperar –me aseguró–. Te propongo algo mejor: Sabino da una fiesta privada en su casa y me ha pedido que te invite. Algo tranquilo sin muchos invitados.

Dudé unos instantes, pero acabé cediendo.

–Perfecto, vendré a buscarte en un rato –respondió mi primo, encantado, antes de marcharse.

* * *

Sabino salió a recibirnos en cuanto nos vio acercándonos, sobre el palanquín que mi primo había preparado.

–¡Lucio!, ¡Julia! ¡Al final te has decidido a venir! Pasad, sentíos como en vuestra casa. Por cierto, ¿dónde vives ahora? –me preguntó, tendiéndome una copa, que acepté con un gesto de agradecimiento.

–Continúo en la *domus* de mi padre –admití dando un sorbo–. Con todos los trámites emprendidos por Nerón paralizados, no creo que a nadie le importe demasiado.

–Siempre que el emperador no decida cambiar de residencia y mudarse a tu atrio –añadió Lucio.

–Espero que no. Tiene unas corrientes de aire horribles –comenté.

Mi primo se rio con ganas y Sabino esbozó una débil sonrisa que me dio a entender que no era una posibilidad tan descabellada. En aquellos momentos, su esposa se acercó a saludar, lo que le dio la oportunidad perfecta para excusarse e ir a recibir a otro invitado.

No fue la única que se aproximó a nosotros. Lo primero que percibí fue el perfume, una mezcla afrutada con toques de miel, la misma que traía mi padre a casa cada vez que pasaba la noche fuera. Cuando me di la vuelta, mis ojos se clavaron en la mujer que acababa de llegar. No era demasiado alta, pero imponía igualmente. Su pelo, teñido de negro y con reflejos cálidos, contrastaba de manera magistral con la palidez de su piel. Llevaba un vestido en tonos oscuros que combinaba a la perfección con las esmeraldas que le adornaban las orejas y la mano izquierda.

Sextilia.

La amante de mi padre.

Lucio evitó mi mirada con un gesto de culpabilidad, que denotaba que me lo había ocultado a propósito, antes de terminar su copa de vino y escabullirse.

Nunca la había visto tan de cerca. Mi padre solía ser bastante discreto cuando la llevaba a casa, pues siempre se aseguraba de que mi hermano y yo no estuviéramos.

–Sextilia –la saludé.

–Julia, me alegro de verte tan bien.

Por un momento, me pareció ver el brillo de una sonrisa disimulada en su mirada, pero fue tan breve que creí que lo había imaginado.

Sabino reclamó nuestra atención y nos agradeció a todos haber aceptado su invitación antes de conducirnos hasta el *triclinium*, donde unos esclavos se encargaron de colocarnos en los divanes según nuestro rango.

Al final, acabé al lado de Sextilia y enfrente de Lucio. A mi lado, otra mujer de cuyo nombre no me acordaba ocupaba el último diván junto con su marido, que se esforzaba por conseguir otra copa de vino sin que ella lo viera.

Mientras un grupo de músicos comenzaba a tocar, los esclavos sirvieron los entrantes. Alejados de la conversación principal, Lucio intentó entretenernos con los diversos rumores que recorrían la ciudad. En cuanto se le acabaron, la mujer de mi izquierda tomó el relevo y, aprovechando que su marido no le quitaba la vista de encima a una de las esclavas, comenzó a relatarme el tedio que le suponía su vida conyugal. Inesperadamente, fue Sextilia la que me salvó de aquel monólogo cuando los sirvientes trajeron el segundo plato.

–No le hagas mucho caso. El matrimonio no es tan malo.

–Puede ser peor –le aseguré.

Sextilia estuvo a punto de sonreír.

–Tengo entendido que estuviste casada –comentó, mientras soplaba distraídamente un trozo de perdiz macerada en hojas de mirto.

–Por suerte, duró poco –murmuré. Me di cuenta de que el vino comenzaba a subírseme a la cabeza y supe que tendría que vigilar mis palabras.

–Nunca está de más tener un hombre a tu lado, pero admiro ese afán de independencia. Sin embargo, recuerda que son ellos los que tienen el poder, a pesar de que el susurro de una mujer en el oído adecuado puede ser más eficiente que todas esas aburridas sesiones del Senado.

En aquel momento, antes de que pudiera responder, los esclavos nos interrumpieron para poner en la mesa el plato principal, un enorme cochinillo que olía a eneldo y a almendras tostadas. Sextilia esperó a que todos se centraran de nuevo en sus conversaciones para seguir hablando conmigo.

–Como ya sabrás, conocía a tu padre. Antes de morir –dijo, bajando el tono–, me pidió que, si le ocurría cualquier cosa, me encargara de ayudaros a ti y a tu hermano. Por eso, permíteme que te dé un consejo esta noche: mantente lejos de Galba. Aunque sea él quien ocupa el trono, solo es una marioneta en manos de otros. Los círculos de poder son complicados y las lealtades cambian tan rápido como el día y la noche.

Durante unos instantes, me pareció ver en su rostro una pizca de compasión.

–Agradezco tu advertencia.

–No te equivoques –dijo, recolocándose la estola y recuperando su distancia inicial–, no lo hago por ti.

A pesar de todo, la velada continuó siendo animada. Con la llegada de los postres, el ambiente se volvió más relajado y las leyes y los mandatos dejaron paso a los chistes y las impresiones sobre la última carrera de cuadrigas. Las mujeres nos agrupamos en torno a una bandeja con pasteles de uvas pasas y miel. La anfitriona se interesó por cada una de nosotras con una conversación tan fluida que casi parecía natural.

–Llevas un vestido precioso, Julia. ¿Es tela de Damasco?

–Egipcia –respondí, agradeciéndole el cumplido.

–Últimamente las prendas orientales están muy cotizadas –intervino la mujer de los problemas matrimoniales.

–Pero son increíblemente caras –suspiró Sextilia–. La seda vale una fortuna.

–Motivo de más para que nuestros esposos reconozcan nuestro valor y nos la regalen.

Estuve a punto de poner los ojos en blanco, pero me contuve. En cambio, Sextilia dibujó una media sonrisa que ocultó tras su copa.

–Estoy segura de que tu marido tiene muchos de esos detalles contigo.

La mujer titubeó, intentando descifrar el tono de Sextilia, pero nuestra anfitriona se apresuró a retomar la conversación.

–Hablando de hombres... ¿Qué tal tu hermano, Julia?

–Confío en que esté bien, pero mis noticias son las mismas que las vuestras, me temo.

–Es posible que no te mande ninguna misiva porque se encuentre de viaje –me explicó–. Se rumorea que hay una delegación de camino a Roma para jurar lealtad al nuevo emperador y, quizá, tu hermano los acompañe.

Aquella noticia hizo que me pusiera alerta, aunque no dejé que nada lo reflejara.

–¿Cuándo tienen prevista su llegada?

–Nadie lo sabe. Tardarán entre uno y tres meses.

Di un sorbo de mi copa para permitirme reflexionar.

–Es una noticia espléndida –coincidió la mujer del matrimonio desastroso, mirándome de reojo–. Así cesarían los rumores que corren por la ciudad sobre vuestra familia...

Antes de que nuestra anfitriona pudiera intervenir y, tras otra sonrisa disimulada de Sextilia, le mostré mi mejor cara.

–¿Rumores?

–Bueno, querida, ya sabes, la gente habla. Se dice que te has ocupado tú sola de administrar el patrimonio que le queda a tu hermano. ¡Un trabajo indigno de una patricia! Sin duda, con su vuelta, se dejarían de extender ese tipo de injurias.

Me recosté en el diván.

–Bueno, querida –dije usando su misma fórmula–, algunas preferimos poder comprarnos los mejores vestidos sin tener que esperar a que nadie nos los regale.

Se hizo un silencio espeso que solo se rompió cuando la esposa de Sabino nos ofreció más vino especiado. Por suerte, el resto de la velada transcurrió de forma tranquila, y, cuando quise darme cuenta, ya era la hora de irse.

Los esclavos trajeron la litera de mano y metieron a mi primo dentro, que casi no podía ni andar. Cantaba algo que fui incapaz de descifrar. Como no estaba en condiciones, agradecí a los anfitriones su hospitalidad por los dos antes de subirme yo también y ponernos en marcha, en dirección a mi casa.

Lucio estaba feliz y yo lo suficientemente relajada para seguir sus bromas.

–¡Ah! ¿Y viste su cara cuando empezaron a hablar de todos esos libertos advenedizos de Nerón?

–Espera –lo retuve, dándome cuenta de mi propia embriaguez–.

¿Estamos hablando de esa estirada con cara de sardina que metería a un mendigo en la cama con tal de que le regalen algo?

Lucio estalló en una carcajada y asintió, pero, antes de que pudiera responderme, la litera se detuvo y los esclavos murmuraron algo, nerviosos.

Enmudecí. Mi instinto se disparó de inmediato y, sin apenas pensar, me quité las pulseras y las escondí entre los cojines.

Lucio, que también se había dado cuenta de que algo no iba bien, se movió.

–¿Qué...? –consiguió decir antes de que varios hombres de aspecto rudo dieran un tirón a la cortina y nos hicieran bajar a la fuerza de la litera.

Lucio se espabiló, pero, al intentar resistirse, uno de los hombres le golpeó tan fuerte en el estómago que hizo que se doblara por la mitad y cayera de rodillas en mitad de la calle, jadeando. El ladrón lo agarró del pelo y le puso una navaja en la garganta. Intenté soltarme, pero el que me sujetaba me empujó contra una pared y me ordenó con un gesto que me estuviera quieta.

En total, eran cuatro. Dos de ellos habían acorralado a los esclavos, que estaban tendidos en el suelo, y los otros dos centraban su atención en nosotros. Mi primo resolló, intentando recuperar el aliento. Dejé de preocuparme por él cuando el matón que lo agarraba se volvió hacia mí enarbolando un cuchillo.

–Las joyas.

Me quité los pendientes notando que me temblaban las manos y se los entregué.

–Más rápido. Dame todo el dinero que tengas.

–No tengo dinero –logré murmurar.

El hombre me agarró por el cuello y mi espalda chocó contra la pared. Le clavé las uñas en el brazo, pero él se limitó a hacer una mueca.

–Déjala –intervino el otro, haciendo que me soltara–. Mejor quítale el vestido: parece buena tela y nos darán algo por él.

El contacto de su mano me produjo tal repulsa que por puro instinto grité mientras me revolvía.

–Dejad de armar jaleo –dijo el otro hombre–. Cógela, nos la llevaremos a un lugar más apartado y allí podremos hacer lo que queramos con ella.

El olor del sudor y el vino rancio me revolvió el estómago cuando me atrajo hacia él, agarrándome del pelo. Lucio, todavía arrodillado en el suelo, miraba impotente. Invoqué en mi mente a todos los dioses protectores que se me ocurrieron, y alguno de ellos debió oírme, porque por una de las calles laterales apareció una de las cohortes de vigiles.

Al percatarse, el hombre me soltó y se dio a la fuga junto con sus compañeros. Un par de guardias echó a correr detrás de ellos, pero volvieron al poco con las manos vacías. Su superior, un hombre alto y de aspecto hosco, decidió que nos escoltarían hasta nuestra casa.

Lucio parecía avergonzado, pero, cuando me estremecí, me abrazó a pesar de mis quejas secas y no me soltó hasta que logré tranquilizarme.

Capítulo 7: Silo, el esclavo

25 de octubre del año 68

El chasquido hizo levantar la cabeza a Spuria. Sus ojos recorrieron mis manos hasta que encontraron el origen del ruido, lo que provocó que una profunda arruga se le marcara en la frente.

–Has vuelto a romper el hilo –confirmó cuando vio ambas partes descansando en mi regazo como serpientes recién arrancadas de la cabeza de Medusa.

Solté un bufido.

–Teníamos que habérselo encargado a una costurera. No sé en qué momento me convenciste para hacer esto.

Spuria me quitó la tela de las manos y comenzó a arreglar cada una de las puntadas.

–A tu hermano le hará ilusión a su regreso. Además, necesitas tejer más a menudo: has perdido práctica.

–Admitámoslo, Spuria, nunca se me dio bien.

En aquel momento, un golpe, una voz y un gemido quedo me indicaron que teníamos algún invitado, y no precisamente de los que eran bienvenidos.

–Ya es suficiente por hoy –le dije, incorporándome.

–A este paso no lo acabaremos nunca –rezongó ella, tirando de uno de los hilos para deshacer un trozo–. Tendremos que continuar mañana.

–Prefiero aprenderme todos los discursos de Cicerón de memoria y recitarlos con la boca llena de garbanzos a seguir picándome los dedos con las agujas –aseguré.

Antes de que le diera tiempo a replicar, Décimo apareció dando un portazo. Detrás de él, Galeo bajó la vista, avergonzado. No le había dado tiempo a avisarme. Por el tono rojizo que empezaba a mostrar una de sus piernas, mi abuelo le había golpeado por intentar cerrarle el paso.

–Décimo, ¡qué agradable sorpresa! –lo saludé, intentando que no se me notara el sarcasmo en la voz.

Él lo detectó y sus ojillos maliciosos se clavaron en los míos.

–No es la única que tendrás hoy. Quiero hablar contigo a solas. Vosotros –dijo, dirigiéndose a los esclavos –, traedme vino y algo de comer.

Le hice un gesto con la cabeza a Spuria para que obedeciera.

–No creo que tengamos nada de lo que hablar –dije.

Mi abuelo carraspeó, escupió al suelo y se acomodó con esfuerzo en uno de los divanes.

–Que tu inteligencia sea limitada no significa que la de los demás también. ¿Dónde está el vino?

Se me empezó a agotar la paciencia.

–¿A qué has venido, Décimo?

Él me ignoró. Probó el vino que acababa de traer Nevia y, tras una mueca, comenzó a hablar de nuevo.

–Supongo que no sabrás nada de Vero, ya que tampoco responde a tus cartas. Bien, solo vengo a decirte que en este mismo momento se dirige a Roma.

Buscó mi reacción, pero me aseguré de mostrarme impertérrita. Me sorprendía que hubiera conseguido esa información.

–Vengo a proponerte un pacto –continuó al ver que no respondía.

–Te escucho –dije, entrecerrando los ojos con desconfianza.

Décimo cogió toda la bandeja de higos para él.

–Vero se alojará en mi casa y tú contraerás matrimonio con quien yo te diga o lo perderás todo y arrastrarás a tu hermano contigo. Los bienes de tu padre se requisarán de una vez y se venderán en una subasta pública, al igual que tu dote. ¿Sabes la función de una dote? Asegurar la manutención de los hijos. Si te niegas a casarte, ya no es necesaria. Me encargaré personalmente de recordárselo a la administración: con el nuevo gobierno, tengo amigos muy bien colocados.

Observé cómo se acababa el vino de un trago, impasible ante mi mirada de odio.

–Tienes un mes para pensártelo –añadió.

Estuve a punto de replicar, pero me contuve. Mi abuelo había puesto fin a la tregua estival y yo tenía que planear mis próximos movimientos.

–Si no quieres nada más, vete.

Décimo esbozó una sonrisa triunfal. Después, me devolvió la bandeja de higos y salió de la estancia con paso irregular. Escuché en silencio, pero no tuve la fortuna de que se cayera por la escalera y se rompiera el cuello. Por un momento, me pregunté por qué las Parcas no habían cortado ya el hilo que le unía a la vida, pero supuse que ni en el Hades lo soportarían.

Noté la silenciosa presencia de Spuria en el umbral de la puerta y alcé la bandeja hacia ella.

–La próxima vez tendré que envenenárselos.

–Tiene la sangre emponzoñada. No creo que muriese –bufó la esclava.

–Manda a alguien a buscar a Filipo –ordené levantándome–. Dile que es urgente. No quiero que se me moleste hasta que él llegue.

Busqué refugio en el peristilo. Allí, el ruido de la calle quedaba amortiguado por las plantas que trepaban por los muros y por la diminuta fuente sobre la cual una ninfa aburrida observaba el agua. Barajé una solución que no implicara ceder al chantaje de mi abuelo, pero todo lo que se me ocurría incluía el asesinato. Cuando, un buen rato más tarde, Filipo entró en el peristilo con gesto sombrío, comenzaba a tener una idea aproximada de cuáles podrían ser mis siguientes pasos.

–¿Cómo va lo que te pedí? –le pregunté.

–No tienes nada por lo que preocuparte. He encontrado un buen comprador y cerraremos el negocio esta misma semana.

Asentí, pero permanecí en silencio. Por el rabillo del ojo, pude ver que Filipo comenzaba a impacientarse.

–Julia, me has mandado llamar, y Galeo dice que es urgente. ¿Ocurre algo?

–Será mejor que hablemos en el despacho –le pedí.

Aquello hizo que en los ojos del liberto apareciera una sombra de inquietud.

–¿Has ido últimamente al mercado de esclavos? –Cerré la puerta a mis espaldas.

–No es un lugar por el que me guste pasear, así que intento evitarlo.

–Me han dicho que Galba ha traído a muchos galos consigo como castigo por el apoyo que le prestaron a Nerón.

–Son caros, Julia. No necesitas más esclavos.

–No tengo ninguno que sepa usar un arma. Si me vuelven a atacar, estaré igual de indefensa que la última vez.

–Contrata una escolta.

–No son de fiar –respondí con rotundidad–. ¿Disponemos de liquidez?

–Limitada. Con la venta de esas tierras aumentará, pero no creo que me hayas hecho venir para discutir si puedes permitirte otro esclavo...

Lo miré a los ojos.

–Es posible que Vero esté de camino a Roma.

El liberto pareció sorprendido.

–Eso es una gran noticia, así no tendrás que seguir ocupándote de todo.

Bajé la cabeza y me observé las manos.

–Lo sería si Décimo no amenazara con arruinarnos. Ha venido esta mañana.

La media sonrisa de Filipo se congeló y el liberto escuchó en silencio los detalles mientras su expresión se tornaba cada vez más sombría. Sabía que se había enterado de los planes de mi abuelo para casarme por boca de Lucio.

–Supongo que habrás planeado algo.

–Sí, pero dependo de Vero, y eso no me gusta. Décimo tiene más influencia sobre mi hermano de la que me gustaría.

Apoyé los codos sobre la mesa antes de continuar.

–Tú lo conoces mejor que yo. Recuerdas con más claridad todos los problemas que le causaba a mi padre cuando yo era niña. Sabes con quién se relaciona, a quiénes otorga su confianza y puedes enterarte de a quién ha ofendido últimamente.

–Quieres información –afirmó.

–Quiero saber a quién conoce en el Palatino, quién va a visitarlo, a quién visita. Contrata a un informante para que lo siga, si es necesario.

–Es un juego peligroso –me advirtió el liberto–. Si se entera, lo considerará una afrenta. ¿Por qué no aceptas casarte con quien te diga?

–Porque las intenciones de Décimo nunca son limpias y no voy a ceder a su chantaje.

El liberto me evaluó durante unos instantes antes de ceder.

–Te informaré de todo lo que averigüe –concluyó, levantándose con lentitud. Por un momento, me pareció que quería añadir algo, pero salió del despacho sin mirar atrás.

Decidí abordar la búsqueda de una escolta esa misma tarde, para lo cual le pedí a Lucio que me acompañara.

–He estado pensando en el ataque –admití– y temo que se repita, por lo que he decidido comprar un esclavo que sea capaz de defenderme.

–Mi padre podría prestarte alguno, si lo necesitas –se ofreció.

–No hace falta –respondí, sin explicarle que no me apetecía que mi tía se enterara de todo lo que hacía–. Prefiero echar un ojo en la Saepta Iulia. ¿Me acompañas?

Cuando estábamos ya cerca de la Rostra, una nube negra como una noche sin luna cubrió el sol. En el momento en el que comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia, la gente corrió a refugiarse bajo los pórticos. Lucio y yo subimos la escalinata del templo de Saturno con la esperanza de encontrar un hueco para resguardarnos, pero los cambistas, los banqueros y los corredores de apuestas ocupaban los mejores sitios. Los sacerdotes, al ver el tumulto que se agolpaba ante la puerta, comenzaron a maldecir e intentaron despejar la entrada.

Un relámpago cruzó el cielo y la lluvia se desplomó sobre la ciudad con fuerza. Hasta los sacerdotes enmudecieron cuando el trueno retumbó en el pórtico del templo.

–Comienza a calmarse –comenté cuando el tiempo dio una pequeña tregua.

–Eso parece, pero quizá deberíamos pedir una litera para no mojarnos.

Estuve de acuerdo y, en cuanto terminó de llover, le dimos una

moneda a un niño que volvió al poco tiempo con un palanquín de alquiler.

–Pareces preocupada, y no solo por la tormenta –comentó mi primo cuando nos pusimos en marcha.

Comprobé que la *palla* estuviera bien colocada antes de mirarlo.

–Me temo que no está siendo un buen día –suspiré–. Esta mañana Décimo decidió concederme el placer de su presencia.

–Vamos, fue a chantajearte de nuevo.

–Más o menos. En realidad, lo que quería era declararme la guerra, pero me niego a ponérselo fácil.

Antes de que Lucio pudiera preguntar, la litera se detuvo, ya en nuestro destino. La Saepta Iulia era un inmenso edificio porticado que se articulaba en torno a un patio central. Julio César lo había concebido para acoger las asambleas de la ciudad, pero, con su muerte y la posterior guerra civil, fue Agrippa quien lo concluyó, para luego ofrecérselo a Augusto. Ya que, con el Imperio, los comicios perdieron su razón de ser, el edificio se acabó convirtiendo en un mercado de antigüedades, especias, esclavos y otros productos de lujo.

En aquellos momentos, los comerciantes más desafortunados recolocaban los productos que habían escondido por la tormenta bajo los pórticos mientras sus compañeros del piso superior se burlaban apoyados en la balaustrada.

Una tarima de madera indicaba el lugar en el que se llevaban a cabo las subastas de esclavos, aunque, en aquellos momentos, estaba desierta a causa de la tormenta. En el momento en el que Lucio y yo nos acercamos a una de las tiendas para observar mejor a un hombre larguirucho de mirada ida, el tratante apareció de la nada.

–Veo que estáis interesados en mis mercancías, sin embargo –dijo, evaluando de una rápida ojeada lo que podríamos pagarle–, permitidme que os recomiende alguna de mis mejores adquisiciones. Tengo de todo: mujeres hispanas, niños egipcios, hombres germanos y, por supuesto, eruditos griegos versados en filosofía, gramática y retórica. Además, también puedo ofreceros varios individuos exóticos que se adaptan a cualquier necesidad, como por ejemplo esta belleza –comentó, señalando a una esclava diminuta y triste que estaba encadenada a la puerta de su local–. Este otro es nubio, y lucha como los leones de su tierra. Tuvimos que utilizar tres hombres para poder reducirlo.

–¿Y aquella? –se animó Lucio, señalando a una joven de cabellos rojizos.

El tratante rio.

–La encontramos en la frontera germana, pero no te puedo asegurar que no escape a la primera oportunidad. ¿Buscáis algo en concreto?

–Un hombre que sepa luchar –respondí con rapidez.

–Eso es difícil –admitió el comerciante con una mueca–. Los buenos guerreros suelen acabar en la arena como gladiadores. Sin embargo, creo que tengo alguno por aquí.

Alzó la lucerna y se internó en la tienda propinando un par de patadas a un bulto que no se apartó con la suficiente rapidez. Eché un vistazo al aspecto de los esclavos y me negué a seguir más allá.

–¡Tú! Levántate y ven.

Una sombra se incorporó con dificultad con un tintineo de cadenas y siguió al tratante hasta el pórtico.

–Un galo, de la tribu de los sántonos. Está en buena forma y aún es joven. Mira su dentadura –dijo, mientras obligaba al hombre a abrir la boca.

–¿Habla latín?

–Lo básico.

Lo rodeé lentamente para comprobar que estuviera en buen estado.

–¿Cuánto pides por él?

El comerciante esbozó una sonrisa de triunfo que me hizo sospechar.

–Dos mil sestercios.

Busqué la mirada de Lucio, pero mi primo no le quitaba los ojos de encima a la esclava pelirroja, así que no me sería de mucha ayuda.

–Quiero verlo mejor, aquí hay poca luz.

El tratante le dio un empujón hacia el pórtico, aunque no lo suficiente como para que saliera del todo de entre las sombras. Sin embargo, con el movimiento pude ver un vendaje disimulado en el muslo, bajo la pequeña tela que lo cubría.

–Quiero verlo sin ropa –exigí.

El hombre titubeó antes de empezar a soltar todas las excusas que se le ocurrieron, pero me mantuve firme. Cuando hice el amago de irme, cedió. En el momento en el que el trapo cayó a los pies del esclavo, se hizo completamente visible el vendaje.

–¿Está herido?

–¿Eso? No, es solo un rasguño. Ni siquiera merece la pena mencionarlo; está perfecto. Esta es la prueba de que sabe luchar.

Fruncí el ceño y dudé.

–Pides demasiado por un esclavo herido. Nadie va a pagarte tal cantidad, y lo sabes –le aseguré antes de plantearle mi oferta.

El tratante puso el grito en el cielo, pero me crucé de brazos y esperé a que terminara de quejarse a gusto. Lucio me miró de reojo, alzando las cejas, y le sonreí como toda respuesta. Después, tal y como solíamos hacer cuando éramos pequeños para volver loca a mi tía, comenzamos a plantearle nuestras condiciones de modo que tuviera que estar todo el rato girando la cabeza para respondernos. Al final, tras un largo regateo, el tratante aceptó el precio que le ofrecí y firmamos el acuerdo de compra ante la atenta mirada del esclavo, que

se había vuelto a atar el pequeño paño que lo cubría. No le quité las cadenas.

Alquilamos una litera para que nos llevara de vuelta a casa y le ordenamos que caminara a nuestro lado, de modo que pudiéramos verlo todo el rato.

–Has conseguido un buen precio –comentó Lucio.

–No esperaba que fuera tan fácil, si te soy sincera, pero la tormenta nos ha ayudado. Preveo que me será muy útil, sobre todo evitando que Décimo se cuele en mi casa.

Lucio sonrió.

–Puede que lo detenga una vez, pero la siguiente es capaz de aparecer con la guardia.

–Ya veremos.

Los porteadores recorrieron el Esquilino hasta que me dejaron en la puerta de la *domus,* donde me despedí de Lucio antes mirar a mi nueva adquisición y señalar la puerta.

–Memoriza bien esta casa: a partir de ahora, vives aquí –le dije antes de entrar.

Spuria fue la primera que nos vio. Su mirada interrogante desapareció cuando le ordené que llamara a todo el mundo. Después, me recosté en uno de los divanes del atrio y esperé a que todos los esclavos de la casa terminaran de reunirse alrededor de su nuevo compañero.

Examiné al galo. Era alto, más que el resto de nosotros. Llevaba la barba larga, el pelo descuidado y pude ver varias cicatrices en su cuerpo. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue la forma en la que miraba a su alrededor, nervioso.

–Desde este momento –comencé–, tu nombre será Silo. –Él clavó sus ojos claros en los míos, con cierto aire desafiante, pero no dijo nada–. Créeme, has tenido mucha suerte: en mi casa, todos los esclavos tienen la oportunidad de ser libres siempre y cuando reúnan el dinero que se pagó por ellos. Recuerda bien esa cifra, porque no aceptaré ni un sestercio menos, y quizás en unos años puedas comprar tu libertad.

Noté que el hombre escuchaba con más atención.

–Cualquier esclavo huido –continué– será perseguido y castigado. Cualquier daño contra sus amos está penado con la crucifixión. ¿Entiendes?

Él me observó unos instantes más, pero acabó bajando la mirada al suelo, en silencio.

–Bien. Tu tarea aquí es defender mis intereses. De momento, quiero que impidas la entrada en esta casa de cualquier persona sin antes consultármelo. ¿Está claro?

Él dudó antes de volverse hacia mí.

–Sí.

–Sí, *domina* –lo corrigió Spuria.

Silo frunció ligeramente el ceño, pero lo repitió con un acento bastante marcado.

–Curadle la herida –ordené al resto de mis esclavos–, encontrad un sitio donde pueda dormir y dadle algo de comer.

Todos asintieron y, cuando Nevia se lo llevó, me volví hacia Spuria, que seguía a mi lado.

–Vigílalo y haz que hable solo latín.

Durante el resto de día, lo hizo pulular de un lado a otro. Yo observaba desde mi diván cómo le gruñía que se quedara quieto mientras le tomaba las medidas para arreglarle una túnica y le clavaba algún alfiler cuando se movía; cómo le cortaron el pelo rubio al estilo romano y lo obligaron a afeitarse; cómo encontraron unas sandalias viejas y un cinturón que pudiera ponerse, y cómo, finalmente, le hicieron acarrear las ánforas con *garum* que Nevia iba a utilizar para preparar la cena.

Durante todo aquel tiempo, no le oí pronunciar ni una sola palabra.

Finalmente, me cansé de seguir sus movimientos y pedí que me sirvieran la cena en el despacho mientras leía algo de poesía. Justo cuando iba a comenzar a comer, alguien se presentó ante mi puerta.

–Es Lucio –me informó Spuria.

–Dile a Silo que lo deje pasar.

Antes de que pudiera replicar, Lucio entró en el despacho con una sonrisa burlona.

–Creo que tu nuevo esclavo no tiene muy clara su función.

Suspiré y le entregué a Spuria el rollo que estaba leyendo.

–Ve y explícaselo –le ordené.

Lucio se recostó en un diván a mi lado antes de coger una aceituna y juguetear con ella.

–Siento visitarte tan tarde, pero traigo noticias que creo que deberías conocer. Parece ser que nuestros asaltantes fueron contratados por alguien.

Lo miré, sorprendida, y entrecerré los ojos.

–¿Quién?

–Aún no lo sé, pero tengo un informante tras su rastro.

–¿Vas a ordenar que los maten?

Él hizo una mueca de desagrado.

–Antes quiero saber quién está detrás de esto, pero una vez que me lo digan...

Por primera vez, vi en sus ojos el brillo duro y feroz de la determinación. Lucio se dio cuenta de que entendía su motivación e intenté ocultar la ligera perturbación que me causaba aquello.

–Sea –dije, apurando mi copa antes de dejarla sobre la mesa con un tintineo que, debido al silencio que siguió a continuación, retumbó en

toda la estancia.

Capítulo 8: Galba

30 de octubre del año 68

Una voz autoritaria que procedía del atrio interrumpió nuestra conversación. Observé a Filipo, preocupada, mientras él se incorporaba y se dirigía a la puerta, dispuesto a enterarse de lo que estaba ocurriendo. Silo había dejado pasar a tres hombres que, por su aspecto, eran soldados. En cuanto distinguí el sello de la misiva que traían, me di cuenta de quién los enviaba.

–Así que el emperador reclama mi presencia –comenté una vez leí la carta–. En ese caso, será mejor no hacerlo esperar.

En cuanto llegué a palacio, un secretario me tuvo esperando hasta que me harté de contar las teselas del mosaico que decoraba el suelo. Cuando por fin vino a buscarme un esclavo larguirucho con cara de ratón de biblioteca, me esforcé por no mostrar ningún atisbo de emoción antes de seguirlo.

Entramos en una estancia amplia y ricamente decorada, pero apenas presté atención. Mis ojos se deslizaron automáticamente a la figura que ocupaba el centro de la habitación y que, en ese momento, estaba cómodamente repantigada en una silla. Lo reconocí, aunque su imagen no se correspondía a la que guardaba en la mente: el Galba que yo recordaba tenía casi diez años menos. Conservaba los mismos ojos pequeños de ave rapaz, pero tenía la piel apergaminada, las manos deformadas por las enfermedades, y las uñas curvadas y amarillentas. Tuve que reprimir un escalofrío.

A su lado estaba Icelo, cuyo aspecto había mejorado desde la última vez que lo había visto, y un hombre que supuse que sería Vinio o Lacón. Avancé hasta el centro de la sala y me incliné.

–Me habéis hecho llamar –dije con suavidad–. He venido lo más rápido posible.

–¡Julia! –exclamó Galba mientras se movía para poder observarme mejor–. La última vez que te vi apenas levantabas un palmo del suelo. Ven, acércate.

Obedecí mientras él me evaluaba con la mirada.

–¿Cómo se encuentra tu hermano?

Me moví, incómoda.

–Bien, sirviendo al Imperio en Judea.

–Me alegro. –Ante mi silencio, decidió continuar–: Sin embargo, no te he pedido que vinieras para hablar de él. Icelo –dijo, señalándolo despreocupadamente– me ha contado la conversación que tuvisteis

antes de que marchara de Roma.
Intenté que mi expresión fuera neutra.
–En ese caso, comprenderéis mi desconcierto.
Galba pareció sorprendido, pero noté el brillo astuto oculto en su mirada.
–¡Y el nuestro! Hace años que Vestino y yo no manteníamos correspondencia, por eso me extraña tanto que de la noche a la mañana hubiera decidido unirse a nuestra causa.–Como ya sabréis, desde la conjura de Pisón, no era del agrado de Nerón, que lo tenía vigilado. En la última semana antes de su muerte, prestaba mucha atención a los sucesos de la Galia y se mostraba muy reservado.
–Eso no significa que colaborara con nosotros –intervino Icelo.
–No –admití–, pero tampoco explica la existencia de unas mercancías que no aparecen en el registro, que pretendía enviaros y que robaron pocos días tras su muerte.
La mirada del emperador se endureció, por lo que me apresuré a suavizar el tono.
–Por eso acudí a vuestro liberto en busca de respuestas –añadí.
–Nosotros no sabemos nada –masculló Icelo–. Podrías estar mintiendo.
Galba le ordenó callar con un gesto.
–Entiendo que sospeches que Nerón sentenció a Vestino a muerte si pensaba que colaboraba conmigo, pero te aseguro que no era así. Nuestros acuerdos en el pasado concluyeron en malos términos y cortamos cualquier relación desde entonces.
Abrí la boca para replicar, pero la mirada que clavó en mí Galba me hizo saber que no iba a permitirlo.
–Por lo que a mí respecta –continuó–, Vestino tan solo fue otra víctima de Nerón. No estábamos en el mismo bando. Tendrás que buscar respuestas en otra parte.
Me mordí la lengua, pero decidí replegarme, sabiendo que no era bueno poner a prueba su paciencia.
–En ese caso, siento haberos importunado. Ruego que me perdonéis.
El emperador le quitó importancia con un gesto. Sin embargo, pude ver en su mirada que no lo olvidaría tan fácilmente.
–Aclarado esto, hay otro tema del que me gustaría hablar contigo.
Contuve la respiración mientras los latidos del corazón me retumbaban en los oídos y esperé.
–Al parecer, tu situación económica es delicada –dijo Galba.
–Ha habido tiempos mejores –admití, impertérrita.
–Tengo entendido que Nerón requisó el patrimonio de Vestino.
–Así es. Sin embargo, creía que, con la nueva ley que tan generosamente habéis promulgado, esas propiedades pasarían a manos de mi hermano, su legítimo heredero, y que el testamento de mi padre

volvería a estar en vigor.
El hombre que estaba al lado de Galba sonrió.
–No es tan sencillo.
–En efecto –intervino el emperador–, esa ley solo se aplica a aquellos que reclamen formal y personalmente la devolución de esas propiedades.
Creí entender lo que estaba insinuando, pero decidí parecer ingenua.
–¿Y cuál es el problema?
El hombre volvió a intervenir.
–Tu hermano no ha reclamado nada. Es más, ni siquiera ha nombrado a alguien que lo represente formalmente en Roma. En este momento, consta como que ha cedido sus propiedades al Imperio, lo cual es un gran acto de generosidad –me aseguró.
–Me temo que se debe a un error. Si Vero no ha designado ningún representante legal es porque en estos momentos se dirige a Roma para encargarse de todo personalmente.
Pude notar la sorpresa en su cara.
–En ese caso –dijo Galba–, transmítele mis saludos a su llegada.
–Será un placer –le aseguré sabiendo que, en cuanto me fuera, enviaría un esclavo a Ostia para que lo informara del momento exacto en el que Vero desembarcara.

* * *

Filipo y Silo me estaban esperando fuera, soportando con estoicismo las bromas de los guardias que custodiaban el palacio. Por un momento, me pareció que el galo era perfectamente capaz de entenderlos. Los ignoré y, mientras emprendíamos el camino de vuelta a la *domus* con Silo detrás de nosotros, conté a Filipo a grandes rasgos lo que había ocurrido.
–Puedes estar tranquila, a partir de ahora Vero se encargará de todo. Has conseguido tiempo, que es lo que cuenta.
Fruncí el ceño, dubitativa. Si Galba quería nuestras posesiones, un simple trámite no iba a detenerlo. Además, aunque Sabino hubiera afirmado que lo más probable era que Vero acompañara a Tito en su viaje, no podía asegurarlo porque el terco de mi hermano se negaba a responder a mis cartas.
Delante de mi casa, un grupo de hombres intentaba que Spuria los dejara pasar. Hubiera sido bastante fácil si mi esclava no se hubiera cruzado de brazos con el atizador de la lumbre en la mano. Hice un gesto a Silo para que se pusiera a mi lado en cuanto reconocí al cabecilla.
–Aureliano –dije, alzando la voz y haciendo que el hombre con el que mi abuelo pretendía casarme se girara–. ¡Qué agradable sorpresa! –mentí–. ¿A qué se debe esta visita?

Él pareció sorprendido, sobre todo en cuanto se fijó en Silo, pero lo disimuló con rapidez.

–¡Julia! Cada día que pasa estás más hermosa –me aseguró, observándome de los pies a la cabeza y evitando mi pregunta.

–¿Qué necesitas, Aureliano? –intervino Filipo con aire sereno.

El comerciante lo miró algo descolocado y caí en la cuenta de que no conocía a mi administrador, aunque era evidente que este sí que había oído hablar de él.

–He venido a visitar a Julia –admitió–, pero me he encontrado con un cancerbero guardando la puerta.

Spuria soltó un respingo y por un momento pensé que le abriría la cabeza con el atizador. No tenía claro qué había hecho Aureliano para encolerizarla, pero supuse que no tardaríamos en descubrirlo. Mi administrador me miró de reojo, sin saber qué hacer. Decidí acabar con aquel espectáculo.

–En ese caso –dije–, será mejor que entremos. Sin embargo, me gustaría que tus hombres se quedaran aquí. La casa es de mi hermano –me apresuré a explicar cuando lo vi dudar–, y no quiero hacer algo que pueda molestarlo: en lo tocante a la intimidad de la familia es como mi abuelo.

Aureliano sopesó rápidamente sus opciones, pero accedió.

–No creí que estuvieras en Roma –comenté en cuanto nos acomodamos en una de las salas que a veces usaba para recibir a mis amigas.

Aureliano se colocó mejor. Parecía incómodo por la presencia de Filipo y de Silo, que no se habían separado de mí.

–Me temo que solo estoy de paso. En unos días tendré que partir hacia Sicilia.

Murmuré mi pesar. No fui convincente y el hombre frunció el ceño.

–Por suerte, Décimo me dijo que tu hermano llegaría pronto y que podría arreglarlo todo para que nuestro matrimonio se celebrara en cuanto volviera.

Clavé la mirada en sus ojos.

–Décimo es muy amable, pero tendrás que hablar con Vero: él es mi *pater familias*.

–Oh, lo haré –cabeceó Aureliano–. Estoy seguro de que no pondrá ninguna pega.

No me molesté en ocultar el desafío en mi cara y él lo notó. Filipo carraspeó para advertirme.

–Además –continuó él cuando se hizo evidente que no iba a responderle–, también he venido a verte por otro asunto.

Un silencio incómodo ocupó la habitación.

–¿De qué se trata? –preguntó Filipo con cautela. Por lo que había notado, a mi administrador no le caía bien.

Aureliano lo ignoró completamente y se dirigió a mí.
–Me he enterado del ataque que has sufrido y, ya que eres mi prometida, no puedo permitirlo –dijo. Tuve que morderme la lengua para no decirle que lo único que nos unía eran los delirios de mi abuelo–. Por ese motivo te he conseguido una escolta. Con ellos no tendrás nada que temer si sales a la calle.
Entrecerré los ojos. Por el tono que había usado, insinuaba que mi lugar estaba en casa.
–Es muy considerado por tu parte y agradezco tu preocupación, aunque no será necesario –dije con el tono más helado que me pude permitir–. Tengo mis propios esclavos.
Aureliano frunció el ceño, visiblemente molesto.
–Ya que nos vamos a casar, no me parece bien que salgas por ahí sin escolta.
–Ya que todavía no estamos casados –contraataqué–, la decisión me corresponde tomarla a mí.
Filipo, alarmado por la tensión que se palpaba en el ambiente, intervino.
–En este momento, el único que podría imponerle algo así es Vero, y no está aquí.
Aureliano se levantó, airado, y me aseguró que volveríamos a hablar más adelante, e inmediatamente abandonó la habitación a buen paso.
Me estremecí al imaginar cómo sería estar casada con él. Tendría que convencer a Vero de que Décimo estaba cegado por su propia ambición y de que ese enlace no nos convenía.
Filipo esperó a oír cerrarse la puerta de entrada antes de suspirar.
–Ignoraba con quién quería casarte tu abuelo, pero ahora que lo sé puedo asegurarte que Aureliano no es una buena opción. Es tratante de esclavos, Julia, y tiene fama de ser brutal con ellos.
–Ese enlace no se va a celebrar –aseguré apretando los dientes–. Silo, ¿te has fijado en los hombres que había en la entrada?
El esclavo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.
–Quiero que me informes si los vuelves a ver. Estoy segura de que lo único que pretende Aureliano es tenerme vigilada y no se rendirá tan fácilmente.
–Ten cuidado, es peligroso –me advirtió Filipo, incorporándose.
Agradecí su preocupación y, en cuanto Silo lo acompañó hasta la calle, escribí una breve nota y se la entregué a Spuria.
–Dásela a Livia o a su esclava, pero ten cuidado de que no te sigan. Finge que has ido a comprar algo.
Asintió y la escondió entre los pliegues de la túnica. La observé marchar por una puerta de servicio que casi no utilizábamos y me pasé la siguiente media hora rumiando la conversación que había tenido con Aureliano. Cuando Spuria volvió al fin, me levanté de un

salto.

–¿Encontraste a Livia? –inquirí.

–A su esclava; se lo entregué a ella.

Decidí entonces poner en marcha lo que llevaba pensando un buen rato. Me volví hacia ella y le pedí que trajera a Silo y a Galeo al peristilo en cuanto terminaran lo que fuera que estuvieran haciendo.

–El tratante de esclavos me aseguró que sabías luchar –dije, mirando a Silo.

Él asintió con la cabeza. Su parquedad a la hora de hablar comenzaba a irritarme.

–Bien, quiero que enseñes a Galeo.

Pude ver la mirada que cruzaron entre ellos.

–No me parece buena idea –comentó Galeo con suavidad.

–Me da igual –repliqué–. Necesito sentirme segura cuando salgo a la calle. Lo único que te pido es que seas capaz de defenderme en caso de necesidad. Silo te enseñará y yo supervisaré tus progresos.

El esclavo puso mala cara, pero no replicó y le mandé a buscar las dos espadas de madera con las que mi padre había enseñado a mi hermano a pelear. Podía ver en su expresión que, antes de empezar, ya se había resignado a que le dieran una paliza.

Las columnas se convirtieron en obstáculos inútiles que tan solo servían para que Galeo se refugiara tras ellas a la primera ocasión que se le presentara.

Silo daba órdenes cortas, pero, a medida que entraba en su papel de instructor, sus frases se volvían más largas. Casi pude ver un brillo de diversión en sus ojos. Sin embargo, en cuanto acabamos, volvió a los monosílabos. No me gustaban los esclavos que no dejaban de parlotear, pero tampoco aquellos que se escondían tras un velo de silencio, por lo que me dediqué a observarlo mientras me servían la comida. Después, lo hice venir a verme al despacho.

Se quedó de pie, como una estatua de mármol, mientras yo terminaba de ordenar algunos documentos con los pagos del mes. Lo invité a sentarse con un gesto y él tardó un poco en aceptar, como si esperara que fuera una trampa.

–Llevas casi una semana aquí –dije, dejando caer unas gotas de lacre en una carta que Filipo tendría que entregar a un comprador–. Dime, ¿estás a gusto?

–Sí, *domina*.

Casi sonreí. Me había dicho lo que creía que yo quería escuchar.

–Te lo volveré a preguntar: ¿hay algo que te disguste?

Sus ojos claros se clavaron con fuerza en los míos. Sabía que era una prueba, pero no me conocía lo suficiente como para estar seguro de la respuesta.

–La cama es pequeña, *domina*. Se me salen los pies por abajo –

confesó finalmente, desviando la mirada.

Me recosté en la silla, que se quejó con un crujido seco en cuanto me moví, y reflexioné unos instantes antes de hablar.

–No sé cuál es tu historia ni cómo te han tratado anteriormente, pero en esta casa no se castiga la sinceridad. Aunque debes obedecerme, puedes hablar, preguntar o sugerir. Sin embargo, aborrezco las mentiras. Si lo respetas, tanto tú como yo viviremos mejor. Dicho esto, arreglaremos tu cama y buscaremos una manta más larga –le aseguré mientras esperaba su reacción con los brazos cruzados.

Por un momento, pensé que no respondería.

–Gracias, *domina*.

–No tienes que decir *domina* cada vez que hables conmigo, es agotador. Ve a ayudar en la cocina y vigila la puerta de entrada.

Silo asintió antes de dejarme sola en el despacho sin apenas hacer ruido, como un gato. Sabía que Spuria lo tenía bien vigilado y eso me tranquilizaba, a pesar del hermetismo del esclavo. No obstante, yo tampoco pensaba quitarle el ojo de encima.

Capítulo 9: Los preparativos

1 de noviembre del año 68

No había nadie en las termas a esas horas. En realidad, ni siquiera deberían estar abiertas, pero, por una moneda más, me habían dejado pasar antes. Me encantaban aquellos momentos en los que podía estar sola, envuelta en vapor, mientras el agua cálida lamía mi cuerpo. Si me quedaba completamente quieta, flotando, y cerraba los ojos, los sonidos se amortiguaban hasta que tan solo podía escuchar los latidos de mi corazón.

El sonido de unos pasos que se detuvieron en el borde de la piscina me distrajo.

–Algún día, Julia, cualquier esclavo pensará que estás muerta al verte así y se llevará el susto de su vida.

–Yo también me alegro de verte, Domicia –sonreí–. No pensé que fueras a llegar tan pronto.

–No eres la única que quiere relajarse un poco antes de que aparezca Livia –dijo–. La vi hace tres días y estoy segura de que ya le han surgido nuevos problemas de los que querrá quejarse.

Mi sonrisa se hizo más amplia y decidí incorporarme para poder hablar mejor con ella.

–¿Sabes algo de Marcia? Hace mucho tiempo que no tengo noticias suyas.

Se encogió de hombros mientras se sumergía hasta el cuello a mi lado.

–Hubiese apostado por una fuga con aquel esclavo al que rondaba, pero él aún está por aquí.

–Quizás ha estado enferma y no puede salir de casa –aventuré.

–Una dolencia que tarda nueve meses en curarse, diría yo.

–¿Crees que está embarazada?

La mirada de reojo me indicó que era más que probable.

En aquel momento, una figura alta se deslizó en la estancia. Olfateó a su alrededor, como para asegurarse de que todo estaba a su gusto, y avanzó hasta colocarse a nuestro lado.

–El agua aún no está lo suficientemente caliente –se quejó con un mohín tras saludarnos, pero, apenas un instante más tarde, se deslizó en la piscina y se acomodó a nuestro lado con un ronroneo de felicidad.

Antes de que Livia comenzara a quejarse, Domicia se volvió hacia mí.

–¿Qué ha ocurrido para que necesites que nos reunamos con tanta

urgencia, Julia? –me interrogó.

–¿No esperamos a Marcia?

–No he podido dar con ella y, desde hace algún tiempo, no responde a mis mensajes.

Las tres intercambiamos una mirada de preocupación.

–Estará bien –aseguró Domicia con más convicción de la que yo me atrevía a mostrar.

–Como ya sabéis, mi abuelo pretende casarme con un hombre del que seguro que habéis oído hablar: Rufio Aureliano.

Domicia dio un respingo.

–¿El tratante de esclavos?

Livia se lo confirmó con un leve movimiento y me invitó a continuar.

–Ayer vino a mi casa y ahora sus hombres controlan mis movimientos. No quiero casarme con él –suspiré tras un breve silencio–. No podría soportarlo.

–¿Qué opina tu hermano? –intervino Livia.

Hice una mueca demasiado expresiva.

–El silencio de Vero comienza a ser bastante irritante. No responde a ninguna de las misivas que le he enviado, aunque –añadí, al ver la mirada sombría que intercambiaron mis amigas– os puedo asegurar que sigue vivo.

–En caso contrario –objetó Domicia tras unos segundos en silencio–, ¿a quién le correspondería la patria potestad?

–Al hermano menor de mi padre, pero vive lejos y apenas lo conozco.

–Es decir –intervino Livia–, Décimo no puede obligarte legalmente.

–Aun así, es mejor no subestimarlo: sigue siendo el varón más próximo de mi familia en Roma.

Ambas reflexionaron durante unos instantes, hasta que Livia se encogió de hombros.

–Bien, si tu abuelo le va a presentar a Vero un pretendiente nada más bajar del barco, tendrás que hacerle una oferta mejor, ¿no crees?

Dudé unos instantes. Aquello podría protegerme, a mí y a mi dote, de los tejemanejes de Décimo y de Aureliano.

–Tendría que ser alguien influyente, pero no tanto como para que llame la atención.

–También debería ser casi tan inteligente como tú –añadió Domicia.

–Y experimentado, no demasiado viejo para cuando tengas que compartir tu lecho con él –sentenció Livia.

–En resumen –dije–, alguien con un cargo público, una fortuna discreta y la mente abierta, aunque no muy mayor. Me temo que no se me ocurre nadie.

Todas nos quedamos en silencio, repasando nuestros contactos, hasta que Livia sonrió.

–Creo que tengo varios candidatos. ¿Qué te parece si en unos días

organizo una pequeña fiesta en mi casa y te los presento?

Acepté con una leve inclinación de la cabeza y mi amiga pareció ilusionada. Sin embargo, Domicia titubeó.

–Pongámonos en el caso de que Vero no llega a Roma, tan solo como un supuesto –añadió al ver la sombra que cubrió mi rostro–, ¿qué ocurriría?

–Tendría problemas más acuciantes que lo que pudiera hacer mi abuelo. En primer lugar, Galba reclamaría todas las posesiones de mi familia, me lo dejó muy claro ayer. Perderíamos la casa y las tierras, aunque no los barcos, porque están a nombre de nuestro administrador. A su vuelta, Vero estaría arruinado. Mi propia dote podría peligrar si el emperador se lo propone y el contacto que tiene mi abuelo en el Palatino consigue mover los hilos adecuados: tendría que casarme cuanto antes para evitarlo.

Un pesado silencio invadió de golpe la estancia, únicamente roto por el vaivén del agua a nuestro alrededor.

–Hay que tener esa posibilidad en cuenta –dijo Domicia–. Será complicado, necesitarás amigos poderosos.

Me aparté el pelo húmedo que se me había pegado a la frente y miré a mi amiga directamente a los ojos.

–Livia, tú conoces gente, podrías ayudarme.

–Me subestimas, Julia –respondió con una mueca–. No sé de nadie en quien confíe lo suficiente como para procurarte su apoyo. Además, necesitas a alguien lo bastante cercano a Galba para estar a salvo, alguien como Lacón, Tito Vinio, Otón o Icelo, y mis contactos no llegan tan lejos.

Suspiré y cerré los ojos: Livia tenía razón. Como último recurso, siempre podría pedirle a Sabino que intercediera por mí, pero dudaba de su influencia en el nuevo gobierno.

–Otón... –murmuró Domicia, perdida en sus pensamientos.

–Sí, el gobernador de Lusitania. Probablemente, Galba lo nombre su sucesor –comentó Livia.

Un recuerdo lejano me hizo quedarme quieta.

–¿No fue a él a quien Nerón envió al exilio para poder casarse con su mujer?

A Livia le brillaron los ojos.

–Sí, Popea. Hace años que murió en el parto de uno de sus hijos... ¡Oh!

Domicia y yo intercambiamos una mirada. Era evidente que, en el ordenado registro de relaciones y personas que tenía Livia en la cabeza, había encontrado una conexión lo suficientemente fiable como para poder aprovecharla.

Por la sonrisa que me dedicó, supe que no me gustaría.

–Sé quién puede ponerte en contacto con Otón –admitió–, y he de

decir que estás en una posición inmejorable. ¿Recuerdas a Sextilia?

* * *

–¿La amante de mi padre? Estás de broma...

–Era la mejor amiga de Popea y, por lo que sé, sigue manteniendo el contacto con Otón.

Apreté los dientes. Pedirle ayuda a Sextilia no entraba en mis planes.

–¡Dioses! Espero que Vero llegue cuanto antes para no tener que recurrir a ella.

En aquel momento, otras dos mujeres entraron en la sala parloteando alegremente, por lo que supimos que las termas habían abierto ya sus puertas. Continuamos hablando de temas más banales hasta que decidimos que era hora de irse.

Pude observar como el hombre que me seguía desde el día anterior se estiraba para desentumecer los músculos. Estuve a punto de poner los ojos en blanco, pero me contuve y volví a mi casa. Después, tras comer algo, me pasé media tarde rebuscando por los baúles un vestido apropiado para la fiesta que iba a dar Livia, hasta que Silo me avisó de que Lucio acababa de llegar.

Nada más verlo en mitad del atrio, incapaz de estarse quieto, con la toga arrugada y pálido como un muerto, supe que había ocurrido algo. Lo conduje con rapidez al *tablinum* y me apresuré a cerrar la puerta a nuestra espalda para que nadie pudiera escucharnos.

–Julia, traigo noticias –dijo, desplomándose en una silla con aspecto cansado–. Me temo que tenemos problemas.

Lo miré preocupada antes de sacar una botella de vino de uno de los escondites que tenía mi padre entre las estanterías y servirle un vaso para que se tranquilizara. Cuando se recuperó un poco, sacó un pequeño paquete de tela de entre los pliegues de la toga y lo dejó sobre la mesa. Fui a cogerlo, pero me lo impidió negando con la cabeza. Ante mi mirada interrogante, se masajeó la sien y decidió explicármelo todo desde el principio.

–A mediodía nos han dado un aviso. Algo rutinario, una alcantarilla atascada, pero decidieron mandarme a hacer un informe –suspiró–. Cuando estaba tomando notas, ha llegado una de las cohortes urbanas, enviada por Sabino. Su tribuno fue bastante desagradable e intentó echarme, pero, como ambos trabajamos para el pretor, pude quedarme. Yo no entendía qué estaba pasando, Julia, hasta que me asomé a la alcantarilla.

Lucio se terminó el vino de un trago, como si quisiera quitarse los malos recuerdos de encima.

–Un hombre bloqueaba el hueco –continuó–. Casi no pude verlo, pero le habían sacado los ojos y le faltaba una oreja. Sin embargo, hubo algo que me llamó la atención: tenía una cicatriz en la frente,

una marca que me resultaba familiar.
–Lo conocías –murmuré.
–Era el informante que me puso tras la pista de los ladrones que nos asaltaron.
Hice una mueca. Intuía que aquello no era todo.
–Volví a nuestras oficinas para hablar con Sabino, pero no estaba. Sin embargo, alguien había dejado este paquete para mí –dijo, señalándolo con la cabeza.
Deshice el nudo de tela que lo cerraba, preparada para encontrarme cualquier cosa. No obstante, en cuanto lo abrí, di un paso atrás mientras me notaba palidecer. Dentro del envoltorio había una oreja humana perfectamente seccionada. Los únicos restos de sangre que se apreciaban, aparte de los de la herida, eran los de los orificios de dos pendientes que conocía muy bien.
Noté la mirada de Lucio sobre mí antes de que volviera a cubrir el macabro regalo con la tela.
–Está claro que los ladrones han asesinado al informante que había contratado y nos han enviado su oreja con tus pendientes como advertencia.
–Más bien como amenaza –dije, tras recuperar la compostura.
–¿Crees que pueden ir a por nosotros?
Se me secó la boca. Mi mente estaba trabajando a toda velocidad.
–No. Si quisieran hacernos daño, ya lo habrían hecho. Se han asegurado de que las cohortes urbanas encontraran al informante, por eso lo han dejado atascado en una alcantarilla. Sabían que te enviarían a ti, ya que eres el nuevo.
Pude ver el miedo asomarse a los ojos de Lucio.
–¿Qué vamos a hacer, Julia?
–Nada. Quienquiera que sea el asesino nos conoce, sabe dónde trabajas y nuestro vínculo familiar, pero nosotros estamos en tinieblas. Será mejor que dejemos pasar el asunto. No hables de esto con nadie más. Mis esclavos se desharán de la oreja –le aseguré. Aunque por fuera parecía tener la situación bajo control, por dentro estaba tan aterrorizada como Lucio.
Mi primo asintió y decidió volver a su casa.
En cuanto se marchó, llamé a Spuria y a Silo y les enseñé el contenido del paquete. Aunque el galo no reaccionó, la mujer dio un respingo e hizo una mueca de asco.
–¿Quién te ha enviado eso?
–Ojalá lo supiera. Quítale los pendientes y ponlos en agua hirviendo hasta que no quede ni rastro de la sangre. Silo, deshazte de la oreja, quémala si es preciso, pero mañana ya no puede estar aquí.
Sus ojos me evaluaron y esbozó una tímida sonrisa antes de asentir. Era la primera vez que se permitía un gesto semejante desde que lo

había comprado, por lo que no supe muy bien cómo interpretarlo.

Después, les pedí que me dejaran sola en mitad del atrio. Mis ojos se desviaron hacia el cielo nocturno tachonado de estrellas. Por un momento recordé a mi padre cuando, muchos años atrás, dejaba que mi hermano y yo nos refugiáramos en sus brazos cada vez que nos asaltaba el terror a los espectros de la noche.

Lo echaba de menos.

Capítulo 10: El banquete

5 de noviembre del año 68

–¿Cómo lo matarías?

Observé a Silo y consideré su pregunta. Después de la amenaza que había recibido y de pasarme dos noches en vela, había decidido que no solo Galeo aprendería a defenderse. A pesar de las quejas de Spuria, también yo quise adiestrarme en el manejo de un arma.

Me centré en lo que estaba haciendo. El cuchillo romo que llevaba en la mano vaciló al dirigirse hacia el cuello de Galeo, que permanecía de espaldas, completamente inmóvil, y al que estábamos utilizando para practicar.

–¿Pretendes degollarlo? –inquirió Silo.

–¿Por qué no?

El galo pareció buscar las palabras adecuadas.

–Los romanos sois bajos. Para llegar a su cuello desde un buen ángulo, tendrías que ponerte de puntillas y perderías parte de tu estabilidad: si contrataca, caerías al suelo. Mira –dijo, tomando el cuchillo de mis manos.

Sin previo aviso, golpeó la parte trasera de las rodillas de Galeo con la pierna, que cayó de bruces al suelo, antes de inmovilizarlo agarrándolo del pelo y apretando el puñal contra su yugular. Galeo gimió e intentó apartarse, pero Silo no se lo permitió.

–Debes cortarle el cuello antes de que toque el suelo o podría intentar liberarse –comentó, soltando a su compañero, que se incorporó y se alejó de inmediato.

–Comprendo –asentí, mientras mi mente buscaba más opciones–. ¿Y si le clavo el puñal en la espalda?

Silo pareció divertido cuando fui hacia Galeo y le mostré a lo que me refería. Negó y ofreció su propia espalda.

–Atácame, *domina*.

Titubeé, pero alcé el cuchillo e hice lo que me indicaba. Antes de que supiera exactamente qué había pasado, Silo tenía mi muñeca atrapada en el aire y su mano derecha estaba a punto de rozarme el costado: si hubiera tenido un arma, ya estaría muerta.

–Si levanto el brazo dejo desprotegida toda la zona.

–Tienes que atacar desde abajo –explicó, tras soltarme–. Justo por debajo de las costillas, con fuerza y sin dudar. Inténtalo de nuevo.

Me disponía a repetirlo cuando apareció Spuria. La gran arruga de su frente me indicó hasta qué punto desaprobaba lo que estábamos

haciendo.

–Acaba de llegar Filipo. Está en el atrio –comentó con sequedad.

–Dile que espere en el *triclinium*, ahora voy. Vosotros dos –dije, dirigiéndome a los esclavos–, continuad practicando.

Spuria, que había sido lo suficiente previsora para traerme un vestido limpio, me ayudó a cambiarme entre bufidos. La ignoré y fui al encuentro de Filipo, que me saludó ligeramente desconcertado.

–Julia, esperaba que pudiéramos hablar en el despacho de tu padre.

–No puedo demorarme demasiado, Filipo, y he pensado que aquí estaríamos más cómodos –le expliqué. Por supuesto, lo que no le dije era que el *tablinum* tenía acceso al peristilo, donde hasta hacía unos minutos había estado practicando con Silo las formas más eficaces de matar.

El liberto torció ligeramente el gesto, pero no puso objeciones.

–Quería comentarte ciertos aranceles del puerto que podrían darnos problemas...

Me recosté en el diván y cerré los ojos.

–No quiero hablar de eso, estoy segura de que puede esperar. Además, no hubieras venido hasta aquí a estas horas si no hubiera algo urgente que tratar.

Filipo titubeó.

–Se trata de Décimo –admitió tras un breve silencio–. Los sobornos han dado sus frutos y sé a quién conoce en palacio.

Me puse alerta.

–Por tu cara, intuyo que no son buenas noticias.

–Eso me temo. ¿Sabes quién es Tito Vinio?

Me sentí palidecer.

–Por supuesto: ocupa el consulado junto con Galba. Nunca hubiera imaginado que mi abuelo tuviera tales contactos.

–Estuvieron destinados de jóvenes en la misma legión –me explicó–. Al parecer, ambos se vieron implicados en un escándalo bastante notorio en tiempos de Calígula, aunque solo se acusó a Vinio y, tras el asesinato del emperador, ni siquiera cumplió su condena.

–¿Qué escándalo? –pregunté, frunciendo el ceño.

–Vinio y Décimo eran amigos, a pesar de que tu abuelo es unos años mayor. Uno de los días en los que el legado de la legión no estaba en el cuartel por asuntos oficiales, se emborracharon. A la puesta del sol –continuó el liberto–, quedó claro que el comandante no regresaría hasta unos cuantos días más tarde, por lo que el campamento quedaba bajo las órdenes de, entre otros, Décimo. En lugar de irse a dormir, Vinio y él se apropiaron de la tienda del legado y mandaron llamar a su esposa. Una vez estuvo allí...

Filipo enmudeció, demasiado ocupado de repente en observar el mosaico que adornaba el suelo.

–Sigue –le ordené, aunque podía imaginarme lo que había ocurrido.

–Vinio la violó mientras tu abuelo controlaba que no los interrumpieran. Todo se supo en cuanto volvió el legado, tres semanas más tarde. Este, al enterarse, se dirigió directamente al emperador reclamando justicia. Calígula se enfureció tanto que hizo que capturaran y condenaran a muerte a Vinio, que había desertado ayudado por Décimo. Con el asesinato del emperador, la condena no se cumplió.

–¿Y mi abuelo? ¿También fue acusado?

–Se consideró que, como no había violado a la mujer, era inocente. De todos modos –añadió al ver mi expresión–, ocurrió hace mucho tiempo. No podrás usarlo contra ninguno de los dos.

–Lo sé –mascullé–, pero ha sido muy revelador. ¿Qué más sabes de Vinio?

–Poco, aparte de lo que dice todo el mundo: influye sobre Galba y tiene buenas relaciones con quienes apoyan al emperador.

Guardé silencio unos segundos, reflexionando.

–Quiero que me informes de todo lo que averigües sobre Vinio o sobre Décimo –dije antes de levantarme.

Filipo asintió antes de marcharse. No podría hacer nada para perjudicar a Décimo con amigos como Vinio, pero, si tenía suerte, quizá pudiera evitar sus planes.

Esa tarde era la fiesta de Livia, por lo que necesitaba prepararme para encontrar un pretendiente mejor que Aureliano, convencerlo y presentárselo a mi hermano antes de que Décimo se interpusiera. Livia había dicho que la fiesta sería privada, pequeña y sencilla, pero lo dudaba. El motivo formal y la excusa que le había puesto a su marido era que iban a presentar a su hijo en público por primera vez, por lo que, probablemente, tendría que haber invitado a más gente de la que tenía en mente en un principio.

Llamé a Spuria, que seguía enfurruñada, para que me ayudara a vestirme y peinarme. La sencillez aparente del vestido y las joyas junto con la *palla* que me cubría la cabeza me conferían la apariencia de una matrona viuda respetable, pero los destellos en oro dejaban entrever mis intenciones.

Para la ocasión, había alquilado una litera y los porteadores ya me estaban esperando a la entrada, junto a Silo y Galeo. Eché un vistazo a la calle, donde los transeúntes comenzaban a dirigirse a sus casas, y no me pasó desapercibido el hombre que comía con evidente desidia unas aceitunas en la taberna más cercana. Llamé a Silo con un gesto y le pedí que lo tuviera vigilado. Después, nos pusimos en marcha.

Livia vivía en una *domus* en el Celio desde que se había casado. Era una vivienda bastante nueva, porque toda la zona había ardido hasta los cimientos durante el Gran Incendio, en particular aquella más

próxima al templo del divino Claudio, y ocupaba una manzana entera ella sola, aunque su fachada era igual de discreta y anodina que las del resto de la calle, con la entrada disimulada entre dos tiendas para no dejar entrever la riqueza que se guardaba en el interior.

Ordené a Silo y a Galeo que permanecieran fuera y, nada más traspasar el umbral de la puerta, Livia acudió a mi encuentro.

–Creí que ibas a llegar antes –me regañó con una sonrisa–, pero no importa: estás perfecta. Livia le hizo un gesto a un esclavo para que me ayudara a quitarme la capa.

–Espero que no te importe, pero voy a tener que estar junto a mi marido en algunos momentos –añadió–, aunque ya buscaré alguna excusa para charlar con Domicia y contigo. ¿Te acuerdas de mi esposo?

El hombre al que nos habíamos acercado parecía relajado mientras charlaba con los invitados que poco a poco iban llegando.

–Tuve el placer de asistir a vuestra boda –dije saludándolo–, y es evidente que el tiempo os trata bien a ambos.

Él sonrió con modestia y, por un momento, me pareció que tenía que hacer memoria para poder recordarme. Cayo Cornelio Vitalis era dieciséis años mayor que Livia, pero, las pocas veces que se permitía dejar de fruncir el ceño, su rostro aparentaba menos edad. Era un hombre afable en el trato diario, tanto que a veces parecía tímido, pero había sido pretor en Grecia y en lo relativo a sus responsabilidades en el Senado era muy estricto. Sabía que una de sus ambiciones era obtener el consulado, y estaba segura de que acabaría lográndolo. Sin embargo, Livia era su debilidad, lo que se notaba en la forma en la que se suavizaba su expresión cuando la miraba. Mi amiga sabía aprovecharlo a su favor y procuraba ser una buena esposa, consciente de que su fortuna dependía de los éxitos de su marido.

Intercambiamos un par de saludos con él, pero pronto tuvo que ir a atender a otros invitados. Livia me tendió una copa de *mulsum* que había cogido de una bandeja y me llevó hasta una pequeña esquina del atrio, donde un ama de cría se encargaba de un bebé bien abrigado. Al ver a su madre, el niño alzó sus manitas hacia ella, pero Livia no hizo ningún ademán de tomarlo en brazos. Comprobó que no tuviera frío y pareció satisfecha cuando la esclava comenzó a acunarlo en un intento vano de conseguir que durmiera. Supuse que, en cuanto todo el mundo lo hubiera visto, la esclava se lo llevaría de allí.

Justo en aquel instante llegó Domicia, con un vestido azul marino que combinaba a la perfección con sus pendientes. Su gesto de resignación nos indicó que la había acompañado su marido apenas un segundo antes de que apareciera detrás de ella. Por suerte, pronto se aburrió de nuestra conversación y, con la excusa de presentarse ante el anfitrión, se acercó a él y comenzó a aturullarlo con su charla

jurídica. Era abogado. Vitalis, que estaba acostumbrado a largas sesiones del Senado, disimuló su expresión de aburrimiento y todas supimos que no tardaría demasiado en dejar de hacerle caso.

–Disfruta de la fiesta, Domicia –dije, intentando aplacarla al ver que fruncía el ceño. Livia decidió desviar el tema y nos señaló a uno de los invitados que acababa de entrar, un hombre alto con una túnica de color azafrán.

–¿Sabéis quién es?

–Druso. Es médico. Trabaja para palacio, aunque nunca rechaza un encargo si hay suficientes sestercios de por medio. Su mujer murió en el parto del sexto hijo.

–No quiero un marido que traiga niños de regalo –murmuré.

–Así no tienes que parirlos tú –me respondió Domicia con una sonrisa disimulada.

–Mirad, justo detrás de mí –nos susurró rápidamente Livia. Se notaba que comenzaba a divertirse–. Es Lúculo. Prestamista, inmensamente rico y libre desde que se divorció de una esposa que se acostó con su tío.

–¿No era este el que ahora frecuenta los burdeles de media ciudad?

Livia titubeó, pero acabó asintiendo.

–Bastante tuve con mi marido –negué–. No quiero otro así.

Mis amigas soltaron una risita por lo bajo.

–Entonces tendrías que descartar a un tercio de esta sala, como poco.

Iba a responder cuando un hombre moreno se acercó a nosotras. Lo conocía. Saludó a Livia y la felicitó por la fiesta, pero sus ojos se clavaron en mí.

–Julia, qué sorpresa más agradable. No sabía que estabas en Roma.

–Justino –le sonreí–, yo a ti te hacía en Terracina.

Él se encogió levemente de hombros.

–Tuve que venir a resolver algunos asuntos, nada importante. Sin embargo, ya que hemos coincidido, me gustaría hablar contigo de ciertos negocios, si te parece bien.

–Por supuesto.

Él asintió y, tras disculparse, se dirigió hacia el hombre que lo llamaba desde el otro lado de la sala, lo que me dejó sola entre Livia y Domicia, que ya se habían puesto de acuerdo para averiguar de qué lo conocía.

–No tiene nada de especial –les aseguré–. Justino tiene ganado cerca de mi villa y sus tierras lindan con las mías, por lo que estamos obligados a entendernos. Lo vi un par de veces este verano, eso es todo.

–Por lo que tengo entendido –susurró Livia, asegurándose de que nadie más pudiera oírla–, es de familia plebeya, pero con dinero. Podría ser un buen candidato: no es demasiado mayor…

–... no está calvo... –continuó Domicia.
–... no se le conocen escándalos...
–... y vuestros hijos serían los mayores terratenientes de Terracina.
–Evitemos precipitarnos, ¿de acuerdo? –les pedí–. Ni siquiera sé si está casado.
Livia me dedicó una sonrisa misteriosa y pareció que iba a añadir algo, pero Domicia nos interrumpió.
–Mirad allí, al hombre de la túnica turquesa. Es el legado de una legión.
–Podría ser buen pretendiente –afirmó Livia–, sobre todo si no quieres verlo mucho. Hasta podrías echarte un amante, como Marcia.
Aquella mención me hizo sentir incómoda.
–Hablando de ella... ¿Dónde está?
–Ojalá lo supiera. En su casa no me abren la puerta y los esclavos que he dejado vigilando su calle no la han visto. Sin embargo, su cuñado lleva casi una semana viviendo allí.
Las tres nos quedamos pensativas, hasta que se anunció que la cena estaba lista y los esclavos comenzaron a organizar a los participantes en el *triclinium*.
A lo largo de la velada, entre cada uno de los manjares que iban apareciendo sobre la mesa, tuvimos tiempo de analizar a todos los hombres solteros que había en la fiesta y pude intercambiar un par de palabras con la mayoría. Mis amigas hicieron una lista mental con los posibles candidatos y, al final, la redujeron a Justino y a Fulvio.
–Habladme más de Fulvio –les pedí.
–Es el primogénito de un recaudador de impuestos de Capua que invirtió su fortuna en comprar minas y ahora es extremadamente rico. Tiene un hermanastro más pequeño, fruto del segundo matrimonio de su padre, que se encuentra en Judea, como tu hermano. Sin embargo, a Fulvio no le interesa la vida militar y decidió quedarse en Roma aprendiendo a gestionar los negocios de su familia.
–No se le conoce ninguna amante ni tiene fama de frecuentar burdeles –añadió Livia.
–Aunque eso no significa nada –puntualizó Domicia.
–¿Y su carácter? –Jugueteé con una uva.
–No sabría decirte –admitió Livia–. Acaba de llegar a Roma. Creo que es ambicioso, pero está esperando su oportunidad, porque es su padre quien lo administra todo.
–¡Y lo hace muy bien! –exclamó Domicia–. Corre el rumor de que, como Fulvio se negó a hacer carrera militar para ocuparse de los negocios en un futuro, el padre decidió enviar a su otro hijo al ejército para ver si consigue que alguien de la familia entre en el Senado. Imagina el poder que alcanzarían ambos hermanos si uno de ellos suministrara metal al emperador y el otro gestionara las concesiones.

–Desde luego, es una jugada inteligente –admití asombrada.
–Es un buen candidato –concluyó Livia satisfecha–, pero no olvides a Justino.
Reflexioné unos instantes y puse la más encantadora de mis sonrisas.
–Tendré que tantearlos a ambos.
–Con Justino lo tienes fácil –comentó Domicia.
–Fulvio será más complicado –convino Livia–. En principio, no tenéis nada en común, pero puedes ir coincidiendo con él en los actos sociales a los que asista y convencerlo.
Jugué distraída con la concha de una ostra que los esclavos aún no se habían llevado.
–A quien tengo que convencer es a mi hermano cuando venga. Quizá Vero conozca al hermanastro de Fulvio y sea más fácil llevar a cabo el compromiso si este intercede.
–Con Justino no necesitarías que nadie haga de mediador: lleva toda la noche mirándote.
Sonreí ante las palabras de Livia.
–Ya me he dado cuenta.
En un momento dado, tanto Justino como Fulvio se acercaron para felicitar a los anfitriones por el banquete y pudimos intercambiar algunas palabras. Fulvio se mostró cauto, ya que no conocía a demasiada gente. Me di cuenta de que estaba incómodo y parecía un tanto distante, como si quisiera marcharse cuanto antes.
Por otra parte, Justino fue encantador. Mis amigas intercambiaron una mirada de soslayo y se escabulleron con una excusa rápida para permitir que pudiéramos hablar a solas. Ambos recordamos nuestras breves conversaciones en Terracina, en verano, pero acabamos hablando de negocios y, tras un rato de cháchara, lo cité en mi casa para revisar con Filipo algunos asuntos en los que teníamos intereses comunes.
Domicia y Livia volvieron a mi lado en cuanto se fue.
–¿Qué te parece como marido? –inquirió Livia con impaciencia.
–Tendré que conocerlo más. De momento, hemos hablado de negocios: necesita pastos para su ganado.
–Si se casa contigo no tendría ese problema.

* * *

Cuando la fiesta terminó, mis esclavos estaban esperando tranquilamente a la puerta junto a los porteadores de la litera que había alquilado. Mientras volvíamos a la *domus*, tuve tiempo de reflexionar sobre los candidatos. Ambos eran buenos, e incluso podríamos añadir algún otro en el caso de que estos no quisieran casarse, pero apenas los conocía. En el fondo, me daba miedo que mi nuevo matrimonio fuera tan desastroso como el anterior y no quería

equivocarme, ya que, por una vez, tenía la capacidad de poder decidir por mí misma.

Capítulo 11: Marcia

16 de noviembre del año 68

El sol estaba en su cénit y los primeros mercaderes comenzaban a recoger sus puestos para ir a comer. Probablemente, aquel a quien Spuria amenazaba con dos puerros también se habría ido ya si nosotras no hubiéramos aparecido por allí a última hora.

–Ya podemos volver a casa, lo tenemos todo –aseguró ella, cuando estuvo satisfecha.

Sorteando el barro y los agujeros que la noche anterior la tormenta había dejado en la calle, regresamos a la *domus*, donde ordené que comenzaran a preparar la comida. Ya me había instalado en una de las banquetas de la cocina cuando oí que alguien llamaba a la puerta.

–¡Hola, Julia! –me saludó Lucio en cuanto Silo lo dejó pasar y entró como un vendaval.

Estaba empapado y la toga le colgaba sin gracia del cuerpo: daba la impresión de que se había bañado con ropa en las termas antes de venir a verme. La arruga de desaprobación que se formó en la frente de Spuria se hizo más profunda en cuanto vio el charco de agua y barro que se estaba formando bajo Lucio. Antes de que empezara a gruñir, le ordené que fuera a buscar una túnica y una capa de mi hermano.

–Tengo noticias –dijo, mientras Silo le acercaba el brasero–. De Judea.

Contuve la respiración.

–¿Vero está bien? –Noté que mi cuerpo se tensaba.

–No sé nada de él –continuó ante mi expresión decepcionada–, aunque han llegado noticias de un joven de buena familia que ha destacado por su valor en la toma de Gerasa.

Resoplé con fastidio.

–¡Vero no es el único noble que sirve en las legiones! De todos modos, lleva demasiado tiempo sin decir nada. Temo que le haya ocurrido algo.

Lucio descartó la idea con un gesto.

–No te preocupes, estará bien. En cualquier caso, he venido únicamente para traerte algo más que rumores. He sabido que se espera la llegada de Tito a Roma en, como máximo, un mes. Si Vero lo acompaña, en diciembre estará aquí.

Durante unos instantes, fui capaz de oír cómo me retumbaba el corazón en el pecho. Incapaz de ocultar mi nerviosismo, me puse en

pie y comencé a dar vueltas por la cocina. Tendría que darme prisa si quería presentarle un pretendiente.

–Hay que controlar a Décimo –dije con vehemencia–. Estoy segura de que intentará hacer algo.

–Puedo encargarme de pasear por esa zona. Si me preguntan, diré que trabajo para el pretor de la ciudad –se ofreció mi primo.

–Intenta no meterte en problemas –le sonreí.

Lucio se estremeció, pero, antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta. Le hice una seña a Silo, que se apresuró a salir de la cocina.

–Seguro que es Filipo –dijo Lucio–. Será mejor que me vaya. Enviaré a un esclavo de vuelta con la ropa en cuanto llegue a casa.

Lo acompañé hasta el atrio, donde nos recibió una ráfaga de viento y humedad. Caminamos más deprisa, oyendo cómo la lluvia repiqueteaba sobre el suelo de piedra y el tejado desaguaba en el *impluvium*.

Sin embargo, la figura envuelta en una capa de lana de un azul tan desvaído como su ánimo no era el liberto.

–Marcia –la saludé en cuanto me repuse de la sorpresa–, te presento a mi primo, Lucio Tulio Baso.

Noté el titubeo en su cara, pero el gesto amable de Lucio hizo que respondiera tímidamente a su sonrisa antes de que ambas lo observáramos alejarse por la calle bajo el aguacero inclemente.

–Necesito tu ayuda –dijo, sin darme la oportunidad de preguntarle, en cuanto los esclavos nos dejaron solas en una de las salas que daban al atrio, caldeada por los braseros.

–Lo imaginaba. ¿Qué está ocurriendo, Marcia? Ni siquiera Livia ha logrado dar contigo.

–No estaba en casa –admitió–, y ahora mismo no puedo volver.

Por un momento, tuve la impresión de que se iba a derrumbar completamente, pero tomó aire y logró no perder la compostura.

–El hermano de mi marido llegó hace una semana de Germania, donde ambos están destinados. Dice que ha venido porque tiene asuntos que tratar en Roma, pero creo que su intención es vigilarme, así que he procurado no toparme demasiado con él, lo que es complicado viviendo en la misma casa...

–Dudo que ese sea el verdadero problema.

Marcia desvió la mirada al suelo.

–Estoy embarazada –musitó antes de ocultar el rostro entre las manos y estremecerse en un sollozo silencioso.

Nuestras sospechas se confirmaban. La abracé sin que opusiera resistencia y dejé que se desahogara apoyada en mi hombro. Sin embargo, titubeé. El embarazo todavía no se le notaba y no era motivo suficiente para huir de su casa.

–¿Tu cuñado sospecha algo?
–¡No! Me matará si se entera y voy a ser incapaz de disimularlo.
Reflexioné unos instantes.
–Sabes que no podrás tener a ese niño, ¿verdad? Tu marido no va a pasar por la humillación de que su esposa conciba el hijo de un esclavo.
Las lágrimas le recorrieron las mejillas y nos observamos unos instantes. Ambas éramos conscientes de que solo tenía una opción, a pesar de lo peligroso que era.
–Te ayudaré –prometí–. Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. Haré que preparen una habitación.
Ella se secó las lágrimas con el borde de la *palla*.
–No les digas nada a las demás, por favor.
–Tienes mi palabra –le aseguré, acompañándola hasta el atrio, donde ordené a Spuria que se ocupara de que pudiera descansar.
Después, decidí dar un paseo, a pesar de que el cielo seguía amenazando a lluvia.
–Silo, prepárate, nos vamos –dije, mientras me colocaba mejor las botas para evitar mancharme de barro en cuanto saliera a la calle.
Estaba claro que mi amiga no iba a olvidarse del esclavo de las termas tan fácilmente, por lo que había decidido encargarme yo del problema. Esperaba que, con la bolsa de monedas que llevaba, fuera suficiente como para convencer a su amo de que lo enviara a cualquier otra parte, lejos de Marcia. Con un poco de suerte, ella no tardaría demasiado en volver a su vida.
Con lo que no contaba era con que a Fortuna le gusta ser caprichosa y, por algún motivo, había decidido complicar las cosas.

Capítulo 12: Noticias de Judea

23 de noviembre del año 68

–¿Cómo está? –pregunté en cuanto Demóstenes salió de la habitación.

–Mejor –respondió con su seriedad habitual–. La fiebre ha remitido y, si todo va bien, sobrevivirá. De todos modos, volveré mañana. Si empeora, llamadme y acudiré de inmediato.

Asentí y le di las gracias. Era un buen médico. Mi padre se lo había encontrado en una de sus campañas militares, cuando Demóstenes era lo suficientemente joven para seguir el paso a los legionarios, pero lo bastante mayor como para cortar extremidades sin vacilar si era necesario. En cuanto pudo, mi padre lo convenció para instalarse en Roma en lugar de volver a su Grecia natal,

Me despedí de él y volví sobre mis pasos hasta la habitación de Marcia. Mi amiga apenas movió la cabeza para mirarme cuando entré, pero sus ojos tristes siguieron mis movimientos hasta que me senté a su lado.

–¿Cómo te encuentras?

Un leve encogimiento de hombros me dio alguna pista sobre su estado de ánimo.

–El médico ha dicho que te pondrás bien –continué, buscando una reacción en su rostro, que no apareció– y que pronto podrás volver a tu vida normal.

La sombra que cruzó sus ojos me indicó que aquel no era un buen camino para animarla. Marcia había pasado la última semana incapaz de salir de la cama. El aborto, que se complicó más de lo que hubiésemos imaginado, resultó ser demasiado duro. Decidí cambiar de tema, pero ella, tras un breve titubeo, me pidió que la dejara sola. Reprimí un suspiro y asentí antes de salir de la habitación.

Crucé rápidamente el atrio, iluminado por la luz mortecina de una mañana nublada, y fui hasta el despacho de mi padre. Filipo, que había ido a Portus al alba para supervisar la última descarga de mercancía del año, no debería tardar mucho en llegar. Sin embargo, un poco más tarde, Silo apareció en la puerta del despacho.

–Hay un hombre que pregunta por ti –dijo–, pero no me ha querido decir quién es.

Fruncí levemente el ceño. Parecía algo importante, por lo que me puse en pie y lo seguí hasta el atrio. Allí, en las *fauces* de la *domus*, nos encontramos con un hombre enjuto que vigilaba la calle con

insistencia. Me detuve lo suficientemente cerca como para poder verle la cara, pero no tanto como para que supusiera un peligro.

–¿Quién eres?

–Tengo un mensaje para ti –dijo, sin responderme. De entre los pliegues de su túnica sacó un pequeño trozo de papiro que me tendió.

–¿Quién te envía? –pregunté en cuanto Silo lo cogió.

El hombre comenzó a retroceder.

–Alguien que te aprecia –respondió, antes de darse la vuelta y desaparecer. El sonido de sus pasos alejándose con rapidez sobre los adoquines mojados por la lluvia resonó unos instantes en el aire.

Después, tomé el trozo de papiro que el desconocido le había entregado a Silo.

Ven esta noche a mi casa.
T. F. S.

Releí ambas líneas y fruncí el ceño. Si no me equivocaba, las iniciales pertenecían a Sabino, pero no entendía tanto secretismo. Quizá quería ponerme al corriente de lo que me había dicho Lucio sobre la llegada de su sobrino, Tito. No obstante, la brevedad de la nota y la forma en la que me la había entregado el esclavo habían vuelto a avivar mis temores sobre Vero.

Miré a Silo y noté que sus ojos, que hasta hacía unos segundos observaban mis manos, se desviaban al suelo. Cuando bajé la mirada, me di cuenta de que estaba temblando. Le ordené que me dejara sola, volví al despacho de mi padre y me sumí en mis pensamientos hasta que, un buen rato más tarde, oí las voces amortiguadas que venían del atrio y supe que tenía visita.

Al poco, Silo asomó la cabeza por la puerta.

–Es Lucio.

–Déjalo pasar –le indiqué– y avísame si llega Filipo.

Mi primo entró en el despacho con su sonrisa habitual.

–Traigo noticias de Décimo –anunció.

–He estado vigilándolo, tal y como me pediste –comentó–, y he descubierto varias cosas.

–¿Ha notado tu presencia?

–No creo, se pasa la mayor parte del tiempo en su casa o recorriendo las tabernas y prostíbulos de la ciudad. También ha estado en el circo. Por lo que parece, suele ganar bastante con las apuestas. El caso –dijo, volviendo a la realidad– es que Aureliano fue a visitarlo, y hablaron de ti.

Hice una mueca e intuí los problemas antes de que Lucio volviera a tomar la palabra.

–En realidad, de lo único que pude enterarme fue de que Aureliano,

si Vero no llega con la comitiva que ha enviado Vespasiano, va a aprovechar uno de los últimos barcos que salen de Ostia para viajar hasta Judea y conseguir el permiso de tu hermano para casarse contigo.

Durante unos instantes, noté que no me llegaba el aire para respirar. Aquello podía arruinar todos mis planes.

–Eso significa que volverá en primavera, cuando se restablezca el tráfico marítimo.

–¿Crees que Vero aceptará?

–Aureliano se asegurará de llegar a Judea con una oferta irrechazable... y con la amenaza de Décimo de dejar a Vero sin nada si este se niega. Lo que me gustaría saber es qué, o, mejor dicho, cuánto gana nuestro abuelo con todo esto.

Ambos guardamos silencio, considerando la situación.

–¿Quieres que siga vigilándolo? –intervino Lucio, interrumpiendo mis pensamientos.

Asentí y mi primo se puso en pie, dispuesto a irse.

–Una última cosa –lo retuve–. ¿Sabino tiene alguna noticia de Judea?

–No, que yo sepa. De todos modos, si supiera algo sobre Vero, te avisaría.

Tras despedirme de él, cogí el pequeño trozo de papiro y lo releí. No podía estar segura de que fuera de Sabino a pesar de las iniciales, pero, en tal caso, tanto misterio únicamente podía deberse a un asunto grave. Quizá por eso no hubiera informado a Lucio. Pensé en Vero y tuve que ahogar un mal presentimiento que cada vez tomaba más fuerza en mi mente. De todos modos, si no volvía pronto, solo me dejaría una salida: designar a un representante legal alegando que mi *pater familias* estaba demasiado lejos y casarme con su beneplácito con quien yo misma eligiera.

Me levanté, preocupada. Filipo no había llegado todavía y mi mente bullía de actividad. Necesitaba despejarme. Tras dudar unos instantes, decidí entrenar con Silo. Cada vez que empuñaba un arma tenía la sensación de que el esclavo se sentía libre, lo que me preocupaba. Saber que Spuria lo tenía vigilado me daba más confianza, pero él apenas hablaba con nadie. Su rapidez a la hora de comprender las órdenes me hacía intuir que sabía más latín de lo que me había dado a entender, por mucho que fuera cauto con las palabras que empleaba y tuviera un fuerte acento extranjero.

* * *

A media tarde llegó Filipo, todavía con la túnica polvorienta y el pelo revuelto por el viaje. Parecía cansado, aunque por el brillo de satisfacción de sus ojos supe que los negocios iban bien.

–¿Has tenido algún problema?

El liberto negó con la cabeza y aceptó el vaso de *mulsum* que le ofrecí.

–En absoluto. El cargamento está listo para venderlo: cuatro mil ánforas de aceite, *garum*, aceitunas y vino hispano. Los compradores habituales ya están avisados y lo que sobra lo tengo más o menos apalabrado. Aquí están los detalles –dijo, tendiéndome una tablilla–. Mañana iré a ver al banquero.

–¿Hiciste lo que te pedí?

El liberto se rellenó el vaso de vino antes de responderme.

–Te he reservado las ánforas que indicaste. Al alba estarán aquí. No obstante, te he traído dos, para que lo pruebes.

–¿Es bueno?

–El mejor –me aseguró.

–En ese caso, no lo vendas todavía. El nuestro es el último gran cargamento desde Hispania de la temporada, o debería serlo, por lo que, si esperamos, las despensas de los menos precavidos comenzarán a vaciarse y pagarán lo que sea por temor a quedarse sin vino para las Saturnales. Pon vigilancia en el almacén y espera a que aumente la demanda.

Filipo pareció conforme.

–Cambiando de tema –dije–, necesito que te ocupes de otro asunto. Quiero que lo averigües todo sobre Aureliano: negocios, almacenes, familia, clientes, deudas, todo. También necesito saber dónde está.

–No será fácil. Sus clientes legales no supondrán un problema y sé dónde guarda parte de su mercancía, pero Aureliano está envuelto en asuntos turbios que serán mucho más complicados de desentrañar.

–Lo imaginaba –admití–, aunque confío en que puedas enterarte sin levantar sospechas. Necesito saber si se ha ido de Roma, o si planea irse. Eso sí, ten cuidado.

El liberto asintió con gesto sombrío. Ambos sabíamos que, pese a mi protección, si lo sorprendían intentando averiguar los trapos sucios de Aureliano, lo harían desaparecer.

* * *

Pronto comenzó a oscurecer, y el tímido sol de finales de otoño se escondió en el horizonte, como si ya no tuviera fuerza para continuar en el cielo. Releí por enésima vez la nota que me habían entregado esa mañana y decidí no postergarla más.

Cuando salí al atrio, Silo ya estaba preparado, con un puñal hábilmente escondido en la túnica. A su lado, Galeo llevaba el miedo pintado en la cara a pesar de que esa noche había contratado una escolta. Supe que, si nos atacaban, se escondería en el primer agujero que encontrara, aunque estuviera en el fondo de un estercolero, por lo que le ordené cargar con una de las ánforas que había traído Filipo,

como regalo a nuestro anfitrión, para asegurarme de que no le fuera tan fácil echar a correr.

Después, salimos a la calle, donde nos esperaba la escolta. El hombre de Aureliano, que desde hacía un par de semanas no se quedaba a vigilarme hasta tan tarde, ya se había ido. Toqué la daga que yo también llevaba escondida y nos pusimos en marcha.

La ciudad, abarrotada, ruidosa y sucia por el día, se volvía siniestra y peligrosa por la noche. Los sonidos del ajetreo de la vida diaria daban paso a otros que, con la oscuridad reinante, se hacían amenazadores. A medida que avanzábamos, nos envolvió el maullido de los gatos callejeros, el corretero de las ratas, las riñas conyugales que salían de la parte alta de las *insulae*, el murmullo proveniente de las tabernas, las risas fingidas de los burdeles y el llanto desesperado de los recién nacidos.

No tardamos demasiado en llegar a la *domus* de Sabino, donde ya nos estaban esperando. El senador salió casi de inmediato de una de las estancias que se abrían al atrio.

–¡Julia! ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! No estaba seguro de que lo hicieras.

–Con tanto misterio, me lo he pensado, pero supuse que era importante. Te he traído un obsequio –dije, señalando el ánfora que Galeo acababa de posar contra la pared–, por tu apoyo a mi familia.

Sabino pareció ligeramente sorprendido, aunque aceptó el presente. Me invitó a pasar, pero me di cuenta de que a mis esclavos no les permitían seguirme. Ante la mirada interrogante de Silo, les di permiso para que obedecieran.

–Perdona todo este secretismo, Julia, pero pronto entenderás el porqué de tantas precauciones. Y excusa también a mi esposa. Se encuentra indispuesta y no nos acompañará esta noche. Ven, te quiero presentar a alguien.

Cuando entramos en el *triclinium*, un hombre joven, de unos treinta años, con una túnica impecable, hablaba con el sobrino de Sabino, Domiciano.

–Julia –se adelantó Sabino–, este es Tito, mi otro sobrino. Acaba de llegar de Judea.

Me repuse rápidamente de la sorpresa y le saludé. Durante unos segundos, temí que su presencia en Roma augurara malas noticias, pero la actitud tranquila de Sabino, casi eufórica, disipó mis miedos.

Domiciano se excusó y desapareció rápidamente en dirección a la puerta de la *domus*. Me recosté en el *triclinium* que habían dispuesto para mí, lo que me dejaba frente a Tito.

–Antes de comenzar, quiero que comprendas que nadie puede saber que estoy aquí –me avisó mientras me evaluaba con la mirada.

–Oficialmente –intervino Sabino–, Tito llegará a Roma en diciembre.

–Es decir –añadí–, con la delegación que tiene que jurar lealtad a Galba.

Ambos asintieron y, a pesar de que no dijeron nada más, supe que Tito había venido a explorar el terreno personalmente antes de su visita oficial.

–No tengo ningún interés en propagar la noticia de tu llegada –le aseguré–, y las razones para que lo mantengas en secreto no me conciernen.

Sabino pareció satisfecho, pero vi un atisbo de duda en el gesto de Tito.

–Únicamente he accedido a esta cena porque mi tío me ha asegurado tu discreción.

–Lo imaginaba –repliqué con calma–. No voy a traicionar esa confianza.

Tito me observó con intensidad unos segundos más en los que le aguanté la mirada.

–Te lo agradezco –dijo al fin.

–Te he pedido que vinieras –nos interrumpió Sabino, mientras elegía un bocado de una de las bandejas– porque mi sobrino tiene noticias sobre tu hermano.

Por un instante, noté que se me cortaba la respiración. Me olvidé del trozo de queso que estaba cogiendo y centré toda mi atención en Tito.

–¿Vero está bien?

El hombre ni siquiera titubeó.

–Manio Julio Vero se encuentra perfectamente. Ahora mismo está bajo las órdenes de Sexto Vettulenus Cerialis, en la legión Quinta Macedónica.

Poco a poco, el nudo que se me había formado en el estómago comenzó a deshacerse.

–En una de sus últimas cartas nos informó de que lo habían cambiado de legión, pero no nos explicó por qué.

Tito sonrió con calma y bebió un trago antes de encogerse de hombros levemente.

–Tu hermano estaba a mis órdenes, pero aprende rápido, por lo que tanto Cerialis como yo estuvimos de acuerdo en concederle el mando de una cohorte de tropas auxiliares en su legión.

Tuve cuidado en elegir bien mis palabras.

–Por lo que tengo entendido, ese cargo está destinado a miembros del orden ecuestre, no del senatorial. Más que una recompensa, parece un castigo.

Noté la mirada de ambos hombres sobre mí, pero me esforcé por mantenerme firme.

–En absoluto –me aseguró Tito finalmente–. Vero quiere ganar experiencia en el campo de batalla, y encargarse de una unidad

auxiliar se lo permitirá. Además, sabe que, si quiere llegar a dirigir una legión, tendrá que conocer a sus hombres, que es lo que se propone. Es inteligente, será un buen legado algún día.

–¿Es ese el motivo por el que no ha vuelto a Roma?

Me pareció detectar una sombra en sus ojos, pero fue tan fugaz que pensé que lo había imaginado.

–En parte. Está con Cerialis cerca de Cesarea Marítima, y la tropa está inquieta: la guerra se alargará al menos un año más. Yo mismo tendré que volver pronto a Judea para pasar el invierno.

Aquello no justificaba la falta de noticias durante tanto tiempo, pero no tenía sentido seguir insistiéndole a Tito que, al fin y al cabo, se había molestado en contestar mis preguntas.

–Me lo imagino –contesté–. Además, supongo que la situación política que estamos viviendo no ayuda demasiado.

–Solo hace que los hombres estén más nerviosos –admitió él.

–Habrán llegado las noticias sobre lo ocurrido con la flota de Miseno y sobre la negativa de Galba a pagar lo prometido a las legiones –aventuré.

Si Tito estaba sorprendido, lo disimuló muy bien.

–También se han extendido rumores que hablan del castigo que les han impuesto a aquellas legiones que habían permanecido fieles a Nerón.

–Las que se enfrentaron a él cuando tomó fuerza la rebelión de Vindex –murmuró Sabino.

–He oído decir que esas legiones están especialmente molestas porque el emperador ha otorgado la ciudadanía a los miembros de las tribus que apoyaron a Vindex.

Esta vez, Tito alzó una ceja.

–Estás muy bien informada –comentó.

Una mirada significativa de Sabino a su sobrino me indicó que habían estado hablando de mí antes de que llegara.

–Procuro estarlo –dije, sacudiendo suavemente las migas que me habían caído sobre la muñeca–, pero, por supuesto, Sabino sabe mucho más de la situación política. Al fin y al cabo, mis fuentes son proveedores, comerciantes y clientes que no tienen acceso al Senado.

–A veces, Julia –intervino Sabino–, la gente de a pie conoce mejor lo que ocurre en las calles. Tu padre aprovechaba esa información para proponer medidas sensatas con muy buenos resultados. Me alegra comprobar que sigues sus pasos.

–Y, por casualidad, ¿qué dicen tus contactos sobre el nuevo emperador? –inquirió Tito en apenas un susurro.

Reflexioné unos instantes. Era una pregunta delicada.

–Galba es un hombre anciano, sin descendientes que puedan sucederle y completamente dominado por los consejeros que

gobiernan en su nombre. Tiene fama de avaro y se está enemistando con el ejército y con el pueblo al negarse a pagar los donativos prometidos, lo que acabará por desatar una revuelta popular.

Sabino asintió ante mis palabras.

–Tiene el apoyo del Senado, pero está obligando a aquellos más próximos a Nerón a devolver los regalos que este les había hecho, lo que ha empezado a molestar a algunos –dijo–. Intenta sacar dinero de donde sea para llenar las arcas del estado.

–Excepto de su propia fortuna –comenté, terminándome el vino que tenía en la copa.

–Galba es demasiado mayor como para durar muchos años –continuó Tito–. ¿Quién será su sucesor?

–Probablemente, Otón –le respondió Sabino–. Es gobernador de la Bética y ha sido uno de sus principales apoyos durante este tiempo.

–Además, no es muy viejo –dije, mostrándome de acuerdo–. Sin embargo, todo dependerá de lo que decidan sus consejeros.

Tito pareció reflexionar unos instantes.

–Así que el gobierno efectivo está en manos de tres hombres…

–Un cónsul, el prefecto del pretorio… y un liberto –dije, recordando a Icelo.

El silencio inundó la habitación como una niebla espesa mientras cada uno nos perdíamos en nuestros propios pensamientos. No conocía a Tito lo suficiente como para intuir sus ambiciones, pero aquellas preguntas me daban algunas pistas. Comencé a sospechar que pretendía competir con Otón por el trono.

–He oído que te reuniste con Galba –comentó Sabino como si acabara de acordarse, pero con la cautela asomando a los ojos.

–Es cierto –admití–. Me amenazó con terminar de embargar todos los bienes de mi padre si Vero no aparecía por Roma para reclamarlos formalmente. No podré entretener a la administración para siempre, necesito su firma… Pero él no va a venir, ¿verdad? –Observé a Tito, que intercambió una mirada con su tío.

–No, al menos hasta que acabe la guerra.

Fui incapaz de ocultar la decepción en mi cara.

–Intentaré ayudarte, Julia –me prometió el senador.

Me esforcé por sonreírle.

–No caigas en la trampa de Galba, Sabino. Mi padre jamás lo hubiese permitido, y yo, tampoco. No eches a perder tu posición política. Me las apañaré.

Lo que obvié decirle es que tenía mis propios planes y, ahora que sabía que mi hermano no iba a venir a Roma, estaba dispuesta a ponerlos en marcha.

Cuando consideré que la jornada se había alargado demasiado, decidí volver a casa. Antes de despedirnos, Tito pareció dudar.

–¿Quieres que le transmita algún mensaje a Vero? –se ofreció.

Pensé durante unos instantes todo lo que tenía que decirle, pero me contuve.

–Simplemente, que tenga mucho cuidado.

Capítulo 13: El plan de Sextilia

5 de diciembre del año 68

Diciembre se había abatido sobre Roma de improviso. El aire helado se colaba bajo las puertas, se arremolinaba en los alféizares de las ventanas y trepaba desde el suelo como una enredadera antes de meterse hasta los huesos, ignorando deliberadamente los braseros en torno a los que la población se amontonaba en busca de una pizca de calor. Los incendios se sucedían cada poco e iluminaban las largas noches de invierno, cargando el aire de ceniza.

No obstante, la vida en la ciudad seguía y, antes de que terminara de desayunar, llamaron a la puerta. Silo, que tras levantarse más taciturno de lo normal se había buscado un lugar junto al fuego, no mostró ninguna reacción, pero casi pude ver su contrariedad pintada en los ojos cuando tuvo que ir a abrir.

–¿Qué le pasa hoy a Silo? –le pregunté a Spuria, que ayudaba a Nevia a moler el trigo que iban a usar para preparar pan.

La esclava se encogió de hombros.

–Creo que lleva un par de días sin dormir bien; le oigo dar vueltas en la cama.

El galo volvió con una carta para mí. Podía imaginarme su contenido. Como ya era habitual durante las dos últimas semanas, exactamente desde que Marcia había vuelto a su casa, mi amiga me enviaba notas donde se quejaba de su cuñado. La de esta vez no era distinta; sin embargo, también comentaba que su marido volvería a Roma.

Pensé unos instantes en ella. Sabía de sus indagaciones en las termas para encontrar al esclavo dacio, pero no pudo averiguar dónde lo habían enviado. Esperaba que su mala experiencia lo hiciera reflexionar, aunque sospechaba que no le duraría mucho.

Decidí escribir una rápida respuesta mientras observaba a Silo por el rabillo del ojo. Si no fuera por algunos detalles que no podía ocultar, nada en él delataría su mal humor. Enrollé la carta y se la tendí a Galeo, al que había tenido dos semanas haciendo de mensajero.

Poco después de que saliera, justo cuando Silo se volvía a colocar junto al fuego, llamaron de nuevo a la puerta. El galo, al que esta vez sí que se le notaba el disgusto en la cara, fue a abrir.

–Es Décimo. ¿Lo dejo pasar?

Me puse alerta inmediatamente. Una visita de mi abuelo nunca era buena señal.

–Al atrio, sacad unas sillas.
Spuria me miró.
–Hace mucho frío.
–Mejor. Si tenemos suerte, cogerá un catarro y no durará más de un mes –respondí.
Los esclavos se apresuraron a cumplir mis órdenes y yo seguí a Silo hasta el atrio. Décimo, igual de malhumorado que siempre, me dedicó una mirada de arriba abajo.
–Julia, mi nieta más desagradecida, ¿no te alegras de verme?
Me crucé de brazos.
–No. ¿Qué quieres, Décimo?
Él entrecerró los ojos, pero avanzó con paso renqueante.
–Hablemos. ¿No tienes nada mejor que ofrecerme? –inquirió al ver las sillas que los esclavos habían dispuesto.
–El aire fresco viene muy bien para los pulmones –repliqué con sorna–. Creí que agradecerías que me preocupe por tu salud.
Él ignoró mi comentario y chasqueó los dedos para llamar la atención de Spuria.
–Vino –ordenó–, y nada del veneno ese con el que obsequiáis a mis visitas. Quiero un buen caldo hispano. Me han dicho que lo vendes a precio de oro y que, al parecer, vale lo que cuesta.
–¿Quieres un ánfora o no te la puedes permitir?
Ambos nos sentamos, enfrentados.
–Quizá sea tu hermano el que, cuando se quede sin nada, no pueda pagarla.
Intenté no mostrar ninguna reacción. Décimo había venido dispuesto a alterarme, tal y como demostraba por la sonrisita malvada que me dedicaba, y no me apetecía darle esa satisfacción.
–Ambos sabemos que no has venido a hablar del vino. ¿Qué quieres?
–Solo vengo a avisarte de que tus trucos no te servirán de nada.
–¿Trucos? –pregunté inocentemente.
–No te hagas la tonta –resopló, formando una nube de vaho ante su cara–. Sé que has apelado a la ausencia de tu hermano para nombrar representante legal a ese liberto muerto de hambre tuyo.
Miré a Décimo. Cuando Tito me confirmó que Vero no volvería de Judea, había buscado un buen abogado que me asesorara. Con su ayuda, nombramos a Filipo mi representante legal mientras mi *pater familias* estuviera lejos y no fuera capaz de ejercer efectivamente sus derechos.
–¿Eso te supone un problema?
–Ninguno –dijo Décimo, quitándole importancia–. Puede que hayas conseguido paralizar algunos trámites, pero no te librarás de casarte con Aureliano.
–Sin el permiso de...

–Precisamente –me interrumpió mi abuelo–, está de camino a Judea para encontrar a tu hermano. Volverá en primavera con su beneplácito.

–¿Qué ganas tú con todo esto?

–Eso no es de tu incumbencia, pero créeme, te hago un favor. Una mujer respetable tiene que casarse y darle hijos a su marido. Cuanto más tiempo estés así –dijo, haciendo un gesto para señalar lo que lo rodeaba–, más riesgo hay de que deshonres a nuestra familia, si no lo has hecho ya...

–Décimo... –dije, mordiéndome la lengua mientras le dedicaba una sonrisa igual de falsa que la suya–. Fuera de mi vista.

–Esta casa es de tu hermano y, en cuanto te cases con mi buen amigo Aureliano, no podrás ni pensar en echarme.

Volví a sonreírle.

–Voy a contar hasta diez. Luego ordenaré a Silo que te eche a patadas.

Décimo se burló con un resoplido antes de ponerse en pie.

–No será necesario. Siempre es un placer conversar contigo, Julia. Tendremos que hacerlo más a menudo.

Ni siquiera le respondí y, nada más se fue, subí al segundo piso, intentando no apretar los dientes. A veces, consideraba seriamente echarle arsénico en la copa.

Me refugié en una habitación que mi madre había convertido en un lugar de costura. Me apoyé contra la pared e intenté calmarme. Por mucho que Décimo hubiera venido a importunarme, él no sabía que ya tenía un plan para evitar todos sus tejemanejes. Aparte de nombrar a Filipo como mi representante legal, también me hice la encontradiza con Justino, uno de los candidatos que barajaba como esposo. A aquel encuentro, que podría haber sido casual si Livia no me hubiera dicho dónde se encontraba, le siguió otro por motivos comerciales. Una excusa para acabar pasando una tarde agradable.

Suspiré. Necesitaba centrarme en el presente y, por poco que me gustara, sabía lo que debía hacer a continuación, por lo que decidí dejar de aplazarlo.

Mientras Spuria se afanaba por vestirme y retocar mi recogido, pensé en lo que me proponía. Sabía de sobra que iba a ser peligroso. La política siempre lo era, y aún más en tiempo de inestabilidad, pero no veía más salidas. Si Aureliano volvía en primavera con el consentimiento de Vero, aunque ya me hubiera casado, Décimo y él podrían intentar invalidarlo u obligarme a divorciarme. Sin embargo, con los amigos y la influencia adecuada, nunca lo conseguirían, y conocía a alguien que podía allanarme el camino.

Poco después, recorría la ciudad en una litera de mano con Silo caminando a mi lado. El trayecto se me hizo corto, como el de un

condenado a muerte hasta el cadalso, pero no consideré ni por un momento la posibilidad de dar la vuelta.

Sextilia me esperaba recostada cómodamente en un diván.

–Julia, no negaré que eres la última persona a la que esperaba ver hoy –me saludó, tras invitarme a tomar asiento.

–Bueno –dije, acomodándome–, algunos días nos reservan sorpresas.

Un pequeño silencio se instaló entre nosotras. La que había sido la amante de mi padre se limitaba a observarme con curiosidad y yo me sentí repentinamente incómoda.

–Supongo que no se trata de una visita de cortesía –comenzó Sextilia, para romper el hielo–. Ambas somos mujeres ocupadas, así que es mejor no perder el tiempo. Por cierto, felicidades, tengo entendido que has conseguido aumentar considerablemente los beneficios.

–Así es, pero no estoy aquí para hablar de negocios.

–Entonces, ¿a qué has venido?

La observé unos instantes y decidí ser directa.

–A pedirte ayuda.

La mujer no pareció sorprendida.

–¿Por qué a mí?

Titubeé. Me había preparado mentalmente todas las preguntas que podría hacerme, y aquella no estaba en mi lista. Estaba claro que Sextilia era mucho más inteligente de lo que había imaginado.

–Porque el tuyo fue uno de los tres nombres que dejó escritos Publio por si necesitaba ayuda –me sinceré.

Ella hizo una mueca apreciativa.

–Vaya, ¡qué responsabilidad! ¿Qué más anotó?

Pude vislumbrar la sombra de una ligera sonrisa. Solo era una pequeña arruga en la comisura derecha de sus labios, pero me indicó que sabía más de lo que dejaba entrever.

–Apareces en su testamento –le revelé, buscando su reacción–. Te lega un terreno que mi hermano habrá de entregarte a su regreso.

–¿Y lo permitirás?

Sextilia sabía que, como hijos legítimos, podíamos recurrir aquella decisión ante un tribunal. Al fin y al cabo, ella no se había casado con mi padre y no creía que un escándalo como ese le gustara lo más mínimo. Probablemente ni reclamaría.

–¿Me ayudarás?

Por un momento pensé que se negaría, pero un destello en sus ojos me hizo dudar. Al fin y al cabo, la curiosidad mataba más gente en Roma que las enfermedades. Sextilia no me defraudó.

–¿De qué se trata?

Le sonreí débilmente y decidí ir al grano.

–Quiero conocer a Otón.

Ella alzó una ceja.

–¿Conocer?

–No pretendo convertirme en su amante –me apresuré a aclarar–, pero necesito ganarme su favor.

–Lo planteas como si fuera fácil –replicó, con una nota de amargura en la voz que no me pasó desapercibida–. No eres la primera persona que lo intenta últimamente, y Otón no es idiota. Sabe reconocer a quienes se acercan a él buscando algo a cambio.

Las últimas palabras flotaron en el aire como una pregunta sin formular, pero dejé que se perdieran, sin revelarle mis intenciones.

–Solo quiero que me introduzcas en su círculo, del resto puedo ocuparme yo. Si después no desea hablar conmigo, regresaré a mi *domus* a seguir ocupándome de mis asuntos.

–Mi relación con Otón se ha enfriado mucho desde la muerte de Popea. No te puedo prometer ni siquiera que acceda a que te presente ante él, pero puedo intentarlo. Sin embargo, antes necesito tu palabra de que no me veré involucrada de ninguna manera.

Se la di, tras lo que ella pareció conforme y se incorporó, dando a entender que nuestra charla llegaba a su fin.

–Mi único consejo si te vas a relacionar con los hombres más poderosos de Roma es que procures no acabar como tu padre. Los apoyos cambian y las amistades fluctúan en torno a diversos intereses. Publio tuvo cuidado en mantenerte al margen de sus acciones políticas para protegerte. No lo eches a perder.

Por un momento, vi algo en su expresión, una especie de preocupación que no supe identificar y que me dejó confundida. Siempre había considerado a Sextilia como alguien ajeno a mi familia, pero, a veces, su gesto ocultaba cierto cariño. De pronto caí en la cuenta de que, por mucho que mi padre se esforzara por evitarnos cualquier contacto con ella, me había visto crecer desde las sombras de nuestra casa cada vez que la invitaba.

Aquello me incomodó e hizo que me entrara prisa por irme.

–Gracias por el consejo.

Tras aquella charla, consideré brevemente volver a mi casa, pero hacía días que no tenía noticias de Filipo y empezaba a preocuparme.

–Al Aventino –ordené, acomodándome en la litera.

Con un leve traqueteo, los porteadores se pusieron en marcha. Según nos acercamos al barrio donde vivía el liberto, el viento nos trajo el olor a humo de algún edificio en llamas. No tardamos demasiado en rodear el circo y llegar a la casa de Filipo, en la que, como era de esperar, no estaba. Su mujer, que parecía superada por los críos que lloraban a su alrededor, me informó de que no sabía nada de él desde el día anterior.

Viendo que allí no podía hacer más, me incliné hacia Silo.

–Pregunta por el barrio a ver si han visto a Filipo. En caso contrario,

ve hacia los almacenes del Tíber. Allí hay un nombre llamado Licinio. Tengo negocios con él y quizá pueda decirte algo. Después, vuelve a casa –le indiqué, depositando dos monedas de cobre en su mano, por si las necesitaba.

Poco después de llegar a mi *domus* apareció uno de los esclavos de Sextilia con una nota tan escueta que, si no fuera por la cuidada caligrafía y las iniciales que la firmaban, hubiera dudado que proviniera de ella. Me convocaba esa misma noche en su casa. Por un momento, la perspectiva de conocer a uno de los hombres más poderosos de Roma y, además, de tener que ganarme su favor para asegurar mi futuro me atenazó el pecho, pero me sobrepuse.

Ignorando al frío, me acerqué al centro del atrio, donde una estatua me devolvió la mirada vacía. Estaba claro que tenía que impresionar a Otón, pero necesitaba más información sobre él. Por suerte, sabía quién podría ayudarme: Livia. Mandé a Galeo a buscarla y, pese a los gruñidos de Spuria, volví a salir a la calle.

Como era de esperar, las termas estaban abarrotadas, en especial el *caldarium*. Me hice un hueco en una de las esquinas de las inmensas pilas de agua humeante, y, aunque al principio mi piel se quejó, pronto me relajé y dejé que el calor me reconfortara. El pelo, que, suelto y mojado, me llegaba casi hasta la cintura, se esparció a mi alrededor cuando me sumergí.

–Pareces un cocodrilo. Sólo se te ven los ojos fuera del agua –me saludó Livia al llegar a mi lado.

Sonreí y esperé a que se sentara en el borde de la piscina, junto a mí.

–Yo también me alegro de verte, aunque pareces cansada.

–He dormido mal, el niño se ha pasado la noche llorando, ni siquiera la nodriza ha podido calmarlo –respondió con una mueca.

Con agilidad, mi amiga se deslizó a mi lado y ronroneó como un gato antes de lanzar una mirada asesina a todas las mujeres cercanas para que no se atrevieran a acercarse e interrumpirnos.

–Necesito tu ayuda –murmuré.

Livia pareció olvidarse de todos sus problemas y se centró en mí.

–¿Es por alguno de los pretendientes? ¿Quieres volver a saber dónde está Justino o pretendes tantear a Fulvio?

Negué con la cabeza y, durante los siguientes quince minutos, me dediqué a explicarle mi conversación son Sextilia y la invitación que había recibido para esa noche.

–Tienes que impresionar a Otón –sentenció en cuanto acabé.

–Ese es el problema –admití–, que no sé cómo.

–No es tan complicado –me aseguró–. ¿Qué sabes de él?

–No mucho. Sé que viene de una familia plebeya. Logró hacerse amigo de Nerón y lo acompañó en algunas de sus extravagancias.

–Hasta lo de Popea.

–Hasta lo de Popea –coincidí–, aunque nunca he tenido muy claro qué pasó exactamente.
–Ella estaba casada con Rufrio Crispino. ¿Te acuerdas de él?
–Un egipcio con mucha mala leche que, de algún modo inexplicable, consiguió ser senador antes de que Nerón lo hiciera asesinar, sí.
–Ese –asintió Livia–. El caso es que se divorciaron y Popea se casó con Otón. Ella era muy guapa y Nerón se enamoró.
–Pero ambos estaban casados.
–Exacto, por eso el emperador se libró de su esposa, Octavia, a la que mandó asesinar tras desterrarla y, al poco, Popea se convirtió en su amante. Sin embargo, Otón se negó a divorciarse de ella..., hasta que Nerón lo envió a Hispania y anuló su matrimonio. El resto ya lo sabes, ella murió en el parto de un niño que no sobrevivió y Nerón castró a Esporo, un esclavo imperial que le recordaba a ella.
–¿Dónde está ahora Esporo? –La única vez que lo había visto había sido en una audiencia con Nerón tras la muerte de mi padre.
–En el círculo de Otón, sigue encarnando a Popea.
–¿Hay algo más que deba saber?
–Solo recuerda que Otón pertenecía al círculo de Nerón pero que apoyó a Galba para derrocarlo. Tiene sus gustos, comparte una parte de sus ideas, pero piensa por sí mismo.
–¿Cómo puedo ganármelo?
–Le gustan las mujeres inteligentes, se te ocurrirá algo. Y por Esporo no te preocupes. Está bajo la protección de Otón, pero ha perdido gran parte de su influencia. Ahora se dedica a sobrevivir consiguiendo que alguien le pague sus cuantiosos gastos, y, por su propio interés, si obtienes el favor de Otón no se atreverá a ir en tu contra. Es más, con Sextilia de tu parte, tampoco.
Iba a responder cuando vi aparecer a Nevia en las termas, buscándome. La esclava, que se suponía que tendría que estar preparando la comida, parecía nerviosa y se apresuró a llegar hasta nosotras nada más vernos.
–¿Qué ocurre?
Ella miró de reojo a Livia, que guardaba silencio, y se inclinó hacia mí.
–Silo acaba de llegar –me susurró al oído–. Ha traído a Filipo, le han dado una paliza.
Me quedé helada, pero reaccioné con rapidez.
–Tengo que irme, pero te compensaré. Ven mañana a mi casa y te contaré qué tal la fiesta –propuse a Livia.

* * *

Silo y Filipo me esperaban en la cocina, sentados el uno al lado del otro mientras Spuria intentaba curarles las heridas y evitar que se

quemara la comida al mismo tiempo.
–Nevia, encárgate del fuego –ordené.
Observé a Silo, que había hecho el ademán de levantarse al verme entrar. Tenía el labio partido y una brecha sobre la ceja que comenzaba a hincharse, como si alguien le hubiera dado un golpe con una piedra. No obstante, también tenía los nudillos de la mano derecha despellejados, por lo que no había sido el único en volver magullado a su casa.
Por su parte, Filipo tenía peor aspecto. El liberto había cerrado los ojos y se apoyaba en la pared con una mueca de dolor, sujetándose el costado izquierdo. Estaba cubierto de golpes y rasguños, y la nariz todavía le goteaba sangre. Además, me pareció notar que le habían arrancado un mechón de pelo.
–Galeo, trae a Demóstenes, date prisa. ¿Qué ha pasado? –interpelé a Silo.
–Fui a buscar a Filipo, como me ordenaste, pero en el Aventino nadie sabía nada, así que me dirigí a los almacenes del puerto. Licinio no estaba y tampoco pude encontrarlo. Me paseé hasta que oí revuelo en uno de los callejones. No pensaba intervenir, pero reconocí a Filipo en el suelo y lo saqué de allí. Vinimos directamente. Nadie nos ha seguido.
Observé unos instantes al liberto, que se estremeció cuando Spuria le limpió la sangre seca del cuello.
–¿Ha sido él? –le pregunté, refiriéndome a Aureliano.
Dijo que no con la cabeza.
–¿Quieres que avisemos a tu mujer?
Filipo volvió a negar, esta vez con más fuerza, como si no quisiera enfrentarse todavía a los reproches que sabía que le esperaban en cuanto llegara a su casa. Cuando Spuria ya había casi terminado de limpiar las heridas del liberto, volvió Galeo con Demóstenes. Con cuidado, el médico clavó sus largos dedos en el costado del liberto, que se estremeció de dolor. En el momento en el que hizo más presión, Filipo comenzó a quejarse a voces en griego, pero Demóstenes no se inmutó y, al poco, nos aseguró que no tenía ninguna costilla rota. En cuanto comprobó que los vendajes estaban bien hechos y se fue, organicé a los esclavos y, sin permitir que Silo se levantara, me senté a la mesa con él y con Filipo.
–¿Qué ha pasado?
El liberto suspiró.
–Todo ha sido culpa de que Licinio lleva tres días sin aparecer por el almacén. Estoy seguro de que ha cobrado la renta y tiene su gorda nariz metida en un vaso de vino malo en la peor taberna de la Subura.
–¿Qué tiene que ver Licinio?
–Después de hacer lo que me pediste –comenzó a contar, evitando

dar demasiados detalles delante de los esclavos–, quise venir a informarte, pero había dos hombres que reconocí y que hablaban justo delante del almacén de Licinio, así que, como estaba cerrado, me escondí en el de enfrente para poder escucharlos. Sin embargo, tuve la mala suerte de que en ese instante el dueño decidió irse a cenar y me quedé atrapado dentro. Me pasé media noche intentando escapar y esquivando a las ratas que intentaban morderme. Cuando esta mañana se volvieron a abrir las puertas, quise salir antes de que me vieran, pero creyeron que era un ladrón y se me echaron encima. Si Silo no hubiera llegado a tiempo, hubieran tirado mi cadáver al Tíber. Tuvimos que escapar corriendo.

–¿Cuántos eran? –le pregunté.

–Cinco –respondió Silo haciendo que nos volviéramos hacia él.

–¿Te enfrentaste a cinco?

–No se lo esperaban. Dos huyeron a buscar más gente en cuanto saqué el puñal.

Intercambié una mirada con Filipo.

–¿Estabais dentro del *pomerium*?

El liberto negó con la cabeza.

–¿Qué es eso? –preguntó Silo con curiosidad.

–Es el terreno sagrado de la ciudad –le expliqué–. Abarca varias zonas y en su interior está prohibido llevar armas. Esta casa está dentro de él. Sin embargo, no se extiende por toda Roma. Hay unas piedras que señalan por dónde va el límite. Más allá, la ciudad sigue creciendo, pero ya no es terreno sagrado.

Silo pareció confundido.

–Pero la gente lleva dagas.

–Sí, pero escondidas –dije–. Por eso, si tienes que usar un arma dentro del *pomerium*, ten cuidado de que no te vean las cohortes urbanas o corre más rápido que ellos.

Silo guardó silencio, pensativo. Lo observé de reojo. Volvía a tener la sensación de que entendía mucho más latín de lo que pretendía hacernos creer, pero seguía sin apenas hablar.

Cuando terminamos de comer, Filipo y yo nos retiramos al despacho de mi padre.

–¿Cómo estás?

–Me duele todo –se sentó–. Me hago viejo, Julia, ya no estoy para esto.

–Estos días descansa. Los negocios van bien y no hay mucha actividad, recupérate.

Decidí dejarme de rodeos y hablar directamente sobre el tema que llevaba un buen rato preocupándome.

–¿Qué has descubierto sobre Aureliano?

–Tu abuelo mintió. No se ha ido a ningún sitio. Sigue en Roma,

aunque frecuenta menos las tabernas y lugares donde puedan reconocerlo.

–¿Lo has visto?

–Sí, con mis propios ojos –asintió el liberto–. Creo que Décimo se dio cuenta de que Lucio lo estaba espiando y se aseguró de que escuchara ciertas cosas para que viniera corriendo a contártelo.

Admití que tenía sentido.

–¿Podrían haber enviado un mensajero?

Filipo se encogió de hombros con cierto esfuerzo.

–Quizá, pero no sería el primero que vuelve sin respuesta. Tengo la impresión de que esto es una treta de tu abuelo para engañarte: si te hace creer que Aureliano ha ido a obtener la autorización de tu hermano a Judea, no te extrañará que vuelva triunfal en primavera con ella y no podrás negarte a casarte con él.

–Van a falsificar el consentimiento de Vero –murmuré, comprendiendo su plan.

–Es más fácil –asintió Filipo–. Así, Aureliano no tiene que embarcarse en un viaje por mar que a estas alturas ya es peligroso y pueden realizar la ceremonia en cuanto sea creíble que ha vuelto. Lo único que tiene que hacer es no dejarse ver demasiado durante el invierno.

–¿Y qué decían los que estuviste escuchando desde el almacén? –le pregunté al acordarme.

–Hablaban de Aureliano, precisamente. Está comprando criaderos de animales, en su mayor parte exóticos, por toda la costa sur del Mediterráneo. Quiere expandir su negocio, aunque no está invirtiendo en transporte, que era, precisamente, de lo que se burlaban ambos hombres. Sin eso, no podrá traer las bestias a Roma.

–Aureliano no es idiota. Estoy segura de que ha pensado en todo –murmuré. De pronto, caí en la cuenta y miré alarmada a Filipo–. ¡Mis barcos! ¡Quiere casarse cuanto antes para utilizar mis naves y ahorrarse los costes del transporte!

Al liberto se le ensombreció el semblante.

–Eso le proporcionaría muchos beneficios.

Estaba claro que necesitaba ganarme el favor de Otón esa noche. Con su apoyo, podría casarme con quien quisiera sin que Décimo ni Aureliano pudieran invalidar el matrimonio. Sin embargo, a pesar de que Filipo me observaba, decidí no explicarle nada todavía.

–Tengo que pensar en una solución –le dije.

–Podemos falsificar nosotros antes una misiva de tu hermano donde no consienta –me propuso–. Por supuesto, Aureliano la reclamaría, pero, entre que se resuelve y no el pleito, ganarías tiempo.

–Es una opción –concedí–, pero vamos a esperar. Décimo no puede sospechar que conocemos sus planes. Deberías volver a casa. Te necesito en forma para enfrentarme a los tejemanejes de esos dos.

Pediré una litera, así no tendrás que ir andando.

* * *

Esa noche, en el camino hasta la casa de Sextilia, pude observar a Silo. Iba atento a todo y, de vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban. Me fijé en que nunca desviaba los ojos al suelo, simplemente constataba que lo estaba observando y continuaba con su vigilancia, tal y como hacían los hombres libres.

La antigua amante de mi padre me estaba esperando. Le bastó una mirada para dar el visto bueno a mi aspecto e invitarme a subir a una litera lo bastante grande como para llevarnos a ambas sin problema.

–¿Dónde vamos?

–Lo verás cuando lleguemos, no tardaremos demasiado –respondió–. ¿Has pensado en qué decirle a Otón?

–No. Ya improvisaré.

–Eso solía decir tu padre –murmuró antes de poder evitarlo.

Por un instante, ambas nos perdimos en el recuerdo de Publio.

–¿Cómo lo conociste? –le pregunté sin pensar si quería saber la respuesta.

–Por mi difunto esposo –dijo al fin–. Nos presentó poco antes de dejarme viuda. ¿Qué recuerdas de mí, de cuando eras una niña?

–No mucho. Mi padre nunca dejó que coincidiéramos contigo. Siempre nos mandaba a otro lugar cuando venías a nuestra casa.

–Esa era nuestra relación, sí –replicó ella, con un deje de amargura que no me pasó desapercibido–. Algo más que amantes, aunque jamás un matrimonio.

Titubeé, pero su silencio me indicó que no quería seguir hablando. Sin embargo, había algo que no me cuadraba. Si no existían trabas por parte de ella para casarse con mi padre, ¿qué se lo había impedido?

Pronto llegamos a una *domus* inmensa y tuve que apartar aquel tema de mis pensamientos. El frío de la calle dio paso a un ambiente caldeado, casi sofocante, debido a las decenas de braseros repartidos por las distintas estancias. Un esclavo nos guio hasta un salón ricamente decorado, con mosaicos de teselas brillantes y lámparas de aceite suspendidas por cadenas de oro. Hacía mucho tiempo que no veía tal exhibición de lujo.

No había demasiada gente, pero reparé en varios senadores importantes, hombres de negocios y ricos terratenientes, algunos de ellos acompañados por sus refinadas esposas, que, como era de esperar, se conocían perfectamente entre sí. Yo era la novedad y, casi sin querer, comencé a acaparar todas las miradas. Reconocí también a Esporo, que interpretaba el papel de Popea como si Nerón no hubiera muerto. Al ver a Sextilia a mi lado, bajó la cabeza y continuó la conversación que estaba manteniendo con una matrona altiva de

caderas anchas.
Un hombre no demasiado alto pero fuerte, vestido con un cuidado exquisito y con las manos plagadas de anillos, se acercó a nosotras.
–¡Sextilia! Has final has decidido venir.
Ella sonrió levemente y mostró su lado más encantador.
–¡Otón! No hubiera podido perdérmela.
El hombre, con las mejillas ligeramente sonrojadas por el vino, le sonrió abiertamente.
–¿No me vas a presentar a tu acompañante? –preguntó, mirándome.
–Por supuesto –reaccionó rápidamente Sextilia–. Esta es Julia Vestina, hija del senador Publio Julio Vestino.
–Es un honor –dije, inclinando levemente la cabeza–. He oído hablar mucho de ti.
–Espero que cosas buenas –comentó con la misma sonrisa que le había dedicado a Sextilia.
–No todas –repliqué, provocando que intercambiara una mirada desconcertada con mi acompañante–. No me malinterpretes, te lo ruego –me apresuré a añadir–; los negocios de mi padre lo obligaban a relacionarse con comerciantes y demás gente que compartían sus impresiones con él. Como bien sabrás, la mejor vara de medir a una persona importante es escuchar al pueblo, y, aunque he oído comentarios contrarios a tus actos, he de decir que son los menos, algo que muy pocos logran.
Otón alzó las cejas y miró a Sextilia, esta vez complacido.
–Me alegra escuchar eso. La opinión de la plebe siempre es importante. ¿Tu padre no nos acompaña?
–Me temo que murió antes del verano –respondí, intentando que no me temblara la voz–, pero, por suerte, he podido ocuparme de sus negocios durante este tiempo.
–He oído rumores de una mujer que ha conseguido traer el mejor cargamento de vino a Roma. ¿No tendré el honor de hablar con ella, por casualidad?
No pude evitar sonreír, aunque intenté disimularlo.
–Yo únicamente he hecho lo que mi padre había dejado dispuesto, pero es cierto que, este año, el vino hispano ha salido excepcional.
Otón pareció encantado e hizo una seña a un esclavo, que se aproximó con una crátera lujosamente decorada, para que nos sirviera. Di un sorbo de mi copa y comprobé que, aunque especiado y ligeramente más dulce, probablemente había sido uno de mis barcos el encargado de transportarlo hasta la ciudad.
–No te sabía entre mis clientes –comenté.
–Oh, y no lo era, esto un regalo, pero, desde luego, a partir de ahora te haré muchos encargos.
Incliné levemente la cabeza ante el halago y miré a Sextilia de reojo

en cuanto Otón se volvió hacia un esclavo que le comunicó algo al oído. Me pareció detectar una pequeña felicitación en los ojos de la mujer, pero no me dio tiempo a constatarlo.

–La cena está lista –dijo Otón–. Vayamos al *triclinium*.

Tanto Sextilia como yo dejamos que se mezclara con el resto de los invitados antes de seguirlo.

–Buena estrategia –me comentó cuando se aseguró de que nadie pudiera oírnos–; buena, aunque arriesgada. No creo que lo olvide.

Sin decir nada más, entró en el comedor. Yo preferí dejar que me adelantaran varias personas más antes de acercarme al esclavo que estaba organizando a la gente en los diferentes divanes. Como era de esperar, mi presencia, que no le había sido comunicada, trastocaba sus planes y, sin saber muy bien dónde colocarme, terminé justo donde acababan los miembros del orden senatorial y comenzaban los *equites*.

Sextilia me quedaba algo lejos, por lo que busqué alguna conversación cercana a la que poder unirme. Por suerte o por desgracia, una mujer bastante mayor se fijó en mí. Noté que un joven que estaba a su lado, que parecía su nieto, puso cara de alivio en cuanto desvió su atención de él.

–Tu cara me es familiar –comentó, recolocándose una pulsera de oro macizo que le quedaba grande–. ¿Estás acaso emparentada con los Escipiones?

–Me temo que no, al menos que yo sepa.

–¿Pero no tienes ningún antepasado ilustre?

–Por supuesto –le dije con una sonrisa–. Mi padre desciende de Sexto Julio César. Ocupó varios cargos y fue senador hasta su muerte.

La anciana asintió, pero noté que su curiosidad no se había disipado.

–¿Y tu rama materna?

–Mi abuelo es Décimo Aurelio Fulvo.

Aquello pareció ser suficiente para la mujer, que, por edad, debía de ser de su quinta.

–¡Ah! Ya entiendo por qué me suenas. Te pareces a él cuando era más joven. ¿Cómo está, sigue en Roma?

Intenté disimular mi expresión de asco con una amplia sonrisa.

–Sí, tan encantador como siempre. Continúa con sus negocios.

La mujer, que no pareció captar mi ligera burla, pareció complacida.

–Fulvo siempre ha sido un gran hombre. Me alegro de que las cosas le vayan bien. ¿Al final logró comprar aquella finca de almendros en Campania?

Tuve que esforzarme por pensar rápido. No tenía ni idea de las actividades de mi abuelo.

–Sí –improvisé–. Es un terreno magnífico y los árboles están sanos.

–Eso es lo importante –coincidió la mujer mientras se servía otra copa de vino–, sobre todo después de la mala suerte que tuvo con el

asunto de los melocotones.
–Una desgracia –le aseguré, sin tener ni la más remota idea de a qué se refería–, pero prefiere no hablar mucho de eso.
–Normal, aquel incendio... ¡Y tuvo suerte de que no se le quemara también la villa!
Mordisqueé un trozo de queso mientras asentía. Al parecer, mi abuelo tenía más posesiones de las que le conocía.
–Hay que mirarlo por el lado bueno: la tierra, incluso quemada, sigue valiendo dinero.
–Por supuesto, y su venta seguro que le ha proporcionado unos buenos ingresos...
Su mirada me animaba a que le revelara la cantidad, pero le sonreí con cortesía.
–Así es, aunque esos temas los lleva mi abuelo y prefiere ser discreto.
–¡Oh! Entiendo –dijo, con un deje de decepción. Sin embargo, pronto se repuso y cambió de tema. Al enterarse de que era viuda, se pasó el resto de la noche alabando las virtudes de su nieto, que, por lo que podía comprobar, solo existían en su imaginación.
Después, me presentó a otras dos matronas regordetas con cara de aburrimiento. Las saludé y supe que iba a pasar el resto de la cena hablando del desastroso marido de la segunda, que dormitaba a su lado en el diván sin que ni siquiera los codazos de la mujer consiguieran mantenerlo despierto más de diez segundos.
Si fuese griega, podría haberme ganado la vida como sibila, porque aquel tema ocupó la mayor parte de la conversación.
Por suerte, cuando ya no sabía cómo darles la razón, apareció Sextilia.
–Veo que ya conoces a Mucia y al resto... Son el alma de la fiesta.
–Sin duda –dije, alzando levemente mi copa hacia ellas antes de apartarme con ella.
–Parece que te desenvuelves bien –comentó–, pero pronto cada uno volverá a su casa, yo incluida. Tendrás una oportunidad más para hablar con Otón, si quieres.
Miré en la dirección que me indicaba y vi a las primeras personas que comenzaban a despedirse, a las que nos sumamos.
–Ha sido una cena magnífica, como siempre. Muchas gracias por la invitación.
–Es un placer disfrutar de tu compañía, Sextilia, y de tus sensatas palabras. Supongo que ya os vais –comentó Otón–. Os puedo proporcionar una escolta, si la necesitáis.
–No hará falta –intervine–. He contratado varios hombres que nos protegerán.
–Es una precaución inteligente –coincidió él–. Me gustaría hacer negocios contigo, Julia. Ya hablaremos.

Le aseguré que sería un honor antes de despedirnos de él.

Era noche cerrada cuando salimos a la calle, donde nos esperaba la lujosa litera que nos había traído, custodiada por Silo y los demás. En el trayecto de vuelta, Sextilia y yo apenas hablamos, y, aunque había dado por hecho que nos dirigíamos a su casa, cuando nos detuvimos estábamos justo ante mi puerta.

–No pensarías que te dejaría hacer el camino de vuelta sola, ¿verdad?

–Gracias –le dije–. Haré que la escolta te acompañe. Buenas noches, Sextilia.

Ella asintió, pero no dijo nada.

Spuria me acompañó a mi habitación para ayudarme a desvestirme. Estaba tan cansada que se me cerraban los ojos.

–Spuria, ¿por qué mi padre nunca se volvió a casar?

–No lo sé, tendrás que preguntarle a Filipo. Buenas noches, Julia.

Intenté responder, pero las brumas del sueño me habían atrapado y ya estaba muy lejos de allí, en el reino imposible de Morfeo.

Capítulo 14: El mes de las dos caras

15 de enero del año 69

Durante los primeros días del nuevo año, Décimo no volvió a dejarse caer por mi casa, ni siquiera para arruinarme las Saturnales. Por supuesto, Filipo estaba atento a sus movimientos y, gracias a él, me enteré de por qué mi padre nunca había vuelto a casarse: en el acuerdo de la boda con mi madre, mi adorable abuelo incorporó una cláusula que estipulaba que, si mi madre moría, mi padre tendría que devolverle la dote si decidía casarse de nuevo, lo cual incluía tierras que más tarde se habían vendido y eran imposibles de recuperar. Según lo que me comentó Filipo, mi padre intentó hacer entrar en razón a Décimo para entregarle otras con el mismo valor, pero pudo convencerlo. De otro modo, probablemente se hubiera casado con Sextilia.

Como era evidente, nunca le comenté nada de esto a la antigua amante de mi padre, a la que no volví a ver desde la cena a la que fuimos juntas. Sabía que había sido invitada a un par de eventos más en el círculo de Otón, pero, a diferencia de mí, ella no acudió a ninguno. Yo aproveché para hacer negocios y, gracias a la información que obtuve, había podido paralizar los trámites por los que el patrimonio de nuestra familia pasaría a manos del Estado. Fue tan fácil como acudir en ayuda de Otón cuando este necesitó financiación y, al día siguiente, los documentos habían desaparecido de la administración. Se mostró tan agradecido de que renunciara a mi derecho a reclamar el préstamo más adelante que me invitó a participar en sus reuniones clandestinas, pero preferí mantenerme al margen. Aquellas «cenas informales» podrían interpretarse como una conspiración y el emperador no era idiota; se acabaría enterando por mucho que uno de sus más cercanos consejeros, Tito Vinio, que pretendía casar a su hija con Otón, se esforzara por ocultárselas. Además, por lo que sabía, ni a Vinio ni a Otón les había hecho mucha gracia que Galba nombrara como sucesor a Lucio Calpurnio Pisón Liciano.

Durante todo el mes, los hombres más poderosos de Roma pulularon como polillas alrededor de Galba para conseguir unas migajas. Al final, Tito Vinio había logrado el consulado, con Otón encabezando la lista de suplentes, donde me sorprendí al encontrar también a Sabino, al que Galba retiró la prefectura de la ciudad.

Aquel año, las fiestas en honor a Saturno fueron distintas. Ya no solo

porque mi padre no estaba y mi hermano se encontraba lejos, sino también por el ambiente enrarecido de la propia ciudad. Por supuesto, eso no impidió las celebraciones, ni siquiera en mi casa. Habían empezado exactamente igual que siempre, con Spuria tarareando canciones por las esquinas, lo cual, ya de por sí, era un hecho inaudito. Poco a poco, se le sumaron el resto de los esclavos, incluso Silo. Los banquetes y compromisos sociales de los dos primeros días dieron paso a la cena familiar, que, gracias a la llegada inesperada de Lucio cargado de dulces y regalos, fue memorable. Tanto, que a la mañana siguiente me encontré a mi primo dormido en el suelo de la cocina, al calor de la lumbre, junto a Galeo y los restos de dos ánforas de mi mejor vino hechas añicos.

Poco a poco, tras una semana de fiesta, las cosas volvieron a la normalidad y Roma recordó que comenzaba un nuevo año. Como cuando vivía mi padre, el uno de enero fui al foro a primera hora y pude ver a Galba, como primer cónsul, haciendo una ofrenda a Júpiter para asegurar los buenos augurios para el resto del año. Había logrado que fuera tan aburrido que, tal y como se demostraría unos días más tarde, hasta el mismo Júpiter dejó de prestarle atención.

En uno de esos días, apareció Filipo acompañado por Silo. El liberto me saludó, pero su gesto serio me indicó que ocurría algo grave.

–Acabo de hablar con un comerciante de Mediolanum que llegó esta mañana desde Lugdunum –me dijo en cuanto nos quedamos solos–. Afirma que las legiones de Germania se han sublevado.

Aquello me puso alerta.

–¿Sublevado?

–Se han negado a jurar fidelidad a Galba. Los encabeza Vitelio, el gobernador de Germania Inferior. Si el comerciante no se equivoca, cuenta con el apoyo de todas las legiones de la provincia y de algunas tribus galas. Estoy seguro de que, a estas alturas, Lugdunum y el resto de poblaciones que no apoyaron la revuelta de Víndex se han pasado al bando de Vitelio.

–Las que Galba castigó –murmuré, recordando las duras condiciones que había impuesto a cuantos ayudaron a Nerón. Si Vitelio se había sublevado, no cometería los mismos errores que Víndex. No esperaría a que el emperador reuniera un ejército y fuera a Germania a buscarlo, sino que, en cuanto comenzara el deshielo y los pasos de los Alpes fueran practicables, marcharía a Roma con las tropas que no fueran imprescindibles para proteger las fronteras–. ¿Con cuántas legiones cuenta?

–Entre cinco y siete, quizá más si ha conseguido apoyos en estos días.

–¿Esto lo sabe alguien?

Filipo negó con la cabeza e intercambiamos una mirada sombría.

–Se avecina una guerra civil, me temo.

El liberto iba a replicar, pero, en ese momento, alguien llamó a la puerta. Un suspiro después, Lucio entró como un huracán en el despacho.

–¡Julia! Tienes que venir, rápido. Es Galba. Está pasando algo en el foro…

Filipo y yo intercambiamos una mirada llena de significado. Si nosotros sabíamos lo que había ocurrido en Germania, el emperador también y quizá pretendiera poner al pueblo y al ejército a su favor.

Mi primo tomó la delantera y Filipo, Silo y yo lo seguimos. Sin embargo, la vía sacra estaba tan llena de gente que tuvimos que dar un rodeo y acceder desde el norte. No pudimos seguir avanzando, pero Lucio distinguió a su padre junto con otros senadores, entre los que también estaba el marido de Livia, y fue hacia ellos. El resto nos quedamos al inicio de las escaleras de la Curia.

–Allí, en el templo de Saturno.

Miré donde me había dicho el liberto y me fijé en que la multitud llevaba a alguien en una gran silla, como si se tratara del emperador.

–No es Galba –me confirmó Filipo, adelantándose a mi pregunta.

–Es Otón.

Miré a Silo, que era quien había hablado. No dudé de que pudiera reconocerlo, ya que me acompañó durante todos los encuentros con él durante el último mes.

–Tiene razón –afirmó el liberto–. Lo están aclamando, ¿lo oyes?

Asentí y, en silencio, observé cómo Otón y sus partidarios se alejaban en mitad de una muchedumbre violenta.

–Van hacia el Campo de Marte –dije–. Buscan el apoyo del ejército. Habrán mandado gente a sobornar también al resto de las tropas acantonadas en la ciudad.

–¿Y Galba? –murmuró Filipo, repasando el foro con la mirada.

–No lo sé, pero van a asaltar el palacio –dije señalándolo con la cabeza.

Una multitud enfurecida, a la que cada vez se le sumaban más personas, se dirigía al Palatino con sed de sangre. A nuestro alrededor, la gente también comenzó a moverse. Un hombre intentó empujar a Filipo para que se uniera a ellos, pero una certera patada de Silo lo devolvió rodando por las escaleras de la Curia al tumulto.

Retrocedí. Me fijé en que, entre los que corrían hacia el palacio, también había algunos senadores, aunque no pude distinguir sus caras. El liberto, que se dio cuenta de lo que estaba buscando, me señaló una figura solitaria que intentaba escapar del foro en la dirección contraria: mi tío. Lucio no lo acompañaba, pero no tardé en dar con él. Había sido capaz de encontrar a sus amigos entre todo aquel jaleo e intentaban llegar al templo más cercano para ponerse a salvo.

De pronto, como si un dios hubiera clavado su mirada en lo que estaba sucediendo, un murmullo recorrió el foro. La actividad se detuvo y todos los presentes se giraron hacia la entrada del palacio, donde acababa de aparecer Galba llevado en andas por varios esclavos y vestido con una armadura que relucía incluso bajo el débil sol invernal. A su alrededor, los consejeros y su sucesor le abrían camino para que pudiera llegar a la Rostra, muy cerca del templo de Saturno.

–¿Pretende dar un discurso? –susurré, sin poder creerme que fuera tan necio.

Observamos su avance hasta que un rumor lejano comenzó a romper el silencio, cada vez más fuerte, como si una montaña se estuviera desplomando y las piedras rodaran hacia nosotros para atraparnos en su mortal caída. El único en reconocerlo fue Silo.

–Son caballos a galope.

Los senadores que quedaban fueron los primeros en reaccionar y corrieron a esconderse en la basílica Julia. Justo cuando estaban a punto de conseguirlo, centenares de soldados a caballo irrumpieron en el foro espada en mano.

El ruido volvió de golpe y estalló el caos. La gente gritaba y corría intentando huir en todas direcciones, mientras la sangre de aquellos que no lo conseguían comenzaba a teñir los adoquines del foro. Los soldados, enviados por Otón, buscaban a Galba y no pararían hasta darle muerte.

–¡Hay que salir de aquí! –grité, echando a correr escaleras abajo–. Esto va a ser una masacre.

–¡Al norte! –señaló Filipo–. La vía sacra vuelve a estar colapsada.

–Rápido –rugió Silo, que nos abría paso entre la gente.

Zigzagueamos entre la muchedumbre que intentaba escapar por la estrecha calle que separaba la Curia de la Basílica Emilia, pero pronto nos vimos obligados a retroceder. Sin saber cómo, la multitud con la que nos encontramos de nuevo en el foro nos comenzó a arrastrar hacia el este. Con miedo a perderme, me agarré de la túnica de Silo y miré atrás en busca de Filipo, pero no pude encontrarlo. En su lugar, junto al lago Curtius, vi como un soldado degollaba a Galba.

Me quedé paralizada. El galo se dio cuenta y, tomándome del brazo sin ningún miramiento, me hizo avanzar a trompicones hasta que logró sacarme de en medio. Nos alejamos en dirección al templo del divino Julio, pero, cuando íbamos a cruzar por delante, Silo me apartó rápidamente y nos pegamos a la pared septentrional del podio.

–¿Qué ocurre? –murmuré, mientras él asomaba la cabeza para echar un vistazo en la dirección a la que hasta hacía un instante nos dirigíamos, con el puñal desenfundado.

–Mira –me indicó.

Me asomé a la esquina y pude ver cómo, a unos veinte pasos de

nosotros, un grupo de soldados reían y rodeaban un bulto en el suelo. Después, uno de ellos levantó una lanza para que sus compañeros la vieran bien. En lo alto del mástil, la cabeza arrancada de Tito Vinio, colocada como si se tratara de un triunfo, todavía chorreaba sangre.

Tragué saliva. Teníamos que salir de allí.

–Por detrás del templo –dije, agarrando los bajos del vestido para poder correr mejor. Silo se colocó a mi lado y rodeamos el edificio. Cuando estábamos a punto de llegar al templo de Vesta, me detuvo y nos escondimos entre los restos destrozados de un carro con fruta que, hasta hacía poco, se apoyaba contra el muro exterior de la Regia.

Aquella vez no tuve que preguntar qué estaba pasando, porque podía verlo perfectamente. Dos soldados sacaban a Pisón a rastras del templo mientras él se retorcía y gritaba, primero amenazándolos de muerte y, cuando quedó de rodillas en el suelo, suplicando por su vida. Sin embargo, sus captores no tuvieron compasión con el heredero de Galba y le cortaron la cabeza de un solo golpe, entre gritos de victoria. Después, la colocaron en una lanza, al igual que la de Tito Vinio, y se dirigieron al centro del foro.

–Vamos. –Me sentía incapaz de continuar allí durante más tiempo.

Salimos de nuestro escondite y corrimos hasta el templo de Vesta, donde nos ocultamos entre las columnas. Lo rodeamos por su parte trasera y al fin logramos llegar a las escaleras desde las que podríamos alcanzar la colina Velia y, una vez allí, el Esquilino.

La ciudad era un caos y lo seguiría siendo hasta que Otón o el Senado pusieran orden. Un buen rato después llegamos ante la *domus*, agotados y sin aliento. Estábamos a punto de entrar cuando un grito nos detuvo. Era Filipo, que, junto con toda su familia y con los pocos enseres de valor que había podido coger, buscaba un sitio donde resguardarse. Los acogí en mi casa y vi que no era el único que había tenido aquella idea, porque, desde el principio de la calle, Demóstenes, el médico, nos hacía señas para que lo esperáramos, intentando que no se le cayera todo lo que traía. Ordené a Silo que fuera a ayudarlo, y, una vez estuvimos todos a salvo dentro de los muros de la *domus*, ordené a Galeo que cerrara bien la puerta.

Demóstenes, sofocado y casi sin respiración, se apoyó contra una de las paredes del atrio.

–¿Es cierto que han matado al emperador? –inquirió Spuria, retorciéndose las manos con nerviosismo.

Filipo y yo intercambiamos una mirada sombría.

–Sí –respondí–. Prepara algo de comer. Estaremos en el *triclinium*.

La esclava se apresuró a obedecer y el resto nos resguardamos del frío en el comedor, donde Galeo ya estaba disponiendo varios braseros. Durante un momento, tan solo se oyó el crepitar del fuego.

Los hijos de Filipo, asustados, se escondieron tras su madre cuando

me acerqué a ellos.
–¿Os gustan los pasteles de miel? –les pregunté, agachándome a su lado.
Los tres niños miraron a su padre, que les hizo un gesto para que respondieran, y, poco a poco, asintieron.
–En ese caso, ¿por qué no vais a la cocina y se los pedís a Spuria?
Aunque dudaron, la esposa de Filipo tuvo el buen tino de llevarse a los críos y dejarme a solas con el liberto y con el médico.
–La ciudad es un caos. Si no pone alguien orden, en unos días no quedará casa sin saquear –masculló el liberto en cuanto me recosté en el diván.
Demóstenes, que solía ser inexpresivo, parecía desolado.
–Han entrado en mi consulta –gimoteó, tapándose la cara con las manos–. Cuando vuelva no habrá nada, ¡qué desastre!
Filipo y yo cruzamos una mirada en silencio mientras Demóstenes se lamentaba en un griego entrecortado que apenas podía entender.
–El Aventino está igual. Hay disturbios por todas partes –comentó el antiguo esclavo, volviéndose hacia mí.
–Aquí estaréis a salvo. ¿Has visto a Lucio? –le pregunté, preocupada por mi primo.
El liberto asintió.
–Cuando os perdí a Silo y a ti, lo vi correr hacia el templo de Saturno. Intenté alcanzarlo, pero desapareció mientras esquivaba a los soldados. Después, tras la muerte de Galba, crucé hacia el oeste y fui directo al Aventino.
–Pero –intervino Demóstenes–, ¿lo han asesinado de verdad?
–Le han cortado la cabeza –le confirmé sombría–, al igual que a Tito Vinio y a Pisón.
Filipo se estremeció ligeramente y un silencio incómodo se instaló en la estancia. Por suerte, Silo apareció sigilosamente y se acercó a mí.
–Es Lucio –me susurró–. Está fuera, pero lo acompaña alguien.
Me incorporé de inmediato y le hice un gesto para que me precediera hasta la entrada. El esclavo tenía razón, mi primo no había venido solo: se apoyaba en un joven que aporreaba la puerta con insistencia para que les abriéramos. Nada más cruzar el umbral, me di cuenta de que algo no iba bien. Ambos estaban manchados de sangre y Lucio parecía a punto de desplomarse.
–Nos atacaron cuando intentábamos salir del foro –dijo el desconocido, siguiendo mi mirada–. Esta es la casa más cercana. No hemos podido llegar hasta su *domus* tal y como están las calles.
Inspeccioné rápidamente el estado de mi primo, y, aunque estaba blanco como la cal, no parecía tener más que un corte en el brazo.
–Gracias por traerlo, yo me encargo –dije antes de despedirme e indicar a Galeo que fuera a buscar a Demóstenes.

Lucio se tambaleó, pero Silo lo agarró del brazo que no estaba herido para evitar que se cayera nada más cerrar la puerta. Entre los dos lo llevamos hasta una de las habitaciones de invitados, donde el esclavo lo ayudó a sentarse en la cama.

–Trae vino –indiqué a Silo antes de volverme hacia Lucio–. ¿Cómo estás?

Mi primo se giró ligeramente hacia mí y al fin se atrevió a mirarme, con los ojos húmedos.

–Han matado a Léntulo, le han cortado el cuello –murmuró apenas con un hilo de voz.

Demóstenes, que acababa de entrar en la habitación con su material médico, compartió conmigo una mirada sombría.

–Ahora tenemos que curarte –le dije apretándole la mano, en un intento de infundirle ánimos–, después hablaremos.

Él asintió, terriblemente pálido, y aceptó la copa de vino que acababa de traerle Silo. Filipo nos observaba desde la puerta, con gesto serio, mientras evitaba que sus hijos, que habían acudido al oír el revuelo, y el resto de los esclavos entraran en la habitación.

Decidí asomarme a poner algo de orden.

–Nevia, encárgate de la comida. Spuria, busca unos paños limpios. Galeo, ve hasta la casa de Lucio y avisa a mi tía de que está aquí, pero no le digas nada más, no quiero que se preocupe. Filipo –dije, acercándome a él para poder bajar la voz–, este no es lugar para niños. Arriba sigue estando la habitación donde Vero y yo jugábamos, sabes el camino.

En cuanto todos obedecieron, me senté junto a mi primo, que apoyó la cabeza en mi hombro con el gesto crispado de dolor mientras Demóstenes le limpiaba la herida.

–¿Es grave?

–No, pero es un corte profundo y tendré que coserlo. De espada –dijo mirándome significativamente.

–¿Qué ocurrió, Lucio? –le pregunté con todo el tacto del que fui capaz–. Te perdí de vista al intentar escapar rodeando la Curia.

Mi primo dejó la mirada perdida.

–Cuando el ejército entró en el foro matando a todo el que se ponía de por medio, nosotros estábamos casi en primera fila, muy cerca de la Rostra. Quisimos retroceder hacia la Curia y salir por allí del foro, pero nos interceptaron antes. Fue muy rápido. Un caballo hizo caer a Silano y, para evitar que lo pateara, tiré de él, pero el soldado descargó un golpe sobre nosotros. Intenté esquivarlo y caí. Antes de que me diera tiempo a levantarme, Léntulo se interpuso. Luego... luego lo vi desplomarse cubierto de sangre. Firmo y el resto nos sacaron de allí por las cercanías del *tabularium*.

Nos quedamos en silencio y pude ver brillar sus ojos.

–No tenía que haber muerto, Julia. Es mi culpa.
–Sabes que no es así.
–Lo abandonamos allí…
–Hubiera sido una imprudencia quedarse, Lucio –dije, intentando no sonar demasiado dura–. No podíais hacer nada, corristeis para salvar la vida.
Mi primo asintió mientras una lágrima solitaria recorría su rostro.
–¿Es cierto que Galba ha muerto? –susurró.
–Tito Vinio y Pisón también. Otón ocupará el trono, si todo va bien.
–¿Crees que tardará mucho en poner orden en la ciudad?
–Espero que no, pero te mantendré informado mientras estés aquí. No te preocupes, tu padre mandará una escolta en cuanto pueda y te llevarán a casa.
Lucio frunció levemente el ceño.
–No quiero ir a casa, necesito volver al foro. Tengo que recuperar el cuerpo de Léntulo.
–Vas a tener que esperar, cuando has llegado no podías casi ni tenerte en pie. Después, veré lo que puedo hacer –le aseguré–, pero tienes que descansar.
Cuando Demóstenes terminó de coserle y vendarle la herida, decidí dejarlo allí, bien arropado entre mantas, y salí de la habitación. Por un momento, observé la luz invernal que iluminaba suavemente el atrio, fría, lluviosa, e intuí que se avecinaba una tormenta. Sabía que Silo me estaba observando, oculto en el hueco de la escalera. A veces lo hacía, en silencio, pero siempre desde la distancia. Él también se dio cuenta de que lo había detectado, así que avanzó lo suficiente como para que pudiera verlo.
–¿Crees que es posible ir al foro y recuperar un cadáver? –le pregunté sin girarme.
–No.

* * *

Era ya media tarde cuando el galo me avisó de que una comitiva armada se acercaba a la casa. No me costó adivinar de quién se trataba.
Fui hasta la cocina, donde mi primo parecía tener mucho mejor aspecto que cuando había llegado, aunque seguía algo pálido.
–¿Cómo te encuentras?
–Mejor. ¿Tienes noticias?
–Tu padre llegará pronto y seguro que nos podrá decir qué está pasando, pero no puede verte todo manchado de sangre. Spuria –llamé a la esclava mientras unos golpes insistentes en la puerta nos indicaron que la comitiva ya estaba allí–, trae una túnica de mi hermano. Date prisa.

Lucio estuvo a punto de ponerse en pie de un salto, alarmado, pero se lo impedí y le indiqué que ya me encargaba yo. Cuando salí al atrio, me encontré con Silo, que venía a buscarme.

–Es un senador. No he entendido el nombre. Galeo lo acompaña.

–Se llama Pinariano. Déjalo pasar.

Mi tío, que había tenido el detalle de dejar a toda su escolta en la puerta, no tardó en aparecer en el atrio.

–Julia, me ha dicho tu esclavo que Lucio está aquí.

–Así es, ahora viene. ¿Cómo está la situación? –le pregunté, invitándolo a entrar en el *tablinum* y a sentarse frente a la mesa.

–Mal. Otón no tiene aún la autoridad suficiente para poner orden y los cuarteles son un hervidero que clama venganza contra los partidarios de Galba.

–Ya han matado a Vinio y a Pisón –comenté–. ¿Contra quién más van?

–Han ajusticiado al liberto de Galba en un acto público y han detenido a muchos otros por colaborar en su defensa.

El aquel momento, antes de que pudiera preguntar nada más, apareció Lucio con un aspecto mucho más cuidado gracias a Spuria.

–Padre...

–Me tenías preocupado. He estado buscándote por toda la ciudad.

Todos los presentes notamos su mentira, pero no dijimos nada. Solo había que mirarle las botas, sin una sola salpicadura de barro, para darse cuenta de que lo más lejos que había ido era a la vuelta de la esquina.

–Me resultó imposible llegar a casa, lo siento.

–Olvídalo. Tenemos que irnos. Han convocado el Senado y no puedo retrasarme.

–¿Quién lo convoca? –pregunté con curiosidad. Si el nombramiento de Otón como emperador aún no había sido ratificado y los cónsules de ese año estaban muertos, poca gente tenía la capacidad de reunir al Senado en un plazo tan corto de tiempo.

–Sabino, vuelve a ser prefecto de la ciudad –respondió mi tío, poniéndose en pie.

–Padre –lo retuvo Lucio–, me gustaría acompañarte al foro.

–Eso ni lo sueñes.

–¿Sigue lleno de cadáveres? –intervine, sin darle tiempo a Lucio a replicar.

–No se pueden retirar hasta que el emperador lo permita, lo que supongo que hará antes de caer la noche. La hija de Tito Vinio ya ha pedido permiso para llevarse el cuerpo de su padre, por lo que ha pagado más de dos mil sestercios. La esposa de Pisón no tardará en hacer lo mismo.

–¿Y Galba?

Mi tío se encogió de hombros.

–Sin descendencia, supongo que se hará cargo alguno de sus libertos. De todos modos, hasta que Otón no dé permiso, el foro seguirá lleno de sangre.

Mi tío decidió dar por terminada la conversación e irse, acompañado por Lucio, que no parecía muy conforme con las palabras de su padre.

A lo largo de la tarde, el ambiente empezó a calmarse. El Senado, como no podría ser de otra manera, proclamó emperador a Otón con todos los honores, y este fue llevado por las tropas hasta el palacio imperial, donde autorizó la retirada de cuerpos del foro. Gracias a que el amigo de mi primo volvió a buscarlo, pude enterarme de todos los detalles de la proclamación y de lo que estaba pasando. Después, Filipo acompañó a Demóstenes a ver los destrozos de su consulta, pero aceptó mi invitación a pasar la noche con su familia en mi *domus*.

–Necesito que averigües algo –le dije–. Si el contacto de mi abuelo en el gobierno era Tito Vinio, su muerte habrá sido un duro golpe para él. Estoy segura de que pagará el mal humor con sus esclavos, que no tardarán en empezar a quejarse y a hablar de más. Intenta enterarte de sus movimientos. Quiero saber con quién se alía a partir de ahora. Si pretende acercarse a Otón, avísame de inmediato.

El liberto asintió con gesto sombrío antes de dejarme sola, lo que aproveché para, a la tenue luz de una lucerna, comenzar a escribir una carta a Vero donde le contaba lo sucedido. A esas alturas, ya había renunciado a pedirle su regreso, por lo que únicamente le rogué que se cuidara y que se mantuviera lejos del peligro.

Cuando me levanté, la noche ya había caído sobre una Roma cargada de frío y humedad. Me acerqué al *lararium* y encendí las velas que lo rodeaban. Observé las pequeñas figuras de terracota de los lares, los dioses del hogar, y de los manes, las almas de los difuntos de mi familia, entre las que se encontraba la de mi padre. Ante ellos, las ofrendas que cada mañana Spuria se encargaba de colocar reflejaban la luz titilante del fuego.

En silencio, respiré hondo y recé para que la fortuna nos fuera propicia.

Tercera parte

Roma, primavera del 69 d. C.

Capítulo 15: El sonido de la guerra

16 de abril del 69

La primavera llegó a Roma igual que un niño nacido en época de hambruna: débil, silenciosa y cansada después de un invierno especialmente duro.

Tras la muerte de Galba, la ciudad se adaptó pronto al gobierno de Otón. El cadáver del emperador caído, después de pasar dos días a la intemperie y sometido a humillaciones de todo tipo, fue recogido por uno de sus antiguos libertos, que se encargó de enterrarlo en su jardín, sin honores, mientras los que afirmaban a voces que le habían dado muerte se multiplicaban por las esquinas, como una plaga. Tanto fue así que Otón decidió configurar una lista con sus nombres y la promesa de una futura recompensa. Estaba claro que los que se apuntaron no recordaban los tiempos de Sila y sus famosas proscripciones. Sin embargo, Otón se limitó a poner los nombres a buen recaudo y a mostrarse ante el pueblo como un hombre magnánimo y comedido, lo que sorprendió a muchos de los que aún se mostraban reticentes a su gobierno.

Una de sus primeras medidas fue proseguir las obras de la *Domus Aurea* de Nerón y ordenar que volvieran a colocarse las estatuas de este y de su exesposa, Popea. Además, logró evitar un enfrentamiento directo con los que habían apoyado a Galba de una manera bastante diplomática, lo que le granjeó las simpatías de muchos.

Yo, por mi parte, sabía los riesgos de tratar con la corte, así que intenté pasar desapercibida, confiando en que Otón, rodeado de sus consejeros y aduladores, se olvidara de mi presencia ahora que ya había conseguido salvar el patrimonio de mi padre. Sin embargo, a principios de febrero, me mandó llamar. En un primer momento, temí que fuera para ayudarle a pagar todo lo que había prometido a la soldadesca, ya que las arcas del Estado estaban prácticamente vacías, pero el motivo real me sorprendió.

Al parecer, estaba permitiendo volver a Roma a todos los que Nerón había exiliado, y, en compensación, les estaba entregando los sacerdocios que ocuparon sus padres y abuelos, además de las posesiones embargadas que aún no habían entrado a formar parte del Estado. Por eso, como se acordaba de lo ocurrido con mi padre, me interrogó sobre mi hermano para saber si podía compensarlo de alguna manera. Aquello me dejó tan desconcertada que me costó reaccionar. Sin embargo, preferí no tener que deberle favores a Otón,

así que decliné sus buenas intenciones con la máxima diplomacia. Sin noticias de Vero, era mejor ser precavida. Por lo que sabía gracias a Sabino, la guerra de Judea seguía su cauce, aunque Vespasiano, que conocía lo ocurrido en Roma, había decidido no lanzarse aún al asedio de Jerusalén. Sospechaba que aquello era un movimiento más político que militar, pero Sabino se mostraba reservado y yo me conformaba con saber que Vero seguía vivo, algo que Tito confirmaba en cada carta que le mandaba a su tío.

Sabino, de nuevo pretor de la ciudad, se esforzaba por ganarse a Otón, y a veces habíamos coincidido en algunas cenas a las que el emperador insistía en invitarme y de las que yo únicamente era capaz de rechazar la mitad por no parecer desagradecida. Filipo me aseguraba que era una buena noticia y que debería aprovechar para hacer negocios con él, pero una cosa era reservarle doscientas ánforas de vino hispano y otra muy distinta apoyarlo públicamente. Mi reticencia se vio justificada cuando, en una de las fiestas a las que no había podido negarme a asistir, hubo una revuelta importante por parte de las tropas acuarteladas en Ostia, que entraron por la fuerza en el palacio. Antes de volver a mi casa a toda prisa, pude ver a Otón de rodillas en el suelo, llorando y suplicando por su vida mientras les pedía a los soldados que volvieran a los cuarteles. Aquella imagen se quedó grabada en mi mente, y, aunque sus ruegos habían conseguido calmar a las tropas, me hicieron plantearme muchas cosas. En los días siguientes, evité salir a la calle y sopesé la posibilidad de alejarme un tiempo a mi villa, donde podía reflexionar tranquila. Sin embargo, varios días de fuertes lluvias provocaron que el Tíber se desbordara e inundara el almacén que le alquilaba a Licinio, lo que me obligó a permanecer en Roma. La fuerza del agua se llevó por delante el puente Sublicio, en el Aventino, y arrasó la parte baja de la ciudad, cobrándose numerosas vidas.

Alertada por Filipo, contraté a un grupo de trabajadores para que sacara las ánforas y los odres que aún se pudieran salvar antes de que el almacén entero se viniera abajo, lo que sucedió un par de días después: el río se retiró, y los cimientos, expuestos a los elementos, no soportaron el peso del edificio.

Sin embargo, aquello también tuvo su parte positiva. Cuando, acompañada por mi administrador, fui a comprobar el estado en el que había quedado, nos topamos de frente con Aureliano, que no tuvo tiempo de esconderse. Ambos sabíamos que aún no habían llegado los primeros barcos a Portus, así que era imposible que pudiera viajar. La visita que le hice a Décimo a continuación echó por tierra sus planes y desmontó cualquier argumento. Nunca hubiera imaginado que contrariar a mi abuelo me supusiera una satisfacción tan grande. Filipo me advirtió de que buscarían otras formas de salirse con la

suya, algo que ya daba por supuesto, pero me permití saborear unos instantes el triunfo: ahora que no contaban con gran influencia en el gobierno de Otón, les sería más complicado ponerme trabas.

Lucio, tras el incidente del foro, se había distanciado de todo el mundo y no quería ver a nadie. Cuando me enteré de que llevaba más de dos semanas encerrado en su habitación por decisión propia, me presenté en la *domus* de mis tíos aprovechando su ausencia y le prometí por todos los dioses del panteón que no me iría hasta que aceptara salir de casa conmigo.

De este modo, empecé a ir a buscarlo cada mañana para dar un paseo con él. Íbamos de compras, al teatro o a dar una vuelta por los jardines hasta la hora de comer, cualquier cosa que hiciera que le diera un poco el aire. Poco a poco, se había ido animando gracias, en parte, a Marcia, que, desde que su marido había regresado a la ciudad, se esforzaba en encontrar motivos para alejarse de él y había decidido acompañarnos en nuestras caminatas matinales. Poco a poco, Lucio volvió a quedar con sus amigos, así que consideré que no necesitaba más mi ayuda. De todos modos, le recordé que mi casa estaba abierta para él y lo advertí de que Marcia estaba casada, algo que también tuve que recordarle a ella, porque parecía olvidarlo en cuanto veía los ojos avellana de Lucio.

Podía haberle encargado a Filipo que los vigilara para evitar males mayores, pero ambos eran adultos y mi liberto estaba demasiado ocupado gestionando las rutas y controlando los movimientos de mi abuelo. Además, aquel no iba a ser un buen año para el comercio y ya nos habíamos visto obligados a cambiar los itinerarios debido a la guerra que se extendía por la Galia y que, lenta pero inexorablemente, avanzaba hacia Roma. Tal y como había predicho Filipo, Vitelio había conseguido muchos apoyos: Germania, toda la Galia, Hispania y Britania, además de varias tribus aliadas que le proporcionaban armas, dinero y tropas auxiliares. Por su parte, Otón logró movilizar a las legiones de Panonia, Moesia y Dalmatia, y se hizo con el apoyo de Vespasiano y las legiones de Siria, África, Egipto y Judea, lo que le aseguraba que no recibiría un ataque desde el sur del Mediterráneo, pero no le proporcionarían tropas, ya que estaban envueltas en su propia guerra.

Filipo y yo seguíamos el desarrollo de los acontecimientos gracias a la información que nos ofrecían los comerciantes, y habíamos elaborado un mapa que nos daba la posición aproximada de cada legión para predecir los siguientes movimientos. Filipo me aseguró que nadie se atrevería a cruzar los Alpes hasta que no se abrieran los pasos en primavera, pero yo sabía que Vitelio necesitaba precipitar las cosas si quería vencer y no se arriesgaría a dejar que Otón recibiera las nueve legiones que le eran fieles desde las provincias orientales.

Por eso, no me sorprendí cuando nos llegó la noticia de que Vitelio se las había apañado para salvar las montañas antes del deshielo o, más bien, lo habían logrado sus generales, Caecina Alieno y Flavio Valente, ya que Vitelio seguía en Colonia con la retaguardia del ejército.

Atravesar la cordillera no fue un camino de rosas, pero Caecina lo había tenido especialmente difícil cuando se le sublevó la tribu de los helvecios y le cortaron las vías de suministros. La información era confusa, pero, al parecer, las legiones Cuarta Macedónica y Vigesimosegunda Primigenia habían acudido en su ayuda desde el este, lo que provocó una rápida derrota de los helvecios. Valente también tuvo altercados en su camino, especialmente cuando se topó con parte de la expedición marítima que había enviado Otón y cuando las tropas se le amotinaron, lo que tardó días en resolver.

Las noticias de la guerra en el norte a duras penas llegaban a Roma. Los cortes de vías y la paralización del comercio nos dejaron sin apenas información desde mediados de marzo. Nuestros contactos habituales evitaban la zona a toda costa, por lo que tuve que buscar fuentes de información alternativas que a menudo resultaban fragmentarias. Al final, cansada de no saber qué estaba pasando y tras un ataque a uno de los barcos que iban hasta Tarraco bordeando Córcega, decidí tomar cartas en el asunto. Sabía que Otón partiría en breve con el resto del ejército desde Roma para reunirse con las legiones que le eran fieles y enfrentarse a las tropas de Vitelio. Había conseguido reunir a nueve mil soldados, pero corrían rumores de que desconfiaba del Senado y temía que se cambiaran de bando. Por ello, decretó que todos los senadores, excepto su hermano Ticiano, que actuaría en su nombre en Roma, y Sabino, que era el prefecto de la ciudad, deberían acompañarlo a la guerra.

Ese mismo día, sabiendo que Lucio estaba ocupado en uno de sus cada vez más frecuentes paseos con Marcia, fui a hablar con mi tía, a la que su hijo tenía profundamente preocupada. La escuché con paciencia ponerme al corriente de todo lo que yo ya sabía, de los silencios de Lucio y de aquellas escapadas nocturnas, de su falta de apetito y de las ausencias cada vez más notorias de la oficina del pretor. Viendo su estado de ánimo, apenas me costó convencerla para que hablara con mi tío, que, como senador, se veía obligado a partir de Roma en la comitiva del emperador. Como era de esperar, Lucio no tardó en aparecer por mi casa, desesperado porque su padre le había ordenado acompañarlo a la guerra y no podía negarse. Intenté tranquilizarlo diciéndole que no tendría que luchar ni que mezclarse entre las tropas, pero parecía desolado. Entonces le propuse un trato: yo intentaría interceder por él ante su padre si él me mantenía al corriente de lo que pasaba en el frente de guerra. Aceptó de inmediato. Cuando abandonó mi *domus*, no pude evitar sentirme mala

persona por actuar igual que mi abuelo y manipularle de esa manera, pero necesitaba saber qué ocurría en el norte.

No obstante, mi decisión pronto demostró ser acertada: Marcia también me visitó, histérica, porque tanto Lucio como su marido se iban con el ejército y temía que se conocieran, ya que, al fin y al cabo, mi primo se había convertido en su amante.

A los dos días, Otón salió de Roma con las primeras luces del alba y la ciudad lo observó partir silenciosa, triste y vacía. Mi primo cumplió su palabra y me enviaba regularmente correos acerca de lo que estaba ocurriendo. De ese modo, me enteré de que las tropas que constituían la avanzadilla del ejército no estaban contentas con las decisiones de sus mandos, por lo que el emperador tuvo que llamar a su hermano para que las comandara. Eso hizo que Sabino se convirtiera en la máxima autoridad en la capital del Imperio. Además, tal y como había previsto, Otón decidió no poner en riesgo al Senado y lo dejó en la retaguardia, en Mutina. Las últimas noticias recibidas eran que Otón había convocado un consejo de guerra en Bedriacum.

–Podrían enfrentarse aquí –comentó Filipo, señalando en el mapa que tenía instalado en una mesa auxiliar del *tablinum* un punto indeterminado en el valle del Padus–, si Otón decide atacar.

–Sería más inteligente por su parte esperar. Aún no han llegado todas las legiones de las provincias orientales y el ejército de Vitelio lo supera en número.

–¿Lucio no te ha enviado ningún mensaje?

–Todavía no –dije, disimulando mi propia preocupación–, aunque supongo que no tardará. De todos modos, pretendo visitar a Sabino en un rato.

–Esta tarde estaré en la zona del Tíber, supervisando la construcción del almacén. Si me necesitas, envía a alguien y vendré enseguida.

Decidí centrarme en otras cosas. Sin embargo, pronto tuve que dejarlo todo a un lado: Marcia apareció sin avisar y tan nerviosa que apenas podía estar quieta.

–¿Qué ha ocurrido? –inquirí cuando conseguí que se sentara.

–Lo han herido –comenzó a sollozar.

Casi sin querer, apreté con tanta fuerza los puños que me clavé las uñas en las palmas.

–¿A quién?

–¡A mi esposo! –gimió, escondiendo la cara entre las manos.

Evité de milagro un suspiro de alivio y me coloqué a su lado para apoyarla.

–¿Cómo ha sido? Cuéntamelo todo.

–No lo sé. Ha llegado un mensajero diciendo que lo habían herido en el campo de batalla y que estaba grave, pero no sé nada más.

–¿Se han enfrentado ambos ejércitos?

–Sí, y no puedo comunicarme con nadie para saber qué ha pasado. El correo se niega a volver a Bedriacum. Tampoco tengo noticias de Lucio –dijo sollozando de nuevo.

La abracé y la noté estremecerse.

–No te preocupes por Lucio. Está a salvo con su padre y con el resto del Senado.

Me miró con los ojos inundados de lágrimas.

–¿Te importaría mandarle un mensaje, por favor? No puedo vivir con esta incertidumbre.

Pensé en lo irónico que resultaba pedir al amante que confirmara si el marido legítimo había muerto y negué con la cabeza.

–Ahora mismo no tengo modo de contactar con él. El mensajero tendría que haber vuelto esta mañana, pero, si es cierto lo que dices, se habrá retrasado por la batalla. No obstante –dije, antes de que volviera a echarse a llorar–, Livia iba a mandar hoy una carta a su marido, quizá todavía no lo haya hecho...

Mi amiga se incorporó, poseída por una súbita urgencia, y no fui capaz de alcanzarla antes de que llegara a la puerta. Acompañadas por Silo y la esclava que seguía a Marcia, recorrimos Roma todo lo rápido que fuimos capaces. Llegamos a la *domus* de Livia casi sin aliento, en el mismo instante en el que el recadero se disponía a partir.

En cuanto Livia, que salió al oír el alboroto que Marcia había montado, se enteró de lo ocurrido, retuvo al hombre el tiempo suficiente como para que a mi amiga le diera tiempo a escribir una carta.

–No está bien lo que has hecho –me dijo Livia cuando Marcia se fue de vuelta a su propia *domus,* por si llegaba algún otro mensaje.

–No sé a qué te refieres –le aseguré, recolocándome la *palla* y acercándome a un brasero.

–Lo sabes de sobra –me reprochó–. No puedes ir apartando a todos los hombres de la vida de Marcia. Es adulta.

La evalué unos momentos e intuí que se había enterado de todo, pero guardé silencio. Livia apretó los labios y se acercó a mí.

–Entiendo que hablaras con el dueño de las termas para que mandara lejos al esclavo, sobre todo después de lo que pasó, pero enviar a tu propio primo a la guerra para alejarlo de Marcia me parece excesivo.

–¿Cómo sabes eso?

–Porque el dueño de las termas es un bocazas. Como no te encontraba, vino a buscarme. ¡El muy imbécil pensó que era idea mía! En cuanto a lo de tu primo –añadió con una mueca–, media Roma lo ha visto pasearse en público con Marcia. Era cuestión de tiempo que se convirtieran en amantes, aunque no creo que ninguno se esperara una traición así de tu parte. Ambos están sufriendo y eso puede ser peor a la larga.

–Me parece que no vemos igual la situación. Si el marido de Marcia se entera de algo, lo mínimo que va a hacer es repudiarla, y Lucio incluso podría acabar muerto.

–¿Y por eso convences a su padre para que lo lleve a la guerra?

–Hubiera preferido que lo hubiese mandado a estudiar a Grecia –admití–, pero algo es algo.

Livia, que no era idiota, negó con la cabeza.

–Mira, Julia, creo que tienes intereses personales en que Lucio esté donde está y creo que te equivocas. Dime, ¿cuánto le duran a Marcia los hombres?

–No demasiado –admití.

–Exacto. En un mes como mucho se habría cansado de tu primo, pero ahora está preocupada por él y empezará a obsesionarse. Cuando vuelva, lo verá como a un héroe. Has alargado su relación y eso sí que puede perjudicarlos a ambos en un futuro. La verdad es que me hizo pensar. Livia podría tener razón, pero no conocía todas mis motivaciones y, desde luego, no pensaba explicárselo para que me acribillara a reproches. Ya bastante mal me sentía yo por haber manipulado a Lucio de aquella manera.

–Puede ser –acepté–, pero ¿qué quieres que haga?

–Nada, o los pondrás a ambos en tu contra –dijo, esperando mi reacción. Al ver que no tenía intención de responderle, decidió cambiar de tema–. Por cierto, ¿ya has decidido con quién casarte?

Reflexioné unos instantes y acabé asintiendo. No tenía sentido posponerlo mucho más: estaba segura de que Décimo ya estaba preparando su nueva estrategia.

–Con Justino. Ahora mismo no está en Roma, porque ha tenido que proporcionar parte de su ganado para el abastecimiento del ejército, pero, en cuanto acabe la guerra y vuelva, comenzaré con las negociaciones.

Charlamos un poco más de temas sin importancia, y, al rato, cuando una esclava trajo al hijo de Livia, que no paraba de llorar, decidí dar por finalizada mi visita y salí a la calle con Silo, con quien había seguido entrenando.

Cada vez me costaba menos anticiparme a sus movimientos y notaba que había ganado fuerza y agilidad, aunque no la suficiente, porque el esclavo seguía derrotándome una y otra vez. A pesar de todo, me sugirió llevar un puñal oculto en las botas, para que tuviera una oportunidad si volvían a atacarme. Como me resultaba muy incómodo, había decidido hacerme con un arma que pudiera disimular mejor. Un herrero me hizo una hoja de hierro muy fina y tremendamente afilada que después llevé a un orfebre para que elaborara la empuñadura, los adornos y la vaina en oro. Quedó tan bien que no parecía nada más que un bonito e inocente alfiler para el

pelo con el que ayudarme a sujetar la *palla*. Sin embargo, si lo desenfundaba, se convertía en un puñal lo suficientemente eficaz como para cortarle el cuello a cualquiera.

Observé un momento el cielo, que anunciaba lluvia, y me encaminé hacia el Quirinal.

Llegamos a casa de Sabino justo cuando empezaban a caer las primeras gotas.

–¡Julia! Intuía que no tardarías en hacerme una visita.

–Sabino –lo saludé, mientras me indicaba que lo acompañara al *triclinium*, donde también estaba uno de sus hijos, su esposa y su sobrino Domiciano–. Me quedaré muy poco, no quiero molestar. Venía para saber si os han llegado nuevas de Judea o de Bedriacum.

Intercambió una rápida mirada con su sobrino antes de responder.

–En la última carta, Tito no menciona a tu hermano, por lo que tendrás que esperar... En cuanto a Bedriacum, apenas llegan noticias.

–Sé que ha habido un consejo de guerra.

Domiciano alzó una ceja, sorprendido de que me hubiera enterado.

–Así es –me confirmó Sabino–. Tengo entendido que se ha optado por atacar a Vitelio.

Antes de que me diera tiempo a preguntarle sobre el tema, un esclavo entró en la estancia, seguido de cerca por Galeo.

–¿Qué ocurre? –le pregunté, mientras el esclavo de Sabino le susurraba al oído unas rápidas aclaraciones sobre aquella intromisión.

–Ha llegado un correo de Lucio. Parece importante –musitó Galeo mientras me tendía una carta.

Me disculpé ante los anfitriones y lo abrí. El mensaje era muy corto, pero no necesitaba más para hacerme comprender la gravedad de la situación. Tuve que leerlo un par de veces más para convencerme de que mis ojos no me estaban engañando.

–¿Estás bien, Julia? –inquirió Sabino al ver mi expresión.

Le tendí la carta y pude ver que la preocupación asomaba a su cara.

–Padre, ¿qué ha pasado? –preguntó su hijo, cuando el silencio se hizo tan espeso que se podría cortar con un cuchillo.

Sabino me devolvió la carta y lo observó con gesto grave.

–Otón se ha suicidado. El Senado vuelve a Roma.

Capítulo 16: Tiempos de furia

25 de abril del 69

–Ya viene. ¡Preparaos!

Noté que me temblaban las manos, pero me recompuse con rapidez y me preparé para mostrar mi mejor cara. Filipo, a mi lado, alzó ligeramente la cabeza.

–¡Justino! –lo saludé, cuando llegó al atrio seguido por sus esclavos–. No te esperaba tan pronto.

–Hubiera sido imperdonable retrasarme –dijo, adulador–. Estás especialmente hermosa hoy.

Fingí ruborizarme y lo invité a que me acompañara al despacho. Filipo me había sugerido tener una reunión más informal en el *triclinium*, pero no lo consideré apropiado. Íbamos a firmar un contrato, no a hacer una fiesta.

–Tú dirás –me sonrió él.

–Seré directa –le dije tras echar un rápido vistazo al liberto, que se había sentado cerca de mí–. Quiero proponerte un negocio que nos traerá a ambos grandes beneficios. Sé que posees muchas fincas en Terracina y yo soy propietaria de una villa y varias hectáreas de terrenos agrícolas. Estoy segura de que una colaboración más estrecha nos permitiría sacarles mayores ganancias –dije, observando su reacción.

Justino frunció levemente el ceño y miró a Filipo, que permanecía impertérrito a mi lado, antes de volverse a centrar en mí.

–¿Qué me estás proponiendo, Julia?

–Matrimonio –le respondí muy seria–. Con mi aportación, serías el mayor terrateniente de Terracina y no tendrías problemas en hacerte con la administración local. Además, gracias a mi ascendencia y a mis contactos, tendrías acceso al Senado, si lo deseas.

Justino se recostó en la silla y reflexionó durante unos instantes.

–¿Quién ostenta la patria potestad de tu familia? –preguntó al fin.

–Mi hermano, pero Filipo es mi representante legal: no habrá problemas en ese sentido.

Justino me sonrió, pero pude ver en sus ojos que estaba analizando mi propuesta desde todos los ángulos. Antes de que me lo preguntara, el liberto le desgranó mi dote.

–¿Y los barcos?

–No puede aportar algo que no le pertenece.

Justino asintió y volvió a centrar su atención en mí.

–Es una propuesta interesante, pero sabrás que estoy divorciado, y no en buenos términos.

–Lo sé –respondí, recordando los rumores que me había contado Livia–, por eso quiero que te lo pienses con tiempo. Podremos discutir los detalles concretos más adelante, cuando hayas podido considerarlo.

Justino pareció satisfecho y, al poco, se puso en pie, dando por concluida la reunión. Lo acompañé hasta el atrio con una sonrisa y me despedí de él.

–¿Qué opinas? –le pregunté a Filipo.

–No es mal partido, pero ten cuidado: le han brillado los ojos cuando le he dicho lo que incluye tu dote. Por lo demás, estoy seguro de que te tratará mucho mejor que Aureliano.

–Eso espero. ¿Crees que aceptará?

–Sin duda, pero no es tonto: va a mirar en el catastro qué tierras poseía tu padre y si es cierto que estás en condiciones de aportar lo prometido. Además, supongo que también querrá consultar con un abogado el tema de que tu hermano esté lejos.

–¿Tengo que preocuparme?

–No, está todo correcto.

Asentí y decidí cambiar de tema.

–¿Qué tal va el almacén del Tíber? –inquirí, volviendo al despacho.

–Progresa. Tras reforzar los cimientos han levantado los muros de carga, esta vez de hormigón. Licinio se está esforzando en acabar rápido, lo cual me ha sorprendido bastante: no le debe apetecer convertirse en esclavo.

–¿Estará listo antes de que llegue el siguiente barco a Ostia?

–Lo dudo, falta toda la cubierta y la madera se está retrasando.

–¿Hay suficiente espacio en los almacenes de Portus para descargar la mercancía?

–Sí, pero ese no es el problema. Necesitamos una base en Roma desde la que distribuirlos y se nos hecha el tiempo encima. Ya sé que no quieres alquilar otro almacén, pero hacer el reparto desde esta casa va a ser un caos.

–Nos apañaremos –le aseguré–. Por cierto, ¿qué has hecho con el pedido que aún no le habíamos entregado a Otón?

–Se hizo cargo la familia de su hermano.

El suicidio del emperador había pillado por sorpresa a toda la ciudad y los rumores relacionados con su muerte se extendieron como el fuego en un pajar.

–¿Por qué lo hizo?

Filipo supo a lo que me refería sin necesidad de preguntar.

–Dicen que tuvo miedo de que las tropas de Vitelio pudieran capturarlo.

Dibujé una mueca. Para suicidarse hacía falta valor y dudaba que lo hubiera conseguido en caso de estar aterrorizado. Las imágenes de Otón suplicando por su vida aún estaban demasiado vívidas en mi mente como para creerlo capaz de hacer algo así. Me inclinaba más a pensar que uno de sus propios generales lo había asesinado tras perder la batalla, pero Lucio me aseguró que los hombres le eran fieles y creían en la posibilidad de victoria en cuanto llegaran las legiones de Oriente.

–¿Y si no soportó ver el campo de batalla?

Filipo, que parecía seguir mi forma de razonar, se mostró incómodo.

–Quizá, pero no era la primera vez que estaba en uno.

–Ya, pero este es diferente. Al fin y al cabo, no son cuatro bárbaros desgreñados y piojosos que caen bajo el peso de una legión, sino romanos matándose entre ellos. Llevamos sin una guerra civil desde tiempos de Augusto. Poco importaba la victoria, Roma saldría perdiendo, y Otón lo sabía.

El liberto pareció reflexionar.

–Puede ser. Un campo de batalla nunca es agradable, pero, en ese caso, debe ser horrible...

–¿Crees que Otón ha sido un buen emperador?

–Desde luego, ha evitado muchas muertes en balde con su suicidio. Pero ten cuidado, Julia. Una palabra a su favor podría llegar a oídos de Vitelio ahora que está en Roma.

No dije nada. La rápida llegada del nuevo emperador nos cogió por sorpresa y la ciudad esperaba a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. De momento, Vitelio se había limitado a organizar el palacio, a aceptar el cargo de emperador que el Senado no tuvo más remedio que concederle y a castigar a las legiones que lucharon contra él mandándolas a los confines del Imperio. Sin embargo, tanto Filipo como yo creíamos que pronto empezaría a deshacerse de los antiguos partidarios de Otón, lo que me preocupaba profundamente. Sabía que Sextilia había decidido adelantar mucho sus vacaciones y marcharse de la ciudad. No obstante, aquellos que tenían cargos públicos decidieron, en su mayoría, quedarse y jurarle lealtad, confiando en su clemencia.

Vitelio era cauto y, de momento, no se había dedicado a sembrar el terror entre la clase alta, aunque persiguió sin piedad a los que aseguraban haber matado a Galba en cuanto dio con la lista de Otón: en una sola noche, murieron casi treinta personas relacionadas con aquello.

–¿Sabemos algo sobre Décimo? –le pregunté a Filipo al acordarme de mi abuelo.

–Nos dará problemas –me aseguró el liberto–. Tito Vinio no solo era amigo de tu abuelo, sino también de Vitelio, y estoy seguro de que

Décimo no desaprovechará la ocasión de recordárselo.

Chasqueé la lengua con fastidio.

–Espero que Justino se decida pronto y que con la boda se termine de una vez todo esto. El emperador no puede reclamar de nuevo los bienes de mi padre, ¿no? –inquirí alarmada, al darme cuenta de que, quizá, con el cambio en el trono, aquella pesadilla volviera a perseguirme.

–Si Otón hizo desaparecer todos los documentos, Vitelio tendría que inventarse un motivo.

Fruncí el ceño y, cuando iba a responder, Silo asomó la cabeza por la puerta.

–Marcia está aquí. ¿La dejo pasar?

Miré a Filipo, por si tenía algo más que contarme, pero él negó rápidamente.

–Debería ir a hacerle una visita a Licinio para meterle un poco de prisa.

Me despedí del liberto y le dije a Silo que la trajera. Su marido había llegado hacía tres días a Roma, herido y con muy mal aspecto, acompañado por su cuñado. Marcia me había visitado esa misma tarde. No solo verlo postrado en la cama había ablandado su corazón, sino que el hecho de que la nombrara en sus delirios la hacía sentir terriblemente culpable. Marcia entró en el *tablinum* seguida de cerca por la misma esclava inútil de siempre.

–¡Julia! Necesito tu ayuda.

Noté que tenía los ojos húmedos e hice que se sentara a mi lado.

–¿Qué ha ocurrido?

–Mi marido está muy mal. El médico ha dicho que va a perder el brazo y que no podemos posponerlo mucho más si queremos que sobreviva.

La tomé de las manos. Dos lágrimas le recorrían las mejillas.

–No quiero que muera, Julia –sollozó–, y no me fío de ese carnicero que ha contratado mi cuñado y que se pasa el día haciéndole sangrías a mi esposo para bajarle la fiebre. Necesito un médico de verdad y tú conoces a uno.

–¿Demóstenes? Claro, ahora mismo le pediré que vaya a tu casa, pero deberías estar allí para recibirlo.

Ella rompió de nuevo a llorar y la miré con preocupación.

–Anda, vamos –le dije, ayudándola a ponerse en pie–, te acompañaré.

Mi amiga se deshizo en palabras de agradecimiento, pero les quité importancia. Me hubiera gustado preguntarle qué pasaba con su relación con Lucio, pero quizás aquel no era el mejor momento.

Fuimos hasta su casa en la litera que ella misma había traído, y, cuando se centró en explicarle la situación a Demóstenes, comprendí que era momento de que Silo y yo nos fuéramos. Aproveché para

hacerle una visita a Livia, a la que encontramos saliendo de su casa.
–¡Julia! –me saludó, apresurándose a ponerse a mi lado–, ¿te apetece venir al velatorio de Cayo Carvilio?
–Creo que no lo conocía.
–Yo tampoco –admitió ella, indicándome hacia qué dirección iba–, pero mi hijo me está volviendo loca. Le están saliendo los dientes y no para de llorar. Es la única excusa que he encontrado para marcharme de casa sin sentirme mala madre.
Parpadeé, perpleja, y decidí ignorar el hecho de que prefiriera ir a ver un cadáver que consolar a su hijo. Ella debió leérmelo en la cara, porque me sonrió con una mueca.
–No te equivoques, Julia, adoro a mi niño, pero necesito escapar un rato.
–¿Y tu marido?
Ella bufó.
–Vitalis es un buen hombre, aunque prefiere pasar el día en el Senado o en la basílica viendo los juicios. Lo entiendo, porque, con todo lo que ha ocurrido, hay mucha tensión política y un bebé llorando no es lo ideal para preparar los discursos del Senado. De todos modos, cambiemos de tema: no creo que hayas venido hasta aquí para dar un paseo.
Sacudí la cabeza y titubeé, pero preferí ser directa.
–Vengo de ver a Marcia. Su marido no está muy bien.
–Era de esperar. Una herida así no es ninguna broma.
–Parece muy preocupada... y también parece que ya no se acuerda de Lucio.
–Ah, sí, igual yo tuve algo que ver en eso. Le dije que su marido es un héroe, que ha participado en la batalla y ha regresado triunfal, a diferencia de Lucio, que se quedó cómodamente en la retaguardia. Si tanto te inquietaba su relación, ya no tienes nada que temer. Marcia ha puesto a su marido en un pedestal.
–¡Ay, dioses! Si muere, ¿cómo se quedará Marcia ahora que lo ha idealizado? Quería que dejara a Lucio, no que se encaprichara con su esposo.
Livia rio y me apartó suavemente para seguir caminando.
–Marcia necesita una obsesión para vivir y, mientras esta sea su marido, no tendremos que preocuparnos. Si no sobrevive, ya se nos ocurrirá algo. El velatorio es ahí –indicó, señalando una casa en torno a la que se había congregado un corrillo de fisgones–. ¿Seguro que no quieres venir?
–Diviértete, Livia –le respondí, antes de despedirme de ella.
Perdida en mis pensamientos, volví a mi *domus* dando un largo paseo, seguida de cerca por Silo. Iba tan distraída que no fui consciente de que habíamos llegado hasta que el esclavo llamó a la

puerta para que nos abrieran. Levanté la cabeza con un respingo y, al mirar a mi alrededor, vi a Lucio aproximándose. Le sonreí y lo saludé desde lejos, pero se me congeló la expresión en el rostro cuando atisbé la rabia que traía en la mirada. Intuí problemas y decidí no arriesgarme a dar un espectáculo público.

–Deja que pase cuando llegue –le indiqué a Silo– y acompáñalo al despacho. Os espero allí.

Poco después, Lucio entró como un vendaval en el *tablinum* y avanzó hacia mí, que me había sentado muy recta tras la mesa de mi padre.

–¡Julia! –bramó–. Creo que me debes muchas explicaciones.

Silo, alertado por aquella la actitud, se colocó a mi espalda, dispuesto a intervenir si hacía falta.

–Lucio, me alegro de verte. ¿Quieres comer algo?

–¡No! Quiero que me respondas.

Su tono no admitía réplica, por lo que guardé silencio. Le indiqué que se sentara, pero me ignoró completamente y se paseó por la estancia para tranquilizarse antes de volverse hacia mí.

–¿Cómo has podido hacerme esto, Julia?

–Tendrás que ser más específico...

El puñetazo que dio en la mesa me sobresaltó e hizo que se volcara el tintero, que derramó su preciado líquido, y este empezó a gotear sobre el suelo de mosaico. Pensé en lo mucho que tendría que frotar Spuria para que aquella mancha saliera, pero el gesto severo de Lucio volvió a llamar mi atención.

–Sé que fuiste tú quien convenció a mi madre para que mi padre me llevara al frente de guerra, y sé que no tenías ninguna intención de lograr que me dejara volver antes a Roma. ¿Te das cuenta de que, si no hubiera terminado todo así, podría haberme pasado meses allí? ¿Eres consciente de que, si las cosas hubieran sido de otro modo, podría haber acabado muerto?

Lucio escrutó mis ojos buscando alguna reacción y, aunque estuve tentada a desviarlos, le mantuve la mirada.

–Estabas en la retaguardia, no corrías peligro.

El siguiente golpe en la mesa no sólo hizo que el tintero saltara por los aires y se hiciera añicos contra el suelo, sino que también consiguió enfurecerme, pero me contuve. Sabía que, si me dejaba llevar, me arrepentiría más tarde.

–¿Esa es tu excusa? –bramó Lucio–. ¿Me envías a la guerra y me dices que no corría peligro? ¿Y si Vitelio hubiera llegado hasta nosotros?

–Estabas con el Senado, a salvo.

Tercer golpe a la mesa. Esta vez fue la lucerna apagada la que se precipitó y se estrelló contra el suelo, mezclando el aceite que contenía con la tinta derramada. Me puse en pie. No soportaba aquella

demostración de violencia y empezaba a desear hacerle comer el escritorio entero, pero mantuve la calma. Mi primo vio que con su estrategia solo estaba logrando chocarse contra un muro, así que cambió de táctica.

Comenzó a pasearse de nuevo, con los puños apretados.

–Después de todo lo que he hecho por ti, Julia, no sé cómo has podido –dijo, pero mi rostro seguía impasible–. Estuve a tu lado cuando murió tu padre, cuando todos te dieron la espalda. ¡Te ayudé, maldita sea! –escupió.

–Y yo te lo agradezco –respondí con toda la calma que pude.

–Pues si esta es tu forma de agradecerme las cosas, prefiero que te lo ahorres.

Acusé el golpe, pero no dejé entreverlo y esperé a que volviera a hablar.

–Te mantuve informada, te he apoyado, espié para ti y te avisé de lo que ocurría en Roma, ¿y así me lo pagas? Dime, ¿qué soy para ti, una herramienta a tu servicio?

Sabía que buscaba provocarme, pero no lo iba a conseguir interpretando el papel de víctima. Ambos éramos conscientes de que, por esa ayuda, yo también le di algo a cambio, pero mi primo parecía haber olvidado la protección que le brindé y gracias a la cual se libró de acabar destinado en una legión en el culo del mundo.

Noté que mi silencio le irritaba, pero no consideré apropiado romperlo. Lucio se cruzó de brazos y, por la mueca que me dedicó, supe que iba a pasar del victimismo al ataque.

–Ya veo que no respondes –dijo–, pero me queda muy claro. Al final, Décimo y tú sois iguales.

Me mordí la lengua y aguanté, estoica.

–Por eso me enviaste al frente –continuó–, para que sirviera a tus propósitos. Dime, ¿de qué te va a servir esa «valiosa información» cuando estés casada con Aureliano? Matrimonio que, espero, dure muchos años.

Intenté contenerme y no entrar en su juego, pero fui incapaz. Acababa de meter el dedo en la llaga.

–Dime tú, Lucio, ¿qué pretendías acostándote con Marcia, una mujer casada? Y, ¿cómo de bien lo hiciste para que volviera corriendo a los brazos de su marido?

Enrojeció y dio un paso hacia mí.

–No te atrevas a hablar de Marcia. Estoy seguro de que has sido tú la que ha provocado que no quiera verme.

–Ni siquiera hizo falta –dije sin pensar–, ella sola se dio cuenta de que Décimo tiene razón: su marido ha vuelto de la guerra como un héroe mientras que tú no tuviste el valor de empuñar una espada.

Vi en sus ojos que aquello lo había herido profundamente y me

arrepentí en el acto, pero mi orgullo se negó a disculparse. Lucio retrocedió como quien recibe una bofetada, con las mejillas ardiendo.

–No quiero verte nunca más, Julia. No vuelvas a pedirme ayuda ni a aparecer por mi casa.

Fue su tono de decepción lo que me indicó que iba en serio. Estuve a punto de recordarle que, sin mí, su padre le habría mandado ya a hacer el servicio militar y que su relación con Marcia, al destaparse, hubiera provocado unas consecuencias de las que arrepentirse toda la vida, si es que vivía para contarlo. En cambio, entrecerré los ojos y me crucé de brazos.

–Largo.

Nos miramos unos instantes más y salió del despacho dando un portazo que resonó en toda la casa. Fuera de la estancia, los esclavos se habían congregado en silencio y me observaban sin atreverse a entrar.

Cuando me derrumbé en la silla, temblando, Spuria se acercó a mí. Me arrepentía profundamente de haber dicho todo aquello, de no medir mis palabras, de no saber controlarme, pero ya no había marcha atrás. Escondí la cara entre las manos y me eché a llorar, sintiéndome terriblemente sola.

Spuria me abrazó como cuando era pequeña y dispersó a los esclavos, permitiéndome algo de intimidad. Lloré por mi padre, que se había ido cuando más lo necesitaba; por mi hermano, del que apenas tenía noticias; por Lucio, por estar tan ciego, pero, sobre todo, por mí misma y por lo perdida que me sentía. Cuando me quedé sin lágrimas y Spuria no sabía qué más decir, le pedí que se fuera para poder reflexionar.

Salí del despacho casi dos horas más tarde, justo en el momento en el que alguien llamaba con insistencia a la puerta.

–¡Abrid a la guardia pretoriana!

Silo me miró con preocupación y se apresuró a dejarlos pasar. Yo, con el poco ánimo que me quedaba, me esforcé por poner buena cara a los cinco hombres que invadieron el atrio. Eran tan corpulentos que tenían que entrar de uno en uno por la puerta.

–Julia Vestina, te traigo una misiva del emperador –dijo el que parecía el líder.

Tomé la carta que me tendía con cuidado. Al ver que no se movían, supuse que tendría que leerla con ellos delante, por lo que rompí el sello y repasé dos veces lo que ponía antes de volver a mirarlos.

–Muy bien –dije–, allí estaré.

Los pretorianos parecieron satisfechos, porque se fueron tan rápido como habían llegado. Inmediatamente después, mandé a Galeo a buscar a Filipo y me encerré de nuevo en el despacho.

Vitelio reclamaba mi presencia dentro de diez días en un

espectáculo. No sabía exactamente qué quería de mí, pero mi intuición me decía que traería problemas y que mi abuelo tenía algo que ver.

Con un suspiro, comencé a masajearme las sienes. Me dolía la cabeza. Mi padre solía decir que lo peor de una batalla era la espera, la incertidumbre de lo que vendría, y empezaba a entender a qué se refería.

Capítulo 17: Vitelio

5 de mayo del 69

Observé el almacén. Licinio no era buen albañil y había tenido que echar mortero por todas partes (que, por cierto, corría a mi cuenta) para poder cuadrar mejor los ladrillos.

–¿Esto es fiable? –le pregunté a Filipo, que estaba a mi lado, en cuanto el orgulloso dueño se alejó para abrir la puerta y que pudiéramos ver el interior.

El liberto titubeó.

–Con la cantidad de argamasa que ha echado, tiene que serlo.

Licinio nos hizo señas para que entráramos y siguió alabando su obra.

–Ha tenido que dejar sin ladrillos a todos los obreros de la zona. ¿Cuántas filas ha puesto? –le susurré a Filipo, aprovechando que Licinio iba a encender una antorcha que había colocado al fondo.

–No lo sé, pero bastantes.

–¿Y todo esto ha salido de mi dinero? –inquirí, alarmada.

–No le he prestado tanto –me tranquilizó–. Tengo la impresión de que la mitad se los ha robado al vecindario o ha ido a rapiñar entre los escombros.

Miré a mi alrededor con desconfianza.

–¿Crees que aguantará?

Licinio, que se aproximaba, me oyó.

–Esto está pensado para que no entre el agua, aunque el Tíber le vuelva a pasar por encima –me aseguró–. Estos muros no los tira ni Neptuno sacudiendo la tierra. Son fuertes como rocas –dijo, acompañando sus palabras con un buen golpe en la pared.

Por un momento, temí que se nos cayera todo encima, pero, por suerte, no ocurrió nada mientras regresábamos al exterior.

–Prepáralo todo. En cinco días te traeremos mercancía.

Me envolví mejor en la *palla* y miré al cielo, buscando el sol que se esforzaba en salir por el horizonte. No hacía mucho que había amanecido y los borrachos trasnochadores se mezclaban con los trabajadores que se afanaban en empezar su jornada. Filipo y yo caminamos de vuelta a mi *domus* esquivándolos a todos. Silo, que no había entrado en el almacén, nos seguía en silencio.

–¿Sabemos algo del barco que viene de Lusitania? –le pregunté. En los últimos días, habíamos tenido noticias que parecían indicar que llegaría antes de lo previsto a Ostia.

El liberto negó.

–Todo sigue igual. Se supone que estará en Portus en cuatro días. De pronto, de una de las callejas laterales salió un grupo de jóvenes que reían y daban voces después de una noche de juerga. Tanto el liberto como yo vimos a Lucio, que no hizo nada por disimular su desprecio hacia nosotros.

Filipo negó con la cabeza, apesadumbrado.

–No debería tratarte así –dijo–. ¿Quieres que hable con él?

–Se le pasará –le aseguré. Había tenido que contarle la bronca entre mi primo y yo cuando Lucio le hizo un desplante en medio de la calle. Se estaba comportando como un crío. Era evidente que el problema solo nos debería afectar a ambos, pero ahora se dedicaba a tratar a todos los de mi entorno como apestados, Marcia incluida.

–¿Sabes algo de Décimo? –le pregunté al liberto.

–No ha salido demasiado de su casa. Al parecer, ha tenido un catarro, pero se ha recuperado.

–Una pena –murmuré–. Estoy segura de que él es el responsable de que el emperador se haya acordado de mí.

–Ten cuidado, Julia –me recomendó Filipo antes de separarnos, cerca del Circo Máximo.

Pretendía que no se me notara, pero la cita que tenía esa tarde me preocupaba tanto que no había podido pegar ojo en toda la noche. En principio, una representación teatral no era algo que tuviera que temer, pero tenía una sensación extraña, como si el peligro acechara a plena luz del día y yo estuviera ciega.

En cuanto entré en casa, el olor a caballo me indicó que tenía visita. Solo necesité salir al atrio para toparme con un mensajero.

Fui hasta el despacho y leí rápidamente la carta, cuyo contenido me hizo sonreír. Justino aceptaba mi propuesta de matrimonio y, con mil vueltas de cortesía, me explicaba que en dos días estaría en Roma y que esperaba poder negociar conmigo todas las cuestiones de la boda. Me apresuré a buscar un tintero para responderle, aunque decidí ser breve. En cuanto le entregué la respuesta al mensajero, mandé a Galeo para que avisara a Filipo.

Con algo menos por lo que preocuparme, decidí practicar con Silo. La preparación siempre era la misma: nada de *palla* que limitara mis movimientos, ni tampoco ningún vestido demasiado largo. Pelo recogido, joyas guardadas y protectores de cuero en los antebrazos.

Silo se colocó frente a mí y comprobó que mi posición fuera correcta antes de pasar al ataque sin decir nada. Empezábamos muchas veces de aquel modo y ya sabía esquivarlo. Me deslicé hacia la izquierda y pronto estuvimos enzarzados en un combate en el que Silo me iba indicando los errores que cometía. Cuando, roja y acalorada, le hice una señal para acabar, estaba exhausta.

Observé al esclavo, que llevaba aquellos entrenamientos bastante mejor que yo.
–¿Así es como lucháis en la Galia? –inquirí. A veces me gustaba que me contara cosas sobre su tierra.
Silo se permitió una pequeña sonrisa.
–En el campo de batalla, la gente lleva escudos. El escudo se usa para proteger el cuerpo y para desviar los golpes, pero también para empujar o golpear con él a tu enemigo.
–¿Podría serme útil? –le pregunté.
Silo negó con la cabeza.
–Tu mejor oportunidad es esquivar a tu oponente hasta que cometa un fallo. Si paras sus golpes, acabarás agotada. Tu ventaja es la velocidad, porque no estás en igualdad de condiciones. La táctica de las legiones es distinta y por eso necesitan escudos.
–¿Has visto una legión en formación alguna vez?
–Sí –respondió cuando pensé que ya no lo haría.
Iba a seguir interrogándolo, pero Galeo asomó la cabeza por la puerta de la estancia, buscándome con la mirada.
–Filipo me ha acompañado. Está esperando en el atrio –me informó.
Asentí y me lavé rápidamente en un balde de agua caliente que había traído Spuria. Una vez presentable, fui hasta el despacho. Nada más verme llegar, se levantó y me dedicó una sonrisa espléndida.
–¡Enhorabuena! –dijo, con una alegría que parecía sincera–. Justino no podía dejar escapar una oportunidad así.
Le sonreí y le indiqué que bajara la voz.
–Los esclavos aún no saben nada –le expliqué, cuando me senté frente a él–, y prefiero ser discreta hasta que esté todo bien atado.
–Haces bien –coincidió–. Si tu abuelo se entera, intentará estropearlo. De todos modos, no solo he venido a felicitarte, sino también a advertirte.
Filipo dudó, pero al final fue directo al grano.
–He visto a Aureliano en el Aventino –admitió–. La casualidad ha querido que lleváramos la misma dirección. Iba charlando con varios comerciantes sobre el transporte de fieras. Estaba contento, Julia. Hablaba como si lo tuviera todo solucionado y les aseguró que el contrato comenzaría a principios de verano.
Me quedé pensativa y noté que el miedo me encogía el estómago.
–Urge preparar la boda con Justino. ¿Cuándo podremos celebrarla?
–En cuanto se cierre el acuerdo.
–Justino viene a Roma en dos días: en menos de una semana puede estar todo solucionado.
–O al menos habrás ganado tiempo –asintió Filipo–, por eso ten cuidado esta tarde. Si tu abuelo está detrás, significa que conoce a alguien del círculo del emperador… o que está en él.

Me mordí el labio, preocupada.

–¿Por qué una obra de teatro? No tiene sentido. Si quisiera amenazarme, sería mejor hacerlo en privado. A no ser –caí de repente– que pretenda humillarme en público.

–No creo que tu abuelo se hubiera prestado a ello. Si te expone de esa manera, se podría ver salpicado y no le conviene.

Por un momento, pensé en no asistir con alguna excusa, pero el liberto, que pareció leerme el pensamiento, negó.

–El emperador se ha tomado muchas molestias en que vayas: hay dos guardias pretorianos rondando tu puerta, intentando pasar desapercibidos.

–En ese caso, es mejor que empiece a prepararme si no quiero llegar tarde. En cuanto estuve lista salí al atrio, donde ya me esperaba Silo, que había ocultado un puñal en la bota, y nos pusimos en marcha. Allí, frente a la entrada, una magnífica litera con cuatro porteadores aguardaba a que me subiera en ella. Sin embargo, antes de montarme, eché un vistazo a mi alrededor y detecté rápidamente los dos guardias a los que se había referido Filipo.

Recorrimos Roma en un suspiro, como si el tiempo se empeñara en acelerar mi tortura.

Cuando llegamos al teatro, que ya estaba abarrotado, vi que me estaban esperando. Un hombre alto y medio calvo que llevaba una toga bien almidonada con una franja púrpura dio un paso hacia mí. Parecía un sacerdote, pero no estaba segura. A su lado, un esclavo con cara de pasarse el día oliendo excrementos se apresuró a imitarlo.

–Julia, te estaba esperando. Acompáñame.

No le pregunté cómo sabía mi nombre, pero su tono no admitía réplica, por lo que obedecí tras indicarle a Silo que no se separara de mí. Rodeamos el teatro y nos alejamos de la zona que usaba la plebe para acceder a la cávea. El hombre comprobó que no me alejara entre la gente y accedió al edificio por uno de los *aditus* laterales, por el que se llegaba a la zona más baja del teatro, reservada para los senadores y la familia imperial. Por supuesto, yo nunca había entrado por allí.

Sin embargo, el espectáculo desde cerca de la *orchestra* era magnífico. En la parte más alta, las mujeres comenzaban a llenar las gradas mientras los esclavos intentaban abrirse paso para poder acceder a los mecanismos que les permitirían desplegar el toldo. En la cávea central, los hombres pululaban como polillas, intentando quedarse con los mejores sitios, los que les permitían colocarse frente a la escena, y, si tenían suerte, echar un vistazo al nuevo emperador. Más abajo, la zona noble, donde los *equites* más ricos se paseaban mostrando sus lujosas túnicas a la vez que se saludaban unos a otros. Reconocí a varios comerciantes, pero la mayoría de las caras eran nuevas para mí. Por último, la *poedria*, separada del resto de las

gradas por un muro de mármol y, precisamente, a donde nos dirigíamos. Allí, la clase dirigente del Imperio intentaba obtener los sitios más cercanos al emperador, lo que no era fácil. Reconocí a muchos de los que se esforzaban porque no se les arrugase la toga mientras buscaban la oportunidad de intercambiar un par de frases con Vitelio, que ya había ocupado el asiento central.

Me fijé en que, algo apartado de aquella multitud, se encontraba Sabino junto con uno de sus hijos. Como pretor de la ciudad, su sitio estaba reservado muy cerca del emperador, pero no tenía demasiada prisa por ocuparlo. Al verme, noté que se le marcaba una arruga de preocupación en la frente, pero no se acercó. Se limitó a saludarme con una breve inclinación de cabeza que yo le devolví.

–Espera aquí –me indicó el sacerdote que me había guiado antes de abrirse paso entre la multitud para poder hablar con Vitelio.

Noté que Silo, detrás de mí, me tocaba el hombro, advirtiéndome de algo. En cuanto miré en su dirección, entendí a qué se refería.

–¡Julia! ¡Qué agradable sorpresa!

–Décimo… –dije devolviéndole el saludo–. Estoy segura de que sabías que se me había convocado.

Mi abuelo se colocó a mi lado y me mostró su sonrisa medio desdentada.

–Había oído rumores –admitió–. ¿Cómo está Lucio?

Entrecerré los ojos levemente. Tenía que estar bien informado para saber de nuestra discusión. Pondría la mano en el fuego a que mi tía se había ido de la lengua otra vez.

–Bien, como siempre.

Él iba a añadir algo, pero el esclavo del sacerdote volvió en ese preciso instante.

–Acompáñame –me indicó.

Me di cuenta de que Vitelio se había deshecho del grupo de aduladores que lo rodeaba y me observaba fijamente. Era un hombre rechoncho con sonrisa fácil pero mirada dura. Se notaba que estaba acostumbrado a la buena vida, tal y como se reflejaba en su papada, y que no había sufrido en el fragor de las batallas que lo habían llevado al trono. Me indicó con un gesto que me acercara y yo, con el vocerío de las gradas ensordeciéndome, me incliné ante él.

–Tú debes ser Julia –comentó–, me han hablado de ti.

No consideré oportuno decir nada, por lo que asentí.

–Me han dicho que apoyabas a Otón. ¿Es cierto?

Me esforcé por no mostrar ninguna expresión en la cara.

–Tan solo le vendía vino, como a muchos otros en Roma. Puedo seguir abasteciendo el palacio, si así lo deseáis.

Vitelio lo desestimó con un gesto, pero mantuvo su expresión severa.

–Mientes –replicó–, los administradores han encontrado un registro

que indica que le donaste a Otón cierta cantidad nada despreciable de dinero.

Noté que se me secaba la boca.

–Solo saldé una deuda que había contraído mi padre con el Estado –me inventé rápidamente.

Vitelio se puso en pie y yo me tuve que esforzar para no retroceder por puro instinto. El vocerío de las gradas había disminuido y notaba los ojos de muchos curiosos clavados en mí.

–A la tercera mentira que me digas te haré ejecutar –dijo, en un tono tan bajo que únicamente los que estábamos más cerca podíamos oírlo–, y sería una pena separar una cabeza tan bonita de su cuello. Si eso hubiera sido así, constaría en los archivos, pero, por alguna casualidad, el de tu padre parece haberse esfumado.

Vitelio buscó mi reacción, pero yo era incapaz de levantar la vista del suelo que nos separaba. Se me habían humedecido los ojos y, cuando parpadeé, una lágrima se precipitó contra el mármol, levantando diminutas partículas de polvo que solo yo pude ver. Estaba aterrorizada, pero no podía llorar, no allí ni en aquel momento.

–Sé –continuó el emperador– que tu padre fue acusado de traición y que, pese a todo, se le permitió una muerte digna. También sé que su patrimonio debería estar en las arcas del Imperio, no en tus manos, y es algo que voy a solucionar en breve.

–Mi padre no era un traidor –repliqué, alzando la mirada hacia él, algo de lo que me arrepentí de inmediato.

–Me da igual –dijo Vitelio–, me preocupa más la lealtad de los que siguen con vida.

–Juro que os soy leal, *germanicus*, y volveré a juraros fidelidad si así lo deseáis –dije, empleando el título de cortesía que él mismo se había puesto al alcanzar el trono.

Vitelio me observó y yo me mantuve inmóvil, aguantando su escrutinio. En el fondo, temblaba como una hoja.

–Ya veremos –dijo al fin–. En todo caso, espero que disfrutes del espectáculo.

El emperador dio por terminada la conversación y le hizo un gesto al sacerdote, que se acercó a mí. Me incliné de nuevo ante él, que había vuelto a sentarse, antes de seguir al hombre hasta la segunda fila de gradas, donde me señaló un asiento. Silo tuvo que retirarse a los laterales de la *orchestra* con el resto de los esclavos.

Me estremecí. Tenía las manos heladas.

La función estaba a punto de comenzar y el clamor del público disminuyó considerablemente. El sacerdote había ocupado uno de los sitios reservados a mi derecha y, siguiendo su ejemplo, mi abuelo se colocó al otro lado.

–Elegiste mal el bando, Julia –dijo Décimo inclinándose hacia mí

para que nadie pudiera oírlo–, pero el emperador es clemente.
–¿Qué quieres, Décimo?
–Ayudarte –respondió, mientras el jefe de la compañía teatral anunciaba el comienzo de la representación–. Te ofrezco mi protección frente al emperador. Estoy bien relacionado con los miembros de su círculo y puedo garantizar tu perdón.
–¿Qué quieres a cambio?
–Cásate con Aureliano antes de que Vitelio requise tus bienes, porque te puedo asegurar que no hará distinciones entre tu dote y la herencia de tu padre.
No le respondí. Centré mi atención en la escena, donde comenzaban a aparecer los actores, y oí el suspiro de Décimo antes de que se acomodara mejor en su asiento.
–Piénsatelo, aunque no tienes más opciones. La boda es inevitable, pero mi protección es opcional –me aseguró.
Lo ignoré y me esforcé por escuchar la introducción de la obra que uno de los actores narraba a voces para evadirme de aquella pesadilla que estaba viviendo. Iban a representar el rapto de Proserpina. No era una historia que me gustara especialmente, pero esperaba que no se me hiciera demasiado larga.
Los actores empezaron a salir a la escena cargados con flores y plantas mientras los músicos tocaban ante nosotros y el narrador iba presentando a los personajes. Con los gestos tan exagerados que hacían, provocando la risa del teatro, estaba claro que se trataba de una adaptación cómica. Probablemente, el griego que hubiera escrito aquel drama estaría revolviéndose en su tumba al ver lo que le habían hecho a su obra.
La trama era muy simple: Ceres y su hija, Proserpina, paseaban por un mundo en eterna primavera mientras Plutón languidecía en su reino de muertos. Este, que ya había tratado de divertirse torturando a las almas de los condenados de mil modos distintos, decidió que lo que necesitaba era una esposa y recurrió a Venus. Esta mandó a su hijo, Cupido, para que atravesara el corazón de Proserpina con una flecha envenenada de amor, pero no funcionó del todo bien y Plutón terminó raptando a la muchacha. Ceres, desesperada, llevaba un buen rato buscando a su hija hasta debajo de las piedras y protagonizando las historias más disparatadas, que hacían estallar en carcajadas al público romano, mientras, a su alrededor, se morían hasta las cucarachas por no estar atendiendo sus labores divinas.
La tercera vez que la diosa apartaba a un matrimonio en pleno éxtasis sexual para ver si su hija estaba debajo del colchón, no pude evitar perder el hilo.
El ambiente era festivo, aunque algunos senadores estaban serios, igual que yo. Tuve el presentimiento de que Vitelio también dudaba

de su lealtad y había tenido unas palabras con ellos antes de que empezara la representación.

De repente, la escena que estaban representando cambió. Ceres desapareció por uno de los pasillos laterales y salieron más de quince actores interpretando a las almas en pena del inframundo, agitándose por las condenas que estaban obligadas a padecer. En el centro, Plutón arrastraba a Proserpina hasta su reino de tinieblas. Me fijé en que, a diferencia de la mayoría de los actores, ella no llevaba máscara. Intentó desasirse de la mano que le atrapaba la muñeca, pero Plutón la golpeó y la tiró al suelo. El público rio. Yo contuve la respiración: aquel golpe me había parecido demasiado real.

Cuando la mujer se apartó el pelo de la cara, la reconocí: era Esporo, el esclavo eunuco de Nerón, que miraba a su alrededor buscando una vía de escape. Plutón se paseó por el escenario presumiendo de sus músculos ante una multitud que lo aclamaba y yo sentí que alguien me observaba. Al desviar la mirada del escenario, me topé con los ojos de Vitelio, que se había girado levemente para poder verme mejor. A un gesto suyo, el sacerdote sentado a mi derecha se inclinó hacia mí.

–El emperador desea que estés atenta: esto es lo que les ocurre a los que no le son fieles.

Me estremecí y, bajo el atento escrutinio del emperador, volví a centrarme en la escena que se desarrollaba ante mí. Plutón había arrastrado a Esporo hasta el centro del escenario y se lo mostraba al público mientras el eunuco sollozaba y suplicaba clemencia a Vitelio. Sin embargo, su voz quedaba ahogada por las risas y los abucheos de las gradas, que se multiplicaron cuando el actor arrancó la ropa del esclavo y lo dejó desnudo ante la multitud.

Cuando se dio cuenta de que el emperador no iba a mover ni un dedo por él, echó a correr.

Por supuesto, su intento de escapar duró muy poco: las almas del inframundo lo atraparon y se lo devolvieron a Plutón, que lo tiró al suelo de otro golpe. Esporo se retorció, pero lo inmovilizaron contra el mármol, con los brazos retorcidos en la espalda. Me di cuenta de que estaba temblando. Plutón se quitó la túnica y el público enloqueció. A continuación, se volvió hacia Esporo y lo violó.

El grito del esclavo se perdió entre las voces de la multitud. Eran muchos los que se habían puesto en pie para poder ver mejor lo que estaba pasando. Yo dejé de escucharlos y, aunque me hubiera gustado huir lejos de allí, el sacerdote a mi lado no se perdía ni uno de mis gestos, buscando algo que me delatara ante Vitelio. Me mantuve inexpresiva mientras veía como la sangre corría por los muslos de Esporo. En aquel momento, de mi capacidad de no mostrar ninguna reacción dependía mi supervivencia.

El espectáculo se me antojó eterno y, cuando al fin Plutón pareció

satisfecho y dejó a Esporo tirado en mitad del escenario, llorando de vergüenza y dolor, me permití mirar brevemente al sacerdote, que me sonrió. Mi abuelo, que parecía haber disfrutado de lo lindo, aproximó su cabeza a la mía.

–No creo que quieras acabar así –me dijo–, por lo que te casarás en diez días.

Observé a Esporo una vez más, que se arrastraba como podía hacia la salida del teatro.

La obra finalizó al poco, con un final diferente al que todos conocíamos, donde Ceres, furiosa con su hija, la castigaba a pasar al menos medio año con su agresor. El público aplaudió con ganas y yo sentí que se me revolvía el estómago. Me puse en pie, al igual que todos a mi alrededor, y, lentamente, me dispuse a irme.

–Ha sido una obra magnífica –le aseguré al sacerdote con todo el valor que fui capaz de reunir–. Me gustaría felicitar al emperador por ella, pero no quiero molestarle.

–Le transmitiré tus palabras –me aseguró el hombre.

Asentí y busqué la salida más cercana tras esquivar a mi abuelo. Observé un momento el batiburrillo de aduladores reunido en torno de Vitelio y me topé con la mirada seria de Sabino, pero no me detuve. Silo se colocó a mi lado y avanzamos por el *aditus* con rapidez. Noté que una náusea me subía desde el estómago y Silo, al ver que me tambaleaba, me sujetó, pero no me detuve.

Una vez fuera, vi que la muchedumbre se hacía eco de lo ocurrido entre burlas y risas. Intenté esquivarlos y marcharme cuanto antes, pero no llegué muy lejos. La siguiente náusea me hizo vomitar contra una columna todo lo que había comido aquel día. Las imágenes no se me iban de la cabeza y las arcadas me hacían doblarme por la mitad.

–Silo, sácame de aquí.

* * *

–Pronto nos tendremos que ir de esta casa –dije una vez llegamos a la *domus* y convoqué a todos los esclavos–. Vitelio ha decidido que, junto con el resto de propiedades de mi padre, pertenece al Estado. Sin embargo, no todo lo que hay aquí es suyo. Quiero que protejáis mis muebles, que recojáis mis cosas y las preparéis para transportarlas hasta la villa. Galeo, alquila un carro. Esta noche llevarás todas las mercancías que hay en el sótano al almacén de Licinio. Silo, tendrás que ayudarlo.

Los esclavos asintieron en silencio y me volví hacia Nevia.

–En cuanto tengáis preparado el primer envío, acompañarás al carro hasta Terracina. En el siguiente irás tú –dije señalando a la esclava que estaba a su lado–. Quiero que preparéis mi llegada.

Poco después, Filipo entró en el atrio acalorado y jadeando, como si

hubiera subido la colina corriendo.
–Julia, he venido en cuanto me he enterado de lo ocurrido en el teatro. ¿Estás bien?
–Vitelio lo tenía todo muy bien preparado. No podré quedarme en Roma mucho más. Ha tenido noticia del pago que le hice a Otón y ha amenazado con ejecutarme.
–¿Por eso te convocó en el teatro?
–Quería mostrarme lo que les pasa a los que no le son leales. Se encargó de dejármelo muy claro. Además, gracias a Décimo, tanto esta casa como el resto de los bienes de mi padre no tardarán en pasar a formar parte de las arcas públicas.
–¿Tu abuelo estaba allí?
–Disfrutando de lo lindo –dije, estremeciéndome.
–Supongo que querría algo...
Me encogí de hombros.
–Lo de siempre. Si me caso con Aureliano, él me ofrecerá su protección...
El liberto se movió en la silla, inquieto.
–Si puede protegerte ante el emperador, es que está muy bien relacionado.
–O miente, que eso también se le da de lujo. Sé que tiene la influencia suficiente para hacer que alguien murmurara al oído del emperador que había que echar un vistazo a los archivos, pero dudo mucho que pudiera evitar mi ejecución si así lo decidiera Vitelio.
–¿Qué vas a hacer?
–Lo primero es garantizar mi dote, así que la boda con Justino tiene que ser cuanto antes, y no solo por el tema económico... ¿Sabes qué día es hoy?
El liberto hizo un par de cálculos rápidamente y abrió mucho los ojos.
–En cuatro días son las lemurias.
–Exacto. Tengo que casarme en tres –le respondí. Las lemurias eran días nefastos en el calendario. La tradición marcaba que era entonces cuando los espíritus de los muertos rondaban a los vivos, buscando arrastrar las almas de quienes no los honraran a una eternidad vagando en el inframundo. Eran seres oscuros y avariciosos que necesitaban concentrar toda la atención, por lo que las bodas no estaban permitidas. Los templos se cerraban para que los muertos no molestaran a los dioses y las familias procuraban encerrarse en sus casas.
–¿Aceptará Justino casarse tan pronto?
–Yo me encargo de convencerlo –dije–. En cuanto se celebre la boda, me iré con él a Terracina y quedarás a cargo de los negocios en Roma.
Filipo se mostró conforme y, viendo que la conversación llegaba a su

fin, se puso en pie. Sin embargo, antes de marcharse, me observó unos instantes y dudó.

–Viniendo hacia aquí me he enterado de que Esporo se ha suicidado –comentó–. Ten mucho cuidado con Vitelio, por favor.

Asentí y lo dejé ir. Después, salí al atrio. La noche empezaba a caer, por lo que los esclavos ya habían encendido las lucernas y una miríada de llamas titilantes arrancaba reflejos anaranjados de los frescos que cubrían las paredes.

Pensé en Esporo. No quería acabar como él.

Me estremecí de frío y miré el pedazo de cielo abierto sobre mi cabeza, aunque aquella vez no me consoló. Sabía que esa noche mis sueños serían una sucesión de pesadillas. Pero lo peor de todo es que no terminarían cuando llegara el alba.

Capítulo 18: La huida

7 de mayo del 69

–¿Cómo que «el barco ha llegado a Portus»?

Filipo cambió de pierna el peso del cuerpo.

–Al parecer, los vientos le han sido propicios y el capitán decidió aprovecharlo incluso por la noche. Esta mañana solicitó que los operarios del puerto lo acercaran hasta el muelle y ya está atracado. He dado orden de que se empiece a descargar la mercancía y en breve traerán parte del cargamento a Roma.

Me paseé por el *tablinum*, pensativa.

–Espero que no sea mucho…

El liberto negó con la cabeza.

–La mayor parte de lo que lleva está destinado a los mercados de Éfeso y Bizancio. Volverá a Roma a finales de verano y pasará el invierno en Olissipo. Sin embargo… –Filipo dudó antes de seguir hablando, pero le indiqué que continuara–, el capitán me dijo que hay problemas con el timón y ha hecho que lo desmonten para repararlo.

–Supongo que será caro.

–Sí. Pero nos saldrá más caro encargarlo aquí que en Bizancio: allí tu padre tenía buenos contactos en el astillero.

–¿No será peligroso mandar un barco en esas condiciones a cruzar el Mediterráneo?

–El tiempo en esta época es bueno. Por supuesto –dijo, al notar mi preocupación–, antes de salir de Roma reforzaremos el timón, pero creo que sería mejor que se ocupen en Bizancio. Así no nos retrasaríamos en la ida y, en caso de que después se le eche el tiempo encima, podría pasar el invierno aquí en vez de volver a Lusitania.

–Y nos aseguraríamos de que, al menos, llegan a Roma las mercancías de Oriente, ¿no?

El liberto asintió.

–De acuerdo, pero vigila que no hagan una chapuza que se rompa con el primer golpe de mar. Cambiando de tema –dije, sentándome de nuevo tras la mesa–, ¿sabes algo de Justino? Ya es más de mediodía y sigo sin noticias suyas.

Filipo negó.

–He estado en Portus toda la mañana. He llegado hace menos de una hora a Roma.

–¿Tú crees que se ha echado atrás? –le pregunté, dando voz al pensamiento que llevaba todo el día rondándome la cabeza.

El liberto dudó.
–Sea como fuere, no creo que tardemos en saber de él.
–¿Has vigilado a Décimo?
–Sí, y no se ha acercado a Justino.
–Está bien, te avisaré en cuanto sepa algo.
–Estaré en el almacén de Licinio –me indicó.
Lo observé marchar y salí al atrio, donde un templado día de primavera me recibió con un débil rayo de sol. Aún no calentaba lo suficiente, pero las plantas comenzaban a salir de su letargo y muchas ya habían empezado a florecer. En otros tiempos, los esclavos se estarían afanando en limpiar el pequeño jardín del peristilo, pero, aquel año, todo era distinto. Los primeros carros cargados con mis pertenencias y con los muebles que podía rescatar ya habían salido con destino a la villa de Terracina acompañados por mis esclavos. Sillas, braseros, lucernas, ollas y gran parte de la vajilla me precedían en un viaje que no podría aplazar mucho más. Me había arriesgado mucho y no podía desafiar a Vitelio si quería seguir con vida.
Suspiré y pensé en Justino. Iba a pasar de ser la viuda del hijo de uno de los hombres que dirigía el Imperio a la mujer de un terrateniente local. Sonreí con amargura e imaginé la cara de mi tía cuando se enterase. Ella, que prefería morir a descender en la escala social, no comprendería mi decisión. Sin embargo, era mejor eso que acabar casada con Aureliano.
Decidí ponerme en marcha y ayudar a los esclavos a recoger todo lo que debíamos transportar. Encontré a Spuria organizando un arcón de madera mientras Galeo y Silo apilaban cajas, sacos y objetos en el atrio. De vez en cuando, me preguntaban si había que llevar o no algo, pero, a aquellas alturas, opté por dejar la mayoría de lo que quedaba: lo más importante ya estaba de camino a Terracina y no podía entregar la casa al Estado completamente vacía si no quería enfadar más a Vitelio.
Había intentado mantener la calma ante la falta de noticias de Justino, pero era casi media tarde y no sabía nada de él. Llevaba un buen rato intentando decidir qué rollos de pergamino rescatar de la magnífica biblioteca de mi padre cuando unos golpes en la puerta resonaron por toda la casa. Sin pensarlo, dejé desordenadamente lo que tenía en las manos y salí al encuentro de los visitantes. Sin embargo, me detuve en seco y observé al hombre alto que esperaba de pie en el atrio.
No era Justino, sino Aureliano.
Rodeado de algunos de sus matones, había entrado en mi casa por la fuerza tras reducir a Silo, que, de rodillas en el suelo y con una daga en el cuello, apretaba la mandíbula con fuerza. Aunque intentó defenderse, tal y como demostraba la herida en la ceja que le estaba

empezando a sangrar, lo habían pillado desprevenido y un hombre fornido lo inmovilizaba.

El grito de Spuria cuando la obligaron a arrodillarse a su lado me hizo reaccionar.

–¿Qué significa esto, Aureliano? –inquirí enfrentándome a él–. ¿Cómo te atreves a entrar así en mi casa?

El golpe ni siquiera lo vi venir. Aureliano me abofeteó con tanta fuerza que me hizo caer al suelo. Se me llenaron los ojos de lágrimas casi al instante e intenté retroceder, pero una mano enorme me agarró del cuello y comenzó a apretar, obligándome a mirarlo directamente a la cara.

–¿Tú te crees que soy imbécil? –me gritó antes de soltarme de nuevo contra el mármol–. ¿Pensabas que no me iba a enterar? ¡Eres una zorra! –escupió.

Tosí y tomé el aire que me había faltado durante unos instantes. Mi mente funcionaba a toda velocidad y me di cuenta de que necesitaba ganar tiempo para pensar.

–No sé a qué te refieres –dije, mientras retrocedía como podía. El vestido complicaba mis movimientos y no llegué muy lejos: la siguiente bofetada hizo que me quedara quieta sobre el suelo del atrio, con el labio partido y el sabor de la sangre en la boca.

Oí un sollozo. Mis ojos se cruzaron con los de Spuria, que observaba horrorizada lo que estaba ocurriendo. Aureliano me agarró por el pelo, obligándome a ponerme de rodillas.

–A esto –dijo lanzándome un papiro que ni siquiera necesité abrir para saber lo que era. Supuse que Aureliano no tenía que haber sido demasiado insistente con Justino para que este accediera a entregarle el documento que reflejaba nuestro acuerdo.

–¿Pensabas que no me iba a enterar? –repitió enfurecido–. ¿Creías que ese bocazas no iba a presumir de que se iba a casar contigo? ¿Sabes el valor de esto? –dijo tras recogerlo.

Me mantuve en silencio y observé a Aureliano acercar el rollo a una lucerna encendida. Pronto, el fuego devoró mi única esperanza de poder librarme de él. Vi cómo se reducía a cenizas sobre el mármol, dejando una mancha que nunca terminaría de irse del todo, antes de que se agachara a mi lado, más calmado.

–¿Sabes lo que hizo Justino cuando le expliqué la situación? –dijo en voz baja, muy cerca de mi oído–. Nada. Ni siquiera tuve que amenazarlo. Me entregó el acuerdo por voluntad propia. Eso es lo que le importas. Eres mía, Julia, y haré que te entre en la cabeza, aunque sea a golpes.

Lo miré sin verlo. De pronto, gracias a sus palabras, algo conectó en mi mente y observé a sus hombres. Reconocí a uno de ellos y sentí que se me revolvía el estómago.

–Fuiste tú –murmuré, comprendiendo–. Tú hiciste que me atacaran en otoño.

–Roma es un lugar peligroso para una mujer sola. Tenía la esperanza de que aquello te hiciera entrar en razón y comprendieras que necesitas mi protección, pero preferiste desdeñarme, rechazar mi generosa escolta y contratar a ese informante metomentodo.

–Lo mataste –susurré, dándome cuenta por primera vez de lo peligroso que podía llegar a ser Aureliano.

–Llegó demasiado lejos. Tu primo era el siguiente, pero tuviste la sensatez de dejarlo estar.

–Décimo no sabe nada de esto, ¿verdad? –susurré, comprendiendo las implicaciones de sus palabras–. Es un miserable, pero no permitiría que mataran a sus nietos...

Pude ver la cólera en la expresión de Aureliano y me preparé para recibir otro golpe, aunque lo único que hizo fue agarrarme del pelo y asegurarse de que le miraba.

–Escúchame bien, Julia. Sé que la suerte de tu abuelo no te importa lo más mínimo, pero voy a ser muy claro. Te vas a casar conmigo. Si le dices algo, será el siguiente en morir, y después irá tu primo. Si alguien se entera de esto, me encargaré de que paguen las consecuencias y será todo culpa tuya, ¿lo entiendes?

Me temblaron los labios. Sabía de sobra que lo más sensato era plegarme a sus deseos, pero notaba el impulso frío de la ira recorrerme el cuerpo. Sin apenas pensar, le escupí a la cara haciendo gala de todo el desprecio que pude.

El siguiente golpe me dejó aturdida. Me comenzaron a pitar los oídos y pude sentir la sangre recorriéndome la mejilla desde el corte que su anillo me había abierto en el pómulo. Sabía que estaba gritándome, pero no era capaz de entenderle. Cerré los ojos.

Pasaron unos instantes que se me hicieron eternos, pero pronto noté que Aureliano me agarraba y me obligaba a ponerme en pie entre maldiciones.

–¡Eres mía, Julia! –bramó–. Puedo hacer contigo lo que quiera.

Me zarandeó y estuve a punto de caer de nuevo, aunque conseguí mantener el equilibrio en el último momento. Sus ojos buscaban algo en mi expresión, una rendición que no encontró y que le hizo enfurecerse aún más.

–Está claro que vas a tener que aprenderlo por las malas –masculló.

Me agarró de la muñeca y empezó a arrastrarme hacia una de las habitaciones. Consciente de lo que se proponía, intenté soltarme. Le clavé las uñas, desesperada, y lo único que conseguí fue otra bofetada. Busqué ayuda a mi alrededor, pero solo me topé con la mirada llena de lágrimas de Spuria y con la impotencia de Silo, que apretaba con fuerza los puños. Aureliano me empujó dentro de la habitación y yo

intenté alcanzar la puerta, pero la cerró antes de que pudiera escapar. Después, me tiró a la cama de un solo golpe.

–Será más rápido si no te resistes –me aseguró, tan cerca que podía oler el aceite que usaba en las termas. Me dieron ganas de vomitar.

Parpadeé y desvié la mirada, intentando contener las lágrimas por lo que sabía que iba a ocurrir. Sin embargo, justo en aquel momento, mi mano izquierda, que colgaba del borde de la cama, rozó con los dedos la áspera superficie de cerámica del orinal. Reprimí el impulso de asirlo y recordé lo que me había enseñado Silo.

Permanecí vencida mientras Aureliano se apresuraba a desabrocharse el cinturón. Su mirada me recorría con lascivia y no tardó demasiado en abalanzarse sobre mí para rasgarme el vestido.

Justo cuando sus manos lograron abrir las fíbulas que lo aseguraban y acercó su cara a la mía, reaccioné. Agarré el orinal y le golpeé con todas mis fuerzas en la cabeza. La pieza de cerámica estalló en mil pedazos, cortantes como cuchillos, que se esparcieron en todas direcciones. Por un momento, temí que no le hubiera afectado, pero Aureliano puso los ojos en blanco y se desplomó sobre mí, inconsciente.

Su peso me dejó sin aliento, por lo que me retorcí y lo envié al suelo de un empujón. Gemí de dolor cuando me di cuenta de que los trozos de cerámica me habían hecho un corte en la mano. Justo al otro lado de la puerta cerrada, me pareció oír que alguien se reía. Me estremecí. Aureliano estaba inconsciente o, quizá, muerto a los pies de mi cama y cuatro de sus hombres se paseaban por mi casa como si fuera la suya, pero mis esclavos no podían hacer nada.

Necesitaba un arma.

Me lancé rápidamente sobre el joyero, donde tenía escondida la daga que había mandado hacer. La desenfundé con un gruñido de rabia y dolor. La mano izquierda no paraba de sangrar y notaba un dolor punzante cada vez que la movía.

La risa externa se repitió, esta vez acompañada de un comentario soez. Por lo que podía escuchar, uno de los hombres estaba colocado junto a la puerta y hablaba con el que retenía a los esclavos. Los otros dos no podía situarlos, pero pronto la conversación burlona de los primeros me indicó que habían ido a saquearme la despensa en busca de vino.

Miré a Aureliano. Si despertaba perdería la poca ventaja que había conseguido. Tenía que ser rápida. Apreté con fuerza la daga, con el corazón retumbándome en el pecho, y abrí la puerta de golpe. El hombre que la guardaba no se lo esperaba. Por eso, no le dio tiempo a reaccionar antes de que mi puñal se le hundiera dos veces en la espalda, justo en el lugar donde acababan sus costillas. Cayó al suelo enseguida, entre convulsiones y gritos de dolor, manchando de rojo el

mármol blanco.

Su compañero soltó a Silo e hizo el amago de lanzarse a por mí, pero mi esclavo no desaprovechó la oportunidad. Aún de rodillas, lo agarró del tobillo y lo hizo caer cuan largo era. Después, de solo un movimiento, le partió el cuello. Se hizo con el puñal del hombre y corrió hacia la entrada de la cocina, donde se ocultó entre las sombras que le proporcionaba la puerta. Me indicó con un gesto que no me moviera de donde estaba, pero, aunque hubiera querido, habría sido incapaz: no podía apartar la vista del hombre que agonizaba a mis pies, inmóvil.

En aquel momento, los dos hombres que faltaban salieron de la cocina cargados con un ánfora llena de vino. Comprendí el plan de Silo cuando ambos dejaron caer su preciada carga al verme y desenfundaron sus armas. Centrados en mí, no detectaron al esclavo, que degolló rápidamente al primero. El otro, al darse cuenta de que yo no era el peligro, intentó hacerle frente, pero el galo no tuvo ningún problema en deshacerse de él.

Cuando el hombre se desplomó sobre el suelo, muerto, la casa quedó envuelta en un silencio espeso.

Silo, que sabía que aquello podía no haber acabado, corrió con cuidado de no resbalar en el vino derramado y se asomó a la habitación. Spuria, que aún tenía la cara empapada en lágrimas, se acercó a mí y comprobó que mis heridas no fueran graves antes de abrazarme murmurando una retahíla que no comprendí.

–Está vivo –dijo Silo señalando a Aureliano–. ¿Acabo con él?

Iba a responder cuando unos golpes en la puerta rompieron el silencio. Miré al esclavo, que apretó el puñal, alerta.

–¡Julia! ¡Abre, soy Filipo! –se oyó.

—Si viene solo, déjalo pasar –le ordené a Silo tras retomar el control de la situación.

Observé marchar al esclavo y respiré profundamente un par de veces para tranquilizarme. Sabía que tenía que pensar rápido. Spuria me examinó con cuidado la mano izquierda y salió corriendo a buscar unas vendas. En ese momento, Filipo entró en la *domus* acompañado de Silo.

–¡Por todos los dioses! –exclamó, observando los cuerpos inertes dispersos por el atrio.

Después, cuando sus ojos se toparon con los míos, palideció. Sabía que mi aspecto en aquel momento era un desastre: el vestido roto colgaba lacio de mi cuerpo, manchado y desgarrado; la sangre me teñía las manos y aún sostenía el puñal que había arrebatado la vida al hombre que yacía a mis pies. Filipo avanzó hasta mí ignorando los cadáveres.

–¡Dioses del inframundo! ¿Qué ha ocurrido, Julia? ¿Estás bien?

Comprobó con una rápida mirada que mis heridas fueran superficiales.

Fui incapaz de responder, por lo que el liberto sacó sus propias conclusiones.

–Son hombres de Aureliano… –murmuró.

Ante la pregunta silenciosa de su mirada, señalé la habitación con un pequeño gesto.

–Está ahí. Intentó violarme.

Filipo se asomó a la puerta y se llevó las manos a la cabeza.

–¿Está vivo? Mejor –dijo, ante mi mudo asentimiento, recuperando el aplomo–. Estás metida en un buen lío y él es el menor de tus problemas, créeme. Tenemos que actuar rápido.

Noté la gravedad de sus palabras y le indiqué que entrara en el despacho para poder hablar algo más lejos de aquella carnicería tras indicarle a Silo que atara y amordazara a Aureliano. Filipo ni siquiera esperó a que me sentara.

–Vitelio va a tomar represalias contra los más cercanos a Otón esta noche. Alguien le ha pasado una lista con los nombres de los que estuvieron en sus reuniones, y el tuyo figura entre ellos.

Sentí que se me revolvía el estómago.

–¿Quién ha hecho esa lista?

–No lo sé. Era cuestión de tiempo que el emperador fuera acabando con los partidarios de Otón, pero esto ha precipitado las cosas. No va a dudar en hacer una limpieza de todo el que tuviera cualquier tipo de relación con él.

–No puede acabar con medio Senado.

–Pero sí con cuantos no tuvieran la obligación política de rondar a Otón.

–¿Cómo te has enterado de eso?

Filipo titubeó.

–Livia me ha hecho llegar una nota –admitió, bajando la voz–. Si no te ha advertido a ti directamente es porque, si Vitelio se enterara, pondría a su esposo en una situación muy mala.

Empecé a sentirme superada por los acontecimientos. Tenía un nudo en el pecho que me oprimía y me impedía respirar, como si quisiera ahogarme antes de que otros tuvieran la oportunidad de hacerlo. Por un momento, recordé la muerte de mi padre y algo en mi interior se rebeló: yo no me iba a quitar la vida como él; al menos, no todavía.

–Bien –dije, tomando aire y mirando a Filipo–. ¿Cuál es el plan?

Al liberto le brillaron los ojos, como si hubiera estado esperando aquello.

–Tienes que irte de Roma cuanto antes. Las puertas de la ciudad están vigiladas, pero, según se te está hinchando la cara, no creo que te puedan reconocer. Aun así, tendrás que salir disfrazada y solo podrá

acompañarte Silo.
–No llegaré muy lejos si Vitelio descubre que he escapado.
–Así es… si escapas por tierra. Pero tenemos un barco en Portus –me recordó–. Si sales ahora, llegarás antes de que anochezca y podrás partir con la última marea alta. Cuando el emperador se dé cuenta, estarás lejos de la costa.
Reflexioné un momento y asentí.
–Hay que avisar a la tripulación.
–De eso me encargo yo –dijo el liberto–. Mientras tú sales de Roma por la vía portuensis, yo lo haré por el río, en una barcaza.
–¿No vienes con nosotros?
–No. Los guardias me conocen, te pondría en peligro. Si voy por el río, llegaré antes a Portus para organizarlo todo, y, si me detienen, todavía tendrás la oportunidad de escapar.
–¿Estás seguro de que llegaremos antes del anochecer?
–Sí, uno de mis hijos os esperará a unas dos millas de la ciudad con una montura.
–No hay tiempo que perder entonces. ¿Te encargarás de Aureliano?
–Olvídate de él: si lo encuentra la guardia pretoriana esta noche aquí, tendrá problemas…, y me aseguraré de que así sea. Voy a prepararlo todo. No le limpies la cara ni la peines –le indicó a Spuria, que iba a curarme la mano–. Necesitamos que esté irreconocible.
Una actividad frenética invadió la casa a partir de ese momento. Una vez logramos hacer volver en sí a Galeo, al que habían dejado inconsciente de un golpe, Filipo tomó las riendas de los esclavos. Spuria se encargó de encontrar una túnica vieja y remendada que me ajustó con un cinturón de cuero gastado antes de mancharme los brazos y envolverme las manos con trozos de tela para ocultar su buen estado.
El liberto le dio el visto bueno mientras me entregaba un pequeño petate que había hecho con alguno de mis vestidos más sencillos y donde oculté la daga que Silo había limpiado a conciencia. También cogí el anillo de mi padre, con su sello, que debió ser destruido a su muerte, pero que había estado postergando desde entonces.
–Será mejor que nos pongamos en marcha ya –me dijo–. Galeo y Spuria partirán hacia la villa con las joyas y lo más valioso que puedan llevar.
Asentí y me volví hacia la esclava.
–Antes de irte, quema mi vestido de boda. Cuando lleguéis, quiero que des la orden de que no se deje entrar a Justino, a su ganado o a sus esclavos en mis tierras. Si lo hace, tras un aviso soltáis a los perros, ¿entendido?
Spuria asintió en silencio y miré a Filipo.
–Rompe todos los acuerdos con él. No quiero tratos con traidores.

* * *

Silo y yo recorrimos la Subura sin llamar demasiado la atención. Al fin y al cabo, nadie se fija en aquellos a los que Fortuna da la espalda, como si su desgracia fuera contagiosa. Y yo, cubierta de sangre y suciedad, huyendo de una ciudad que buscaba mi muerte, tenía un puesto privilegiado entre ellos.

Caminamos rápido, esquivando a la gente con la que nos cruzábamos. Silo me había atado las manos y yo representaba el papel de una esclava huida a la que iban a devolver a su dueño. Cruzamos con premura el Tíber y el Trastévere atentos a los innumerables peligros que podían acecharnos en aquel barrio de *insulae* ruinosas, chabolas y miseria. Tal y como había predicho Filipo, la cola de gente que esperaba ante la salida de la ciudad nos indicó que los guardias estaban haciendo un registro muy minucioso. Por un momento, temí que me reconocieran.

Nuestro turno llegó casi enseguida. Los guardias se acercaron a Silo y escucharon con atención la historia que les contó. Uno de ellos se aproximó a mí, pero no aparté la vista del suelo ni cuando intentó ver mejor mi cara, manchada de sangre y aún hinchada por los golpes de Aureliano. Observé de reojo que hacía un gesto negativo y, apenas dos segundos más tarde, nos dejaron flanquear la puerta portuensis.

El alivio me inundó, pero no me permití dar ninguna muestra externa de ello. Silo y yo continuamos andando y pronto nos encontramos en la calzada que unía Roma con el mar, rodeada por cientos de tumbas de aquellos a los que la ciudad ya había consumido.

Una vez lejos de la vista de los guardias, no pude evitar girarme y echar un último vistazo a la silueta de las murallas. Siempre había considerado Roma mi hogar y nunca me había alejado de ella más que para veranear en la villa que ahora me pertenecía, pero, en aquel momento, estaba a punto de comenzar un viaje que no sabía dónde me iba a llevar y del que quizá no regresaría jamás.

–Tenemos que irnos –me recordó Silo, devolviéndome de nuevo a la realidad y evitando que me sumiera en unos recuerdos que solo entorpecerían mi capacidad de decisión.

Me desató y avanzamos a buen paso por la calzada, hasta que un silbido nos hizo detenernos. Tal y como había dicho Filipo, de entre unos matorrales salió su hijo mayor, que arrastraba tras de sí una mula lo suficientemente fuerte como para llevarnos a ambos.

Me subí al animal con la ayuda de Silo, que tomó las riendas, y nos pusimos en marcha.

El trote me ayudó a pensar en todo lo que había pasado y, por primera vez desde que Aureliano había entrado a la fuerza en mi casa, permití que una lágrima solitaria me recorriera la mejilla. Aún me dolía allí donde me había pegado, aunque sabía que aquello curaría

rápido. Lo que llevaría más tiempo sería deshacerme del miedo que me atenazaba el pecho desde el primer golpe.

Perdida en mis pensamientos, llegamos a Portus justo antes del anochecer. Silo se orientó bastante bien y alcanzamos el puerto sin problemas. Nos mantuvimos alejados de los barcos hasta que reconocí el que me pertenecía. Filipo estaba organizando a los marineros con órdenes rápidas y precisas.

–Gracias a todas las almas del inframundo, habéis llegado bien. El capitán ya está avisado y, aunque se queja más que habla, no tendrás problemas con él. No han podido descargar toda la mercancía, y mucho menos subir la que espera en el almacén, pero he dado la orden de que la vendan en Bizancio cuando lleguen, si te parece bien.

–De acuerdo. ¿Y la que se queda aquí?

–Me encargaré de que tenga hueco en otros barcos –me aseguró–. Es mejor que subas ya. Está casi todo preparado para partir y hay que aprovechar la marea alta.

Sin perder un instante, lo seguí a la cubierta. Allí, el capitán, un tipo alto de piel morena y pelo rizado, indicaba qué hacer a diestro y siniestro. Filipo lo ignoró y me guio hasta el único camarote individual del barco.

–Normalmente lo ocupa el capitán, Rutiliano –me explicó–, pero ha entendido que tendrá que cedértelo.

Observé la estancia, cerrada, opresiva y muy simple, con un catre, una silla, una mesa y un arcón como único mobiliario.

–Servirá.

Filipo me puso las manos sobre los hombros.

–Ten mucho cuidado, Julia. El mundo es peligroso y vivimos tiempos violentos.

–No te preocupes por mí –le pedí–, y evita arriesgarte demasiado.

Aunque titubeó, el liberto se permitió darme un abrazo en una muestra de aprecio que no me esperaba.

–Es mejor que me vaya ya. En breve zarparéis y yo todavía tengo que volver a Roma. Adiós, Julia, que los dioses te guarden y guíen tus pasos.

Lo vi marcharse con su andar característico. Aunque nunca se lo diría, aquel era uno de los detalles que había adoptado de mi padre después de servirle durante tantos años. Cada vez que le observaba, me parecía que Publio, en lugar de morir, se había repartido en cada uno de nosotros.

Tomé asiento sobre la cama, consciente por primera vez de lo cansada que estaba. Ordené a Silo que me trajera una palangana con algo de agua y el esclavo se apresuró a obedecer dejándome sola en el minúsculo camarote.

Cerré los ojos. Si no me doliera tanto el cuerpo, hubiera asegurado

que estaba atrapada dentro de una pesadilla de la que no podía salir, pero las heridas eran demasiado reales. Al moverme un poco, topé con un pequeño objeto que alguien había depositado sobre la almohada. Lo agarré y sonreí con tristeza. Filipo había cogido una de las representaciones de los lares de mi casa, la que mandé hacer cuando murió mi padre, y me la había dejado allí para que me protegiera. Suspiré y la coloqué sobre el arcón, donde una lucerna medio gastada intentaba iluminar la estancia sin demasiado éxito.

Cuando Silo volvió, me encontró con la mirada perdida en la llama.

–Gracias –dije volviéndome hacia él–. Sigo viva gracias a ti.

Él aceptó mi gratitud en silencio.

En aquel momento, el barco se puso en marcha con una sacudida y, empujado por las barcazas de los operarios, comenzamos a dirigirnos a la bocana del puerto.

Poco a poco, mientras el navío navegaba hacia mar abierto, Silo me limpió las heridas y la suciedad que se me había pegado a la piel. Con su ayuda, me quité los harapos que llevaba y me puse uno de los vestidos que había traído, uno que únicamente usaba en verano cuando estaba segura de que no tendríamos visita. Me recogí el pelo y, con un suspiro, juzgué que estaba lo suficientemente presentable como para salir a cubierta.

Allí, los marineros se afanaban en controlar la enorme vela que colgaba del mástil central para aprovechar la fuerza del viento, que esa noche no soplaba demasiado. Ya habíamos dejado atrás Portus y las barcazas, que no podían salir a mar abierto, volvían a tierra. Busqué al capitán con la mirada y lo encontré en la proa, observando las estrellas y calculando que la distancia que nos separaba de la costa fuera la suficiente antes de dar la orden para girar el timón y poner rumbo al sur, siguiendo la ruta que tenía marcada. A nuestra espalda, el faro de Portus era como una estrella e iluminaba el mar hasta donde alcanzaba la vista, pero, en cuanto estuviéramos fuera de su radio, nuestra única luz provendría de la luna.

–Navegar de noche es peligroso –dijo el capitán, sin apartar la vista de la línea de costa.

–Lo sé, pero hoy es necesario. Filipo me dijo que no es la primera vez que lo haces.

–Cierto, pero jamás en estas condiciones. Pronto será luna nueva y estas aguas son traicioneras si no puedes ver por dónde vas. Además, la tripulación lleva dos días sin dormir y hoy esperaban pasar la noche en tierra –masculló–. Están cansados.

–Os compensaré.

–Lo sé, por eso han aceptado –dijo, dando la señal para girar el timón.

El barco viró lentamente hasta colocarse en paralelo a la costa. El

viento se hizo más fuerte y sacudió la vela, que comenzó a hincharse haciendo crujir las maromas.

–Pararemos en Cumas. Si tenemos suerte, estaremos allí pasado mañana al amanecer. Los hombres necesitan descansar.

–Eso está demasiado cerca de Roma, no podemos perder un día así. ¿Cuánto se tarda en llegar a Sicilia?

El hombre me escrutó, sin saber si estaba bromeando.

–Algo más de tres días, pero es un mal lugar siquiera para acercarse.

–¿Podrán aguantar tus hombres?

Él intentó protestar, pero no le di la oportunidad.

–¿Pueden o no? –le repetí con el tono más duro que fui capaz.

El capitán pareció contenerse y debió recordar que era yo quien le pagaba. Resopló y maldijo en voz baja.

–Sí, pero pedirán algo a cambio.

–Eso no es problema –le aseguré.

De mala gana, le indicó al timonel que cambiara ligeramente el rumbo.

–¿Y después? –inquirió en cuanto se hubo asegurado de que íbamos en buena dirección.

–A Cesarea Marítima.

El hombre volvió a resoplar y a maldecir en todos los idiomas que conocía.

–¿A Judea? ¡Están en guerra! –exclamó.

–Solo tendrás que dejarme allí. Podrás partir ese mismo día.

Lo observé jurar y quejarse, pero fui inflexible. Dándose cuenta de que no podría hacerme cambiar de opinión, y todavía renegando, fue a reunirse con sus hombres para explicarles las nuevas órdenes. Un coro de protestas acompañó sus palabras, pero los marineros confiaban en su capitán y no tardaron en ceder.

Silo, que hasta entonces se había mantenido en un discreto segundo plano, se acercó a la borda desde la que yo miraba la insoldable negrura del mar. Percibí que quería decir algo, pero finalmente guardó silencio.

–¿Te he hablado alguna vez de mi hermano? –le pregunté.

Él negó con la cabeza y yo me permití una pequeña sonrisa.

–Bien, pues tendré que hacerlo, porque en un par de semanas vas a conocer a Manio Julio Vero.

Capítulo 19: La ira de Poseidón

21 de mayo del 69

Llevábamos dieciséis días de viaje en los que no había puesto un pie en tierra. Hasta entonces, los vientos nos fueron propicios, lo que nos permitió recuperar el tiempo perdido en Sicilia, donde los marineros se negaron a partir a la mañana siguiente. Así pues, tuvimos que pasar dos días atracados en el puerto. Yo, que pasé todo el trayecto asomada por la borda, vomitando y terriblemente mareada, agradecí también el remanso tranquilo que supuso la pequeña ciudad de Mesana. Su faro me permitió leer en la cubierta del barco unos rollos en griego que le había encargado comprar a Silo. A veces, cuando el mar estaba calmado, se los traducía al esclavo, que escuchaba con atención.

–¿Nunca has pensado en escapar?

Silo se quedó mirándome, supongo que valorando hasta qué punto era prudente responder.

–Sí –respondió al fin, con un brillo intenso en los ojos, una especie de desafío con el que parecía decirle al mundo que había nacido libre.

–¿Por qué no lo hiciste?

El esclavo se giró hacia el mar y buscó la línea del horizonte con la mirada.

–Hubiera sido fácil –admitió al fin–, pero no tengo dónde ir y la alternativa que me ofreciste era mejor. En unos años podré comprar mi libertad. Escapar hubiese llevado a que pusieras precio a mi cabeza, a pasarme el resto de la vida huyendo.

Me quedé en silencio, pensando en sus palabras mientras la brisa salada del Mediterráneo se me enredaba en el pelo. Estábamos en la cubierta, donde los marineros habían desplegado una tela que nos permitía protegernos del sol mientras veíamos sus idas y venidas. A veces hablaban con nosotros, pero generalmente se entretenían jugando a los dados entre ellos.

De pronto, uno de los marineros más ancianos asomó la cabeza bajo la lona y me mostró su boca desdentada. Aunque no sabían quién era, Rutiliano se había asegurado de que me dejaran tranquila.

–El capitán quiere verte. Está en la proa.

Asentí. Me levanté, intentando acostumbrarme al vaivén constante del barco sobre las olas, y fui al lugar que me había indicado, donde Rutiliano estaba dando órdenes a dos marineros muy jóvenes.

–¿Qué ocurre? –dije cuando se fueron, agarrándome a la barandilla.

El lusitano señaló un punto en el horizonte, cerca de donde el sol se

pondría en breve.

–Mira allí.

Entorné los ojos, pero no entendía a qué se refería.

–Se acerca una tormenta.

En efecto, una nube negra inmensa comenzaba a asomar por el horizonte, camuflándose con las tinieblas que precedían a la noche.

–¿Tenemos que preocuparnos? –le pregunté–. Está lejos.

–Nos alcanzará, y será mejor que estemos preparados. No tenemos cerca ningún puerto lo suficientemente grande como para resguardarnos.

–¿A cuánto estamos de Cesarea?

El hombre levantó la mirada al cielo, donde empezaban a aparecer las primeras estrellas, e hizo un rápido cálculo antes de volverse hacia mí.

–A poco más de un día. Hace casi dos que dejamos atrás las costas de Chipre, pero el viento no ha ayudado y nos hemos desviado varias millas hacia el oeste.

–¿Cuál sería la ciudad más cercana?

Rutiliano negó con la cabeza.

–No llegaremos a tiempo –insistió–. Esta no es mi ruta. Desconozco el litoral y si hay alguna bahía en la que podamos refugiarnos.

–¿El barco soportará una tormenta en alta mar?

El gesto de preocupación del capitán se hizo más profundo.

–Vamos a media carga, por lo que puede que la nave se mueva más de lo normal. Preferiría que te quedaras en el camarote hasta que pase la tormenta.

Por su expresión supe que no me lo estaba sugiriendo. Le hice un gesto a Silo y nos pusimos a cubierto en la diminuta estancia que me servía de habitación. El esclavo dormía fuera, justo delante de la puerta, sobre una estera que uno de los marineros había tenido la amabilidad de proporcionarle.

Intenté distraerme y continué leyendo al galo los rollos que había comprado en Sicilia hasta que el mar comenzó a picarse tanto que tuve que dejarlo para evitar marearme. Silo, que parecía pensativo, se asomó a la cubierta del barco y volvió enseguida.

–Aún no nos ha alcanzado la tormenta –dijo al apreciar mi palidez.

Intentando ignorar el vaivén del navío, me acerqué a la puerta lo suficiente para que me diera el aire, pero sin traspasar el umbral. Observé aquella masa negra en la que se convertía el Mediterráneo tras el crepúsculo y no pude evitar estremecerme. Jamás se lo había dicho a nadie, pero el mar, de noche, me aterrorizaba. Intentaba evitar pensar que lo único que me protegía de aquella inmensidad de agua eran los tablones de madera que formaban el casco de la nave. Respiré hondo un par de veces, reprimiendo mis ganas de vomitar, y

el viento salobre me ayudó a reducir la sensación de mareo.
–¿Alguna vez habías viajado en barco? –pregunté a Silo, que me observaba a cierta distancia con una palangana en las manos.
Al no obtener respuesta, me giré hacia él y pude ver la sombra que nublaba sus ojos.
–En mar abierto solo una –admitió.
–¿En un barco como este?
El esclavo dejó la mirada perdida en la oscuridad de la noche.
–Peor –respondió con un temblor muy leve en la voz.
Me estremecí y me volví hacia el mar, cada vez más revuelto. Noté que una arcada me subía desde el estómago y Silo se apresuró a colocar la palangana cerca, por si acaso. Aquel vaivén constante empezaba a ser insoportable.
–¿Cómo lo haces para no marearte?
–Terminas acostumbrándote –me aseguró.
La siguiente arcada me hizo inclinarme hacia delante.
–Si llego a saber que esto sería así, hubiera ido de Roma a Cesarea a pie –mascullé.
Silo no dijo nada, pero me pareció detectar la sombra de una sonrisa en su expresión. No obstante, se borró de inmediato cuando, en medio del mar, un rayo iluminó la noche. La tormenta se acercaba.
Me pregunté por un momento qué había enfurecido a Júpiter y a Neptuno a la vez, pero el bandazo que dio el barco me hizo centrarme en el presente. Tambaleándome, volví a sentarme en el catre y, con la figurilla del larario que me había dado Filipo entre las manos, comencé a rezar. Sin embargo, no me dirigí al portador del rayo y al señor de las aguas. Bastante tenían ya con su disputa como para atender los ruegos de una simple mortal. No. Rogué a Mercurio, dios de los comerciantes y de los viajes, y también a su madre, la Bonna Dea, para que nos protegieran. Después, mientras el viento soplaba con fuerza y el mar comenzaba a hacer crujir la madera del casco de la nave, supliqué a los espíritus de mis antepasados que evitaran que los seres de la noche que habitaban las profundidades nos reclamaran.
Pronto, las olas comenzaron a barrer la cubierta y el agua empezó a colarse por debajo de la puerta, que se abrió de golpe cuando un marinero, empapado, la hizo ceder sin esfuerzo.
–Necesitamos más manos –me dijo con la disculpa pintada en la cara y señalando a Silo.
Asentí y dejé que mi esclavo saliera a ayudarlos, con la mirada fija en el abismo negro coronado de espuma que podía entrever tras el hombre.
Todavía faltaba mucho para que la noche acabara y, en el cielo, un remolino de nubes negras desgajadas por los rayos impactaban en el mar como alfileres dorados.

Me refugié en el camarote y, con la figurilla entre las manos, comencé de nuevo a rogar a los dioses.

El barco daba tumbos y la madera se quejaba con cada movimiento de las olas. Abajo, en la bodega, oí el ruido de varias ánforas haciéndose añicos cuando el mar embistió de nuevo la nave. Intenté alcanzar la puerta, pero esta se abrió antes de que llegara a ella y una oleada me empapó. Resbalé y caí al suelo. Fui incapaz de levantarme antes de que el propio movimiento del barco me impulsara hacia el umbral, tras el cual solo se veía el oscuro infierno marino.

Me levanté, anticipando los movimientos del mar, y asomé la cabeza al exterior. Cada vez que el barco sorteaba una ola, parecía que el mar se lo iba a tragar. La lluvia torrencial barría la cubierta y los marineros, a pesar de estar acostumbrados, trataban de no soltarse de las cuerdas y barandas. El capitán les gritaba órdenes desde su puesto, donde intentaba controlar el timón, aunque con aquel temporal era casi imposible mantenerlo en su sitio.

Me di cuenta de que el capitán era plenamente consciente y estaba jugando con las velas en un intento de capear la tormenta. Los marineros, agarrados a las cuerdas, las manejaban según lo necesitara el barco, lo que arrancaba terribles crujidos al mástil, que resistía estoico.

Busqué en el cielo algún signo del amanecer, pero parecía como si la noche se resistiera a dejar pasar la luz del nuevo día, como si los dioses lo estuvieran retrasando a propósito.

El capitán seguía dando órdenes, cada vez con más urgencia. Miré a mi alrededor, buscando el peligro, y fue cuando lo vi. Delante de nosotros, aún lejana, pero aproximándose con rapidez, había una mancha que no bailaba, que no se movía al ritmo frenético del mar. Lo entendí enseguida: las corrientes nos estaban arrastrando hacia la costa.

Un rayo iluminó de nuevo la noche. El trueno que lo siguió hizo temblar la estructura del barco, que se quejó lastimosamente, pero aguantó. Al fin, los esfuerzos de la tripulación comenzaron a dar sus frutos y la nave quedó paralela al litoral.

Me asomé para ver algo mejor lo que ocurría en cubierta, pero, en ese momento, una sacudida que no esperaba me hizo resbalar y caer al suelo. El agua me cegó y el barco se inclinó, amenazando con tirarme por la borda. Sin embargo, logré aferrarme a una de las cuerdas en el último momento. Silo, que me había visto, llegó corriendo hacia mí con una habilidad envidiable y me atrapó a tiempo.

–¡Vuelve dentro, Julia! –me gritó sobre el estruendo del mar.

Asentí e intenté caminar de nuevo hacia la cabina, pero la siguiente ola volvió a hacerme caer. El esclavo me ayudó a incorporarme y

comenzó a tirar de mí hacia el camarote.

Miré a los marineros y tuve el súbito presentimiento de que algo iba terriblemente mal. Me incorporé lo suficiente para echar un vistazo por encima de la borda y me quedé helada. El mar nos había vuelto a empujar hacia la costa, que se erguía amenazante cada vez más cerca.

De pronto, un enorme crujido se elevó por encima del ruido de la tormenta y el capitán rodó por el suelo. Solo me hizo falta echar un vistazo para saber que la pala del timón que debíamos reparar en Bizancio acababa de partirse por la mitad. Rutiliano, que había logrado incorporarse de nuevo, volvió a gritar órdenes, en un intento de mantener el rumbo únicamente con la vela. Sin embargo, todos sabíamos que no seríamos capaces de girar antes de estrellarnos contra el promontorio que se alzaba sobre el mar y hacia el cual nos dirigíamos sin remedio.

–¡Echad anclas! –gritó el capitán–. ¡Las tres, ya!

Varios marineros se apresuraron a obedecer y no tardaron en arrojar por la borda las enormes piezas de metal. Silo volvió a tirar de mí y yo avancé de rodillas como pude, cegada por el agua salada.

De repente, las anclas se trabaron en el fondo marino y el barco crujió como si fuera a partirse por la mitad. La siguiente ola nos dio de lleno y barrió la cubierta, que se inclinó hacia el oscuro abismo marino que se abría bajo nuestros pies.

Incapaz de encontrar asidero alguno, caí por la borda.

El impacto contra el mar embravecido me cortó la respiración, pero luché con todas mis fuerzas para sacar la cabeza del agua y tomar aire. Por encima de la tormenta, alguien gritaba mi nombre.

El siguiente movimiento del mar hizo que el barco se estrellara contra los escollos que surgían como garras del lecho marino. Esta vez fue Silo el que salió despedido.

Me revolví, desesperada, y traté de nadar hacia el barco. No obstante, algo hizo que me detuviera. Fue entonces cuando sentí la electricidad que comenzaba a esparcirse en el ambiente. Una ola me hundió justo antes de que un rayo impactara contra el mástil. Luché por salir a flote y tomar aire de nuevo, y cuando lo logré pude reparar en la horrible realidad. Las llamas habían invadido la cubierta del barco y se alimentaban de los marineros. Se extendieron tan rápidamente que, en pocos momentos, el navío se convirtió en una inmensa hoguera en mitad del mar.

Las corrientes comenzaron a alejarme aún más de él cuando el fuego alcanzó la bodega e hizo explotar las ánforas de aceite.

Sin embargo, no tuve tiempo de lamentarlo. Aferrada a la pala del timón rota, únicamente era capaz de pensar en mantenerme a flote ante el furor de las olas. No sé cuánto tiempo estuve así, luchando contra el mar que me reclamaba, empeñándome en seguir con vida a

pesar de que mi mente me repetía una y otra vez que era inútil y que mi viaje había terminado.

Supliqué a las Parcas que no cortaran aún el hilo, que siguieran hilándolo, recreándose en cada hebra. No obstante, cuando el alba comenzó a colorear el cielo, apenas tenía ya fuerzas para sujetarme a la tabla que me mantenía a flote. Tiritando, noté que la consciencia escapaba de mí, que el mar me acogía en su seno, como a tantos otros antes que yo y como a todos los que vendrían en miles de naufragios después.

Incapaz de moverme, me hundí lentamente en el silencio de aquel cementerio de agua salada.

Capítulo 20: La caravana

22 de mayo del 69

Lo primero que sentí fue el dolor, como si me picaran miles de avispas. Por un momento, temí que la muerte fuera un estado constante de agonía, pero pronto me di cuenta de que los hijos de Nox todavía no habían venido a por mí.

Lo siguiente que noté fue la arcada que me ascendió como fuego por la garganta y que me hizo vomitar toda el agua salada que había tragado. Abrí los ojos y el sol me deslumbró. Durante unos instantes, creí que me había quedado ciega, pero las imágenes fueron volviendo poco a poco, brillantes como el reflejo de la luz sobre el metal bruñido.

Estaba en una playa de una costa desconocida. A mi alrededor, tablas, trozos de ánforas y telas se mezclaban con las algas que las olas habían arrancado del lecho marino. Probé a sentarme con cuidado y el mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Cuando me recuperé, me fijé en que mi piel, aquella que no había quedado cubierta por el deshilachado vestido que llevaba, estaba roja e hinchada debido al sol. El anillo de mi padre, que había tenido la precaución de llevar conmigo, ardía.

Necesitaba buscar un lugar a la sombra y agua dulce si no quería morir de sed.

Con movimientos titubeantes, logré ponerme en pie. Miré a mi alrededor. El sol caía a plomo y los escasos arbustos que rodeaban la playa apenas daban sombra. Tenía la impresión de estar a punto de entrar en un desierto, pero no podía sentarme allí a esperar la muerte, necesitaba moverme.

Tras una pequeña elevación, vislumbré lo que parecían ser los pocos restos que quedaban de mi barco. Con la vista borrosa por el calor, comencé a ascenderla penosamente, temblando por el esfuerzo. Un poco más allá, el mar se mecía con inocencia, como si no fuera capaz de causar ningún daño. Escupí arena y lo maldije, a él y a todos los dioses marinos que no habían acudido en nuestra ayuda.

Tardé un buen rato en alcanzar la cima de la colina, que daba paso a otra playa con una imagen desoladora. Allí, los cuerpos sin vida de los marineros, algunos de los cuales reconocí, esperaban con paciencia a que las gaviotas se los comieran entre los restos inertes de lo que hasta hacía un día era un magnífico mercante romano. Estaba completamente destrozado. Pensé con amargura que Filipo ya no

tendría que preocuparse por reparar el timón.

Bajé con cuidado la colina, buscando algún movimiento que me indicara que alguien había sobrevivido. Teniendo en cuenta que tropezaba constantemente, estaba mareada y no era capaz de coordinar del todo bien mis movimientos, no sé cómo no me despeñé.

Aprovechando la sombra que proyectaban varios arbustos, eché otro vistazo a la playa con los ojos entornados. A lo lejos, me pareció ver a varios hombres rebuscando entre los restos del naufragio. Di unos pasos hacia delante, dispuesta a pedir ayuda, pero, de pronto, alguien me agarró y me tapó la boca mientras tiraba de mí hacia el exiguo refugio que ofrecían unas rocas.

–Julia, soy yo, no grites, por favor –me suplicó Silo al oído cuando intenté liberarme.

Lo observé de reojo con el alivio pintado en la cara: estaba vivo. Sin embargo, su expresión sombría me hizo adivinar que algo no iba bien. Con un gesto indicó que debía agacharme a su lado, en silencio, antes de volver a centrar su atención en los hombres de la playa, que no nos habían visto.

–¿Quiénes son? –pregunté con un hilo de voz.

–Piratas –respondió en el mismo tono–. Llevan un buen rato buscando algo de valor en los restos del naufragio y rematando a los moribundos.

–Eso está prohibido, la ley... –comencé, pero me detuve al ver la mirada de Silo.

–Estamos muy lejos de Roma, Julia –recordó en un susurro.

Nos miramos a los ojos y supe que tenía razón. Estaba sola en una tierra desconocida, sin agua ni comida y con unas pocas joyas como única moneda de cambio. Si los piratas nos encontraban allí, nos matarían. En un territorio en guerra, nadie se fijaría en nosotros. Pensé en negociar, pero, aunque aceptaran un rescate, ¿a quién se lo pediría? ¿A mi hermano, que llevaba casi un año sin responderme? ¿A Filipo, que bastantes problemas tendría ya en Roma? ¿A mi abuelo, para que acto seguido me vendiera a Aureliano? Noté las lágrimas agolpándose en mis ojos, pero me obligué a no llorar. Estaba viva, que era más de lo que podían decir el resto de los tripulantes del barco.

Silo, que hasta ese momento me había observado en silencio, me ofreció uno de los odres que milagrosamente no se habían roto en el naufragio. Bebí a sorbos, consciente de que no había mucha agua.

–Tenemos que llegar a alguna población –dije, recuperando poco a poco la calma–. Necesitamos agua, comida y descanso.

–Los piratas llegaron del norte –respondió el esclavo–, así que supongo que en esa dirección debe haber una aldea o un asentamiento. Podemos seguirlos.

Asentí y, durante la siguiente media hora, observamos a los hombres

que registraban la playa. Cuando la marea había subido lo suficiente como para empezar a rozarnos los pies, decidieron irse. Fuimos tras ellos a tanta distancia que la mayor parte del tiempo los perdíamos de vista. Silo, consciente del peligro al que nos exponíamos, avanzaba atento a todo.

Llegó un momento en el que fui incapaz de seguirle el paso. El sol se desplomaba sobre la tierra como si quisiera verla arder y, a pesar de que me había cubierto lo mejor que podía, notaba la piel quemarse bajo la tela. Abrí la boca para decir algo, pero tenía la garganta tan seca que lo único que logré fue emitir un pequeño gemido antes de desplomarme sobre el camino pedregoso que recorría la costa. Por suerte, el esclavo logró atraparme antes de que tocara el suelo. Lo último que escuché antes de sumirme en la inconsciencia fueron las palabras de Silo suplicándome que aguantara.

El contacto con el agua fría me trajo de vuelta a la realidad, no sé cuánto tiempo después. Estábamos en una especie de hondonada en el terreno rodeada por algunos árboles y arbustos cuyo verde contrastaba con el tono ocre de la tierra. En el centro, un curso de agua cristalina formaba un pequeño lago que serpenteaba hacia el sur. Silo me había colocado en la orilla y se había dejado caer a mi lado, exhausto, a la sombra de una roca lo suficientemente grande como para cobijarnos.

De vez en cuando me mojaba la cara y los brazos para a continuación refrescarse él mismo. Advertí que respiraba con dificultad y que, a pesar de que mi piel estaba roja, la suya, más pálida aún, empezaba a tener el mismo tono que las amapolas en verano.

–¿Dónde estamos? –pregunté, tras incorporarme y calmar la sed en el agua clara.

–A media milla al norte de donde te desmayaste.

–Se oye gente.

Asintió sin mostrar ninguna intención de ir hacia ellos.

–Hay una caravana de mercaderes asentada más al este; los piratas van con ellos, pero no entiendo nada de lo que dicen.

En aquel momento, el estómago me rugió con fuerza y me recordó que hacía casi un día que no probaba bocado.

–Si es una caravana, quizá pueda negociar con ellos, pero llenos de arena y algas secas no nos tomarán en serio. Ayúdame a quitarme el vestido –le pedí.

Después, entré en el agua dulce, temblando, y me esforcé por limpiarme la suciedad sin llevarme la piel en el intento mientras Silo lavaba la ropa. Cuando acabé, me vestí de nuevo y esperé a que Silo terminara de lavarse.

Me armé de valor y nos dirigimos hacia el lugar del que provenían las voces, ocultas tras el recodo que formaba aquel pequeño oasis. Los vimos antes que ellos a nosotros, ocupados como estaban en preparar

la cena. No obstante, enseguida nos salieron al paso y escucharon mis explicaciones en el griego más neutro que era capaz de usar. Si aquella caravana apoyaba la causa de los rebeldes, mostrarles mi magnífico acento romano no era demasiada buena idea.

Me fijé en que, a diferencia de nosotros, aquellos hombres iban bien armados. Pude sentir la incomodidad de Silo, que era tan consciente como yo de que podían cortarnos el cuello en lo que tardáramos en pestañear. Sin embargo, se limitaron a rodearnos y nos guiaron hasta una de las tiendas que acababan de montar para pasar la noche, delante de la cual dos hombres discutían en arameo. El más anciano, vestido con una túnica larga de buena calidad, se giró con cara de disgusto hacia nosotros cuando nos vio llegar.

–¿Quiénes sois y qué queréis? –preguntó en griego tras escupir al suelo cuando vio que no entendía lo que me decía en su idioma.

–Somos viajeros. Vamos al norte y buscamos protección para el camino.

–Id a Ashkelon, yo no acepto mendigos –mascullό.

–Podemos pagarte –repliqué cuando se giró para darnos la espalda.

–No quiero vuestras limosnas.

–¿Ni aunque sean de oro? –inquirí mientras los matones nos obligaban a retroceder.

El hombre más joven, que se mantenía a su lado, hizo una seña a los otros para que esperaran.

–¿A dónde os dirigís? –inquirió con un acento muy marcado.

–A Jerusalén –mentí. Decir que íbamos a Emaús cuando la mitad del ejército romano estaba allí hubiera sido una insensatez.

Él miró a Silo y dio dos pasos hacia mí, obligándome a retroceder. Sin titubear, agarró una de las mangas de mi vestido.

–No es mala tela. Venid, hablaremos dentro –dijo, indicándonos la tienda con un movimiento de cabeza.

El viejo pareció refunfuñar, pero una mirada del otro hombre fue suficiente para que se callara y nos precediera.

–A ver, enséñame ese oro del que hablas –rezongó el judío una vez estuvimos dentro.

–Primero he de saber si nos permitirás unirnos a la caravana.

Un resoplido escapó de entre sus labios.

–Nos están haciendo perder el tiempo, Isaac.

–Tranquilo, Joshua, escuchémoslos –intervino el joven–. Aseguras que puedes pagarnos –dijo volviéndose hacia mí–, pero el viaje no es barato.

–Lo suponía –admití, sin revelarle de cuánto dinero disponía.

Sus ojos me recorrieron una vez más y, tras un breve silencio, señaló a Silo.

–¿No habla?

–Griego, no.
–¿Latín?
–Entre otras cosas –afirmé.
–¿Y tú?
–También.
Ambos hombres se miraron brevemente y comentaron algo en arameo. Por un momento, temí que decidieran librarse de nosotros. Sin embargo, cuando volvieron a prestarnos atención, no parecían tener especial interés en matarnos.
–Está bien, necesitamos hombres fuertes como él para defender la caravana y gente que se pueda entender con esas patrullas de analfabetos romanos que no saben ni media palabra de griego. ¿Cuánto puedes pagarnos?
Sin dejar de observarlos, saqué uno de mis pendientes y se lo di.
–¿Con esto pretendéis llegar a Jerusalén? –se mofó el viejo dándole vueltas entre los dedos–. Sois dos personas, dame el otro y el resto de lo que guardas ahí debajo y veremos si alcanza.
Apreté los dientes y obedecí. Por suerte, había tenido la precaución de guardar el anillo de mi padre en otro lugar. El judío sopesó las joyas, evaluándome e intentando hacerme flaquear, pero me mantuve firme.
–Está bien –cedió al fin–, pero esto solo os cubre el viaje. Si queréis comer tendréis que trabajar. Él irá con el resto de los hombres y protegerá la caravana; tú ayudarás a las mujeres a tejer, a preparar la comida y a cuidar a los niños, ¿está claro?
Asentí y el judío pareció satisfecho.
–Venid –nos indicó el joven, el que se llamaba Isaac–, hay que terminar de montar el campamento para esta noche y, después, podréis cenar algo.
Lo seguí sin rechistar y por el camino, en rápidos susurros, le expliqué a Silo la conversación que habíamos tenido.
–Es el líder de los piratas –me respondió en el mismo tono, señalándolo con la cabeza.
No hizo falta que añadiera nada más para comprender lo que estaba ocurriendo: el mercader debía haber contratado a aquellos hombres para que lo protegieran. Con las tropas romanas por todas partes, no rentaba dedicarse a la piratería.
Pronto nos vimos envueltos en el montaje de las tiendas. El resto de los miembros de la caravana ya se habían enterado de que los acompañaríamos y murmuraban sobre nosotros en arameo.
–¿No hablan latín? –inquirió Silo cuando, una vez preparado el campamento, nos sentamos ante un estofado de verduras que una mujer tuvo la amabilidad de entregarnos y que comimos con ganas.
–Algo entienden –le aseguré, con cuidado en que nadie pudiera

oírnos–, pero se comunican mayoritariamente en arameo y griego. Joshua, el jefe, ha dicho que estamos cerca de Ashkelon, por lo que no me extraña: hasta hace relativamente poco, era una ciudad libre y un importante puerto de influencia griega, pero, desde hace unos sesenta años, depende de Roma. Por lo que tengo entendido, es leal al Imperio. Si la caravana ha decidido hacer noche aquí en lugar de ir a la ciudad, podrás hacerte una idea de a quién apoya su jefe y por qué no es buen lugar para hablar latín.

–¿Por eso has dicho que vamos a Jerusalén?

–Es más prudente –afirmé–. Cuando podamos, nos desviaremos a Emaús, que es a donde, según escribía Tito en su última carta a su tío, se dirigía la legión de mi hermano.

Silo estaba a punto de decir algo, pero enmudeció cuando una mujer joven vestida de luto se acercó a nosotros con una leve sonrisa y dos manzanas que nos ofreció antes de sentarse a mi lado.

–Al parecer, nos vais a acompañar –comentó en un griego fluido y muy suave que me sorprendió–. No sé cómo habéis convencido al viejo Joshua, pero me alegro. Me llamo Damara, de Anthedon.

–Yo soy Julia, y él, Silo, pero me temo que solo habla latín.

–En estos tiempos es lo más útil –nos sonrió ella–. ¿Os dirigís a Jerusalén?

–Así es –asentí, dándome cuenta de que, a nuestra derecha, unas mujeres nos observaban mientras cuchicheaban entre ellas.

Damara se fijó en la dirección de mi mirada.

–No les hagas caso –me recomendó en un tono de voz más bajo–. Son las hijas de Joshua y desconfían de todo el que no pueda demostrar cinco generaciones de ascendencia hebrea. Cuídate de ellas, son los ojos y los oídos de su padre.

–Veo que no te caen muy bien –comenté, mordiendo la manzana que nos había traído.

Me pareció ver un brillo apenado en su mirada.

–Apenas he hablado con ellas en estos dos días que llevamos de viaje. En realidad, no lo he hecho con nadie: puede que Joshua sea el jefe de la caravana, pero son ellas las que lo organizan todo, y no les gustan demasiado los extranjeros.

–Creí que habías dicho que eras de Anthedon.

–Es una ciudad de mayoría griega. Mis antepasados llegaron hace siglos con el ejército de Alejandro Magno. Y, aunque he nacido aquí y mi esposo es hebreo, a sus ojos soy extranjera.

–¿Y tu marido no dice nada?

La joven rio suavemente y negó con la cabeza.

–Mi esposo me espera en Jerusalén. Bastante hizo con conseguirme sitio en esta caravana; en caso contrario, no hubiera podido volver.

–No sé hasta qué punto es seguro viajar –comenté, recordando la

información que tenía sobre la revuelta y los ataques que de vez en cuando sufrían las tropas romanas.

–Llevas razón –admitió ella–, pero cómo iba a negarme: mi hermana murió hace unos días y he tenido que venir a su funeral.

–Lo lamento –dije.

Ella aceptó mis condolencias con un gesto tranquilo.

–Llevaba tiempo enferma, no podía acabar de otra manera. Por suerte, sé que partió en paz al saber que me haría cargo de sus hijos –dijo, señalando a un niño y a su hermana pequeña que jugaban a buscar insectos entre los arbustos cercanos–. Mi marido es ya mayor para tener descendencia y ha aceptado adoptarlos –continuó ella–, por lo que vivirán con nosotros en Jerusalén. ¿A ti te espera alguien allí?

Dudé unos instantes antes de responder, pero decidí contarle parte de la verdad.

–Sí, mi hermano. He de comunicarle la muerte de nuestro padre.

–Vaya –respondió ella–, últimamente parece que la desgracia se ceba con la gente.

Me estremecí, aunque creo que fue más porque la temperatura había bajado mucho con la caída de la noche y comenzaba a tener frío, a pesar de que la piel aún me ardía. Damara se dio cuenta.

–¿Tenéis dónde dormir? –inquirió. Ante mi negativa, señaló una tienda un poco alejada del resto–. Si no te importa compartirla con los niños, te puedo hacer un hueco en la mía. Él no cabe –dijo señalando a Silo–, pero le puedo prestar una manta.

–Te lo agradezco –acepté.

Cuando las hogueras empezaron a apagarse y el aire fresco comenzó a molestarnos, entramos en la tienda. Damara me deseó una buena noche y se dispuso a dormir. A mí, que la puesta de sol me había traído las imágenes del naufragio de vuelta, supe que me costaría mucho más.

Al final, cuando fuera ya no se oía nada, me venció un sueño ligero que apenas me permitió descansar.

Capítulo 21: Los rebeldes

25 de mayo del 69

Ni siquiera había amanecido cuando salí de la tienda. Fuera, el aire fresco me calmó la piel, que había pasado de tener un tono rojizo brillante a uno más claro.

En el campamento, a excepción de varios hombres que montaban guardia sin prestarme atención, todo el mundo dormía. Busqué a Silo con la mirada y lo encontré acurrucado junto a una hoguera ya apagada, agitado por un sueño del que no tardaría en despertar.

Respiré hondo. Después, con cuidado, desenredé el hilo de lino y lo hice girar entre los dedos. A Joshua no se le había olvidado el trato al que llegué para poder viajar en la caravana y había mandado a sus hijas a controlar que no estuviera cruzada de brazos. El primer día, una de ellas me entregó un ovillo y una aguja diminuta con la que se suponía que tenía que bordar una cenefa geométrica en el borde de un vestido. Por supuesto, me metían prisa, a pesar de que ayudarles a preparar las comidas y a lavar los cuencos no me dejaba demasiado tiempo para jugar con hilos de colores. Por suerte, no se fiaban de mí lo suficiente como para confiarme también a sus hijos, algo que agradecía a los dioses, porque aquellos niños eran incapaces de estarse quietos más de dos suspiros.

Damara, que estaba exenta de aquellas tareas, de vez en cuando me pedía que enseñara a sus sobrinos a escribir y tomaba el relevo con el bordado, que avanzaba a una velocidad sorprendente cada vez que caía en sus manos. Gracias a ella, las hijas de Joshua me dieron un poco más de margen, pero tampoco quería abusar de la amabilidad de la joven, así que me había levantado dispuesta a acabarlo antes de que el resto despertara.

Poco a poco, fui bordando espirales de colores, pero, cuando el cielo ya traía la tonalidad del alba, me quedé sin hilo verde. Contrariada, me negué a dejarlo para más tarde. Sabía dónde se guardaban las madejas, por lo que me levanté y me encaminé hacia los carros en los que tan celosamente transportaban las mercancías, cerca del centro del campamento.

No recordaba exactamente cuál era, por lo que fui echando un vistazo dentro de todos. Al parecer, Joshua y sus hijas se dedicaban al comercio textil y no consideraban que viajar fuera un impedimento para seguir con la producción: llevaban hasta un telar portátil. Lo aparté y busqué debajo de varios sacos de lana, pero, de pronto, algo

me hirió en la mano.

Retrocedí instintivamente. Sangraba. El pánico me invadió cuando recordé lo que me había contado Damara sobre los escorpiones que se cruzaban en nuestro camino, pero, por suerte, la herida no parecía una picadura, sino tan solo un corte. Más tranquila, aunque con el corazón retumbando en el pecho, aparté ligeramente los sacos y descubrí una caja de madera. Dentro de ella, bien disimulada entre telas y lana, el filo de una espada brilló con la luz del amanecer. Me acerqué un poco más y encontré puñales, puntas de lanza, cuchillos, espadas, hondas y un sinfín de flechas.

Me estremecí y supe que, si alguien me descubría allí, no dudaría en matarme, por lo que volví a colocar todo tal y como lo había encontrado antes de alejarme rápidamente. Por suerte, los hombres que hacían guardia en ese momento no parecían haberme visto, ocupados como estaban vigilando el perímetro del campamento.

Me refugié en el interior de la tienda y vi que Damara aún no se había despertado, por lo que tomé un odre vacío y volví a salir fuera.

Silo se aproximaba sin demasiada prisa.

–Ven –le indiqué, y nos acercamos hasta el río junto al que habíamos acampado y que llevábamos dos días remontando.

Una vez a solas, le conté lo que había encontrado.

–Su destino es Jerusalén –le recordé–, el centro de la revuelta contra Roma y donde se encuentran los líderes rebeldes más problemáticos... Estoy segura de que esas armas son para ellos.

–Aunque así sea, no puedes hacer nada –me contestó.

–Ni lo pretendo –le aseguré–, pero tendremos que tener mucho cuidado cuando nos desviemos hacia Emaús. Si ellos apoyan la revuelta y nos sorprenden intentando huir hacia la base romana más cercana, no iremos muy lejos.

Silo pareció dudar.

–Quizá sea mejor llegar a Jerusalén.

Negué con la cabeza.

–Si el ejército los descubre, los crucificaran a todos, nosotros incluidos. Tenemos que irnos cuanto antes. Intentaré averiguar dónde estamos, así que hoy no te alejes demasiado de mí.

El esclavo asintió y, sin nada más que decir, ambos volvimos al campamento, donde todo el mundo se afanaba en recoger las tiendas y prepararse para retomar la marcha. Damara, que acababa de despertar a los niños, nos ofreció un par de manzanas mientras terminaba de recoger las mantas. Media hora más tarde, ya nos habíamos puesto de nuevo en marcha.

–¿Cuánto falta para llegar a Jerusalén? –le pregunté a Damara cuando me cansé de caminar en silencio al final de la caravana, que cerraban los hombres de Isaac.

–Apenas un par de días. Ya estamos muy cerca. ¿Es la primera vez que vas?

Asentí y Damara me dedicó una de sus leves sonrisas.

–Estoy segura de que te gustará. El templo es magnífico y la fortaleza Antonia, impresionante. Si tienes ocasión, ve a ver la tumba de David y el teatro de Herodes: puede que tengas suerte y estén representando algo. ¿Dónde vive tu hermano?

Aquella pregunta me pilló desprevenida.

–En el barrio de los mercaderes –improvisé.

–Ah, en la segunda ciudad entonces –me sonrió Damara.

La joven amplió su sonrisa al ver mi desconcierto.

–Jerusalén está dividido en varias zonas –explicó–. La más importante, junto con el templo, es el Palacio de Herodes, que preside la parte alta, donde viven las familias más ricas. Al este se encuentra la ciudad baja, un batiburrillo de casas que siempre está sumido en el caos. Es donde viven los artesanos, los campesinos y los mendigos. Está separada de la ciudad alta por un barranco que los suicidas aprovechan cuando se cansan de su existencia.

Hice una mueca. En Roma, se tiraban al Tíber, pero el resultado era el mismo.

–La ciudad baja termina en el valle del Tiropeón, por donde discurre un canal.

–¿El templo cómo es? –le pregunté, retomando el tema de la conversación.

Damara sonrió de nuevo.

–Inmenso. Yo nunca he estado, pero mi esposo asegura que no me pierdo gran cosa, aunque –comentó bajando la voz– a él no le gusta mucho ir por allí.

–¿Y a ti?

Damara me sonrió, como si hubiera descubierto su secreto.

–Tampoco –admitió antes de continuar con su descripción–. Todo eso, excepto el templo, está cercado por la primera muralla y constituye la parte más antigua de la ciudad. Sin embargo, cuando se hizo la segunda muralla, al norte, se creó un nuevo barrio, el de los mercaderes. Ahí es donde vive tu hermano... y yo también. Limita al este con la fortaleza Antonia, ¿te suena?

–No, pero supongo que tendrá algo que ver con Roma, ¿no?

–Exacto –respondió Damara–. Herodes el Grande la construyó en honor de Marco Antonio cuando este lo ayudó a conseguir el trono. Antes era utilizada por la guarnición romana de la ciudad, pero, cuando comenzaron las revueltas, la ocuparon los zelotes liderados por Eleazar, al que se le ha unido Juan de Giscala. Se trata de un punto estratégico, por lo que Simón bar Giorá intenta hacerse con ella.

–Debe estar todo bastante revuelto.

Damara asintió con la preocupación pintada en la cara.

–Hay dos facciones que se matan entre ellas cuando tienen la oportunidad. Simón ha reprimido a los moderados y los ha asesinado de formas horribles. Por eso, es mejor no acercarse demasiado al templo ni a los muros, que es donde se concentran. Al menos, en eso sí se han puesto de acuerdo: cada uno tiene asignada una zona de la tercera muralla que deben acabar y fortificar.

–¿Pero cuántas murallas hay? –inquirí sorprendida.

–Solo tres –recuperó su expresión amable habitual–, aunque la tercera no está acabada. Cerca la ciudad nueva, también llamada Bezeta, al norte. Es la última ampliación y apenas está habitada. Hay algunas casas diseminadas entre huertos y campos de ovejas, pero no es una zona muy recomendable.

–¿Por qué?

–Es peligrosa. Para llegar al barrio de los mercaderes, tendremos que cruzar su parte más estrecha, al oeste, pero, como se trata de una entrada muy concurrida, es más segura, al menos hasta que cae el sol. Por suerte, tenemos escolta –dijo señalando a los hombres que custodiaban la caravana.

–La verdad es que me sorprende que no hayamos tenido problemas para viajar –admití.

–¿Lo dices por los rebeldes? No te preocupes, suelen refugiarse en pueblos o ciudades, no andan mucho por los caminos.

–¿Por eso estamos esquivando todas las poblaciones?

–Eso creo –admitió Damara–. Joshua debe pensar que es más seguro, aunque nos ha hecho perder un par de días con el rodeo que estamos dando para no pasar por Emaús.

Silo, que hasta entonces nos acompañaba en silencio, me miró al reconocer el nombre de la ciudad.

–¿Emaús dónde queda? –le pregunté, esperando que no se me notara demasiado el interés.

–No muy lejos, en alguna parte al otro lado del río. En condiciones normales, nos habríamos detenido allí, pero han preferido evitarla.

–¿Es rebelde? –pregunté, sabiendo de antemano la respuesta.

–Lo era, pero está ocupada por las tropas romanas.

Me fijé en que lo decía como un dato más, sin ofrecer su opinión, y me picó la curiosidad.

–¿Qué piensas sobre esta guerra?

Damara reflexionó unos instantes.

–¿Sabes lo que ocurrió en Alejandría hace algo más de un año?

No supe exactamente a qué se refería, por lo que negué con la cabeza.

–¿Y sabes quién es Tiberio Julio Alejandro?

–El prefecto de Egipto.

–Bien. Cuando empezaron las revueltas, la comunidad judía de Alejandría se enfrentó a la griega porque consideraron que esta era favorecida por la ley romana. El nivel de violencia creció de tal manera que Alejandro, en un intento de llegar a una solución dialogada entre ambos bandos, logró que accedieran a celebrar una reunión. Sin embargo, los soldados judíos tomaron de rehenes a los griegos y amenazaron con matarlos si Roma no les otorgaba a ellos los mismos privilegios. Alejandro trató de llegar a un acuerdo, pero la revuelta cobraba fuerza y la ciudad estaba a punto de escapar a su control, por lo que decidió enviar al barrio judío a las dos legiones apostadas en la ciudad y a un destacamento de dos mil hombres que acababa de volver de Libia. Los romanos mataron hombres, mujeres y niños, y saquearon y quemaron las casas de los judíos, que pronto suplicaron piedad. El pretor finalmente detuvo el ataque y replegó a sus hombres. La revuelta había sido sofocada, pero los muertos se contaban por miles. Entre todos ellos había una mujer griega y su niña de tres meses. Era mi prima. No la mataron los romanos, sino que los judíos habían echado abajo la puerta de su casa y le habían cortado el cuello. Su marido se suicidó al día siguiente.

Damara se quedó en silencio, perdida en sus pensamientos.

–Lo siento –dije al fin en un susurro.

Ella volvió al mundo real.

–No es culpa tuya. Lo que quiero decir con todo esto es que no puedo ser objetiva con esta guerra. Da igual quien gane, mi familia pierde siempre. No hay un bando bueno o justo, sino intereses enfrentados, incluso dentro de los judíos. Tu hermano lo sabrá bien. Por cierto, ¿posee escolta?

–Sí, tiene algunos hombres a su mando –dije, sin entrar en más detalles para no tener que mentir–. ¿Y tu esposo?

–Sí, por supuesto, aunque teme tener que contratar más si los enfrentamientos siguen aumentando. Al fin y al cabo, debe proteger sus mercancías.

–¿No habéis pensado en marcharos de Jerusalén?

Damara asintió con una sonrisa triste.

–Muchas veces, pero nunca se decide. Todo lo que tenemos está ahí: los almacenes, la casa... y su familia. Podríamos venderlo e ir a Damasco, con mi hermano, y continuar desde allí con el negocio, pero no quiere.

–Es difícil –le aseguré, desviando la mirada al recordar mi propia situación–, pero a veces es la única solución.

Ella intuyó mi tristeza y decidió cambiar de tema.

–¿Cómo es tu hermano? –me preguntó con su amabilidad innata–. No me has hablado de él.

Por un momento, me quedé sin saber qué responder.

–La verdad es que llevo sin verlo algo más de dos años. Es más alto que yo, moreno, y se le dan muy bien los idiomas. Antes de venir a Judea, insistió en aprender arameo y hebreo: al poco de empezar, ya era capaz de mantener una conversación breve con su maestro –dije sonriendo al recordar a Vero repitiendo una y otra vez frases enteras mientras paseaba por el peristilo–. No obstante, de eso hace mucho tiempo, seguro que ahora domina ambas.

–¿No te escribe? –inquirió con tono cauto.

Suspiré y miré al cielo.

–Hace casi un año que no me llegan sus cartas, pero sé que está vivo.

La joven pareció titubear, aunque no tardó en mostrarme una de esas expresiones dulces.

–Estoy segura de que está bien, pero, si no lo encuentras, pregunta en el mercado por la casa de Elías, el ebanista. Jerusalén es peligrosa y a mi esposo no le importará alojaros a Silo y a ti unos días.

Me quedé abrumada por aquella muestra de hospitalidad. Se lo agradecí y me esforcé por ignorar la vocecilla interna que empezaba a susurrarme que pronto escaparíamos hacia Emaús.

Continuamos caminando, con un ojo puesto en los niños, hasta que la caravana se detuvo, sobre el mediodía, para comenzar a preparar la comida. Damara, sentada junto con sus pequeños, les enseñaba a pelar cebollas con el resto de las mujeres mientras Silo y yo buscábamos algo de leña por los alrededores, lo que aproveché para resumirle nuestra conversación.

–No podemos llegar a Jerusalén –convino él.

–Emaús está al otro lado del río, pero no sé a cuánta distancia. Podríamos irnos al ocaso.

–No es buena idea recorrer los caminos de noche sin conocer el terreno.

–Podemos salir al alba entonces, aunque será más difícil burlar a los guardias.

–No necesariamente –me aseguró el esclavo–, pero tenemos que cruzar el río y todavía no he visto ningún vado que nos lo permita. Estaré atento –prometió.

Cuando volvimos, el fuego ya estaba encendido, listo para colocar sobre él las cazuelas donde las hijas de Joshua preparaban la comida.

Cuando fui a sentarme entre las mujeres, una de ellas me preguntó por el bordado que se suponía que debía haber acabado. Fui a buscarlo y les expliqué que me había quedado sin hilo verde. Sin saber muy bien por qué, dos de ellas comenzaron a discutir. Supuse que no tenían más ovillos y se estaban echando la culpa de ello. Damara asistía a la riña con bastante interés, divertida, por lo que me figuré que se estaban llamando de todo.

Una vez terminamos de comer, los hombres decidieron que era hora

de continuar con nuestro viaje y nos pusimos en marcha de nuevo. Me di cuenta de que empezábamos a distanciarnos del río y, al preguntarle a Damara por qué, me explicó que Joshua pretendía esquivar la aldea de Bethsemes para comenzar a ascender a los Montes de Judea, tras los cuales estaba Jerusalén.

Comencé a preocuparme. Si dejábamos atrás la llanura costera, no seríamos capaces de escapar hacia Emaús al alba. Además, en las montañas había muchas más probabilidades de perderse y tendríamos que asumir el riesgo de toparnos con los rebeldes. Intenté pensar algo que retrasara la caravana o que, al menos, la hiciera desviarse hacia la aldea, pero no se me ocurría nada. Al poco, comenzamos a ascender por la ligera pendiente que marcaba el inicio de los montes de Judea.

De repente, cuando la cuesta se hizo más pronunciada, la caravana se detuvo.

–¿Qué ocurre? –inquirí al ver que Damara llamaba a sus sobrinos, que se refugiaron tras ella rápidamente.

–No lo sé, no alcanzo a ver a los que van delante –murmuró.

Los hombres de Isaac que iban en la retaguardia desenfundaron sus armas y mandaron a uno de ellos a enterarse de lo que pasaba. Silo se aproximó a nosotras, atento a cada movimiento a su alrededor, mientras las noticias corrían de boca en boca.

–El camino está cortado por un desprendimiento –tradujo Damara–. Tardarán un poco en quitar las piedras.

El galo no pareció satisfecho con la respuesta. Los hombres de Isaac envainaron sus armas y se apresuraron a remontar la caravana para ayudar a despejar el camino. Le hicieron algunas señas al esclavo, que los ignoró como si no los entendiera y permaneció cerrando la comitiva, inquieto. Iba a preguntarle cuando se quedó paralizado. Damara y yo miramos en su dirección.

Allí, a lo lejos, entre las sombras que les proporcionaba un recodo del camino, cinco jinetes nos observaban camuflados entre la maleza.

La armadura que llevaban era indudablemente romana.

–Es una emboscada –murmuró Silo–. Tenemos que escondernos, venid.

El esclavo salió del camino de un salto y yo me apresuré a seguirlo junto con Damara, que parecía descolocada.

–¿Estás seguro? –le pregunté, alcanzándolo ladera abajo–. Quizá solo es una patrulla de reconocimiento.

–Van en posición de ataque –respondió Silo sin dar más explicaciones.

En aquel momento, en el camino, alguien dio la voz de alarma y comenzamos a oír el sonido de las armas y los gritos cuando los soldados atacaron.

No necesitamos nada más. Damara cogió a su sobrino en brazos y yo

me hice cargo de la niña antes de echar a correr todo lo rápido que podíamos, esquivando piedras. De pronto, el cuerpo de un hombre que rodaba muerto cuesta abajo nos adelantó y un soldado nos vio desde el borde del camino. Silo maldijo en una lengua incomprensible cuando este avisó a sus compañeros y varios hombres echaron a correr hacia nosotros.

El esclavo me miró, consciente de que iban a alcanzarnos, y tiró la espada que hasta entonces agarraba con fuerza. Alzó las manos en el instante en el que cuatro soldados aparecieron ante nosotros. Sin mediar palabra, dos de ellos lo golpearon y lo hicieron caer al suelo, donde intentó cubrirse la cabeza con los brazos.

Los otros dos vinieron hacia nosotras, que retrocedimos por instinto.

–¡Somos romanos! –grité con todas mis fuerzas mientras apretaba la niña contra mí–. ¡Somos romanos!

Sin hacerme caso, nos arrastraron un poco más allá, donde nos esperaban otros tres hombres con la espada desenvainada. Noté que se me hacía un nudo en el estómago, pero me rebelé ante la idea de morir a menos de un día de camino de Emaús. No había atravesado el Mediterráneo y sobrevivido a un naufragio para eso.

–¡Soltadme! –me revolví–. Me llamo Julia Vestina –grité con mi mejor acento–, y soy hermana de Manio Julio Vero, tribuno de la legión Quinta Macedónica bajo las órdenes de Sexto Vettulenus Cerialis, trasladado desde la legión Decimoquinta Apollinaris e hijo del senador Publio... –me callé cuando el filo sangriento de la espada se posó sobre mi cuello, en una promesa muda de cortármelo si no cerraba la boca.

La niña que llevaba en brazos rompió a llorar, asustada, al tiempo que yo retrocedía.

–Mi hermano es Manio Julio Vero –repetí en un susurro cuando bajó el arma–. Preguntádselo si no me creéis.

–Las mentirosas son las primeras a las que crucificamos –se rio el soldado antes de obligarnos a subir la ladera de nuevo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me las tragué y apreté los dientes.

No tardamos mucho en llegar al camino, donde los cuerpos de los hombres de Isaac se repartían sin ton ni son. Los soldados habían reunido a los supervivientes, entre los que se encontraba Joshua y la mayoría de sus hijas, y contaban las bajas. Me dieron un empujón hacia ellos que estuvo a punto de hacerme caer, pero recuperé el equilibrio en el último momento. La siguiente en llegar fue Damara, muy pálida. Tras ella, Silo no oponía ningún tipo de resistencia. Me fijé en que le sangraba copiosamente la nariz y había manchado la túnica, que, entre el polvo y la tierra, había pasado de ser amarillo fuerte a marrón sucio.

No sé cuánto permanecimos en aquel lugar, pero pronto nos pusimos en marcha entre burlas y desprecios. Nos hicieron andar deprisa, a un ritmo que los niños apenas podían aguantar y que nos obligó a llevarlos en brazos durante largos trechos. Silo y yo ayudamos a Damara, pero hubo otros que eran incapaces de continuar y caían al suelo solo para ser obligados a levantarse de nuevo por los soldados.

Cruzamos un río y, cuando la mitad estábamos a punto de desplomarnos, vimos a lo lejos una aldea junto a la cual una empalizada fuertemente vigilada nos indicó la existencia de un campamento romano. Me giré hacia Silo, que también lo había visto y asintió con la cabeza.

Aquello era Emaús. En otras circunstancias, hubiera sonreído, pero, humillada, sucia y hambrienta, lo único que podía agradecer era seguir viva. Entramos en el campamento, bien vigilados por varios legionarios que nos observaban con desprecio. Nos hicieron detenernos y comenzaron a sacar la mercancía de los carros ignorando los gritos de Joshua, que suplicaba y los amenazaba al mismo tiempo. Evidentemente, encontraron las armas. La estrategia del comerciante fue entonces acusar a los piratas supervivientes, que casi se le echan encima. Se hubieran matado unos a otros si los legionarios no los hubieran separado sin miramientos.

Aunque todo el mundo estaba atento a la bronca que se había montado, yo buscaba a mi hermano entre los rostros de los soldados que se iban agolpando para ver el espectáculo, pero fue en vano.

En aquel momento, Damara se acercó y me apretó levemente la mano. Me sorprendió su gesto. Había supuesto que, después de escuchar lo que les había dicho a los soldados, se mostraría más distante, pero su sonrisa amable no se había borrado.

Esperamos allí hasta que la tarde comenzó a dar paso a la noche, sin agua ni comida. El interés de los soldados fue decayendo, pero el mío no. Observaba a todo el que pasaba, intentando encontrar un rostro familiar que seguía sin aparecer. Cuando estaba a punto de darme por vencida, unos jinetes que habían entrado por la puerta norte pasaron por el decumano en dirección oeste. Un soldado se acercó al que parecía el comandante, que se detuvo y se bajó del caballo para escucharlo. En cuanto giró la cabeza en nuestra dirección, lo reconocí.

Me levanté de un salto.

–¡Vero! –grité con todas mis fuerzas.

Inmediatamente, el guardia que se encargaba de vigilarnos me agarró del pelo y me puso una daga en el cuello, pero yo tenía la vista fija en mi hermano, que se aproximaba con grandes zancadas.

–Libérala.

–Pero el legado... –comenzó el soldado que me amenazaba, titubeando.

–Yo me encargo, suéltala –replicó Vero muy serio, mirándome a los ojos. No pude encontrar en ellos ningún rastro de la calidez que recordaba, y, por un momento, quise echarme a llorar, pero me contuve.

Incapaz de aguantarle la mirada, señalé a Silo.

–Es mi esclavo.

Mi hermano le hizo un gesto al soldado para que lo liberara también. Quise dar un paso hacia él, pero lo evitó poniéndome una mano en el hombro. Me miró de arriba abajo antes de observar brevemente al resto del grupo. Fui incapaz de descifrar su expresión.

–Ven –me dijo antes de girarse y ordenar a Silo que nos siguiera.

Recorrimos el campamento en silencio. Vero estaba más alto y fuerte de lo que recordaba, y no me soltó en todo el trayecto. Pronto llegamos a la zona central, a una tienda vigilada por dos hombres que se irguieron en cuanto vieron a mi hermano.

–Pasad –nos indicó mientras hacía un gesto a uno de los soldados para hablar con él.

Entré seguida de Silo, que parecía más reservado que de costumbre, si es que era posible. El espacio que nos recibió era cálido, formado por una cama, un baúl y un escritorio donde se amontonaban los rollos de papiro y algunos objetos que reconocí. Iba a echar un vistazo cuando mi hermano entró en la habitación.

Lo que ocurrió a continuación no me lo esperaba.

Con una inmensa sonrisa, me abrazó y me alzó unos centímetros del suelo antes de posarme y volver a mirarme de arriba abajo.

–No me puedo creer que estés aquí –me dijo con la felicidad pintada en la cara–. ¡Dioses! No te puedes imaginar lo que te he echado de menos, Julia.

Suspiré y dejé que me envolviera de nuevo. Volvía a ser el Vero de siempre.

–Podías haber ido a Roma a verme –le dije cuando nos separamos.

–Te aseguro que me ha sido del todo imposible. Escucha, Julia –me puso las manos en los hombros–, ya hablaremos más tarde, pero ahora estás metida en un buen lío.

Hice una mueca.

–Es por la caravana, ¿verdad?

Mi hermano titubeó, algo más serio, pero sin perder la sonrisa.

–La caravana da igual, a Joshua lo conocemos, el problema es la banda de Isaac. Son piratas. Hace unos años se nos escaparon de Joppa y, desde entonces, se han dedicado a asaltar pequeñas patrullas, hasta que, hace unos meses, decidieron unirse de verdad a los rebeldes. Llevamos dos semanas siguiéndolos para conocer sus proveedores en la costa –dijo mientras le hacía un gesto a uno de los soldados, que acababa de asomar la cabeza en la tienda–. Cerialis

quiere vernos. Te recomiendo que le digas todo lo que sabes para justificar tu presencia entre ellos y que se olvide del asunto. En ese arcón hay un vestido, pensaba dártelo cuando volviera a Roma, pero no te puedes presentar así ante el legado. Te espero fuera.

Mi hermano y Silo me dejaron sola en la habitación, por lo que me apresuré a lavarme y vestirme. Cuando salí de la tienda, Vero había recuperado su semblante serio e interrogaba al esclavo en voz baja. Al verme, me señaló la tienda más grande del campamento y nos dirigimos a ella. Sin embargo, cuando estaba a punto de entrar, me di cuenta de que Silo no venía con nosotros.

–Aquí dentro no lo necesitas, Julia –me aseguró Vero, y tuve que aceptarlo. Al fin y al cabo, ahora él era el *pater familias*.

Aquello me hizo reflexionar sobre lo mucho que había cambiado mi hermano en ese tiempo. Sin apenas hablar, me di cuenta de que Vero mostraba ahora una seguridad y una capacidad de liderazgo que antes no poseía. Tenía hombres a su mando, había probado el poder y lo usaba sin titubear.

Me armé de valor y entramos en una tienda amplia y bien iluminada. Una mesa presidía el lugar, pero estaba tan llena de objetos que costaba distinguirla. Sobre ella, un mapa desplegado de Judea centraba la atención de dos hombres muy distintos. El más joven, el tribuno laticlavio, era alto y delgado como un junco, con unas entradas que auguraban una calvicie temprana, mientras que Cerialis era un hombre fuerte y de mirada penetrante que en aquel momento parecía contrariado. Nos hizo un gesto para que entráramos y, por un momento, me sentí intimidada, pero Vero avanzó sin dudar y yo lo seguí.

–¿Noticias? –interrogó Cerialis a mi hermano en cuanto llegó ante él.

–Una delegación de rebeldes de Gofna salió esta mañana hacia Jerusalén –comentó Vero–. Los hemos interceptado. Llevaban provisiones, pero también armas. Además, nos hemos encontrado con la avanzadilla de la legión Decimoquinta Apollinaris. Se dirigen hacia Efraín con el grueso del ejército. Nos han dicho que la Décima Fretensis ha tomado Accrabbein y se les unirá en un par de días para ir a por Gofna y Betala.

El comandante reflexionó unos instantes, observando el mapa.

–Bien, ¿y la caravana? –inquirió echándome un rápido vistazo.

–Esquivó Bethsemes, pero pudimos alcanzarla antes de que entrara en los montes de Judea –dijo Vero sacando una tablilla de cera en la que consultó rápidamente algunos datos–. Nuestra información era correcta. Se trata de Joshua, su familia y al menos la mitad de la banda de Isaac. Los interceptamos en Bethsemes, aunque intentaron defenderse.

–¿Bajas?

–Un soldado de la segunda centuria. Isaac también ha muerto.
–¿Cuántos rebeldes siguen con vida? –Vero se lo dijo y Cerialis asintió–. Encárgate de que esta noche nos cuenten todo lo que saben sobre la situación en Idumea y en Jerusalén –ordenó volviéndose hacia el tribuno–; al alba los crucificaremos.
El hombre asintió, pero no se movió. El legado observó el mapa una vez más con detenimiento antes de mirarme. La dureza con la que lo hizo me sorprendió.
–Vero me ha dicho que eres su hermana. Ese es el único motivo por el que estás aquí dentro y no ahí fuera con el resto. Según nuestros informes –dijo señalando la tablilla que aún sujetaba mi hermano–, tu esclavo y tú os unisteis a la caravana cerca de Ashkelon. ¿Qué hacíais allí?
–Partimos hace casi veinte días de Roma con dirección a Cesarea, pero una tormenta nos alcanzó e hizo naufragar el barco en el que viajábamos. Anduvimos hasta alcanzar un oasis y allí nos encontramos con la caravana –le resumí.
Por el rabillo del ojo, vi que mi hermano tomaba notas rápidamente.
–¿Quién es el dueño del barco? –inquirió el legado.
–Era mi padre.
Noté que Vero se detenía y, tras una vacilación, se giró hacia mí.
–¿Qué ruta? –preguntó. Cuando se lo dije, se le marcó una pequeña arruga en la frente al fruncir el ceño–. ¿Rutiliano? Cesarea no está en su itinerario.
–Lo sé. Le ordené que se desviara. Cuando naufragamos, Isaac y sus hombres saquearon lo que quedaba y remataron a los moribundos. Silo y yo los seguimos, y así fue como dimos con la caravana –dije, eligiendo con cuidado mis palabras.
–Supongo que no sabías que transportaban armas –comentó Cerialis.
–Lo descubrí –admití–, por eso planeaba escapar esta noche hacia Emaús.
Vero iba a intervenir, pero Cerialis le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio, por lo que mi hermano enmudeció en el acto.
–¿Por qué hacia Emaús?
–Porque sabía que Vero estaría aquí.
Los tres hombres se miraron y se me erizó la piel al notar cómo aumentaba la tensión. Tras un silencio que se me hizo eterno, Cerialis volvió a centrar su atención en mí.
–¿Cómo sabías eso?
–Me lo dijo Sabino antes de salir de Roma...
–¿Tito Flavio Sabino, el hermano de Vespasiano? –inquirió el tribuno, que hasta entonces no había intervenido.
Cuando asentí, el ambiente se relajó ligeramente y Cerialis decidió continuar con el interrogatorio.

–¿Sabes a quién pensaban suministrarle las armas?
–No. Si hablaron de ello, fue en arameo y no les entendí.
Vero escondió una mueca de contrariedad.
–Quizá, si Simón bar Giorá sigue enfrentado a los zelotes de Juan de Giscala, es posible que necesiten armas –comentó en cambio.
Cerialis lo ponderó, reflexivo, antes de volver a observarme. Vi la sospecha en sus ojos, pero me mantuve firme.
–¿Por qué te fuiste de Roma, Julia? –preguntó al fin.
Aquello me hizo recordar mi situación actual y no fui capaz de aguantarle la mirada. Por un momento pensé en inventar una excusa, pero recordé las palabras de mi hermano y opté por contarle la verdad, o al menos parte de ella.
–Vitelio ha llegado a Roma y se ha encontrado las arcas del estado prácticamente vacías. Se está dedicando a llenarlas con la fortuna de todos los que tuvieron trato con Otón, aunque únicamente fuera por razones comerciales. Yo cometí el error de venderle vino y Vitelio ha encontrado mi nombre en el registro.
Noté la atención de Vero sobre mí.
–La situación es complicada –continué–. Aunque Vitelio ha perdonado a la mayor parte del Senado y aquellos más ricos para ganarse su favor, está haciendo bastantes enemigos. Ha compensado a las tropas germanas por no haber podido participar en la campaña contra Otón, pero ha castigado duramente a la Decimotercera y ha privado de las tropas auxiliares a la Decimocuarta antes de enviarla de vuelta a Britania.
–¿Conoces el nombre de los perjudicados por Vitelio?
–En Roma, sí –afirmé.
El legado miró alternativamente al tribuno y a mi hermano antes de tomar una decisión.
–Vero, mañana al alba partiréis hacia Efraín con una docena de tus hombres. Si Vespasiano aún no ha llegado, no puede estar muy lejos. Le entregarás una carta de mi parte.
Mi hermano asintió con gesto serio y Cerialis dio por terminada la reunión. Salí al aire fresco y observé el cielo plagado de estrellas, iluminado por la luna, que había hecho acto de presencia mientras conversábamos. Aquella noche me pareció especialmente hermosa y supe que era porque aún no me creía del todo que siguiera viva.
–Vas a coger frío –dijo Vero apareciendo detrás de mí–. Ven, volvamos a mi tienda.
Caminamos en silencio el corto trecho que nos separaba de ella y me invitó a pasar mientras él hablaba con uno de los soldados apostados a la entrada. Silo no estaba, por lo que di una vuelta por la habitación, esperando a mi hermano, pero mis ojos volvieron a fijarse en las cartas y tablillas que había sobre la mesa. Vero parecía tener mucha

correspondencia, aunque no había respondido ni una sola de mis misivas en más de un año y, por lo que parecía, ni siquiera las tenía ahí.

Aquello me decepcionó un poco y, cuando estaba a punto de sentarme, una palabra escrita a toda prisa en una de las tablillas me llamó la atención.

Tiberio Julio Alejandro, el prefecto de Egipto, del que me había hablado Damara.

–Si fueras cualquier otro, ya hubiera hecho que te sacaran los ojos.

Retrocedí rápidamente y miré a Vero, que me observaba desde la entrada con los brazos cruzados.

–Lo siento –me apresuré a disculparme.

Pareció relajarse y me invitó a sentarme con un gesto.

–Esas cartas tienen información delicada, Julia, y son confidenciales –me explicó con suavidad, cogiendo otra silla y colocándose ante mí–. Has impresionado a Cerialis. Enhorabuena, no suele ocurrir. Pero ahora quiero que me cuentes lo que no le has dicho a él. Desde el principio.

Aunque su gesto y su voz eran amables, supe que sería inflexible. Poco a poco, le desgrané la muerte de nuestro padre y lo ocurrido desde entonces: mis intentos por conservar nuestro patrimonio y mi pacto con Otón para lograrlo; las gestiones, ventas y acuerdos; mis visitas a Sabino para obtener información de Judea; los problemas con Lucio, y el empeño de Décimo por casarme con Aureliano...

–¿Esa fue la verdadera razón para huir de Roma?

Noté que la angustia me dejaba sin voz, pero me esforcé por permanecer fuerte.

–Intentó violarme.

Vero apretó la mandíbula y se puso en pie, derribando la silla. Por un momento, temí su reacción, pero se limitó a darme la espalda y a apretar los puños.

–Cuéntame qué ocurrió.

Tras una breve vacilación, le desgrané mis planes para casarme con Justino y cómo se había ido todo al traste cuando Aureliano se enteró. Vero apretó la empuñadura de su espada al escuchar cómo me había tratado, pero se volvió sorprendido cuando le expliqué cómo me libré de él.

–¿Mataste a un hombre?

Asentí y, con cuidado, me quité el puñal con el que me recogía el pelo y que había mandado hacer. Mi hermano lo cogió y lo desenvainó antes de comprobar su filo. Me lo devolvió con un gesto de admiración.

–¿Y el resto?

–Se encargó Silo –dije mientras volvía a colocármelo–. Después fue

cuando llegó Filipo y me avisó de que Vitelio pretendía acabar con cualquiera que hubiera apoyado a Otón esa misma noche. Alguien los traicionó y había hecho una lista con todos los nombres.

Sin muchos detalles, le hablé de mi huida de la ciudad, del barco y del naufragio, así como de los piratas, de Damara y de la caravana.

–¿Qué va a pasar con ellos?

–¿Con Joshua y los demás? Nada, mañana podrán retomar su camino hacia Jerusalén, aunque sin armas ni provisiones.

–Pensé que los convertiríais en esclavos –dije.

–Serían bocas que alimentar y no nos lo podemos permitir. Crucificaremos a los piratas como advertencia a los que se atreven a desafiar a Roma, pero nos viene bien que Joshua llegue a Jerusalén: sin armas ni comida, hará que aumente la tensión entre los rebeldes y, con un poco de suerte, se matarán entre ellos.

–Me gustaría despedirme de Damara –admití tras pensármelo.

No logré descifrar la mirada de mi hermano.

–Mañana tendrás la oportunidad de hacerlo. Nos iremos al alba, igual que ellos.

–¿Por qué vamos a Efraín?

–Debemos reunirnos con Vespasiano.

–Ya –repliqué–, pero sabes a lo que me refiero.

Vero hizo una mueca.

–Cerialis considera que tienes información que podría serle útil. Aquí, las noticias sobre Roma tardan en llegar y son fragmentarias.

–Supongo que tendrá algo que ver con las cartas que tienes ahí y que hablan sobre Alejandro y sobre Muciano, el gobernador de Siria.

–Cuidado, Julia, hay cosas que no te corresponde saber.

La sutil amenaza que noté en su voz me indicó que era mejor no seguir por ese camino. Sin embargo, con su actitud había revelado lo suficiente: si Vespasiano tenía contacto estrecho con el gobernador de Siria y con el prefecto de Egipto, y, además, estaba interesado en saber lo que ocurría en Roma con Vitelio y los partidarios de Otón, estaba claro que planeaba algo.

–¿Desde cuándo te encargas de eso? –Señalé el escritorio con la cabeza.

Sonrió débilmente.

–¿De coordinar a los espías e informantes? Desde hace más de un año. Tito estuvo de acuerdo en que viniera a esta legión para controlar el sur de Judea. Él se encarga del norte y de Jerusalén, yo respondo directamente ante él.

En aquel momento, uno de los soldados apostados ante la puerta entró. No necesitó decir nada, porque Vero captó enseguida el mensaje.

–Ya han terminado de montar una tienda para que pases la noche.

Ven, te la enseñaré. Además, seguro que tienes hambre.

Desde luego, no había comido nada desde el almuerzo. Seguí a Vero hasta una tienda no muy lejana donde Silo, ya aseado, y otro esclavo, al que reconocí inmediatamente, nos esperaban.

–¡Urbano!

–¡Julia! Bienvenida.

Con su tranquilidad habitual, me indicó que me sentara ante una mesa donde ya esperaban un par de cuencos humeantes. Urbano rondaba los cincuenta años y, en su juventud, había acompañado a mi padre en sus campañas militares. Cuando Vero vino a Judea, Publio consideró que necesitaría alguien de confianza que conociera la vida en las legiones y lo había mandado con él. Vero y yo comenzamos a cenar charlando tranquilamente. Cuando ya llevaba la mitad, me di cuenta de que mi hermano me miraba cada poco.

–Estás distinta, Julia –comentó al verse descubierto.

–Tú también.

–¿Sabes? He pensado mucho en cómo te encontraría cuando volviera a Roma, en cómo habrían cambiado las cosas. Siempre creí que padre seguiría vivo y tú estarías rodeada de niños.

Reí, aunque el recuerdo de Publio se me clavó como un hierro ardiendo en las entrañas.

–Vas a tener que esperar algo más para tener sobrinos.

–Lo sé, no te preocupes. Siento la muerte de tu esposo –añadió tras una breve vacilación.

–Es mejor así –le aseguré.

Nos perdimos cada uno en nuestros pensamientos, hasta que me decidí a plantear la pregunta que llevaba meses haciéndome.

–¿Por qué no respondiste a mis cartas?

Mi hermano suspiró.

–Me sentía incapaz, no tengo excusa. Lo he intentado mil veces, pero pienso en todo lo que has pasado tras la muerte de padre y me quedo en blanco.

–Vero, me hubiera valido cualquier cosa que me indicara que seguías vivo...

–Lo sé, lo siento. Perdóname, por favor.

Nos quedamos en silencio unos instantes, pero al final le sonreí.

–No te preocupes, todo está bien –le aseguré.

Decidí cambiar de tema y terminamos de cenar entre anécdotas y risas, recordando un tiempo en el que no teníamos responsabilidades y los veranos se alargaban más allá de septiembre. Puede que Vero hubiera cambiado, que tuviera que cumplir con su papel de tribuno ante sus hombres, pero, en el fondo, seguía siendo el hermano pequeño que recordaba y al que tanto había echado de menos.

Capítulo 22: El jefe de los espías

26 de mayo del 69

Hundí las manos en el agua fresca y me esforcé por lavarme lo mejor que pude. Estábamos a finales de mayo y en Judea comenzaba a hacer calor hasta por las noches.

Esa misma mañana, Vero me había conseguido un peine y también algo más de ropa que me valiera, a pesar de que estábamos en un campamento militar. Preferí no preguntar su procedencia.

Vero, que charlaba con uno de los soldados, me sonrió levemente.

–Buenos días –me saludó mientras yo le tendía a Silo el equipaje para que lo colocara en el caballo que me llevaría a Efraín–. Partiremos dentro de poco. Si quieres despedirte de alguien de la caravana, es el momento.

Joshua y el resto también estaban preparándose para irse. Cerialis les había dejado comer algo la noche anterior, pero, en aquel momento, los soldados les estaban requisando las provisiones que les quedaban ignorando sus quejas. Damara también estaba allí, aunque un poco apartada del resto, perdida en sus pensamientos mientras consolaba a su niña, que lloraba refugiada en su pecho.

–¿Cómo estás? –le pregunté agachándome a su lado.

–La noche ha sido larga –reconoció–, pero nos dejan seguir hasta Jerusalén.

–Me alegro mucho, Damara, de verdad. Me gustaría darte las gracias por todo lo que me has ayudado.

–No tienes que hacerlo –me aseguró–. Si Silo y tú no os hubierais dado cuenta de la emboscada a tiempo, es posible que ni yo ni los niños estuviéramos ahora aquí.

La tomé de las manos.

–Ten cuidado en Jerusalén, por favor. Si me permites un consejo –dije, tras una breve vacilación–, coge a tu familia y márchate. Vete a Damasco con tu hermano. Si, por casualidad, acabas en Roma, ve al Aventino, busca el templo de la Bona Dea y pregunta por Filipo. Él te ayudará y me avisará.

Noté que a la joven se le llenaban los ojos de lágrimas.

–Muchas gracias –musitó–. No tengo nada para compensarte.

–Damara, me ofreciste tu casa sin saber quién era. Déjame hacer lo mismo –le pedí.

Ella asintió y me sonrió mientras la niña intentaba llamar su atención.

–Tengo hambre –murmuró la pequeña.

Miré rápidamente a mi alrededor para comprobar que nadie se fijaba en nosotras y le tendí una manzana de la bolsa que llevaba para el viaje.

–Cómela rápido –le dije–, antes de que se den cuenta.

La niña me la arrebató y comenzó a mordisquearla en aquel mismo instante.

De pronto, alguien me tocó el hombro y vi que Vero estaba a mi lado.

–Tenemos que irnos ya –dijo con la mirada clavada en la fruta.

Le dirigí una última sonrisa a Damara.

–Espero que nos volvamos a ver.

Me puse en pie y, en ese momento, un soldado se fijó en la manzana de la niña, pero un gesto de mi hermano fue suficiente para que volviera a centrarse en rebuscar entre las pertenencias de Joshua.

Cruzamos el campamento hasta llegar a los caballos, donde sus hombres ya nos esperaban. Junto a ellos, Silo y Urbano terminaban de asegurarse de que el equipaje estaba bien sujeto. Dos hombres, vestidos con una simple túnica, intercambiaron varias palabras con Vero y se pusieron en marcha.

–Son la avanzadilla, nos avisarán si hay algún peligro –me explicó ante mi pregunta muda–. ¿Te acuerdas de cómo montar? –preguntó Vero, ya sobre su propio caballo.

–Esas cosas no se olvidan –le sonreí, acariciando el cuello del mío–. Además, también recuerdo que siempre te ganaba cuando cabalgábamos.

Vero me miró, divertido, pero no respondió.

–Vendrás a mi lado, aunque si hay problemas retrocederás hasta el centro del grupo –dijo antes de ponerse en marcha.

Salimos por la puerta norte del campamento, cerca de la cual se alzaban las cruces de donde colgaban Isaac y el resto de los piratas desde el alba. Pude fijarme en que algunos aún estaban vivos, pero apenas respiraban. Era evidente que antes de crucificarlos se habían ensañado con ellos, porque muchos mostraban marcas de golpes y latigazos. Aparté la vista y me topé con la mirada de Vero, que estaba evaluando mi reacción. Ninguno de los dos dijo nada mientras nos alejábamos.

Mi hermano dirigía el paso. Allí, con la espalda recta sobre el caballo y los ojos brillando con la luz del amanecer, era innegable que era hijo de mi padre. Tenían la misma postura, el mismo gesto e idéntica seguridad, lo que me hizo sonreír para mis adentros.

Pronto cambiamos de rumbo y nos comenzamos a dirigir al noreste.

–¿A cuánto queda Efraín? –le pregunté.

–Llegaremos al anochecer, si todo va bien.

–¿Tenemos que atravesar esa cordillera? –inquirí, señalando con la cabeza las suaves laderas a las que nos dirigíamos.

–Sí, aunque espero que podamos llegar a ella antes de que el sol comience a hacerse insoportable.

–¿Jerusalén no está en esa dirección?

Mi hermano observó el paisaje que se abría ante nosotros.

–Según avancemos, empezará a quedarnos al sur –me indicó–. Mi intención es evitar la ciudad por el norte, aunque no llegaremos hasta Betala, que se ha sublevado. Por eso, en Eleasa nos desviaremos hacia el este. Tendremos que tener cuidado: a veces, las tropas de Simón bar Giorá patrullan esa zona.

–La verdad es que no me ha quedado claro quién es ese tal Simón ni lo que está pasando en Jerusalén –admití.

–No me extraña. Tienen un buen lío montado. Adiviné un brillo inteligente en su mirada; era obvio que había descubierto mis intenciones–. ¿Qué quieres saber, Julia?

–Todo.

–Me llevaría días. Tendré que resumírtelo –dijo con un tono divertido.

Me mostré de acuerdo y le dejé ordenar sus pensamientos.

–Bien –comenzó–, antes que nada, recuerda que los judíos están divididos en distintas ramas según su interpretación de los textos sobre los que se basa su religión. Cada uno de estos grupos, entre los que se incluyen distintas sectas más o menos violentas, tienen ideas distintas, aunque coinciden en un enemigo común…

–Roma.

–Exacto –dijo Vero–, pero para lo demás no se ponen de acuerdo.

–¿En nada?

–Bueno –concedió mi hermano–, en los puntos básicos de su religión sí, por supuesto: guardan el sábado, celebran la Pascua y esas cosas.

–¿Pascua?

–Sí, festejan que su dios les libró de la esclavitud en Egipto, o algo así –respondió él, encogiéndose de hombros–. Sin embargo, deben añorar esos tiempos, porque se están esforzando bastante para que los esclavicemos… El caso es que hay tal mezcla de grupos, sectas y mesías que no se aclaran ni ellos. Sin embargo, durante las revueltas que iniciaron la guerra, los sectores más mayoritarios se hicieron con el poder y, tras la expulsión de Cestio Galo y la Decimosegunda, formaron un gobierno provisional.

–Espera, Cestio Galo era el que no fue capaz de tomar Jerusalén con treinta mil hombres, ¿no?

–Sí, llevó una legión ante las puertas de la ciudad y, cuando lo único que tenía que hacer era traspasarlas, se retiró hacia la costa con los judíos pisándole los talones. Lo alcanzaron en el paso de Beth Horon.

Fue una masacre. Perdió cinco mil hombres en un día.

–¿Y el gobierno provisional?

–Se estableció en Jerusalén liderado por fariseos y saduceos, más o menos moderados, al mando de los cuales estaba Ananías. Organizaron la defensa del territorio rebelde y designaron varios comandantes, de modo que, cuando Vespasiano llegó a Ptolemaida con cuatro legiones, muchas de las ciudades del norte se habían fortificado, como Jotapata.

–¿Esa no era la base de uno de los líderes rebeldes? –Recordé las noticias que me contaba mi padre de vez en cuando.

–Sí, de Josefo. Tardó un mes y medio en caer. Fue uno de los primeros sitios en los que participé. Después de aquello, Vespasiano le perdonó la vida y Josefo se ha unido a nosotros. Ha resultado ser un orador bastante decente –admitió.

Vi que estuvo a punto de añadir algo más, pero guardó silencio.

–Toda Galilea cayó ese verano –continuó–, y nuestra base se estableció en Cesarea. Con el norte tranquilo y la región de Samaria de nuestra parte, en primavera avanzamos hacia la capital de Perea, Gadara. Sus ciudadanos, al vernos venir, ejecutaron a los rebeldes y derribaron las murallas. Su rendición nos supuso controlar todo el territorio al este de Jerusalén.

–¿Y qué hizo el gobierno provisional?

Vero se permitió reír suavemente.

–Nada, estaban muy ocupados matándose entre ellos. Jerusalén era un caos, igual que ahora, pero con cada derrota el gobierno moderado perdía poder. Al final, después de varios baños de sangre, Simón bar Giorá, el líder de los sicarios, consiguió movilizar a veinte mil desde Idumea y masacró la ciudad. En estos momentos, está dividida en varias facciones. Supongo que las tensiones seguirán aumentando. Con un poco de suerte, se matarán entre ellos y nos facilitarán las cosas.

Me quedé pensativa, analizando lo que me había contado. Vero no me molestó y, aunque intercambiaba algunas palabras con sus hombres, se mantenía vigilante. El paisaje, que al ascender se había poblado de árboles, volvía a recuperar su aridez según avanzábamos hacia el noreste, como si la lluvia se centrara en una única zona y olvidara a sus vecinas.

A mediodía hicimos un alto.

En un momento dado, cuando todos estaban ocupados, Vero se sentó a mi lado.

–He estado pensando en la conversación que tuvimos anoche –dijo, mirándome a los ojos– y creo que es necesario que sepas algo.

Me preocupé.

–¿De qué se trata?

Mi hermano pareció incómodo y observó el trajín de sus hombres.

–Como sabes, Décimo me envió varias cartas, al igual que tú. En ellas me ponía al corriente de lo que hacías y me instaba a autorizar tu boda con Aureliano.

Recordé que Décimo me había amenazado con ello.

–Una de esas misivas me la entregaron tras la toma de Gerasa. Lo que en un principio iba a ser un asedio fácil se complicó y, bueno, fue un desastre. Estaba enfadado, Julia, y una carta de Décimo quejándose de ti no ayudaba –suspiró–, por lo que le respondí. No recuerdo exactamente qué le puse, pero le prohibí hacer nada hasta que yo estuviera de vuelta en Roma, incluso concertar tu boda. Estoy seguro de que la recibió.

Me quedé en silencio, analizando las implicaciones de sus palabras.

–Décimo ha estado mintiéndome todo este tiempo –murmuré, aunque no me extrañaba.

–Hablaré con él al volver a Roma, Julia, y me encargaré de Aureliano, aunque sabes que tendrás que casarte de nuevo, ¿verdad?

Dejé la mirada perdida entre los árboles.

–Solo te pido que tengas en cuenta mi opinión: no quiero pasar un infierno otra vez.

–No es mi intención hacerte desgraciada.

Asentí, pero decidí cambiar de tema.

–¿Tú qué vas a hacer cuando termine esta guerra?

Vero acabó por encogerse de hombros.

–Lo arreglaré todo en Roma, y después quién sabe... Pretendo seguir en el ejército hasta que pueda presentarme a cualquier cargo público. Me gusta esto, se me da bien.

–Padre estaría orgulloso de ti –le aseguré.

Vero sonrió y, aunque se esforzó en esconder el dolor que le producía saber que Publio no estaría allí para celebrar sus éxitos, lo conocía demasiado bien como para no darme cuenta. En el fondo, yo estaba más preparada para superar el duelo: el primero me había alcanzado cuando era muy pequeña con la muerte de nuestra madre, de la que Vero, que acababa de nacer, no se acordaba.

–La comida está lista –dijo Urbano, desviando nuestra atención.

Mi hermano se puso en pie y se acercó a sus hombres, que estaban enzarzados en una animada conversación. Me di cuenta de que no hablaban en latín y supuse que serían parte de las tropas auxiliares que había aportado Herodes Agripa al inicio de la guerra. Sin embargo, cuando se unió a ellos, cambiaron rápidamente de idioma para incluirlo en la conversación, a pesar de que Vero podía entenderlos.

Media hora más tarde, dio la orden de partir.

–Julia –me llamó antes de subir al caballo–, esto es tuyo.

–Son... son los pendientes con los que pagué a Joshua...

–Lo sé, los reconocí cuando registramos sus pertenencias.
–Pero si estabas conmigo durante el registro...
Él montó en el caballo y me sonrió.
–No mientras te despedías de aquella mujer. Vamos.
Nos pusimos en marcha.
–Vero..., ¿qué va a pasar conmigo después de hablar con Vespasiano?
–No lo sé. ¿Por qué me preguntas eso?
–Empiezo a pensar que lo sabes todo –admití.
Mi hermano rio y negó con la cabeza.
–Ojalá, Julia. Lo único que te puedo decir es que tu lugar no es un campamento militar, y Vespasiano lo sabe tan bien como tú. Supongo que te enviará a Cesarea, aunque no te lo puedo asegurar. Si la información que le proporciones le parece útil, te querrá tener cerca. Además, allí está Berenice. Si se lo pide Tito, su amante, te hará un hueco en su círculo. Es la hermana de Herodes Agripa –me explicó.
–Es decir, que me tendrá controlada. ¿Hasta cuándo tendré que quedarme allí?
–Al menos hasta que acabe la guerra.
–¿Y después?
Vero frunció levemente el ceño.
–Ya veremos.
Tuve la impresión de que había algo que no me estaba contando.
–¿Cómo avanza la contienda? –inquirí, en un intento por calcular cuánto tiempo tendría que estar bajo la vigilancia de Berenice.
–Bien, pero aún no está ganada. Jerusalén es fuerte y no será fácil entrar en ella.
–¿Vais a asediarla?
–Aún no –respondió Vero, sin apartar los ojos del camino. Volví a tener la sensación de que sabía mucho más de lo que me contaba.
–En Roma se comenta que se está alargando innecesariamente –le tanteé.
–En Roma no saben cuál es la situación aquí –replicó con seriedad–. Vespasiano es un buen general y acabará con la revuelta, pero tiene que ir paso a paso. Sería una insensatez lanzarse contra las murallas de Jerusalén tal y como hizo Cestio Galo.
Iba a replicar, pero mi hermano me interrumpió.
–Por favor, hablemos de otra cosa. No sabes lo que echo de menos tener una conversación sobre temas más mundanos. ¿Cómo está Livia? En una de tus cartas comentaste que había tenido un hijo...
Fruncí el ceño. En cuanto había empezado a hablar del rumbo de la guerra, había comenzado a mostrarse increíblemente reservado, pero aquel no era el momento para indagar más.
La tarde fue pasando más deprisa de lo que había pensado y, en un alto que hicimos junto a un arroyo, uno de los hombres que

constituían la avanzadilla vino a nuestro encuentro. Supe que había ocurrido algo en el momento en el que mi hermano dio por terminado el descanso y decidió reemprender la marcha.

–Julia, es mejor que vayas en el centro de la comitiva esta vez. Peto, a mi lado. Estamos cerca de Efraín, pero es posible que tengamos que dar un rodeo y nos lleve más tiempo: hay problemas en Betala.

Vi que la seriedad había vuelto a sus ojos y, por primera vez en todo el día, tuve miedo.

–No te preocupes –me dijo Urbano colocándose a mi lado–. Silo y yo te protegeremos.

Avanzamos tomando todas las precauciones necesarias y pronto llegó hasta nosotros el fragor de la batalla. En la distancia, una ciudad amurallada se estremecía ante el asedio de las máquinas de guerra romanas. Nos detuvimos, parcialmente escondidos entre las rocas y los arbustos.

–¿Qué legión es? –le pregunté a Urbano en un susurro.

–La Décima Fretensis –respondió Vero, que me había oído.

De pronto, un estruendo que hizo temblar el suelo me obligó a apretar los dientes: parte de la muralla acababa de derrumbarse. A continuación, los soldados se lanzaron al asalto de la ciudad, envuelta en humo, polvo y cenizas.

–Ha escapado un grupo de defensores –comentó uno de los soldados–. ¿Los perseguimos?

Me fijé en la dirección en la que señalaba y pude comprobar que, efectivamente, un centenar de personas habían salido por otra puerta y, aprovechando que el ejército estaba ocupado despejando la brecha de la muralla, corrían hacia el sur intentando escapar de una unidad de caballería.

–No. Van a Jerusalén. Dejemos que le cuenten a Simón que Batala ha caído –respondió mi hermano sin inmutarse, antes de reanudar la marcha.

Noté que había estado conteniendo la respiración y tomé aire, que traía el olor del polvo y del fuego. No tardamos mucho en dejar atrás Batala y el infierno que se había desatado en la ciudad.

Vero aumentó el pasó según caía la tarde. El paisaje cada vez era más árido y los caballos empezaban a dar muestras de cansancio, pero no les dimos tregua. Cuando el sol se hundía en el horizonte, nos topamos con la primera patrulla en las inmediaciones de Efraín, que nos estaba esperando. Probablemente, les había avisado la avanzadilla, que ya debía haber llegado al campamento. Nada más cruzar la empalizada que los soldados estaban terminando de levantar, unos hombres se hicieron cargo de los caballos y Vero encargó a Urbano que se las apañara para encontrarnos alguna tienda en la que pasar la noche.

–Tito quiere vernos ahora –me informó–. Será mejor que vayamos.

Me temblaban las piernas después del largo día cabalgando, pero asentí. Su aspecto, por dentro y por fuera, era idéntico al de cualquier otra carpa de mando, como si todas estuvieran hechas con el mismo patrón: lo bastante amplia para las reuniones de los oficiales, con el tradicional mapa desplegado sobre una mesa. Y, contemplándolo, dos hombres. Uno que debía rondar los sesenta años y otro más joven.

Reconocí a Tito y supuse que, por su enorme parecido, el otro debía ser Vespasiano, su padre.

–Mañana seguiremos –dispuso este último antes de dirigirse a nosotros, que apenas habíamos atravesado el umbral–. ¿Qué ocurre?

–Traemos una carta de Cerialis –respondió Vero con cierta solemnidad.

Vespasiano nos indicó que nos acercáramos y, de pronto, me sentí como una intrusa, pero me obligué a seguir a mi hermano. Cuando la luz de las lucernas iluminó nuestros rostros, pude ver la sorpresa de Tito al reconocerme.

–¿Julia?

–¿La conoces? –preguntó su padre, tras tomar la misiva que le tendía mi hermano.

–Sí –respondió Tito volviéndose hacia él–, nos encontramos en casa de Sabino, en Roma.

Por la mirada que intercambiaron, supe que habían hablado de aquella conversación. Vespasiano rompió el sello de la carta y comenzó a leer rápidamente mientras Tito nos observaba.

–¿Habéis pasado por Batala para llegar hasta aquí, Vero? ¿Cómo va el asedio?

–Advertimos una brecha en la muralla. A estas alturas, supongo que la Décima Fretensis ya habrá tomado la ciudad.

Vespasiano, una vez leída la carta, nos invitó a sentarnos frente a él antes de tenderle la misiva a Tito.

–Así que vienes de Roma –me dijo–. ¿Cómo está Sabino? ¿Y Domiciano, mi hijo?

–Todos se encuentran bien –le aseguré.

–Supongo que la situación en la ciudad es complicada...

–Y no solo en ella –respondí mirando de reojo a Vero, que me animó a continuar–: la península sigue desgajada por las consecuencias de la guerra.

Vespasiano se recostó en la silla y me indicó que siguiera hablando.

Poco a poco, le dije lo mismo que a Cerialis, desgranando con detalle los últimos acontecimientos y explicándole las acciones de Vitelio. En aquella ocasión, era Tito el que tomaba notas apresuradas en una tablilla. Me preguntaron nombres y, cuando acabé, la mirada significativa que intercambiaron Tito y Vero me indicó que mis palabras habían confirmado, al menos en parte, lo que contenían sus

informes. No obstante, yo también había descubierto, por su actitud, lo que estaban planeando. Tanto interés en los enemigos de Vitelio únicamente podía significar que buscaban aliados. El resto era sencillo de imaginar. Se avecinaba otra guerra civil.

Los tres parecieron reflexionar durante varios minutos en los que permanecí impasible, hasta que Tito reaccionó y, con la excusa de que parecía cansada, hizo que uno de sus hombres me acompañara hasta la tienda en la que pasaría la noche.

Obedecí, dócil, y seguí al centurión. Silo ya estaba allí, colocando en el suelo la estera que le serviría de colchón hasta que nos fuéramos, y Urbano daba vueltas alrededor de la tienda que se encontraba justo enfrente, por lo que supuse que aquella sería la de mi hermano.

–No nos han asignado escolta –me dijo sacándome de mi ensimismamiento–, por lo que dormiré delante de la puerta para evitar que entre nadie.

Apenas le presté atención, pues seguía dando vueltas a mis sospechas. Vespasiano controlaba cuatro legiones que, sumadas a las fuerzas de Siria y Egipto, con cuyos gobernadores mantenía contacto, daban lugar a una fuerza nada despreciable. Sabía que aquello era el primer paso para que se unieran a su causa las provincias de Asia, y me estremecí al comprender el alcance de lo que se estaba planeando. Por eso estaba retrasando la toma de Jerusalén: mientras hubiera guerra, el emperador no podía mandar de vuelta a las legiones.

No sé cuánto tiempo estuve así, notando el vértigo al pensar en lo grande que me quedaba todo aquello, pero, cuando Vero volvió, ya era noche cerrada.

–Pensé que estarías dormida –me dijo con una sonrisa–. ¿Tienes hambre?

Asentí y me indicó que lo acompañara a su tienda. Parecía contento. Urbano nos sirvió un cuenco a cada uno y Vero les dio permiso tanto a él como a Silo para que cenaran fuera, de modo que pudiéramos hablar a solas.

–Vespasiano ha decidido mandarte a Cesarea, tal y como esperábamos.

–¿Cuándo partiremos?

–Cuando tomemos Efraín y aseguremos la zona. Yo no podré ir contigo: tengo que regresar a Emaús.

–¿Tengo que ir sola hasta Cesarea?

–Acompañarás de vuelta a uno de los carros de suministros que hacen la ruta cada poco. Llevan una buena escolta y no te pasará nada.

Mi hermano me observó unos segundos remover el guiso con la cuchara.

–¿Qué ocurre, Julia? Pensé que te alegrarías de marcharte de aquí.

–Y así es –le aseguré. Solo llevaba dos días en aquel ambiente militar y ya se me habían hecho muy largos, a pesar de los intentos de Vero por que estuviera cómoda–, pero tengo miedo por ti.

–Puedes estar tranquila. No voy a dejar que los rebeldes acaben conmigo.

–Lo sé, en realidad me refería a otra cosa.

–¿Entonces?

Me tembló el labio, pero me repuse rápidamente.

–Sé lo que estáis planeando.

La expresión de Vero se volvió gélida y me hizo recordar que estaba hablando con el jefe de los espías.

–Por tu propia seguridad, espero que te equivoques.

–No quiero conocer los detalles, pero sí que recuerdes por qué murió nuestro padre.

Nos miramos unos instantes en la penumbra que la débil llama de las lucernas no conseguía hacer desaparecer.

–Lo acusaron de traición al emperador, Vero –dije mientras notaba una lágrima resbalar rauda por mi mejilla–, y le concedieron el «privilegio» de poder suicidarse. Tuvo el tiempo justo de escribir una carta antes de morir en mis brazos. No quiero que acabes igual. Sería incapaz de soportar otra vez lo mismo.

Mi hermano apartó su cuenco para poder apoyarse mejor en la mesa.

–La situación es distinta.

–Es cierto –admití–, padre no participó en ninguna conspiración.

–Precisamente: estaba solo, sin apoyos, sin nadie que lo defendiera.

–Tito Vinio no estaba solo –le recordé–, y por eso mismo le cortaron la cabeza en mitad del foro, junto a Galba. Ni Otón, y decidió suicidarse para no arriesgarse a caer en manos de Vitelio...

–Basta, Julia –ordenó Vero sin alzar la voz, pero con el peligro asomando en la mirada–. Esto no es algo sobre lo que puedas opinar.

–Solo te pido que tengas cuidado.

–Lo tendré. Deberías ir a dormir. Pareces agotada.

Me di cuenta de que nuestra conversación acababa ahí. Miré unos momentos a mi hermano, pero sus ojos habían vuelto a perder la calidez que recordaba y comprendí que sus palabras escondían una orden que no admitía réplica.

Aquella noche soñé con Vero, con esa mirada tras la que se abría un abismo del que no era capaz de intuir el fondo.

Capítulo 23: Los hombres de Vitelio

1 de junio del 69

El rumor se extendió tan rápido como la peste: Vespasiano había aceptado el nombramiento de príncipe por parte del gobernador de Siria, Muciano, y de sus propias legiones.

Ya no había marcha atrás.

Vero, como no podía ser de otro modo, tenía el dudoso honor de estar en mitad de todo. Desde luego, podíamos ir olvidándonos de nuestras propiedades, de la villa y de la casa, al menos hasta que Vespasiano resultara vencedor de aquella guerra que acababa de comenzar. Si perdía, nosotros no conservaríamos ni un lugar donde enterrarnos.

Me giré en la cama, incapaz de dormir. Mi hermano, que en principio tendría que haber retornado a Emaús hacía unos cuantos días, seguía en el campamento por deseo de Tito. No sabía qué le había encargado exactamente, pero apenas lo veía. Siempre que tenía un rato me buscaba y se comportaba como de costumbre, aunque podía ver una sombra en el fondo de sus ojos que me indicaba que todavía le rondaba por la cabeza nuestra conversación.

Mis días en el campamento eran sumamente aburridos. Vero me había prohibido salir y andar por ahí sola, pero, aunque sabía que lo hacía por mi bien, no evitaba que las horas se me hicieran eternas. Tito me vio tantas veces sentada delante de la tienda, observando los soldados pasar, que, al final, había venido a charlar un rato conmigo y a prestarme algunos rollos de pergamino para que leyera. Eran tratados sobre aburridas tácticas militares, pero se lo agradecí igual.

Efraín había caído a mediodía. Durante toda la tarde, el campamento adoptó un aire festivo únicamente interrumpido por los soldados heridos que trasladaban a toda prisa hasta la enfermería. El vino corrió generosamente entre la tropa, lo que provocó algunos altercados. Al caer la noche, la mitad de la legión estaba borracha mientras la otra se encargaba de hacer guardia.

Cuando ya pensaba que iba a poder descansar, Silo se levantó por tercera vez y se escabulló rumbo a la letrina.

* * *

Clavé los ojos en el techo de la tienda, hasta que, exasperada, me senté en la cama. Fue entonces cuando oí un crujido en el exterior que

me hizo entrecerrar los ojos. Me levanté rápidamente y me recogí el pelo con la daga. Otro crujido, esta vez más cerca y seguido de un susurro, me despabiló por completo. No estaba segura del motivo, pero supe que estaba en peligro.

Deslicé los pies en las sandalias antes de esconderme junto a la entrada, tras la cortina. Recordé cómo me había librado de Aureliano y me apresuré a agarrar la palangana que el esclavo rellenaba de agua cada mañana. Durante unos instantes, no se oyó nada y estuve a punto de pensar que todo eran imaginaciones mías, pero mi instinto me retuvo allí, inmóvil.

De pronto, la tela de la entrada se movió con un siseo y entraron dos hombres que se apresuraron a colocarla de nuevo en su sitio. No tenían los ojos acostumbrados a la oscuridad, pero yo sí, y pude ver que cada uno portaba una daga, lista para usarla.

Se movieron en silencio y aguanté la respiración.

Pensé desesperadamente cómo sobrevivir y las palabras de Silo me retumbaron en los oídos: era rápida, tenía que usarlo a mi favor. Cuando el primero estaba al lado de la cama, estampé la palangana contra la cabeza del que guardaba la entrada, que se desplomó con un ruido sordo, antes de salir de allí de un salto y echar a correr.

Pensé en meterme en la tienda de mi hermano, pero no le hubiera dado tiempo a reaccionar, por lo que giré en dirección al centro del campamento, donde los mandos de la legión estaban protegidos por soldados sobrios que montaban guardia. No me hizo falta mirar atrás para saber que el segundo hombre había comenzado a seguirme tras soltar un improperio. Con el ruido que hacíamos, cualquier otra noche habríamos despertado a medio campamento.

Corrí todo lo rápido que pude, con la túnica levantada hasta la rodilla. No obstante, pronto comenzó a faltarme el aliento, así que me volví e hice lo que Silo me había enseñado: le golpeé con todas mis fuerzas en la muñeca. La daga que llevaba salió volando y aterrizó demasiado lejos de nuestro alcance, pero apenas pude alegrarme, porque el impulso que llevábamos nos hizo rodar por el suelo.

Grité e intenté quitármelo de encima a golpes. No obstante, era más fuerte que yo y sus manos me rodearon el cuello. Abrí mucho los ojos. No podía respirar. Pataleé y le arañé los brazos, desesperada, pero la vista comenzó a nublárseme y mis movimientos se hicieron pesados, como si mi cuerpo ya no me perteneciera. Solo escuchaba su respiración, esa de la que a mí me privaba. Mi mano cayó sobre el suelo y rozó un objeto que había salido despedido de su funda en el forcejeo: la daga que me recogía el pelo.

Con mis últimas fuerzas, la agarré y se la clavé donde calculé que debía tener el cuello.

Fallé por poco, pero la afilada hoja se hundió en su hombro y le

sorprendió tanto que retrocedió con un quejido, relajando la presión que ejercía sobre mi cuello.

Tomé aire sintiendo que me ardían los pulmones, mientras los sonidos volvían a mí. Pero él volvió a lanzarse sobre mí, momento en el que escuché un golpe seco. A continuación, el hombre se desplomó a mi lado, como un muñeco de trapo, y yo me alejé de él arrastrándome como pude, tosiendo.

Vero apareció ante mí con la espada desenvainada y la preocupación reflejada en la cara.

–¡Respira! –me dijo, tomándome por los hombros–. Por todos los dioses, Julia, respira.

La siguiente bocanada trajo consigo el sabor del polvo y, por primera vez, fui consciente de lo que me rodeaba. Mi hermano estaba allí, arrodillado a mi lado y sujetándome contra él a la vez que me apartaba el pelo de la cara. Silo, un paso por detrás, vigilaba las sombras que proyectaba la débil luz de las antorchas. Volví un poco la cabeza, lo que me costó horrores, para poder ver al hombre que me había atacado, pero no lo reconocí. De pie junto a él, uno de los soldados no le quitaba los ojos de encima, con la espada desenvainada. Creí reconocerlo como uno de los tribunos de la legión, pero vestido con una túnica para dormir y con la oscuridad reinante era difícil saberlo.

Tito llegó para hacerse cargo de la situación en cuanto empezaron a congregarse los legionarios. Vero y Silo me ayudaron a ponerme en pie a pesar de que seguía temblando.

–Llevadla a la enfermería –dijo Tito–, pero tú no, Vero. Vosotros cinco, escoltadla. Cesio, conmigo. Reforzad la guardia. No quiero que nadie salga del campamento.

Silo tomó el relevo a Vero, que no me quitaba los ojos de encima. Me temblaban las piernas y seguía respirando con dificultad, pero me las apañé para llegar a la enfermería. Por suerte, alguien se nos había adelantado para despertar al médico.

–¡Vaya! Esto no se ve todos los días –comentó cuando me indicó que me sentara en una de las pocas banquetas que no estaban ocupadas por los heridos–. Una mujer que no viene de parto por culpa de alguno de vosotros, panda de gandules.

Alguna risa floja me indicó que aquel era el tono habitual que usaba con sus pacientes.

–¡Ah, desgraciados! Si reís es que no estáis tan mal. Tendría que echaros a todos –se burló antes de dedicarme una sonrisa–. Acércate y dime, ¿qué te ha pasado que está todo el campamento revolucionado?

Intenté hablar, pero no fui capaz de emitir ningún sonido. El hombre, que no debía tener más de cincuenta años y olía bastante a vino rancio, chasqueó la lengua y comenzó a palparme el cuello. Me

estremecí al sentir sus dedos.

–Has tenido suerte. No te ha roto la tráquea. ¿Cómo te llamas?

Al ver que seguía sin poder hablar, él tomó una jarra de vino dulce, me sirvió un vaso y me indicó que bebiera. A pequeños sorbos, logré acabarlo bajo su atenta mirada.

–Prueba ahora –ordenó–. ¿Cómo te llamas?

–Julia... –musité.

–Anda, si puedes hablar –me sonrió–. Tus cuerdas vocales están bien, aunque tendrás que seguir tomando vino con miel. Eso sí, aléjate de esa bazofia barata que beben por aquí, solo hará que enfermes de verdad. Ahora, levántate la túnica.

Lo miré alarmada y él soltó una carcajada que resonó por la tienda.

–Estás sangrando, niña. Tengo que curarte. No voy a hacerte nada.

Bajé la vista y me di cuenta de que tenía razón. Al caer al suelo debía haberme golpeado la rodilla derecha. La túnica estaba desgarrada y podía ver la herida abierta que empapaba la tela.

–¿No te duele? –me preguntó una vez que Silo me ayudó a dejarla al descubierto.

Negué con la cabeza. Ni siquiera me había dado cuenta.

–Bueno, pues te dolerá –aseguró, tomando una jarra después de olisquear lo que contenía–. Estira la pierna.

La primera gota que dejó caer sobre la herida me quemó como si fuera hierro candente. Gemí e intenté retroceder, pero el hombre me había agarrado con fuerza por el tobillo y no dejó que me moviera.

–No hará falta ni coserla, con un emplasto y unos días sin correr por ahí estará perfecta –comentó.

En aquel momento, mientras el médico recuperaba su mortero y empezaba a mezclar distintas hierbas, la puerta de la enfermería se abrió y entró Vero, que echó un rápido vistazo a su alrededor antes de acercarse a mí.

–¿Cómo estás? –preguntó, apretándome con suavidad el hombro.

–Sobrevivirá –se adelantó el médico–. Vaya, eres tú. Pensé que te habían matado. Hace mucho que no te pasas por aquí a saludar.

Mi hermano esbozó la débil sombra de una sonrisa.

–Prefiero mantenerme lejos.

El sanador negó con la cabeza antes de comenzar a aplicarme el emplasto.

–Sois todos iguales. Os salvo la vida y echáis a correr en cuanto podéis. Él me dio más trabajo que todos estos juntos –me dijo, señalándolo.

Vero amplió su sonrisa y colocó una mano sobre el hombro del médico, en un gesto de camaradería, pero también de amenaza, que no me pasó desapercibido.

–Próculo, no me acordaba de lo mucho que te gusta quejarte.

–Lo justo, Vero, lo justo. Ya sabes que me considero un privilegiado. A diferencia de estos hombres –dijo, haciendo un gesto que abarcaba toda la enfermería–, yo conservo las dos piernas, ningún judío ha intentado abrirme la cabeza y puedo comer sin ayuda.

–Y hablar.

–Hay que estar entretenido –admitió el médico, mientras terminaba de vendarme la rodilla–, si no la vida sería demasiado aburrida.

Se puso en pie y me indicó que hiciera lo mismo.

–Cuídate, niña –dijo–, y recuerda que, aunque la suerte te sonríe igual que a tu hermano, algún día se os acabará.

Me sorprendió que supiera exactamente quién era, pero Vero no le dio importancia. Lo seguí fuera de la tienda, con Silo a mi lado, y me di cuenta de que, en el tiempo que había pasado dentro, ya había comenzado a clarear el día.

–No hagas mucho caso a Próculo. Es buen médico, pero se pasa el día medio borracho y filosofando. Ven, volvamos a mi tienda.

Cuando llegamos, me senté en la cama y se me empezó a emborronar la vista.

–El vino... –murmuré.

–Es un calmante –respondió Vero–, lo hace siempre. Descansa, Julia, ahora estás a salvo. Hay cinco hombres haciendo guardia y Silo y Urbano cuidarán de ti. Yo tengo asuntos que resolver, pero volveré en un par de horas.

Añadió algo más que no fui capaz de entender mientras me sumía en un sueño artificial, sin pesadillas. Las imágenes pasaron ante mis ojos como si se tratara de un desfile, tan lejanas que parecía que ni siquiera me pertenecían. Rostros y situaciones que no recordaba haber vivido se mezclaban con la cadencia perezosa de los días calurosos de verano, cuando las horas pasan al son del canto de los grillos. Había escenas violentas, pero también increíblemente dulces, aunque ambas tras un velo que hacía que me fueran indiferentes. Yo no estaba ahí y aquello no era real.

Me desperté horas más tarde, sudando y con la boca seca, sintiendo que me ahogaba. Urbano, que estaba sentado a mi lado, me ayudó a incorporarme y me tendió un vaso de agua que bebí con avidez, intentado deshacerme del sabor a tierra que el sueño me había dejado. A su lado, un plato de comida ya frío esperaba a que diera cuenta de él.

–¿Cuánto tiempo llevo dormida?

–Toda la mañana.

–¿Y Silo?

–Regresará en un rato, no te preocupes.

–Ayúdame a vestirme –le pedí, poniéndome en pie.

Aún notaba la voz algo ronca, pero no me dolía tanto la garganta.

Después, me recogí el pelo con la daga, que alguien había limpiado a conciencia, y observé en el espejo las marcas que comenzaban a aparecer en el cuello. Justo en ese instante, me llegó el retazo de una conversación en el exterior y Vero entró en la tienda. Advertí que traía las manos manchadas de sangre, pero no osé preguntar nada mientras se lavaba rápidamente en la palangana. Indicó a Urbano que saliera y se sentó delante de mí. Parecía cansado y las ojeras habían hecho acto de presencia en su rostro.

–¿Cómo estás?

–Mejor.

–¿Puedes hablar? –Ante mi asentimiento, Vero clavó sus ojos en los míos y me di cuenta de que, aunque tuviera la deferencia de conversar así conmigo, en aquel momento estaba hablando con el jefe de los espías–. ¿Por qué intentan matarte, Julia?

–No lo sé.

–¿Conocías a ese hombre?

Negué con la cabeza. Intenté recordar si había visto antes su cara, pero estaba segura de que era la primera vez que nos encontrábamos.

–Cuéntame exactamente lo que ha ocurrido, incluye hasta lo que no te parezca importante.

No tenía demasiado que narrar, pero lo hice con todo el detalle que fui capaz.

–¿Se mantuvo todo el rato callado? –inquirió Vero tras reflexionar un momento.

Ahora asentí. Sabía que la situación era grave, pero no entendía mi implicación. Mi hermano se levantó y se paseó por la estancia, pensativo.

–¿Habéis encontrado a su compañero? –pregunté.

–No. Silo lo vio salir corriendo de tu tienda y, ante tu ausencia, me despertó. Después oímos tu grito y fuimos hacia ti, por lo que tuvo tiempo de sobra de escapar. De todos modos, están registrando el campamento.

Vero se dio cuenta de que me había puesto a temblar y se sentó a mi lado.

–Estás a salvo, Julia, pero necesito que pienses por qué van a por ti –insistió–. A ese hombre le encargaron matarte. Tu cabeza cuesta seiscientos sestercios. Nadie paga el sueldo anual de un campesino sin un buen motivo.

–¿Qué os ha dicho?

–No mucho –admitió Vero después de titubear. Entendía que era información reservada, pero necesitaba más datos para comprender qué estaba pasando–. Alguien que venía de Roma contactó con él en las inmediaciones de Cesarea. Le dieron tu nombre y le prometieron una recompensa si te mataba.

–¿Cómo supo dónde estaba?
–Te recuerdo que, cuando intervinimos la caravana, gritaste tu nombre a todo el que quisiera escucharte. Solo tuvo que estar atento a los cotilleos y seguir el rastro.
Escondí el rostro entre las manos. Mi intención era esconderme y ahora medio Imperio sabía dónde estaba. Por primera vez, me di cuenta de las consecuencias que podría tener aquello para Vero y comenzaron a arderme las mejillas. Yo, que había hecho todo lo posible para conservar el patrimonio de mi padre y para que, de ese modo, mi hermano pudiera entrar en el Senado, lo estaba echando todo a perder.
–No tenía que haber venido a Judea –musité–. Lo siento muchísimo. Me iré mañana mismo.
–Imposible.
–No necesito escolta –le aseguré–. Partiré con la primera caravana que salga hacia Cesarea y así dejaré de causar problemas.
–No puedes –repitió Vero observándome con gesto serio–. Ni Vespasiano ni Tito lo permitirán.
–¿Qué quieres decir?
Él torció brevemente el gesto.
–Tito sospecha que el ataque está relacionado con la proclamación de su padre como príncipe. Es una cuestión de Estado, no te van a dejar machar. Están convencidos de que posees información valiosa.
Sentí que se me hacía un nudo en el estómago y busqué en los ojos de mi hermano algo que me indicara que no compartía sus suposiciones. Fue en vano.
–Vero, te prometo que desconozco sus planes. Vengo de Roma, no sabía ni cómo iba la guerra aquí. Es imposible que tuviera ni el más remoto indicio de lo que iban a hacer, te lo juro.
Mi hermano negó con la cabeza.
–Julia, no se trata de lo que sabes de aquí, sino de la situación en la capital. La única conexión que he logrado establecer entre el atacante y tú es Roma. Tiene que ser algo que consideras de poca importancia pero que en cambio merezca la pena matar por ello. ¿Qué enemigos tienes allí?
Me encogí de hombros con un gesto de impotencia.
–Décimo, Vitelio, Aureliano...
–Bien, de uno en uno. ¿Por qué nuestro abuelo querría matarte?
–No se me ocurre nada tan grave como para que Décimo se tome esa molestia.
–A mí tampoco –admitió Vero–. ¿Vitelio?
–Me amenazó. Quizá le sentara mal que me escapara en sus narices, no lo sé.
–¿Y Aureliano?

Me estremecí al recordarlo.
–Es bastante tacaño. No sé hasta qué punto estaría dispuesto a pagar ese dinero por matarme.
–Algo que no comprendo es por qué Aureliano se ha obsesionado de esa manera por casarse contigo –dijo al poco–. Entiendo que hacer negocios con Décimo puede ser muy ventajoso, y más siendo plebeyo, pero hay otras jóvenes en Roma que pueden otorgarle riqueza y hacerlo ascender socialmente. Existen padres sin escrúpulos que no dudarían en prometer a sus hijas con él con tal de participar en sus tratos comerciales. Pocos les pondrían tantas pegas como tú.
–Es por los barcos –le respondí–. Aureliano sabe que los he estado gestionando y sospecho que Décimo se la ha jugado y no le ha dicho que, al ser tuyos, están fuera de mi dote.
–¿Los barcos?
–Así es. Aureliano se ha dedicado a comprar criaderos de animales salvajes en todo el sur del Mediterráneo: Cyrene, Sabratha, Lepcis Magna, Alejandría, Tiro... Pero no tiene forma de transportarlos hasta Roma para los juegos; necesita navíos. Cree que, si se casa conmigo, podrá tenerlos sin necesidad de gastar ni un as.
Vero, que había palidecido, me observó unos instantes.
–¿Estás segura de que los ha comprado en esos lugares?
Fruncí el ceño ligeramente, sin entender.
–Sí, claro, le ordené a Filipo investigar todos los movimientos de Aureliano y, precisamente, fue así como nos enteramos de lo de los barcos. ¿Por qué?
Vero se masajeó la sien con los ojos cerrados.
–No te imaginas el lío en el que estás metida. Tenemos que avisar a Tito, es importante –dijo poniéndose en pie–. Acompáñame.
Por un momento, enmudecí. Era evidente que había encontrado una conexión que yo, sin todos los datos de los que disponía él, era incapaz de ver. Lo seguí hasta el centro del campamento y, aunque él entró primero en la tienda de Tito, poco después uno de los soldados salió a buscarme.
Vero me esperaba dentro junto con Tito, Vespasiano y un hombre al que no reconocí. El gesto de los cuatro era severo mientras observaban un mapa que habían desplegado sobre la mesa central. Dudé, pero mi hermano me hizo una seña para que me aproximara, lo que atrajo sobre mí la mirada de todos los presentes.
Por un momento, me sentí insignificante, pero me habían educado para mantener la cabeza alta. Por suerte, la luz que entraba por la puerta y la débil llama de las lucernas no les permitirían ver el miedo en mis ojos.
–Dinos dónde tiene ese tal Aureliano los criaderos de animales –me ordenó Vespasiano.

Poco a poco, repetí los lugares que ya le había indicado a Vero, que se dedicó a marcarlos en el mapa con guijarros de colores, y añadí los que recordaba haber oído a Filipo. Cuando acabé, el silencio inundó la estancia.

–¿Cesio?

–Coinciden –afirmó el tribuno, tendiéndole a Tito la tablilla que había estado consultando–, aunque faltan algunos.

Miré a los cuatro hombres alternativamente. Vero parecía cansado, lo que no impedía que centrara toda su atención en el mapa; Vespasiano, que no debía haber pasado una buena noche, hacía girar su anillo, pensativo; Tito, tras devolverle la tablilla al tribuno, intentaba leer la expresión de mi hermano, y el otro hombre me observaba directamente a mí. Fue el general el que puso fin a aquel silencio.

–¿Entiendes ya por qué te quieren matar?

Negué con la cabeza.

–Vero, explícaselo –ordenó Vespasiano.

–Cuando Vitelio ascendió al trono –dijo, volviéndose hacia mí–, lo primero que hizo fue enviar hombres de su confianza por todo el Imperio para asegurarse de que cada una de las legiones le prestaba el juramento de fidelidad obligatorio. Sin embargo, esos enviados también tenían la misión de ser los ojos de Vitelio fuera de Roma, para lo que delegaron en agentes locales antes de regresar a la capital. Eso no nos supuso ningún problema, porque los tenemos controlados. Por supuesto, pronto comprendió que íbamos un paso por delante. Cuando las legiones comenzaron a inquietarse y se dieron cuenta de que no es digno de sentarse en el trono, entendió que necesitaba gente a la que no tuviéramos vigilada.

–Desde hace casi dos semanas los agentes locales están quietos, sin moverse de sus casas –intervino Tito. Lo único que sabemos es que, justo antes, viajaron a cada una de esas localizaciones.

–Suponemos que ha enviado gente directamente desde Roma –continuó Vero–; gente que tenga más fácil infiltrarse entre nuestras filas para conocer nuestros planes, sobre todo ahora.

Aunque mi hermano no lo dijo expresamente, comprendí a lo que se refería: si Vespasiano, que había sido proclamado príncipe, conseguía más apoyos, se proclamaría también emperador y, con siete legiones a su mando, Vitelio tendría mucho por lo que preocuparse.

–Me temo que no entiendo qué tengo que ver en todo esto –murmuré.

–Vitelio lleva poco tiempo en el trono –explicó Tito–. Es incapaz de crear una red de espías de la nada. Necesita aprovecharse de conexiones ya existentes.

–Aureliano es partidario de Vitelio –continuó mi hermano, omitiendo deliberadamente el hecho de que nuestro abuelo también estaba

metido en el ajo–. Conoce a gente importante en su gobierno, tú misma lo dijiste.

–El caso –intervino Tito– es que Aureliano cuenta con haciendas en toda la costa, tanto las que ha comprado recientemente como las que poseía de antes, y con rutas establecidas desde hace años que Vitelio sabía que no atraerían nuestra atención.

–Además –siguió Vero–, tiene una red clientelar inmensa que le es fiel, solo tenía que movilizarla desde Roma para que cumpliera con las órdenes de Vitelio. Es gente que desconocemos, Julia, pero que tú sí puedes identificar porque llevas un año topándote con ellos al hacerte cargo de los barcos.

En aquel momento, lo entendí todo de golpe. Vitelio estaba usando los hombres de Aureliano para obtener información de los planes de Vespasiano aprovechando que ni Vero ni Tito los conocían. Con lo que no habían contado era con mi presencia en Judea. Mi hermano tenía razón: aunque olvidé sus nombres, recordaba sus caras. Filipo me los había señalado cuando nos cruzábamos con ellos y mi atención se había centrado en reconocerlos para poder evitarlos. Aquello explicaba por qué intentaban matarme: tenía la clave para acabar con aquella red de espías.

Se me hizo un nudo en el estómago y miré a cada uno de los hombres presentes, que me observaban sin interrumpir mis pensamientos.

–¿Qué va a pasar ahora conmigo? –pregunté, sabiendo que ya habían planeado sus próximos movimientos.

–Aquí no estás a salvo –admitió Vespasiano–, y en Cesarea tampoco. Podemos tener más espías infiltrados y quizá la próxima vez la fortuna te dé la espalda –aventuró. Aunque lo dijo como si se preocupara de verdad por mi seguridad, supe de inmediato que lo único que le importaba era lo que sabía–. Partirás al alba hacia Alejandría, en secreto.

Noté que se me secaba la boca.

–Supongo que no será un viaje de ocio... y que tendré que hacer algo a cambio de vuestra protección.

Tito sonrió ligeramente, pero dejó que su padre contestara.

–Sí. Ha llegado a nuestros oídos que alguien está intentando aprovecharse de las tensiones de la ciudad para colocar a un gobernador favorable a Vitelio. No sabemos quién es, pero, si se trata de un hombre de Aureliano, serás capaz de identificarlo y podremos encargarnos de él.

Miré a Vero de reojo. Si se escribía con Tiberio Alejandro, debía estar al corriente de aquello.

–Por supuesto –continuó Vespasiano–, no viajarás sola. Cesio irá contigo: conoce bien el camino y te protegerá.

Observé al hombre que se mantenía entre las sombras y que apenas había intervenido en la conversación. Fui incapaz de distinguir sus rasgos, pero noté su mirada sobre mí.

–¿Y por qué no me acompaña Vero?

Mi hermano sonrió débilmente.

–Yo tengo que quedarme aquí en Judea, Julia.

No añadió nada más, pero pude sentir que tras sus palabras se escondían otros planes.

–Irá con vosotros hasta Emaús, aunque después vuestros caminos se separarán –dijo Vespasiano.

¿Qué otra cosa podía hacer salvo aceptar? Al fin y al cabo, ya estaba decidido.

La conversación no duró mucho más. Al poco, salí de la tienda e inspiré un aire que olía a vino y ceniza, la mezcla entre la victoria que se celebraba en el campamento y la desolación que se extendía tras los muros de Efraín.

–Julia –me llamó mi hermano–, este es Aulo Cesio Alenio, tribuno de la legión Decimoquinta Apollinaris. A partir de ahora, se encargará de protegerte.

Observé al hombre que acompañaba a Vero. Era ligeramente más alto que mi hermano y, aunque dentro de la tienda apenas había podido fijarme en él, bajo el deslumbrante sol de junio me di cuenta de que sus ojos contenían el Mediterráneo. Eran azules, pero no como los de los bárbaros de Germania, congelados en un hielo pálido y perpetuo, sino que tenían la tonalidad oscura del mar en verano, cuando las olas en calma se extienden hasta el horizonte. Una estrecha banda púrpura en su túnica me indicó que pertenecía al orden ecuestre.

–Partiremos al alba –continuó Vero–, por lo que deberías descansar. Yo tengo que ir a avisar a mis propios hombres, pero Cesio te acompañará hasta la tienda.

Asentí y observé cómo se marchaba tras mirar brevemente al tribuno, que se quedó en silencio a mi lado. Me hizo sentir tan incómoda que eché a andar con rapidez. No habló en todo el camino, pese a lo cual respondió a los hombres que lo saludaron al pasar con un gesto muy leve que hizo que el sol arrancara reflejos cobrizos de su pelo oscuro. Llegamos a la tienda en silencio y él se quedó fuera. Sin embargo, cuando entré me encontré con una escena que no me esperaba.

–¿Qué está pasando aquí? –inquirí mientras Silo y Urbano se apresuraban a ponerse en pie. Silo tenía el torso descubierto y estaba muy pálido. Urbano intentó esconder un paño manchado de sangre sin mucho éxito tras él.

–No es nada –me aseguró el esclavo de mi hermano.

Iba a seguir hablando, pero le ordené con un ademán que cerrara la boca. Los ojos de Silo estaban clavados en los míos y me sostenía la mirada en un gesto desafiante.

–Date la vuelta, Silo.

–No es nada, no hace falta... –me volvió a asegurar Urbano intentando evitarlo.

Me bastó una mirada para hacerlo enmudecer. Silo se giró y me mostró la espalda, donde se apreciaban a la perfección las marcas que había dejado la vara con la que lo habían golpeado. Conté casi veinte finas líneas rojas que contrastaban con la palidez de su cuerpo. Además, cerca de los hombros, donde el sol le quemó tras el naufragio, la piel se había abierto, provocando heridas que no hacía demasiado que habían dejado de sangrar.

–¿Esto lo ha ordenado Vero? –le pregunté a Urbano, que tenía la vista clavada en el suelo.

El esclavo asintió secamente y yo apreté los dientes.

–Silo, vístete y acompáñame. Urbano –lo interrumpí cuando vi que pretendía intervenir–, prepara el equipaje: partimos mañana.

Aunque asintió en silencio, supe que, en cuanto nos alejáramos, iría a buscar a Vero para informarlo. Sin embargo, no podía impedírselo: le tenía más miedo a él que a mí.

Salí de la tienda seguida por Silo y me topé con Cesio, que hablaba con uno de los soldados que hacían guardia ante ella.

–¿Cómo se va a la enfermería? –le pregunté, intentando no sonar demasiado seca.

El tribuno nos miró a ambos y me pareció ver una ligera vacilación en su mirada antes de indicarme que lo siguiera. Hicimos el trayecto de nuevo en silencio, pero esta vez estaba demasiado perdida en mis pensamientos como para sentirme incómoda.

–¡Vaya! Veo que no has tardado mucho en volver –comentó Próculo cuando llegamos.

–No estoy aquí por mí. Silo, enséñaselo.

El esclavo dudó un instante, pero se quitó la túnica con un gesto de dolor. El médico alzó una ceja al ver su espalda y le indicó que se sentara mientras rebuscaba entre los cuencos que tenía sobre una mesa atestada de cosas. Cuando encontró lo que quería, se volvió de nuevo hacia Silo.

–Te va a doler –lo avisó, antes de untar un paño con el contenido del cuenco y ponerlo sobre los hombros del esclavo, que apretó los puños.

Le observé curarlo en silencio, escuchando cada comentario que hacía.

–¿Qué le ocurrió a mi hermano? –le pregunté cuando estaba terminando de colocar una venda sobre una de las heridas.

La referencia a Vero le hizo fruncir levemente el ceño.

–Eso tendrá que contártelo él.
–Solo quiero saber si fue grave –repliqué.
–Cualquier herida en la guerra es grave si se complica –respondió, indicando a Silo que podía vestirse–. Lo único que te diré es que Vero tiene una larga cicatriz en el costado debido a una espada que estuvo a punto de llegarle hasta las costillas en la toma de Gerasa. Por suerte, la coraza lo evitó. ¿Es suficiente?
Asentí en silencio, comprendiendo que, aunque Próculo no lo dijera, había estado en juego su vida. Antes de irnos, el médico me tendió un pequeño bote de cerámica.
–Para tu cuello –me dijo–, y para sus heridas.
Caminamos de vuelta en silencio, y, cuando llegué a la tienda, no me sorprendió que Vero ya estuviera allí.
–Ve a ayudar a Urbano con los preparativos del viaje –le indiqué a Silo para poder quedarme a solas con mi hermano.
El esclavo se esfumó de inmediato y Vero no dijo nada, pero me tendió un vaso de vino que se estaba sirviendo antes de invitarme a sentarme frente a él.
–Mañana tendremos una buena escolta –me aseguró, probando la bebida, demasiado especiada para mi gusto–. A mis hombres se unirán los seis de Cesio, por lo que no creo que tengamos problemas.
–¿Solo seis?
–No podéis llamar la atención –me explicó–, y una compañía más numerosa no pasaría desapercibida. Piensa que, con el propio Cesio y con Silo, serán ocho espadas las que te protegerán.
Observé a Vero mordisquear un trozo de queso.
–¿Crees que Silo está en condiciones de luchar? –inquirí con voz inocente.
Mi hermano, al que Urbano ya había avisado, no se sorprendió.
–En un día estará completamente recuperado –me aseguró, sin el más mínimo rastro de emoción en la voz. El abismo había vuelto a sus ojos, infranqueable.
–No te correspondía a ti castigarlo –repliqué.
–Te dejó sola, Julia, y han estado a punto de matarte. Veinte azotes me siguen pareciendo pocos para lo que merece, créeme, pero no se puede desaprovechar una espada más. Sabes tan bien como yo que he sido clemente: otro en mi lugar le hubiera arrancado la piel a tiras.
–No lo dudo, Vero –dije con tono gélido–, pero te repito que no te corresponde a ti castigarlo. Es mi esclavo, no el tuyo.
–Aquí no tienes los medios para ello y, seamos sinceros, eres tan blanda como padre para estas cosas. Además, te recuerdo que ahora soy yo el *pater familias*.
Apreté los dientes. Sabía que tenía razón, pero eso no evitaba que me ardiera la sangre.

–Lo único que te pido –dije, controlando mi enfado– es que me consultes las cosas.

–Está bien –cedió al fin–, pero no quiero que vuelvas a cuestionar mi autoridad.

Parpadeé, confundida.

–No lo he hecho. He acatado tus órdenes.

Vero parecía calmado, pero algo en su expresión me produjo un escalofrío.

–Has llevado a Silo a la enfermería, te opusiste públicamente a mi castigo y me desafiaste. Ni se te ocurra volver a hacerlo, no lo permitiré.

Supe que hablaba muy en serio y me vi obligada a desviar la mirada. No estábamos en Roma, sino en medio de una guerra, y Vero necesitaba el respeto de sus hombres.

–Lo siento –me disculpé–, solo quería que estuviera en buenas condiciones para el viaje.

–Lo sé –admitió con un suspiro, rebajando la tensión del ambiente–, pero parece que no me conoces: yo mismo hubiera ordenado que lo curaran si esta noche sus heridas hubieran empeorado –dijo, sirviéndose más vino e indicándome que comiera algo–. ¿Cómo estás tú? –Su mirada se había suavizado y tenía aquella chispa cálida en ella de nuevo.

–Próculo dice que no me quedarán marcas, pero aún me duele –comenté, rozando el lugar donde las manos del atacante se habían hundido en mi carne.

–Próculo es un buen médico –me aseguró.

Asentí y lo observé comer en silencio. Por supuesto, no tardó en notar que me pasaba algo.

–Me gustaría ver al que me atacó –dije, respondiendo a su muda pregunta.

–¿Por qué? Es un miserable, nada más, ya me he ocupado personalmente de él.

–Lo sé –admití haciendo una mueca–, pero me gustaría mirarle a la cara y convencerme por mí misma de que no me volverá a hacer daño.

Vero me observó unos segundos, reflexionando.

–Muy bien –accedió–, te acompañaré.

Esperé a que terminara de cenar y luego ambos salimos de la tienda, donde los hombres de Cesio hacían guardia. El tribuno no estaba muy lejos, atento a nuestros movimientos, por lo que se unió a nosotros en silencio. Se mostró inexpresivo cuando Vero le reveló nuestros planes, pero organizó la escolta rápidamente. Me fijé en que, aunque la relación entre ambos era correcta, no llegaba más allá. Cada uno era consciente de la autoridad del otro y sabían cómo ponerse de acuerdo.

Caminamos en silencio y traspasamos una de las puertas del

campamento en el momento exacto en el que el sol comenzaba a ponerse en el horizonte. No me costó adivinar a dónde nos dirigíamos. Sobre una pequeña elevación, varias cruces que unos días atrás no estaban ahí se alzaban en silencio. Mi hermano me señaló la más cercana y me acerqué despacio, sin apartar la vista del hombre que colgaba de ella.

Apenas pude reconocerlo. Le faltaban varios dedos y la sangre seca le recorría los brazos como si se tratara de arroyos. Cada uno de ellos desembocaba en el mar de golpes que le coloreaba el pecho con varias tonalidades distintas. Sus piernas, delgadas pero fuertes, estaban llenas de marcas de latigazos y me pareció que una de ellas estaba rota. Sin embargo, lo que más me impresionó fue su cara, amoratada e hinchada por los golpes. No necesité ver nada más. Me di la vuelta, consciente de que aquel hombre no aguantaría vivo hasta el amanecer, y me alejé.

Volví junto a mi hermano. Sabía que aquello era el resultado de su interrogatorio y tuve la certeza de que, si lo había hecho crucificar así a la entrada del campamento, no era solo para dar ejemplo, sino que se trataba también de una amenaza a todos aquellos que pretendieran hacerme daño. Le creí cuando me dijo que me protegería y ahora sabía que no dudaría en hacerlo.

–¿Estás bien? –me preguntó cuando llegué a su lado.

Asentí y caminé junto a él y el tribuno de vuelta al campamento.

La noche era cálida y prometía que el próximo día sería bochornoso, indiferente al viaje que estábamos a punto de comenzar.

Capítulo 24: El tribuno

3 de junio del 69

Me recogí el pelo en una larga trenza y la aseguré con la daga. Ni siquiera había amanecido, pero ya estaba preparada para partir. Llegamos con la caída del sol a Emaús, donde la legión de mi hermano estaba acantonada, tras un viaje sin incidencias aunque terriblemente aburrido. Cerialis nos estaba esperando y reclamó a Vero al instante, por lo que tardó casi una hora en poder reunirse conmigo de nuevo y comprobar que me habían dispuesto una tienda junto a la suya, esta vez dotada de escolta.

–¿Cómo tienes la espalda? –le pregunté a Silo, volviéndome hacia él.

–Mejor –me aseguró, mientras terminaba de recoger nuestro equipaje. En aquel momento, oí los retazos de una conversación fuera, y, poco después, Vero asomó la cabeza dentro de la tienda. Sonrió al verme lista y le indicó a Silo que nos dejara a solas.

Me fijé en las ojeras que le enmarcaban los ojos, que, sin embargo, no le habían impedido levantarse antes del alba para despedirse. Se había puesto el uniforme que indicaba su rango y estaba imponente.

–Nos volveremos a ver antes de lo que crees –me aseguró al detectar mi tristeza, y luego me tomó por los hombros.

No pude evitar suspirar.

–Ten mucho cuidado, por favor –le supliqué–, y evita arriesgarte más de lo necesario cuando toméis Hebrón.

–Ni siquiera te voy a preguntar cómo sabes a dónde nos dirigimos –dijo, ampliando su sonrisa–, pero no te preocupes por mí.

Intenté no llorar. Odiaba las despedidas. Vero lo notó y me abrazó.

–Tenías que ser tú quien me acompañara a Alejandría.

–Sabes que no puedo –me respondió en un susurro–. Cesio cuidará de ti. Tito no se lo habría encargado si no confiara en él. Además, si te pasa algo, tendrá que vérselas también conmigo. Estarás bien, Julia.

Me separé para poder mirarlo a los ojos.

–Esta vez quiero que me escribas –lo avisé–. No vuelvas a dejarme meses sin saber nada de ti porque soy capaz de venir a buscarte, y te aseguro que entonces los sicarios de Simón te parecerán inofensivos a mi lado.

Vero rio suavemente, aunque sabía que hablaba muy en serio.

–Te escribiré, te lo prometo, pero debes partir ya, Julia. Tenéis que aprovechar estas horas en las que no hace demasiado calor –me recordó.

Salimos de la tienda y Vero me acompañó hasta donde el resto de la comitiva estaba ultimando los preparativos para irse. Parecían animados a pesar de lo temprano que era. Con ayuda de Silo, me subí a la yegua negra que me habían preparado.

–Es igual de tozuda que tú –me susurró mi hermano, con el orgullo en los ojos–, pero obediente y resistente. La compré hace unos meses. Cuídala bien.

–Gracias –dije, abrumada.

Vero le restó importancia con un gesto y me tendió algo envuelto en una tela impermeable.

–¿Qué es?

–Letras de pago. Hay un par de padre que no he cobrado. Espero que no te pongan problemas. Las otras dos son mías: te dan acceso a mi cuenta y llevan mi sello. Por si acaso, también hay una misiva para el banquero, un egipcio bastante desconfiado, pero muy bueno contando denarios. Lo encontrarás en el foro de Alejandría. Te he escrito su nombre en la carta. Úsalas si las necesitas. Adiós, Julia.

Noté que se me hacía un nudo en la garganta y se me volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

Los hombres ya estaban en formación, esperando la orden de Cesio, que, tras intercambiar una mirada con Vero, se puso en marcha. Nos alejamos lentamente de Emaús cuando el alba empezaba a teñir el cielo de tonos rosados. Vero nos observó marchar desde la puerta del campamento. Yo no dejé de mirarle hasta que estuve demasiado lejos como para distinguirlo. Después, erguida sobre la yegua, me preparé mentalmente para dos semanas de interminable marcha hasta Alejandría. Podrían haber sido menos, pero Cesio no quería problemas y pretendía evitar todos los enclaves rebeldes posibles. Su plan era bordear las montañas, controladas por la legión, y torcer hacia el oeste, de modo que en dos días estuviéramos en Ashkelon y pudiéramos continuar por el camino de la costa. Mi hermano, que conocía nuestro itinerario, me había asegurado que era el más seguro: atravesar Idumea para entrar en el desierto por Beerseba era una locura, teniendo en cuenta a los rebeldes que ocupaban la zona.

No pude evitar preocuparme por Vero. Ellos sí que usarían esa ruta para atacar una de sus plazas más importantes, Hebrón. Aquella guerra ya habría acabado si Vespasiano no estuviera retrasando los acontecimientos para tener posibilidades de ocupar el trono.

Continuamos nuestro camino hasta mediodía, cuando hicimos un alto junto a un arroyo para descansar y para que los animales pudieran beber. Silo me tuvo que ayudar a bajar. Dos días seguidos subida a un caballo hacían que pareciera un cervatillo recién nacido cuando intentaba andar.

–Te acostumbrarás –me aseguró entre risas el soldado más veterano,

antes de echarse agua por la cabeza para mitigar el calor.

–Eso espero. No me gustaría parecer un pato el resto de mi vida. Estiré las piernas por allí mientras Silo y otros dos se encargaban de preparar algo que comer. Me dolía la espalda y tenía los brazos tensos de manejar las riendas, aunque la yegua de mi hermano era dócil y prácticamente no tenía que dirigirla. La observé pastar tranquilamente, ajena a la cháchara de los soldados.

–Es un ejemplar magnífico.

Di un respingo, tomada por sorpresa, y me giré rápidamente para encontrarme con los ojos azules del tribuno, que estaban centrados en el animal. No lo había oído llegar.

–Hay buenos criaderos en Cesarea, tu hermano eligió bien –me aseguró antes de que pudiera responderle–. La comida está lista. Eres nuestra invitada, por lo que te sentarás a mi lado.

Después, se dio la vuelta sin esperar réplica.

–Espera –lo retuve tras vacilar un instante–. Sé que fuiste tú quien evitó que me mataran hace tres noches, gracias.

Él le quitó importancia con un gesto y volvió junto a sus hombres. Lo observé. Aunque lo disimulaba muy bien, podía notar que no estaba a gusto. Me senté donde me indicó y tomé el cuenco que me tendió Silo. Evité hacer una mueca de disgusto y metí la cuchara en las gachas: era lo único que teníamos para comer.

Estuvimos un buen rato más allí, esperando que el sol descendiera un poco para reanudar la marcha. Cuando pensé que nunca continuaríamos nuestro camino, el tribuno dio la orden de partir y volvimos a los caballos. Intenté colocarme mejor que la última vez, pero seguía incómoda.

–Pon la espalda recta –me dijo el soldado más veterano–, relaja los hombros y levanta la cabeza. Estás tensa y el animal lo nota. Tranquila, no te va a tirar.

Lo intenté y le miré alzando una ceja.

–Más o menos –admitió con una mueca–. Aprenderás con la práctica. Aquel alcornoque de ahí –señaló– tampoco tenía ni idea y míralo ahora.

El aludido giró la cabeza hacia nosotros.

–Vete a la mierda.

No pude evitar una sonrisa divertida mientras los dos hombres se enzarzaban en una discusión amistosa. Cesio no dijo nada, pero también parecía disfrutarlo.

–Por cierto, me llamo Mario, y el cabestro aquel se llama Festo.

El hombre volvió a girarse.

–¿No tienes nadie más con quien meterte hoy?

–Ninguno salta como una rana cada vez que lo provoco.

La risa fue general. No tardé mucho en darme cuenta de que a Mario

le encantaba hablar. Por su acento, debía de ser de las inmediaciones del Ponto, y en nada cogió la confianza suficiente como para empezar a contarme su vida.

–¡Por Júpiter, otra vez lo de la taberna! –se quejó uno de los hombres.

–Calla, Numerio, que ella no lo sabe.

–Pues no lo entiendo –replicó otro de los soldados, Rústico–. Con todo lo que hablas, tienen que haber oído hablar de ella hasta en Britania.

–¿Una taberna? –quise saber.

Los hombres resoplaron. Mario sonrió y acercó un poco su caballo al mío, aunque sin perder la formación.

–Me quedan tres años para jubilarme –explicó– y, con el dinero que me den, voy a montar una taberna. Ya tengo elegido el sitio, solo me falta poder hacerme con él. Es el lugar perfecto. A ver si mi yerno consigue un precio asequible.

–¡Tu yerno es un inútil! –gritó Festo desde el inicio de la comitiva.

–¡Cierra la boca, zoquete, si no quieres que te la cierre yo! –le respondió Mario–. Es el marido de mi hija –siguió contándome–, y un poco tonto sí que es, pero la chiquilla tiene el mismo carácter que su madre y a ver cómo le decía yo que no quería que se casara con él... Claro que ahora mis nietos son medio bobos, pero bueno, ella se encarga de espabilarlos. Tiene una mala leche de mil demonios. Por eso sé que sabrá llevar la taberna sin problemas: una voz suya y tendrá a todos tiesos como varas.

Sonreí imaginando la escena.

–¿Y dónde planeas poner esa famosa taberna?

–En Damasco, que es donde viven ellos, pero no te puedo decir la esquina exacta: no quiero que me la quites.

–Nunca se me ocurriría –le aseguré–. ¿Ya has pensado en el nombre?

–La Taberna de Mario, evidentemente.

–¡Cenutrio, hay cientos de Marios por todo el Imperio! –se cachondeó uno de los soldados.

–Seguro que en Damasco no hay tantos –le quitó importancia él, ignorando los bufidos de sus compañeros.

El resto de la conversación giró en torno a cuántas posibilidades había de que en Damasco hubiera dos establecimientos que llamaran exactamente igual. Al final, Mario se vio obligado a admitir que tendría que darle otra vuelta al nombre.

–El plato principal será la liebre en salsa –continuó–. No hay nadie que la haga mejor que yo.

Aquella vez, fue la risa de Cesio la que me sorprendió: no esperaba que fuera a participar. El tribuno seguía con la vista en el camino, pero pudimos oírlo perfectamente.

–¡Llevas diciendo eso desde que te conozco!
–Cazar una liebre no es fácil.
–Yo te consigo una cuando quieras –intervino el más joven de los soldados, Festo–. Esta misma noche, si es preciso.
Vi el gesto alarmado de Mario, que comenzó a poner mil excusas. Cesio no dijo nada y lo observé, evaluándolo. Por su forma de hablar, era capaz de situar su origen en el sur de la península itálica, quizás incluso en alguna de las ciudades de origen griego que habían surgido antes de que Roma fuera más que una simple aldea. Para ser tribuno, tenía que pertenecer al orden ecuestre, tal y como demostraba el anillo de oro que llevaba en la mano izquierda, y sus padres tenían que ser dueños de, al menos, una pequeña fortuna. Sin embargo, no parecía el hijo de un rico acomodado y prepotente. Supuse por lo tanto que debía tratarse de alguien cuya familia había empezado a reunir riqueza a finales de la República y había prosperado en tiempos de Augusto. *Homines novi*, como los llamaban en el Senado con un gesto de desprecio que a veces ni se molestaban en disimular. Dudaba que entre sus antepasados hubiera alguno con un puesto más alto que el de magistrado local, aunque nunca se sabía.
Parecía relajado, pero sus ojos barrían los alrededores una y otra vez, atento a cualquier posible ataque, en una actitud muy parecida a la de Vero. No obstante, ahí acababan todas las similitudes entre ambos. Vero necesitaba ganarse el respeto de sus hombres; Cesio ya lo tenía y no le importaba mostrar una cierta camaradería con ellos. Sin embargo, en ambos casos el muro permanecía en medio. Más alto el de mi hermano, sí, pero no por ello inexistente el del tribuno. Sus hombres lo sabían y por eso evitaban incluirlo en sus bromas directamente.
Continuamos a caballo hasta media tarde, cuando ordenó hacer un descanso. Aún quedaban varias horas de luz, por lo que nos daría tiempo a recorrer alguna milla más antes del anochecer.
–¿Cómo tienes la espalda? –le pregunté a Silo al ver que hacía una mueca de dolor al desmontar.
–Me molesta –admitió.
–Déjame ver –le pedí, indicándole que se sentara en una piedra.
Las marcas rojas que le iban desde los hombros a la cintura aún eran visibles y estaban irritadas debido al roce con la túnica. Además, el calor no ayudaba.
–Deberías echarte agua fría, estás ardiendo –le dije.
Un silbido de apreciación detrás de mí hizo que me girara con rapidez. Mario me sonrió.
–Vero se ha comedido esta vez, ¿eh?
–¿Conoces a mi hermano?
El soldado me dedicó una sonrisa socarrona.

–Todos lo conocemos, fue nuestro tribuno laticlavio.

Enmudecí, consciente por primera vez de aquello. Cuando Vero entró en el ejército, lo enviaron a la legión de Tito como segundo al mando, aunque no tuviera experiencia militar.

–¿Cómo es su relación con Cesio? –pregunté, al caer en la cuenta de que había sido su superior directo.

–Inexistente –rio el soldado–. No creo que hayan tenido más trato desde que Vero está con Cerialis. Ven, te ayudaré con eso.

Los observé marcharse hacia el arroyo.

–Nos vamos a ir en breve –dijo una voz suave detrás de mí–. No pararemos de nuevo hasta el anochecer.

Me sobresalté. El tribuno tenía el don de acercarse sin hacer ruido.

–¿Por qué te llaman Cesio y no Alenio? –inquirí, cayendo en la cuenta de que usaban el nombre de su *gens* en vez de su *cognomen*.

–Alenio también es el nombre de mi padre –respondió–. Los que lo conocen prefieren llamarme de otro modo para no dar lugar a equívocos.

Iba a seguir preguntando, pero la vuelta de Mario con Silo nos interrumpió.

–¿Mejor? –le pregunté al esclavo, que temblaba por la diferencia de temperatura. Eché vistazo a sus hombros, que cicatrizaban bien, e hice una mueca–. No me queda mucha más crema. El rácano de Próculo me dio el bote medio vacío.

Mario soltó una carcajada.

–Lo raro es que te haya dado algo que no sea un dolor de muelas. Da gracias a que estuviera lo bastante sobrio como para encontrarlo. Eso sí –admitió cuando Cesio le miró alzando una ceja–, media legión le debe la vida.

–Incluido mi hermano –comenté.

–Uy, no sabes el trabajo que le dio –respondió Mario–. Próculo todavía se queja a quien lo quiera escuchar.

Iba a seguir indagando, pero el tribuno decidió poner fin a la conversación y nos ordenó volver a los caballos. Noté de nuevo su incomodidad y, por un momento, tuve la impresión de que hubiera preferido mil veces estar en otro lugar en vez de en aquel viaje improvisado a Alejandría.

Continuamos nuestra marcha. El parloteo incesante de Mario comenzaba a marearme y pronto dejé de prestarle atención.

–¿Hacia dónde queda Hebrón? –lo interrumpí cuando me cansé de oírlo divagar.

–A la izquierda –respondió Cesio.

Hice una mueca. Iba detrás de él y, aunque en un principio pensé que era una deferencia que tenía conmigo, a aquellas alturas ya me había dado cuenta de que lo que pretendía era tenerme controlada. De

lo que no estaba segura era del motivo.
–¿Es difícil de conquistar?
Él reflexionó la respuesta.
–Depende de la puntería de sus defensores –dijo al fin–. Cerialis tendrá que asediarla y abrir una brecha en su muro para entrar, si es lo que quieres saber.
No me sorprendió que conociera las intenciones de la legión de mi hermano. Sin embargo, parecía poco dispuesto a darme más información.
Continuamos un rato más en silencio hasta que Cesio, que debía conocer la zona, escogió el lugar perfecto para pasar la noche.
–¿Dónde estamos? –pregunté, buscando alguna referencia en el paisaje que nos rodeaba.
–A un día de Ashkelon –respondió el tribuno, bajando de un salto del caballo.
Ambos sabíamos que aquella indicación era muy vaga, pero no insistí. Descabalgué con ayuda de Silo y observé la precisión y rapidez con la que los hombres montaron un pequeño campamento. No teníamos tiendas, por lo que tendríamos que pasar la noche al raso.
Me senté de nuevo junto a Cesio y no me sorprendió que la cena fueran otras gachas a las que alguien había tenido la maravillosa idea de echar un puñado de guisantes duros. Como esas fueran las recetas estrella de Mario, le auguraba una vida muy corta a su taberna.
Después, cuando aquella comida desaborida comenzaba a dar paso a una nueva ronda de bromas, Cesio hizo un movimiento casi imperceptible con la mano, tras el cual sus hombres empezaron a retirarse y se llevaron a Silo con ellos con la excusa de lavar los cuencos. En un instante me quedé sola con el tribuno.
–Será mejor que prepare las cosas para dormir –dije, haciendo el ademán de levantarme.
Él me retuvo agarrándome por el brazo.
–Quiero hablar contigo. Siéntate.
Me di cuenta de que su tono no admitía réplica, por lo que obedecí. Cuando se aseguró de que no iba a escapar, me soltó. No obstante, su mirada era tan fría como el mar en invierno y ni siquiera el reflejo de la hoguera conseguía aportarle algo de calidez.
–¿Qué haces en Judea? –abordó al fin.
–Huir de Vitelio.
–¿En medio de una guerra?
Me estaba poniendo a prueba, pero mantuve los nervios de acero.
–Es donde está mi hermano. De haber sido destinado a Hispania, no estaríamos teniendo esta conversación.
–¿Es tu única familia?
–Sí –respondí sin dudar.

Cesio entrecerró los ojos.
–¿Y tu abuelo?
Estaba claro que sabía mucho más de lo que aparentaba y me recordé que era un hombre de Tito. Además, que lo pusieran al mando de una misión tan delicada como evitar que una provincia entera cayera en manos de los partidarios de Vitelio decía mucho de la confianza que depositaban en él… y de lo peligroso que podía llegar a ser.
–Mi abuelo no puede protegerme.
–¿Por qué?
–Es viejo –dije sin inmutarme.
Cesio me miró en silencio, solo roto por el crepitar de la hoguera a nuestro lado. Tenía la impresión de que esperaba que la incomodidad me hiciera darle más detalles, pero me negué. El tribuno se dio cuenta y cambió de estrategia.
–¿Quién es ese tal Aureliano?
–Un comerciante de esclavos y bestias salvajes para los juegos.
–¿Qué relación tienes con él?
–Comercial –respondí. No sabía hasta dónde había contado Vero y no quería arriesgarme–. Mi padre tenía barcos y me he hecho cargo de ellos tras su muerte.
–Tengo entendido que murió por traidor… –me provocó.
–Murió por el capricho de Nerón –repliqué.
–He hablado con Vero antes de salir –comentó echando una ramita al fuego–. Te tiene mucho aprecio.
–Es mi hermano –admití, sin saber a dónde quería llegar.
–Exacto, quizá por eso no se ha dado cuenta.
La brisa del anochecer movió las ramas de los arbustos que nos rodeaban y se me puso la piel de gallina.
–¿De qué? –lo interrogué, sintiendo que estaba cayendo en su trampa.
–De que es mucha casualidad que vengas desde Roma justo cuando Aureliano envía sus hombres para conocer nuestros planes y que, además, traigas la solución.
Pensé muy bien mis palabras antes de hablar.
–Si Aureliano o Vitelio quisieran infiltrar a alguien en las legiones, sería más probable que enviaran un hombre que pudiera pasar mejor desapercibido.
–Tú tienes la confianza de Vero y, ¿qué mejor que alguien de quien el jefe de los espías no puede sospechar?
–Si fuera tan útil, ¿por qué intentar matarme?
El tribuno reflexionó durante unos momentos.
–No estás muerta –observó.
–Poco faltó.

Permanecimos un rato callados, sosteniéndonos la mirada, hasta que cansada de aquella discusión sin sentido me levanté. Esta vez, no me retuvo.

–Supongo que mañana nos espera otro interminable día de marcha, por lo que debería descansar.

Cesio asintió y se incorporó. Me sacaba media cabeza.

–Eres mi invitada. Dormirás a mi derecha, entre tu esclavo y yo.

Apreté los dientes casi sin querer.

–¿Soy tu invitada o tu prisionera? –le desafié.

–A los prisioneros los encadenamos –replicó con gesto serio.

No dije nada, pero le di la espalda y me fui a buscar a Silo sin mirar atrás. Era muy consciente de que Cesio lo había planeado todo. Estábamos a un día de camino de Emaús, era de noche y, aunque quisiera, no podía volver sobre mis pasos porque ni conocía el terreno ni llegaría a tiempo antes de que mi hermano y el resto de la legión de Cerialis marchara a Hebrón. Además, los soldados no lo consentirían.

En aquel momento, me di cuenta del plan de Tito. Cesio tenía razón, Vero confiaba en mí y, a ojos de sus superiores, era su punto débil. Si lo traicionaba, no se daría cuenta hasta que fuera demasiado tarde, y eso podría llegar a comprometer la proclamación de Vespasiano. Por eso no lo habían enviado conmigo a Alejandría: querían cerciorarse de que no era una espía antes de confiar en mí; por eso habían enviado a Cesio en su lugar. Me sentí como una ingenua.

Todavía con los dientes apretados, dejé que Silo dispusiera las mantas sobre el suelo y, antes de que el tribuno se tumbara a mi lado, me acosté y le di la espalda.

Capítulo 25: El viaje

6 de junio del 69

El desierto cada vez se acercaba más a nosotros. La llanura costera, fértil gracias a los ríos que nacían en los montes de Judea, empezaba a dar paso a un paisaje dominado por los tonos ocres de las dunas y el reflejo cegador del sol sobre el mar. El viento se había levantado con el alba y los minúsculos granos de arena se esforzaban por alcanzarnos. Los caballos andaban cabizbajos, molestos por la calima, e incluso nosotros teníamos menos energía para continuar.

Cesio me miró de reojo. Había reducido el paso de los caballos y hacíamos paradas en cuanto encontrábamos una sombra bajo la cual resguardarnos, pero cruzar el desierto en junio era físicamente extenuante, al menos para mí, que no tenía preparación militar. A veces sentía que me faltaba el aire.

Me había envuelto lo mejor que pude en la tela parda que Cesio tuvo la consideración de prestarme, pero aquello no había impedido que el aire me quemara. Silo estaba igual y las gotas de sudor le corrían por la frente a pesar del pañuelo anudado a la cabeza. El resto lo llevaba mucho mejor.

Continuamos hasta que Cesio encontró un pequeño oasis, donde una decena de campesinos que vivían en minúsculas casas de adobe intentaban arrancar el escaso fruto de una tierra árida y castigada. Nos vieron refugiarnos a la sombra de unas palmeras, pero no se acercaron.

Me descubrí la cabeza y, arrodillada en la orilla, humedecí los brazos y la cara. Agradecí el alivio que me proporcionaba. Observé a Mario y al resto tumbarse a la sombra, no muy lejos de mí, y me di cuenta de que el tribuno, acompañado por dos de sus hombres, se había alejado del grupo para hablar con los campesinos.

Era mi oportunidad.

Me acerqué al soldado, que estaba distraído sacudiéndose la arena de las sandalias, y me senté a su lado.

–¿A dónde ha ido Cesio?

Mario me mostró esa sonrisa torcida a la que empezaba a acostumbrarme.

–A preguntar las millas que quedan hasta Raphia.

–Pensé que conocía la zona.

–Oh, y la conoce, pero con este maldito calor y con el paso que llevamos no sabe si lograremos alcanzarla antes del mediodía.

Me volví para mirar al tribuno, que en aquel momento se dirigía a tres hombres a los que sacaba casi una cabeza.
–¿Sabe hablar arameo? –indagué al verlo gesticular.
–Lo justo para entenderse, supongo. Antes teníamos un intérprete, pero acabó con la cabeza en una pica cuando lo capturaron los hombres de Simón. Desde entonces, es Josefo el que se encarga de esas cosas, pero, claro, Tito lo necesita y no lo iba a mandar con nosotros.
–¿A cuánto estamos de Alejandría?
Mario terminó de sacudir las sandalias y se las volvió a poner.
–Todavía nos queda un buen trecho. Tenemos que atravesar el desierto y todo el delta del Nilo.
–¿Soléis hacer esta ruta a menudo? –pregunté inocentemente.
–Bueno, a veces –comentó, mientras se recostaba contra la palmera–. Nuestra legión estaba acantonada en Alejandría antes de la guerra. Fue Tito el que la llevó hasta Judea. Algunos tienen familia en Egipto y aprovechan para visitarla cuando pueden.
–¿Como Cesio? –me arriesgué a decir.
–No, qué va. él es de Capua y toda su familia está allí.
–Es una de las ciudades más ricas de Italia –respondí asombrada–. ¿Cómo es que no lo acompaña ningún esclavo?
Mario, que ya había cerrado los ojos para echarse una siesta, se encogió de hombros.
–Andrónico murió en el asedio de Gerasa. Podría haber comprado otro, pero prefiere esperar a que su padre le envíe a alguien cuando se calmen un poco las cosas.
–Con la guerra está complicado viajar –reconocí–. Además, se ha encarecido el precio de los pasajes...
–No es una cuestión de dinero –rio entre dientes el soldado–. Te puedo asegurar que el padre de Cesio posee una fortuna mayor que la de tu hermano: al fin y al cabo, era recaudador de impuestos.
–¿Ya no lo es?
Obtuve un gruñido por toda contestación. Era evidente que Mario quería echar una cabezada y no le apetecía mucho seguir hablando. Así que decidí dejarlo, porque Cesio ya estaba de vuelta después de hablar con los campesinos. Le había pedido a Silo que estuviera también atento a cualquier conversación entre los hombres que nos pudiera dar más información del tribuno, pero no hubo suerte: los soldados eludían el tema a propósito.
Cesio llegó hasta nosotros, pero no se acercó a mí: su desconfianza era tal que llevaba dos días sin apenas dirigirme la palabra.
No tardamos mucho en ponernos en marcha de nuevo, a un paso mucho más rápido a pesar de que cada vez hacía más calor.
–¿Cuánto falta para llegar a Raphia? –inquirí cuando sentí que

comenzaba a derretirme bajo el implacable sol de junio.

Cesio, a pesar de que iba a mi lado, ni siquiera me miró.

–Poco –aseguró.

Resoplé, contrariada por su mutismo.

–¡Anímate! –me dijo Mario–. Piensa que esta noche la pasaremos en una posada en Bitulion.

–Es cierto –respondí con ironía–. En vez de picarme las pulgas de los matorrales me picarán las chinches del colchón.

–¡Al menos es a costa de las arcas del Estado!

Evité decirle que esas debían estar llenas de telarañas gracias a la mano larga de Vitelio.

–No te entusiasmes tanto, Mario –intervino Cesio–: solo pagaré el alojamiento y la comida; las putas corren de tu bolsillo.

Los soldados protestaron, pero el tribuno hizo oídos sordos.

–Con un poco de suerte, cenaremos algo que no sean gachas –murmuró alguien.

–¿Quién osa quejarse de mi comida? –bramó Mario, mirando alrededor.

–¿Comida? ¡Eso es argamasa!

–Festo, asqueroso bastardo, ¿qué tienes en contra de mi cocina?

El interpelado se carcajeó.

–Que eso no lo comen ni los cerdos.

–¡Ya vendrás suplicando cuando tengas que comer arena! –le aseguró–. ¡Echarás de menos mis gachas!

Lo dudé mucho, pero no dije nada.

–¡Espero que en esa taberna que pongas no cocines tú, porque te vas a arruinar! –contraatacó Festo.

La risotada fue general.

–¡Atrévete a decirme eso a la cara, sabandija!

–Basta –intervino Cesio sin alzar la voz.

Los hombres se callaron de inmediato y no pude evitar un gesto de admiración hacia el tribuno. Continuamos en silencio, únicamente interrumpido por algún murmullo malhumorado de Mario, hasta que alcanzamos una ciudad pequeña de casas de adobe y ladrillo. Al contrario de lo que pensaba, no entramos en ella, sino que la rodeamos y nos detuvimos un poco más adelante, donde los hombres se dispusieron a comer. Sin embargo, Cesio no se unió a nosotros, sino que partió hacia Raphia con Festo. Cuando, un rato más tarde, descabalgó de un salto, me buscó con la mirada.

–Cerialis ya está asediando Hebrón –dijo sin dar más detalles.

–¿Se sabe algo de Vero?

–No –respondió tras unos segundos de reflexión–, pero los rebeldes emboscaron a dos patrullas y hay más de setenta bajas. Cerialis se lo hará pagar.

No dijo nada más, pero fue suficiente: la legión iba a tomar la ciudad a sangre y fuego. Pensé en mi hermano y tuve que recordarme que, si le hubiera pasado algo, Cesio lo sabría. Le di mi cuenco a Silo, incapaz de comer más.

Aunque lo disimulaba, el tribuno parecía preocupado. No tardó mucho en ordenar dar la orden de continuar la marcha, a pesar de que el sol caía a plomo sobre nosotros.

Los soldados comenzaron de nuevo con su parloteo. Primero sobre Hebrón, que al parecer tenía una muralla de doce metros de altura, y después sobre las prostitutas que tenían la esperanza de encontrarse esa noche. Sin embargo, acabaron hablando irremediablemente de comida y aquella vez me incluyeron.

–¿Cómo son los banquetes en Roma? –me preguntó uno de los hombres.

Parpadeé, sorprendida.

–Pues no sé, como en todos los sitios, supongo: mucha comida y vino a raudales.

–¿Has estado alguna vez en el banquete de un emperador? –inquirió Festo.

Sonreí levemente.

–Sí, Otón me invitó un par de veces. Presumía de servir el mejor vino de Roma –recordé–, y tenía razón: se lo había vendido yo. La cosecha de este año ha sido magnífica.

–¿Y Vitelio? –intervino Cesio, que no había perdido detalle de la conversación–. ¿Él no te ha invitado?

Detecté el tono serio con el que había hablado y fruncí el ceño.

–Vitelio, la única vez que lo he visto, amenazó con cortarme la cabeza en público. Lo último que se le ocurriría es compartir su mesa conmigo –respondí con toda la dureza que fui capaz.

El tribuno no contestó y un silencio incómodo se interpuso entre nosotros, que Mario se encargó de finalizar.

–Seguro que Otón servía platos rarísimos...

Me encogí de hombros y comenzamos una conversación sobre recetas inverosímiles y especias con precios prohibitivos. Cesio no volvió a intervenir, pero le noté tenso durante gran parte del trayecto.

Llegamos a Bitulion poco antes del anochecer, cuando el calor comenzaba a remitir y la luna ya había hecho su aparición en el cielo. No era una aldea demasiado grande, pero aquel día bullía de actividad: una caravana de suministros para el ejército proveniente de Egipto la había elegido para pasar la noche, lo que significaba que estaba repleta de soldados romanos. Cesio no tardó en identificar al hombre al mando, un centurión veterano que lo reconoció enseguida y nos condujo hasta una de las pocas posadas del lugar, un local regentado por un griego medio ciego con cara de malas pulgas.

Como era de esperar, no quedaban habitaciones. Al tribuno solo le hizo falta girarse hacia el centurión para que este lo arreglara y sus hombres dejaran libres dos de los cuartuchos de mala muerte de la posada, lo que nos permitiría a él y a mí dormir a cubierto, aunque el resto tendría que hacerse un hueco en los establos. No obstante, tuvimos la suerte de conseguir una mesa libre, a la que rápidamente se acercó una camarera muy joven que nos ofreció gachas y guiso de pescado.

Cenamos entre bromas, risas y silbidos de apreciación a las camareras cada vez que se agachaban. Yo, apretujada entre Silo y Cesio, me sentía terriblemente incómoda y procuraba pasar desapercibida. El tribuno parecía divertido, pero sus ojos se mantenían serios y me di cuenta de que no había bebido nada.

Cuando Mario y el resto empezaban a estar achispados, le tendí lo que me quedaba de cena a Silo.

Esperé pacientemente a que el esclavo terminara de comer. En cuanto acabó, le indiqué que me acompañara. No me sorprendió que Cesio, tras susurrarle algo a uno de sus hombres, nos alcanzara al pie de las tortuosas escaleras. Subimos en silencio y no tardé mucho en llegar al cuarto diminuto que me habían dado. Era tan pequeño que Silo tendría que dormir en el pasillo, delante de la puerta. Cesio observó mi inspección desde fuera, apoyado en la endeble pared del pasillo y con los brazos cruzados. Comenzaba a ponerme tan nerviosa su presencia que fui hasta la puerta, dispuesta a cerrársela en las narices.

–Tengo entendido que has estado preguntando a mis hombres cosas sobre mí –dijo antes de que lo hiciera. Su tono era igual de seco que siempre, pero su mirada era tan dura que me atravesaba.

–Me gusta saber con quién viajo –repliqué.

–¿Y has descubierto algo interesante?

Tuve que admitir que no refunfuñando, pero él ya lo sabía. Me observó un momento más, en silencio.

–Hablemos –dijo invitándome con un gesto a su habitación.

Por puro instinto, retrocedí un paso hacia Silo y el miedo me atenazó la garganta. No quería quedarme a solas con él. Cesio se dio cuenta y resopló con fastidio.

–No voy a hacerte nada –aseguró–. Si hubiera querido, hemos pasado ya por mil lugares mejores que este donde nadie te escucharía gritar, pero no me apetece sufrir las consecuencias.

Admití que tenía razón y, sin dejar de mirarle, entré en su habitación. El cuarto era más grande que el mío y hasta tenía una pequeña mesa con una banqueta de tres patas que el tribuno puso al lado de la puerta.

–Siéntate –me indicó mientras él se quedaba de pie.

Obedecí y esperé a que empezara a hablar.

–Como comprenderás –comenzó tras un leve titubeo–, todo lo que digamos es confidencial.

Sus ojos, clavados en Silo, eran una indirecta lo suficientemente clara como para que hasta el más idiota de los ciegos la entendiera.

–Silo, ve a buscar agua.

El esclavo miró a Cesio con suspicacia, pero obedeció sin rechistar.

–Sé que no te fías de mí –dijo el tribuno en cuanto las pisadas de Silo se alejaron, buscando una reacción en mi cara que no pudo encontrar–, pero tendremos que colaborar y necesito cierta información antes de llegar a Alejandría.

–Está bien –accedí tras tomar aire–. ¿Qué quieres saber?

–Quién es Aureliano, cómo trabaja, qué relación tienes con él y quién es su contacto en el círculo de Vitelio.

Aquello me hubiese llevado prácticamente toda la noche. Además, por mucho que me atrajera la idea de delatar a mi abuelo, Vero guardó silencio deliberadamente sobre esa cuestión incluso ante sus superiores, lo que significaba que debía tener buenas razones para ello.

–Oficialmente, Aureliano es comerciante de esclavos y de bestias para la arena –comencé–, pero no tiene escrúpulos en ordenar a sus hombres dar palizas, robar, intimidar y matar por una bolsa repleta de oro.

Cesio me escuchó en silencio, sin intervenir, hasta que el ruido de una pelea en la planta baja llegó a nosotros. Sus ojos se oscurecieron y adquirieron la misma tonalidad añil que su túnica cuando uno de sus hombres apareció para avisarlo de que Mario tenía problemas.

–No te muevas de aquí –me indicó, cogiendo la espada que hasta entonces había descansado sobre la cama.

Cuando salió de la habitación, me levanté, nerviosa, y pegué la oreja a la puerta intentando enterarme de algo. Pero la confusión de voces lo hacía imposible. Así que me centré en observar a mi alrededor. Cesio se había llevado su *gladius* y yo no veía ninguna otra arma por allí en caso de que la necesitara. Su equipaje estaba sin deshacer, abandonado en un rincón, y lo único que destacaban eran varios pergaminos sobre la mesa. Me acerqué, buscando aunque solo fuera un punzón de escritura, pero no encontré nada.

Sin embargo, advertí otra cosa: aquellas misivas estaban en clave. Las observé un momento y no tardé mucho en descubrir el sistema de cifrado, el mismo que usaba mi hermano y que nuestro padre nos enseñó a ambos. Supuse que se las habían entregado en Raphia, pero al echarles una ojeada rápida entendí por primera vez el alcance real del plan de Vespasiano. Tuve que leerlo un par de veces para convencerme de que no me estaba equivocando.

Justo cuando iba a apartarme, la puerta se abrió de golpe.

A Cesio solo le hizo falta ver las cartas sobre la mesa y mirarme a la cara para saber que las había leído. Ni siquiera me dio tiempo a reaccionar. El tribuno cruzó la habitación en dos zancadas y, cuando quise darme cuenta, me encontré acorralada contra la pared con el filo de su espada presionándome suavemente el cuello. Podría haberme matado allí mismo sin encontrar resistencia alguna: estaba paralizada. Sus ojos rezumaban ira, pero su gesto era inexpresivo, casi calculador, como si esperara algo.

Fue en aquel momento cuando llegó Silo, que al ver la situación soltó el caldero, sacó su daga y amenazó con ella al tribuno. Me pareció ver un ligero triunfo en la mirada de Cesio antes de que se volviera hacia el esclavo.

–Legión y rango.

No sabía lo que estaba pasando, pero Silo vaciló.

–¡Legión y rango! –repitió el tribuno alzando la voz.

–Quinta Alaudae, tropas auxiliares de infantería –respondió al fin con una mueca.

Cesio rebajó un poco la presión sobre mi cuello.

–¿Tribuno?

–Domicio Tulo.

Parpadeé, confundida, y Cesio me soltó, lo que aproveché para alejarme rápidamente de él.

–¿Silo? –inquirí, volviéndome hacia el esclavo, que seguía enfrentado al tribuno.

–¿Ella lo sabe? –preguntó este último.

Silo negó con la cabeza, sin mirarme.

–Suelta eso –le ordenó Cesio al ver que todavía agarraba con fuerza la daga.

El esclavo dudó de nuevo, pero el tribuno ni siquiera le dio tiempo a decidirse. Hizo un gesto a Festo y a Rústico, que esperaban en la puerta sin intervenir, y estos se encargaron de tirar a Silo de rodillas al suelo de un empellón y desarmarlo. Rápidamente, le ataron las manos a la espalda ante mis ojos atónitos.

Cesio se volvió hacia mí y señaló la banqueta con la espada.

–Siéntate.

No me atreví a desobedecer. Sus hombres cerraron la puerta y nos dejaron solos, aunque supuse que estarían de guardia fuera para que nadie nos interrumpiera.

–Díselo –ordenó a mi esclavo.

Silo no se atrevió a mirarme.

–Una vez me preguntaste si había visto alguna legión en formación –murmuró dirigiéndose a mí–. Te respondí que sí porque yo mismo he formado parte de una.

Aquello me dejó sin palabras, pero me permitió empezar a atar cabos rápidamente.
–¿Cómo...? –pregunté, mirando al tribuno.
–Es evidente. Conoce nuestra rutina y se mueve como un soldado.
Cesio evaluó mi reacción antes de volverse de nuevo al esclavo.
–¿Por qué no estás allí?
Me pareció que Silo entrecerraba los ojos.
–Oficialmente, deserción.
–No me interesa la versión oficial –dijo Cesio acercándose al esclavo. El filo de su espada quedó muy cerca de la cara de Silo–. Quiero que me cuentes la verdad, desde el principio. Si no suenas convincente, yo mismo me encargaré de ti.
El esclavo intentó retroceder, pero no tenía escapatoria.
–Pertenezco a la tribu de los sántonos –comenzó con apenas un hilo de voz–. En tiempos de Julio César apoyamos a Vercingetorix con doce mil hombres y, desde entonces, estamos obligados a aportar cierto número de tropas auxiliares a las legiones. Cuando tenía veintiún años, mi mejor amigo y yo nos ofrecimos voluntarios en la leva anual y nos enviaron a Germania como apoyo a la Quinta Alaudae, en Castra Vetera. Ambos buscábamos fortuna, pero a él le sonrió más que a mí. A los pocos años era centurión.
Silo cerró los ojos, como si le doliera recordar.
–Al quinto año, lo enviaron a encargarse de la leva y volvió a nuestra aldea. Hizo aquel viaje dos veces más antes de que yo consiguiera un permiso lo suficientemente largo como para poder regresar, y fue gracias a otro centurión con el que trabé amistad. Sin embargo, mi amigo no parecía contento de que viajara con él, pero no le di importancia: iba a volver a casa.
Silo se detuvo. Me fijé en que su respiración se había agitado. Allí, atado de rodillas sobre el suelo, por primera vez se encogió como hacen los esclavos.
–Desde que éramos pequeños –continuó en un susurro–, estábamos enamorados de la misma mujer, la hija del alfarero. Antes de partir me había dicho que me esperaría. La creí. Por eso, cuando siete años más tarde volví a mi aldea, apenas la reconocí: tenía una marca en la cara y tres niños pequeños enganchados en las faldas. Aquella noche fui a ahogar mis penas a la taberna y me enteré de que eran los hijos de mi amigo. Él había dicho que me habían matado para poder quedarse con ella. Cuando ella se negó, la violó y su padre se vio obligado a entregársela. Desde entonces, cada vez que iba con la leva, le hacía un hijo.
Silo se detuvo. Me di cuenta de que le temblaban los labios, como si quisiera ponerse a llorar, pero se contuvo y arrugó el rostro en un gesto de rabia.

–Ni siquiera había amanecido cuando fui a buscarlo. Estaba borracho. No fue difícil reducirme. Me hubiera cortado la cabeza, pero ella se puso en medio. La mató de una estocada, con sus tres hijos delante. A mí me encadenó a un carro y me llevó de vuelta a Germania. Estuve dos semanas metido en un agujero infecto, al fondo del establo de un granjero que le debía un favor. Me fue imposible presentarme a tiempo ante mi superior. Cuando se hubo asegurado de que me tenían por un desertor, me llevó ante los mandos de la legión.

–La sentencia por deserción es la muerte –comentó Cesio.

–Mi superior directo intercedió por mí –dijo Silo–. Pero nunca llegué: naufragamos antes. Me rescató un tratante de esclavos y acabé en Roma –dijo sin dar más detalles–. Julia me compró cuando ya me había resignado a morir allí hacinado. No me queda nada en la Galia y, desde luego, no le debo lealtad a esa panda de hijos de puta de la Quinta –escupió.

Cesio se paseó por la habitación, reflexionando con gesto constreñido. Sabía lo que le pasaba: la Quinta era una de las legiones más fieles a Vitelio, de las que primero habían apoyado sus aspiraciones al trono: tener a uno de sus exsoldados por allí le suponía un problema, aunque, si lo que había leído en las cartas era cierto, también una ventaja. Cesio debió seguir una línea de pensamiento muy parecida a la mía, porque le vi calcular la información que podría obtener de Silo.

–¿Cuándo llegaste a Roma?

–En septiembre.

–¿Cuándo lo compraste? –inquirió volviéndose hacia mí.

–En octubre, creo.

El tribuno se mantuvo callado, pero titubeó. Las fechas no le coincidían: Vitelio asumió el mando de las legiones de Germania a finales de noviembre. Si por entonces Silo ya estaba en Roma, era imposible que hubieran coincidido.

–¿Sabes quién es Cayo Julio Civilis?

A pesar de que se dirigía a Silo, era a mí a quien miraba. Me estremecí. Aquel era uno de los nombres que aparecía en las cartas. El esclavo pareció confundido.

–Es el prefecto de una cohorte auxiliar bátava.

–Háblame de él –pidió Cesio.

–Es germano. Lo vi alguna vez, pero era nuestro prefecto el que se pasaba la vida discutiendo con él y con su hermano. No sé qué ocurrió con ellos.

–Cabrearon al legado –intervine, recordando lo que había oído–. Tuvieron problemas, mataron a alguien y hubo un amago de rebelión. Después, Galba ordenó ejecutar al legado, lo que en Roma no sentó nada bien.

Cesio nos miró alternativamente antes de volverse hacia mí, aún con la espada desenvainada.

–Vero me dijo que han mandado a la Decimocuarta de vuelta a Britania sin sus tropas auxiliares bátavas, ¿es eso cierto? ¿Cuántas cohortes?

–Ocho –respondí sin dudar. Aquello debía concordar con sus informes, porque pareció conforme. Sin embargo, no dejó de lado su aspecto malhumorado, lo que me indicó que la situación en Germania era mucho más delicada de lo que estaba dispuesto a admitir.

No pude evitar mirar de reojo las cartas y Cesio se dio cuenta.

–¿Hasta dónde has leído?

–Hasta la revuelta –admití, intentando que no se me notara el miedo en la voz.

Estaba segura de que otro en su lugar hubiera comenzado a maldecir, pero el tribuno simplemente me observó con frialdad.

–Por tu propio bien, no hablarás de eso con nadie –dijo.

Después, se acercó a Silo, que se apartó cuando el tribuno alzó la espada. Por un momento, creí que lo ejecutaría allí mismo. Sin embargo, se limitó a cortarle las cuerdas que lo apresaban.

–Largo de aquí.

No hizo falta que lo repitiera: nos apresuramos a obedecer, no fuera a ser que cambiara de idea. Aun así, antes de salir, titubeé y me giré, dudando si advertirle que no se fiara de Civilis. Nuestras miradas se cruzaron. Se había sentado en la cama, con los brazos apoyados en las rodillas y la espada en el regazo. Sus ojos estaban revueltos, como el mar cuando comienza a soplar el viento del norte y las olas se preparan para la tormenta, con la tensión a punto de salir a la superficie.

Fui incapaz de decir nada y me escabullí para refugiarme en mi propia habitación, donde ya me esperaba Silo. Parecía terriblemente avergonzado.

–*Domina*, yo... –comenzó en cuanto cerré la puerta a mi espalda.

En otro tiempo le hubiera cruzado la cara, pero aquella vez me limité a hacerlo callar con un gesto.

–No tienes que darme explicaciones, pero no vuelvas a hacerme quedar como una imbécil ante nadie. Si hay algo más que deba saber, es el momento.

Silo vaciló, pero tras mirarme a la cara recuperó el aplomo.

–Creo que Vero también se dio cuenta.

Mi hermano había hablado con Cesio antes de salir y, aunque me dijo que era para asegurarse de que el tribuno me protegiera, empezaba a sospechar que también le había advertido sobre nosotros. Al fin y al cabo, ambos eran hombres de Tito y estaba convencida de que, a pesar de que Mario me hubiera asegurado que su relación era

inexistente, se trataban con más frecuencia de lo que demostraban.

–¿Algo más? –Negó con la cabeza–. Bien. Ve a dormir. Mañana te necesito despejado.

Lo observé salir de la habitación antes de sentarme en la cama, agotada, y clavar los ojos en el techo.

Si lo que había leído era cierto, Civilis, un germano conflictivo, había decidido enfrentarse a Vitelio antes de que el emperador decidiera cortarle la cabeza por algún motivo completamente justificado y, para ello, le había propuesto a Vespasiano una alianza: él le apoyaba en sus aspiraciones, montaba una revuelta en la frontera y a cambio se aseguraba de seguir vivo unos cuantos años más.

La jugada era inteligente. Los ejércitos del Rin eran fieles a Vitelio. Si estaban entretenidos en el *limes*, no podrían acudir a la llamada del emperador cuando Vespasiano llegara con sus legiones a las puertas de Roma. Por supuesto, nada aseguraba que el bárbaro cumpliera su palabra y la situación en Germania podía acabar con un desastre similar al de Teutoburgo. Suspiré, pensando en las consecuencias de todo aquello.

Esa noche, soñé con la mirada de Cesio y la tormenta que se adivinaba tras ella.

Capítulo 26: La emboscada

9 de junio del 69

Durante los siguientes tres días no le quité el ojo de encima a Cesio, pero su carácter, reservado por naturaleza, me complicaba adivinar lo que pensaba. Cuando salimos de Bitulion, el tribuno reordenó la comitiva para tenerme a su derecha, mientras Silo se quedaba al final, demasiado lejos como para hablar sin que nos oyeran los soldados.

Esperaba que comentara algo de lo ocurrido, pero de su boca no salió palabra alguna. Cuando era yo la que comenzaba la conversación, a duras penas conseguía de él unas pocas respuestas monosílabas.

Calculé que no tendría muchos más años que yo. Quizá rondara los veinticinco o un poco más, pero no llegaba a los treinta que debía tener Tito. Aquello significaba que, como mínimo, llevaba cinco años en el ejército, lo que le concedía el dudoso honor de haber vivido la revuelta judía desde sus inicios. Si, tal y como dijo Mario, su legión, antes de la guerra, estuvo en Egipto, había tenido la suerte de ahorrarse las humillantes derrotas que marcaron el comienzo de la insurrección en Judea.

Tiré un poco de la tela que me cubría la cabeza para que me diera sombra en la cara. Aunque Cesio no ofreció ninguna explicación, tras nuestra estancia en Bitulion se había desviado hacia el sur para adentrarnos en el desierto. Al final, fue Mario quien le preguntó.

–La ruta de la costa no es segura –respondió el tribuno con una mueca que indicaba que tenía buenas razones para pensarlo–. Una de las haciendas de Aureliano está ahí, y podríamos tener problemas si nos topamos con sus hombres. Además, no quiero quedar atrapado entre la calzada y el lago Serbonio.

Mi confusión era más que evidente. El tribuno, que aquel día parecía más dispuesto a hablar que de costumbre, tuvo la consideración de explicármelo.

–Al norte de la calzada existe un lago de agua salada que en los meses de invierno se comunica con el mar. Cuando, en verano, el nivel del agua baja, se cubre de arena y da la impresión de ser tierra firme, pero en realidad son marismas. Si por casualidad te internas en ellas, pueden arrastrarte al fondo. Los locales cuentan que hay ejércitos enteros bajo el lago.

Recuerdo que me estremecí y dejé de preguntar. Desde entonces, compartí su opinión de que la ruta por el desierto era menos peligrosa.

Además, al reducirse la humedad según nos alejábamos de la costa,

el calor había comenzado a hacerse más llevadero y me hacía estar de mejor humor. Los soldados lo notaron y aprovecharon para preguntarme por los detalles más escabrosos de gente de Roma que solo conocían de oídas. Tuve la impresión de que era un método de Cesio para sacarme información, pero no me importó. Por una vez, los chismes de Lucio y de Livia servían para algo.

Sin embargo, aquella mañana estaban todos más callados de lo habitual. El calor por la noche no había remitido, viciado por el aire que soplaba desde el sur, y ninguno dormimos bien. Hasta los caballos marchaban con paso cansino. A mí las dunas me parecían todas iguales, pero el tribuno debía saber dónde estábamos, porque avanzaba sin variar el rumbo. Solo cuando vimos las sombras de unos cerros pelados a la izquierda pareció preocupado y cambió de dirección.

–¿Vamos a adentrarnos en esa sierra?

–Sí –respondió Cesio mirándome brevemente–. Por allí transcurre la ruta nabatea que une Petra con Pelusium y que nos permitirá alcanzar de nuevo la costa en dos días. Para entonces ya habremos dejado atrás el lago Serbonio.

Dirigí la mirada hacia las pequeñas montañas rocosas que se alzaban sobre las dunas. Eran un paisaje árido y desolado, como si los dioses lo hubieran arrasado a propósito.

–¿No existe otro camino?

–No, que yo sepa –comentó–. Además, necesitamos aprovisionarnos de agua y ahí encontraremos un manantial: hasta la costa no hay otro.

Me sorprendía que conociera tan bien la zona.

–¿Has estado antes aquí?

Por un momento, creí que no me respondería, ocupado como estaba oteando el horizonte con actitud pensativa.

–No –dijo al fin–, pero en el ejército tenemos buenos mapas.

Era cierto. Mi padre se había traído un par de sus campañas y yo solía quedarme embelesada observando los dibujos cuando era pequeña.

–¿Qué hay más al sur?

–Más desierto.

Me giré hacia Mario, que era quien había respondido. Esa mañana, Festo y Numerio le hicieron una broma pesada que acabó con el veterano rodando duna abajo. No se lo tomó especialmente bien y regresó hecho una furia. La intervención de Cesio había puesto fin a la pelea antes siquiera de que comenzara, pero Mario seguía de mal humor. Para compensarlo, Cesio estaba ligeramente más colaborativo.

–También hay algunas aldeas y asentamientos que los nabateos recorren en sus rutas, pero no tenemos exploradores tan al sur.

–No hay nadie tan loco como para internarse en su reino a través del

desierto –añadió Mario.
Fruncí el ceño, confundida.
–Pero ¿quiénes son los nabateos?
–Un reino de pastores –respondió el tribuno de manera inexpresiva–. La mayor parte son nómadas y se dedican a llevar su ganado de un lado a otro, pero algunos se han establecido en poblados estables e incluso ciudades.
–También saben luchar –añadió Mario.
–Sí –admitió Cesio–. Aunque se les da mejor el comercio que la guerra, han causado problemas a los griegos y a los judíos. Sin embargo, desde que en tiempos de Pompeyo un par de legiones asedió su capital, Petra, son un reino cliente de Roma. Los cinco mil jinetes que hay repartidos como tropas auxiliares por las legiones son el apoyo que nos brinda su rey. Antes, su dominio llegaba hasta Damasco, pero ahora la ciudad está bajo nuestro control.
–Tengo entendido que es el centro del comercio con Oriente... –dije, recordando los cuchicheos de Livia sobre muebles de caoba y estatuillas de marfil.
–Es una ciudad de paso de muchas caravanas –admitió Cesio–. Desde allí continúan su viaje a Alejandría a través de Petra. Antes se desviaban por Idumea hasta el mar, pero ahora continúan hasta Pelusium por la ruta a la que saldremos en breve.
–¿A Jerusalén no van?
Cesio tiró de las riendas de su caballo para corregir el rumbo.
–No desde que empezó la guerra.
Pensé en ello durante unos instantes. Mi padre había intentado entrar en el negocio de los productos de lujo, pero nunca tuvo la liquidez suficiente. No obstante, ahora que las cuentas estaban mejor, podría ser una opción interesante cuando acabara la guerra. Además, Vero conocía la zona y era más que capaz de enterarse de las redes comerciales que se extendían desde Damasco hasta Alejandría.
Pensar en Vero me había hecho recordar la situación en Hebrón. No podía evitar estar preocupada por él y la falta de noticias era exasperante. Sabía que hasta que no llegáramos a Alejandría no recibiría ninguna misiva suya, pero no podía negar que tenía la esperanza de que Cesio obtuviera algo de información antes. De pronto, las palabras del médico sobre la herida que había sufrido mi hermano resonaron en mi memoria.
–¿Qué ocurrió en Gerasa? –pregunté a Cesio.
El tribuno me miró largamente antes de volver a centrarse en el paisaje que se extendía ante nosotros.
–Eso puede contártelo Vero.
–Jamás lo hará –rebatí–. ¿Cómo lo hirieron? Ni siquiera quiero que me des detalles tácticos, solo pretendo saber qué le ocurrió...

–Tu hermano no acató las órdenes y perdió muchos hombres –me interrumpió Cesio con una frialdad que me hizo titubear–. El resto pregúntaselo a él.

Con Cesio envuelto de nuevo en su mutismo habitual y Mario todavía enojado, el resto del trayecto hasta alcanzar la base de las montañas lo realizamos en un silencio espeso, casi tan asfixiante como el viento cálido del sur. Mi primera impresión no me había fallado: se trataba de unas elevaciones rocosas donde se combinaban todas las tonalidades ocres del desierto.

–¿Seguro que hay agua aquí? –dudó uno de los soldados en cuanto nos dispusimos a comer algo a la diminuta sombra que nos proporcionaba una roca.

A pesar de que intentó disimularlo, a ninguno se nos escapó el titubeo de Cesio.

–Los nabateos conocen el desierto –respondió–. No establecerían una de sus rutas por aquí si no tuvieran una fuente de agua.

–¿Y si no la encontramos? –aventuró Festo.

–¡Pues bebes vino! –le espetó Mario.

–La encontraremos –aseguró el tribuno con calma–. Se supone que hay un asentamiento. A no ser que estéis ciegos, veréis alguna casa a su alrededor.

Calculé lo que nos duraría el agua que llevábamos y supe que, si no llegábamos a la fuente, tendríamos problemas. Cesio debió pensar lo mismo, porque una sombra de preocupación se instaló en su mirada.

–¿Esto no debería estar más concurrido? –preguntó de nuevo Festo, que ya había terminado de comer y observaba los alrededores.

El tribuno se permitió una débil sonrisa.

–Esto no es la vía Apia.

–Ya, pero esperaba al menos ver una caravana o algo…

–Tú no verías ni a un sicario aunque lo tuvieras delante de las narices y te hubiera metido cuatro puñaladas –se burló Mario.

Cesio, Silo y yo observamos en silencio la enésima riña de los soldados. El tribuno hasta parecía divertido, por lo que supuse que aquellas discusiones no eran exclusivas de ese viaje en concreto. La pausa no duró mucho más y pronto reanudamos la marcha pese a algunas débiles protestas.

–Si encontramos el manantial pronto, podréis holgazanear lo que queráis –les aseguró Cesio mientras avanzábamos por la ruta a la que acabábamos de salir.

Tras un paso polvoriento, el valle se había abierto y las colinas rocosas se habían distanciado dando lugar a un paisaje sobrecogedor. Me fijé en lo que parecían arroyos secos, en muchos de los cuales había algún arbusto medianamente verde, y le pregunté a Cesio.

–En hebreo se llaman *wadi*. Son cauces que permanecen la mayor

parte del año secos, aunque, cuando llega la temporada de lluvias, pueden llegar a tener tanta fuerza que arrastran piedras, plantas y todo lo que se ponga en medio.

–¿Pero aquí llueve? –me sorprendí.

El tribuno hizo el amago de sonreír, pero fue Mario el que me respondió.

–¡Ya lo creo! Una vez se pasó lloviendo dos días y tuvimos que salir corriendo antes de que uno de esos torrentes se llevara por delante el campamento.

El soldado continuó hablando de sus aventuras por el desierto hasta que Cesio le ordenó callar y nos detuvimos. Ante nosotros, no muy alejada de la ruta, una pequeña charca desafiaba el sol ardiente de junio. El tribuno miró alrededor, confundido. Nos acercamos despacio, asegurándonos de que no había nadie en las inmediaciones, antes de descabalgar. La charca, que pudimos comprobar que era un pozo natural, no parecía tener fondo. Los soldados, contentos, se refrescaron y dejaron que los caballos bebieran.

–¿Ahora podemos holgazanear? –preguntó con picardía Festo.

–¿Tú ves alguna casa por aquí? –le respondió el tribuno, que seguía observando los alrededores con el ánimo preocupado, antes de ordenarnos continuar.

Los pozos de agua fresca, rodeados de las únicas plantas que eran capaces de crecer bajo aquel sol abrasador, empezaron a aparecer con cierta frecuencia. Al poco, el valle giró hacia el oeste y comenzó a hacerse más profundo y angosto. El viento empezó a soplar y, de pronto, mi yegua se detuvo, nerviosa, por lo que me incliné para acariciarle el cuello y tranquilizarla.

Aquello probablemente me salvó la vida.

La flecha dirigida a donde hasta hacía un suspiro estaba mi cabeza se partió al chocar contra las rocas varios metros más allá. Ni siquiera pude reaccionar. Cesio dio la voz de alarma y antes de que supiera cómo, saltó del caballo para agarrarme y hacerme desmontar de un tirón. La siguiente flecha nos esquivó por poco.

–Detrás de mí –ordenó desenvainando la espada.

El resto de los hombres se habían puesto en formación, incluso Silo, y tenían los arcos y las jabalinas listas. Como no llevábamos escudos, los soldados se parapetaban tras los caballos, que en aquel momento nos rodeaban como una improvisada defensa.

Aguantamos unos instantes en silencio, buscando el origen del ataque. Algo se movió a nuestra izquierda y, antes de que el hombre nos pudiera disparar, una flecha le atravesó el cuello: Festo había sido muy rápido.

Me di cuenta de que Cesio estaba analizando con rapidez el entorno. Estábamos mal situados. Ante nosotros, el valle seguía su avance

sinuoso hacia el oeste mientras que tanto a la derecha como a la izquierda las laderas nos impedían huir. Por suerte, no eran lo suficientemente empinadas como para que aquello supusiera una ventaja importante para nuestros atacantes, que tendrían que asomarse y ponerse a tiro para poder dispararnos. Sin embargo, al no conocer el terreno, nos habíamos metido en el lugar perfecto para una emboscada, tal y como advertimos demasiado tarde.

Cesio masculló algo y dio la orden de comenzar a retroceder. Los asaltantes solo estaban en uno de los lados del camino, donde podían ocultarse: el otro no tenía piedras tras las que esconderse, a excepción de dos grandes bloques varios metros por delante de nuestra posición, que, adiviné, era a donde pretendía llevarnos Cesio.

Durante unos instantes que se me hicieron eternos, nada se movió, como si los atacantes no supieran qué hacer. Sin embargo, un grito cortó el aire y, poco a poco, un ruido sordo como el de un tambor comenzó a hacer vibrar el suelo.

Lo primero que vi fueron los quince hombres que corrían hacia nosotros aullando mientras el sol arrancaba destellos metálicos de sus armas. Después, mi mirada se vio irremediablemente atraída hacia los enormes peñascos que rodaban ladera abajo delante de ellos, cada vez a más velocidad, dispuestos a aplastarnos. Comprendí lo que se proponían: iban a romper la formación.

Cesio gritó algo que no entendí, pero a continuación las jabalinas volaron por el aire. Solo dos alcanzaron su objetivo.

Las piedras estaban a punto de llegar hasta nosotros y, de pronto, todo se puso en movimiento, menos yo. Me quedé paralizada, incapaz de moverme, mientras aquella roca inmensa venía directa hacia mí. Afortunadamente, Cesio lo notó y me apartó de un tirón de su trayectoria. Caí al suelo envuelta por la nube de polvo y arena, tosiendo.

La enorme polvareda levantada no me impidió darme cuenta de que la formación estaba rota y los atacantes se nos habían echado encima. Cesio y yo quedamos apartados del resto del grupo, con tres hombres dirigiéndose hacia nosotros desde el oeste. Teníamos el sol de frente, pero aun así pude ver que el más rezagado me apuntaba directamente con un arco.

Me levanté de un salto y eché a correr hacia el único lugar cercano que me ofrecía una leve protección. Por suerte, se me ocurrió hacerlo en zigzag, y aun así una de las flechas me rozó antes de que lograra resguardarme tras el caballo agonizante de Cesio. El tribuno ya había logrado deshacerse del primero de los atacantes y luchaba contra el otro.

Me di cuenta de que estaba teniendo problemas. Intentaba moverse, pero su oponente, consciente de la ventaja que le proporcionaba tener

el sol a la espalda, no se lo permitía. Lo vi agacharse justo antes de que la espada del hombre pasara por donde hasta entonces se encontraba su cuello.

Sin embargo, yo también tenía mis propias dificultades. El arquero avanzaba hacia mí dispuesto a matarme sin vacilar y no tenía nada con lo que defenderme. Busqué a Silo desesperadamente entre la polvareda, pero estaba demasiado lejos.

Oí los pasos del hombre muy cerca, por lo que cogí la primera piedra que pillé y la lancé en dirección al ruido. Un juramento en arameo me indicó que había acertado. Pensé que pronto se me echaría encima, pero un grito llamó su atención y se olvidó de mí: Cesio había herido a su compañero, que yacía en el suelo, y se disponía a rematarlo.

Sin embargo, no le dio tiempo. Mi atacante aulló algo y disparó su última flecha antes de desenvainar la espada que llevaba colgada a la cintura y echar a correr hacia ellos. La flecha hizo blanco. Contuve la respiración cuando Cesio se desplomó sobre el polvoriento camino.

Alguien gritó mi nombre y vi que Silo intentaba abrirse paso hacia nosotros, pero yo me volví hacia el tribuno, que, herido y en un intento desesperado, había logrado parar desde el suelo varias estocadas casi de milagro. Desenvainé la fina hoja que llevaba oculta en el pelo y corrí hacia él justo cuando su oponente lo desarmaba de un golpe. En el momento en el que alzó la espada para terminar con la vida de Cesio, le clavé el puñal tal y como me había dicho mi esclavo Silo: de abajo arriba, justo bajo la última costilla, directa a los riñones.

El hombre se retorció con un aullido antes de girarse y tirarme al suelo de un solo golpe.

Silo, que ya nos había alcanzado, saltó por encima de mí y le atravesó el cuello sin darle tiempo a defenderse.

Lo vi caer a mi lado con los ojos en blanco antes de agacharme junto a Cesio. Una flecha, que agarraba con fuerza, le atravesaba el muslo algo más arriba de la rodilla y su sangre comenzaba a formar una fina línea roja que chorreaba con impaciencia sobre el polvoriento suelo de tierra. Tenía los ojos muy abiertos y la respiración agitada. Cuando nuestras miradas se cruzaron, pude ver el terror absoluto que le invadía.

–Sujétalo –le ordené a Silo, con la intención de sacarle el proyectil.

–¡Julia! –exclamó Cesio mientras, por puro instinto, me apartaba.

Una espada cortó el aire y vi que el hombre al que había herido estaba de nuevo de pie. Retrocedí con rapidez. Estaba en muy mala posición, pero, al rodar para salir de su alcance, mi mano se topó con la empuñadura de la espada de Cesio. Ni siquiera pude pensar. La agarré. Pesaba más de lo que me imaginaba, pero aquello no me detuvo y lancé un tajo al aire con todas mis fuerzas mientras me levantaba. Hice blanco, porque mi enemigo aulló antes de caer de

rodillas y soltar su arma.

Un corte le recorría el abdomen.

Actué por instinto. Cogí la espada con ambas manos y le asesté un golpe con todas mis fuerzas. La sangre me salpicó la cara al tiempo que el hombre se desplomaba con un tajo que le atravesaba el cuello y le partía la clavícula. Cayó muerto.

Me di cuenta de que los sonidos de la pelea habían cesado y, al alzar la mirada, me topé con la de Mario, que se había quedado paralizado al verme. El gemido de dolor de Cesio nos hizo volver a la realidad.

–¡Sujetadlo! –ordené mientras llegaba junto a él.

Les costó lograr que Cesio soltara la flecha, pero lo inmovilizaron contra el suelo con palabras de aliento. Alguien tuvo la consideración de hacerle morder un palo para evitar que se hiciera daño. El tribuno había palidecido y se estremecía a pesar de que estábamos a pleno sol. Tenía la mirada clavada en mí, sin verme en realidad, mientras el sudor le formaba gotas en la frente. La herida sangraba tanto que por un momento temí que hubiera alcanzado alguna vena.

–Silo, tu cinturón.

El esclavo me lo tendió rápidamente y lo coloqué en torno al muslo de Cesio. Me senté sobre su pantorrilla para detener sus temblores y apreté el cinturón con la intención de evitar que se desangrara en cuanto extrajera el proyectil.

–Aulo –llamé al tribuno usando por primera vez su nombre de pila y haciendo que me mirara a la cara–, ni se te ocurra morirte.

Acto seguido, agarré el mástil de la flecha y comencé a tirar poco a poco. Sus gritos de dolor quedaron amortiguados por el palo que apretaba entre los dientes, pero vi las lágrimas que le recorrían raudas las mejillas. Intentaba retorcerse involuntariamente para librarse de mí, pero no tuve compasión y no paré hasta que logré sacar del todo la flecha.

–¡Traed la posca! –grité mientras apretaba la herida para evitar que sangrara.

Rápidamente, uno de los soldados me tendió el pellejo de vinagre que mezclaban con el agua que cogíamos para evitar enfermar. Cuando eché el líquido sobre la herida, Cesio aulló y consiguió liberarse brevemente de los hombres que lo inmovilizaban, pero estos reaccionaron de inmediato y volvieron a contenerlo.

Por mi parte, arranqué un trozo de tela de mi vestido y le vendé la pierna con ella. Sabía que tendría que coser la herida, pero aquel no era buen lugar para ello. Para entonces Cesio ya se había desmayado.

Mario me miró con gesto grave. Sabía lo que pensaba.

–¿Hay más heridos? –quise saber.

–Numerio –dijo, señalando hacia el lugar donde dos hombres intentaban contener la hemorragia del soldado–, y Crispo ha muerto.

Reuniremos a los caballos y encontraremos un lugar en el que refugiarnos.

Me mostré de acuerdo. Le pedí a Silo que se encargara de nuestras cosas y de las del tribuno mientras yo evaluaba mi propio estado. Me dolía el labio, roto por el golpe, y el pequeño rasguño que la flecha me había hecho en el hombro, pero no parecía grave y ni siquiera necesitaría puntos.

Observé a Cesio, inmóvil a mi lado. El sudor le perlaba la piel y la venda de la pierna empezaba a mancharse de sangre, lentamente. Estaba tan pálido que parecía muerto, pero el débil movimiento de su pecho me indicaba que aún respiraba. Inquieta, comprobé su pulso. La piel le ardía, por lo que me moví para darle algo de sombra con mi cuerpo mientras el resto de los hombres se hacían cargo de todo.

Mario los había mandado a explorar los alrededores, cada uno en una dirección. No me hizo falta preguntar por qué no intentábamos llegar hasta el manantial principal, donde se suponía que había un pequeño asentamiento: nuestros agresores venían de aquella dirección.

No sé cuánto estuvimos allí, pero, al cabo de un rato, se oyeron tres silbidos agudos que resonaron por el valle.

–Han encontrado una cueva –dijo al reconocer la señal–, vamos.

Antes de lo que había esperado, Silo y él subieron a Numerio a uno de los caballos para, a continuación, hacer lo mismo con Cesio.

Después, reemprendimos la marcha.

El ascenso por la ladera fue penoso. Los soldados que habían estado explorando se unieron a nosotros con una rapidez que me sorprendió y, entre todos, fuimos guiando a los caballos mientras Numerio gemía de dolor. Cesio seguía inconsciente.

Cuando llegamos a la cueva, la tarde comenzaba a caer y todos estábamos agotados. Los soldados hicieron varias antorchas improvisadas y nos adentramos en la cavidad. No era muy grande, pero nos permitiría resguardarnos incluso con los animales.

Desmontamos a los heridos y los tumbamos sobre las esteras de esparto y las mantas en la zona más llana de la gruta. Mario estableció rápidamente un turno de guardia. Con Silo, eran cinco. Lo vi dudar, pero, finalmente, ordenó a Festo y a Rústico que fueran a encargarse de borrar todas las huellas del combate y ocultar los cadáveres antes de que anocheciera. Después, se acercó a mí y me tendió una pequeña caja de madera.

–Son medicinas –me explicó ante mi muda interrogación–. No pensarías que Cesio iba a salir en una misión como esta sin pasar a ver a Próculo antes, ¿no?

Abrí la caja y eché un rápido vistazo. Aparte de varios utensilios médicos, entre los que se incluía un escalpelo y unas tijeras, había vendas, hilo, agujas curvas, unas pinzas y varios frascos

cuidadosamente organizados. Además, alguien tuvo la precaución de anotar en un minúsculo pergamino las dosis máximas de cada uno de los ingredientes. Reconocí la letra: era la de Cesio. Me volví hacia él y agradecí mentalmente su previsión.

–Trae más posca, Silo –ordené–. Hay que coserles las heridas.

Observé a ambos heridos y decidí a comenzar por Numerio, cuyo estado era más grave. Un corte bastante profundo le recorría el costado y no dejaba de gotear sangre a pesar de las vendas. Los hombres lo sujetaron mientras le cosía la herida, ignorando sus lamentos. Me temblaban las manos, pero, cuando acabé, la sutura parecía decente.

Después, me encargué de Cesio. El tribuno estaba semiconsciente, pero el dolor lo espabiló e intentó apartarse de mí, aunque Mario y Silo lo mantuvieron quieto mientras le cosía la herida. Podía ver el sufrimiento en sus ojos, oscuros como el mar tras la tormenta. El cinturón que le había atado al muslo cumplió con su trabajo y evitó que perdiera demasiada sangre.

–Te pondrás bien –le aseguré en un susurro, con una confianza que no tenía.

Él vio la mentira en mis ojos, pero se mantuvo callado. Temblaba y, cuando le toqué la mejilla, me di cuenta de que le había subido la fiebre.

Le coloqué un paño húmedo sobre la frente y rebusqué entre los diferentes botes de las medicinas hasta que encontré lo que andaba buscando: adormidera. Calculé con cuidado la dosis para que no los matara y la disolví en el vino. Después, con la ayuda de Silo, los incorporé a ambos y les hice acabarse el cuenco entero.

Cuando iba a levantarme, Cesio me agarró de la muñeca.

–Vendrán más –dijo con un hilo de voz.

–Mario se está encargando –le respondí en un susurro–. En breve anochecerá, por lo que mañana decidiremos si continuar o no.

–¿Bajas? –musitó.

–Crispo. Festo y Rústico han ido a enterrarlo –susurré. Él cerró los ojos, afectado–. Descansa, necesitamos que te recuperes para continuar. Si los hombres de Aureliano vuelven a atacar, no tendremos ninguna posibilidad.

–No deberían conocer nuestra ruta –musitó, mirándome.

–Alguien debió vernos en Bitulion. No te preocupes, encontraremos la forma de pasar desapercibidos hasta Alejandría –le aseguré.

No dijo nada, pero vi la culpa en sus ojos antes de que los cerrara.

–Cesio –lo llamé suavemente al ver que la droga comenzaba a hacer efecto–, necesito tu permiso para consultar los mapas.

Nos observamos unos instantes hasta que, muy lentamente, asintió con la cabeza. No le quedaba otra que fiarse, y ambos lo sabíamos.

Noté su mirada sobre mí mientras me acercaba a su equipaje y sacaba los mapas, hasta que me senté junto a Mario, en la entrada de la cueva.

–¿Cómo están? –preguntó el soldado. Había dispuesto las flechas que tenía ante él y se dedicaba a arreglar las plumas.

–Mal. No sé si Numerio llegará a mañana y a Cesio le ha empezado a subir la fiebre.

El soldado no dijo nada, pero dejó la vista perdida en el horizonte, que en aquel momento parecía arder en mil tonalidades de rojo distintas.

–He traído los mapas –dije sacándolo de su ensoñación–. Tenemos que planear los siguientes movimientos.

Mario suspiró, como si los años de servicio le pesaran demasiado.

–No aguantaremos otra emboscada así.

–Lo sé –dije desplegando el plano correcto ante él. Los otros dos pertenecían al delta del Nilo y a Judea–. Debemos estar aquí –señalé–. En una jornada tendríamos que ser capaces de alcanzar de nuevo la calzada de la costa.

–No es segura. Conocen nuestra dirección, nos estarán esperando en Pelusium.

Tenía razón, aquella ciudad era donde se juntaban ambos caminos, un paso obligado, por lo que también era el lugar más lógico para preparar otra emboscada. Busqué una forma diferente de llegar al delta del Nilo.

–¿Estas líneas discontinuas qué son?

Me di cuenta de que el veterano echaba la cabeza ligeramente hacia atrás, como si le costara enfocar la vista.

–Rutas nabateas. Sabemos que existen, pero no por dónde van, por eso se representan así.

–¿Es factible alcanzarlas?

–Con ellos heridos, no. Están demasiado al sur. Necesitaríamos cinco días por el desierto hasta acercarnos a la zona y, contando con que diéramos con ellas, tardaríamos otros dos en llegar al mar Rojo. Sin saber dónde están los oasis y los pozos de agua, es un suicidio.

Fruncí el ceño levemente y continué examinando el mapa.

–¿Esto qué es? –Señalé una línea que terminaba bruscamente en el borde del pergamino.

Mario fue incapaz de responder. Comprendí que allí el único que podía descifrar aquello era Cesio, pero estaba anestesiado por la adormidera y no podía ayudarnos. Suspiré. Ojalá hubiera prestado más atención cuando mi padre nos explicaba a Vero y a mí esas cosas.

Continué examinando los diminutos dibujos e indicaciones del pergamino hasta que Festo y Rústico volvieron. Parecían agotados y estaban cubiertos de polvo. Con rapidez, nos resumieron lo que habían

visto. Nuestra posición era buena, ya que ocupábamos una buena altura que permitía controlar un trozo del valle desde la cueva. No obstante, apenas teníamos visibilidad hacia el oeste, donde habían encontrado el asentamiento.

–Los caballos de los que nos atacaron están ahí –comentó uno de ellos cuando terminaron de describirlo.

–No es seguro bajar –dijo Silo, que se había sentado a mi lado.

Todos se mostraron de acuerdo. Un silencio espeso se extendió entre nosotros, hasta que Mario lo rompió.

–Id a dormir –dijo–. Mañana decidiremos qué hacer.

Nos retiramos en silencio a la oscuridad de la cueva, desanimados. Silo, que ya había colocado nuestras mantas sobre el suelo, parecía preocupado, pero pronto le venció el cansancio, al igual que al resto. A mi mente, en cambio, le costó más olvidarse de rutas y estrategias. Ni siquiera en sueños pude dejar de pensar en aquel desierto, en cuyas dunas creí ver a Venus Libitina, señora de los muertos, observándonos. Acechándonos.

Esperando para reclamarnos.

Capítulo 27: La encrucijada

10 de junio del 69

Cesio comenzó a delirar dos horas antes del alba. La fiebre le había subido tanto que temblaba cada vez que le colocaba el paño húmedo en la frente. Al principio, murmuraba palabras sin sentido, como si estuviera atrapado en una pesadilla de la que no pudiera escapar, pero pronto comenzó a recitar una letanía de nombres que se mezclaban entre ellos.

–¿Quién es Emilia? –le pregunté a Mario en un susurro. El hombre apenas había dormido y parecía cansado.

–Su madre –me respondió el veterano con gesto serio–. Fulvio es su hermanastro.

Un recuerdo lejano afloró en mi mente de repente, como si hubiera estado esperando el momento preciso para emerger. En él, Livia me presentaba a un hombre joven, algo mayor que Cesio e infinitamente más tímido, de mirada taimada y maneras correctas, primogénito de un antiguo recaudador de impuestos de Capua.

Iba a comentar que lo conocía cuando Cesio gimió y comenzó a convulsionarse. Mario me ayudó a sujetarlo para que no se hiciera daño y pude ver su mirada de lástima, como si hubiera aceptado que el tribuno no iba a salir vivo de aquella cueva y se resignara a ver cómo se le apagaba la vida. Apreté los dientes y me negué a dejarme llevar por los mismos pensamientos.

Poco a poco, las convulsiones cesaron y Cesio volvió a quedarse inmóvil, a excepción de la rápida respiración que nos indicaba que seguía vivo. A su lado, Numerio, con los ojos abiertos de par en par, continuó con la letanía que llevaba horas murmurando, ajeno a nosotros. Sus rezos nos habían acompañado gran parte de la noche.

–No podemos viajar con ellos en este estado –le dije a Mario antes de apoyar la espalda contra la pared de la cueva, agotada.

–Quedarnos aquí tampoco es una opción. Voy a ver si los hombres han vuelto.

En cuanto los colores del alba comenzaron a teñir el cielo, y al ver que Cesio seguía delirando, Mario envió a Festo y a Rústico a buscar agua fría a uno de los pozos para intentar bajarle la fiebre. Sin embargo, se estaban demorando en volver y empezábamos a preocuparnos.

Observé unos instantes a Silo, hecho un ovillo a mi lado. Le había tocado la penúltima guardia e, incluso dormido, pude ver el cansancio

en las ojeras que se le marcaban en la cara.
Debí quedarme dormida, porque me tocaron el hombro, y me sobresalté. Me di cuenta de que el sol ya había emergido por el horizonte y empezaba a iluminar el terreno que se extendía ante la cueva. A mi lado, Festo acababa de dejar un cuenco con agua fresca y Silo, que ya se había despertado, bebía de uno de los pellejos.
–¿Por qué habéis tardado tanto? –murmuré, intentando desprenderme de los últimos retazos de sueño.
–Había gente en el pozo.
–¿Gente? –inquirió Mario, que acababa de acercarse.
–Una caravana nabatea. Se dirigen hacia Egipto y pasarán por Pelusium.
–Si nos unimos a ellos, podríamos llegar a la costa camuflados y nadie repararía en nuestra presencia –dijo Festo en un susurro.
Mario dudó.
–Si emprendemos ahora el viaje, ellos morirán –musitó señalando a Cesio y a Numerio con la cabeza.
–No habrá otra oportunidad de continuar –intervino Rústico.
Hice una mueca. Entendía su punto de vista, pero ponerse en marcha en aquel momento era condenar definitivamente a Cesio y a Numerio a muerte.
–¿Hasta cuándo se quedarán por aquí?
–Van a aprovisionarse de agua, a descansar, y a mediodía continuarán su camino.
–Lo decidiremos entonces –resolví–. Quiero repasar antes los mapas.
Los hombres intercambiaron una mirada entre ellos, pero no dijeron nada. Justo en aquel momento, Cesio comenzó de nuevo a delirar y sus palabras quedas se mezclaron con el murmullo de Numerio.
–Yo me ocupo –dije.
Observé de reojo que Mario hacía una seña al resto para que me dejaran sola. El tribuno se agitaba, así que me senté a su lado y le coloqué el paño húmedo en la frente, lo que le provocó un temblor. Luego lo revisé con calma, intentando no hacerle daño. Sin embargo, gimió y me agarró la muñeca.
–¿Madre? –murmuró con un hilo de voz.
Advertí que sus ojos, revueltos como el mar tras la tormenta, no me reconocían.
–No, soy Julia.
Vi una pequeña chispa de reconocimiento en su mirada y me soltó.
La zona estaba hinchada y el hilo que había usado se hundía en la carne, aunque no sangraba. Aun así, me preocupaba el aspecto que tenía. Volví a vendarla haciendo caso omiso de sus estremecimientos.
–Está curando bien, pronto podrás volver a montar a caballo.
–Mientes fatal –musitó.

Aquello me hizo esbozar una débil sonrisa, pero no le respondí.
–No podemos seguir aquí –murmuró al poco.
–Estamos planeando la marcha –le aseguré–. Aprovecha para descansar.
–Mario nunca tomará una decisión –me confió en un susurro–. Quiero hablar con él.
Temblaba por la fiebre, estaba muy débil y a ratos deliraba, pero tuve la impresión de que, en los momentos en los que estaba lúcido, su mente trabajaba sin descanso.
–Iré a buscarlo –acepté con un nudo en la garganta antes de dirigirme al exterior, donde los hombres observaban el horizonte en silencio. Me senté con ellos y le transmití a Mario el mensaje de Cesio.
Me pareció que el veterano titubeaba, aunque lo disimuló con rapidez y se internó en la cueva sin decir nada. Observé su charla desde lejos y me di cuenta de que flotaba una calma antinatural en el ambiente. No tardé demasiado en comprender la causa.
–Numerio ha dejado de rezar –murmuré, poniéndome en pie.
Festo y Silo me imitaron y nos acercamos al herido, que permanecía inmóvil sobre las mantas en las que lo habíamos recostado. Parecía dormido, pero cuando busqué su pulso no fui capaz de encontrarlo. Murmuré una oración para que los dioses fueran clementes con su alma. Mario, que nos miraba de reojo sentado al lado de Cesio, se giró hacia nosotros cuando fue evidente que había ocurrido algo. No hizo falta que dijéramos nada. Lo entendió de inmediato, al igual que el tribuno, en cuanto saqué una moneda de mi bolsa para colocársela en la boca y que pudiera pagar a Caronte.
El veterano dudó, sin saber qué hacer. Fue Cesio el que, con un hilo de voz, repartió las órdenes.
–Festo, ayuda a Mario a amortajar a Numerio mientras Rústico hace guardia. Después, enterradlo. Silo, vigila a la caravana. Si antes del mediodía no se nos ocurre otra opción, nos uniremos a ellos. Festo, ¿qué les dijiste exactamente?
El soldado, muy serio, desvió la mirada al suelo.
–Simplemente que Julia y tú erais una pareja de comerciantes, pero que unos bandidos nos habían atacado y teníamos varios heridos. Ellos se ofrecieron a dejar que los acompañáramos hasta la costa si estábamos en condiciones de viajar.
Cesio asintió, sin fuerzas para decir nada más, y decidimos dejarlo descansar. Mientras todos se apresuraban a obedecer, salí de la cueva y extendí los mapas en el suelo. Tenía la sensación de que se me estaba pasando algo por alto.
Estaba claro que no podíamos volver a la costa, porque nos estarían esperando. Eso descartaba todo lo que estaba al norte de nuestra posición y también la ruta nabatea que llegaba hasta Pelusium. El

problema era que, al parecer, la única manera de llegar al delta de Nilo era precisamente por allí. Si dejábamos marchar a la caravana, tendríamos que esperar a la siguiente y el tiempo corría en nuestra contra: si alguien echaba de menos a los hombres que nos habían atacado, enviarían más a buscarlos.

Por un momento, pensé en coger un barco que nos permitiera recorrer aquella distancia por mar, pero, para evitar a los hombres de Aureliano, tendríamos que retroceder al menos hasta Bitulion o incluso Raphia, lo que nos haría perder muchísimo tiempo.

También busqué otras maneras de llegar al Nilo por el sur, pero las líneas que marcaban las rutas desaparecían a ratos y algunas directamente se cortaban en medio del desierto. Además, Mario tenía razón, no podíamos seguir hasta el mar Rojo sin conocer el terreno. De todos modos, aunque lo lográramos, seguirían quedando demasiados días de marcha hasta alcanzar de nuevo el camino en su punto más meridional: la ciudad de Boubastris.

Silo se acercó a mí, sin perder de vista el polvo que levantaban los miembros de la caravana en el valle, y se sentó a mi lado.

–La pierna de Cesio tiene mala pinta –comentó con una mueca–. He visto antes heridas así y no suelen terminar bien. Se infectan. Los hombres mueren a los pocos días si no se acaba con la infección.

Dejé la vista perdida en aquel paisaje árido y, por un momento, tuve frío.

–¿Qué propones?

–En el ejército, los médicos abren de nuevo la herida para poder limpiarla. Para muchos ya es demasiado tarde, pero unos pocos se recuperan.

Sabía que tenía razón.

–Será mejor que vaya a ver cómo está.

Entré en la cueva justo cuando Festo y Mario sacaban el cuerpo de Numerio. Agradeciendo la penumbra del ambiente, recuperé la caja de medicinas y me dediqué a leer las notas del tribuno sobre cada una de ellas. Después, aprovechando el pequeño fuego que había encendido Rústico, herví agua y preparé una infusión de melisa con miel y varias gotas de extracto de adormidera. Cesio se despertó cuando terminaba de quitar las hojas secas que flotaban en el cuenco.

Le toqué la frente. La fiebre le había subido.

–Necesito volver a ver tu herida. –Mi tono debió ser lo suficiente elocuente, porque su respiración se aceleró.

–No está bien, ¿verdad?

–Podría estar mejor –admití–. Tienes que beber esto, te aliviará el dolor. Ven, te ayudaré a incorporarte.

Lo vi dudar unos instantes, pero obedeció. La mano con la que se agarraba a mí para poder mantenerse en aquella postura le temblaba.

La piel le ardía y seguía sudando. Poco a poco, lo que le había dado comenzó a hacer efecto y Cesio se sumió en un estado de semiinconsciencia apoyado en mi regazo. Por un momento, me asaltaron recuerdos lejanos que me hicieron rememorar la muerte de mi padre, en un lugar muy distinto pero que en el fondo guardaba muchas similitudes con lo que estaba viviendo allí: Publio había muerto en la misma postura en la que ahora se encontraba Cesio. Barrí aquellas imágenes de mi mente y me concentré en el presente.

Con cuidado, retiré las vendas de la herida y supe que Silo había dado en el clavo. Cogí uno de los escalpelos de metal que había en la caja. Intentando que no me temblara el pulso, lo pasé un par de veces por el fuego para purificarlo y me armé de valor. Poco a poco, corté los puntos de la herida, que comenzó a sangrar. El tribuno tembló, pero no se movió.

Inmediatamente, del corte salió un líquido amarillento que nos confirmó lo que ya sospechaba: estaba infectada. Por suerte, parecía que solo la parte más superficial. Con mucho cuidado, limpié la herida con vinagre y volví a coserla. Estaba claro que había usado poca adormidera, porque el tribuno se despertó antes de que terminara de vendarle la pierna. Vi las lágrimas brillar en sus ojos, aunque no llegó a derramarlas. Atrapé su mano justo cuando pretendía tocar la herida.

–Deja que se cure. ¿Tienes hambre? –le pregunté, tendiéndole un trozo de carne seca. No había desayunado, pero negó con la cabeza.

–¿Cuánto tiempo nos queda?

–En torno a dos horas –admití tras un breve silencio.

Lo vi mirar al frente, con el miedo pintado en los ojos. Sabía que su cuerpo no aguantaría el viaje, pero aun así estaba dispuesto a hacer que nos uniéramos a la caravana si eso nos daba una oportunidad.

–Julia, en mi equipaje hay una carta. Lleva mi sello. Entrégasela a mi familia si no llego a Alejandría, por favor.

Sus ojos se clavaron en los míos y pude ver la súplica que se escondía en ellos. Me hubiera gustado decirle que no iba a morir, pero ambos éramos conscientes de la gravedad de su estado, por lo que asentí.

Por un momento, algo se rebeló en mi interior: era imposible que no hubiera otra ruta hasta Egipto. Fue entonces cuando recordé la conversación que había tenido con Mario la noche anterior y aquellos símbolos que no supimos interpretar. Así que me hice de nuevo con el pergamino y lo desplegué ante nosotros, de modo que Cesio pudiera verlo.

–¿Qué son estas líneas de aquí, las que comienzan cerca del borde?

–Cursos de agua, canales, pero no ríos. Tampoco es un *wadi* porque esos no se marcan.

En el mapa del delta del Nilo la línea partía del borde y avanzaba prácticamente recta hasta llegar a Boubastris.

–¿Hay un canal que conecta el mar Rojo con el Nilo?
–Es una zona muy árida. No estoy seguro de que pueda usarse...
Entonces enmudeció de golpe. Ambos llegamos a la misma conclusión.
–... salvo durante la crecida del Nilo. ¿Cuándo empieza? –le pregunté, sabiendo que su legión había estado acantonada en Egipto.
–Hace quince días en Asuán.
–¿Y cuánto tarda en alcanzar el delta?
El tribuno revisó rápidamente los mapas, mientras una chispa de esperanza prendía en sus ojos.
–Una semana hasta Menfis, un día más hasta Boubastris.
Señalé el canal.
–Y otro para comenzar a llenarse de agua. Han pasado ya seis desde que la crecida lo alcanzó. Tardaríamos tres en llegar hasta allí. Si permanecemos aquí un par más... ¿Es posible recorrer el canal con el agua acumulada once días después de la crecida?
Cesio dudó, pero acabó asintiendo. Vi el brillo que se le instaló en la mirada antes de señalar un punto que me había pasado desapercibido, justo al inicio del canal.
–Eso es una fuente.
Ambos nos miramos. Aquello significaba que era posible hacer aquel camino.
Por un momento, me sentí eufórica, pero, aunque encontrar una ruta con la que esquivar a los hombres de Aureliano era una buena noticia, tenía mis dudas de que Cesio aguantara tres días por el desierto.
En aquel momento, Silo entró corriendo en la cueva seguido por el resto de los soldados.
–La caravana se marcha.
–Da igual, hemos encontrado otro modo de llegar a Egipto.
Les expliqué lo que habíamos pensado, e incluso a Mario le pareció aceptable que nos quedáramos un par de días más en la cueva. Así que el resto del día lo pasamos vigilando la entrada del valle, por si acudían otros atacantes, y organizando el viaje.
A Cesio le bajó la fiebre a media tarde y, cuando le eché un vistazo a la herida, vi que estaba menos hinchada.
Mientras esperábamos, los soldados se dejaron llevar por la nostalgia y comenzaron a recordar a sus compañeros caídos. Sus historias nos distrajeron, pero, al anochecer, la conversación volvió poco a poco al presente. Fue Festo el que atrajo mi atención.
–Al parecer, la situación en Hebrón se está complicando.
–¿Por qué dices eso? –preguntó Cesio, que había mejorado bastante.
–Se lo oí a los de la caravana. No se han desviado en Sobata hacia Gaza por cómo están las cosas. Los rebeldes campan a sus anchas en Beerseba y la legión de Cerialis está teniendo problemas.

–¿Qué problemas? –quise saber.

Los hombres cruzaron una mirada entre ellos.

–No tengo mucha información –continuó Festo, eligiendo las palabras con cuidado–, pero ha caído una de las torres de asedio. Al parecer, los defensores prendieron fuego y la lanzaron contra nuestras tropas. Han destrozado parte de las catapultas y al menos una centuria de hombres ha muerto.

–Pero no dijeron nada de los mandos de la legión, ¿no? –inquirió Mario al ver mi expresión.

–No, por lo que supongo que todos estarán bien –intentó tranquilizarme Festo.

–¿De las otras legiones sabes algo? –preguntó Mario, desviando el tema sutilmente.

Festo negó, pero pronto comenzaron a compartir sus teorías sobre lo que debían estar haciendo. Cesio no tardó demasiado en dejar de prestarles atención. Se le estaba pasando el efecto de la última dosis de adormidera que le había dado y veía el dolor reflejado en su rostro.

Mario, que también se dio cuenta, ayudó a Silo a volver a recostarlo y decidió irse fuera de la cueva para que el tribuno pudiera descansar. Yo rechacé su invitación y, con la excusa de terminar de remendar los bajos de mi túnica, prendí una de las velas de sebo y me retiré al rincón más alejado que encontré. Con las manos temblorosas, conseguí enhebrar la aguja y dar varias puntadas mientras oía desde lejos la queda conversación de los hombres.

Al cabo de un rato, cuando Cesio parecía dormido de nuevo, Silo se acercó a mí con una de las mantas. Iba a preguntarme algo, pero, al ver mi expresión, enmudeció.

–¿Estás bien, Julia?

Fue en aquel momento cuando me derrumbé. Rompí a llorar sin poder evitarlo, intentando esconder la cara entre los brazos. El esclavo se quedó un momento paralizado, pero después se arrodilló a mi lado y, tras vacilar un instante, me abrazó. Me apoyé en su hombro incapaz de dejar de llorar.

–Estoy muy preocupada por Vero –sollocé.

–Creo que tu hermano es lo bastante inteligente como para apartarse si una de las torres de asedio va en llamas hacia él...

–No es solo eso –dije, enjugándome las lágrimas–. Tengo miedo, Silo. él es lo único que me queda.

El esclavo me miró con tristeza.

–No es solo por el asedio, ¿verdad?

–A mi padre lo acusaron de traición –expliqué tras un breve silencio–. Murió entre mis brazos, a pesar de que era imposible que estuviera involucrado en ninguna conspiración..., pero Vero sí lo está y no quiero que acabe igual. No quiero que se libre de morir en la

guerra para terminar en una lista de proscripciones.

–¿Qué vas a hacer?

–Él ha elegido su camino. No puedo hacer otra cosa que no sea apoyarlo hasta las últimas consecuencias –dije, ya más tranquila–. Sin Vero no tiene sentido nada de lo que he hecho este año. Yo tengo mi dote. Podría haberme retirado a la villa y dar por perdidas todas las propiedades de mi padre. No hubiera tenido que pedir favores a Otón ni soportar las amenazas de Vitelio...

–¿Y Aureliano?

Me encogí de hombros.

–Las cosas hubieran sido distintas. No podrían chantajearme como lo han hecho. Tendría que haberle cortado el cuello cuando tuve ocasión –musité, mientras una lágrima solitaria me recorría la mejilla.

–No sabías lo que ahora sí, y piensa que el golpe que le diste no se le olvidará en la vida.

Mis pensamientos volaron hacia Roma y lo que había ocurrido en la ciudad. A pesar de todo, echaba de menos mi vida allí.

–Vero sabe incluso lo de mi abuelo, pero por algún motivo lo está protegiendo. Si no le ha dicho nada a Tito, sus razones tendrá.

–Quizá piense que lo puede perjudicar.

Hice una mueca. Desde luego, que mi abuelo fuera uno de los apoyos de Vitelio podía darle muchos problemas a mi hermano.

–Más bien creo que pretende arreglarlo en privado.

Ambos dejamos la mirada perdida en la titilante llama de la vela.

–¿Crees que sobrevivirá? –inquirí mirando al tribuno.

–Sí –respondió Silo–. Esta mañana no hubiera dado un as por él, pero ha recuperado el color. La que deberías descansar eres tú, Julia. Apenas has dormido hoy.

Asentí y luego me recosté sobre las esteras. El fresco que traía la noche estrellada del desierto me obligó a cubrirme bien con las mantas. Sin embargo, el cansancio no tardó en sumirme en un sueño ligero plagado de pesadillas.

Capítulo 28: El camino

14 de junio del 69

Rodé por la arena y, en el último instante, interpuse la espada. Sin embargo, el golpe que esperaba parar no llegó. En su lugar, Silo me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie.

Jadeaba, sudaba sin parar, a pesar de que el sol ni siquiera había aparecido aún por el horizonte. Apoyé las manos en las rodillas, intentando recuperar el aliento, y le hice un gesto a Silo para me diera un respiro.

–Dejas el flanco izquierdo desprotegido –me indicó–. Tienes que ser más rápida.

–La espada pesa mucho –bufé, apartando un mechón rebelde de la cara.

–En una semana ni la notarás en tu mano –me aseguró, devolviéndomela. Observé unos segundos el arma. Había pertenecido a Crispo, aunque, estrictamente hablando, era propiedad del ejército. No tenía nada de especial y, desde luego, tampoco nada que ver con la de Cesio o con la de mi hermano, mucho más lujosas y de mejor factura.

La envainé, dando por terminado el entrenamiento, antes de volver con el resto del grupo. Los hombres, que nos habían estado observando como comadrejas desde la distancia, lo disimularon muy bien. Mario me tendió un trozo de pan con miel y queso, que era también lo que mordisqueaba Cesio, sentado no muy lejos de mí.

Al principio, cuando le había pedido permiso para entrenar con Silo al alba y usar la espada de Crispo, pensé que se negaría, pero no fue así. Ante mi sorpresa, se limitó a comentar que alguien capaz de defenderse siempre era bienvenido.

Tras un par de días en la cueva, las hierbas y potingues de Próculo habían hecho efecto y el tribuno poco a poco se había recuperado. Con ayuda era capaz incluso de incorporarse y cabalgar. Desde entonces, llevábamos dos jornadas de viaje, siempre hacia el oeste.

Cuando Cesio acabó de desayunar comprobé su herida.

–Está menos inflamada, y parece que cura sin problemas –admití, antes de tocarle la frente–. Tampoco tienes fiebre ya.

Le volví a vendar la herida con cuidado, notando su mirada sobre mí, pero, cuando terminé, me pareció que la apartaba, algo cohibido.

–Tenemos que partir ya –dijo, entrecerrando los ojos para observar el sol, que comenzaba a asomar en el horizonte–. Con algo de suerte,

llegaremos al canal en unas horas.
–¿Crees que habrá algún tipo de asentamiento?
–Es posible, aunque en el mapa no pone nada.
–Pensé que en el ejército había buenos cartógrafos.
Cesio aceptó mi crítica con una lánguida sonrisa. Seguir vivo había hecho que su humor mejorara y se mostraba más amable conmigo.
–Los hay, pero las rutas de suministros recorren la costa, que es lo que más se detalla. Nadie está tan loco como para atravesar el desierto con una legión.
–Tenía entendido que de vez en cuando mandamos exploradores...
El tribuno se apoyó en Mario, que le había pasado un brazo bajo los hombros y, con mucho esfuerzo, se puso en pie, únicamente apoyado en la pierna sana.
–Es cierto –me confirmó con los dientes apretados por el dolor–. La última expedición la envió Nerón hace siete años, más o menos.
Mario y Silo lo ayudaron a colocarse sobre el caballo, que esperaba pacientemente recostado sobre la arena. El animal de Cesio había muerto en el ataque, por lo que el tribuno se había visto obligado a compartir montura. Como la yegua de mi hermano era la más fuerte y yo la que menos pesaba, el pragmatismo nos hacía cabalgar juntos, a pesar de lo incómodo que me resultaba tener que pasar el día con él pegado a mi espalda.
El tribuno, que se sujetaba la pierna con una mano, me agarró por la cintura para estabilizarse en cuanto reiniciamos la marcha, mientras yo tomaba las riendas. A veces, cuando el dolor lo abrumaba, deteníamos la comitiva hasta que Cesio se recuperaba.
–Esa expedición –dije recuperando el hilo de la conversación–, ¿no era la que buscaba las fuentes del Nilo?
–Oficialmente, sí –admitió el tribuno, moviéndose un poco para adaptarse mejor al paso de la yegua.
–¿Y extraoficialmente?
–Fue una excusa para cartografiar la zona y ver nuestras posibilidades de conquistar el reino de Kush.
–¿Kush?
–Nubia, en la frontera sur de Egipto. Es uno de nuestros reinos clientes, pero sus tierras poseen abundantes reservas de oro que Nerón ambicionaba.
No me extrañaba: había dejado las arcas del Estado vacías.
–¿Y no vio factible la conquista?
–Por supuesto que sí. La expedición remontó el Nilo más allá de donde se convierte en un solo río, superó el desierto y atravesó unas marismas que se extienden cientos de millas hasta llegar a unos lagos inmensos. Sin embargo, estaban casi sin provisiones y muchos habían sucumbido por las fiebres, por lo que se dieron la vuelta, pero

lograron al menos cartografiar una extensión enorme de territorio.
–¿Entonces por qué Nerón no intentó tomarlo?
–Sí que lo hizo. Ya tenía nuestra legión dispuesta para marchar al sur, pero entonces se complicaron las cosas en Jerusalén y se vio obligado a trasladarnos a Judea, lo que le agradecimos.
–¿Por qué? También es una guerra…
–Es más fácil luchar contra hombres que enfrentarse a desiertos interminables y cenagales llenos de serpientes tan largas como el ancho de la vía sacra.
Me estremecí. Si ya llevaba mal lo de los escorpiones, no quería imaginarme lo que sería encontrarme con más bichos potencialmente mortales.
–Además –intervino Mario, que iba a nuestro lado–, a Tito no le gustan los mosquitos.
–Julia, ¿es cierto que en su casa de Roma tiene telas puestas en las ventanas para que no entren? –intervino Festo desde el final de la comitiva.
–No tengo ni idea –le aseguré–. Yo solo he estado en la mansión de su tío, Sabino, y no he visto nada raro.
–¿El hermano mayor de Vespasiano? –quiso saber Mario.
Asentí, tirando un poco de las riendas para corregir la dirección de la yegua.
–Es el pretor de la ciudad y era muy amigo de mi padre: incluso dio un discurso en su entierro.
Cesio sonó sorprendido.
–¿Tu padre tuvo un entierro público?
Comprendí su extrañeza: a los acusados de traición no se les permiten tales honores.
–Sí, tuve una audiencia con Nerón ese mismo día y logré convencerlo.
–¿Tú sola? –preguntó Mario, poniendo voz al pensamiento del resto.
–Vero no estaba en Roma –respondí con un tono más seco de lo que pretendía.
–¿Cómo lo convenciste? –inquirió Festo.
–Hablé con él. Tuve buenos maestros de retórica.
Continuamos recorriendo el desierto, cada vez más incómodos a medida que el sol se elevaba en el cielo y el calor aumentaba. El sudor comenzó a correrme por la espalda y las manos se me pusieron pegajosas. Los otros días había soportado mejor la temperatura, pero en aquel momento me costaba hasta respirar. Sabía de sobra la causa y Cesio, al que le pasaba lo mismo que a mí, también.
–Cada vez hay más humedad –comentó–. Nos estamos acercando al mar.
Sin decir nada, puso una de sus manos sobre la mía y tiró de las

riendas lo justo para variar el rumbo. No entendí sus intenciones hasta que me di cuenta de que nos encaminábamos hacia una duna que proyectaba una sombra lo bastante grande como para cobijarnos en ella. Ordenó que nos detuviéramos allí, y, aunque el calor seguía siendo intenso, notamos el alivio de escapar del sol.

–¿En Roma no tenéis verano? –se burló Mario cuando Silo y él terminaron de bajar al tribuno del caballo.

–¡En Roma nos asamos como chicharros! –exclamé, tumbada sobre la arena–. Pero existen jardines y fuentes donde refrescarse. Además, los que tenemos suerte escapamos de allí en cuanto el revestimiento de las paredes comienza a agrietarse por el sol. ¿Has estado alguna vez en Roma, Mario?

El soldado negó. El único que admitió haber visitado la ciudad, aparte de Silo, fue Cesio.

–Capua tampoco está tan lejos –comenté.

Si le sorprendió que supiera de dónde era, lo disimuló muy bien.

–Tres días con el correo imperial, cuatro, si no puedes cambiar de montura –admitió él.

–¿No tenéis casa en Roma?

Él negó con la cabeza y bebió del odre antes de devolvérselo a Silo.

–¿Y dónde se queda tu hermanastro cuando anda por allí?

Por la expresión de sus ojos, supe que lo había pillado desprevenido. Me di cuenta de que todos nos observaban con atención y el tribuno hizo una mueca más que evidente de fastidio.

–¿Conoces a Fulvio?

–Coincidimos una vez. Me lo presentaron en una fiesta.

Su expresión de disgusto se agudizó.

–Espero que fuera amable –comentó al ver que todos esperábamos su reacción.

–Fue correcto, nada más –repliqué.

Cesio y yo nos miramos y, por una vez, se mostró tal y como era, sin esconderse tras aquella barrera de serenidad que lo caracterizaba.

–Julia, Fulvio es imbécil. Acepta mis disculpas en nombre de toda mi familia si hizo o dijo algo inapropiado.

Le sonreí con suavidad.

–No te preocupes, conmigo solo habló cinco minutos y parecía tener bastante prisa por escapar. ¡Te prometo que yo tampoco le hice nada!

Mario rio ante mi comentario y aquello ayudó a rebajar la tensión, a pesar de lo cual el tribuno seguía pareciendo terriblemente avergonzado. Cambiamos de tema y, poco a poco, Cesio recuperó su calma habitual. Al rato, ordenó que nos pusiéramos de nuevo en marcha.

–Si te sigues inclinando a la izquierda, te vas a caer –me avisó Cesio en un momento dado. Había apoyado su frente en mi hombro, incapaz

de mantenerse erguido.

Intenté mejorar mi postura sobre la yegua, que resopló, molesta.

–¿Quién te enseñó a montar, Julia?

–Mi padre.

–Tu padre era zurdo.

–¿Por qué dices eso?

–Por la forma en la que montas, igual que Vero. Es un comportamiento que ambos habéis aprendido: no te sale natural y por eso vas incómoda. Tu hermano lo ha ido corrigiendo, pero tú estás rígida como una estatua de alabastro.

Avanzamos un buen rato más, hasta que rompí el silencio.

–La estatua de alabastro se va a derretir como la nieve en verano, Cesio. Necesito una sombra antes de que tengáis que recogerme del suelo con un cubo.

–Después de aquella duna –me indicó.

Encaminé hacia allí a la yegua, que avanzaba cabizbaja, pero, cuando terminamos de ascender, me detuve.

–Vaya... –murmuré, impresionada por el paisaje que se extendía ante nosotros.

El desierto interminable por el que habíamos avanzado comenzaba a descender hasta alcanzar la superficie azul de un lago inmenso que brillaba con fuerza bajo el sol, deslumbrándonos. Al sur, una fina línea de agua partía de él hasta perderse donde alcanzaba la vista, mientras que al norte la imagen era tan distinta que parecía sacada de otro mundo: más allá de las dunas, la vegetación surgía con fuerza, pintando de verde el delta del Nilo.

–Bienvenida a Egipto –me susurró Cesio.

Me volví hacia él, que observaba el horizonte con una expresión que no supe identificar. Sin embargo, al notar mi mirada clavó sus ojos en los míos y me di cuenta de que brillaban tanto como el mar bajo el sol de agosto. Aparté la vista, cohibida, y dirigí a la yegua hasta la sombra más cercana, donde pudimos desmontar al fin.

–Tenemos que encontrar la fuente pronto –dije apurando la última gota de un odre vacío–. ¿Cuánto tardaremos en llegar a ella?

El tribuno calculó a ojo la distancia.

–Dos horas entre que bajamos y la buscamos, más o menos.

Poco después, decidió que debíamos ponernos en marcha de nuevo. No sé cuánto tiempo tardamos en recorrer la distancia que nos separaba del lago, pero, en las horas más calurosas del día, se me hizo eterno. Por suerte, localizamos la fuente del mapa con facilidad. Se trataba de un poblado de chozas de adobe y paja que se arremolinaba sin orden ni concierto alrededor de un pequeño oasis.

Lo atravesamos ante las miradas de curiosidad y cierta hostilidad de sus habitantes hasta hallar una taberna tan polvorienta como el resto

del pueblo. El dueño, un hombre hosco de modales rudos, pareció contrariado por tener clientes.

Mario y yo ayudamos a entrar a Cesio, que se sentó con una mueca de dolor en una de las tambaleantes banquetas mientras el resto se encargaba de los caballos. Pedí dos jarras de vino y una de agua para que el tabernero dejara de observarnos como si acabáramos de salir del Hades, pero no funcionó. Repitió la orden con un grito y, casi de inmediato, una chiquilla que no podía tener más de ocho años se apresuró a servirnos.

Mario se apropió de una de las jarras de vino como si le fuera la vida en ello. Yo lo probé y, acto seguido, me llené el vaso de agua. Cesio pareció divertido ante mi mueca de asco, pero no dijo nada, porque, en cuanto olió el vino, hizo exactamente lo mismo.

Pronto se nos unió el resto. Los hombres tenían sed y vaciaron las jarras a una velocidad pasmosa antes de pedir otra ronda. Esa vez, nos sirvió una joven un poco mayor bajo la atenta mirada del tabernero. Era bonita, aunque demasiado rural. Mario, por una vez, se mostró tremendamente cortés sin apartar los ojos de su escote, pero fue Cesio quien tomó la iniciativa.

–¿Por qué no te quedas y bebes con nosotros? –le dijo–. Llevamos varios días de viaje y añoramos una buena conversación...

La joven titubeó con una mueca de falso recato que solo podría engañar a Mario y no tardó en sentarse a nuestro lado, entre las bromas de los soldados e incluso de Silo, que se sumó con timidez a la diversión.

Me fijé en el brillo inteligente en los ojos de Cesio y supe que, aunque estuviera poniendo cara de idiota, tenía un plan. Esperé en silencio y el tribuno no tardó mucho en ponerlo en marcha, justo cuando percibió que la muchacha parecía más colaborativa.

–Nos han dicho que hay un canal por aquí cerca... –comentó con inocencia.

–Sí, al oeste, a veinte minutos andando. Cerca del lago hay un puerto, pero queda más lejos. El canal desemboca allí. No obstante, necesitaréis una barca...

–Pensé que los barqueros ofrecían pasajes...

La muchacha rio y se mostró coqueta, aunque Cesio no pareció impresionado.

–Todavía faltan varias semanas para que empiecen a llegar, pero conozco a alguien que os puede ayudar...

La joven hizo un gesto que nos indicó que no sería barato. El tribuno le sonrió, pero no se dejó engatusar. La muchacha, viendo que no podría sacarle nada, perdió el interés y al rato desapareció con la excusa de tener cosas que hacer. Mario dibujó una mueca de decepción.

–Quiero acercarme al canal –dijo Cesio, recuperando su seriedad habitual. Hoy dormiremos aquí, pero me gustaría saber si hay tan pocos barqueros como dice o si, por el contrario, podemos conseguir algún pasaje para mañana. No tardaremos mucho. Podremos estar de vuelta en menos de dos horas.

* * *

Supe que estaba pensando lo mismo que yo y lo vi dudar. Si me dejaba sola con mi esclavo, correría un riesgo demasiado grande, pero, si ordenaba a Festo y a Mario que se quedaran para protegerme, él no tendría la suficiente escolta en caso de que tuviera problemas.

–Iremos Julia, Festo, Silo y yo –concluyó al fin–. Mario, encárgate de vigilar el equipaje y los caballos. Si falta algo cuando volvamos, lo pagarás de tu bolsillo. Rústico, vigila que Mario no se vaya de putas y aseguraos de que nos preparan una habitación para esta noche. Y nada de emborracharse.

Me pareció que Mario estaba decepcionado, pero no se quejó.

Esperamos un rato más antes de partir, hasta que el calor se redujo lo suficiente. Era más de media tarde y, mientras recorríamos el polvoriento camino que serpenteaba hacia el sur, el sol se empeñó en arrancar destellos deslumbrantes del agua clara hacia la que nos dirigíamos.

Pronto empezamos a ver los signos inequívocos de la actividad comercial: restos de cuerdas deshechas por el salitre, ruedas de carros partidas por el peso, redes en las que todavía se pudrían algunos peces despistados y una ingente cantidad de trozos de ánforas que llevaban allí desde antes de que naciéramos.

Lo siguiente que nos llegó fue el olor a mar, excrementos y alimentos en mal estado que caracterizaba todos los puertos pesqueros. En el agua, varias barcas de remos se mecían suavemente mientras hombres tostados por el sol se gritaban entre ellos formando un jolgorio alegre. Más allá, el canal, apenas lo bastante ancho como para permitir el paso de dos embarcaciones pequeñas. Me fijé en que un par de comerciantes egipcios discutían a voces, por lo que tiré de las riendas y me encaminé hacia ellos.

–¿Entiendes algo de lo que dicen? –le pregunté a Cesio.

–Es demótico. Creo que se han chocado con las barcas.

En efecto, en cuanto nos acercamos un poco más, vimos que una de las pequeñas naves tenía un agujero en el casco, por encima de la línea de flotación.

–Empiezo a pensar que es más seguro seguir a caballo –comenté.

Los egipcios, que nos habían visto acercarnos, se gruñeron mutuamente antes de hacer un frente común contra nosotros. La hospitalidad brillaba por su ausencia, pero aquello no iba a detener al

tribuno. Lo oí dirigirse a ellos en un griego curioso, menos formal que el mío, pero también más natural, con algunas terminaciones que recordaban a lo que se hablaba en la Magna Grecia. Asistí a su conversación en silencio hasta que uno de los comerciantes ofendió al otro y volvieron a sumirse en una discusión mientras nos ignoraban. Cesio suspiró y me pareció que murmuraba algo antes de alargar el brazo y tirar con suavidad de las riendas para irnos de allí.

–¿Probamos con los pescadores? –Los señalé con la cabeza. Estábamos parados en mitad de la nada y Cesio no parecía tener prisa por moverse.

–Si te apetece pasar una semana oliendo a sardinas... Mira hacia el oeste.

Obedecí y entrecerré los ojos para protegerme del sol. A lo lejos, dos naves surcaban el lago hacia nuestra dirección, con una única vela desplegada. Eran más grandes que las horribles barcazas de los egipcios, pero no tanto como para impedir su entrada por el canal. Sobre ellas, decenas de fardos competían por no caerse por la borda con cada giro, aunque el que las manejaba parecía ser competente, porque las dirigía hacia la costa con mano firme. Debió advertir el lío que estaban montando los egipcios, porque viró y quedó perfectamente situado para internarse en el canal en cuanto los comerciantes retomaran su camino.

Por suerte para nosotros, no parecía que aquello fuera a terminar pronto, y un hombre asomó la cabeza por encima de la borda para ver qué estaba ocurriendo. Tanto Cesio como yo, que sabíamos distinguir una tela de buena calidad, nos dimos cuenta de que era rico solo con ver cómo iba vestido. Ni corto ni perezoso, gritó algo en una lengua que no entendí y que los egipcios interpretaron como una afrenta.

–Es nabateo –dijo el tribuno de inmediato–. Quizá tengamos suerte.

Lo vi discutir airadamente mientras señalaba el canal. Los egipcios se enfadaron. Se irguieron en las barcazas, dispuestos a explicarle de un modo más cercano lo que pensaban de sus modales. Volvieron a chocar entre ellos. Una de las barcas se fue a pique justo en la entrada del canal, bloqueándolo. El nabateo les llamó de todo mientras el único egipcio que se mantenía sobre su inestable cascarón de nuez intentaba evitar a golpe de remo que el otro comerciante trepara a su barca. Era como una comedia mala de actores mediocres, pero aun así me reí por lo absurdo de la situación.

Cesio aprovechó aquel momento para tomar las riendas y acercarnos al borde del agua, desde donde gritó en arameo algo que pretendía ser un saludo. El nabateo se fijó por primera vez en nosotros con una mueca de desagrado y tuve la impresión de que aquel hombre tenía el don de ofender sin necesidad de abrir la boca.

–Puedo hablar en griego, si es que eso te supone menos problemas –

comentó con desdén la tercera vez que el tribuno se detuvo a pensar la palabra que necesitaba.

–Te lo agradezco –replicó inmediatamente Cesio, con un deje de alivio en la voz.

Me di cuenta de que el tribuno tenía una capacidad nata para hacer caso omiso de los desplantes y las provocaciones. A veces le respondía con un tono ambiguo que escondía comentarios mordaces tan sutiles que el nabateo no sabía si tenía que sentirse ofendido o no.

Finalmente, conseguimos un pasaje en la segunda de las naves por una suma nada despreciable, y con el acuerdo de que, si no aparecíamos al alba, se marcharían sin nosotros.

Cerramos el trato cuando la segunda barca de los egipcios hacía aguas y se hundía poco a poco, para desesperación de su dueño.

* * *

El sol ya empezaba a ocultarse por el horizonte cuando regresamos al poblado, tiñendo el cielo con la tonalidad anaranjada de una hoguera estival.

Sin embargo, aquello no duró mucho. Una nube negra que había aparecido de la nada, y a la que Cesio llevaba vigilando un rato, decidió que el mejor sitio para desplomar su carga era sobre nosotros.

Me giré para buscar la capa del tribuno en las alforjas al tiempo que empezaban a caer las primeras gotas. No quería que la herida se mojara, por lo que me apresuré a ayudarlo. Cuando terminé de ponérsela, la lluvia ya me había calado el vestido.

Cesio me atrajo hacia él para acogerme bajo ella. Me sentí enrojecer cuando apoyé la espalda en su pecho, pero el tribuno simplemente se hizo con las riendas para que pudiera envolverme mejor en la tela.

Cuando logramos regresar al poblado, estábamos empapados. Seguía lloviendo a mares y la capa era incapaz de protegernos. Hice una mueca cuando me vi obligada a abandonar la calidez de los brazos del tribuno para ayudarlo a bajarse de la yegua. El pelo le chorreaba y lo apartó con un gesto impaciente mientras Silo y Mario lo sujetaban para poder llevarlo dentro. Festo se ocupó de los caballos y yo me apresuré a entrar en la taberna, tiritando. Dejé a los soldados encargándose de Cesio y me di prisa en a subir las escaleras que llevaban a las habitaciones.

Logré secarme y cambiarme de ropa antes de que Mario y Festo aparecieran con el tribuno, que llegó temblando y sin aliento. Y pronto los hombres se ocuparon de él en la intimidad. Cuando volví con una sopa de cebolla, Cesio mostraba un aspecto mejor.

–Tengo que cambiarte las vendas, están empapadas.

Vi que el tribuno se preparaba mentalmente y asentía. Contuvo la respiración, pero cuando lo rocé se estremeció. Con tanto traqueteo de

un lado a otro, uno de los puntos se había vuelto a abrir y había dejado escapar unas cuantas gotas de sangre que teñían la tela de carmesí.

Tras limpiar y vendarle la herida de nuevo, le tendí el cuenco con la cena, que comenzaba a enfriarse, y me senté a su lado para dar buena cuenta de la mía. Silo andaba por allí, recogiendo las túnicas mojadas para colgarlas en la improvisada cuerda que acababa de colocar cruzando el establo, donde dormían los soldados. Podíamos verlos desde el ventanuco de la habitación y oír las chanzas de Festo y Mario.

–¿Siempre son así? –le pregunté a Cesio.

El tribuno removió su sopa.

–Sí, al menos desde que los conozco.

–¿No llaman demasiado la atención para una misión de incógnito?

Él se encogió de hombros.

–Al contrario. Es lo que se espera de un par de sirvientes despreocupados, que es lo que pretendemos fingir. Aunque metan bulla, mañana todo el mundo se habrá olvidado de ellos. Si hubiéramos venido con los hombres de tu hermano, a los que se les nota la disciplina militar desde lejos, te aseguro que los aldeanos se acordarían durante meses hasta de lo que habían pedido para cenar.

–¿Hace cuánto que los conoces?

Cesio tuvo que hacer memoria.

–Festo llegó a la legión el mismo año que yo. El resto ya andaban por ahí, pero me topé con ellos más tarde.

Supe que su falta de detalles se debía a que no podía contarme las misiones que les habían encomendado, por lo que decidí cambiar de tema.

–¿Cuántos hombres tienes a tu mando?

Cesio sonrió levemente.

–Julia, no funciona así. ¿A qué se debe este interrogatorio?

Su tono era amable, pero la pregunta iba en serio. Removí lo que quedaba de mi aguada sopa de cebolla, dudando si acabármela o no.

–Solo tengo curiosidad. Apenas conozco el funcionamiento de las legiones –reconocí con un encogimiento de hombros.

Cesio me evaluó con la mirada, buscando los motivos ocultos que alimentaban mis preguntas, pero no los encontró.

–¿Tu hermano no te ha dicho nada?

–Sí, claro. A veces sus cartas dejaban entrever algo, pero aquello iba más bien dirigido a mi padre, por lo que no llegué a entenderlo nunca del todo. Sé, por ejemplo, que le tocaba establecer la contraseña del campamento cada día. Una vez se quejó de que había puesto algo como «nombre del tercer rey de Roma» y tuvo que cambiarlo porque la mitad de los hombres no lo sabían.

El brillo divertido en los ojos del tribuno me indicó que lo recordaba.

–Es cierto –admitió–, pero fue lo suficientemente rápido como para solucionarlo antes de que Tito se asomara y preguntara qué hacía una cohorte entera parada ante las puertas del campamento.

Me imaginé la situación, pero pensar en Vero hizo que mi preocupación por él volviera a emerger y que se me creara un nudo en el estómago. Supe que no acabaría la sopa y dejé el cuenco a un lado.

–Tu hermano es competente, Julia –me aseguró Cesio, que se había dado cuenta de la sombra que había aparecido en mis ojos.

Aquello era un halago viniendo del tribuno, pero no disipó mi inquietud. Inspiré y decidí dejar de hablar de Vero.

–Entonces, ¿a qué te dedicas cuando estáis de campaña?

–Inspecciono los entrenamientos, controlo que a Próculo no se le vaya la mano con el precio de las medicinas, superviso que los víveres se almacenen correctamente, otorgo permisos, procuro que los centinelas no se duerman y hago guardias cuando me toca.

En aquel escueto resumen no mencionó el trabajo adicional que hacía para Tito, pero no le pregunté. Al fin y al cabo, los espías no hablaban de sus actividades.

–Eras el oficial de guardia la noche que me atacaron, ¿verdad? Por eso llegaste tan rápido.

Cesio guardó silencio y asintió. Cuando lo miré, vi el cansancio asomando a su cara. Hacía poco más de diez días que habíamos abandonado Efraín, pero parecía una eternidad.

–Deberíamos descansar –comentó al notar que lo observaba–. Mañana nos espera un día largo.

Me mostré conforme. No obstante, un pensamiento esquivo no dejaba de darme vueltas en la cabeza. Si lo que había dicho era cierto, durante el asedio de Gerasa, mi hermano había desobedecido directamente las órdenes de Tito.

Capítulo 29: Alejandría

19 de junio del 69

Llevábamos casi una semana de retraso, según los cálculos de Cesio. Habíamos partido hacía cinco días del poblado en una de las barcazas del malhumorado nabateo. Descubrimos el motivo de su fastidio cuando el piloto de nuestra nave, un egipcio al que le faltaban casi todos los dientes, nos explicó que el comerciante iba en busca de uno de los pretendientes de su hija, una joven menuda y deprimida que lo acompañaba y a la que únicamente vimos en una ocasión. Una muchacha tan embarazada como abandonada por el padre de la criatura, que tiempo le faltó para poner millas de por medio al enterarse. Hasta que el tío de la chica lo interceptó en Leontópolis y lo «convenció» para casarse con ella.

Por suerte, el nabateo, que iba en la primera barcaza, nos ignoró por completo, lo que nos dio la oportunidad de descansar plácidamente recostados en la cubierta.

Tardamos dos días en recorrer la distancia entre Serapieion y Boubastris. Cuando me aburrí de observar las altas palmeras que bordeaban el canal, aproveché para ir apuntando en el mapa todos los sitios por los que pasábamos y que el cartógrafo había omitido. Me las apañé para marcar fortalezas, asentamientos y oasis a los que el piloto egipcio se encargaba de poner nombre. Cesio, que de vez en cuando echaba un vistazo, parecía sorprendido de que fuera capaz de escribir en una barcaza en movimiento sin emborronarlo todo.

A la tercera tirada me di cuenta de que, casualmente, mis dados estaban trucados. A la quinta descubrí las trampas del soldado, y a la séptima lo desplumé. Su cara fue todo un poema. Cesio estuvo a punto de atragantarse de la risa.

Al tribuno le sentó bien el viaje por el canal. La herida, sin el constante traqueteo del caballo, mejoró mucho más rápido, y, cuando llegamos a Boubastris, era capaz de cojear de un lado a otro casi sin ayuda. Se le notaba más relajado e infinitamente más cómodo, aunque sus ojos repasaban cada arbusto del camino en busca de peligros.

Durante el viaje en la barcaza pude seguir observando su forma de ser. Era un hombre tranquilo y organizado que tenía la increíble capacidad de fijarse en detalles que al resto nos pasaban desapercibidos. A diferencia de Vero, a Cesio no le importaba mostrarse tal y como era delante de sus hombres una vez había conseguido confiar en ellos, y pude ver por su actitud que había

superado sus reticencias iniciales hacia Silo y hacia mí. Por supuesto, nos vigilaba, pero se trataba más de una cuestión de organización que de sospechas. Todavía recordaba la frialdad que era capaz de mostrar y me sorprendía la calidez que podían albergar sus ojos, de ese color tan brillante como el cielo de mediodía.

Me pilló varias veces mirándolo, las mismas que desvié la vista azorada. Si Livia hubiera estado allí, me hubiera dado un codazo mientras disimulaba una sonrisa y alzaba las cejas, ante lo cual hubiera tenido que darle la razón a regañadientes: el tribuno empezaba a gustarme.

El problema era que no me lo podía permitir.

Busqué comportarme con normalidad y lo conseguí recordándome que, una vez acabáramos la misión que teníamos en Alejandría, él regresaría a Judea y yo no volvería a verlo.

La vocecilla de mi conciencia, que al parecer tenía el mismo tono que Livia, tuvo la osadía de decirme que el tribuno era especialmente bueno dándose cuenta de los detalles. La amordacé y le recordé que yo era muy capaz de mantener el control sobre mis emociones.

Llevábamos desde el alba recorriendo el camino que unía Naukratis con Alejandría. Aunque la vegetación nos proporcionaba de vez en cuando alguna sombra bajo la que refugiarnos, el calor y la humedad nos hacían sudar desde que el sol aparecía en el horizonte. A pesar de todo, los hombres parecían tremendamente animados y me di cuenta de que reconocían la zona. Por eso, no me sorprendí demasiado cuando Cesio se hizo cargo de las riendas y condujo a la yegua hacia el sur, por un camino secundario que se alejaba de la vía principal.

–¿A dónde vamos? –pregunté, sabiendo que la ciudad nos quedaba al noroeste.

–¿Has estado alguna vez en Alejandría? –Fue su respuesta. Negué con la cabeza. Me pareció que sonreía antes de continuar–. Se puede acceder de diferentes maneras. Si continuáramos por la ruta principal, llegaríamos a la Puerta Canópica y después al barrio judío, pero, si los hombres de Aureliano nos están buscando, tendrán la zona bien vigilada. Así que entraremos por el sur.

–¿No hay un lago inmenso en esa dirección?

–El lago Mareotis. Lo cruzaremos en una barcaza y remontaremos el canal que lo une con el puerto militar hasta la mitad.

–¿Veremos el faro?

Mario, a mi lado, rio.

–¡Es imposible no verlo, es inmenso!

–Sí, pero no nos acercaremos –respondió el tribuno.

–¿Y la biblioteca?

–Pasaremos por delante –respondió Cesio.

Sonreí, incapaz de ocultar mi entusiasmo, antes de girarme para

poder mirarlo a la cara.
–¿Tendremos tiempo para visitar la ciudad?
–Ya veremos.
Con una mueca de triunfo, prometí que me encargaría de que así fuera.
–¿Cuál es el plan una vez dentro?
–Lo primero es encontrar un sitio donde podamos quedarnos.
–¿La Trucha Dorada? –intervino una voz desde detrás de Silo.
–No, Festo –le contestó Cesio con una de sus suaves sonrisas–. Ahí la camarera te reconocería y su padre apuñalaría a Mario. Ni tampoco en El Anciano del Mar: la comida es horrible. Cuando acabemos la misión tendrás tiempo de ver a Thea y a la niña, Mario –le aseguró el tribuno antes de que el soldado pudiera protestar–, pero nadie puede saber que estamos en la ciudad.
–¿Pero cuántos hijos tienes? –le pregunté con curiosidad al veterano.
–Tres, creo –respondió con una mueca–. Esta fue un despiste y nació el año pasado, pero todavía no la conozco: su madre me dijo que ni se me ocurriera acercarme por aquí.
Mario era un buen hombre, pero en lo personal era un desastre. Sus pasiones eran simples: mujeres y vino. Por eso quería montar una taberna.
–No nos podemos arriesgar a que Thea te parta una escoba en la cabeza. Llamaría demasiado la atención –resolvió Cesio–. Buscaremos alguna posada cerca del puerto y después esperaremos.
–¿A qué?
–Tengo que ponerme en contacto con Julio Alejandro, pero no puedo usar los medios habituales, así que me llevará un poco más de tiempo. En realidad, enviarle un mensaje no es difícil... Lo complicado será que él pueda responder sin poner en riesgo nuestro anonimato, ya que estará vigilado. Pero encontrará el modo: Vero se habrá encargado de comunicarle lo acordado.
Resoplé, sorprendida, y me giré.
–¿Vero está implicado en esto?
El tribuno me observó unos instantes.
–Por supuesto.
Volví a mirar al frente, ligeramente contrariada porque ni él ni Vero me hubieran dicho nada.
Ante nosotros, la inmensidad verdosa del lago Mareotis, al que estábamos a punto de llegar, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Cientos de embarcaciones surcaban sus aguas, como un enjambre de abejas laboriosas bajo el implacable sol de junio.
–¿Y después?
–Investigaremos –respondió–. Necesitamos identificar al enviado de Aureliano, por lo que empezaremos haciendo una visita al registro de

la ciudad: quiero saber qué propiedades tiene. Inmuebles, terrenos, barcos... Me da igual. Después, echaremos un ojo por allí a ver si reconoces a alguien. Alejandro estará al tanto. Si las cosas se ponen feas, echa a correr hacia palacio: él podrá protegerte, a pesar de todo. Del resto nos ocupamos nosotros.

Nos acercamos a la orilla del lago, donde los marineros se afanaban en desenredar las redes antes de volver a salir en sus barcas de vela.

–Alejandro... ¿es de fiar?

Cesio guardó silencio, serio.

–¿Qué sabes de él?

–Solo que es el pretor de Egipto –admití.

–Julio Alejandro proviene de una rica familia judía de Alejandría. Su padre consiguió la ciudadanía romana y se la transmitió a sus hijos, lo que permitió a Alejandro, el primogénito, hacer el *cursus honorum*.

–Pensé que su religión prohibía el culto al emperador...

–Renunció a ella –me explicó–. Se hizo apóstata muy joven. A su familia aquello no le sentó bien, especialmente a su tío, que era uno de los líderes religiosos más importantes de la ciudad.

Me imaginé la situación. No me hubiera gustado estar en su pellejo en las comidas familiares.

–Sin embargo –continuó el tribuno–, eso no impidió que siguiera muy bien relacionado, tanto en Roma como en Jerusalén.

Cesio no añadió nada más y le miré de reojo.

–No me has aclarado aún por qué nos podemos fiar de él.

–Tuvo un hermano pequeño que se casó con Berenice, la hermana de Herodes Agripa, rey de los judíos.

Aquella frase me hizo encajar todas las piezas.

–¡La amante de Tito! Entonces... Alejandro es su excuñado.

El tribuno asintió con una leve sonrisa.

–Exacto, y se tienen mucho aprecio. Ella lo convenció para sumarse a la causa de Vespasiano y desde entonces mantiene firme su apoyo. Vitelio se ha debido dar cuenta de que no conseguirá hacerlo cambiar de bando, por eso quiere asesinarlo.

Cesio volvió a tomar las riendas y se dirigió hacia un grupo de barcas que se mecían cerca de la orilla. Lo escuché negociar con el patrón de las embarcaciones. Se entendieron en cuanto el tribuno le dijo el precio que pagaría por el transporte... y por su silencio.

Por supuesto, se lo tomaron con calma. Solo cuando acabaron de revisar las redes, colocar la carga y asegurar las velas, nos dejaron subir. A diferencia de las estables naves que nos habían llevado por el canal días atrás, estas se mecían con fuerza con cada ola y la madera crujía como si estuviera a punto de quebrarse. Tuve que hacer un esfuerzo inhumano para no inclinarme por la borda y vomitar el desayuno mientras nos acercábamos a la ciudad.

Alejandría brillaba bajo la luz del sol, que se encontraba en su cénit. En primer plano, un puerto vibrante, donde pululaban cientos de pequeñas embarcaciones de vela, daba acceso al canal que había mencionado Cesio. A su alrededor, los enormes almacenes bullían de actividad. Aunque aún estábamos lejos, pude observar la intensa vida comercial de la ciudad, que poco a poco se desperezó ante nosotros.

Tal y como había dicho el tribuno, lo primero que vimos fue la muralla, que envolvía la urbe pero que era incapaz de contenerla del todo. Extramuros, casas, tabernas y huertos se mezclaban entre ellos.

Las barcas pronto enfilaron el canal, que, una vez dentro de la ciudad, se ensanchaba y continuaba su serpenteante ruta hacia el Mediterráneo. Sin embargo, no lo recorrimos en su totalidad. En cuanto superamos el hipódromo, una estructura del tamaño del Circo Máximo en Roma, vimos el Serapeo. Sobre una colina, el mármol del templo deslumbraba a quien tuviera el coraje de mirarlo de frente. Poco después, la barcaza se detuvo en un embarcadero que daba a un concurrido barrio comercial inundado por el olor nauseabundo de los negocios de los curtidores.

Recorrimos el barrio despacio, al paso del tribuno, que había insistido en ir a pie para no llamar la atención. A nuestro alrededor, las tiendas y tabernas se abrían a la calzada, intentando atraernos con sus productos exóticos. Había de todo: cuchillos con empuñadura de marfil, peines de carey, anillos de obsidiana, cuentas de ámbar, perlas del tamaño de avellanas, muebles de caoba africana, pendientes de oro y granates y magníficas bandejas de plata pulida. Por supuesto, también abundaba la cerámica, las lucernas de bronce, los cuencos, cestos y baldes de dudosa calidad, los braseros con las patas torcidas, los cinturones desgastados por el uso, las sandalias con las tiras rotas y cientos de cachivaches de uso indeterminado.

Poco a poco, nos acercamos al puerto comercial. Sin embargo, antes de llegar, encontramos una taberna pequeña que alquilaba habitaciones. A Cesio le pareció perfecta en cuanto el dueño nos dijo que tenían unas minúsculas cuadras en el patio, a pesar de que nos cobraron una pequeña fortuna.

–Me estoy quedando sin dinero –masculló el tribuno cuando nos sentamos en una de las mesas de la taberna mientras el resto se encargaban de colocar el equipaje y atender a los caballos. Le serví un vaso de vino de la jarra que el tabernero nos había dejado antes de responderle.

–Eso significa que tendremos que utilizar nuestros propios recursos...

–No puedo acudir a mi banquero sin que al día siguiente toda la ciudad sepa que estamos aquí –dijo probando el vino–. Hablaré con Alejandro.

–Si está vigilado, no es buena idea. No creo que le apetezca autorizar

un pago de cuyo motivo en el registro fuera «evitar mi asesinato».

Cesio captó mi tono irónico y entrecerró los ojos para mirarme. Le vi componer una ligera sonrisa antes de apoyarse contra la pared. Mi expresión le hizo saber que tenía un plan.

–¿Qué propones entonces?

–Vero me entregó una carta de pago de mi padre que aún no había cobrado –le revelé, omitiendo deliberadamente que también tenía acceso a la cuenta de mi hermano–. Nadie está pendiente de su nombre y no llamará la atención cuando se mande el aviso a Roma. Por supuesto, mi banquero pondrá el grito en el cielo y meterá en apuros a mi administrador, pero, para cuando las noticias lleguen hasta aquí, ya habrá pasado más de un mes.

–¿La cuenta de tu padre no debería estar embargada?

–Oficialmente, ya ni siquiera existe –le confié mordisqueando el hueso de una aceituna–, pero te puedo asegurar que mi banquero no se ha molestado en avisar al resto de sus socios para que modifiquen la lista de clientes.

Cesio sabía lo que eso significaba: hasta que no lo hiciera, las cartas de pago eran válidas.

–¿Eso no te causará problemas?

–Por supuesto. Calculo que a estas alturas mi cuenta también está embargada..., o al menos una de ellas. Después de lo ocurrido, tuve la precaución de no poner todas las ganancias en el mismo sitio ni con el mismo nombre. De todos modos, mi administrador se las apañará –le aseguré.

–Está bien –dijo al fin–, te acompañaré al foro y hablaremos con el banquero.

–Antes tengo un par de condiciones –comenté como quien no quiere la cosa.

–Me lo temía –admitió Cesio clavando sus ojos azules en mí–. ¿De qué se trata?

Aparté el vaso para apoyarme en la mesa.

–El dinero es mío, por lo que lo gestionaré yo. Llevaré un registro de los gastos y se lo presentaré a Tito cuando acabemos: yo no cobro del Estado y no me corresponde a mí financiar esta misión.

El tribuno cedió.

–Es lógico. ¿La segunda condición?

Sonreí levemente.

–Antes de ir a ver al banquero necesito pasar por unas termas: estoy harta de encontrar arena cada vez que me peino.

Cesio pareció divertido y asintió. Me pareció que iba a añadir algo, pero guardó silencio ante la llegada de sus hombres y de Silo, que ya lo habían dejado todo dispuesto. El tribuno esperó a que se acabaran el vino antes de repartir instrucciones. Aunque no lo dijo

abiertamente, mandó a Festo y a Mario a ponerse en contacto con palacio. Sin explicaciones, por lo que supuse que no era la primera vez que hacían aquello.

Las termas no parecían nada del otro mundo, pero eran lo bastante grandes como para tener dos alas diferenciadas. Supuse que la del sur estaba reservada a las mujeres al ver salir de aquel vestuario a una oronda egipcia rodeada por sus esclavas.

–Más allá del *frigidarium* está la palestra –me indicó Cesio–. Te esperaremos allí.

Prometí que no tardaría mucho, pero una vez en el *caldarium* perdí la noción del tiempo mientras una esclava me retiraba la suciedad con el estrígil. Luego me puse en manos de una masajista Nubia que se dedicó a retorcerme los músculos, agarrotados después de tantos días a caballo, hasta que quedé suave como un pulpo tras una paliza. La mujer, insensible a mis gruñidos, me contó su vida con alegría y me engatusó para ser el conejillo de indias de las maquilladoras, que no tardaron en divertirse a mi costa mientras me depilaban. Cuando consideraron que volvía a pertenecer a la civilización, me ayudaron a vestirme y comenzaron a peinarme fijando los mechones con cintas y agujas. Para rematar, y aunque yo no estaba convencida, se empeñaron en pintarme la línea del ojo con kohl antes de ponerme frente a un espejo para que me viera.

Casi no reconocí a aquella mujer delgada. Tenía mi cara, sin duda alguna, pero parecía más madura, dueña de una mirada serena y segura de sí misma. Me gustó. Sonreí levemente, y el reflejo trajo calidez a la dureza de mis rasgos.

Como íbamos a ver al banquero, me puse el vestido que me había regalado Vero. La tela era de buena calidad y los bordados estaban hechos con hilo de oro. Las mangas, casi transparentes, se cerraban con botones de cristal.

Salí a la palestra y, por un momento, el sol me deslumbró. Busqué a los hombres con la mirada y los encontré sentados a la sombra. Cesio fue el primero que detectó mi presencia. Lo vi parpadear un par de veces antes de acordarse de posar en la mesa el vaso que tenía en la mano. Se había afeitado y cortado el pelo, aunque tuvo la sensatez de no dejar que arrasaran con sus rizos.

Nuestros ojos se cruzaron y enrojecí. Me senté en el hueco libre y Cesio carraspeó. Fue gracioso que desviara la mirada, aunque apenas tardó en recuperarse. Volvió a quedarse enganchado en mis ojos antes de reaccionar.

–Te queda bien el kohl –comentó.

–Gracias –respondí con una sonrisa–. Espero no haber tardado demasiado.

–En absoluto –aseguró–. Tenemos tiempo de sobra para hablar con el

banquero. ¿Tienes la letra de pago?

Le mostré el desgastado papiro que llevaba guardado.

–No puedes dar tu nombre cuando lo cobres –comentó tras dudar un momento.

–Lo sé, había pensado continuar con la historia que inventó Festo sobre los mercaderes. Nos dará una tapadera y justificará nuestra presencia aquí.

El tribuno se mostró de acuerdo y me dirigió una sonrisa divertida.

–Si se supone que soy tu esposo, es más lógico que sea yo quien cobre el dinero...

Fruncí el ceño.

–¿Y si es una herencia de mi tía la de Segóbriga?

–Tendrías que darle al banquero una explicación creíble sobre por qué tu «tía» se llama Vestino, dónde diablos está Segóbriga y cómo es que una herencia hispana está registrada en Roma en vez de en Tarraco.

Rústico, que normalmente se mantenía en silencio, se echó a reír.

–¿Cómo sabes dónde está Segóbriga?

Le tendí la letra de pago al tribuno, realmente impresionada de que conociera una ciudad provinciana a cientos de millas de Roma.

–Cerca de allí hay una mina de *lapis specularis* y mi padre tiene la concesión –me explicó con una sonrisa culpable mientras se hacía cargo del papiro–. ¿Vamos?

Asentí y nos pusimos en marcha.

Para guardar las apariencias, esta vez Cesio caminaba apoyado en mi brazo, hasta que llegamos a una calle muy ancha, bordeada por magníficas columnatas, que se perdía siguiendo la línea costera.

Cortándola de manera perpendicular, otra vía igual de espectacular recorría la urbe de norte a sur. Justo en la intersección se abría una plaza en la que hubieran entrado cuatro *domus* sin problema pero que estaba ocupada por un monumental templo.

–Es la avenida Canópica –me explicó el tribuno, visiblemente satisfecho por mi reacción de asombro–. Esta otra es la avenida del Soma y llega hasta el canal y el puerto del lago.

–¿Y eso? –quise saber, mirando al majestuoso templo que se alzaba ante nosotros.

–Esa –dijo Cesio con una sonrisa– es la tumba de Alejandro Magno.

–¿Podemos entrar?

–No podremos quedarnos mucho –me avisó–, y vas a tener que ayudarme a subir las escaleras.

Inmediatamente, nos encaminamos hacia allí. Cuando llegamos ante las puertas abiertas del templo, Cesio jadeaba por el esfuerzo. Dejamos que se apoyara en el muro y observamos la ciudad desde allí. Tenía que admitir que era magnífica. El que diseñó sus calles rectas

pretendía que tuviera una apariencia ordenada, pero sus ciudadanos, aunque respetaban las calles, habían creado un caos con estrechos callejones, escaleras, balcones y tejados a distintos niveles en cada manzana. La ropa colgada, las palmeras que sobresalían entre los edificios y la algarabía políglota en torno a las fuentes me recordó el maravilloso desorden de Roma.

–¿Qué es aquello? –inquirí señalando hacia el norte, en un intento de que no notara que había enrojecido ante su mirada prendida en mí.

–El barrio real o Brucheion. El edificio más grande es el Museo y, a su lado, la Biblioteca. Aquello de allí –dijo adelantándose a mi pregunta– es el palacio de los Ptolomeos. Como ya no hay reyes en Egipto, lo ocupa la administración y el pretor.

El tribuno me dejó unos instantes para que asimilara las proporciones y, después, entramos en el templo. Apenas recuerdo nada de la decoración interior ni de cómo se distribuía el espacio. Había lámparas de oro y guirnaldas de flores, pero ni siquiera les presté atención cuando mi mirada se fijó en el centro de la estancia. Allí, un inmenso sarcófago de alabastro translúcido parecía atrapar la débil luz de los braseros, cuyas lenguas de fuego se reflejaban sobre la piedra de manera perezosa.

Me acerqué con respeto a la tumba y me pareció vislumbrar que, al atravesar la piedra, la luz esquivaba algo en su fondo. Supuse que era la momia de Alejandro Magno y, por un momento, el peso de la historia me abrumó.

Inspiré el aire viciado de incienso antes de rodearla, intentando empaparme de todos los detalles. Sabía que, hacía poco más de un siglo, el sarcófago había sido de oro, pero uno de los Ptolomeos lo fundió para pagar al ejército y colocó el que se podía ver ahora con la intención de que el cuerpo del fundador de la ciudad descansara sin que nadie lo perturbara. Sin embargo, la tranquilidad duró poco, porque, cuando Augusto venció a Cleopatra y se dio un paseo por Alejandría, decidió abrir el sarcófago y echar un vistazo dentro. Como quedaba mal decir que había profanado la tumba por pura curiosidad, se sacó de la manga un rito para mostrar respeto al general macedonio: puso flores encima del cuerpo y se empeñó en colocarle una corona de oro, en cuyo intento se llevó un trozo de nariz sin pretenderlo. Se decía que los sacerdotes no lo apuñalaron al instante por no caer en un ultraje mayor en aquel recinto sagrado. Y para evitar que sus legiones arrasaran la ciudad, a qué negarlo.

Di dos vueltas más alrededor de la tumba, recé por el descanso de su alma a los guardianes del inframundo y salí de allí con Cesio a mi lado. Cuando, entre Silo y yo conseguimos hacerle bajar la escalinata, temblaba por el esfuerzo y el calor. Ordené al galo que fuera a buscar una litera de alquiler. Cesio se subió sin rechistar, con un gesto de

alivio, y yo me senté frente a él.

La litera se puso en marcha con una suave sacudida y aproveché para pasear mis ojos curiosos por las columnatas, los pórticos y los templos que bordeaban aquella avenida monumental. Cesio siguió observándome con total descaro hasta que me volví hacia él. En vez de apartar la mirada, me sonrió levemente.

–Cierra la cortina un momento, Julia.

–¿Qué ocurre? –le pregunté una vez coloqué las telas de modo que fuera imposible vernos desde el exterior.

–Vamos a pasar justo delante de mi banquero. Prefiero que no me reconozca.

Dudé unos instantes, pero al final rebusqué entre los pliegues de mi vestido una pequeña bolsa donde guardaba uno de los pocos tesoros que había logrado rescatar del naufragio y se lo tendí. Era el anillo de mi padre.

–Es mejor que con el banquero uses este en vez del tuyo: te evitará problemas si por casualidad Vitelio llega a enterarse.

Cesio lo observó, muy serio, antes de aceptarlo.

–Julia, deberías haberlo fundido a la muerte de tu padre. ¿Se lo has dicho a Vero?

–No, pero estoy segura de que se lo imagina: llevo un año manejando el patrimonio de mi familia en su ausencia, y, sin ese sello, hubiera tenido el triple de dificultades.

Cesio hizo una mueca que me demostró que sabía a lo que me refería antes de probárselo. Le quedaba algo grande, pero no se le caería. Para mi sorpresa, me tendió el suyo.

–Es mi garantía de que te lo voy a devolver –me explicó cuando lo acepté, confusa, en el momento en el que la litera se detenía.

Estábamos en el foro, presidido por un templo que reconocí en el acto por la estatua de bronce que había ante él: el Cesareo. Sin embargo, no le hice mucho caso. Cesio descendió de la litera con ayuda de Rústico y nos dirigimos hacia el banquero. Dejé que el tribuno se encargara de explicar nuestros motivos. El hombre puso mala cara: para realizar depósitos no ponían ninguna pega, pero la cosa cambiaba cuando tenían que devolver el efectivo. Intentó darnos largas, pero Cesio desmontó todos sus argumentos con su calma habitual, mientras el banquero arrugaba la nariz de una manera tan peculiar que estuvimos convencidos de que nuestra presencia no le había hecho ninguna gracia. Sobre todo, después de ver la suma autorizada por mi padre. Tal y como supuse, no tenía ni idea de la muerte de Publio, por lo que las cartas de pago eran perfectamente válidas.

Al final no le quedó otra que mandar a uno de sus esclavos a buscar la suma. Cesio la contó delante de él para asegurarse y, una vez selló

su conformidad, volvimos a subirnos a la litera.
–¿A dónde vamos?
–A buscar un cambista: nos lo ha dado todo en áureos, necesitamos monedas más pequeñas.
Abrió la bolsa del dinero y sacó algunas piezas de oro antes de tendérmela junto con el anillo de mi padre, de modo que pudiera esconderlo todo bajo los pliegues de mi vestido. Nos observamos en silencio hasta que la litera se detuvo y uno de los porteadores nos avisó de que habíamos llegado.
–¿Dónde estamos? –pregunté asomando la cabeza por la cortina antes de apartarla.
–En el barrio judío. Acompáñame.
Nos encontrábamos ante una casa de un discreto estilo egipcio que tenía las puertas abiertas para recibir clientes. En cuanto entramos, vimos que toda la planta baja estaba destinada a la actividad del dueño y los esclavos corrían de un lado a otro, cargados con arcones, pesas y medidas. Cesio los ignoró y, cuando lo vi enfilar un pasillo sin titubear, me confundió. Miré a Silo, que iba a mi lado, y, por su expresión, supe que ocurría algo. Rústico había desaparecido.
–¿Qué está pasando?
El tribuno se detuvo frente a una puerta entornada que daba a un callejón estrecho y echó un rápido vistazo fuera. Probablemente, aquel pasaje solo lo usaran los esclavos del cambista.
–Nos han seguido desde el foro –me explicó sin darme ningún otro detalle–. Vamos.
Salimos de la casa con rapidez y cruzamos el callejón en un suspiro. Vi el gesto de dolor de Cesio cuando se forzó a caminar más deprisa, pero no aminoró el paso. Apenas tardamos en llegar de nuevo a otra de las impecables calles rectas de la ciudad. El tribuno se apoyó en la pared jadeando y esperó. Unos momentos más tarde, una sencilla litera de alquiler se detuvo ante nosotros.
Cesio se apresuró a subirse y me tendió la mano para que lo siguiera. Antes de cerrar la cortina, le hizo un gesto a Silo, que asintió sin dudar. Nos pusimos en marcha de inmediato.
Le vi cerrar los ojos y gruñir tras agarrarse la pierna con fuerza. Tenía la respiración acelerada y había palidecido.
–¿Por qué nos siguen? –musité cuando se recuperó.
–Son esclavos del banquero. Probablemente quieran tenernos localizados e investigar nuestras actividades, pero creo que les hemos dado esquinazo. Rústico fingirá que seguimos en casa del cambista y después les dará un paseo por media ciudad acompañando a la litera vacía.
–¿Cómo supiste que nos seguían?
Una leve sonrisa le devolvió el brillo tranquilo que solían mostrar sus

ojos.

–Rústico me avisó. ¿No te diste cuenta?

Al pensar en ello recordé que, al salir del foro, el soldado había dado un pequeño golpe en el armazón de madera de la litera.

–No es la primera vez que haces esto, ¿verdad? Conocías la casa del cambista y el callejón. Los elegiste a propósito.

–Sí –admitió tras un corto silencio–. Bernabé es el cambista más caro de Alejandría, solo acuden a él los muy ricos, los ingenuos o los extranjeros.

Supe que me ocultaba algo, pero era muy consciente de que no me revelaría nada más, por lo que guardé silencio. Poco después nos detuvimos ante una casa que, a diferencia de la anterior, tenía las puertas cerradas. No obstante, los ojos oscuros de un esclavo menudo reconocieron a Cesio y nos flanqueó la entrada de inmediato sin decir nada.

Nos guio directamente a un despacho donde un hombre de mediana edad leía varios documentos. Detrás de él, un recio porche se abría a un jardín del que nos llegó el sonido de las fuentes y los pájaros.

–¡Alenio! –saludó al tribuno–. Hace mucho desde la última visita.

–Leví –dijo él, sentándose donde le indicó el esclavo–. Yo también me alegro de verte.

–¿Con quién tengo el honor de hablar? –preguntó el judío.

–Se llama Julia –respondió el tribuno por mí–, pero no podemos entretenernos mucho con cortesías, Leví, tenemos prisa.

El hombre no pareció ofendido y se recostó con una sonrisa en la silla que ocupaba.

–Como siempre. ¿Qué necesitas?

El tribuno sacó los áureos y se los mostró.

–Cambio.

–No soy cambista, Alenio.

–Sé que puedes hacer una excepción.

Ambos hombres se miraron durante unos instantes que se me hicieron eternos.

–Cuatro –accedió finalmente el judío–, no tengo más aquí en este momento. Hizo un gesto a su esclavo, que nos dejó solos para ir a buscar la caja de caudales.

–¿Alejandro sabe...?

–Le he mandado un mensaje –admitió Cesio–. ¿Cómo están las cosas en la ciudad?

El judío enarcó las cejas.

–¡Mal, por supuesto! Vuelve a haber tensiones con los griegos, así que es posible que se desate otra revuelta. Alguien está agitando el avispero. Mi primo intenta aparentar normalidad, pero no sale mucho del palacio desde que sabe que es posible que pretendan atentar

contra su vida. ¿Por eso te ha hecho llamar?

–En parte –dijo Cesio sin intención de dar más explicaciones–. ¿Cuántas tropas hay en los barracones?

–Pocas, no podrán sofocar un levantamiento.

El tribuno se mostró inexpresivo, pero vi que aquello le preocupaba.

–¿Puedo contar con tu discreción? –preguntó al poco.

–Nadie de esta casa dirá que has estado aquí. ¿Podré ponerme en contacto contigo si lo necesito? –inquirió el judío.

–No, a menos que Alejandro lo autorice.

En aquel momento, el esclavo volvió con un gran cofre y lo posó ante nosotros. Cesio acabó con una bolsa de monedas de cobre y plata lo suficientemente grande como para no tener que preocuparse en una temporada por el dinero.

Nos levantamos, dispuestos a irnos, pero, en el último segundo, el judío alzó la cabeza hacia nosotros.

–Alenio, ten cuidado. Hay gente muy peligrosa involucrada en esto, y saben cubrirse las espaldas.

El tribuno aceptó el consejo con expresión sombría antes de despedirse.

–Leví... ¿es de fiar? –le pregunté, ya en la litera.

–Sí –respondió sin dudar–. Además, avisará a Alejandro de que estamos aquí si Mario no logra ponerse en contacto con él.

Decidí confiar y cambié de tema.

–¿A dónde vamos?

–No podemos continuar paseando de un lado a otro con tanto dinero. ¿Qué te parece hacerte pasar una vez más por mi esposa para hacer un depósito en el templo de Saturno? Con una buena ofrenda, los sacerdotes se encargarán de mantenerlo todo a buen recaudo.

Sabía que era sensato, pero entrecerré los ojos y extendí la mano hacia él. Lo entendió de inmediato y me entregó todo el dinero.

Nos pasamos lo que quedaba de tarde recorriendo Alejandría. Hicimos el depósito en el templo sin problemas y, con la excusa de evitar que nos siguieran, cambiamos tres veces de litera mientras Cesio aprovechaba para enseñarme la ciudad. Tenía que admitir que era un guía excelente.

Cuando regresamos a la posada, el sol comenzaba a declinar en el horizonte. Mario se había hecho con una mesa y tenía el aspecto de haberse pasado medio día disfrutando del vino y de las vistas que le ofrecía una camarera entrada en carnes. Festo y Rústico estaban con él.

Pedimos algo de cenar mientras escuchábamos las novedades. Rústico no tuvo problemas en deshacerse de los esclavos del banquero, a los que envió hasta un templo más allá de las murallas, y se había asegurado de que tampoco lo seguían a él. Mario y Festo siguieron las

instrucciones de Cesio, pero no dieron detalles, por lo que supuse que lo informarían en privado.

–¿Y cuál es el plan ahora?

–Mañana nos pasaremos el día entero en el censo revisando el registro de propiedades –dijo Cesio.

Mario bufó.

–Odio el papeleo.

–Pero si no sabes leer... –le picó Festo.

El veterano entró inmediatamente al trapo tras la provocación, y ambos se enzarzaron en una de sus habituales peleas, pero me recorrió una sensación extraña de familiaridad. Todos acabamos riendo y la discusión se disolvió entre las bromas subidas de tono de los soldados.

Me topé con la mirada divertida de Cesio, pero fui incapaz de descifrar el brillo sereno al fondo de sus ojos cansados.

Capítulo 30: Mare Nostrum

22 de junio del 69

Mordisqueé el trozo de sandía que Mario había tenido la consideración de cortar para mí mientras, a mi lado, Silo acuchillaba un trozo de pan con la vana ilusión de abrirlo y rellenarlo del queso que nos había servido el camarero.

Llevábamos dos días encerrados en las oficinas de la administración de la ciudad, comprobando los registros. Empezamos por los más cercanos cronológicamente, pero ya nos habíamos remontado cinco años y el nombre de Aureliano no aparecía por ningún sitio. Sabíamos que tenía al menos una propiedad en las inmediaciones de Alejandría, pero no dónde estaba.

El trabajo de espía comenzaba a ser frustrante. No obstante, Cesio parecía llevarlo bastante bien. Cuando apareció por la puerta de la posada, estaba pensando en él.

–¿Alguna novedad? –le pregunté una vez hubo terminado de pedirle algo de comer al tabernero.

El tribuno sonrió y me tendió varios papiros que acababa de sacar de la bolsa que llevaba colgada en la cintura. Eran cartas. No tardé en reconocer el sello de mi hermano en varias de ellas.

–¡Vero! –exclamé, incapaz de contenerme.

–Alejandro me las ha hecho llegar.

No hizo falta que añadiera nada más: finalmente, había logrado recibir una respuesta de palacio. Me excusé y salí prácticamente corriendo hacia la habitación. Silo, al que la mención de mi hermano le había recordado que, si me pasaba algo, él acabaría crucificado, me siguió con un trozo de queso todavía en la mano. Me senté de un salto en la cama antes de romper el sello de la que tenía la fecha más antigua.

Vero estaba bien. Como sabía que era lo que más me preocupaba, me lo decía al principio. Después, me contaba con cierta ligereza el asedio de Hebrón, lo que me confirmó que no había sido tan fácil como pretendía insinuar. Mencionó por encima el incidente de la torre de asedio y dedicó exactamente cinco palabras a admitir que es posible que recibiera algún rasguño. En el resto de la carta, me explicaba que había tenido noticias de nuestro paso por Raphia, pero que estaba preocupado porque Cesio debió dar señales de vida en Pelusium y no había sido así.

La siguiente misiva era más breve y fue firmada hacía menos de una

semana. Cuando la abrí, otros trozos de papiro se desperdigaron sobre la cama. Fruncí el ceño levemente y, conforme leía, mi expresión se volvió seria.

Eran noticias de Roma. Al parecer, el barco que hacía la ruta de Bizancio y Alejandría había hecho escala en Cesarea para enviar un mensaje a Vero y esperar instrucciones. No me extrañaba: según lo que ponía allí, Vitelio detuvo a Filipo y lo arrojó a alguna celda oscura en el agujero más inmundo de la ciudad. Al menos, mi hermano aseguraba que no estaba en el *Tullianum*. Vero también explicaba que, aunque Filipo tuvo tiempo de autorizar todas las salidas de los barcos desde Roma, Vitelio había bloqueado uno de los navíos en Portus, el encargado de la ruta a Atenas. Ahora, el capitán del barco en Cesarea temía que le incautaran lo que transportaba en cuanto el faro de Ostia iluminara la proa de su nave y, por supuesto, no cobrar lo convenido. Conmigo desaparecida, no tenía nadie más a quien recurrir y le había mandado un mensaje a Vero.

Sin embargo, mi hermano era consciente de que, mientras estuviera en medio de una campaña militar (y con todo el trabajo que hacía para Tito), no podría encargarse realmente de aquello, por lo que decidió enviármelo a Alejandría. El barco y el problema.

En los otros documentos que había añadido a la carta se detallaban los datos del navío, lo que transportaba y quién era nuestro agente comercial en la ciudad. En un pequeño trozo de papiro doblado y manoseado que resultó ser parte de una carta mayor, reconocí la letra de mi primo Lucio. En ella avisaba a mi hermano de mi desaparición, de las redadas en Roma... y del saqueo de nuestra casa.

Cerré los ojos, pero me insté a pensar en que podía considerarme afortunada de seguir con vida. Pensé en Filipo e hice una mueca. No podía ayudarlo. Al menos, me quedaba el consuelo de que su esposa le llevaría comida para que no muriera de inanición.

Repasé ambas cartas. Tenía que ir al puerto. Sin querer, pensé en Cesio, al que había oído subir hacía un rato para encargarse de su propia correspondencia, y en nuestra misión, y recordé nuestra infructuosa búsqueda en los archivos. No sabía qué conexión había establecido mi mente, pero supe que se me estaba escapando algo. De pronto, mis ojos cayeron sobre uno de los papiros de Vero y todas las piezas encajaron.

Sabía cómo localizar las propiedades de Aureliano.

Salí de mi habitación como un vendaval. Ni siquiera pedí permiso antes de entrar en la de Cesio, que en aquel momento estaba escribiendo sobre un papiro que insistía en enrollarse. Una gota de tinta lo manchó cuando el tribuno, sorprendido por mi intrusión, dejó suspendida la pluma en el aire. Noté en su gesto que mi interrupción lo había molestado.

–No hemos encontrado nada en los archivos porque Aureliano no tiene nada a su nombre aquí –dije atropelladamente. Cesio lo sabía: ambos habíamos llegado a la misma conclusión el día anterior–. Eso significa –continué– que todo está a nombre de uno o varios de sus libertos.

–Es imposible saber quiénes son –me recordó, intentando comprender mi razonamiento.

–Tal vez –admití–, pero hay algo que yo sí sé: el nombre de los barcos que contrata para transportar sus animales.

El tribuno reflexionó en silencio. Le vi entrecerrar los ojos con un brillo calculador.

–En el registro del puerto aparecen los datos del patrón de las naves, el destino y todo lo referente a los impuestos de exportación, incluido el pagador. Las bestias salvajes son objetos de lujo y, por ello, están sujetas a una tasa...

Cesio sacó sus propias conclusiones y entendió a dónde quería ir a parar.

–Aureliano necesita que uno de sus agentes la pague por él, alguien de confianza...

–... y su nombre está en el registro del puerto. Si lo encontramos, podremos volver al archivo de la ciudad y repasar las propiedades que tiene.

Ambos nos miramos. Si teníamos suerte, aquello nos llevaría a la guarida de los hombres de Aureliano. El brillo de la mirada de Cesio me indicó que le gustaba el plan.

–Creo que, en ese caso, se impone una visita a los funcionarios portuarios... Dame un rato que responda a las cartas y nos podremos en marcha.

Asentí y volví a mi habitación.

Cesio no lo sabía, pero también quería ir a puerto para hablar con el capitán de mi barco. Necesitaba que, de momento, se quedara en Alejandría. Podía intentar vender lo que había traído de Bizancio allí, pero antes también tenía que encontrar al agente comercial de mi padre.

No quise calcular las pérdidas. Entre el naufragio, el cargamento de Atenas que no podríamos recoger y esto, eran más de las que podía asumir. Otra vez, el fantasma de la quiebra se alzaba sobre mí. No había gastado los beneficios obtenidos ese año, pero ahora mismo, sin Filipo para gestionarlo y lejos de Roma, era un dinero inalcanzable. Me senté en la cama, agobiada.

No obstante, cuando, media hora más tarde, Cesio llamó a la puerta, ya me había recuperado. Me esforcé por comportarme con normalidad ante él, aunque, en medio del trayecto hacia el puerto en la silla de manos, el tribuno se dio cuenta de que me pasaba algo y me preguntó.

–Han saqueado nuestra casa en Roma –le expliqué al final en un susurro. Preferí omitir todo lo referente a la detención de Filipo.

–¿Vitelio? –Su gesto se endureció.

Asentí con un nudo en la garganta.

Cesio se inclinó hacia delante hasta que nuestras caras quedaron muy cerca. Su expresión era indescifrable, pero el brillo feroz de su mirada me indicó que sabía mucho más de lo que iba a revelarme.

–No le queda demasiado, Julia –susurró antes de volver a recostarse en los cojines.

Cuando llegamos a las oficinas, un edificio de dos plantas que estaba apuntalado para que no se hundiera, un egipcio malhumorado nos cortó el paso. Nos miró de arriba abajo y, tras decir que no parecíamos mercaderes, intentó echarnos. Le expliqué que teníamos que comprobar algunas cosas en el registro. Me miró como si no me hubiera entendido y masculló algo como que el comercio estaba condenado a desaparecer si ya había mujeres implicadas en él. Evidentemente, no me lo tomé bien. Iba a responderle con toda la frialdad que había sido capaz de reunir cuando Cesio me agarró con suavidad por la muñeca. Eso, junto a la mirada de reojo que me lanzó, fue suficiente indicación de que se encargaba él.

Un poco más tarde y una clase de derecho romano después, estábamos dentro. El hombre nos entregó el registro de los últimos meses y desapareció mascullando improperios rumbo a la taberna más cercana.

–Olvídalo, Julia, no merece la pena –dijo Cesio cuando se dio cuenta de que seguía con el ceño fruncido–. Lo han puesto a la entrada precisamente para ahuyentar a todo el que pretenda merodear por aquí.

–Un día se va a ganar un puñetazo.

El tribuno me sonrió antes de centrarse en desenroscar los grandes rollos administrativos.

–Oh, estoy convencido de que ya lo ha hecho. ¿Me ayudas?

Me senté a su lado y, entre los dos, lo desplegamos sobre la endeble mesa que nos habían prestado. Aquello solo recogía dos meses de actividad y había cientos de barcos anotados.

Decidimos empezar por la entrada más reciente y avanzar hacia atrás. El primero que encontré no era de Aureliano, sino nuestro: el que me había enviado Vero desde Cesarea. Ya estaba atracado en el puerto. Continuamos revisando en silencio los datos hasta que, al fin, di con uno de ellos.

–Apio Acerronio Heliodoro –leyó Cesio interpretando las abreviaturas que indicaban el pagador.

–Menudo nombrecito –murmuré.

El tribuno se mostró de acuerdo mientras lo apuntaba en una tablilla

de cera. Poco a poco fuimos encontrando las mismas iniciales en media docena de navíos, algunos de los cuales me sonaban y otros de los que estaba completamente segura.

Lo teníamos.

Salimos de las oficinas bien pasado el mediodía. Había memorizado dónde se encontraba mi barco y, aunque en aquel momento no podía ir hasta allí, encontraría el modo de ponerme en contacto con el capitán. Aproveché para echar otro vistazo a la enorme avenida columnada que dividía la ciudad.

–¿Cómo está realmente la situación aquí, en Alejandría? –inquirí con suavidad.

El tribuno sabía que se lo preguntaba en serio. Su mirada estuvo a punto de traspasarme, pero, cuando pensé que no respondería, me indicó con un gesto que cerrara la cortina.

–Lo que dijo Leví es cierto –me explicó en un susurro–. Alguien está caldeando el ambiente e incitando a los judíos a levantarse en armas otra vez. De momento, la familia de Alejandro lo está controlando, pero no podrán mantenerlo eternamente. Los egipcios tampoco están contentos y llegan noticias de reuniones clandestinas donde se planea acabar con la autoridad romana. Sospecho que los hombres de Aureliano están detrás de esto y creo que sé lo que pretenden.

Nos miramos a los ojos. No me costó mucho adivinarlo.

–Quieren asaltar el palacio en la confusión y matar a Alejandro.

Cesio asintió.

–Si la guarnición de la ciudad se despliega para acabar con las revueltas, el palacio no soportará el asalto; si defienden el palacio, la población tomará el puerto y cortará la única vía de escape. No hay suficientes hombres para todo.

Me noté palidecer.

–¿Y no hay ninguna legión cerca?

El tribuno asintió de nuevo.

–La más próxima, a unos cinco kilómetros, es la Vigesimosegunda.

Intuí que Cesio no acababa de considerar aquello buenas noticias. Al ver que esperaba una explicación, titubeó.

–Si los hombres de Aureliano son inteligentes –dijo tan bajo que me costó oírlo–, acorralarán a la guarnición y se harán con el control de la muralla de modo que, cuando lleguen los refuerzos, se toparán con las puertas cerradas.

–¿Y por qué no está ya la legión dentro de la ciudad?

–Porque correríamos el riesgo de provocar una revuelta aún mayor.

Observé el gesto grave del tribuno.

–¿Alejandro...?

–Me ha ordenado investigarlo, sí –me interrumpió con suavidad–, pero lo más importante sigue siendo identificar al enviado de

Aureliano. Si logramos dar con él y, si como sospecho, está relacionado con los alborotadores, podremos evitar los disturbios.

En aquel momento, la litera se detuvo y los porteadores nos avisaron de que habíamos llegado a nuestro destino, por lo que guardamos silencio.

Pasamos el resto de la mañana en el archivo de la ciudad con sus hombres. Esa vez, la suerte nos sonrió y encontramos varias propiedades a nombre de Heliodoro.

–Tiene posesiones en casi toda Alejandría –mascullé.

El tribuno hizo una mueca de disgusto, pero se repuso con rapidez.

–Mario, reúnete con Rústico y encargaos del barrio egipcio. Festo, tú vigilarás el almacén del puerto. Julia, Silo y yo echaremos un vistazo en su casa y después nos daremos una vuelta por los locales de esta zona –dijo, señalando un punto en el plano–. Nos veremos al anochecer, tened cuidado de que no os sigan.

Todos asentimos y, al salir del edificio, cada uno tomó una dirección diferente. Para mi sorpresa, Cesio decidió prescindir de la litera esa vez, a pesar de que todavía cojeaba ligeramente. Callejeamos entre puestos de verdura y ropa tendida al sol de mediodía. Cordeleros, batidores de cobre, lavanderas, zapateros y otros artesanos trabajaban y pregonaban sus productos. A mí, que me podía la curiosidad, intentaban pararme siempre.

Pronto nos alejamos de la actividad de la parte comercial y llegamos a un barrio mucho más tranquilo. La zona estaba plagada de casas elegantes que se aseguraban de transmitir el mensaje nada sutil de que sus propietarios tenían dinero. A pesar de tratarse de un barrio residencial, no nos costó encontrar una taberna en la que poder comer algo mientras echábamos un ojo a la casa de Heliodoro.

Tras la barra, una mujer de aspecto severo vigilaba a un joven que secaba un vaso con un trapo. Por la forma en la que se cruzaba de brazos y observaba la taberna con cierto aire de superioridad, supe que era la dueña. No tardó en atendernos y algo en su acento hizo que me cayera bien de inmediato.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –la interrogué mientras nos servía otra ración de caracoles. Ella se encogió de hombros, pero esperó–. No eres de Alejandría, ¿verdad?

–Oh, no –rio–. Me crie en Roma, en el Aventino. Tú también, ¿no? ¿Quirinal?

–¡Esquilino!

Creí detectar una sombra de nostalgia en la mirada de la mujer.

–¿Cómo es que acabaste en Alejandría? –le pregunté.

La tabernera se hizo con una banqueta y se sentó con nosotros, dispuesta a contarnos su historia.

–Tenía dieciséis años cuando me enamoré del hijo del vidriero, pero,

mientras yo soñaba con tener una casa y una familia, el subnormal se alistó en el ejército así sin más, antes de lo que le tocaba...

–¿Fuiste tras él?

–¡Como una imbécil! –exclamó–. Primero a Panonia, al poco a Antioquía y después aquí, persiguiendo a la Decimoquinta.

Miré de reojo a Cesio, que no se inmutó a pesar de que se trataba de su legión.

–Cuando me cansé de dar vueltas –continuó–, cogí todos sus ahorros y monté esto. Se puso como una fiera, pero me lo debía. Cuatro hijos tuve con él, ¡cuatro! Y cuando el imbécil podría haber aceptado la jubilación, coger la tierra que le dieran y usarla para plantar melones, va y se reengancha... ¡en mitad de una guerra!

–¿Está luchando en Judea?

–Oh, qué va, está aquí. Dentro de aquella urna, concretamente –dijo señalando un recipiente muy sencillo que había sobre una de las estanterías–. Era idiota hasta para morir. Al parecer, el casco le molestaba para mear al borde de un camino en plena marcha. Una flecha le atravesó la cabeza, o al menos eso me contó el mensajero que me trajo la urna.

–Pensé que los soldados no podían casarse –comenté extrañada.

–No estábamos casados. Nuestros hijos no son sus herederos, legalmente. Pero me queda el consuelo de que, al menos, el muy pánfilo debía hablar de nosotros con sus compañeros, porque uno de los tribunos, un tal Alenio, me hizo llegar las cuatro cosas que tenía por equipaje y la urna.

Evité mirar a Cesio, que continuaba impasible. Había descubierto que pretendía sacarle información sobre Heliodoro y me dejaba hacer sin intervenir.

–Si por mí fuera –continuó la mujer con dureza–, le hubiera dado la vuelta al bote en mitad del desierto, no se merecía otra cosa.

Vi la ira en su cara y supe que continuaba furiosa con él.

–Al menos te quedan tus hijos...

–El mayor quiere seguir los pasos de su padre. Ahí está, limpiando vasos, a ver si se le pasa la tontería –dijo haciendo un gesto hacia el joven, que, tras la barra, colocaba un montón de cuencos de cerámica en una estantería.

–Desde luego –respondí–, no sé cómo quiere marcharse con la comida que preparas... Si tus vecinos tuvieran un poco de gusto, tendrías esto lleno.

–Por la noche hay más clientes –me explicó–, pero es cierto que la gente de este barrio es un tanto peculiar.

–¿Por qué lo dices? –me adelanté a Cesio, que había abierto la boca para intervenir.

–Son griegos –dijo la mujer, como si aquello bastara–. Se pasan el día

alabando a sus filósofos, pero luego intentan no pagar la cuenta. ¿Ves esa casa de ahí? –Señaló precisamente la de Heliodoro–. Ese es el peor. Es un hijo de puta. Entre otras cosas, concede préstamos en condiciones ventajosas a padres desesperados a cambio de una tarde a solas con los niños. –Hice una mueca sin poder evitarlo, pero no dije nada–. Por su casa se ha visto de todo. Es mejor mantenerse lejos. Es un animal. Cada poco hay nuevos esclavos entrando y saliendo. La gente del barrio dice que todos los meses entierra uno en el jardín. Y su esposa... En fin, al menos ahora descansa en paz.

La observé unos instantes rumiar sus pensamientos. Iba a seguir preguntándole cuando se me adelantó.

–¿Estás casada?

Parpadeé. No me lo esperaba.

–Soy viuda –respondí con cautela.

–¿Para bien o para mal?

–Por mí, su alma puede irse al fondo de la laguna Estigia y no salir jamás. Es más, espero que Caronte lo atropelle unas cuantas veces con la barca si intenta asomar la cabeza.

Aquello pareció hacerle gracia. Sin embargo, Cesio, con la incomodidad pintada en la cara, decidió poner fin a la charla y no tardamos mucho en irnos.

Me di cuenta de que había elegido el momento a propósito: en la casa de Heliodoro empezaba el movimiento. Varios esclavos acababan de colocar fuera una lujosa silla de mano, adornada con detalles en oro y ricas telas orientales. Tras ellos, un hombre alto, fuerte y de aspecto brutal salió a la calle. Miró a todas partes, pero Cesio, que había previsto sus movimientos, se giró hacia mí y, de un solo paso, se interpuso en mi camino, de modo que Heliodoro no pudiera verme la cara. Lo hizo de una forma tan natural que estuve a punto de sonreír, de no ser por la seriedad del tribuno. Cuando consideró que ya no había peligro y Heliodoro estaba en marcha, Cesio recuperó su lugar a mi lado y seguimos a la comitiva lo bastante lejos como para que no repararan en nosotros.

–No sabía que el ejército enviara las pertenencias de sus soldados caídos a las afligidas familias que se supone no deben tener –comenté cuando me cansé de caminar en silencio.

–A veces se hace –dijo el tribuno–, sobre todo si el hombre en cuestión ha indicado de quiénes se trata y dónde encontrarlos.

–Supongo que no se apuntará en los registros...

–Es extraoficial –admitió.

–¿Te acuerdas del marido de la tabernera? –pregunté, consciente de que había sido él el que había firmado la orden.

–La verdad es que no. Suelen ser los centuriones los que se enteran de esas cosas –me explicó–. Si el soldado les caía bien, vienen a vernos

y nos comentan la situación. Si la familia no está muy lejos, autorizamos el envío en cuanto el mensajero tenga que ir por allí, aunque no solemos conocer personalmente al muerto.

Iba a seguir preguntando, pero la silla de manos de Heliodoro se detuvo ante una casa con la fachada arreglada, discreta y donde apenas necesitó llamar a la puerta para que lo dejaran entrar. El tribuno hizo un gesto de fastidio y decidió marcharse.

–Es un burdel. Tardará horas en salir. Será mejor que echemos un ojo por sus locales.

Nos encaminamos de nuevo hacia la zona comercial, en un mutismo extraño.

–¿Estás bien? –lo abordé cuando se detuvo a comprobar la calidad de unos cinturones de cuero y, de paso, observar al mercader.

Lo vi dudar. Después, pareció avergonzado.

–Lo siento, Julia. Simplemente no sabía que eras viuda y que tu marido te había tratado tan mal.

Noté en él una leve compasión y retrocedí, con el ceño fruncido. Lo último que necesitaba era su lástima. Cesio se dio cuenta demasiado tarde.

–No es asunto tuyo –repliqué con más dureza de la que pretendía.

–Tienes razón –admitió desviando la mirada. Su tono volvió a hacerme apretar los dientes–, lo lamento.

–¿El qué? ¿Mi matrimonio o haber preguntado?

El tribuno titubeó ante mi brusquedad.

–Ambos.

Bufé, pero su mirada seguía siendo de lástima.

–No necesito tu compasión, ni la de Vero ni la de nadie –le espeté cruzándome de brazos–, y no voy a permitirla. Mi esposo era un desgraciado que, tras cumplir sus obligaciones en la noche de bodas, marchó al burdel para celebrarlo y se olvidó de mi existencia durante los meses que duró aquella farsa. Gestioné su casa, organicé a los esclavos y soporté las interminables visitas de su madre, pero no me quedé a observarlo morir cuando enfermó. Pasé por eso sola, organicé su funeral y descubrí que ni me había incluido en el testamento, pero no me importó. Para mí, su muerte fue una liberación, no una desgracia. Aguanté y me he ganado el derecho a que nadie me trate con pena.

Alcé la cabeza, resuelta, y observé un brillo de admiración en su mirada.

–¿Tu padre no dijo nada?

–Necesitaba el apoyo de mi suegro en el Senado. ¿Alguna otra pregunta?

Estaba siendo muy dura, pero ya había notado que Cesio no era de los que se amilanaban ante una conversación así, por lo que no me

sorprendió que la planteara.
–Si sabías que iba a morir y te había hecho tan desgraciada, ¿por qué no te quedaste a verlo?
–Porque él me humilló y me dejó sola todo el tiempo que estuvimos casados: no iba a permitir que tuviera el privilegio de morir acompañado.
Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que no esperaba, pero guardó silencio y continuamos merodeando por las tiendas. A veces, el tribuno preguntaba por algún producto y desviaba la conversación hábilmente para interesarse por el arrendatario, pero los mercaderes callaban. Comprendimos que no íbamos a sacarles ni una palabra en contra de Heliodoro.
–¿Reconoces a alguien? –inquirió cuando mi expresión se suavizó.
Suspiré, algo frustrada.
–Me temo que no. Aquí está la gente de a pie: el enviado de Roma no creo que se pasee entre pieles curtidas y juguetes de madera.
–Es más probable que se reúna con Heliodoro en cualquier otro sitio –admitió pensativo–. Quizá, incluso, en el burdel.
–¿Tendremos que colarnos dentro?
Cesio me miró alzando una ceja mientras nos alejábamos.
–Tú desde luego que no. Sería demasiado complicado explicar en el informe que la noble hija del senador Vestino ha reconocido al espía de Vitelio mientras se paseaba por un lupanar –comentó con cierta ironía.
Sabía que buscaba hacerme sonreír y lo consiguió.
–Espero que los informes no los lea mi hermano... –dije en el mismo tono.
Por la cara que puso, supe que a veces sí.
Acabábamos de llegar cerca de la avenida principal. La tarde comenzaba a caer y los trabajadores se reunían en las tabernas para tomar algo antes de regresar a sus casas. La temperatura era agradable gracias a la suave brisa marina que movía la ropa tendida, muy por encima de nuestras cabezas.
De pronto, Cesio se giró y me tendió la mano.
–Ven –me pidió.
Apenas tardó un minuto en conseguir una litera de alquiler.
–¿A dónde vamos? –le pregunté una vez nos pusimos en marcha, sabiendo que había susurrado las indicaciones a los porteadores de manera que no pudiera oírlo.
–Ya lo verás –sonrió corriendo las cortinas.
Entrecerré los ojos, pero dejé que me sorprendiera. Cuando la litera se detuvo, me quedé impresionada.
–¡El Serapeo! –dije bajando de un salto.
Allí, en una colina desde la que se dominaba la ciudad, el templo de

Serapis se alzaba majestuoso, desafiando a los mortales. El mármol de sus muros reflejaba la luz del atardecer, que envolvía el templo con un tono anaranjado tan intenso que parecía que estaba ardiendo. Nos encontrábamos en el centro del patio interior del complejo, justo al lado de la columna monumental de granito rojo que marcaba el punto más alto de la colina.

El tribuno no me interrumpió mientras observaba todos los detalles. Cuando me volví hacia él, se colocó a mi lado y me condujo más allá del templo de Isis en silencio, hasta el lugar en el que, pasados los edificios, nada se interponía entre nosotros y el horizonte.

La vista era magnífica. A nuestros pies, Alejandría brillaba envuelta por la ligera bruma que surgía del lago. Los barcos ya estaban atracados en el puerto y, elevado sobre una isla, el faro iluminaba el mar como un sol en miniatura.

Cesio y yo nos quedamos allí un buen rato. Sabía que Silo no andaba muy lejos, vigilando que nadie nos importunara, lo que permitió relajarme mientras el sol se ponía lentamente al oeste y en el cielo aparecían las primeras estrellas. Observé al tribuno. Parecía tranquilo. La brisa le movía el pelo con suavidad y, mientras sus ojos barrían el paisaje, sus labios esbozaban una leve sonrisa. Por un momento, me descubrí pensando en cómo sería besarlo, pero aparté aquello rápidamente de mi mente, molesta por habérmelo siquiera planteado.

Para disimular la repentina timidez que me invadió, me volví de nuevo a la ciudad.

–¿Por qué me has traído aquí?

–Siempre me ha gustado este sitio al atardecer.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de aquella paz que nos envolvía.

–Mañana es mi cumpleaños –dijo tan bajo que pensé que lo había imaginado. Sin embargo, antes de que pudiera responderle, pareció arrepentirse–. Será mejor que volvamos, estar en la calle de noche es peligroso.

Desanduvimos nuestros pasos en silencio, en la calma que precede a las horas de oscuridad, y nos volvimos a subir a la litera. Perdidos en nuestros pensamientos, el trayecto de regreso pasó rápido. Antes de que nos diéramos cuenta, estábamos de vuelta en la posada y Mario nos había conducido hasta la mesa donde el resto del grupo nos esperaba.

No tenían muchas novedades: sus vigilancias habían sido tan frustrantes como la nuestra. Compartieron lo poco que habían obtenido y Cesio distribuyó las órdenes para el día siguiente con su habitual eficacia.

Ya íbamos a irnos a la cama cuando entraron nuestros ruidosos vecinos del piso de arriba. Mario alzó un brazo para llamarlos y los

desafió a una partida de dados. No me hizo falta ser adivina para saber que se iban a alargar mucho. Me levanté justo cuando se sentaron con nosotros. Cesio me imitó tras recordarle al veterano que al día siguiente tendríamos que madrugar. Él no pareció darle importancia.

Silo observó a Mario lanzar los dados con una expresión que no me costó reconocer como anhelo, por lo que me apiadé de él y le di unas monedas antes de reunirme con el tribuno, que me esperaba al pie de la escalera.

Comenzamos a subirla en silencio, pero, cuando apenas quedaban tres o cuatro escalones, Cesio se detuvo y se apoyó contra la pared agarrándose la pierna, incapaz de continuar. Lo sujeté por la cintura y él se apoyó en mí hasta que llegamos a nuestro piso.

–Gracias –musitó junto a su puerta. Parecía cansado.

–¿Puedo echarle un vistazo a la herida?

El tribuno asintió y me flanqueó el paso a su habitación. Retiré los vendajes con cuidado. La herida estaba prácticamente curada. Una fina línea roja, ya liberada de los puntos de sutura, era la única marca que quedaba del impacto de la flecha. Me dispuse a contarle que todo iba bien, pero, al alzar la cabeza, me di cuenta de que no lo necesitaba: finalmente, se había atrevido a mirar. Aún titubeante, pasó un dedo por la cicatriz, como si no pudiera creer que la herida hubiera cerrado. Después, vi su alivio, profundo y sincero, y le sonreí.

–No creo que sea necesario que te la vuelva a vendar –dije, revisando la herida una última vez.

Él no me respondió, pero, cuando volví a mirarlo, me di cuenta de que estaba muy cerca. Sin previo aviso, se inclinó y me besó con tanta delicadeza que no fui capaz de reaccionar. Hubiera querido apartarme, decirle que no podía ser y marcharme dando un portazo, pero estaba paralizada. Cuando acabó, nos observamos en la penumbra de la habitación.

Me había quedado prendida de sus ojos e, inconscientemente, alcé la mano para acariciarle la mejilla. Noté que se estremecía, que se rendía tanto como yo en cuanto me sonrió. Así que entonces fui yo quien lo besé, con suavidad. Su mano me hizo cosquillas en el cuello mientras enredaba sus dedos en mi pelo, arrancándome también escalofríos, haciendo que el corazón me retumbara en los oídos.

–Esto no está bien, Aulo –musité apoyando mi frente en la suya, en un último y desesperado intento de volver a la cordura.

–Lo sé –susurró.

Éramos conscientes de que nuestros caminos se separarían; de que, en cuanto termináramos nuestra misión en Alejandría, no volveríamos a vernos; de que mi hermano me casaría con alguien que le ayudara a obtener un puesto en el Senado; de que Cesio tendría una carrera

mucho más complicada por ser plebeyo; de que, cuando acabara todo, su lugar estaba en Capua y el mío, en Roma. Pero, cuando volvió a besarme, con una ternura que pronto se convirtió en deseo, aquellos pensamientos se hundieron en el mismo pozo en el que se había escondido mi sensatez.

Decidí dejarme llevar. Tras tomarme por la cintura, me sentó en la cama, a su lado. Las caricias se sucedieron, y los besos, mientras su mano encontraba la daga enganchada en el pelo. Tiró de ella con suavidad. Las ondas rebeldes en las que a veces se organizaba mi melena nos rodearon, contentas de estar libres al fin. Jugó con ellas hasta que su mano encontró una fíbula con la que entretenerse.

Por un momento, me asusté. Él lo notó y paró enseguida, intuyendo mis miedos. Apenas tenía experiencia y la poca con la que contaba gracias a mi difunto marido era un desastre. Quise desviar la mirada, pero él no me dejó avergonzarme. Volvió a besarme de una manera que me dejó sin aliento. Probé a enredar los dedos en sus rizos mientras sus manos me hacían cosquillas. Le gustó, porque cerró los ojos con un ronroneo de placer.

Aquella vez fui yo la que lo besó. Me había puesto de rodillas sobre la cama y estuve a punto de caerme, pero Cesio lo evitó justo a tiempo. Reí ante mi propia torpeza y él me acompañó, divertido, atrapándome entre sus brazos. La fíbula se abrió a la primera, y el vestido se deslizó sobre mi piel. Cesio se tomó unos instantes para observarme, lo que yo aproveché para pelearme con la hebilla de su cinturón. Advertí el temblor en las manos cuando logré soltarlo y quitarle la túnica.

Por un momento, pensé que iba a perderme en la calma azul de sus ojos, pero su sonrisa me mantuvo a flote en aquel mar de emociones. Me abrazó por la cintura y me tumbó en la cama mientras sus labios bajaban por mi cuello.

Me coloqué sobre él y noté el calor que desprendía su cuerpo. Me tomé el tiempo suficiente para que su deseo se volviera insoportable, y sólo pasé al siguiente punto cuando los ojos se le enturbiaron por la necesidad y se le aceleró la respiración. Después, sin decir nada, hicimos el amor de una manera tan dulce como sus caricias.

Sé que perdí la noción del tiempo. Sé que, en el instante en el que comencé a temblar, él me atrapó entre sus brazos y me besó. Sé qué, en algún momento, me quedé dormida con la cabeza apoyada en su pecho. No fui consciente del correr del tiempo, pero, cuando desperté, él todavía jugaba con mi pelo en la penumbra de la habitación.

Seguíamos abrazados. Escuché su respiración y me pareció que sonreía cuando mis pestañas le hicieron cosquillas, pero habíamos vuelto al mundo real y yo tenía que irme. Soltó el mechón con la tristeza asomando en los ojos. Recogí mis cosas y, tras comprobar que

no había nadie en el pasillo, salí de su habitación. Cuando llegué a la mía, justo al lado, me temblaban las manos.

Aquella noche, fue la primera en semanas en la que logré descansar sin tener pesadillas.

Capítulo 31: Najt, el egipcio

23 de junio del 69

Acababa de amanecer. Llevaba un rato con la vista perdida en el techo, resistiéndome a despertarme del todo a pesar de que mi cerebro bullía de actividad. Con un suspiro, me senté en la cama y decidí ponerme en marcha.

Mientras me cepillaba el pelo, recordé lo ocurrido la noche anterior y sonreí de manera inconsciente. Aun así, decidí centrarme en el problema del que me había hablado Vero. Tenía que hablar con nuestro agente comercial. Cuando estuve en el puerto había podido comprobar desde lejos que nuestro barco no tenía actividad. No sabía por qué no se estaban cargando las mercancías y nadie pudo decirme dónde se escondía el capitán del barco para hablar con él, por lo que tendría que recurrir a nuestro agente comercial. Por supuesto, eso no solucionaría el problema al que me enfrentaba, ya que el navío acabaría bloqueado sin remedio en cuanto se acercara a Roma, pero era un comienzo. Además, había un cargamento en Atenas esperando que alguien fuera a buscarlo. Quizá sería prudente mandar al barco al Pireo, pero sabía que no tenía la capacidad de hacerse cargo de tanta mercancía.

Silo, que ya se había levantado, se lavó la cara para terminar de despertarse. Le noté una ligera resaca. Abrió la ventana e hizo las camas con movimientos lentos, como si la bruma del sueño que hasta hacía poco le envolvía aún no se hubiera despejado del todo.

–Ve a ver si el posadero está despierto –le pedí– y dile que vaya preparando algo de desayunar.

Silo asintió y cogió la palangana para, de paso, cambiar el agua. Se asomó brevemente a la ventana para comprobar que no hubiera nadie y la tiró por allí. Un grito seguido de una retahíla de insultos nos indicó que no había mirado muy bien.

–Ten cuidado de que la mujer del tabernero no te parta una escoba en la cabeza cuando bajes –murmuré con una sonrisa divertida.

Silo puso la misma cara que las ovejas ante el altar de sacrificios y salió de la habitación en silencio. Debió cruzarse con Cesio en el pasillo, porque, apenas unos instantes después, el tribuno se asomó a la puerta. Me pidió permiso para entrar. Normalmente siempre se quedaba fuera. Le hice un gesto para que pasara mientras terminaba de recogerme el pelo. Parecía un poco cohibido, pero lo disimuló bastante bien.

–Silo no tenía muy buena cara –comentó para romper el silencio.

Enganché un mechón rebelde con un alfiler y lo sujeté hábilmente.

–Tiene resaca y la mujer del tabernero le va a gritar en cuanto lo vea: ha tirado el agua sucia por la ventana.

–Ah, así que él es el perro sarnoso picado de viruela al que se refería –comentó con sorna.

–Eso me temo –sonreí–. No tardará en ampliar el repertorio.

Cesio vestía aquella mañana una túnica azafrán que era evidente que tuvo mejores tiempos y había prescindido tanto del anillo que indicaba que pertenecía a la clase media como de su sello, lo que significaba que iba de incógnito.

El tribuno advirtió que lo observaba, así que me invitó a compartir la ventana con él. Noté la cercanía de su cuerpo, pero ninguno se apartó. En el patio, Silo sacaba agua de un pozo haciendo alarde de una paciencia infinita. La retahíla de insultos continuó hasta que sacó el cubo, lo apoyó en el brocal y le gruñó algo a la mujer en una lengua áspera que reconocí como del norte de la Galia. La tabernera palideció y salió corriendo, como si le hubieran lanzado una maldición.

Reí suavemente y me aparté de la ventana para dedicarle de nuevo toda mi atención a Cesio.

–Feliz cumpleaños –le sonreí.

Él pareció sorprendido de que me hubiera acordado y, en lugar de agradecérmelo, tomó mi cara entre las manos y me besó con suavidad. Enrojecí. Cuando nos separamos, parecía terriblemente divertido por mi reacción. Un suspiro más tarde, oí los pasos de Silo acercarse por el pasillo y, antes de que cundiera el pánico, me separé de él.

Cuando el esclavo entró, si se sorprendió de ver allí a Cesio, no lo demostró. Estábamos cada uno en una punta de la estancia y el tribuno había recuperado su expresión de calma habitual.

–¿Rústico y el resto ya se han levantado? –le preguntó a Silo, que asintió–. Os espero abajo, entonces.

Cuando Silo y yo bajamos, ya estaban todos en la taberna, esperando que nos sirvieran el desayuno. Mario había apoyado la frente directamente sobre la mesa y trataba de ignorar la mirada de desaprobación que le dedicaba Cesio. El resto también tenía resaca, pero no tanta.

–Buenos días –los saludé, apartando una silla para sentarme.

Mario siseó, molesto por el ruido, e intentó taparse los oídos. Después, levantó la cabeza con los ojos cerrados y apoyó la espalda contra la pared. No tenía buen aspecto.

–Me muero –susurró.

–No te mueres, no –replicó Cesio con severidad.

–Me encuentro muy mal –volvió a musitar el veterano.

–Haberlo pensado antes.

El tono con el que lo dijo no admitía réplica. El resto de sus hombres clavaron la mirada en la mesa, repentinamente interesados por los dibujos que hacía la madera. Aun así, Mario insistió.

–Cesio, te lo suplico...

–Puedes ir olvidándolo, Mario –le respondió el tribuno, serio–. Te avisé. Te vas a pasar el día delante del almacén del puerto y pobre de ti como te encuentre en una taberna o durmiendo la mona en una esquina.

El soldado gimió, pero sabía que no le quedaba otra opción. El tabernero, que parecía tan desgraciado como él, nos trajo una jarra de agua y unos cuantos vasos. Supe que aún faltaba un rato para que se dignara a servirnos algo de comer.

Suspiré y me puse en pie.

–Voy a ir a buscar algo para la resaca a la herboristería de la esquina. Silo, acompáñame.

Cesio pareció dudar, pero cedió en silencio. Me escabullí antes de que cambiara de opinión. Al fin y al cabo, también quería comprar ciertas hierbas que iba a necesitar y que el egipcio de la herboristería me vendió a un precio que me hizo apretar los dientes. Ni que el frasco en el que me las entregó fuera de oro macizo. Estaba segura de que Silo había intuido lo que estaba ocurriendo.

–Ni una palabra –le ordené justo antes de entrar en la taberna de nuevo.

Ya habían servido el desayuno y los hombres mordisqueaban con desgana los huesos de unas aceitunas pequeñas y arrugadas. Cesio parecía tranquilo y no dijo nada cuando fui a buscar a la tabernera y le indiqué lo que quería. Poco después, volvió con una cazuela hasta arriba de una infusión con un olor no demasiado apetecible. Mario puso mala cara.

–Os la tenéis que acabar –les dije–. Me ha costado una fortuna.

El veterano no tuvo fuerzas ni para replicar. Bajo la mirada atenta del tribuno, se sirvió un vaso, y pronto todos lo imitaron. Aproveché el momento de silencio que se había formado para dirigirme a Cesio.

–Sé que el plan es vigilar a Heliodoro –comencé titubeando–, pero me tengo que encargar también del barco que me ha enviado Vero...

–Necesito hablar con nuestro agente comercial. Se llama Najt. Vive cerca de la avenida principal, creo.

–Sí –me confirmó el tribuno–, es un egipcio un tanto peculiar.

Me sorprendió que supiera de quién se trataba.

–¿Acaso conoces a toda Alejandría? –le pregunté alzando una ceja.

Cesio me sonrió.

–Ojalá, pero no. Najt es famoso y no solo se encarga de los asuntos de tu familia: ha ganado mucho dinero haciendo cosas que rozan la ilegalidad. Eso hace que quiera caer bien a las autoridades, por si

acaso. De vez en cuando, organiza fiestas y banquetes a los que invita a mercaderes, magistrados y todo aquel que tenga un cargo importante, aunque sea dentro del ejército.

–Vamos, que has estado en su casa...

–Solo una vez –admitió–. De todos modos, es mejor que no vayas a verlo, Julia.

Iba a protestar cuando me di cuenta de que, a nuestro alrededor, los soldados intercambiaban miradas discretas en silencio, como si supieran algo que yo no. Cesio dudó unos instantes, pero, finalmente, se inclinó sobre la mesa.

–Te dije que Alejandro me había pedido investigar lo que está ocurriendo en la ciudad –susurró–. Hay varias personas de las que sospecha y una de ellas es Najt.

–¿Eso qué implica? –inquirí mientras Festo comprobaba que nadie nos prestaba atención.

–En primer lugar, que, de confirmarse, las revueltas involucrarían también a la población griega.

–Najt es egipcio –comenté.

–Sí, pero sus clientes, no. Alejandro y su familia mantienen a raya los ánimos judíos porque los griegos no están demostrando, de momento, especial interés en buscar problemas. Si pasan a una posición más activa, la ciudad estallará.

–Es decir –intenté aclararme–, los judíos y los griegos se enfrentarían... ¿Y dónde entran los egipcios en esto?

–Ellos considerarán que las autoridades romanas no consiguen mantener la paz e irán a por el palacio directamente. Aquí aún no han olvidado a los Ptolomeos, Julia. Algunos –dijo con una mueca– añoran los tiempos en los que los gobernaban desde Alejandría y no desde Roma.

–¿Estás seguro de que esto es cosa de Vitelio? ¿No es demasiado arriesgado provocar una revuelta antirromana para...? ¡Oh! –exclamé, abriendo mucho los ojos–. Es exactamente lo mismo que pretende hacer Vespasiano con Civilis en la frontera Germana...

Cesio me indicó que no siguiera por ese camino, no allí, pero asintió. Tenía sentido. Vitelio podría matar a Alejandro en mitad de una sublevación sin que nadie se quejara. Después, solo tendría que poner a alguien favorable a sus intereses, darle una legión, reprimir a los judíos bajo pretexto de que eran conflictivos y ganaría de nuevo la ciudad.

Reflexioné en silencio mientras el resto terminaba de desayunar. Poco a poco, una idea comenzó a tomar forma en mi mente y, cuando levanté la cabeza, me topé con la mirada calculadora de Cesio.

–Creo que tengo un plan para acercarnos a Najt sin levantar sospechas.

Mario alzó las cejas, sorprendido, y miró confundido al tribuno, que ocultó la sombra de una sonrisa, como si lo esperara.
–Te escuchamos.
–Hace unos días, un comerciante al que nadie conoce y su esposa retiraron en el foro una cantidad nada despreciable de dinero –comencé. Cesio supo que me refería a nosotros y me invitó a continuar con un gesto–. Desde entonces, no se sabe nada de ellos, pero no sería de extrañar que se pusieran en contacto con uno de los agentes comerciales más famosos de la ciudad, ¿no crees?
–¿Pretendes que nos presentemos ante Najt haciéndonos pasar por mercaderes? ¿Con qué fin?
–Comprar un barco.
–Supongo que te referirás al que tienes en el puerto...
–Exacto. En realidad, Najt no tiene la potestad de venderlo, pero tendrá que contactar con Vero. Creo que mi hermano ha ordenado no cargarlo y Najt, a estas alturas, habrá comenzado a temer que sus beneficios se esfumen.
Cesio entrecerró los ojos, intentando comprender los motivos.
–¿No tenéis crédito para pagar la mercancía?
–No es un problema de dinero –le aseguré. Sabía que el capitán del barco tenía la orden de pago firmada por Filipo y se la entregaría al agente en cuanto todo estuviera cargado a cambio de un recibo.
–¿Entonces?
Aquella vez fui yo la que dudé. No me hacía ninguna gracia que todos supieran mi situación. Cesio se dio cuenta del motivo de mi titubeo.
–No te preocupes. Nada de lo que digas saldrá de aquí y la información que nos des no la usaremos para perjudicaros ni a ti ni a tu familia –me aseguró. Sus hombres asintieron con semblante serio y, con un suspiro, decidí confiar en su palabra.
–Vitelio ha encarcelado a nuestro administrador y ha bloqueado uno de los barcos en Ostia. Si enviamos este de vuelta a Roma, antes de que termine de atracar nos habrán requisado todo lo que haya dentro.
El tribuno comprendió la magnitud del problema y su gesto se ensombreció aún más.
–¿Qué propones?
–Fácil. Al contactar con Najt para comprar el barco, él verá una oportunidad de amortiguar las pérdidas haciendo de intermediario entre Vero y nosotros: le permitiría llevarse una buena comisión. Por supuesto, habrá que escribirle a mi hermano para que esté al corriente de todo.
–Puede funcionar –admitió Cesio tras reflexionar unos instantes–. Nos daría un motivo justificado para acercarnos a él. Y la mercancía, ¿qué harás con ella?

Hice una mueca.
–Aún no lo sé. El plan solo saldrá bien si Najt da esa ganancia por perdida. En principio, él es solo el intermediario: la orden de compra parte de mi administrador, él lo gestiona cuando llega aquí y se encarga de guardarlo todo hasta que llega un navío con la orden de pago tanto de la mercancía como de sus servicios. Adelanta el dinero. Legalmente, esos productos son de nuestra propiedad porque él los compra en nuestro nombre, lo que significa que puede reclamarnos la deuda, pero no venderlos. Para que pudiera hacerlo, tendríamos que declararnos en quiebra.
–Es decir, ahora mismo tiene un montón de mercancía que no puede tocar y un agujero en las cuentas porque no se la habéis pagado. ¿A cuánto asciende la broma?
Se lo dije.
Mario silbó.
–No creo que esté muy contento, no.
Cesio se mostró de acuerdo, pero lo vi dudar. Al notar mi mirada sobre él, hizo una mueca.
–Julia, es probable que estén vigilando el barco. Si Vitelio ya ha retenido uno en Roma y sus redes se extienden hasta aquí, no creo que pase por alto su presencia. Te está buscando. Sus hombres nos perdieron en el desierto, pero habrá considerado la posibilidad de que hayamos llegado a Alejandría. Si sabe que uno de los navíos de tu familia está atracado en el puerto, esperará que te acerques. Lo usará como cebo.
Me di cuenta de que tenía razón y palidecí.
–Pero tengo que hablar con el capitán... Él tiene la autorización del pago de las mercancías, y, si se la da a Najt, la deuda estará saldada, por lo que nuestro plan será inútil.
–Lo buscaremos, pero no te pueden verte cerca del barco. Será mejor que nos pongamos en marcha –dijo antes de distribuir las órdenes del día.
Poco después, Mario, Cesio, Silo y yo no encaminamos hacia el puerto dando un paseo. Mientras observábamos cómo cargaban uno de los navíos con un sistema de grúas y poleas inmensas, el soldado se dedicó a preguntar por el capitán. Todavía se le notaba la resaca, pero, al menos, era capaz de soportarla. Casi una hora más tarde, nos reunimos con él en una taberna cercana a los almacenes, desde la que podíamos divisar gran parte de la actividad en los muelles.
Aunque no lo expresaba, el tribuno estaba preocupado. Nadie había visto al capitán desde que atracaran. Era como si se hubiera evaporado.
–No puede andar muy lejos –aseguró el soldado–: los marineros son como las gaviotas, no suelen alejarse del puerto. Seguro que estará en

la última taberna en la que miremos.

Al cabo de un rato, Cesio chasqueó la lengua con fastidio.

–Esto es cosa de Vero, estoy seguro, y, en ese caso, tenemos un problema.

–¿Por qué?

El tribuno me miró titubeante.

–Porque, como haya sido tu hermano el que decidió esconderlo, no seremos capaces de encontrarlo, te lo aseguro. ¿No te daba ninguna pista en sus cartas?

Negué con la cabeza y nos sumimos en un pesado silencio al que Mario se sumó un rato más tarde. Les observé ponderar las opciones que teníamos hasta que me cansé. Me aburría tanto que decidí ir yo a devolver el cuenco vacío y a pedir otra jarra de agua. Estaba a punto de volver cuando una conversación llamó mi atención.

–... y dice que no le pagan.

–Bah, no le hagas caso, siempre está igual.

–No, pero ahora debe de ser cierto, porque ni siquiera han cargado la mercancía.

Observé a los hombres. Era evidente que se trataba de marineros. Ambos estaban sucios, tenían las manos callosas y barba de varios días.

Me volví hacia la barra, como si estuviera indecisa eligiendo el plato con el que envenenarme, para poder escucharlos.

–¿Se va a quedar aquí?

–Supongo –dijo el hombre más menudo tras un leve silencio–. De momento se está gastando lo que le queda en El Perro de Tres Cabezas...

Ambos hombres rieron, como si fuera un chiste privado, antes de cambiar de tema.

Salí del local pensativa, lo que a Cesio no le pasó desapercibido.

–Creo que sé en qué pocilga se esconde el capitán del barco –respondí a su muda pregunta antes de explicarle lo que había oído.

El tribuno decidió ir a echar un vistazo enseguida. Recorrimos todo el puerto sin encontrar el antro que habían mencionado los marineros. Al final, Mario consiguió las señas por un mendigo que rebuscaba en un cesto de pescado medio podrido.

Nos introdujimos en un callejón maloliente, atentos a cualquier peligro. Avanzamos deprisa, como si supiéramos exactamente dónde íbamos, y, al poco, la encontramos. El Perro de Tres Cabezas era una taberna infame con la roña pegada en cada esquina y un chucho famélico recostado junto al mostrador. Olía a ajo, orín, sebo rancio y podredumbre. Estuve a punto de marearme. Era el lugar ideal para pillar cualquier enfermedad incurable que te mandara a la tumba en menos de una semana. Hasta las pulgas huían despavoridas ante tanta

mugre. El tribuno le dijo a Mario que esperara fuera, por si había problemas.

Fue Cesio el que tomó la iniciativa y pidió una jarra de vino. Mi mirada alarmada fue respondida por una ligera sonrisa que me indicó que no pensaba bebérselo. Comprendí su estrategia cuando se apoyó en la barra y comenzó a hablar con el tabernero como si fueran viejos amigos. Sin embargo, el hombre, que secaba varios vasos con un trapo del mismo tono marrón que las manchas de las paredes, no se dejó engatusar.

–Buscamos a alguien –admitió Cesio al ver que el tabernero guardaba silencio.

Su desdentada y seca carcajada me sobresaltó.

–Si tenéis que buscarlo es que no quiere veros.

–Es posible, pero necesitamos hablar con él.

El tribuno le dio las señas. Un resoplido del tabernero nos indicó que, efectivamente, se alojaba allí.

–Si pretendéis que os pague, ya podéis iros por donde habéis venido: esta mañana se gastó el último as que le quedaba.

–¿Y eso? –intervine, interesada.

El hombre me dedicó una mirada sucia.

–La lagarta estirada para la que trabajaba no le pagó. Al parecer era una furcia romana con ínfulas de grandeza, pero sin un lugar en el que caerse muerta y, cuando murió de verdad, solo dejó deudas.

Comenzó a hervirme la sangre, pero lo disimulé con una sonrisa.

–En ese caso, seguro que agradece la jarra de vino. ¿En en qué habitación se aloja?

El tabernero dudó, pero al final nos lo dijo antes de volver a lo suyo con un encogimiento de hombros, perdido todo interés. Ni siquiera me cercioré de que Silo y Cesio me seguían. El esclavo ahogó una maldición y se lanzó detrás de mí por la escalera mientras yo, que me había recogido el vestido hasta la rodilla, subía los escalones de dos en dos. No obstante, ni él ni el tribuno lograron alcanzarme antes de que llegara a la habitación y abriera la puerta sin contemplaciones.

–Largo –le ordené a la mujer completamente desnuda que se había puesto en pie de un salto. Obedeció nada más oler los problemas.

El marinero estaba tumbado en un lecho que apenas podía con él. Parecía aturdido, aunque estaba medio despierto. Cuando le lancé el contenido de la jarra por encima, rugió y se levantó aullando insultos.

–¡Tú! –exclamó el capitán quitándose el vino de los ojos.

–¡Yo! –bramé en el mismo instante en el que Silo y Cesio me alcanzaron, con el puñal desenfundado–. Neso, te juro que, la próxima vez que digas por ahí que no te pago, me encargaré de atarte una piedra al cuello y tirarte al mar.

El capitán, que en el fondo era un alma tranquila, se echó a reír, para

sorpresa de mis acompañantes, y la tensión se fue diluyendo.
–¡Para ser la hija de un senador, tienes un humor de perros! Me dijeron que habías muerto.
–Ya ves que no. Vístete. No pienso hablar contigo en esta pocilga.
–Al menos, esta vez era vino... –murmuró Neso, saliendo del infame cuartucho.
No le hice caso y, poco después, estábamos de nuevo en la calle. Mario interrogó a Cesio con la mirada, pero al tribuno le bastó un gesto para que el soldado se centrara en comprobar que no corríamos peligro. Después, nos condujo hasta una taberna escondida tras un puesto de verduras que ocupaba media calle.
–¿No nos vas a presentar? –inquirió Neso, señalando a mis acompañantes mientras se repantigaba en una banqueta.
–No. Tenemos una conversación pendiente –fui al grano–. ¿Vero no te avisó?
El capitán hizo un gesto vago.
–Tu hermano dijo que mandaría a alguien, pero no mencionó que fueras tú. Me pidió que no cargara las mercancías y que procurara no toparme con el condenado egipcio que se encarga de todo.
–¿Qué más te dijo?
Neso se encogió de hombros con desinterés y yo bufé.
–Cuéntame lo que ha pasado en Roma –le ordené–. Desde el principio.
–No conozco la situación en la capital. Cuando todo ocurrió, yo estaba cargando en Cumas. Iba a partir cuando el hijo mayor de Filipo vino a verme para que le entregara un mensaje a Vero junto con una carta de parte de un tal Lucio.
–Mi primo, sí. ¿Cuál era el mensaje?
–Vitelio ha retenido el barco de Atenas en Ostia. Los pagos están autorizados. El navío de Rutiliano ha naufragado y Julia iba en él. No hay supervivientes –citó de memoria–. Después, el chaval me dijo que habían detenido a Filipo sin un motivo específico.
–¿Hace cuánto pasó eso?
–He tardado un poco menos de un mes en llegar aquí.
Me esforcé por no mostrar ninguna expresión, pero era evidente que lo habían detenido por ayudarme a huir de Roma.
–¿Sabes algo de un tal Aureliano?
–Ah, sí. El chaval dijo que era el que había denunciado a Filipo.
–¿Algo más?
Neso negó, sin mucho interés.
–¿Tienes la orden de pago de Najt?
El capitán bufó.
–Pues claro. Y los recibos de Bizancio que tendría que presentarle a Filipo.

–Los necesito todos.
Aquello no le hizo mucha gracia, pero sabía que no podía negarse.
–Los tengo en el barco, te los traeré.
–Bien –dije reflexionando–. Necesito que hagas algo para mí. Te pagaré.
Neso se mostró claramente interesado.
–Tú dirás.
Le expliqué con calma el plan que había concebido con Cesio. El capitán guardó silencio, pero, cuando acabé de hablar, pidió una jarra de vino.
–Resumiendo –dijo tras acabarse el vaso de un solo trago–: el barco va a cambiar de manos, aunque en realidad no y, cuando ocurra, tengo que pintarlo, cambiarle el nombre y llamarte a ti de otra manera. ¿Y la mercancía?
–Hará lo mismo que el barco. Es la única manera de que entre en Roma limpia. Si ven mi nombre, el de mi padre o el de mi hermano en los documentos, Vitelio se enterará y la requisará.
Neso no pareció convencido y se inclinó hacia mí
–Tu padre está muerto, Filipo en un agujero y tú has tenido que salir corriendo. ¿Por qué debería arriesgar la cabeza por ninguno de vosotros?
–No te equivoques. A ti no te harán nada y, si obedeces, ganarás una buena suma.
El capitán me miró con sarcasmo.
–¿Acaso tienes dinero?
–¿Acaso te debo algo? –inquirí, sabiendo que no era así.
Neso reculó con un gruñido.
–Quiero un adelanto –masculló.
Me lo esperaba, así que establecimos las condiciones de nuestro acuerdo. Después, Mario lo acompañó hasta el barco para buscar los documentos que tenía que entregarme.
–¿Crees que se atendrá a lo establecido? –me preguntó el tribuno.
–Sí. A Neso le gusta demasiado el dinero y siempre anda escaso de él. Además, ya me ha sido útil otras veces –dije sin dar más explicaciones.
–En cuanto tengamos a buen recaudo lo que han ido a buscar, tendremos que hacerle una visita a Najt...
–¿Hoy? –me sorprendí–. ¿No es mejor avisar a Vero antes?
–Le enviaremos una carta, pero, según está la situación, necesitamos actuar con rapidez. Tu hermano sabrá qué hacer si le llega antes la de vuestro agente comercial –me aseguró.
Nos miramos. Vi la seguridad que latía en el fondo de los suyos y asentí. Empezaba a pensar que hacíamos un buen equipo. En cuanto Mario y Neso volvieron, nos pusimos en marcha. Dejamos al capitán en el puerto, a Mario vigilando uno de los almacenes de Heliodoro, y

Cesio y yo nos dirigimos a las termas mientras Silo iba a buscar nuestra ropa a la posada.

Cuando las maquilladoras terminaron de acicalarme, fui a buscar a Cesio. Lo encontré en la palestra con Silo. Observaban con cierto interés a una pareja de jóvenes que luchaban en un intento de llegar a ser atletas algún día. Comentaban sus movimientos con un tono que demostraba que sabían de lo que estaban hablando. No por nada, una de las funciones del tribuno era, precisamente, supervisar el entrenamiento de los nuevos reclutas y, por lo que sabía de él, se lo tomaba en serio.

Sonreí interiormente cuando Cesio me vio llegar y se olvidó por completo de los atletas. Pareció turbado, pero se esforzó por disimularlo. Mandé a Silo a buscar una litera de alquiler lo bastante lujosa para aparecer en ella por casa de Najt y que este picara el anzuelo de que éramos una pareja de mercaderes acaudalados.

Aquello me permitió quedarme a solas con el tribuno, que no dejaba de observarme con mucho menos disimulo ahora que no estaba el esclavo presente. Él también se había acicalado. Llevaba una túnica de un tono verde oscuro, con los bordes ribeteados en oro y los suficientes adornos exóticos como para saber que la había comprado en la ciudad.

–¿No llevas toga?

–Es junio, Julia, no me apetece asarme. Además, Najt no es ciudadano, por lo que tampoco la llevará.

Tuve que admitir que quizá tenía razón. Nos observamos en silencio hasta que logró hacerme sentir incómoda.

–¿Qué ocurre, no voy bien?

–Vas perfecta.

–¿Entonces?

–Con que Cleopatra se hubiera parecido solo la mitad a ti, no es de extrañar que Julio César y Marco Antonio cayeran a sus pies.

Lo dijo completamente en serio, pero me hizo enrojecer.

–Yo no pretendo arrastrar la reputación de ningún mando del ejército romano por el fango del Nilo, Aulo.

Ambos sabíamos las implicaciones de mis palabras. Aunque fuera una patricia, mi situación era pésima y todo el que se relacionara conmigo de un modo u otro corría el riesgo de enemistarse con el emperador.

–No te preocupes por eso.

La llegada de Silo interrumpió nuestra conversación. Había conseguido una litera magnífica y pronto nos pusimos en marcha. Cesio y yo nos colocamos enfrentados, de modo que él pudo tomarse todo el tiempo del mundo para mirarme.

–Me vas a desgastar el maquillaje –le dije cuando no logré seguir

esquivando sus ojos claros. Parecía relajado, pero supe que anotaba todos los detalles.

Se encogió de hombros.

–No lo necesitas.

Esa vez, en lugar de limitarme a enrojecer, alcé una ceja. Si quería guerra, no era yo quien se la iba a negar.

–Tú también te has esmerado… Túnica nueva, sandalias relucientes, cinturón brillante, uñas arregladas, recién afeitado y bien peinado…

Incluso en la penumbra que nos proporcionaban las cortinas, vi que se le ponían las orejas rojas.

–Muy observadora –comentó en voz baja. Sin embargo, no apartó la mirada hasta que llegamos a la casa de Najt.

Quizá llamarla casa era quedarme corta. Más bien, se trataba de una mansión inmensa de estilo egipcio. La puerta, enorme y de aspecto recio, necesitaba que al menos dos esclavos tiraran de ella todas las mañanas para abrirla.

Nada más cruzar el umbral, un esclavo menudo con una arrogancia que doblaba su tamaño nos interceptó. Hubiera sido el portero perfecto en la casa de cualquier magistrado que no quisiera visitas inoportunas, pero tuvo la mala suerte de acabar en la casa de un comerciante, por lo que se veía obligado a recibir a todos los que entraban y escuchar sus historias antes de decidir si echarlos o no.

Cesio fue muy escueto y le pagó con su misma altanería. El tribuno era capaz de adaptarse a cada situación de una manera extraordinaria. Fue todo un espectáculo. Un parlamento así en el foro y cualquiera hubiera huido en la dirección contraria, pero con el esclavo funcionó a la perfección.

–¿De dónde has sacado esa forma de hablar? –le susurré con una sonrisa.

–De uno de los tribunos de mi legión. –Su mirada divertida se clavó en la mía–. Es insoportable.

Tras indicar que lo siguiéramos, el esclavo nos llevó hasta una sala pequeña pero ricamente decorada donde tuvimos que esperar. Me fijé en la calidad de los muebles, todos de una factura impecable, y calculé la fortuna que costaban mientras me recostaba en uno de los divanes. Los esclavos nos trajeron una bandeja de higos con miel y otras chucherías antes de servirnos un vino espeso al que añadieron la cantidad de especias que les indicamos. Lo probé y tuve que admitir que era excelente. Cesio ni siquiera tocó la copa.

Esperé observando las pinturas de las paredes y el mosaico que adornaba el suelo. Sabía que en aquel momento estábamos a prueba. Los esclavos nos vigilaban con discreción y estaban atentos a cualquier cosa que dijéramos, por lo que nos mantuvimos en silencio. Si pretendían hacernos sentir incómodos, no lo lograrían de esa forma.

Un rato después apareció Najt. Era un egipcio no demasiado alto, calvo y rechoncho. Sus ojos pequeños estaban hundidos en una cara demasiado grande como para resultar agradable. Consciente de ello, se había aplicado una buena línea de kohl para resaltarlos, aunque el constante parpadeo se la había corrido. Sus dedos tintinearon debido a los enormes anillos de oro que llevaba. No me hizo falta más que echarles una ojeada para saber que, por mucho que quisiera aparentar, entre ellos no estaba el que indicaba la ciudadanía romana.

Nos saludó efusivamente, pero mantuvo la cautela en sus ojos.

–¿Con quién tengo el placer de hablar? –quiso saber, tras coger uno de los higos y zampárselo. Su voz era un tono más agudo de lo que esperaba.

–Mi nombre es Lucio Cornelio Clemente –mintió Cesio con descaro–, y esta es mi esposa, Lucila Tercia.

El egipcio nos observó mientras el tribuno adoptaba una actitud relajada.

–Supongo que no se trata de una mera visita de cortesía –aventuró Najt.

–En absoluto –le confirmó Cesio–. Estamos aquí por una cuestión de negocios.

Se hizo un breve silencio mientras el hombre engullía otro higo y evaluaba nuestro aspecto con ojo experto. Estaba decidiendo si valía la pena. Hice que mis pendientes tintinearan cuando me incliné para coger la copa de vino y el tribuno se recolocó uno de sus anillos con una fingida despreocupación. Teníamos la apariencia de una pareja acaudalada de la clase media, aunque no tan rica como algunos de sus clientes. Najt concluyó que teníamos el suficiente dinero como para darnos la oportunidad de explicarnos.

–En ese caso, ¿qué puedo hacer por vosotros?

–Estamos interesados en el comercio marítimo –dijo Cesio sin andarse por las ramas–. Ya sabes, mirra, sándalo, pimienta, seda, perlas, perfumes, cristal... –El egipcio asintió y el tribuno continuó–. Tenemos un buen mercado en las provincias occidentales, los ricos terratenientes de la bética están encantados en poder hacerse con esos productos y pagan sin rechistar por el transporte, pero... nuestra red de distribución se ha quedado pequeña.

–Necesitamos más barcos –intervine, para sorpresa del egipcio.

–¿Y por qué pensáis que puedo ser de ayuda?

–Hemos paseado por el puerto –explicó Cesio– y nos hemos fijado en varios navíos que podrían servir para nuestro propósito. Ya hemos contactado con algunos de los propietarios, pero hay uno del que no hemos logrado información y su capitán nos ha dicho que se trata de uno de tus clientes. Por eso estamos aquí. Queremos plantear una oferta por el barco, pero nos es imposible contactar con su dueño.

Najt pareció interesado.
–¿De cuál se trata?
Cesio volvió a demostrar su indiferencia mientras se lo describía. Alguien le había enseñado que en ese tipo de negocios era mejor no parecer demasiado ansioso y el tribuno bordaba su papel. Un gesto de reconocimiento asomó en la cara del egipcio.
–Ese navío pertenece al hijo de un respetado senador romano muy cercano al emperador.
Cesio y yo hicimos como que nos creíamos la mentira. Pusimos cara de circunstancias, como si comprendiéramos que, en ese caso, estaba más allá de nuestro alcance.
–No obstante –se ofreció Najt cuando pensó que ya dábamos la compra por perdida–, puede que tenga interés en vender el barco. Sería posible ponerme en contacto con él y proponerle vuestra oferta.
El tribuno y yo nos miramos, como si estuviéramos considerándolo.
–Está bien –dijo Cesio–, pero no podemos esperar un mes hasta que la respuesta vuelva de Roma: necesitamos el barco antes.
–No hay ningún problema –se apresuró a asegurarnos el egipcio–. No se encuentra allí en este momento.
No dijo nada más para crearnos expectativas. Esperaba que le preguntáramos para negarnos la información. No picamos.
–De acuerdo –asintió el tribuno, volviendo a hacer gala de una indiferencia que rayaba en el desinterés.
–Por supuesto, estas gestiones tienen un precio –añadió Najt, como quien no quería la cosa.
–El dinero no es problema –le aseguré–. Conocemos tus tarifas y nos parecen correctas.
El egipcio pareció molesto al darse cuenta de que no podría inflarnos la factura todo lo que le hubiera gustado.
–De todos modos –añadió Cesio–, pagaremos generosamente si consigues el barco. Es más grande que el resto que hemos mirado y podremos transportar una carga mayor.
Najt pareció caer en la cuenta de algo y notamos su nerviosismo antes de que volviera a tomar la palabra.
–El navío ya contiene mercancía.
–Eso no es problema nuestro –replicó el tribuno.
–¿Qué tipo de mercancía? –pregunté, a pesar de que lo sabía perfectamente.
–Semillas de sésamo, mostaza, jengibre, madera...
Miré a Cesio y ambos pusimos en marcha el plan que habíamos pactado.
–Encaja en nuestra línea comercial –comenté.
–No estamos aquí por esas cosas.
–Pero podríamos aprovecharlo... Aún no hemos terminado de decidir

qué comprar y, si ya está cargado, ahorraríamos tiempo.

Discutimos en voz baja entre nosotros mientras el egipcio no nos quitaba la vista de encima. Parecía relajado, pero no dejaba de clavar la uña en el rabo de uno de los higos.

–De acuerdo –dijo Cesio con indiferencia antes de volverse hacia él–. ¿Podrías preguntar si la mercancía está en venta?

–Por supuesto. ¿Dónde podré encontraros cuando reciba su respuesta? –preguntó Najt con inocencia.

–Estaremos por el puerto organizando algunos asuntos –respondió Cesio sin darle importancia–. Te resultará fácil dar con nosotros.

La conversación no duró mucho más. Consideramos inoportuno plantearle de primeras nada relacionado con Aureliano o con su ámbito de actividad, no hasta que estuviera más receptivo, lo que conseguiríamos una vez le hubiéramos pagado una buena suma.

Nos despedimos asegurándole que había sido un placer. Sin embargo, antes de abandonar la estancia, Najt nos sorprendió con una última pregunta.

–Si no es mucha indiscreción..., ¿dónde encontrasteis al capitán del barco?

Supe que Neso se las había apañado bien escapando de los esclavos del agente comercial.

–En una taberna en el puerto –respondió Cesio encogiéndose de hombros–. ¿Dónde iba a estar?

–Se quejaba bastante de que no le habían pagado –le dije al egipcio, como si de una confidencia se tratara–. Mencionó algo de que la dueña había muerto, aunque... –En aquel momento me detuve, como si acabara de darme cuenta de que lo que decía no tenía nada que ver con lo que nos había contado el egipcio. Miré a Cesio, confundida, y Najt se vio obligado a explicarse:

–No era la dueña, sino la hermana del dueño, y está viva. Debe haberse informado mal.

El tribuno simuló perder el interés.

–Puede ser, estaba borracho –dijo en un tono que denotaba su aburrimiento.

Nos despedimos de nuevo y esa vez fuimos acompañados hasta la salida por un séquito de esclavos silenciosos. Nosotros tampoco hablamos. Silo, que se había quedado vigilando que los porteadores de la litera no desaparecieran, esperó hasta que doblamos la esquina para unirse a nosotros. Era una precaución que le había hecho tomar: no quería que lo asociaran a nosotros tan pronto.

–¿Crees que Najt habrá mordido el anzuelo? –inquirí, ligeramente preocupada.

–Estoy seguro de que ya está dictando una carta para tu hermano –me aseguró el tribuno, de nuevo con su actitud normal–. Habrá que

esperar.

Asentí y él me observó con tranquilidad. Estaba pensativo.

–¿Qué ocurre? –le pregunté

El tribuno hizo una mueca.

–Sabía que estabas viva, Julia.

Sus ojos claros se clavaron en los míos y me di cuenta de que estaba preocupado. Llegué a las mismas conclusiones que él.

–Está relacionado con Aureliano, ¿verdad?

–Eso sospecho. No tendría manera de saberlo de otro modo. Sus redes son comerciales y las noticias que corren por ellas y que han llegado a Roma son que te ahogaste en el naufragio. Hasta tu administrador lo cree así. O bien Najt tiene contactos en el ejército, que en principio no tendrían por qué hablarle de ti, o bien el enviado de Aureliano, que sí que sabía que estás viva, se lo ha contado. No se me ocurre otra explicación.

–Pero ¿por qué?

Cesio reflexionó.

–Porque deben saber que Najt es tu agente comercial y que intentarías ponerte en contacto con él si llegabas a Alejandría, y más con un barco en el puerto. Nosotros buscamos al enviado de Aureliano y ellos te buscan a ti; confiamos en que Heliodoro acabe llevándonos a él y ellos están seguros de que hablarás con Najt. El primero que descubra dónde está el otro gana.

Cesio no lo dijo, pero aquello era una carrera a muerte.

–¿Qué vamos a hacer?

–De momento, despistar a los que estoy seguro que nos están siguiendo. Los perderemos en el puerto.

–¿Y después?

–Después ya veremos –dijo, con un tono de voz suave que me indicó que tenía algo pensado. Decidí confiar en él.

Guardamos silencio hasta que los porteadores comenzaron a reducir el paso y el ruido nos indicó que estábamos cerca de nuestro destino. Volvíamos a encontrarnos en el puerto, sumido en un frenesí desordenado que anunciaba que pronto acabaría la jornada y los estibadores, marineros, agentes de aduanas, barqueros y demás gente de dudosa reputación estaban a punto de volver a sus guaridas después de cenar y aliviar sus necesidades en cualquier antro de mala muerte.

Cesio me condujo a una taberna que tenía una pinta algo más decente y se las apañó para guiarnos por las estancias del segundo piso hasta cambiar de edificio. Cruzamos dos manzanas más de casas resguardándonos entre las sombras. Al final, llegamos a un callejón sucio que recorrimos casi en su totalidad antes de que el tribuno se detuviera.

Fue entonces cuando Cesio silbó. Fueron dos llamadas muy breves que cualquiera podría pasar por alto. Era evidente que alguien las esperaba, porque, desde el otro lado de la calle, nos llegó la respuesta. Un par de minutos más tarde, Festo, con el rostro oculto gracias a una capucha, apareció a nuestro lado. Nos tendió una capa a cada uno y reemprendimos la marcha en silencio.

Estaba anocheciendo, pero evitamos las calles principales. Nuestros guías conocían bien los callejones. Cuando llegamos a la posada, entramos por la puerta de atrás.

–¿Algún problema? –preguntó Mario en cuanto nos sentamos alrededor de la mesa en la que nos esperaban él y Rústico.

–Ninguno –respondió Cesio. Me di cuenta de que se agarraba la pierna con disimulo, como si la herida le molestara, pero su gesto no lo reflejó–. Dejamos a los esclavos de Najt rondando por el puerto, pero debemos tener cuidado: la próxima vez estarán más atentos. ¿Novedades?

–Heliodoro ha vuelto al burdel.

–¿Sabemos con quién se reúne allí?

Festo titubeó.

–Quizá solo va por las mujeres.

Cesio hizo una mueca.

–Lo dudo. Un día es posible, pero dos seguidos... No parece ese tipo de hombre. Tenedlo vigilado, puede que se esté viendo con alguien para algo que no sea fornicar.

Todos asentimos y, sin más noticias, pronto la conversación tomó derroteros más banales. Al final, después de un par de pullas de Mario, Rústico admitió que su madre le había pedido que le comprara unos ungüentarios de vidrio soplado. Me animé. Me apetecía ir de tiendas y era la excusa perfecta. No me pasó desapercibida la mirada de preocupación y cautela que me dedicó Cesio, pero no dijo nada.

No tardamos mucho más en decidir retirarnos a nuestras habitaciones. El día había sido largo y todos estábamos cansados. Cuando Cesio, tras pelearse con la cerradura, se disponía a cruzar el umbral y desplomarse en la cama, agotado, frustré sus planes.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

El tribuno se apoyó en el quicio y me miró con una sonrisa que contrastó con la fatiga que se adivinaba tras sus ojos claros.

–Solo si la respuesta es fácil.

–Tranquilo, no pretendo hacerte recitar la lista de cónsules del último siglo de la República.

Él aceptó mi destello de humor y me invitó a entrar en su habitación con un gesto.

–Entre Pompeyo, César, Augusto y Marco Antonio estoy seguro de que rellenaría gran parte de los huecos –me aseguró, dejándose caer

sobre la cama, que emitió un crujido lastimero–. ¿Qué quieres saber?

Dudé un momento y Cesio pareció adivinar lo que me pasaba por la cabeza.

–Cierra la puerta, por favor –me pidió, recuperando la seriedad.

Obedecí con rapidez, pero me tomé un momento antes de volverme de nuevo hacia él. En sus ojos bailaban las tenues llamas de las lucernas que iluminaban la estancia. Me indicó que me sentara en la banqueta que estaba a su lado.

–¿Qué ocurre, Julia?

–Conoces bien la ciudad y a sus habitantes –dije tras un titubeo–. Si el enviado de Aureliano trabaja con Najt, no lo encontraremos en el puerto ni en ningún agujero inmundo: hay alguien rico que les está apoyando.

Fui consciente de que Cesio ya había pensado en ello cuando me dedicó una mueca amable. Por un momento, me pareció terriblemente cansado.

–Leví nos avisó –me recordó–. La red es inmensa, no podemos abarcarla. Tenemos que centrarnos en lo principal. Déjame eso a mí, Julia.

–¿Cuáles serán sus próximos movimientos?

–El enviado de Aureliano no va a correr riesgos mientras no lo haya dejado todo bien atado. Sabe que sobreviviste, sabe que puedes estar en la ciudad y eso lo hace vulnerable. No va a salir a la calle hasta que haya ultimado el plan para matar a Alejandro: prefiere esconderse y que todo le salga como espera a arriesgarse a buscarte y que lo puedas identificar. Está usando sus contactos para eso.

Tenía sentido. Si el enviado estaba escondido, era normal que intentara dar conmigo por fuentes indirectas, como Najt.

–¿Cómo lo encontraremos entonces?

–Seguiremos vigilando a Heliodoro. Es nuestra mejor oportunidad. Si no funciona, haremos que se precipiten los acontecimientos.

Me sobresalté al entender sus implicaciones.

–¿Vas a provocar tú mismo la revuelta?

Pareció divertirle la pregunta, pero en sus ojos vi un brillo que me indicó que no iba muy desencaminada.

–La ciudad va a estallar tarde o temprano. Es mejor controlar la situación. Si los obligamos a actuar antes de que estén preparados, cometerán errores. Tendremos el factor sorpresa de nuestro lado y el caos se extenderá entre sus partidarios: muchos escaparán como ratas y el alcance será menor. El enviado de Roma saldrá y podrás identificarlo. Con la información que tengamos entonces, no nos resultará muy complicado acabar con toda la red.

Me estremecí visiblemente, ante lo que el tribuno me tomó de las manos con mucha suavidad.

–No tengas miedo, Julia. Nosotros te protegeremos. Además, de momento no saben que estamos aquí. No vendrán a por ti..., pero no puedo dejar que rondes sus guaridas –admitió con una mueca.

–¿Voy a tener que quedarme aquí?

–No es necesario –me respondió con amabilidad–. Sal, cómprale los ungüentarios a Rústico, intenta timar a un vendedor de cestas o pásate el día leyendo dramas griegos en la biblioteca del Serapeo, pero nunca vayas sola. Si ocurre algo, uno de nosotros siempre estará rondando el almacén del puerto; si te queda muy lejos, corre hacia palacio. No entres en el barrio egipcio, no te acerques al puerto fluvial y evita pasear demasiado por la zona judía.

Acepté sus consejos con un leve asentimiento, pero desvié de nuevo la mirada al suelo. Me sentía deprimida y tenía miedo. Cesio notó mi estado de ánimo de inmediato.

–Estarás bien –dijo antes de abrazarme. No me lo esperaba, pero, en cuanto apoyé la cabeza en su hombro, sentí que el nudo que se me había hecho en el estómago comenzaba a deshacerse.

Capítulo 32: Recuerdos

10 de julio del 69

–¿Quién es Séneca?
–Un filósofo.
Alcé la ceja y miré a Cesio por encima de la tablilla que estaba leyendo. Incluso dándome la espalda, podía adivinar la sonrisa irónica que esbozaba.
–¿Ahora te dedicas a perseguir intelectuales?
–Son elementos peligrosos. Pueden alzar a las masas gritando bobadas en el foro –se mofó–. No obstante, creo que te refieres a uno de los vendedores de pienso. No es importante.
Dejé la tablilla y pasé a la siguiente.
Estaba sentada en la cama del tribuno, con la espalda apoyada en la pared. A mi alrededor, varias tablillas de cera se desparramaban sin ton ni son. Aunque Cesio tenía su contenido completamente memorizado, había decidido apuntarlo. Ahora, yo me encargaba de separarlas según su importancia.
Llevábamos dos semanas vigilando a Heliodoro, los movimientos del almacén y el barrio egipcio. El tribuno se dedicaba a ello con una meticulosidad impecable y entre él y sus hombres habían recogido los suficientes datos como para tener localizada a una parte de la red de Aureliano, que incluía desde estibadores hasta terratenientes. Por suerte, los ricos implicados no lo eran tanto y, aunque tenían poder, no formaban parte del sector más alto de la sociedad alejandrina. Quizás el más peligroso junto con Heliodoro era Najt.
El egipcio era precavido, algo indispensable para los negocios de los que se ocupaba. Habíamos acudido un par de veces a su casa para arreglar todo el tema del barco y no tardamos en darnos cuenta de que no hablaría de política. Sabíamos que nos mentía, pero no podíamos probarlo: tenía las espaldas tan cubiertas que, aunque el enviado de Aureliano estuviera viviendo en su casa, no lograríamos vincularlo con él. A mí me exasperaba, pero Cesio estaba convencido de que cometería algún error, por lo que no le daba más importancia. De momento, habíamos logrado resolver el problema del navío gracias a Vero, que, advertido por nosotros, mandó las cartas pertinentes a Alejandría: nos había vendido el barco y la mercancía, incluso la que esperaba en el almacén. Desde entonces, tenía a Neso supervisando que los marineros pintaran el casco de la nave. Por supuesto, aquello incluía un cambio de nombre, del que se encargaba el capitán. Una

mala elección, porque ahora tenía un barco que se llamaba Príapo y llevaba un pene inmenso pintado en la proa, pero ya era tarde para echarse atrás. En cuanto secara la pintura y cargaran las mercancías, pensaba enviarlo a Roma. Seguí leyendo tranquilamente las tablillas. Tenía que reconocer que Cesio estaba haciendo un buen trabajo. Su caligrafía apretada las llenaba por completo y recogían todos los detalles necesarios de cada una de las personas que había considerado importante incluir. Algunos nombres tenían marcas diminutas alrededor que, aunque para mí no significaban nada, el tribuno podía interpretar con solo echarles un vistazo.

Cesio estaba de espaldas a mí, sentado en la única banqueta de la habitación. Ese día llevaba toda la mañana respondiendo cartas, revisando notas y analizando nuestros progresos. Sabía que, en aquel instante, la misiva a la que respondía provenía de Vero. Por supuesto, mi hermano también me había escrito a mí, pero no me revelaba ningún tema confidencial, sino que solo me expresaba su preocupación por la situación en Alejandría y me indicaba que las cartas tardarían más en llegar porque su legión ya estaba en movimiento. Cesio me confió que no se debía exactamente a eso, pero, como no añadió nada más, supuse que Vero tendría alguna misión de la que el tribuno sí que estaba enterado.

Escuché el rasgueo de la pluma sobre el papiro. Estábamos solos en la posada. Sus hombres seguían con la vigilancia y Silo lo había sustituido en su puesto mientras el tribuno se ocupaba de la burocracia.

Leí rápidamente la tablilla que tenía entre manos y concluí que un carretero no era especialmente importante. Las tres que me quedaban las despaché con la misma celeridad.

–¿Hasta cuándo vamos a seguir vigilando gente? –pregunté, recolocando las tablillas para que no se desperdigaran en cuanto me moviera.

Cesio hizo una pausa. Se estiró, dejó la mesa y se recostó a mi lado con una expresión ausente.

–Hasta que se atrevan a hacer algo. Saben que conocemos sus planes y están extremando la precaución.

El tribuno apoyó la cabeza en mi pierna cuando hundí la mano entre sus rizos y comencé a jugar con ellos. Le vi cerrar los ojos, disfrutando, aunque me percaté de que su mente estaba lejos de allí. Era consciente de que, aunque su trabajo de vigilancia estaba siendo minucioso, Alejandro le exigía unos resultados que aún no podía darle. La presión que estaba soportando era enorme. El prefecto consideraba que, a esas alturas, debería estar más cerca de acabar con la red que buscaba su asesinato, pero Cesio sabía que no podía ir más rápido, no con tan pocos hombres a su mando. Alejandro intentaba

precipitar la situación, por eso había proclamado emperador a Vespasiano durante las calendas de julio. Acto seguido, presidió el juramento de fidelidad al nuevo emperador de todas las tropas de la ciudad y de las legiones acantonadas cerca. Cesio y sus hombres también tuvieron que asistir, aunque se las habían apañado para conseguir una audiencia privada y tremendamente discreta en casa de Leví. La reunión se alargó horas y el tribuno volvió con una expresión sombría que me indicó que las cosas no iban demasiado bien. Al menos, por lo que dijo Cesio, se había aumentado el número de tropas dentro de Alejandría con la excusa de proteger el palacio.

No obstante, pese a la proclamación, no estalló la revuelta. El enviado de Roma seguía sin dar la cara y Cesio estaba preocupado. Además, aunque no lo compartía con nadie, todos sabíamos que conocía de primera mano los acontecimientos de la guerra contra los judíos gracias a las cartas que le llegaban cada poco. Yo estaba al corriente de que los ejércitos de Judea y Siria, así como gran parte de los reinos clientes orientales, se habían sumado a la proclamación. Tenía la sospecha de que no serían los únicos, y la cantidad de misivas que recibía Cesio me lo confirmaba.

En aquel momento, como si intuyera que estaba pensando en él, abrió los ojos. Me incliné para besarlo suavemente y logré hacerlo sonreír, a pesar de que aún veía la inquietud en el fondo de sus pupilas. Nos observamos unos instantes. Aunque pretendíamos mantener aquello en secreto, estaba segura de que Silo lo sabía y de que los soldados, al menos, lo sospechaban. Desde hacía más de una semana, buscaban cualquier excusa para ir más tarde a la cama: remoloneaban por la taberna, cuidaban a los caballos, jugaban a los dados o simplemente charlaban entre ellos. El caso es que siempre nos daban un buen rato antes de aparecer por las habitaciones. No se me pasaban por alto las miradas risueñas que le lanzaban al tribuno cuando nos reuníamos todos a desayunar, aunque preferían guardar silencio al respecto.

Cesio se incorporó sobre el codo para poder mirarme mejor. Dejé que jugara con mi pelo, enredando sus dedos entre mis mechones ondulados de una manera tan natural que parecía que llevara toda la vida haciéndolo. Supe lo que pretendía cuando me quitó la daga y dejó toda mi melena libre. Lo detuve antes de que se dedicara a explorar lo que tenía bajo el vestido.

–¿Tú no estabas trabajando? –le susurré mientras él apartaba las tablillas con el suficiente cuidado como para no mezclarlas.

–Puede esperar –me aseguró, tirando con delicadeza de las lazadas que ajustaban la tela a mi cuerpo. Suelta, una de las mangas se deslizó por mi hombro y Cesio me acarició, lo que hizo que mi piel reaccionara de inmediato. Pareció complacido y se dedicó a seguir

apartando la tela hasta que logró que el vestido quedara olvidado a mis pies.

Se tomó su tiempo para contemplarme. Aquella vez era la primera que no lo hacía bajo la débil llama de una lucerna. Me incorporé y, con suavidad, tomé su cabeza entre mis manos antes de besarlo. Mientras sus dedos recorrían mi espalda, advertí que se había quitado tanto el anillo que indicaba su rango como el sello. Siempre lo hacía.

* * *

Cuando terminamos, permanecimos entrelazados, olvidando todo lo que se esperaba de nosotros fuera de aquella habitación. Sabía que no duraría, por lo que me aproximé aún más a él, intentando atrapar los últimos zarcillos de aquella inactividad que pronto desaparecería. No quería volver aún al mundo real y él lo notó.

Sobre la mesa aún quedaban varias misivas que Cesio no había respondido. El papiro en el que estaba escribiendo se había desplazado un poco por el aire que se colaba a través de la ventana abierta, así que podía apreciar la apretada caligrafía del tribuno. Dado que le estaba escribiendo a mi hermano, toda la carta estaba en clave.

Pensé en Vero. Si le habían ordenado alguna misión, era probable que pronto tuviéramos noticias. Yo no era idiota y sabía que Vespasiano, una vez proclamado emperador por sus tropas, estaba preparando sus siguientes movimientos. Se imponía una reunión, y Vero tendría que estar en ella. Cesio también, si no estuviera encargándose de todo lo de Alejandría. De pronto, un recuerdo lejano me asaltó.

–Aulo… –musité alzando la cabeza para poder mirarlo a la cara–. ¿Qué pasó en Gerasa?

Su expresión, que hasta entonces era distendida, se endureció enseguida.

–Julia…, ya hemos tenido esta conversación.

–Por favor… –le supliqué.

Sus ojos me evaluaron y, desde el momento en el que se ensombrecieron con el titileo de una duda, supe que me lo contaría. Suspiró antes de rendirse. Me atrajo más hacia él y me besó la frente, como si mi presencia pudiera alejar las pesadillas que comenzaron a sucederse tras su mirada clara.

–Gerasa iba a ser una conquista fácil –dijo, cerrando los ojos–. Era una ciudad en la Decápolis, alejada y sin apoyo rebelde cercano. Vespasiano consideró oportuno mandar un número reducido de tropas mientras el grueso del ejército se agrupaba en Jericó. Nadie pensó que podría pasarnos como en Gamala otra vez.

Cesio guardó silencio unos instantes.

–Llegamos a las cercanías de la ciudad en agosto. Atravesar Judea en

verano no es fácil y, con la armadura, treinta kilos de equipaje y cuarenta grados, menos aún. Tardamos más de lo que habíamos previsto, lo que permitió a los habitantes planificar su defensa.

Noté que se ponía tenso, pero lo acaricié y su cuerpo recordó que no estaba en el campo de batalla.

–Vero llevaba un año en la legión, quizás un poco más –continuó–. Como había demostrado que era competente, Tito consideró que, junto con Lucio Annio y conmigo, éramos suficientes para dirigir la expedición. El plan era atacar en dos días, pero tardamos tres en explorar el terreno y elaborar la estrategia. Quizá deberíamos habernos tomado un día más, pero todos estábamos ansiosos por volver con el resto del ejército.

–¿Y qué pasó después?

–Atacamos la ciudad –respondió con la mirada perdida–. Las órdenes de Tito habían sido claras: Annio encabezaba la ofensiva, Vero debía esperar y únicamente intervendría si este caía o se lo ordenaba. Yo dirigía la caballería, pero estaba a las órdenes de tu hermano, por lo que aguardé a su lado. En principio todo fue bien: hicimos una brecha en la muralla en una hora y los defensores se replegaron. Annio se lanzó con gran parte de la infantería hacia la ciudad, con el objetivo de tomarla. Fue ahí donde empezaron los problemas.

–¿Os emboscaron?

Él asintió sin mirarme.

–Un grupo de rebeldes había logrado salir de la ciudad. Eran bastantes y se dirigían directamente hacia la retaguardia de Annio. Vero y yo, desde donde estábamos, los vimos a tiempo. Tu hermano ignoró las órdenes y decidió ponerse en marcha sabiendo que, si los defensores lograban acorralar a Annio entre dos frentes, iba a ser una matanza. A mí me dejó atrás, encargado de dirigir la caballería si las cosas se complicaban aún más.

Contuve la respiración mientras notaba como Cesio jugaba con mi pelo, demasiado perdido en sus recuerdos como para darse cuenta.

–La estrategia de Vero era impecable. Interceptaría a los atacantes desde el sur y destrozaría su flanco derecho antes de que pudieran caer sobre las tropas de Annio. Aquello les daría el tiempo suficiente como para reaccionar y plantar cara al ataque…

–¿Qué falló?

–Los hombres no entendieron las intenciones de tu hermano. Para ellos, lo más lógico era atacar desde el oeste y pillarlos por la retaguardia tras dejar que se estrellaran contra la infantería que en aquel momento se abría paso hacia la ciudad. No obstante, Vero sabía que Annio no había podido ver aún el peligro y sus tropas no reaccionarían. La vacilación de los centuriones que dirigía tu hermano los arrastró hacia el este y Vero se vio en mala posición cuando los

rebeldes se le echaron encima. Logró colocar a sus hombres, pero el choque fue brutal. Rompieron su formación y se desató el caos. Las tropas de Annio aún no habían comprendido qué estaba pasando y Vero sabía que no acudirían a ayudarlo. Aun así, aguantó. En el mismo instante en el que me dio la orden de intervenir, lo tiraron de un golpe del caballo.

Me estremecí, con un nudo en el estómago. Cesio me acarició suavemente el hombro.

–¿Y después?

–Vero buscó el momento preciso en el que prácticamente todas las tropas rebeldes se habían estrellado contra él, por lo que, cuando llegamos a galope, estaban bastante concentradas y pudimos arrasar su flanco derecho por completo. Los barrimos en el mismo instante en el que Annio comprendía al fin lo que estaba pasando. Aquello precipitó el final de la batalla y Gerasa cayó en nuestras manos. La intervención de Vero salvó las unidades de Annio, aunque a cambio perdió muchos hombres. Pensé que tu hermano había muerto, pero la manera en la que gritaba cuando sus soldados lograron sacarlo del campo de batalla, con un reguero de sangre que le llegaba hasta la rodilla, me indicó que seguía vivo.

Hundí la cara en su pecho, sobrecogida.

–Annio estaba tan enfadado que permitió el saqueo de la ciudad –continuó Cesio con voz suave–. Esclavizamos a la población, cogimos cualquier botín de valor y después prendimos fuego a las viviendas. Nadie quiso quedarse mucho más tiempo allí. Cuando volví al campamento, descubrí que mi esclavo, Andrónico, había muerto alcanzado por un proyectil.

El tribuno se detuvo.

–Aquella noche las hogueras se alzaron por todas partes para incinerar a los muertos –dijo tras carraspear–. Al final tuvimos más bajas de las previstas, así que teníamos prisa por volver a Jericó: partimos al día siguiente.

–¿Y Vero?

–Lo subieron a un carro y procuraron que llegara vivo. Tu hermano estaba muy mal, Julia; apenas respiraba y había perdido mucha sangre. Tenía un tajo en el costado derecho que casi le llegaba a las costillas. La coraza lo protegió en gran medida, pero el golpe fue tan fuerte que estaba deformada. Apenas supe nada de él hasta que llegamos a Jericó.

–¿Y después?

Me pareció que Cesio sonreía levemente.

–Después le presenté mi informe a Vespasiano, organicé a mis hombres, encargué una lápida para Andrónico, me ocupé de asegurar el abastecimiento y las raciones para la siguiente semana… y me

desplomé delante de mi tienda. Desperté dos días más tarde en la enfermería.

Aquello no me lo esperaba. Alcé la cabeza para mirarle directamente, preocupada. Él me acarició la mejilla con una expresión tan sincera que me enterneció.

–Próculo me echó la bronca nada más abrir los ojos –dijo respondiendo a mi muda pregunta–. Llevaba casi cinco días sin apenas dormir y estaba tan cansado que me había desmayado de agotamiento. Desperté aturdido, con una jaqueca increíble... y con tu hermano en la cama de al lado, rabiando de dolor. Después, Próculo me engatusó de la misma manera que hace con todo el mundo: me hizo beber algo de vino con miel... y extracto de adormidera. Me dejó inconsciente un día más.

Hice una mueca, recordando que el médico me había hecho lo mismo.

–Al día siguiente –continuó Cesio–, me despertaron los gritos de tu hermano. El opio apenas le hacía nada y las curas eran más una tortura que un remedio. Estaba muy débil, pero se las apañaba para quejarse. Además, por algún motivo, estaba furioso. Más tarde supe que a Vero lo llevaron a Cesarea para que se recuperara. Alguien planteó devolverlo a Roma, pero sus posibilidades de sobrevivir al barco eran escasas, por lo que permaneció en Judea. Lo destinaron a otra legión y no nos volvimos a ver hasta que apareció contigo por nuestro campamento, aunque habíamos intercambiado correspondencia en alguna ocasión por el asunto de los espías de Vitelio. Ahora, como ya sabes, volvemos a trabajar juntos.

–Gracias –musité. Sabía lo complicado que había sido para él rememorar aquella conquista.

Nos quedamos en silencio unos momentos, cada uno perdido en sus propios pensamientos, hasta que Cesio decidió romperlo. Me tomó con suavidad por la barbilla y me hizo mirarle a los ojos.

–Julia..., sé que Vero sabe quién es el contacto entre Aureliano y Vitelio... y que tú también conoces esa información, aunque la mantenéis en secreto...

Comprendí sus intenciones y me aparté con suavidad.

–Aulo..., no puedo decírtelo.

Él se incorporó a mi lado y me acarició la espalda.

–Podría ser importante –susurró.

–En ese caso, corresponde a Vero comunicárselo a sus superiores. No puedes pedirme que lo traicione, Aulo, porque no lo haré. Mi hermano tiene sus razones y se encargará personalmente del problema más adelante, es todo lo que puedo decirte. Confía en él, sabe lo que hace.

Lo vi dudar, evaluando mis palabras, pero asintió sin decir nada al comprender que no me haría cambiar de opinión. Sabiendo que no

podíamos seguir así, recogí mi ropa del suelo, dispuesta a vestirme. Cesio me imitó, aunque cuando me anudaba de nuevo las cintas, de espaldas a él, se acercó y me abrazó por detrás. Depositó un beso en mi cuello, en silencio, para indicarme que todo estaba bien entre nosotros antes de volver a sentarse frente a las cartas que aún no había respondido.

Me entretuve peinándome mientras lo oía escribir. Por eso, cuando, un buen rato más tarde, Silo llamó a la puerta y asomó la cabeza, me encontró perfectamente preparada para salir a la calle. Cesio terminó de sellar las cartas y, tras escuchar la falta de novedades que le traía mi esclavo, nos acompañó hasta el puerto.

Se aseguró de que no corríamos ningún peligro antes de desaparecer: tenía que entregar las misivas, lo que le llevaría un par de horas si quería hacerlo con la discreción necesaria. Nunca corría riesgos y no lo comentaba con nadie. Lo vi alejarse con el ceño fruncido, perdido en sus propias reflexiones, pero siendo consciente de todo lo que lo rodeaba.

Silo y yo nos pusimos de inmediato en marcha. Con el poco dinero en metálico que me quedaba, había alquilado un barco mercante para ocuparme del asunto de Atenas. En la cubierta del navío, un hombre alto de rasgos fenicios y barba tupida nos ayudó a subir a bordo. Sabía que, en los muelles, rondaba Festo con la orden de sacarnos de allí si surgían problemas.

Durante la siguiente hora, terminamos de establecer las condiciones de nuestro acuerdo y revisamos juntos el contrato para asegurarnos de que todo era correcto. Calculé que, en aquel barco, aparte de las mercancías que recogeríamos en Atenas, también podría transportar algo más desde Alejandría, pero aún no había decidido qué. Quizá me hiciera con unos cuantos kilos de pimienta o algunos rollos de lino. No quería arriesgar demasiado dinero.

Sin nada más que hacer, Silo y yo volvimos a los muelles. Localicé a Festo, a pesar de que sabía pasar desapercibido, pero no vi a Cesio, por lo que supuse que el tribuno no había acabado de entregar las misivas.

Sin pensarlo mucho, eché a andar hacia el sur y, cuando quise darme cuenta, estaba delante de las termas. Entré seguida por Silo, que pareció aprobar mi idea. Después, me dispuse a pasarme toda la tarde chapoteando en la piscina de agua fría.

Cuando, un buen rato más tarde, salí a la palestra, Silo dormitaba en uno de los bancos de piedra, apoyado contra el muro de la parte trasera de las termas.

Cesio, que había adivinado de alguna manera dónde estábamos, se unió a nosotros un rato después.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? —me preguntó.

–Calculo que podré hacerte un hueco entre la reunión anual de comerciantes de hinojo y la cena a la que me ha invitado el sacerdote del templo de Isis...

Cesio sonrió. Sabía de sobra que mi único plan era terminar de leerme el rollo de poesía lírica que había comprado hacía un par de días e irme a dormir.

–Espero –comentó, siguiéndome el juego– que tu apretada vida social te permita venir conmigo al teatro. Ya he comprado las entradas –dijo mostrándome dos pequeñas fichas de arcilla.

He de admitir que no me lo esperaba.

–En ese caso, no puedo rechazarlo, aunque, si quieres estar a mi lado, tendrás que colarte en la zona de las mujeres y los esclavos...

–Olvida las ridículas leyes de Augusto, Julia. Esto es Alejandría. He comprado dos entradas en la media cávea y nadie va a osar impedir que te sientes conmigo. Verás más mujeres en las gradas inferiores, no serás la excepción, créeme.

Le devolví la sonrisa, pero entrecerré los ojos.

–¿A qué se debe esta invitación? –pregunté, intuyendo que pasar un rato agradable no era el único motivo.

–A que me apetece... y a que Heliodoro y Najt van a asistir a la representación y quiero tenerlos vigilados.

–¿Crees que el enviado...?

Cesio dejó la vista perdida unos instantes en los atletas que entrenaban en la palestra.

–Lo dudo, es un acto demasiado público. De todos modos, la representación es bastante tarde para evitar el calor. No habrá mucha luz y las antorchas solo iluminarán la parte baja de la cávea. Nosotros podremos verlos, pero ellos, si miran en nuestra dirección, no distinguirán nada.

Estaba claro que el tribuno había pensado en todo. Acepté su explicación y continuamos charlando hasta que decidió que era hora de ponerse en marcha. Por encima de nosotros, el cielo comenzaba a mostrar los colores del atardecer y pronto se cubriría de estrellas.

Tal y como había predicho, no tuvimos problemas en acceder a la media cávea y a nadie le pareció extraño que me sentara a su lado. Alquilamos unos cojines para contrarrestar la dureza de la piedra y, cuando menos me lo esperaba, Cesio sacó una bolsita de almendras y pistachos que llevaba oculta en algún sitio, ignorando la prohibición de comer durante las representaciones teatrales.

La obra fue divertida y Cesio, un acompañante magnífico. De vez en cuando, se inclinaba hacia mí y me susurraba bromas o frases cargadas de ironía sobre los personajes que me hacían sonreír. Por supuesto, yo le respondía del mismo modo. Una vez me giré tan rápido hacia él que mi nariz rozó su mejilla y nos dimos cuenta de lo

cerca que estábamos. Vi sus ganas de besarme, pero ambos nos separamos antes de que alguien nos llamara la atención. No obstante, Cesio me agarró con suavidad de la cintura y no me dejó ir muy lejos mientras continuaba con sus bromas. A pesar de que seguía el desarrollo de la trama, no le quitaba el ojo de encima a Heliodoro, que se encontraba en la zona reservada a los ricos. Najt también estaba allí, pero demasiado lejos como para que ambos hombres pudieran relacionarse.

La obra terminó cuando ya hacía un buen rato que el sol se había ocultado. Entre risas y bromas, no me di cuenta de que tenía la cabeza apoyada en el hombro de Cesio hasta que todos se levantaron a nuestro alrededor a aplaudir a los actores. Me aparté rápidamente, pero él no pareció molesto, sino que me dedicó una sonrisa. Nos incorporamos y aplaudimos a rabiar antes de que la gente comenzara a abandonar el teatro.

El tribuno decidió esperar un poco, como si buscara a alguien. En realidad, lo que pretendía era saber con quién se relacionaban Heliodoro y Najt, pero no hubo suerte: cada uno salió por su lado y Cesio hizo una mueca de fastidio.

Agarrados de la mano, nos apresuramos a llegar a la salida más cercana. Torcimos hacia el lugar por el que, presumiblemente, Heliodoro tenía que abandonar el edificio. Los vimos de lejos, pero no pudimos acercarnos debido a la legión de esclavos cargados de literas que los rodeaba.

Heliodoro barrió la calle con la mirada y, tal como esperaba, Cesio se colocó frente a mí para que el hombre no pudiera verme la cara. Lo observamos desde lejos, pero no habló con nadie. Cesio le hizo un gesto a Festo, que aguardaba entre las sombras que proporcionaban las arcadas del teatro, y este se dispuso a seguirlo. Después, decidió volver a la posada antes de que las calles se volvieran peligrosas, con Silo a nuestro lado.

Me invitó a subir a una silla de manos de alquiler que había conseguido casi de milagro. En cuanto nos pusimos en marcha, corrió la cortina y comenzó a darme todos los besos que no había podido mientras duraba la obra.

–Silo se va a enterar –le susurré.

–Silo ya lo sabe –me aseguró, besándome de nuevo mientras enredaba su mano en mi pelo.

Pensé que, a ese paso, iba a saberlo toda Alejandría, y la voz de mi conciencia, que siempre aparecía en el peor momento, me recordó que a mi hermano no le haría especial ilusión enterarse de esta aventura. Sobre todo, si se convertía en un asunto de dominio público.

La acallé diciéndole que, por suerte, sabíamos ser discretos.

Capítulo 33: El enviado

27 de julio del 69

Llevaba un retraso de más de dos semanas.

Aunque no se lo dije a nadie, empezaba a ponerme histérica. Mis periodos solían ser muy regulares y únicamente se habían demorado en dos ocasiones, aunque no tanto.

No podía dejar que Cesio se enterara. Por eso, cada vez me refugiaba en las termas con más frecuencia. Aquel era el único lugar donde no estaba rodeada de hombres y podía pensar. Las maquilladoras, que parecía que me habían adoptado porque les dejaba hacer lo que quisieran con mi pelo, fueron las primeras que se dieron cuenta. Me aconsejaron visitar a una viuda que vivía en el barrio judío si decidía deshacerme del problema. Cuanto antes mejor, me habían asegurado, y yo lo sabía.

Me sentía terriblemente estúpida, pero no me valía de nada lamentarse, por lo que fui a ver a la mujer. Iba a ponerle cualquier excusa a Silo, pero su mirada grave me indicó que no hacía falta: él también había reconocido los síntomas. Al fin y al cabo, era imposible que no notara las arcadas que me obligaban a inclinarme sobre la palangana cada mañana.

La viuda me dio unas hierbas, con la dosis máxima para hacer el trabajo sin matarme. No obstante, me advirtió de que pasaría un par de días incapaz de salir de la cama. Y que, si aun así persistía el problema, tendría que ir a verla y ella se encargaría de todo. Preferí no ver el instrumental al que se había referido.

Llevaba dos días mirando la bolsita, indecisa. Era dolorosamente consciente de que no tenía opciones, pero el miedo me atenazaba y todavía no me atrevía.

Para distraerme, decidí encargarme de los barcos. Neso había terminado de pintar el casco, cargado la mercancía y ya viajaba rumbo a Roma. Esperaba que no tuviera problemas ni en el trayecto ni a su llegada. Yo no podía hacer más y Vero coincidió conmigo en que nuestro plan no tenía por qué fallar. También le mencioné mi solución para la carga de Atenas y tenía su visto bueno. Aún no había decidido qué comprar en Alejandría, pero le eché el ojo a varios muebles de estilo egipcio que causarían furor en Roma.

Cesio de vez en cuando me preguntaba por mis progresos, pero estaba centrado en las vigilancias, especialmente tras una conversación con Alejandro, y cada vez lo notaba más preocupado. Me

había llevado con él en un par de ocasiones para señalarme a varios hombres, aunque no fui capaz de reconocer a ninguno.

Aquel día, nos reunimos todos en la posada para comer y discutir los siguientes pasos. Alejandro había vuelto a llamar a Cesio, quien regresó con aspecto serio, cansado y terriblemente taciturno.

–¿Qué hay del hombre con el que Heliodoro se ve en el burdel?

Cesio miró a Mario. El soldado se había hecho pasar por cliente unas cuantas veces, pero no logró acceder a la zona reservada. Es más, estuvieron a punto de echarlo a patadas, por lo que se vio obligado a esfumarse antes de que lo descubrieran. Aunque lo sustituyó Festo, Heliodoro reforzó la seguridad.

–No sabemos quién es –admitió Cesio–. Le he pedido a Alejandro que organice una redada bajo cualquier excusa, pero no estoy seguro de que vaya a hacerlo.

–¿Por qué no?

–Porque corre el riesgo de provocar un escándalo que salpicaría a la mitad de los ricos de la ciudad, y no le conviene.

Me mordí los labios. El tribuno tenía razón.

–Entonces, ¿cuál es el siguiente paso?

Cesio removió sin ganas lo que le quedaba en el plato.

–Los hombres de Alejandro van a sustituirnos en la vigilancia de Heliodoro. El tribuno que dirige la guardia de la ciudad se encargará de todo a partir de ahora.

Los soldados comenzaron a quejarse y a maldecir en voz tan alta que Cesio tuvo que mandarlos callar.

–Alejandro no puede hacer eso –musité.

El tribuno me miró con un deje de tristeza.

–Me temo que sí. Cuentan con más recursos, más hombres y más autoridad.

–¡Por todos los dioses, Aulo! –exclamé sin darme cuenta de que estaba usando su nombre de pila–. Heliodoro no es imbécil. Notará enseguida que la guardia de la ciudad lo controla. Además, la red de Aureliano los está vigilando. Irá siempre quince pasos por delante de ellos. No conseguirán nada.

–Lo sé, pero Alejandro tiene miedo y quiere dar la imagen de que conoce lo que se traen entre manos. Ya que no puede acabar con ellos todavía, se asegurará de que sepan que los controla.

–¿Eso dónde nos deja a nosotros? –preguntó Mario.

–A no ser que haya cambios –respondió Cesio volviéndose hacia él–, nos limitaremos a proteger a Julia. Las órdenes son llevarla a identificar a los hombres que detenga la guardia.

–Si a ellos los vigilan y aparezco por allí, el enviado de Aureliano no será el único capaz de identificarme...

–No he dicho que vaya a obedecer, Julia. Usarte de cebo no dará

resultado. Encontraré una forma de ganar tiempo –me aseguró.
–¿No estamos fuera de la misión? –quiso saber Festo.
–Os recuerdo que trabajamos directamente bajo las órdenes de Vespasiano…
–Entonces –intervino Rústico–, ¿vamos a seguir?
–Por supuesto, pero de otra manera –El tribuno desplegó sobre la mesa un papiro desgastado con un mapa esquemático de la ciudad sobre el que empezó a señalar varios puntos–. Hemos vigilado aquí, en la casa de Heliodoro, en el puerto y en el barrio egipcio. Pero hemos obviado lo más importante.
Estaba indicando un lugar extramuros, hacia el oeste.
–¿Y qué hay ahí?
–La casa de fieras de Aureliano.
Todos enmudecimos. Llevábamos casi un mes buscándola.
–¿Cómo lo has averiguado?
–El bocazas del tribuno no pudo evitar burlarse de que no habíamos sido capaces de encontrar a un tipo enviado por alguien que era capaz de llevar elefantes y rinocerontes para los juegos. He revisado el registro del puerto y solo consta un pago de la tasa de aduanas por algo así. El nombre del pagador, que no es Heliodoro, me ha llevado hasta el catastro y he descubierto que esto es un criadero de animales salvajes. Está gestionado por un liberto que no tiene más propiedades. Debió pagar la tasa en una ocasión en la que Heliodoro no pudo encargarse –dijo Cesio, dejándonos asimilarlo–. Si la guardia de la ciudad se pone a vigilar a Heliodoro y sus propiedades, toda la actividad importante cambiará de lugar y vendrá aquí. No es un sitio muy grande y podríamos encargarnos de él.
Observé al tribuno. Había algo que no estaba contando.
–¿Por qué a Alejandro le han entrado las prisas justo ahora? –inquirí una vez hubo repartido las órdenes a sus soldados.
Cesio titubeó, pero iba a responder cuando un grupo escandaloso, que reconocí como nuestros vecinos de arriba, entró en la taberna. Parecían borrachos.
–¡Vespasiano viene a la ciudad! –exclamó el primero antes de pedir una jarra de vino–. Acaban de anunciarlo en el foro.
Até cabos de inmediato y me volví hacia Cesio.
–Vamos, que Alejandro pretende hacer saltar al enviado de Aureliano con la esperanza de atraparlo antes de que el emperador llegue, y lo único que se le ha ocurrido es ponerse a detener a todos los que tengan relación con Heliodoro. ¿Cuándo está previsto que Vespasiano alcance la ciudad?
–En tres días –susurró.
Era un margen de tiempo demasiado pequeño. Normal que el prefecto estuviera nervioso… y Cesio preocupado.

–¿Vero...?
–No está con él –me aseguró el tribuno antes de terminar de plantearle la pregunta.
Sus ojos claros no se apartaban de los míos. Sabía que estaba sacando conclusiones por mi cuenta y evaluaba el proceso.
–¿Por qué viene Vespasiano a...? ¡Oh! –dije, cayendo en la cuenta.
–Ven conmigo, Julia. Hablaremos en un lugar más apartado. Vosotros –dijo, volviéndose hacia sus hombres– enteraos de lo que ha ocurrido en el foro y controlad a Heliodoro. Para cuando la guardia quiera ir a buscarlo, no serán capaces de dar con él. Nos reuniremos en dos horas en el punto convenido para decidir qué hacer.
Todos asintieron y pronto desaparecieron en diferentes direcciones. Silo se quedó en la taberna mientras yo seguía al tribuno hasta su habitación.
–La guerra ya ha empezado, ¿verdad? –le pregunté en cuanto cerré la puerta.
Cesio asintió muy serio. Se sentó en la cama y me invitó a imitarlo con un gesto.
–Vespasiano ha decidido bloquear la península itálica desde el norte. –Tenía la mirada perdida en el suelo, como si hubiera un mapa invisible desplegado que le permitiera ver los movimientos de las legiones–. Muciano, el gobernador de Siria, partirá de inmediato con una legión y dos mil hombres de cada una de las que hay en Judea. En total, unos diecinueve mil soldados. Atravesará Asia Menor y Tracia en su camino hacia Roma. De paso, se le unirán las tropas de Panonia, Moesia y Dalmacia.
–¿Y las fronteras?
–Hay pactos con Partia y Armenia para que no las ataquen mientras dure la guerra. En Germania, Civilis ha empezado la revuelta para retener allí las legiones afines a Vitelio. Tito se encargará de seguir con la ofensiva en Judea.
Me di cuenta de que estaba muy bien preparado.
–Vespasiano viene hacia aquí para bloquear el suministro de grano a Roma, ¿verdad? He visto los barcos. Están a punto de partir.
Cesio me miró y asintió complacido. Tenía la impresión de que le gustaba que fuera capaz de desentrañar sus estrategias con rapidez. Nos quedamos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos, hasta que caí en la cuenta de algo que hizo que me pusiera en pie.
–Si la noticia de la llegada de Vespasiano ya es de dominio público, no creo que la gente tarde en sacar sus propias conclusiones.
Cesio me observó con el ceño ligeramente fruncido.
–¿Qué quieres decir?
–Que no soy la única que lo relacionará con el suministro de trigo. Tengo que ir al puerto –dije, dándome la vuelta.

El tribuno me interceptó antes de que pudiera salir corriendo.
–Vas a tener que explicármelo –pidió, cerrando de nuevo la puerta y apoyándose contra ella.
–El suministro de grano es estatal; lo controla la administración y nadie puede intervenir en la carga de esos buques, pero sí que se puede comerciar con el excedente.
–¿Y qué?
–Si se bloquea el puerto para todos los barcos que lleven trigo, no solo los estatales, los comerciantes temerán que se eche a perder. Algunos, los que ya lo tengan cargado, intentarán mandar hoy y mañana los navíos, pero muchos no se arriesgarán a que no les dé tiempo a salir. Estarán ansiosos por vender.
Cesio comprendió.
–El precio será más bajo porque se disparará la oferta.
–Y la venta en Roma dará muchos beneficios porque la demanda será inmensa.
El tribuno frunció el ceño al ver mis intenciones.
–No puedes hacer eso.
–¿Cómo que no?
–Julia, Vespasiano va a bloquear el suministro de grano. Es estrategia militar. No puedes enviar un cargamento de trigo a Roma. No lo permitiré.
Nos miramos a los ojos. Parecía molesto.
–Solo será medio –le aseguré.
–Como si es un saco.
Me crucé de brazos, esforzándome por pensar.
–Está bien –accedí al fin–. No mandaré el trigo a Roma.
–Pero lo comprarás. –Cesio parecía suspicaz–. ¿Por qué?
–Porque, en cuanto Vespasiano gane la guerra y levante el bloqueo del puerto, Roma necesitará grano. Me da igual mandarlo ahora que más tarde. El primero que llegue cuando la ciudad esté a punto de morir de hambre se hará de oro. Y puedo apostar que mi pequeño navío es mucho más rápido que los inmensos barcos que se encargan de abastecerla.
El tribuno no pareció muy contento con mi explicación.
–Prométeme que no darás la orden de salir antes de que lo autorice Vespasiano.
Le miré a los ojos. Hablaba muy en serio y noté un brillo de peligro en ellos.
–Tienes mi palabra –le aseguré.
Mantuvo la mirada unos instantes más, hasta que asintió. No obstante, supe que no las tenía todas consigo para dejarme marchar.
–El puerto va a estar lleno de gente, Julia, y la ciudad revuelta. Ten cuidado, por favor.

Su preocupación era sincera, por lo que me esforcé en transmitirle tranquilidad.

–Lo sé, estaré bien. Compraré el grano y volveré aquí –le prometí.

Cesio me observó con aquellos ojos que contenían el Mediterráneo y me dejó ir.

Dos minutos más tarde, una vez nos reunimos con Silo en la calle, lo observé irse en dirección al foro. De conocer el caos que estaba a punto de desatarse, hubiera obrado de otro modo, arrastrando a Cesio conmigo para refugiarnos hasta que todo pasara, pero los dioses no me habían concedido el don de la adivinación.

Anduve a buen paso hasta el puerto. Tal y como predijo el tribuno, estaba lleno. El pánico comenzaba a cundir entre los que se enteraron de la llegada de Vespasiano y alcanzaron la misma conclusión que yo. Ignoré a los chiquillos, esquivé a los marineros y me dirigí al extremo este de los muelles, donde estaban muchos de los comerciantes de grano. No tardé en encontrar al que buscaba, un mercader fornido con el que ya había hablado en otras ocasiones. Era un hombre sensato. Me vendió medio cargamento de trigo por una cuarta parte de lo que costaba en cuanto calculó las pérdidas si se cerraba el puerto y se echaba a perder.

Hice que me acompañaran de vuelta a los muelles, donde el barco que había alquilado permanecía atracado. En aquel momento, el capitán observaba el trajín apoyado en la barandilla de la cubierta. Le expliqué mi compra y di la orden de que se cargara cuanto antes.

Cuando cerramos el acuerdo, era casi media tarde. Cesio ya debía haberse reunido con sus hombres y, probablemente, no sabría nada de ellos hasta el anochecer.

–Será mejor que volvamos a la posada –le dije a Silo, mientras el esclavo se agachaba para atarse una de las sandalias, que se le había soltado.

Observé la calle a mi alrededor. Seguíamos cerca de los almacenes. Los comerciantes y mercaderes pululaban como moscas alrededor de un tarro de miel, esperando una oportunidad de negocio, impacientes.

De pronto, entre ellos me pareció distinguir una silueta familiar. Estaba lejos, pero me había llamado la atención. Por un momento, pensé que estaba equivocada, pero en cuanto se volvió me quedé paralizada. Todas las piezas encajaron con un chasquido en mi mente cuando lo comprendí. No habíamos descubierto quién era el enviado de Roma porque jamás entendimos lo más simple: no existía un enviado, no había ningún liberto recibiendo órdenes desde la capital.

Aureliano en persona estaba en Alejandría.

Y sus ojos se cruzaron con los míos en el momento en el que lo comprendí. Noté el pánico ascender por la garganta, pero no tenía tiempo. Me había reconocido y disponía de unos instantes para huir.

Por suerte, a Silo, que estaba agachado, no podía verlo. Me temblaron las manos, pero evité que se pusiera en pie.

–Silo, es Aureliano, está aquí. Me ha visto. Avisa a Cesio, debe estar en el foro. Me dirijo al este. Intentaré llegar al palacio. ¡Date prisa!

Después, como en una pesadilla, recogí los bajos de mi vestido y eché a correr. Por el rabillo del ojo, vi a Aureliano señalarme al mismo tiempo que cuatro o cinco hombres comenzaban a perseguirme.

Me di cuenta de que estaba en desventaja en el mismo instante en el que no fui capaz de trazar el plano de la ciudad en mi mente. Entre mi posición y el palacio había un enorme hueco que no conocía. Consideré por un momento si no me habría equivocado de dirección, pero lo descarté enseguida. Estaba en la parte más oriental del puerto y el palacio me quedaba mucho más cerca que el foro. Tardaría menos en llegar ante la guardia que en encontrar a Cesio.

Giré en una esquina a toda velocidad y me di cuenta de que los hombres habían acortado la distancia que nos separaba. Estuve a punto de tropezarme con un puesto de lucernas, pero lo esquivé de milagro.

Estaba en el barrio rico y el pavimento empedrado amenazaba con hacerme resbalar. Si mi intuición no fallaba, solo me faltaban dos calles para llegar al palacio. Supe que no lo lograría en el momento en el que me di cuenta de que una multitud desordenada y violenta intentaba entrar por la fuerza en una de aquellas casas, taponando la calle.

No podía darme la vuelta, por lo que corrí hacia el único lugar más o menos despejado.

La advertencia de Cesio sobre no entrar en callejones me retumbó con fuerza en los oídos, pero no podía hacer otra cosa. Empezaba a quedarme sin aire y pronto sería incapaz de seguir corriendo. Recé a Fortuna para que se apiadara de mí, pero sospechaba que la diosa no me estaba prestando atención. Estuve completamente segura de ello cuando llegué al final de la calleja y un hombre inmenso me salió al paso. Lo esquivé por puro instinto, pero su compañero se interpuso en mi camino.

Alguien me atrapó y me retorció los brazos a la espalda. Los hombres esperaban que me revolviera, pero Silo me había enseñado bien. Apoyé todo mi peso en el matón que me sujetaba, a pesar de que mis hombros protestaron con un crujido, y pateé el pecho del que venía directo hacia mí con toda la fuerza que fui capaz. El impulso hizo que se estrellara contra la pared de enfrente con un chasquido desagradable. Con un poco de suerte, le habría roto un par de costillas.

Sin embargo, eran demasiados y yo estaba casi inmovilizada. El primer golpe en el estómago fue tan fuerte que me hizo doblarme a la

mitad. Me soltaron y caí al suelo, sin aliento.

Retrocedí, pero no sirvió de nada. La primera patada me hizo gemir e intenté protegerme la cabeza con los brazos. La segunda me hizo suplicar que se dieran prisa en matarme. Antes de la tercera, unas sandalias polvorientas aparecieron en mi campo de visión. Cuando alcé la mirada, una mano enorme me agarró por el cuello y me hizo ponerme de rodillas antes de abofetearme.

Era Aureliano y estaba muy enfadado.

Noté el sabor a sangre en la boca justo cuando me desplomé de nuevo sobre el suelo, aturdida. No permitió que me quedara allí. Me agarró por el pelo a pesar de que le arañé los brazos y me hizo arrodillar a sus pies.

–Hola, Julia, hacía mucho tiempo que no coincidíamos –siseó, haciéndome echar la cabeza hacia atrás para que le mirara a la cara–. Tenemos varios asuntos que tratar, ¿no crees?

Le clavé las uñas en el brazo para que me soltara, pero su presión aumentó y se me saltaron las lágrimas.

–No tengo nada que hablar contigo –logré musitar con la boca seca.

Él gruñó y me agarró por el cuello, furioso.

–Por supuesto que sí. Lo primero que vas a hacer va a ser decirme quién te está protegiendo, y no intentes convencerme de que son esos inútiles de la guardia de la ciudad porque los tenemos vigilados. Hay alguien que está metiendo las narices donde no lo llaman y quiero saber quién es. Después, vas a cederme los barcos.

Lo miré con una mueca de desprecio. Jamás me arrancaría el nombre de Cesio.

–Vete al infierno –murmuré.

Aureliano gruñó y acercó su cara a la mía.

–No te equivoques, Julia. Puedo romperte los dedos uno a uno, puedo sacarte los ojos y seguirás en condiciones para darme la información que quiero. Vas a morir, pero de ti depende que sea rápido.

Me estremecí, aterrorizada, y él lo notó. Vi su sonrisa sádica en el mismo instante en el que me soltó. Jadeé mientras se me llenaban los ojos de lágrimas.

–Nos la llevamos –le indicó a uno de sus hombres. Lo entendí: era de día, y estaban corriendo muchos riesgos.

Antes de que pudiera resistirme, un golpe en la cabeza hizo que los colores de la calle estallaran ante mí. Después, se fundieron en negro en el mismo instante en el que me desplomé inconsciente. No sé exactamente cuánto tiempo estuve allí tirada, pero, cuando me alzaron, el dolor hizo que una parte de mi mente volviera en sí.

Era incapaz de moverme. Me dejaron sin mucha ceremonia en una litera portátil para poder sacarme de allí sin llamar la atención. Olí la

sangre. Noté que la *palla* se me pegaba al cuello y comprendí que tenía una brecha en la cabeza.

La litera se puso en marcha con una sacudida. El traqueteo me hizo perder la noción del tiempo, hasta que el barullo llegó hasta mí. Había ocurrido algo en la calle que nos impedía seguir avanzando. Escuché la maldición de Aureliano justo antes de que se abrieran las cortinas de la litera.

Alguien me agarró y me movió el brazo, pero no opuse resistencia.

–Sigue inconsciente. Id a despejar el hueco justo para pasar, rápido –masculló.

La cortina se cerró de nuevo, amortiguando los sonidos del exterior. Aun así, me llegó el olor a polvo de yeso y a madera podrida por la humedad.

Esperé. Los esclavos que llevaban mi litera la dejaron en el suelo y sus pisadas me indicaron que se alejaban de mí, al igual que los matones a los que el tratante de esclavos daba órdenes.

Abrí los ojos. Nadie me prestaba atención.

Me deslicé hacia la izquierda y mis pies tocaron el suelo. No estaba segura de poder andar, pero aquella sería mi única oportunidad. Con la adrenalina corriendo desbocada por las venas, salí de la litera. Lo que nos había hecho detenernos, una *insula* derrumbada con todos sus habitantes dentro, creó tal caos de polvo, llantos y gritos que me permitió mezclarme con la gente sin llamar la atención. A nadie le pareció raro verme zigzaguear entre ellos cubierta de sangre y apenas teniéndome en pie.

Doblé la esquina, esquivando escombros, y me metí en el primer portal que encontré. Subí las escaleras, temblando y apoyándome contra la pared, hasta que llegué a un pasillo estrecho y sucio. Lo recorrí sin saber a dónde me llevaría. Los gemidos que empecé a oír me indicaron que estaba en la parte superior de un burdel.

Me dio igual.

Encontré una puerta abierta y, en cuanto logré cerrarla, me desplomé y perdí el conocimiento.

Cuando volví a abrir los ojos, no sabía cuánto tiempo llevaba allí. Mi mente vagaba en un estado de semiinconsciencia, mezclándolo todo: a mi padre, a mis amigas, a Silo... Pero era una imagen, la de Cesio, la que más acudía a mí.

Tardé un rato en comprender los sudores fríos y los estremecimientos, y no tuve que levantarme la túnica para saber lo que ocurría.

Tenía que salir de allí. Estaba segura de que el tribuno me estaba buscando y que jamás me encontraría en ese agujero. Logré ponerme en pie y, para mi sorpresa, las piernas me sostuvieron, aunque temblaban. Bajé las escaleras tambaleándome hasta que salí a la calle.

Avancé lentamente, casi doblada por la mitad y con la mano izquierda cruzada sobre el vientre.

Era de noche. Debía llevar horas escondida en aquel cuartucho.

Recorrí el oscuro callejón, intentando ubicarme. Seguía al este de la ciudad, pero no estaba cerca del palacio ni del puerto. Al norte estaba el mar, por lo que supuse que Aureliano se había dirigido al sur o al barrio judío. Tenía que ir hacia el oeste, así que intenté distinguir las murallas o alguna calle principal a lo lejos, pero estaba demasiado oscuro. Recé por no equivocarme y eché a andar hacia donde el instinto me dijo que debía hacerlo.

De pronto, cuando las fuerzas comenzaban a abandonarme, creí oír mi nombre. Apreté la daga que llevaba en la mano y traté de encontrar el origen de aquel sonido. Aunque tenía la vista borrosa, distinguí una silueta que se acercaba a mí.

La daga se deslizó entre mis dedos, demasiado pesada para seguir sujetándola, y, en el momento en el que el tintineo del metal retumbó en el silencio de la noche, sentí que la fuerza me abandonaba. Me hubiera desplomado si el hombre no hubiera sido lo suficientemente rápido como para sujetarme en el último instante.

–Julia, pero ¿qué te han hecho? –musitó, arrodillándose en el suelo y abrazándome contra él.

–Aulo...

Me apartó un mechón de la cara y evaluó mi estado. Debía ser horrible. Levantó la cabeza y silbó dos veces.

–Julia, mírame, no puedes dormirte –susurró.

Intenté alzar la mano hacia él, pero apenas podía moverme. Él entendió mis intenciones y entrelazó sus dedos con los míos.

–No cierres los ojos, quédate conmigo –imploró, acunándome suavemente para hacerme reaccionar.

Me costó un esfuerzo sobrehumano, pero lo logré. Él volvió a silbar, esta vez con impaciencia. El primero que llegó fue Silo. Salió corriendo desde una calle lateral y solo lo reconocí por la retahíla de palabrotas en otro idioma que masculló al ver mi estado. Cesio lo interrumpió con rapidez, poniéndolo alerta.

–Aulo...

–Tranquila, pronto te sacaremos de aquí. Mírame, no cierres los ojos.

–Te buscan... –murmuré con apenas un hilo de voz.

–Ahora eso da igual –me aseguró, acariciándome antes de levantar la cabeza, alerta.

Al fondo de la calle, dos figuras corrían hacia nosotros. Se les unió una más y, cuando llegaron hasta donde estábamos, reconocí a Mario, Festo y Rústico. Parecían fatigados, pero enmudecieron al ver mi estado.

Cesio repartió las órdenes y nos pusimos en marcha de inmediato, en

una comitiva compacta. Avanzaron con las espadas desenvainadas, atentos a cualquier peligro que acechara en las sombras. El tribuno cargaba conmigo y me hablaba, intentando mantenerme despierta. Lo notaba cojear, pero no se quejó.

Recorrimos el barrio judío amparándonos en los soportales. Pensé que giraríamos hacia el oeste, pero Cesio continuó hacia el norte. Cuando pasamos cerca de los barracones, supe lo que se proponía.

Estábamos en el palacio. Tras unas cuantas frases en susurros, nos escoltaron por los pasillos tenuemente iluminados, hasta que llegamos a una habitación en la que Cesio me depositó sobre una cama.

–Traed al médico, ya –siseó a uno de los esclavos antes de volverse hacia mí.

Sus ojos claros se clavaron en los míos. Estaban revueltos, como el mar de enero, y eran tan profundos como un abismo. Intenté hablar, pero estaba agotada. En aquel momento llegó el médico, aún a medio vestir y seguido por un ayudante somnoliento. Su primera orden fue pedir a todo el mundo que saliera de la habitación.

–No te vayas –susurré intentando coger la mano de Cesio.

–Estoy aquí, Julia –me respondió, acariciándome la palma con el pulgar.

El sanador se puso a trabajar de inmediato. Con cuidado, retiró la *palla* que aún se enredaba en mi pelo. Me estremecí cuando una gota de sangre me recorrió la mejilla antes de gotear sobre la cama. Los ojos de Cesio se oscurecieron aún más.

–Ha tenido suerte –murmuró el médico–. La tela ha parado la hemorragia, pero hay que coser la herida.

Poco a poco, comencé a oír un revuelo en la distancia que se acercaba cada vez más. Cesio se puso tenso. Le vi quitarse el anillo y dejármelo entre las manos, como muestra de que seguía conmigo. Supe lo que ocurría.

–No te vayas –le supliqué.

–Volveré antes de que me eches de menos –me aseguró, incorporándose.

En aquel momento, Tiberio Julio Alejandro, prefecto de Egipto, entró en la habitación. Era un hombre alto, moreno y muy delgado que rondaba los cincuenta años, de ojos oscuros y cabello cano. Todo en él delataba autoridad a pesar de que la túnica que llevaba estaba arrugada y tenía el pelo revuelto porque acababa de levantarse de la cama. Parecía un hombre nervioso, incapaz de estarse quieto, pero también terriblemente eficaz. El silencio invadió la estancia mientras sus ojillos pequeños me evaluaban.

–¿Es ella? –preguntó, mirando a Cesio con tanta intensidad que cualquier otro hubiera retrocedido.

–Sí, señor.

Temblé cuando el médico comenzó a limpiarme la herida, pero no tenía fuerzas para quejarme.

–¿Sobrevivirá?

El egipcio, que debía estar acostumbrado a la presencia del prefecto, me echó un vistazo e hizo una mueca.

–Es posible. Depende de si sus órganos internos están dañados.

Al tribuno le temblaron los dedos de una manera tan sutil que estaba segura de que solo me había dado cuenta yo, pero no dijo nada. Seguía con la mirada fija en Alejandro. El prefecto me observó unos instantes más antes de volverse hacia él.

–Alenio, quiero hablar contigo, acompáñame.

Ambos abandonaron la habitación, aunque, en el último instante, Cesio no pudo evitar girarse levemente para mirarme.

Durante la siguiente hora, el egipcio me cosió la herida de la cabeza y se aseguró hueso por hueso de que no tuviera ninguno roto. Cuando consideró que no podía hacer más, me cubrió con las sábanas y se dispuso a dejarme descansar. Sin embargo, fui capaz de atraparlo por la muñeca antes de que se fuera. No hizo falta que le dijera nada, el hombre entendió y asintió.

Silo, que había escuchado todas las indicaciones del médico, se sentó en un diván que había junto a la cama, de modo que pudiera verle. Estaba muy nervioso y terriblemente pálido.

–¿Nunca has visto a nadie herido? –le pregunté, intentando sonreír. Estaba tan débil que apenas me salió una mueca.

–No tenía que haberte dejado sola –se recriminó, ignorando mi pregunta.

–Yo te lo ordené.

–Podría haberme enfrentado a ellos.

–Eran muchos, Silo –susurré–. A mí me necesitaban con vida, a ti te hubieran matado en el acto.

–Si tu hermano no me crucifica cuando volvamos a verlo, me aseguraré de que aprendas a defenderte incluso con los ojos cerrados.

–Si Vero pretende hacerte algo, tienes mi permiso para salir corriendo –musité, agotada.

Silo se dio cuenta y me cubrió mejor con las sábanas.

–Deberías dormir.

No tuve fuerzas para responder. Cerré los ojos y me abandoné a las pesadillas que poblaban mis sueños, surcados por el sufrimiento que no solo se había apoderado de mi cuerpo, sino también de mi alma.

Sé que, mucho más tarde, alguien entró en la habitación. Sé que, cuando me debatí llorando contra el dolor, me abrazó e intentó tranquilizarme. Sé que sus ojos claros velaron por mí durante las horas más oscuras de la noche. También supe que, cuando despertara, aún estaría conmigo.

Capítulo 34: Vespasiano

30 de julio del 69

Los gritos procedentes de la calle llegaron hasta mí a pesar de que me encontraba en una zona interior del palacio. Fruncí levemente el ceño, aunque me arrepentí en cuanto el pinchazo de dolor me recordó que la herida de la cabeza aún no había terminado de curar.

Al contemplarme en el espejo de bronce bruñido, advertí que tras dos días sin salir de la cama tenía al fin mejor aspecto, a pesar de las ojeras que aún enmarcaban mi mirada. Me había quitado el aparatoso vendaje y llevaba un buen rato intentando ocultar el corte con el pelo, asegurando los mechones con alfileres para que se estuvieran quietos y nadie pudiera ver los cinco puntos de sutura. Después, comprobé que los brazaletes ocultaban los rasguños y contusiones. Además, el inmenso cardenal en la zona del vientre me dolía en cuanto intentaba ponerme recta, pero, aun así, ese día decidí que debía levantarme y vestirme.

Sin nada más que hacer, me apoyé en la balaustrada del balcón. El día era cálido, aunque no sofocante. Desde donde estaba, podía contemplar un jardín interior rebosante de vegetación.

Alejandro me había acogido sin reparos, aunque no sin destinar dos guardias ante mi puerta que no me dejaban salir de la habitación, ni siquiera mediante palabras amables. Lo había intentado un par de veces esa mañana con dos excusas distintas, pero siempre en vano. La primera, unas esclavas solícitas habían aparecido con un gran barreño y agua caliente para ayudarme a lavarme; la segunda, un escriba volvió con una selección de los que eran, a su gusto, los mejores poemas líricos de un autor alejandrino al que no conocían ni en su propia ciudad y del que su madre, estaba segura, se avergonzaba. Tras echarles una ojeada, los descarté por su pésima calidad. Yo le había pedido la *Guerra de Jugurta*, pero, o bien Alejandro andaba escaso de rollos de escritores latinos sobre temas militares, lo que dudaba, o bien no le interesaba que rebuscara información sobre la provincia de África. Me inclinaba a pensar que se debía a lo segundo, y, si mi intuición no me fallaba, estaba relacionado tanto con que ese territorio era el otro gran granero de Roma junto con Egipto, como con la estrategia de Vespasiano de cortar el suministro de cereal a Vitelio.

Silo no estaba allí tampoco. Tal y como predijo Cesio, en la ciudad se había desatado una revuelta que, desde hacía un par de días, sumía

Alejandría en el caos. Comenzó cuando los comerciantes protestaron ante la orden de cerrar el puerto y se produjeron los primeros arrestos. Después, Aureliano y su red azuzaron al resto de la ciudad sin que Alejandro pudiera evitarlo. Cuando los mercaderes vieron que los disturbios hacían peligrar sus preciados productos, se las apañaron para proteger el puerto con un puñado de mercenarios que pasaba a cuchillo a cualquiera que se acercara con intención de molestar. Aureliano debía estar bastante molesto ante tal resistencia, porque controlar el puerto era uno de sus objetivos.

No obstante, había logrado salirse con la suya, en parte. Uno de sus primeros movimientos fue atraer a la guarnición de la ciudad hacia el barrio egipcio con un estallido de violencia que, en principio, no tendrían problemas en sofocar. Cesio avisó a Alejandro de que no se dejara engañar y el prefecto reforzó la vigilancia del palacio. Tampoco le tembló la mano al convocar a una de las legiones que aguardaba en su campamento, a cinco kilómetros. Cuando la guardia hubo llegado al barrio egipcio, Aureliano, ayudado por Heliodoro, encauzó el descontento de los diferentes sectores de la población hacia la administración de la provincia, por lo que una muchedumbre enfurecida intentó tomar el palacio. Cesio se hizo cargo de la defensa en ausencia del tribuno de la guarnición, al que, por cierto, habían apuñalado al intentar dar media vuelta. Sus hombres escaparon por los pelos y volvieron con su cadáver, aunque les costó un buen rato abrirse paso en aquella turba violenta. Solo pudieron hacerlo porque cuatro cohortes de la Vigesimosegunda acudieron a la llamada de Alejandro, entraron por la Puerta Canópica, bien defendida por orden de Cesio, y cargaron contra la muchedumbre, que se dispersó con rapidez.

Ahora, como no había nadie con un rango más alto que él que pudiera hacerse cargo, Cesio se vio obligado a dirigir a la guarnición de la ciudad hasta que se sofocara la revuelta. Con mi permiso, se llevó a Silo por si se encontraban con Aureliano, ya que el esclavo podía reconocerlo. Desde entonces, se pasaba el día de un lado a otro, reprimiendo los levantamientos. Por suerte, la llegada de Vespasiano calmó un poco los ánimos y los estallidos de violencia callejera se habían alejado del palacio para centrarse en zonas más marginales.

Sabía que Cesio, Alejando y Vespasiano habían mantenido una larga charla sobre la estrategia a seguir. En total, el emperador le dio al tribuno un plazo de dos días para capturar a Aureliano antes de meter una legión entera a sangre y fuego en Alejandría. La expresión decaída de Cesio cuando vino a verme, tras salir de la reunión, me indicó lo que pensaba de los plazos imposibles.

Sin embargo, no era de los que se rendían, y antes del amanecer había organizado una redada que desbarató gran parte de la red de

Aureliano. En aquel momento, muchos de los que anotó en las tablillas de cera durante las últimas semanas aguardaban en un calabozo a que alguien fuera a interrogarlos de una forma nada sutil.

Como respuesta, la zona portuaria del lago ardía mientras la gente se enfrentaba a los soldados. Cesio había salido hacía varias horas hacia allí para explicarles por las malas lo que pensaban las autoridades romanas de los que alteran el orden público.

Aburrida, me aparté de la balaustrada y salí de la habitación para charlar con los guardias y, mediante halagos, sacarles todo lo que estaba pasando en la ciudad.

–Por casualidad, no os habrán llegado noticias de cómo van las cosas por el puerto del lago, ¿no?

Los hombres dudaron si responderme.

–Ya está todo tranquilo –intervino una cuarta voz que nos sobresaltó.

Nos volvimos hacia el pasillo con rapidez y los soldados se pusieron firmes de inmediato al reconocer al hombre que había hablado. No sabía cuánto tiempo llevaba escuchando, pues Cesio tenía la capacidad de acercarse sin hacer ruido incluso por un corredor en el que las pisadas se oían desde la distancia. Estaba cansado, se le notaba en la cara.

–¿Puedo pasar?

Asentí y le flanqueé la entrada.

–No sé qué haces levantada, Julia. Deberías estar en la cama descansando –dijo en cuanto se aseguró de que la puerta estaba cerrada y nadie podía oírnos.

–Me aburro. No me dejan salir de esta habitación y pretenden que me entretenga con poesías horribles sobre pasiones adolescentes.

Él tuvo el ánimo de responder a mi sonrisa.

–¿Y por eso sometes a un interrogatorio a los guardias de la entrada?

–Ellos no se han quejado –dije con una pequeña mueca.

Cesio me observó unos instantes. Alzó la mano para acariciarme, pero se detuvo antes de hacerlo. Estaba sucio, agotado y tremendamente abatido. Debía haber acabado de llegar del puerto, porque todavía llevaba puesta la coraza y sujetaba el casco con gesto cansado. Varias manchas de sangre, que no era suya, manchaban su túnica y se confundían con las estrechas franjas púrpura que indicaban su rango. A pesar de todo, estaba imponente. Sabía que si me tocaba me ensuciaría, por lo que retiró la mano casi con pesadumbre. Ignorando su gesto, me acerqué y le deposité un suave beso en los labios.

–Julia, estoy hecho un asco –me recordó con suavidad.

–Podré soportarlo –le aseguré.

Él me sonrió con tristeza y dejó que examinara el golpe que empezaba a hincharse en su mejilla y las magulladuras de sus brazos.

Cuando consideró que era suficiente, me tomó por la barbilla y me hizo girar la cabeza con suavidad. Sabía lo que buscaba, pero mi herida estaba oculta bajo el pelo.

–¿Ya te permiten quitarte las vendas?

–Nadie ha venido a echarme la bronca por ello. ¿Dónde está Silo?

–Le están cosiendo una herida. No te preocupes, es poca cosa. Vendrá en un rato.

Tuve la ligera impresión de que había algún otro motivo para que el esclavo no estuviera allí. Aun así, lo invité a sentarse e hice lo propio, apoyándome en la mesa.

La expresión de Cesio al ver mi gesto de dolor se ensombreció.

–Deberías estar en la cama –repitió.

–Estoy bien –me rebelé con suavidad.

Cesio no insistió, pues era evidente que quería hablar de algo y no sabía cómo abordar el tema. Viniendo de un espía, aquel titubeo era presagio de augurios nefastos.

–Esta mañana he hablado con el médico...

Las repercusiones de aquella frase me golpearon con una certeza inefable. Quise huir. Afrontar aquella conversación me aterraba, pero Cesio no iba a dejarme escapar.

–¿Cuándo ibas a decírmelo, Julia?

Mi determinación flaqueó. Se le veía desolado y comprendí que sería incapaz de mentirle.

–No lo sé –musité en un hilo de voz–, no quería preocuparte.

Tampoco pude aguantarle la mirada.

–¿Pensabas que saldría corriendo de vuelta a Judea? –Su tono era amable, pero la tristeza lo empañaba.

–Por supuesto que no –dije levantando la cabeza para mirarlo de nuevo.

–¿Qué pretendías hacer? –preguntó en un susurro, como si temiera la respuesta.

Suspiré, agotada.

–Todavía no había tomado ninguna decisión. Ahora supongo que ya da igual.

La expresión de Cesio se oscureció aún más. De pronto, cometió el error de dejar traslucir la pena que sentía. No por él ni por lo que habíamos perdido, sino por mí. Me hizo sentirme tan desprotegida que reprimí mis emociones tras un muro. No soportaba que me miraran con lástima. Se dio cuenta demasiado tarde. Su gesto también se endureció.

Por suerte, alguien llamó a la puerta y evitó que la nube que nos rondaba desatara una tormenta.

–Señor, Vespasiano quiere verle.

Era uno de los esclavos del palacio.

–Será mejor que no lo hagas esperar –comenté en voz baja, evitando sus ojos.

Se puso en pie sin decir nada. Por el leve titubeo, supe que aquella conversación no había terminado y la retomaríamos a su vuelta. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, rompí a llorar en silencio.

Todo se había acabado. Siempre supe que era un error, pero me dejé llevar como una idiota, como si la vida no fuera lo suficientemente complicada, como si el mundo no fuera cruel. Y, al igual que yo, Cesio sabía que no había un futuro para nosotros, que daba igual lo que quisiéramos porque dependía de otras voluntades aparte de las nuestras. Aun así, decidimos ignorarlo y enamorarnos el uno del otro. Como auténticos necios.

Estaba segura de que sus padres estarían encantados: mi hermano, no. Lo que para él podía resultar en un provechoso ascenso social, Vero lo vería como el fin de sus aspiraciones políticas: necesitaba alianzas en Roma, alguien que lo respaldara y le permitiera, cuando alcanzara la edad suficiente, llegar al Senado. Yo era solo la moneda de cambio. Es lo que les suele pasar a las hijas de las personas influyentes.

Pensé en mi plan, ahora tan lejano, de casarme con Justino. Entonces, la situación era muy distinta. Aquel enlace me permitiría conservar la dote, eludir las intenciones de mi abuelo… y divorciarme cuando mi hermano pusiera un pie en Roma y dijera que el matrimonio era ilegal. Con Cesio no había ninguna posibilidad.

La decisión ya estaba tomada, por lo que me esforcé en tranquilizarme. Me sequé las lágrimas, me retoqué el maquillaje y empecé a dar forma al plan que llevaba un rato rondándome.

La culpa de todo era de Aureliano: de mis dificultades, de tener que abandonar Roma, de haber conocido a Cesio, de estar en Alejandría y del dolor que me hacía contener la respiración en cuanto me movía.

Sujeté la fina daga con el pelo. Estaba cansada de todo aquel juego… y estaba dispuesta a ponerle fin. Me levanté en el mismo instante en el que Silo abría la puerta. Solo necesitó mirarme para comprender que había ocurrido algo. Estaba muy pálido. Un grueso vendaje le cubría el brazo izquierdo.

–¿Dónde está Cesio? –le pregunté.

–Han surgido nuevos problemas. Esta vez en el barrio judío: alguien ha intentado prender fuego a la sinagoga. Debe haber una batalla campal y ha tenido que ir a solucionarlo.

–¿Cómo es que no estás con él?

–Me dijo que cuidara de ti.

–Muy considerado –murmuré, antes de levantar la cabeza y encaminarme hacia la puerta.

Como era de esperar, los guardias no me dejaron ir muy lejos. Sin

embargo, me las apañé para que, poco después, me llevaran ante Vespasiano. No lo había visto desde nuestro breve encuentro en Efraín, cuando intentaron matarme en su campamento, hacía ya dos meses. Desde entonces, habían pasado muchas cosas, entre las que se incluía su nombramiento como emperador. Cuando llegó a Alejandría, yo no tenía fuerzas para levantarme de la cama, pero estaba segura de que Alejandro lo puso al día de todo lo ocurrido. Por eso, no me sorprendí al encontrarlos juntos con un mapa de la ciudad desplegado ante ellos.

Ambos hombres me observaron entrar en la estancia sin decir nada y yo me mantuve firme mientras me evaluaban. Me di cuenta de que al prefecto de Egipto no le hacía demasiada gracia mi interrupción.

–Nos han dicho que sabes dónde está Aureliano –comentó Vespasiano con el ceño fruncido.

–Sé cómo dar con él.

Alejandro bufó, aunque no intervino. El emperador me miró de nuevo y se sentó en una silla colocada tras la mesa.

–La ciudad tiene más de treinta y cinco mil habitantes. ¿Estás segura de poder encontrar a Aureliano entre tanta gente?

–Sí –repliqué, sin dejar traslucir mi nerviosismo.

Ambos hombres se miraron entre ellos. Después, Vespasiano, con un gesto deliberadamente lento, señaló tres documentos que había estado consultando en la mesa.

–¿Sabes qué es esto?

Desde aquella distancia, no podía leer nada.

–No, señor.

–Son informes. Los tres sobre ti, Julia. Uno me lo ha mandado Sabino, mi hermano, desde Roma. Los otros son de Vero y de Cesio. Es curioso que dos de los hombres más inteligentes que tengo a mis órdenes coincidan en tantas cosas.

Consideré que era más prudente callar.

–¿No quieres saber qué dicen? –inquirió el emperador cuando vio que no respondía.

–Poco importa lo que yo quiera. Si creéis que debo conocer esa información, la escucharé.

Era consciente de que Vespasiano buscaba algo, aunque no sabía el qué, y prefería ser cauta. Quizá me hubiera equivocado al ir a hablar con él, pero ya no podía dar marcha atrás.

–En resumen, los tres son positivos. Y eso es algo muy raro. De Vero lo esperaba, claro, pero tenía mis dudas respecto al de Cesio. Parece ser que respondiste bien a vuestra aventura en el desierto.

–Hice lo único que podía hacer –comenté con suavidad.

–Ya. Sin embargo –añadió el emperador–, de todo lo que pone aquí, hay una cosa que no me queda clara y de la que me gustaría conocer

tu versión. ¿Cuál es tu relación con Aureliano?

Vespasiano y yo nos observamos unos instantes. El brillo de inteligencia de su mirada me dijo que no iba a tragarse ni media mentira y su gesto severo me convenció para decir la verdad.

Se lo conté todo. Él escuchó con los párpados entornados, sin intervenir, hasta que el silencio volvió a imponerse entre nosotros. Después, se incorporó.

–Es, a grandes rasgos, lo que me ha dicho Sabino –admitió. Había superado su prueba y demostrado que podía confiar en mí–. Bien, entonces, ¿cuál es tu plan para dar con Aureliano?

Le expliqué lo que sabía, lo que creía que podía lograr y los pasos, a mi parecer, para hacerlo. Vespasiano era buen estratega y, por lo que pude comprobar, Alejandro también. Ambos lo consideraron detenidamente, calculando los riesgos.

–¿Qué necesitas? –me preguntó el emperador tras meditarlo.

–Las tablillas de Cesio, acceso a los detenidos... y un cadáver.

Aquella debía ser la petición más extraña que les habían hecho nunca, pero Vespasiano se lo tomó con bastante humor.

–Con la que hay liada fuera, lo último va a ser lo más fácil de conseguir.

Me recordó sus condiciones. Las acepté y la conversación finalizó en cuanto el secretario al que había mandado a por las tablillas volvió con ellas. Me fijé en que seguían colocadas en el orden en el que yo las dispuse.

Me retiré con rapidez, notando la mirada de Alejandro sobre mí, y, en cuanto salí de la estancia, los guardias me condujeron hasta un pequeño despacho no muy lejos de allí, donde los esclavos despejaron una mesa.

Me senté con cuidado y me puse a revisar la apretada caligrafía de Cesio. Memoricé lo más importante, establecí conexiones, guardé datos y murmuré nombres. Cuando me sentí preparada, tomé una tablilla en blanco e hice que me guiaran hasta los calabozos del palacio.

Descendimos por una escalera irregular que debía estar hecha para que los prisioneros la bajaran rodando. Los guardias no tuvieron problemas, pero yo tuve que apoyarme en Silo y apretar los dientes para lograr recorrerlas. Las magulladuras todavía me dolían y era posible que no estuviera en las mejores condiciones para hacer lo que me había propuesto.

Los sótanos del palacio que acogían las mazmorras eran un lugar húmedo, agobiante y maloliente. El agua se filtraba por los muros y volvía el suelo resbaladizo. Además, nadie se había tomado la molestia de allanarlo.

La redada llevada a cabo por Cesio aquella mañana había llenado

tres celdas. En total, unos veinticinco hombres se hacinaban en la oscuridad entre deshechos, ratas y pulgas. Todos alzaron la cabeza y parecieron deslumbrados por el brillo de las antorchas.

Me permití ser brusca.

–¿Quién es Shemay?

Nadie respondió.

–¿Y Jonsu?

Silencio.

–Es una pena que sus esposas hayan malgastado el dinero de la fianza –me burlé.

Dos hombres se pusieron de pie enseguida, a pesar de que se les veía magullados. Los elegí porque Cesio, con la atención a los detalles que lo caracterizaba, había apuntado su nivel de ingresos y sabía que podrían permitírselo. Por supuesto, también sabía el nombre de sus mujeres y cuántos hijos tenían. Hice como si consultara una lista y dije mencioné a varios más. En total, los guardias hicieron salir a ocho personas de las celdas. Los miré. Casi todos tenían rasgos egipcios, aunque un par poseían nombres griegos.

–Seguidme –ordené antes de ponerme en marcha.

Parecían ansiosos por recuperar su libertad, pero en cuanto los hicimos pasar a una sala de tortura comprendieron que los había engañado. Al advertir la sangre seca y los instrumentos que quedaban fuera de su alcance, se pusieron a temblar.

–Todos sois hombres sensatos –dije, observándolos–. Tenéis mujer e hijos, una vida más o menos tranquila. ¿Cuánto os ha pagado Aureliano para que pongáis todo eso en riesgo?

Nadie respondió.

Después, uno a uno, dije sus nombres y el de sus familias. Palidecieron. Cesio había hecho un trabajo excelente.

–¿Qué quieres? –intervino al fin el que se había alzado como portavoz.

–Ayudaros –le aseguré, fingiendo sorpresa–. Sé lo que sois: mercenarios. Un trabajo peligroso, pero no demasiado mal pagado. Sin embargo, vuestra situación no es buena. Todos sabéis lo que os espera en estas celdas. Vengo a daros la oportunidad de salir de aquí y obtener un beneficio de ello.

Alguien gruñó.

–¿A cambio de qué?

–Seré clara. Tenéis dos opciones: hacéis lo que os digo, me dais la información que necesito, os recompenso, volvéis a casa y todos nos olvidamos del tema… U os negáis, detenemos a vuestras familias y las veis morir antes de ir a acabar todos en el mismo agujero. La decisión es vuestra.

–¿Qué tendríamos que hacer?

Sonreí y se lo expliqué. Cuando terminé, parecían inquietos.

–¿Qué garantías tenemos de que cumplirás tu palabra?

Me encogí de hombros.

–Ninguna. Pero la guardia controla vuestras casas. Si me traicionáis a medio camino y no vuelvo a tiempo para presentar un informe, arderán con vuestros hijos y esposas dentro. ¿De veras merece la pena llegar a eso por Aureliano?

–Como lo descubra, nos matará.

–Si sale bien, no podrá hacer nada.

–¿Y ellos? –preguntó uno de los hombres, señalando con la cabeza hacia el lugar donde sus compañeros seguían encerrados.

–Ya veremos –respondí–. También dependen de vosotros.

Poco a poco, los prisioneros accedieron. Sabía que lo harían. Conocía el tipo de ratas cobardes que formaban parte de la dudosa red de Aureliano. Así que me volví hacia uno de los guardias, asegurándome de que lo oyeran.

–Ya conoces el plan. Si no vuelvo en cuatro horas, matáis a sus hijos y le prendéis fuego a todo. Vamos.

Nos pusimos en marcha inmediatamente. Los soldados nos guiaron por el laberinto de corredores del antiguo palacio de los Ptolomeos hasta que llegamos a la zona de servicio. Como esperaba, en uno de los patios interiores que tenía un pequeño y polvoriento pozo, Vespasiano había cumplido con lo prometido. Dos guardias vestidos de civiles y con cara de sentirse incómodos custodiaban el cadáver de una mujer que más o menos tenía mi constitución y descansaba sobre una estera.

Tal y como pedí, la habían lavado y habían disimulado la herida que causara su muerte. Llevaba además uno de mis vestidos. En aquel momento, una esclava se afanaba en colocarle una *palla* y asegurarse de que no se le cayera.

–¿Hace cuánto que ha muerto? –pregunté.

–Apenas una hora.

–Tendremos que darnos prisa o se pondrá rígida y no podremos moverla. Vamos –los apremié.

Sabíamos que estaban vigilando el palacio, por lo que nuestra salida tenía que ser disimulada. Los hombres cargaron a la muerta en una carreta de mano y colocaron encima sacos de arena hasta cubrirla por completo. A continuación, dos de ellos comenzaron a tirar de él y se fueron.

Le di un cubo al siguiente, que parecía un simple esclavo, antes de que saliera a la calle. Los fuimos sacando uno a uno hasta que me quedé con Silo y los dos guardias. Me había asegurado de que, antes de salir, la mayoría de los mercenarios se toparan con sus familias, a las que acababan de detener, para que se les quitara de la cabeza

cualquier idea peregrina sobre clavarme un puñal por la espalda. Después, Silo, los guardias y yo salimos por una de las entradas principales del palacio, asegurándonos de que nos vieran.

Nos encaminamos hacia el oeste. Decidimos ir por el puerto: protegido por los comerciantes, era mucho más seguro que internarnos en el barrio egipcio, aunque fuera por las avenidas principales. No tardó en llegarnos el olor a humo, sangre y muerte que recorría la ciudad. Silo seguía muy pálido. Le pregunté si estaba bien y asintió, pero no me convenció.

Aspiré la brisa marina, intentando ignorar los gritos, el ruido de espadas en la lejanía y el llanto de los huérfanos. Estaba en una ciudad en guerra y, si me paraba a pensarlo, a observar el dolor ajeno, sería incapaz de continuar. Y no podía permitírmelo.

Dejamos atrás los jardines y los enormes edificios de la Biblioteca, que había cerrado sus puertas; el teatro al que Cesio y yo asistimos; incluso el templo de Isis, y nos encaminamos hacia la casa de Najt, aunque no pensaba acercarme demasiado. Allí era donde tenían que empezar los problemas y donde, si todo salía mal, acababa nuestra aventura.

Los mercenarios salieron desde uno de los callejones sin empedrar que se perdían entre las sucias fachadas de las superpobladas *insulae*. Con rapidez, hicieron exactamente lo que les había indicado: me secuestraron.

Delante de medio barrio.

Opuse resistencia, por supuesto, pero no la suficiente como para hacerme daño. Silo y los guardias, a quienes fingieron reducir, echaron a correr detrás de mí y, cuando todos nos habíamos adentrado lo bastante en la calleja, desaparecieron por la puerta trasera de una casa para evitar a la multitud que en breve comenzaría a perseguirlos, furibunda.

Aquel era el punto más delicado de todo el plan, pues me quedaba sola. No titubeé. Entré en la roñosa litera de mano que me esperaba y nos pusimos en marcha. Corridas las cortinas, vi que me temblaban las manos, pero apreté los puños y esperé conteniendo la respiración mientras los porteadores hablaban en un idioma que desconocía para abrirse paso entre la multitud.

Cinco minutos más tarde, Silo golpeó una sola vez la base de la litera y supe que todo había salido bien y que estábamos fuera de miradas indiscretas.

Ahora era el turno de Aureliano. Avisado por su red de que me habían encontrado y de que parte de sus hombres me tenían secuestrada, saldría al fin de su escondrijo. El resto de los mercenarios ya deberían haber dado con alguien que los condujera hasta él. Si se ajustaban al plan, harían que viniera solo o con muy pocos hombres:

al fin y al cabo, a él también lo buscaban. Conocía a Aureliano; se confiaría. No podíamos perder el tiempo.

Salimos de Alejandría por el oeste sin levantar sospechas. El terreno se volvió irregular mientras avanzábamos por el camino que serpenteaba a través de la necrópolis occidental. Los mercenarios se desviaron y, poco después, me alcanzó el olor agrio de los excrementos en descomposición. Creí que vomitaría, pero me contuve. Aguanté, inmóvil, fingiendo estar inconsciente. Cuando abrieron las cortinas con un revuelo, entre susurros nerviosos, y comprobaron que de verdad era yo, nos dejaron pasar. Estábamos en su criadero de animales, extramuros, en su territorio. Si algo salía mal, solo contaría con Silo para salir de allí.

La litera se detuvo y dio comienzo la siguiente parte del plan. El gorgoteo de la sangre fue lo único que oí antes de que los hombres que custodiaban aquel lugar se desplomaran muertos en el suelo bajo la eficacia de Silo, de los mercenarios... y de los dos soldados que aparecieron en el momento oportuno. Supusimos que Aureliano utilizaría a la mayor parte de sus hombres para provocar disturbios y dejaría aquel lugar menos protegido contando con que la presencia de fieras salvajes disuadiría a cualquiera de colarse. Cesio había enviado a Mario el día anterior para confirmarlo.

Salí de la litera, con cuidado de no pisar la sangre derramada, y revisé a los hombres allí reunidos. Estaban casi todos. Eso significaba que tendríamos que darnos mucha prisa.

–¿Habéis traído la carretilla?

Asintieron, muy serios.

–Bien. Comprobad que no haya nadie más en el recinto. Vosotros dos, traed el cadáver. El resto, ocultad los muertos y limpiad la sangre. Vamos.

Atravesamos el patio central a buen paso y nos metimos en uno de los edificios que quedaban a la derecha. Sabía lo que estaba buscando, pero arrugué la nariz cuando el hedor de las fieras salvajes hacinadas llegó hasta mí.

Estábamos en un almacén amplio, donde las hileras de jaulas se alineaban contra las paredes, de modo que dejaban un pasillo por el que poder andar sin peligro. Entonces vi al hombre que, desde el final del almacén, me observaba perplejo.

–Capturadlo, pero no lo matéis –ordené.

Maldije en mi fuero interno: tenía que haberlo sabido. Cesio jamás dejaría aquel lugar sin vigilancia. Los mercenarios se echaron sobre Festo y no le dieron ninguna opción: eran demasiados. El soldado se debatió, pero una navaja bajo el cuello hizo que se quedara quieto. Jadeaba. Vi la confusión y el miedo en sus ojos cuando me acerqué.

–Lo siento muchísimo, Festo –le aseguré–, pero no puedo permitir

que salgas corriendo a avisar a Cesio porque todo nuestro plan se echaría a perder. Silo, átalo y amordázalo. Busca algo que esté medianamente limpio, anda.

–¿Qué vas a hacerme? –gimió.

–Nada. Hablaremos más tarde –le prometí.

Después, mientras un par de mercenarios sacaban de allí a Festo entre los rugidos de las fieras que, molestas por el barullo que estábamos montando, se revolvían en sus jaulas, lo dispuse todo. Colocamos mantas, paja y el cadáver de la mujer al fondo de una jaula, recostado en la postura más natural que fuimos capaces de lograr. Cambiamos los sacos de sitio, apagamos las antorchas y esperamos escondidos en la oscuridad, entre los sonidos inquietantes de las fieras.

Silo me apoyó la mano en el hombro para darme ánimos. La espera se me hizo eterna, aunque más tarde advertí que habíamos ido muy justos de tiempo. Cuando Aureliano abrió la puerta del almacén, contuve la respiración. Lo observé avanzar en silencio. Un par de hombres lo siguieron de cerca mientras otros dos se quedaban en la puerta.

Aureliano miró alrededor, pero sus ojos no se habían acostumbrado a la penumbra y la luz de la antorcha no era suficiente. Además, estábamos bien escondidos.

–¿Es ella? –escuché que preguntaba.

–Eso creemos.

–¿Por qué la habéis metido ahí? –dijo con suspicacia.

–No queríamos que se escapara, como la otra vez, y había una jaula libre. Fue lo único que se nos ocurrió.

Aureliano refunfuñó, pero se acercó a los barrotes sin sospechar nada.

–Está inconsciente. Se revolvió mucho –comentó el mercenario al ver que el tratante dudaba.

–Eso ya lo veo. Abrid la puerta.

El hombre se acercó, solícito, y liberó el pesado candado. Como era previsible, Aureliano lo apartó de un empujón y entró él mismo allí.

Era lo que estábamos esperando.

Di la señal, y los acontecimientos se precipitaron. El mercenario más cercano cerró la puerta de la jaula y la atrancó con una habilidad sorprendente.

Antes de que el otro reaccionara, Silo saltó y le cortó el cuello. En la puerta, los dos soldados acabaron de una manera bastante eficaz con los que la guardaban. Aureliano aulló e intentó atrapar al hombre que lo había encerrado, pero este ya se hallaba fuera de su alcance. Bramó y golpeó los barrotes con fuerza.

Solo entonces salí de mi escondrijo para, tras tomar una antorcha,

revelarme ante él.

–Hola, Aureliano –lo saludé con calma, como si en vez de estar en un almacén rodeados de fieras hambrientas nos acabáramos de encontrar en el pórtico de la basílica Emilia.

–¡Julia! ¡Hija de puta! ¡Te vas a arrepentir de esto! ¡Sácame de aquí!

Sacudió las barras de la jaula intentando echarlas abajo.

–Antes quiero hablar contigo –dije, ignorando sus maldiciones e insultos–. Ya que no hay otra forma de encontrarte, he pensado que esto serviría.

–¡Puta! Juro que te mataré...

Me encogí de hombros.

–Tengo todo el tiempo del mundo, pero estos hombres, no. Si no te dignas a tener una conversación conmigo, ellos mismos se encargarán de hacerte hablar.

Aureliano estaba furioso, pero una mirada a su alrededor le hizo darse cuenta de la situación. Los mercenarios tenían aspecto sombrío. Sabían lo que les ocurriría a sus familias si no volvían pronto a palacio, así que se acercaron un paso, amenazantes.

Nuestro prisionero gruñó.

–¿Qué demonios quieres?

Le sonreí.

–Información, por supuesto.

–Vete al infierno. No voy a decir nada –escupió.

Le miré con una mueca de indiferencia antes de volverme hacia Silo. El esclavo asintió y me acercó un taburete. Disimulando el cansancio, me senté ante Aureliano, saqué una tablilla de notas limpia y lo observé.

–Bien. Háblame de tu red de espías al servicio de Vitelio. Nombres, lugares, *modus operandi*... Todo.

Aureliano intentó mostrarse confiado.

–Y, si no, ¿qué? ¿Vas a entrar aquí a darme una paliza?

–No es mi intención –le aseguré.

Él bufó, pero se cruzó de brazos, desafiante.

–¿Y bien?

–No voy a hablar contigo.

–Como quieras. Silo, por favor... –le indiqué al esclavo.

El galo entrecerró los ojos, sin dejar de mirar a nuestro prisionero. Después, fue hacia la parte posterior de la jaula, donde el cadáver de la mujer yacía tal y como lo habíamos dejado. Con cuidado, retiró unas esteras y tuve el placer de ver empalidecer a Aureliano al mismo tiempo que un rugido nos ponía los pelos de punta a todos.

Allí, en la parte trasera, habíamos colocado una de las jaulas portátiles que en aquel momento contenía un león. Era un ejemplar joven magnífico, musculoso y ágil que haría las delicias del público en

Roma pero que todavía no se había visto obligado a soportar las penurias de un viaje por mar. El animal reaccionó a la luz e intentó derribar de un zarpazo a Silo, pero el esclavo y la antorcha que llevaba estaban a una distancia segura.

Aureliano retrocedió hasta que su espalda se chocó contra los barrotes. Era evidente que había advertido que ambas jaulas estaban conectadas y que solo una compuerta de madera, que se accionaba desde el exterior, lo separaba de aquella impresionante bestia.

–No te voy a perdonar esto en la vida, Julia –siseó–. ¡Sácame de aquí!

–Responde mis preguntas.

En aquel momento, el hambriento felino se lanzó contra la compuerta y ambas jaulas temblaron mientras sus zarpas arañaban la madera.

Vi que el pánico dominaba a Aureliano. En el fondo era un cobarde.

–¡¿Qué quieres saber?!

–Ya te lo he dicho –respondí con calma.

Me insultó varias veces más. Le mostré mi aburrimiento y le insinué que no me importaría ver unos juegos circenses en esa habitación. Su cara adoptó un tono verdoso y comenzó a sudar, pero no tardó demasiado en comenzar a hablar.

Tomé notas con rapidez. Le pregunté cosas que ya sabía para comprobar que no mentía, pero estaba demasiado bloqueado como para inventar excusas. Me dijo la verdad. Le miré con desprecio al darme cuenta con qué facilidad traicionaba a los que se suponía que eran sus socios.

Apunté todos los nombres..., menos el de mi abuelo. Lo hice no porque me importara su suerte, sino porque Vero no quería revelarlo. Por mí, Décimo podía hundirse en el pozo más profundo del Hades y no salir, pero mi hermano tenía sus razones para ocultar su participación en aquel asunto.

Ya que estaba, lo interrogué sobre todas las tropas de Roma y sus movimientos. Aureliano traicionó a Vitelio con la misma facilidad que lo había hecho con los que trabajaban para él.

Cuando estuve satisfecha, me incorporé. Los mercenarios comenzaban a ponerse nerviosos, pero aún teníamos tiempo.

–Abre la puerta, Julia –masculló Aureliano. Seguía furioso.

–¿Recuerdas lo que me dijiste en Roma el día que entraste en mi casa?

Él gruñó. Por supuesto que no.

–Aseguraste que, con mis acciones, había matado a quienes tú mismo ordenaste asesinar.

–¿Piensas denunciarme?

–No tengo pruebas –admití.

–Pues entonces deja de decir sandeces y sácame de aquí.
–¿Y después qué harás? ¿Ir a por mí?
Se estaba impacientando.
–Por mí te puedes pudrir con tus barcos en el fondo del mar. No quiero saber nada más.
Le miré y alargué la mano para que el mercenario me tendiera la llave del candado, lo que hizo con un gesto preocupado. Después, sin perder la calma, la dejé caer a mis pies. Aureliano comprendió al instante y aulló. Se lanzó al suelo y metió el brazo entre los barrotes para alcanzarla, pero estaba demasiado lejos.
–¡Levantad la compuerta! –ordené.
–¡Julia! –chilló Aureliano desesperado–. ¡Me prometiste que me dejarías salir!
–¿De verdad? –inquirí con cierto sarcasmo–. Nunca he dicho tal cosa.
–¡No te haré nada, lo juro! ¡Abre la puerta! –gritó presa del pánico.
Di un paso hacia él mientras la compuerta comenzaba a subir lentamente.
–Aureliano, has hecho que me asalten, que me golpeen, que me roben, has estado a punto de violarme y has intentado matarme tres veces. Has provocado la muerte de gente a la que apreciaba. No me das ninguna lástima.
A su espalda, el león comenzó a arañar el suelo por debajo de la plancha de madera. Se relamía.
–¡Los ciudadanos romanos tenemos derecho a un juicio! –gritó apelando a las leyes. Estaba a punto de dislocarse el hombro por llegar a la llave.
–El veredicto, con todos los asesinatos que has ordenado y con las revueltas que has provocado en la ciudad, sería unánime: condena a muerte. Agradéceme que te ahorre el bochorno de que los leones te despedacen en público.
–¡Julia! –aulló de nuevo–. ¡Te daré oro y todo cuanto quieras, pero sácame de aquí!
El león se agazapó. Los mercenarios me miraron. Si seguían accionando la compuerta, la bestia quedaría libre.
–No necesito tu oro –repliqué–, así que mejor guárdalo para pagarle a Caronte.
Le di una patada a la llave, dejándola a su alcance. En el mismo instante en el que Aureliano la cogía, di la orden de que terminaran de levantar la plancha de madera.
El león lanzó un rugido de triunfo, libre, justo cuando Aureliano se volvía, y todo sucedió muy rápido.

* * *

Salimos al patio, donde ya casi había anochecido. La brisa fresca del

mar despejó por un momento el olor nauseabundo de las bestias, pero no fue suficiente. Todavía podía oír los crujidos de los huesos al partirse con cada dentellada del león.

Me encontré con la mirada sombría de Festo. Su aspecto risueño se había esfumado. El soldado estaba arrodillado, atado y amordazado entre dos mercenarios.

Noté que todo empezaba a dar vueltas a mi alrededor y me mareé. Silo me agarró y me sostuvo mientras me inclinaba para vomitar contra una de las columnas que soportaban el tejadillo.

Poco después, nuestra comitiva regresaba a la ciudad cargada con la litera. En ella, Festo y yo nos mirábamos en silencio. Me temblaban las manos. Tratando de calmarme, me incliné y le quité la mordaza al soldado, pero no lo desaté.

Se pasó la lengua por los labios resecos y me observó con gravedad.

–¿Qué vas a hacer conmigo?

–Nada, ya te lo dije. No tengo nada contra ti, Festo, al contrario –le aseguré–, pero no podía dejar que avisaras a Cesio.

–Entonces suéltame.

Nos observamos. Me miraba con cautela, como si fuera otra persona distinta a la que llevaba dos meses cenando con él.

–No –contesté.

–¿Por qué?

–Porque quiero evitar que salgas corriendo hacia el barrio judío en cuanto me descuide. Vamos a palacio a hablar con Vespasiano.

Festo se estremeció.

–¿Él lo sabe?

–Fue quien lo autorizó.

El soldado me observó unos momentos y, sin perder la seriedad, noté un timbre de admiración en su voz.

–Te pareces mucho a Vero, Julia.

Después, no volvió a abrir la boca hasta que llegamos al palacio.

No me quedé a ver cómo los mercenarios se reunían de nuevo con sus familias ni lo que hacían con los que aún estaban detenidos: aquello era competencia de Alejandro, no mía. Recorrí el palacio con Festo a mi lado. Lo habían desatado, pero los dos guardias que nos custodiaban no lo dejarían ir a ningún sitio.

Vespasiano me hizo pasar de inmediato y me sometió a un interrogatorio parecido al que yo le había hecho a Aureliano. Le di la tablilla y vi que sus ojos repasaban con rapidez lo que allí había escrito.

–He señalado aquellos datos que ya conocíamos y todos coinciden.

Vespasiano me miró por encima del documento.

–Es un buen trabajo.

–Ha sido posible gracias a la información que han conseguido Cesio y

sus hombres durante estas semanas, señor –dije con calma.

El emperador pareció evaluarme, pero me mantuve impertérrita. Después, me pidió que esperara en una sala anexa a aquella estancia.

No sabía qué iba a ocurrir ahora. Aureliano estaba muerto y, con ello, las revueltas de la ciudad prácticamente desaparecerían. La situación en Alejandría estaba controlada. Vespasiano continuaría vigilando el puerto, impediría que partieran los cargueros con el grano hacia Roma y se desataría una nueva guerra civil. Yo había cumplido mi parte y, sin embargo, tenía un gusto amargo en la boca.

Vespasiano volvió a llamarme en el momento exacto en el que Festo abandonaba la sala. Nuestras miradas se cruzaron y supe que iba a ir a avisar a Cesio, así que tomé una decisión en ese mismo instante.

–Señor, si me lo permitís, me gustaría marcharme de Alejandría –dije, después de que Vespasiano terminara el interrogatorio.

Le vi entrecerrar los ojos con un brillo que no identifiqué.

–¿Puedo saber el motivo?

–Considero que no tengo más asuntos que atender aquí y me gustaría poder dedicarme a los negocios de mi familia.

El emperador me sonrió.

–Entre los que se encuentra medio cargamento de trigo listo para salir rumbo a Roma, ¿no?

Tenía que haber previsto que Cesio se lo diría. Aun así, no me amilané.

–Únicamente cuando se abra el puerto, por supuesto.

–Por supuesto –repitió Vespasiano.

Nos observamos unos instantes. A su lado, Alejandro, el prefecto de Egipto, no me quitaba la vista de encima.

–Está bien –concedió finalmente el emperador–, pero tendrás que hacer algo a cambio.

Su tono me dejó claro que no valía la pena protestar.

–¿De qué se trata?

–Quiero que vayas a Roma.

Aquello no entraba en mis planes. Yo pretendía quedarme en Atenas.

–Señor, Vitelio intentará cortarme la cabeza en cuanto ponga un pie en Ostia.

–Has demostrado que te las apañas bien –dijo, encogiéndose de hombros.

Dudé, aunque era consciente de que no tenía otra opción. Estaba atrapada y odiaba aquella sensación.

–¿Qué tendría que hacer? –indagué, con la vista clavada en el suelo.

Vespasiano me lo dijo mientras yo intentaba ocultar el pánico.

–Considero que hay gente más preparada que yo para esa tarea –me atreví a susurrar.

–De ti no sospecharán –aseguró–. Además, te mueves bien en la

ciudad. Sabino te ayudará en lo que precises, pero no pueden relacionaros.

No tenía opción. Incapaz de hablar, asentí.

Vespasiano debió darse cuenta de mi estado de ánimo, porque, cuando menos lo esperaba, añadió:

–Sabes que conocí a tu padre, ¿verdad?

–Lo suponía, señor. Al fin y al cabo, era amigo de vuestro hermano.

–Y mío, si me lo permites. Era un buen hombre. También me acuerdo de vosotros, de Vero y de ti, cuando apenas erais unos niños.

Me quedé sin palabras. Lo último que me apetecía era hablar de mi padre, y desde luego no sabía dónde quería llegar Vespasiano.

–¿Sabías que fue él quien solicitó que Vero estuviera a mis órdenes?

–No, señor.

–Tu hermano me ha servido bien –continuó–. Considero injusto que se lo prive de la herencia de vuestro padre cuando la acusación de traición no ha podido probarse...

Me puse alerta.

–¿Revocaréis entonces la orden de expropiación?

–Si cumples tu papel en Roma, sí. Me gustaría que Vero pudiera acceder al Senado. Creo que sus ideas serían útiles al Imperio.

Estaba claro que conocía mis motivaciones y comprendía que, aunque mi lealtad para con él no fuera tan fuerte como la de sus hombres, la que tenía por mi hermano era irrompible. Jugaba con la ventaja de saber que yo no rechazaría una oferta como aquella.

Suspiré, consciente de que más adelante me arrepentiría, y me erguí.

–En ese caso, señor, permíteme partir hoy mismo. Mi barco está listo y solo necesito la autorización para soltar amarras.

–¿Y el medio cargamento de trigo?

–No lo venderé hasta que Roma sea vuestra. El pueblo lo verá como una muestra de generosidad de vuestra parte por permitir salir antes al barco para aliviar su hambre.

Los ojos del emperador me observaron con tal intensidad que, por un momento, pensé que me traspasarían. Sin embargo, me habían educado para saber cuándo mantener la mirada y la cabeza alta.

–Está bien –cedió él tras reflexionarlo: era un hombre práctico–. Prepara tu equipaje, en un rato un secretario te entregará los documentos que necesitas.

Silo y yo recogimos las joyas, la ropa y lo que me quedaba del dinero. Revisé que no se me olvidaba nada antes de escribirle una breve carta a Vero donde le indicaba que me marchaba de Alejandría y que su yegua permanecería a buen recaudo en las caballerizas del palacio.

En cuanto me quedé sola, observé el otro trozo de papiro que me sobraba. Sabía que tenía que decirle algo a Cesio, pero no era capaz de

pensar en nada. Tenía la cabeza hecha un lío y ni siquiera estaba segura de estar haciendo lo correcto, pero no había vuelta atrás. Su anillo aún estaba allí, velando por mí sobre la mesa, aunque no me sentía con las fuerzas necesarias para cogerlo. Estaba en blanco y tenía ganas de llorar.

Me recompuse rápidamente y recordé todos los motivos que me habían llevado a tomar aquella decisión. Sólo entonces fui capaz de escribir lo único que tenía sentido.

«Lo siento».

Sequé la única lágrima que se deslizaba por mi mejilla y, con cuidado, coloqué su anillo encima del papiro. Sabía que no volvería a verlo y, aunque me partía el corazón, era lo correcto.

Silo regresó con los cuatro documentos que me había prometido Vespasiano. Solo uno estaba lacrado porque no era para mí. Había dos autorizaciones y una serie de instrucciones que pensaba leer durante el trayecto en barco, ya que, con la parada en Atenas, tardaríamos más de un mes en llegar a Roma. Tendría tiempo de sobra para reflexionar.

Sin más preámbulos, nos pusimos en marcha. La noche había traído consigo la brisa fresca del mar, pero la temperatura era agradable. El rumor de las olas acallaba el crepitar de los últimos incendios que, poco a poco, se iban apagando a lo largo de la ciudad. Recorrimos el puerto sabiéndonos observados, pero nadie se interpuso en nuestro camino.

Cuando llegamos al barco comencé a temblar. Los recuerdos del naufragio amenazaban con paralizarme. Silo se dio cuenta de que me costaba hasta respirar y se hizo cargo de la situación. Me ayudó a subir a la cubierta e hizo llamar al capitán por mí, dándome el tiempo suficiente como para que me calmara.

Cuando el hombre se reunió con nosotros, confundido, ya estaba en condiciones de explicarle que partíamos de inmediato. Como sabía que la tripulación dormía en el navío para proteger la carga, no tuvo ningún problema en despertarlos en cuanto le enseñé la autorización firmada por el propio Vespasiano. El capitán me había dicho que conocía perfectamente el mar hasta Atenas, incluso de noche, y en aquel momento estaba a punto de demostrarlo. La marea y el viento estaban de nuestra parte.

Silo dejó el equipaje en el camarote en el que viviríamos las siguientes semanas y volvió a mi lado. Me había apoyado en la baranda de la cubierta. Desde allí, observaba a los marineros ir y venir mientras los barqueros comenzaban a remolcar el navío en dirección a la bocana del puerto. El barco se balanceó y empezó a alejarse del muelle.

Miré una última vez la ciudad. De pronto, algo me llamó la atención. Una figura corría por el puerto seguida por otras tres. Eran rápidos y

parecían saber exactamente a dónde se dirigían. Los vi detenerse en el lugar en el que, hasta hacía apenas unos momentos, estábamos atracados.

Aunque no podía distinguir sus rasgos, en el momento en el que la luz del faro lo iluminó supe quién era. Ni siquiera me hizo falta ver sus ojos claros. Allí, despeinado, con la espada desenvainada y la coraza aún puesta, Cesio me observó marchar. Sabía que podía distinguir mi silueta en la cubierta del barco. No dijo nada, no gritó mi nombre, pero su silencio era tan expresivo que intuí que estaba desolado. Le había partido el corazón.

No se movió.

Yo tampoco.

Nos observamos en la oscuridad hasta que la distancia fue tan grande que era inútil permanecer más tiempo así. Me pareció que sus hombres lo rodeaban para convencerlo de que tenía que volver a palacio. No me quedé para verlo. Ni siquiera tuve ánimos para observar el faro al que nos acercábamos. Ni el esplendor de una de las mayores maravillas del mundo podía llenar el vacío que se había abierto en mi interior.

Me refugié en el camarote y rompí a llorar.

Cuarta parte

Roma, invierno del 69

Capítulo 35: Sabino

17 de diciembre del 69

Me envolví mejor con la manta y puse las manos sobre el brasero, intentando entrar en calor mientras esperaba que Silo volviera con algo de comer. El esclavo, al que el hambre agriaba el carácter, llevaba casi tres días sin decir ni una palabra. Y no me extrañaba. Aunque conocí las privaciones que la falta de liquidez provocó a mi padre, jamás había sentido aquella sensación de vacío que crecía día tras día en el estómago y que amagaba con volvernos locos. Por suerte, apenas llevábamos una semana así y estábamos a punto de solucionarlo, a diferencia de la mayoría de la ciudad. Toda Roma moría de hambre, apenas había trigo en los graneros, y el que quedaba estaba fuertemente custodiado por las tropas de Vitelio. El precio era tan alto que salía mejor comprar un pasaje en Ostia y marcharse a cualquier otro lugar en el confín del Imperio.

Maldije en mi fuero interno a Vespasiano: tendría que haberme quedado en Grecia en lugar de arriesgar la vida con encargos imposibles escondida bajo una identidad falsa.

Por suerte, yo tenía medio cargamento de grano a buen recaudo, que era, precisamente, lo que nos estaba salvando. Sin embargo, desde hacía algo más de una semana, las puertas de Roma estaban tan custodiadas que era muy complicado ir y venir de Portus sin levantar sospechas. Vitelio estaba de nuevo en la ciudad después de sus largas vacaciones otoñales y eso se notaba: se veían guardias por todas partes. Hasta el día anterior no pudimos colar cuatro sacos de grano en la ciudad que, en aquel momento, Silo se estaba encargando de vender o cambiar por comida.

Es cierto que le había dicho a Vespasiano que no tocaría el trigo hasta que sus tropas liberaran la ciudad, pero, con la prisa que se estaban dando, moriríamos antes de hambre. Además, había sido tan idiota como para no pedirle una pequeña suma por aquella misión, por lo que podía justificarlo como gastos de mantenimiento, que eran bastantes.

No solo tuve que alquilar un apartamento ruinoso en la quinta planta de una *insula* donde ni Silo ni yo llamaríamos la atención, sino que también me vi obligada a pagar la tasa de aduanas en Ostia y gastarme una buena suma en sobornos: primero, para que el funcionario del puerto hiciera la vista gorda al medio cargamento de trigo y no lo requisara; después, para lograr sacar a Filipo de la cárcel.

El liberto, tras casi medio año en un agujero, apenas podía andar. Vitelio se había olvidado de él. Cuando los guardias lo lanzaron a la calle de una patada, no pudo ni levantarse y me vi obligada a contratar una litera portátil para que lo llevara a su casa. Aunque no fui a visitarlo, porque mi presencia en Roma era secreta, pude comprobar que estaba en los huesos, demacrado y sucio. Solo la constancia de su mujer, que le llevaba cada día comida a la celda, había evitado que muriera.

Hice de tripas corazón para ignorar la enésima riña de los vecinos de arriba. Estaba en la Subura, uno de los peores barrios de Roma, en una destartalada *insula* que olía a col hervida, orín de perro y excrementos de gallina. El cuchitril en el que nos refugiábamos tenía un par de habitaciones que nos afanábamos por mantener limpias, una mesa, una cama, dos banquetas y una pequeña alacena. El brasero era mío: un fino trabajo griego de bronce que estaba fuera de lugar pero que yo había considerado imprescindible para no morir de frío.

Mis pensamientos se desviaron hacia Vero. Como era evidente, había logrado ponerse en contacto conmigo a través de Sabino. No me sorprendió que supiera dónde estaba, pero lo que me extrañó fue el tono de su carta. Lo noté, cuanto menos, enfadado. Me recriminaba haberme marchado de Alejandría de la noche a la mañana, sin esperar a que él llegara. Su enojo era injusto, pues cuando decidí irme yo no tenía ni idea de que él estaba de camino. De lo contrario, habría esperado para ahorrarme todas las penurias que estaba viviendo en Roma. Pero, claro, el zorro astuto de Vespasiano mantuvo la boca bien cerrada, tal y como le expliqué en la misiva de respuesta que le envié a mi hermano. Su siguiente carta fue una disculpa y una petición de que no corriera riesgos. Se le notaba preocupado. Tanto, que hasta se había permitido darme varios consejos y cierta información que, hasta donde sabía, era confidencial.

Lo echaba de menos. Cuando, en las oscuras noches de invierno, el sentimiento de soledad se hacía tan fuerte que me replanteaba qué diablos estaba haciendo en Roma, releía una y otra vez aquella carta hasta que la luz de la lucerna era demasiado débil. A la mañana siguiente me levantaba aterida, pero con la fuerza de voluntad intacta.

Ya no puede enviarle más mensajes. Sabino me había dicho que era demasiado peligroso, sobre todo ahora que Vitelio estaba en la ciudad y todo el mundo parecía haberse vuelto loco.

Pensé en el senador.

Me puse en contacto con él de la misma manera que Cesio lo hizo con Alejandro en Egipto. Yo no conocía los procedimientos ni las técnicas que se usaban en el ejército, pero me las apañaba bastante bien. Hasta donde sabía, Sabino estaba vigilado, pero nadie le impedía moverse libremente y por tanto no tuvo problema alguno en acudir al

lugar que le indiqué. Al fin y al cabo, seguía siendo el pretor de la ciudad.

Cuando lo vi, me recibió con una gran sonrisa, aunque no me pasó desapercibido el cansancio que se adivinaba tras su gesto. En medio año, los acontecimientos lo habían envejecido más de cinco. Hablamos largo y tendido sobre lo que se suponía que tenía que hacer. Por supuesto, Sabino estaba informado: no dejaba de ser los ojos de Vespasiano en Roma y este lo tenía al día de todo. Le dije dónde encontrarme y puso la misma cara que mi padre si todavía viviera. Pero sabía que era lo mejor: tenía que mantener mi identidad en secreto. Más tarde comprendí que, aunque Sabino se encargaba de todo, yo era el último recurso por si las cosas salían mal. Vespasiano era previsor, aquello le haría ganar la guerra.

Aunque él permanecía en Alejandría, reteniendo los barcos de trigo en el puerto, sus ejércitos avanzaban tal y como había predicho Cesio: Muciano, el gobernador de Siria, había cruzado Capadocia y recorrido la provincia de Galacia. Sin embargo, antes de que lograra llegar a Tracia, el gobernador de Panonia y las legiones de aquella provincia decidieron adelantarse. La legión Séptima Galbiana, con Antonio Primo a la cabeza y el apoyo tanto de sus tropas como de los gobernadores de Moesia y Dalmacia, ignoró las órdenes de Vespasiano y comenzó la invasión de Italia. Aquello casi se convirtió en un desastre, pero desde Roma Sabino convenció a Caecina para que traicionara a Vitelio y se pasara a su bando. Para ello, negoció las condiciones con Antonio, que aguardaba en Verona, donde controlaba el acceso a Italia desde el norte y podía bloquear los Alpes fácilmente.

Después, a mediados de octubre, estuvo a punto de mascarse la tragedia: los gobernadores de Panonia y Moesia llegaron hasta Verona y se enfrentaron en una lucha de egos con Antonio por ver quien dirigía las legiones. Al final, los gobernadores tuvieron que huir, pero sus ansias de poder habían tenido consecuencias nefastas: dejaron desprotegidas las fronteras de sus respectivas provincias. Muciano, que pretendía unirse a Antonio con el ejército de Siria, tuvo que desviarse para asegurar los campamentos de invierno de Moesia y devolver a los dacios de una patada al otro lado del Danubio.

Vitelio reaccionó entonces, enviando tropas a las que el ejército flaviano humilló en la segunda batalla de Bedriacum (casi de milagro). Caecina, a quien habían capturado por traidor los soldados de Vitelio, fue liberado por Antonio. Después, para celebrar la victoria, las legiones se entregaron al saqueo de Cremona, lo que hizo rechinar los dientes a Vespasiano, que pretendía mostrarse clemente.

Sin embargo, aquel triunfo permitió a Antonio reestructurar sus tropas y mandar a las legiones derrotadas a divertirse a la frontera del Danubio, lo que liberaba a Muciano y el ejército de Siria para que

pudieran alcanzar Italia. Después, Antonio, que para mi gusto se lo estaba tomando con mucha calma, decidió ponerse en camino a Roma.

Vitelio, ligeramente desesperado, había echado mano a lo que le quedaba: las cohortes pretorianas de la ciudad y una legión reclutada de la flota de Miseno. Las envió a interceptar a Antonio antes de que cruzara los Apeninos, aunque tuvo la precaución de dejar un par para defender Roma bajo las órdenes de su hermano. Del mismo modo, destinó a la Galia a su fiel partidario, Valente, con el objetivo de que tomara parte activa en la guerra. Por suerte, los vientos hicieron que el hombre se equivocara de puerto dos veces. La segunda, las tropas de Vespasiano lo capturaron y enviaron a Antonio como un bonito presente, el cual, por supuesto, le cortó la cabeza de inmediato.

Días más tarde, cuando yo ya saboreaba la toma de Roma y el fin de mis penurias, Antonio se detuvo. Era diciembre, y la mayor parte de los pasos de los Apeninos estaban bloqueados por la nieve. Maldije su falta de previsión.

Fue entonces cuando recibí noticias de Cesio. No porque me las enviara directamente, sino porque supe que la flota de Miseno se había pasado al bando de Vespasiano. Me alegré de que, finalmente, el tribuno consiguiera convencerlos, aunque procuré no pensar demasiado en él. Los recuerdos de Alejandría aún me quemaban el alma.

Sabino se había vuelto a poner en contacto conmigo a principios de diciembre, poco después de las nonas. Lo vi más cansado y con menos vitalidad que de costumbre. A la reunión también acudió Domiciano, aunque apenas intervino. Sabino admitió que Antonio le hizo llegar un mensaje para que ambos se unieran a las tropas de Vespasiano en cuanto habían logrado cruzar los pasos de montaña, pero los dos decidieron permanecer en Roma incluso con el riesgo que esto suponía. Sin embargo, como el pretor temía que las cosas no salieran como tenía planeado, me puso al día de sus intenciones y me pidió que le echara un ojo a Domiciano, como si yo pudiera hacer algo en caso de que Vitelio quisiera matarlos.

Estaba claro que conocía lo ocurrido en Alejandría y sabía las órdenes que me dio Vespasiano, porque, si no, jamás me hubiera planteado algo así. Le pregunté por qué recurría a mí cuando Antonio estaba a poco más de tres días de la ciudad y podía enviar a cualquiera. Su respuesta fue que era la única espía de su hermano a la que Vitelio no tenía controlada y en la que podía confiar. Cuando le repliqué que yo no era una espía, se rio.

Ahora, mientras intentaba calentar mi aterido cuerpo al lado del brasero, sabía que él debía estar preparándose para el movimiento final. Antonio estaba a un día de Roma, esperando a que las legiones de Muciano se unieran a sus propias tropas, y lo que quedaba del

ejército de Vitelio estaba al sur, muy cerca de mi villa en Terracina. Sabino, que había logrado que firmara la capitulación el día anterior tras unas arduas negociaciones en las que se le prometió el perdón, esperaba que este declarara emperador a Vespasiano públicamente a media tarde, en el foro y ante toda Roma, lo que no pensaba perderme.

Oí el correteó de una rata en las tablas del techo y se me erizó el vello de los brazos. Dioses, las ganas que tenía de marcharme de aquel agujero infecto. Si todo salía bien, en unos días podría ocupar de nuevo nuestra *domus* del Esquilino. Alargué la mano hasta las tablillas en las que me había dedicado a recopilar la información necesaria por si, finalmente, tenía que usarla, y repasé los datos de los que disponía. Allí, en dos listas bien dispuestas, había ordenado a todos los miembros del Senado según sus lealtades. Intenté respetar sus vínculos familiares, pero era un amasijo tremendo que no fui capaz de desentrañar del todo. Sabino me había ayudado con algunos datos, aunque la mayor parte los recopilé yo sola, incluso los que eran motivo de escándalo. Si todo salía mal, aquellas tablillas tenían la clave para que el Senado aceptara el nombramiento de Vespasiano.

–Ya es media tarde. Vitelio se dirigirá en breve al foro –comentó Silo, rompiendo su silencio de tres días.

Asentí, y enseguida nos pusimos en marcha.

Por suerte, no estábamos muy lejos y pudimos alcanzar el foro en poco tiempo. Por supuesto, íbamos a buen paso para evitar que las gélidas temperaturas nos llegaran a los huesos y llevábamos las capuchas bien caladas para que nadie pudiera reconocernos. Nos colocamos en los escalones de la basílica Julia, de modo que pudiera ver la Rostra y también la Curia, donde algunos senadores ya conspiraban entre ellos en susurros.

Silo y yo aguardamos un buen rato, al igual que el resto de los ciudadanos que abandonaron el calor de sus hogares para amontonarse bajo el frío de diciembre, hasta que Vitelio tuvo a bien aparecer. Si pretendía dar pena, desde luego que lo iba a conseguir. Había abandonado el palacio a pie, vestido de luto y rodeado por todos sus esclavos. Encabezaba la comitiva, pero, justo detrás de él, una litera llevaba a un niño que supuse que sería su hijo. Caminaron hasta la Rostra y, en el momento en el que comenzó a hablar, la multitud enmudeció.

Le escuchamos en silencio. A cada palabra que decía, me hacía sentir más incómoda. No esperaba un discurso tremendamente elaborado, pero supe que aquel surtiría efecto: renunciaba al Imperio, sí, pero apelaba a los sentimientos del pueblo para proteger a su familia, de ahí que hubiera llevado a su hijo con él. Acabó sollozando, como si lo tuviera previsto. El foro calló, conmocionado, antes de que un

murmullo comenzara a ganar fuerza.

Maldije en mi fuero interno cuando parte del Senado, también presente, se negó a aceptar su renuncia, envalentonados por los gritos de la plebe. Supe que teníamos problemas cuando, en vez de retirarse a la casa de su mujer y, de este modo, dejar el trono, volvió al palacio.

Busqué a Sabino con la mirada. No lo encontré en la Curia, sino cerca del templo de Saturno. Me di cuenta de que, como yo, había buscado una posición que le permitiera dominar el foro. En aquel momento, estaba rodeado por sus partidarios, que se enfrentaban a voces a los de Vitelio.

Miré de reojo a Silo y decidimos ponernos en marcha. Justo cuando intentábamos escabullirnos por delante del templo de la concordia, estalló la violencia. Se suponía que dentro de los límites del *Pomerium* no se podían llevar armas, pero el acero refulgió bajo la luz plomiza de la tarde cuando comenzaron a alzarse las dagas, espadas y cuchillos.

Miré hacia atrás. A Sabino no le quedaban muchas opciones. Podía intentar alcanzar el Tíber por el Velabro, o refugiarse en el Capitolio, que, al fin y al cabo, seguía manteniendo su carácter de ciudadela. Eligió lo último y lo vi correr hacia allí custodiado por aquellas tropas que le eran fieles: las cohortes urbanas y las cohortes de los vigiles. Intenté distinguir a mi primo entre ellos, pero no fui capaz.

Cuando la turba enfurecida y favorable a Vitelio se lanzó sobre los rezagados, decidí marcharme. No podía hacer nada y permanecer en el foro hubiera sido una insensatez.

Justo en aquel momento comenzó a llover.

Volvimos corriendo a la Subura mientras el caos se extendía por la ciudad, con la fuerza de un vendaval, antes de refugiarnos en el destartalado apartamento. Colgamos nuestras capas mojadas en unos clavos que sobresalían de la pared y nos dispusimos a esperar.

El mensajero llamó a la puerta bien pasada la medianoche. La tormenta se había abatido sobre Roma y Júpiter descargaba su ira en forma de rayos cegadores, cada vez más cerca. Leí la escueta carta a la luz titilante de una lucerna antes de preguntarle al hombre por la situación.

–Sabino está cercado en el Capitolio, señora –me explicó en un susurro–. Vitelio ha colocado sus tropas alrededor de la colina. Ha aprovechado la lluvia para enviar varias misivas, pero no puede abandonar la ciudadela sin que lo descubran.

–¿Se ha avisado a Antonio Primo? –le pregunté, consciente de que sería lo más sensato.

–Sí, señora, pero está a una jornada de la ciudad con el ejército. No llegará hasta dentro de, al menos, dos días.

Hice una mueca. Era demasiado tiempo.

Releí la carta y maldije a Vespasiano en mi fuero interno. No tenía que estar en Roma jugándome la vida. Después, suspiré con cansancio y me rendí: Sabino había sido muy claro.

«Saca a Domiciano de aquí».

Si no lo hacía y el hijo menor de Vespasiano moría, ni él ni yo nos lo perdonaríamos nunca.

–Dime –pedí al mensajero–, ¿cómo están dispuestos los guardias que sitian el Capitolio?

El hombre me lo explicó de forma muy somera. Sabía lo justo. Había escapado saltando un muro que nadie vigilaba en aquel momento.

–Es inútil que vayamos ahora –comentó Silo.

Me mostré de acuerdo.

–Saldremos al alba, a ver qué podemos hacer.

Cuando el cielo comenzaba a teñirse con los colores de la aurora, nos pusimos en marcha. No obstante, no llegamos muy lejos antes de oír los gritos y abucheos de una multitud enfurecida.

Algo estaba ocurriendo en el foro.

Silo y yo intercambiamos una mirada preocupada y nos apresuramos. Llegamos al corazón de Roma en el momento en el que los pretorianos lo ocupaban y comenzaba a desatarse el caos.

–Van a atacar –me indicó Silo, a pesar de que ya me había dado cuenta.

Los soldados comenzaron a avanzar. Las puertas que guardaban el recinto del Capitolio se hallaban firmemente cerradas. Desde donde estábamos, únicamente podíamos ver el hermoso pórtico de mármol donde se incrustaban y sus edificios anexos. Me fijé que, sobre ellos, varios defensores habían comenzado a lanzar a los atacantes lo que más a mano les quedaba: piedras y, sobre todo, tejas que arrancaban con las manos desnudas. Parecían desesperados. Cuando los pretorianos contestaron arrojándoles teas, supe que estaba a punto de desatarse una batalla campal.

Y Antonio Primo no llegaría a tiempo.

Las puertas empezaron a arder.

–Por aquí no lograremos entrar, Silo. Daremos un rodeo. Sígueme –le indiqué.

El esclavo no se sorprendió de que, acto seguido, echara a correr hacia los problemas. Teníamos que cruzar el foro, y la única manera era a través de una turba armada y enfurecida. Como los soldados habían avanzado, la mayoría de los alborotadores que se agolpaban de la mitad de la plaza hacia atrás eran civiles.

Aparte de algún gruñido, varios empujones y un par de menciones nada amables sobre nuestros ancestros, nos dejaron en paz. Su atención estaba puesta en el ataque que estaba llevando a cabo la guardia pretoriana en aquel momento. Las puertas seguían ardiendo y

pronto cederían, así que no teníamos mucho tiempo.

Llegamos a la basílica Julia y nos dirigimos hacia el templo de Saturno, donde nos desviamos. De sus inmediaciones surgían otras escaleras, un acceso secundario al Capitolio que, en ese momento, varios miembros de la guardia pretoriana se esforzaban por despejar. Silo y yo esperamos, camuflados entre la multitud, hasta que poco después la pesada hoja de madera que cerraba el acceso a la colina cayó. Como una manada desatada, los guardias se lanzaron al asalto. Los seguimos con precaución hasta que un olor que empezaba a impregnarlo todo hizo que me detuviera.

Humo.

Había un incendio demasiado cerca. Alcé la vista, intentando detectar las llamas, y Silo me tocó el hombro. Miré hacia donde señalaba y, sin tiempo para maldecir, eché a correr escalones arriba. Alguien había prendido fuego a los edificios más bajos del Capitolio.

Llegamos al templo de Júpiter sin aliento y en mitad de una matanza. Esquivamos los cadáveres, a los soldados y a los defensores. Nadie estaba muy seguro de en qué bando estábamos, por lo que se centraron en los que podían identificar como enemigos.

Seguimos corriendo en dirección a la ciudadela en el momento en el que el templo de Júpiter empezaba a arder. Estaba claro que el rey de los dioses estaba demasiado entretenido en otros asuntos como para importarle lo más mínimo el destino de su templo principal. Atravesamos a carrera el bosquecillo del Asilo y comenzamos a ascender hacia el Arx mientras oíamos a nuestra espalda el avance de las tropas pretorianas. Al fin habían logrado entrar por el acceso principal. La gente corría por los tejados mientras otros advertían del fuego, pedían instrucciones o gritaban órdenes que nadie atendía. Aquello era un caos.

Silo y yo tuvimos que escondernos tras una columnata cuando los pretorianos, enloquecidos, se lanzaron contra la ciudadela. Después, los rodeamos y continuamos hacia la parte norte. No se les veía con muchas ganas de organizarse, sino simplemente de abrirse paso matando gente. Seguimos el reguero de cadáveres y entramos en la ciudadela.

Al fondo, el templo de Juno Moneta permanecía ajeno a la violencia que se desataba a sus pies. Detectamos el tumulto de inmediato. A nuestra izquierda, algunos militares intentaban defender a Sabino, que, aún con la toga puesta, parecía haber aceptado su destino e iba completamente desarmado. Lo hacían retroceder, pero parecía no darse cuenta. Su expresión demacrada lo decía todo.

De golpe, como si notara mi mirada, alzó la cabeza. Me reconoció. Solo hizo un gesto tan leve que bien podía haberlo imaginado, pero tuve el presentimiento de que no era así. Asentí y Silo y yo echamos a

correr donde señaló con la cabeza.

A él no podíamos salvarlo, pero a su familia quizá sí.

Entramos a carrera en el templo de Isis, un edificio pequeño de inspiración egipcia que alguien había decidido colocar en el centro de Roma, y alcanzamos la cella en el mismo instante en el que se producía un revuelo importante. Domiciano estaba allí, junto con varios sacerdotes. Lo de acogerse a sagrado no solía dar buen resultado, sobre todo cuando entran en juego cuestiones tan fundamentales como el trono del Imperio. Por eso, los tres guardias pretorianos que habían entrado antes que nosotros apenas dudaron a la hora de lanzarse a por el hijo menor de Vespasiano.

En aquel momento, Domiciano estaba en el suelo, desarmado y a punto de ser asesinado mientras los sacerdotes retrocedían, desesperados por alcanzar la puerta trasera. Le vi revolverse mientras reculaba, en un intento vano de salvar la vida. Sin embargo, la toga lo entorpecía demasiado.

Por fortuna para él, nosotros fuimos rápidos. Yo me encargué del guardia más próximo, al tiempo que Silo iba a por el que amenazaba a Domiciano. Los pillamos por sorpresa. Al primero le pateé la parte de atrás de las rodillas, y, en cuanto estas cedieron y cayó al suelo, lo agarré por la cabeza y le rajé el cuello. Se convulsionó al tiempo que agonizaba.

Silo había acabado con el otro y, justo cuando nos volvíamos para hacernos cargo del tercero, un sacerdote de Isis enloquecido le atravesó el pecho con una especie de bastón ritual tremendamente afilado. Antes de que el soldado gritara y alertara a sus compañeros con el último aliento de vida, Silo le rebanó la garganta.

Me arrodillé rápidamente ante Domiciano y comprobé que la sangre que le empapaba la túnica no fuera suya. Se parecía muchísimo a Tito, solo que diez años más joven: tenía más o menos mi edad. Estaba ido; su mirada no se apartaba de los cadáveres.

–Domiciano –lo llamé, logrando que me mirara–, tenemos que salir de aquí.

Vi el reflejo del miedo en sus ojos, aunque no reaccionó. Así que lo obligué a levantarse y le quité aquella toga que no hacía más que molestar.

–¿Dónde está mi tío? –acertó a preguntar.

–No lo sé –mentí–. Toma, ponte esto –dije pasándole por encima de la cabeza uno de los grandes velos de lino que usaban los sacerdotes y que acababa de coger de un cesto.

–¿Qué...?

Lo miré a los ojos para que se centrara.

–No hay tiempo, tienes que salir de aquí cuanto antes. Tu única oportunidad es huir con ellos, disfrazado –le expliqué señalándole a

los egipcios, que nos observaban con cierto recelo–. No te preocupes, Silo y yo te protegeremos, pero tenemos que darnos prisa.

En aquel momento, un hombre que debía haber oído parte de la conversación entró corriendo en la cella.

–Hazle caso –dijo dirigiéndose a Domiciano–. Hay que irse ya, vienen hacia aquí.

Antes de que Silo lo inmovilizara y le preguntara quién era con el filo de la espada acariciándole el cuello, el joven logró reaccionar.

–Es uno de los clientes de mi padre –explicó en apenas un susurro.

Como no había tiempo para seguir de cháchara, le tendí otro de los velos, cogí un par más para Silo y para mí, y empecé a empujar a todo el mundo hacia la diminuta puerta trasera que de vez en cuando usaban los sacerdotes cuando pretendían hacer actividades que atentaban contra la moralidad romana.

Logramos salir en el momento exacto en el que comenzamos a oír las voces coléricas que nos buscaban. Por suerte, los sacerdotes, que no tenían intención alguna de conocer la vida ultraterrena, nos indicaron que los siguiéramos por un sendero escarpado que acababa abruptamente en la muralla de la ciudadela. Sin embargo, oculto por un matorral bien cuidado, un agujero nos permitió traspasarla.

Alcanzamos la calle cuando la columna de humo que se alzaba desde el templo de Júpiter ya era visible en toda la ciudad. El liberto giró hacia la izquierda, en dirección a la Saepta Julia, pero lo retuve.

–¿Dónde nos llevas?

–A mi casa. Allí estaremos seguros y no queda demasiado lejos.

Dudé, pero, a falta de un plan mejor, lo seguimos. Yo no podía ocultar a Domiciano en el desastroso apartamento que había alquilado en la Subura porque corríamos el riesgo de que se nos desplomara encima.

El liberto nos condujo hasta una discreta casa de tres pisos en el Velabro. Nos invitó a pasar, pero decidí declinar su invitación. Me pareció un hombre honrado, por lo que dejé que se ocupara de Domiciano mientras Silo y yo volvíamos discretamente al foro, ya sin los velos de los sacerdotes. Estábamos a punto de alcanzar de nuevo el Capitolio cuando nos llegó la noticia de la muerte de Sabino, así que decidí dar media vuelta.

Más tarde nos enteramos de que el senador había sido capturado, encadenado, torturado y conducido ante Vitelio, que dio la orden de decapitarlo. Después, tiraron su cuerpo por las escaleras gemonias. Las siguientes noticias que llegaron del sur anunciaron la derrota de la flota de Miseno y el asalto de Terracina por parte del ejército de Vitelio. No tenía modo de saberlo, pero supuse que mi villa no se había librado del pillaje.

Después, en Roma, el pueblo tomó las armas.

Capítulo 36: Las tinieblas de Roma

20 de diciembre del 69

La ciudad debería estar celebrando las Saturnales en una espiral de felicidad y desenfreno. No obstante, aquel año lo único que había por las calles era hambre, muerte y desesperación. Mi mente empezó a divagar de nuevo y a perderse en los recuerdos del año anterior, cuando la vida era complicada, pero tenía una cama cómoda, una casa bien atendida y no estaba aterida ni embarcada en misiones absurdas.

El día anterior, cuando Antonio Primo había llegado al fin a las inmediaciones de Roma tras conocer lo ocurrido con Sabino, envié a Silo con un mensaje para él, con las instrucciones de no revelar mi identidad. A cambio, el esclavo me trajo una respuesta terriblemente vaga de Antonio, tanto que dudé sobre qué hacer a continuación. Como militar podría ser bueno, pero como diplomático dejaba mucho que desear. En aquel momento, entendí por qué Vespasiano me había mandado a mí.

Pese a todo, decidí actuar por mi cuenta. En el momento en el que el ejército entraba desde tres puntos distintos en Roma, algo que no se veía desde tiempos de Sila, yo andaba siguiendo a Vitelio.

Eso no me impidió enterarme de las diversas escaramuzas y batallas que se sucedían por toda la ciudad. Por supuesto, los partidarios de Vitelio intentaban defenderse, pero tanto ellos como yo sabíamos que no aguantarían demasiado. Además, habían abandonado a su emperador, al que yo seguía discretamente mientras se paseaba por ahí sin guardia. Lo vi salir de la casa de su hermana y regresar al palacio, errático, como si no supiera qué hacer.

Silo se colocó a mi lado para poder observar la calle desde el portal en el que nos ocultábamos. La entrada al palacio estaba desierta. Ni la guardia pretoriana ni los esclavos rondaban por allí, por lo que tenía un aspecto sombrío que se acrecentaba gracias al tono plomizo del cielo.

–¿No deberíamos entrar? –me susurró Silo, tras comprobar que no había nadie en los alrededores.

Dudé unos instantes. Normalmente, colarse en el palacio sería una mala idea. No obstante, en aquel momento los pretorianos estaban demasiado ocupados defendiendo sus cuarteles, cerca del Viminal, del ataque de las tropas de Antonio. Nadie nos impediría seguir a Vitelio.

Asentí y le hice una seña a Silo para que no se separara. Con todos los sentidos alerta, traspasamos el umbral en medio de un silencio

sepulcral. Las estatuas de alabastro que adornaban las hornacinas de las paredes nos observaron con el reproche pintado en sus gestos pétreos, como si fuéramos saqueadores de tumbas colándonos en su camposanto. Evité mirarlas mientras nos adentrábamos en el laberinto de pasillos y estancias que conformaban la residencia del emperador.

Sin poder evitarlo, comprobé que el pergamino que me había entregado Vespasiano, que no era otra cosa que un salvoconducto, continuara oculto entre los pliegues de mi vestido. Sabía que, si nos topábamos con las tropas de Antonio, sedientas de sangre y muerte, aquel documento era mi única posibilidad de supervivencia.

Apresuré el paso, intentando no perder a Vitelio. Aunque lloriqueara, sabía bien que no había perdido aún la cordura y era peligroso. Todavía éramos capaces de escuchar sus lamentos en algún punto indeterminado delante de nosotros cuando el caos que reinaba en la ciudad irrumpió en el palacio, como si acabara de estallar la tormenta. La oímos antes de verla: una turba violenta comenzó a abrir a patadas las puertas cerradas a su paso entre gritos y gruñidos. Podía parecer desordenada, pero eran soldados y obedecían a una voz autoritaria que les daba órdenes.

Silo y yo nos miramos brevemente. Ambos sabíamos lo que estaban buscando.

Apretamos el paso, conscientes del peligro que corríamos, pero no llegamos a tiempo. En el momento en el que los soldados alcanzaron a Vitelio, Silo y yo nos escondimos en una estancia oscura y opresiva destinada a la servidumbre. Contuvimos la respiración y, cuando me aseguré de que no había nadie cerca, entreabrí la puerta para poder enterarnos de lo que ocurría.

Al fondo del pasillo, media docena de hombres rodeaban a Vitelio. Por su aspecto, eran parte del ejército de Antonio. Me fijé en dos de ellos, que claramente eran alguno de los mandos. Creí distinguir las franjas estrechas de la túnica del más alto, lo que indicaba que se trataba de un tribuno, aunque desde aquella distancia era imposible estar segura. El otro, que parecía llevar la voz cantante, estaba demasiado lejos como para que pudiera apreciar nada.

Agucé el oído, intentando escuchar la conversación.

–Os lo ruego, señor, solo soy un esclavo ignorante –lloriqueó Vitelio con su mejor actitud servil.

Fruncí el ceño. Era buen actor y no dudaba de que pudiera convencer a los soldados, sobre todo si teníamos en cuenta que aquellos hombres llegados de Panonia no conocían su aspecto. Los vi dudar, sin saber si dar crédito a la figura llorosa a la que rodeaban y que no apartaba la vista del suelo. El que estaba al mando repartió instrucciones y, por fin, se movió lo suficiente como para que pudiera ver que se trataba de Antonio. Yo tampoco lo conocía, pero su vestimenta me indicó que

era el legado de la legión.

Cuando envió a sus hombres a recorrer los pasillos del palacio haciendo caso de la información falsa de Vitelio, rechiné los dientes. Vespasiano volvía a tener razón: necesitaba a alguien que pudiera identificar al emperador, por eso me había enviado.

No obstante, estaba indecisa. Resultaba evidente que Antonio era un tanto imbécil y no estaba segura de su reacción si aparecía de golpe y acusaba a la figura quejumbrosa que revoloteaba a su alrededor. Quizá me tomara por loca, lo que, viendo su perspicacia, no me extrañaría. Así que decidí esperar, a ver si se daba cuenta él solo del engaño. De momento, se había quedado únicamente con uno de sus hombres y con Vitelio en medio del pasillo, como si juzgara que no corría peligro. Hasta tuvo la insensatez de darle la espalda, esperando la vuelta de los soldados. No pude evitar poner los ojos en blanco y pensar que ni Vero ni Cesio cometerían tamaño error nunca.

Silo me tocó el hombro. Vitelio había reducido el tono de sus lloriqueos y supimos que planeaba algo. Antonio Primo le miraba de reojo, sin mucho interés. Reprimí un suspiro y le hice una seña a mi esclavo para indicarle que, a pesar de todo, tendríamos que intervenir. En el mismo instante en el que abandonamos la acogedora seguridad de nuestro refugio, Vitelio, que tenía formación militar, aprovechó un descuido de los que lo vigilaban para lanzarse sobre su primer objetivo.

De un único movimiento, atravesó el cuello del soldado con una daga que llevaba oculta bajo la túnica. El hombre se desplomó intentando taponar la herida con las manos, con los ojos desorbitados.

Antonio no se lo esperaba. Con la guardia baja, cuando quiso reaccionar ya tenía a Vitelio prácticamente encima. Logró desviar el puñal casi de milagro, pero el puño de Vitelio lo alcanzó de lleno en la cara y lo derribó sobre el suelo de mosaico pulido. En aquel momento, su armadura se convirtió en su mayor desventaja: le impedía moverse con libertad. Se había enredado con la capa y, antes de la nueva acometida de Vitelio, apenas consiguió desenfundar su propia daga.

Probablemente, si no hubiéramos llegado hasta él, el emperador hubiera logrado cortarle el cuello. Por suerte, Silo lo desarmó a tiempo y, de un solo golpe, hizo que se estrellara contra la pared, donde comenzó de nuevo a gimotear. Por supuesto, mi esclavo no cometió los mismos errores que los soldados y, con la espada desenvainada, se ocupó de que no se moviera.

–Hijo de puta –masculló Antonio mientras retrocedía, aún en el suelo, y se cubría la nariz, que le sangraba de manera copiosa, manchándole la coraza.

–No llames aún a tus hombres, Antonio, te lo suplico –le pedí, quedándome a una distancia prudencial.

El hombre interpuso el puñal entre nosotros, como una advertencia de lo que me ocurriría si me acercaba. Sus grebas restañaron contra el suelo cuando retrocedió un poco más para cubrirse la espalda con la pared. Sin embargo, había reconocido a Silo como el mensajero del día anterior, por lo que no nos atacó.

–¿Quién eres? –gruñó mientras intentaba contener la hemorragia con el borde de su capa.

En vez de responder, le enseñé el papiro que me había entregado Vespasiano. Vi que reconocía el sello y, sin fiarse del todo, me indicó que se lo entregara. Al cogerlo lo manchó de sangre, pero no pareció darse cuenta. Con un ojo aún puesto sobre mí, leyó rápidamente lo que ponía.

–Nadie me avisó de que el enviado del emperador era una mujer –masculló con fastidio.

–Eso carece de importancia –le aseguré–. Yo solo cumplo órdenes. Ese hombre es Vitelio y se proponía mataros, señor. Vespasiano me previno de que podríais no reconocerle y me envió para identificarlo. Lo que hagáis con él no es cosa mía.

El emperador, hecho un guiñapo en el suelo, se limitaba a gemir y pedir clemencia. Silo le puso la espada en el cuello, ante lo cual enmudeció en el acto. Antonio lo miró con la furia pintada en la cara antes de volverse de nuevo hacia mí.

–Sabino me habló de tu misión –comentó, todavía dudando de si fiarse o no. Se incorporó e inclinó la cabeza hacia atrás, en un intento vano de que la nariz dejara de sangrarle.

–Tengo varias –admití.

–Protegerlo no era una de ellas, ¿verdad?

Entrecerré los ojos ante su tono de reproche.

–Contaba con las cohortes urbanas y las cohortes de los vigiles y ni siquiera ellas pudieron defenderlo del ataque de la guardia pretoriana. Si buscáis un responsable de su muerte, lo tenéis ahí –dije, señalando a Vitelio con la cabeza.

–¿Y Domiciano?

–A salvo.

–¿Dónde está? –resopló.

–De momento, oculto. Saldrá cuando la ciudad sea leal a Vespasiano, lo que incluye también al Senado.

Antonio intuyó que sabía más de lo que le decía y avanzó un paso hacia mí, intimidante, ante lo cual retrocedí para mantener la distancia que nos separaba. A lo lejos, sus hombres emprendieron el regreso hacia donde estábamos, lo que me indicó que apenas me quedaba tiempo.

–El Senado al completo tiene que proclamar emperador a Vespasiano –le recordé, intentando no perder la calma–. Muchos senadores lo

harán, pero una pequeña parte no querrán aceptarlo. Ahora mismo, los rebeldes intentan huir de Roma o, al menos, esconderse. Si se organizan, podrían buscar otro candidato al trono y continuar la guerra, lo que no sería bueno para nadie.

–Hay que matarlos –mascullló apretando el puñal.

–No son esos los deseos de Vespasiano –repliqué, oyendo cada vez más cerca a sus hombres–. Si lográis capturarlos, yo me encargaré de que comprendan que su mejor opción es aceptar la clemencia del emperador. Iré a veros entonces.

Sin darle la oportunidad de responder, le hice una señal a Silo y echamos a correr por donde habíamos venido. Sabía que, en cuanto sus soldados lo alcanzaran, mandaría a un par de ellos a buscarnos, pero confiaba en que, para entonces, ya estaríamos fuera del palacio.

Volvimos al foro, donde nos mezclamos con la multitud. Poco a poco, la gente comenzó a reunirse ante la noticia de la captura de Vitelio. Los pretorianos se habían rendido y estaban retenidos en sus propios cuarteles por las tropas de Antonio, que habían tomado la ciudad.

Cuando las nubes que cubrían el cielo dejaban escapar las primeras gotas de lluvia, los hombres de Antonio sacaron a rastras a Vitelio del palacio rodeados por una multitud que apenas los dejaba avanzar. Me puse de puntillas para poder ver mejor. Estaba claro que Vitelio había recibido una paliza: tenía la túnica desgarrada, sangre en la cara y trastabillaba a cada paso.

Lo zarandearon de un lado a otro entre gritos y desprecios. Lo llevaron hasta la Rostra y, cuando la humillación dio paso a la agresión, me fui. Más tarde me enteré de que lo lincharon y lo despeñaron por las escaleras gemonias, donde murió también Sabino, y arrojaron luego el cuerpo al Tíber, como si se tratara de un vulgar delincuente.

Desde luego, no lloré su muerte.

Silo y yo nos dirigimos hacia el Velabro. Estaba segura de que Antonio no tardaría en descubrir dónde se escondía Domiciano y quería adelantarme a él. Tenía que hacerlo rápido para que ninguno tuviera la tentación de dejarme al margen creyendo que lograrían dominar al Senado por sus propios medios. Antonio era ambicioso y, tal y como esperaba, no le había hecho ninguna gracia mi intervención, por lo que no dudaba de que trataría de hacerse con el control total de la situación. Por supuesto, no contaba con que las familias más importantes de la ciudad no le cederían el poder sin más, y, si lo sospechaba, confiaba en que la presencia de las legiones a su mando fuera suficiente. Yo sabía que aquello no bastaría, pero, como era imposible que pudiera convencerlo de no ejecutar a los que capturara, había decidido ir a por el eslabón más débil de la cadena: Domiciano.

El hijo menor de Vespasiano conocía mi misión y confiaba, al menos en parte, en que lograra llevarla a cabo. Asimismo, comprendía la política de la ciudad, las lealtades y movimientos de unos y otros, por lo que esperaba que me apoyara ante Antonio. A él lo escucharía y, si todo salía como había previsto, sería capaz de convencerlo de que me hiciera caso.

Llegué ante la casa en la que se ocultaba, cerrada a cal y canto, en el momento en el que el liberto de Vespasiano asomaba la cabeza, dispuesto a salir. Al reconocerme, me hizo un gesto para que entrara.

–¿Traes noticias? –preguntó una vez cerró la puerta a mi espalda y ordenó que la aseguraran de nuevo.

Ante mi mudo asentimiento, me indicó que lo acompañara. Lo seguí hasta un *triclinium* muy sencillo, donde Domiciano paseaba de un lado a otro, a punto de subirse por las paredes. Lo acompañaban varios esclavos, pero ignoraba sus atenciones.

–¡Julia! ¿Qué está pasando? –Saltó en cuanto me vio aparecer, acercándose a mí en apenas un par de zancadas.

Su habitual hieratismo había desaparecido y parecía terriblemente preocupado.

–Calma, Domiciano, siéntate y hablaremos.

–¿Qué ha pasado con Vitelio? ¿Sabes algo de Antonio? ¿Cómo...?

Viendo que no lograría reprimir su impaciencia, lo tomé del brazo y lo conduje hasta uno de los divanes. El liberto nos imitó y se sentó en el que quedaba libre. Después, sus esclavos me sirvieron una copa de vino caliente.

–Vitelio ya no es una amenaza. Antonio y sus hombres lo han capturado –dije en cuanto logré que Domiciano me dejara hablar–, pero la ciudad aún no es segura para ti.

–¿Continúan los enfrentamientos? –quiso saber el liberto.

–Sí, aunque no por mucho tiempo. Roma está casi controlada –les aseguré–, pero, hasta que el Senado no proclame emperador a Vespasiano, no tendremos la certeza de que ha caído.

–¿Y a qué esperan? –masculló Domiciano–. Hasta un ciego se daría cuenta de que Vitelio está acabado.

–Paciencia. Primero deben convocar a los senadores, y, según está la ciudad, no será fácil que accedan a ello. De todos modos, antes habría que encontrarlos: algunos estarán bien escondidos.

–¿No hay nadie ocupándose de eso? –preguntó el liberto, al mismo tiempo que Domiciano fruncía el ceño.

–Supongo que Antonio.

–Quizá deberíamos ponernos en contacto con él –aventuró el hombre.

–Creo que no tardará en aparecer por aquí –comenté, sin demostrar ninguna emoción.

Domiciano se movió, incómodo.
–¿Sabe dónde estoy?
–Lo averiguará. De todos modos, Antonio también es consciente de la importancia del Senado, aunque no sé hasta qué punto...
–¿Qué quieres decir?
–Tengo la sospecha de que pretende matar a aquellos que respaldaron a Vitelio.
–¿Y cuál es el problema?
–Tu padre quiere mostrarse como un emperador clemente, Domiciano, no como un tirano. Si sus partidarios hacen una purga en el Senado, perderá el apoyo de personas influyentes, lo que no le conviene.
Vi que se enfurecía. Se puso de pie de un salto.
–¿Pretendes que los que provocaron la muerte de mi tío no reciban su castigo?
–No –repliqué con calma–, pretendo que antes de pensar en la venganza nos centremos en asegurar el trono para tu padre, lograr que el Senado al completo lo reconozca y dejar que sea él quien, a su vuelta, decida qué hacer de una manera más discreta con aquellos que se opusieron a su gobierno.
Tras reflexionar unos instantes, se dejó caer de nuevo en el diván mientras su furia se diluía.
Justo en aquel momento, alguien llamó a la puerta de la casa. El liberto intercambió una mirada disimulada con Domiciano, pero esperó. No tardaron demasiado en anunciar a Antonio Primo, que, tal y como imaginé, ya había descubierto dónde se ocultaba el hijo menor de Vespasiano. El comandante entró seguido por uno de sus tribunos. En cuanto me vio, apretó los dientes, pero no dijo nada, sino que se dirigió directamente a Domiciano.
–Señor –saludó con una ligera inclinación de cabeza–, la ciudad ha sido tomada y el ejército de vuestro padre está restaurando el orden. Es cuestión de tiempo que los últimos partidarios de Vitelio sean capturados.
Un manto de silencio cayó sobre la estancia mientras Domiciano evaluaba con la mirada a Antonio.
–Al fin buenas noticias –comentó cuando la tensión comenzó a aumentar–. Ven, siéntate con nosotros, comparte nuestro vino y permíteme que te dé las gracias tanto en mi nombre como en el de mi familia.
Antonio asintió, aceptando la invitación, aunque sin relajar un ápice su expresión.
–Lamento la pérdida de vuestro tío –dijo, ignorándome y centrando su atención en Domiciano.
El joven se estremeció levemente, pero esa fue su única reacción.

–Si hubieseis huido de Roma cuando os lo propuse, quizá seguiría vivo –dijo Antonio.
–Quizá –intervine, sabiendo lo que pretendía–. Y quizá también estaría con nosotros ahora si el ejército hubiera entrado antes en la ciudad –comenté. Sus ojos tomaron un matiz colérico–. No obstante, el pasado es algo que no se puede cambiar: centrémonos en el presente.
El liberto, que también había captado las intenciones de Antonio de manipular a Domiciano a su favor, se apresuró a hablar.
–¿Cuál es la situación ahora mismo?
El comandante nos observó. No parecía especialmente contento de que un exesclavo y una mujer cuestionaran sus acciones.
–Hemos tomado la zona este de la ciudad y el sur está controlado. Aún hay enfrentamientos en el campo de Marte, pero es cuestión de tiempo que los últimos defensores se rindan. El cuartel de los pretorianos ha sido aislado y estamos negociando su salida.
–¿Y Vitelio? –preguntó Domiciano.
–Muerto –nos confirmó Antonio–. En estos momentos, la ciudad no tiene un líder claro.
–Sin embargo, para eso estás aquí, ¿no? –inquirí con fingida inocencia.
El comandante me observó, muy serio.
–Los hombres desean celebrar su victoria proclamando príncipe a Domiciano y no voy a ser yo quien se lo impida.
Todos miramos al joven, que se agitó incómodo en su diván.
–Aceptaré ese honor gustoso.
Antonio inclinó levemente la cabeza y bebió un largo trago de vino. En el momento en el que me disponía a mostrar mis dudas acerca de lo conveniente de aquella decisión, intervino el liberto.
–No quiero cuestionar a tus hombres, pero ¿es la ciudad lo bastante segura como para que Domiciano no corra riesgos?
El comandante lo atravesó con la mirada.
–Roma es nuestra. Todo el mundo sabe que Vespasiano es el nuevo emperador *de facto*. Nadie se atreverá a hacerle nada a su hijo: aceptarán su autoridad.
–¿Incluso el Senado? –intervine con suavidad. Me di cuenta de que había metido el dedo en la llaga en cuanto su gesto se crispó.
–No tienen otra opción. Si no, me encargaré de ellos.
–Dejarás muchos huecos vacíos en la Curia, entonces –comenté dando un sorbo a mi copa–. Dudo que eso sea del agrado de Vespasiano.
Antonio entrecerró los ojos.
–¿Quién eres tú para conocer los planes del emperador?
–Nadie, por supuesto –me apresuré a responder–. El único en esta sala que puede hablar en su nombre es Domiciano.

Todos nos volvimos de nuevo hacia el joven, que titubeó al notar el peso de la responsabilidad.

–No considero apropiado acabar con la vida de los senadores rebeldes –reflexionó con calma–. La decisión sobre su futuro solo puede tomarla mi padre.

Antonio resopló sonoramente.

–¡Son un peligro! Podrían organizarse y prolongar esta guerra, tenemos que acabar con ellos.

–O convencerlos para que nos brinden su apoyo –comenté.

–¿Acaso no es eso lo que Sabino llevaba meses intentando, sin resultados? –replicó Antonio con el ceño fruncido. Sabía que su mirada pretendía intimidarme, pero no lo logró.

–Yo no soy Sabino –le recordé.

La tensión entre nosotros aumentó y Antonio mostró su escepticismo con otro bufido.

–Te llevaría semanas –replicó.

–Dadme tres días. Si tras ese tiempo no lo he conseguido, los senadores serán tuyos y no me interpondré. No obstante, tengo una condición.

El gesto sombrío de Antonio me indicó que aquello no le hacía ninguna gracia.

–Habla.

–Necesito que no haya impedimentos ante lo que me propongo. Tus hombres deberán darme acceso a los prisioneros y aceptar mis peticiones.

–He indagado sobre ti –comentó al fin–. ¿Cómo sé que no resultarás tan traidora como tu padre?

Aunque aquello no me lo esperaba, encajé el golpe sin inmutarme.

–Debería bastarte la confianza que Vespasiano ha depositado en mí para llevar a cabo esta misión y la presencia de mi hermano en Alejandría, a su lado.

–Eso no demuestra tu lealtad.

–Antonio –lo llamó Domiciano, muy pálido–, es normal que tengas tus reservas sobre Julia, pero, si no fuera por ella, no estaríamos teniendo esta conversación: fue ella quien me sacó del Capitolio cuando la guardia pretoriana estaba a punto de matarme. Deja que se encargue de convencer a los senadores rebeldes y, si falla, lo haremos a tu manera. No correremos riesgos, tus tropas controlan la ciudad.

El comandante me miró de nuevo. La de Domiciano no era la única vida que había salvado últimamente y él lo sabía. Ni siquiera parpadeó cuando cedió.

–Está bien, pero lo supervisaré.

No esperaba menos. Le hice un gesto con la cabeza para mostrar mi conformidad. El ambiente se relajó, aunque Antonio aún permanecía

muy serio cuando se volvió hacia Domiciano.

–Considero que deberíamos partir hacia el foro cuanto antes para vuestro nombramiento o las tropas se impacientarán.

El joven asintió ocultando su nerviosismo y se puso en pie en el mismo momento que el liberto.

–Te acompañaré –dijo este, que era evidente que no se fiaba del todo de Antonio.

Yo también le aseguré que no andaría muy lejos, y poco después todos abandonamos la casa. Cuando iba a tomar otro camino hacia el centro de la ciudad, Antonio me agarró por un brazo, antes de que Silo tuviera la oportunidad de interponerse.

–¿Cómo puedo contactar contigo?

Me solté de un tirón y retrocedí un paso.

–No puedes. Seré yo quien acuda a ti.

Antonio gruñó, pero no le hice caso. Sin permitirle responder, me fui antes de que se le ocurriera ordenar que me siguieran.

Después, asistí a la proclamación desde el anonimato que me proporcionaba mezclarme con el pueblo. Aunque hubo vítores, gritos y aplausos, noté que la multitud estaba allí más por curiosidad que por un sentimiento de lealtad. Asimismo, me fijé en que, entre los presentes, faltaban varios senadores y nobles que tendrían que justificar su ausencia ante Antonio.

Durante el resto de la tarde, Silo y yo nos dedicamos a conseguir información sobre aquellos que no habían apoyado el nombramiento de Domiciano. A grandes rasgos, coincidían con quienes respaldaron a Vitelio. Cuando me cansé de dar vueltas y localicé a la mitad de los miembros rebeldes del Senado, casi todos refugiados en casas de clientes o libertos de sus familias, fuimos a ver a Antonio.

Aunque lo disimulaba dando órdenes a sus hombres, su rapidez a la hora de hacer que nos quedáramos a solas me dio pistas de su impaciencia. Sabía que se había pasado la tarde con Domiciano, recibiendo las felicitaciones de todos los aduladores de Roma. No me extrañaba que, tras aquella tortura, estuviera ansioso por volver a la acción.

–¿Qué es esto? –preguntó con desconfianza, cogiendo la tablilla que acababa de tenderle.

–Los nombres de los senadores contrarios al emperador. También he anotado dónde se ocultan aquellos a los que he logrado encontrar.

Antonio me observó con la cautela asomando a los ojos. Después, leyó la tablilla y casi pude verle compararla mentalmente con sus propios datos. Cuando la dejó sobre la mesa, intentó atravesarme con la mirada. Ya debería haberse dado cuenta de que aquello no funcionaba conmigo.

–Mis hombres llevan todo el día patrullando la ciudad para conseguir

esta información. ¿Cómo has reunido el doble en la mitad de tiempo?
–Señor, llevo meses estudiando a cada uno de los miembros del Senado, analizando sus redes clientelares, familias, lealtades y patrimonio. Conozco el valor de sus fortunas, los escándalos que se esfuerzan por esconder y las deudas que jamás admitirán tener.
–¿Por eso estás tan segura de conseguir que se pongan de nuestro lado?
No respondí, pero vi que Antonio comenzaba a comprender por qué Vespasiano me había enviado. Seguía sin confiar en mí, pero era capaz de reconocer que podía serle de utilidad.
–Te firmaré un salvoconducto para con mis hombres, aunque responderás ante mí –resolvió–. Tienes tres días para convencerlos. ¿Te ves capaz?
–Si lográis capturarlos a todos en ese tiempo, sí.
–He organizado una redada esta noche –me confió al fin–. Entre tu información y la de mis hombres, confío en encontrar a la mayoría de los senadores rebeldes o, al menos, a aquellos que no han huido de la ciudad.
–En ese caso, volveré al alba.
–Quiero que antes hagas algo –me retuvo Antonio. Por su tono, supe que lo había estado reflexionando–. Acompaña a mis hombres esta noche durante la redada. Si conoces a los senadores tan bien como afirmas, podrás identificarlos y ahorraremos mucho tiempo.
No me lo estaba pidiendo, sino ordenando, y ambos sabíamos que no podría negarme. Era muy consciente de que la ciudad estaba bajo su control, al menos de momento, y no me convenía enfrentarme a él.
–Por supuesto –dije, con una leve inclinación de cabeza–, aunque quiero el salvoconducto antes.
Antonio no dijo nada, pero tomó un trozo de pergamino y, con una estudiada calma, comenzó a escribir en él. Al terminar, utilizó su anillo para sellarlo antes de tendérmelo. Lo leí dos veces para cerciorarme de que estaba de acuerdo. Después, lo oculté entre los pliegues de mi capa.
–Irás con Marcelo –me explicó–, uno de mis centuriones. Recorreréis el sur de la ciudad: el Aventino, desde el emporio, y el Celio, hasta la puerta asinaria.
–Eso es mucho territorio para cubrir en una sola noche.
Antonio se encogió de hombros.
–No tenéis que ir casa por casa. Marcelo llevará un listado con los senadores de esos barrios.
Asentí y Antonio dio aquella reunión por finalizada.
–Antes de marcharme –dije mientras el comandante se ponía en pie– quiero dejar clara una cosa: ¿el centurión me obedecerá?
–Marcelo cumple órdenes.

–No es eso lo que he preguntado –repliqué.

Vi que Antonio apretaba los dientes.

–Lo hará –aseguró– siempre que tus órdenes no interfieran con las mías, que se reducen a capturar a los senadores con vida.

–En ese caso, no habrá ningún problema.

Antonio dudó, pero no lo expresó en alto. A continuación, llamó al centurión, que se presentó ante su comandante con un saludo militar. Era un veterano y se le notaba: debía llevar toda su vida en el ejército. Aunque no le hizo gracia saber que, a grandes rasgos, tendría que obedecerme, no puso ninguna objeción. Por el vistazo que me echó, supuse que pensaba que podría manejarme con facilidad.

Cuando al fin salimos, había comenzado a oscurecer con la fría calma que traen las noches de invierno antes de que se desate la tormenta. Neviscaba. Marcelo, que debía tener la esperanza de poder librarse de mí cuanto antes, decidió ir a pie y rechazar el caballo que nos ofrecieron. Buscó mi reacción, pero no la encontró. Desde luego, si pretendía asustarme con una caminata no lo conseguiría: llevaba meses recorriendo Roma de un lado a otro. Marcelo pareció decepcionado cuando advirtió que soportaba su marcha rápida. A nuestra espalda, treinta hombres nos seguían en formación.

Intenté colocarme mejor la capucha. Hacía tanto frío que, antes de llegar al Aventino y a pesar de que mis botas eran de buena calidad, apenas sentía los pies al andar. Además, el gélido viento que soplaba desde el oeste, desde las montañas, se nos metía hasta los huesos. Apenas nos encontramos a nadie por la calle, pero los pocos que vimos desaparecieron rápidamente al darse cuenta del peligro que representábamos. Aquella noche la ciudad se teñiría del rojo de la sangre y sus habitantes lo sabían.

Cuando llegamos ante una casa anodina de tres pisos, propiedad de un comerciante de telas cliente del senador rebelde al que buscábamos, Marcelo distribuyó a sus hombres de manera que la rodearan por todas partes. Tuvo la deferencia de anunciarse y exigir su rendición, pero, ante la ausencia de respuestas, los soldados tiraron la puerta a patadas e irrumpieron en el edificio como una manada de hienas. No tardaron demasiado en salir arrastrando a un hombre de mediana edad que intentaba resistirse con todas sus fuerzas.

Lo reconocí y se lo indiqué a Marcelo, que hizo que lo redujeran a golpes. Después, para mi sorpresa, los soldados sacaron sin miramientos a todos los habitantes de la casa, entre los que distinguí a varios niños, y se entregaron al saqueo sistemático.

–Se suponía que teníamos prisa –mascullé.

El centurión se encogió de hombros.

–No puedo evitar que se diviertan, pero serán rápidos.

Rumié para mí misma una réplica y decidí tener paciencia. A la

tercera casa que asaltaron, cerca de la puerta que llevaba a Ostia, tenía que esforzarme para que no se me notara que estaba furiosa. Estaba aterida, quería volver a mi destartalado apartamento y la escala de violencia aumentaba a tal velocidad que, cuando llegáramos a las últimas casas, estaba segura de que se produciría alguna muerte. De momento, ya había visto a varias personas inconscientes y una violación.

–¿Van a hacer lo mismo en todas?

Marcelo ni siquiera me miró.

–Son enemigos del emperador. Es lo mínimo que merecen.

–Mientras tus hombres se encargan de dar palizas a esclavos, nuestros verdaderos objetivos pueden estar huyendo aprovechando que ha anochecido.

El centurión no pareció preocupado.

–Las puertas están cerradas, las tropas patrullan las calles y Roma está bajo nuestro control. No irán a ningún sitio.

Supe que era inútil intentar que cambiara de opinión, por lo que me resigné a esperar. Tal y como había vaticinado, las escenas se encrudecieron en cuanto fueron avanzando las horas y los soldados se dejaban llevar por la violencia.

–Esta es la última casa –comentó Marcelo en cuanto llegamos a las proximidades del templo del divino Claudio.

La *domus* se alzaba igual de anodina que sus vecinas, pero ocupaba una manzana entera. Las puertas, firmemente cerradas, y las piedras, que llovieron sobre los soldados desde las ventanas superiores en cuanto estos se acercaron, anunciaron que sus ocupantes se defenderían.

No esperaba menos. Era la casa de Livia. Tuve que armarme de valor para atreverme a mirar. Su esposo, Vitalis, había sido uno de los mayores apoyos de Vitelio durante los pocos meses que duró su reinado. Sabía que no fue tanto por convicción como por miedo, pero, aun así, logró establecer a su alrededor un grupo de senadores fieles a Vitelio. Por mucho que me pesara, tuve que darle un puesto de honor en mi lista y vigilarlo durante meses. Aquello me permitió ver a Livia un par de veces, pero me mantuve alejada de ella.

Supuse que Vitalis no abandonaría su casa ni se escondería disfrazado de esclavo, era demasiado orgulloso para ello, y, por lo visto, no me había equivocado. En su lugar, formó un ejército con sus esclavos y libertos para que protegieran su propiedad.

En aquel momento, justo cuando los soldados de Marcelo, protegidos por sus escudos, intentaban tirar la puerta con un ariete, comenzó a nevar. Los blancos pétalos de nieve cayeron sobre nosotros, insensibles a la batalla que estaba teniendo lugar en la calle. Las antorchas chisporrotearon y los perros ladraron, pero su sonido quedó

amortiguado por la quietud heladora del invierno.

Lo que no fue capaz de acallar fue la voz de mi conciencia, que gritaba ante el horror que se avecinaba. Noté que Silo me observaba, consciente de mis remordimientos. Al fin y al cabo, fue Livia quien avisó a Filipo de las intenciones de Vitelio y, gracias a eso, yo pude huir de Roma y salvar la vida. Sin ella, estaría ocupando un nicho en el mausoleo de mi familia. Mi conciencia, que continuaba teniendo su voz, me echó en cara que trajera un ejército ante las puertas de su casa y lo arrojara sobre su familia. Intenté acallarla, recordándole que no era culpa mía y que aquello era inevitable, pero, en cuanto la puerta cedió, su grito fue insoportable. Me estremecí con el sonido de la lucha, pero no aparté la mirada.

Poco después, los hombres de Marcelo sacaron a rastras a Vitalis, que se debatía con todas sus fuerzas. Lo habían desarmado, pero, por la sangre que manchaba sus túnicas, supe que el expretor de Grecia no se dejó capturar sin oponer resistencia. Si no se estaba quieto, acabarían matándolo.

La figura que salió corriendo tras él también se dio cuenta, porque oí sus ruegos desde donde estaba. Livia, con su hijo de poco más de un año en brazos y llorando, suplicó a su marido que dejara de resistirse. Vitalis se derrumbó al ver a su esposa arrodillada sobre el suelo, que empezaba a cubrirse de nieve en aquella fría noche invernal.

Los soldados lo inmovilizaron y se lo llevaron entre improperios, directo a la cárcel Mamertina. Fue entonces cuando la escena se me hizo insoportable y mis remordimientos amenazaron con matarme.

–Esta casa, no –dije muy seria volviéndome hacia Marcelo.

El centurión, con la luz de la antorcha que portaba reflejada en los ojos, me miró como si me hubiera vuelto loca.

–Ha sido la que más resistencia ha opuesto. Tendríamos que reducirla a cenizas.

–Como enviada de Vespasiano, tengo plenos poderes para hacer lo que considere respecto del Senado y sus miembros –le recordé–, lo que incluye sus bienes y propiedades. Si saqueáis esta casa contraviniendo mis órdenes, puedes tener la absoluta certeza de que el emperador tendrá noticias de ello junto con el nombre de los responsables.

Marcelo me observó durante unos instantes y, cuando se cercioró de que hablaba en serio, comenzó a maldecir. Sin embargo, dio la orden de retirarse a sus hombres, que dudaron. Tuvo que emplear toda su autoridad para que lo obedecieran y, aun así, algunos intentaron protestar, lo que el centurión no permitió.

–Antonio sabrá de esto –me amenazó escupiendo al suelo.

Me mantuve firme.

–Yo misma se lo diré –repliqué, sin dejar que mi voz reflejara el alivio al ver que los soldados retrocedían.

En aquel momento, Livia, que intentaba comprender qué estaba pasando, se giró y miró en mi dirección. Con rapidez, me alejé de la luz de la antorcha y tiré de la capucha que me cubría el rostro, de modo que no pudiera reconocerme. Tuve la impresión de que se quedaba pensativa, pero sus esclavos la rodearon y la acompañaron de nuevo al interior sin darle la oportunidad de plantear ninguna pregunta.

–Esta era la última casa –dijo Marcelo, volviendo a reclamar mi atención–. Mis hombres y yo seguiremos buscando rebeldes. Tú puedes hacer lo que te plazca.

–No estoy aquí para ayudaros a saquear –repliqué sabiendo que esas eran sus intenciones– y mi presencia no es necesaria, por lo que es mejor que me vaya. Si veo que alguien me sigue, tendrás un problema.

Marcelo apretó los dientes, pero se encogió de hombros. Unos momentos más tarde, reunió a todos los soldados y se encaminó al oeste. Le hice un gesto a Silo, que desenvainó su espada, antes de echar a andar hacia el norte.

Recorrimos Roma atentos a cualquier peligro, pero la fortuna fue benévola con nosotros y nos permitió alcanzar la Subura sin incidentes. Aquella noche inhóspita, hasta la más baja estofa se refugiaba en sus guaridas.

Cuando llegamos al apartamento, Silo se apresuró a encender el brasero para que pudiéramos entrar en calor. Me dolían tanto los pies que pensé que jamás lograría que se descongelaran.

Aquella noche dormimos acurrucados el uno contra el otro para no morir de frío.

* * *

A la mañana siguiente, después de una noche fría y repleta de pesadillas, nos acercamos a la cárcel Mamertina. La nieve no llegó a cuajar sobre los adoquines, pero la humedad se había congelado sobre ellos y los volvía resbaladizos.

Los dos hombres que guardaban la puerta reconocieron el sello de Antonio en cuanto les mostré el salvoconducto y uno de ellos fue a llamar a su superior. Poco después, un tribuno que parecía haber pasado la noche de guardia me observó de arriba abajo sin mucha ilusión antes de leer el documento. Por las dudas, también le enseñé el de Vespasiano.

–Antonio me avisó de que podrías aparecer por aquí, aunque no te esperaba tan pronto. Sígueme –me ordenó.

–¿Cuándo llegará él?

–Cuando amanezca, supongo, aunque mandaré enseguida a alguien para avisarlo de tu presencia aquí.

Me hizo pasar a una sala angosta, muy cerca de la puerta, donde

debía haberse pasado media noche.

–Esta es la lista de todos los que me han ido trayendo –indicó–. Antonio supuso que querrías consultarla.

Tomé asiento en la banqueta que me señaló antes de aceptar las tablillas.

–¿Hay algo más que deba saber?

–Se ha convocado una reunión del Senado.

–¿Cuándo?

–A mediodía.

Torcí el gesto. Apenas tendría tiempo para convencer a los senadores.

–¿A qué se debe tanta prisa?

El tribuno dudó, pero sabía que, de todas maneras, pronto me enteraría.

–Muciano, el gobernador de Siria, junto con el ejército enviado por el emperador desde Oriente, está a menos de un día de aquí. Llegará al atardecer. Se espera que, para entonces, el Senado haya tenido la oportunidad de deliberar y esté preparado para proclamar emperador a Vespasiano al día siguiente.

Aunque no lo dijo, aquello suponía que la ciudad dejaría de estar bajo control de Antonio y pasaría a manos de Muciano. Quizás había logrado convencer a Antonio y ponerlo de mi parte, pero el gobernador de Siria era harina de otro costal. Era consciente de mis limitaciones y sabía que estaba fuera de mi alcance: tenía que darme prisa si quería cumplir con mi misión.

Con el ceño fruncido, seguí repasando la lista de nombres bajo la atenta mirada del tribuno hasta que uno me llamó la atención. No obstante, no hice ninguna observación y continué hasta el final. Después, le tendí mi lista, y tuve que reconocer que habían sido metódicos: apenas se les escaparon media docena de senadores.

–Quiero hablar con los prisioneros.

El hombre leyó lo que había escrito y me hizo una seña.

–Antonio ha dispuesto que se te proporcione una sala y una escolta. Ellos te acompañarán.

Comprendí que el tribuno quería librarse de mí para poder organizar la búsqueda de los que faltaban, por lo que salí en silencio. En el angosto pasillo, dos soldados me pidieron que los siguiera. Miré a Silo, que asintió con gesto grave.

Tuve que armarme de valor para adentrarme tras ellos en las profundidades de la cárcel. Ahí era donde latía el corazón negro de la ciudad, donde las tinieblas de Roma se refugiaban y amenazaban con devorarlo todo, especialmente tras aquella noche, la más oscura en años. La urbe titilaba como una vela a punto de apagarse, como si el amanecer no se atreviera a llevarle la luz que permitía la vida.

Reprimí un escalofrío mientras avanzaba. La humedad se metía hasta

los huesos y el frío formaba volutas de vapor cada vez que respirábamos. Aquello había sido una antigua cantera y nunca estuvo destinada a ser habitada, por lo que la naturaleza se encargaba de crear un clima inhóspito.

Llegamos al nivel de las celdas. Los guardias me indicaron que, más allá, estaba el *Tullianum* o cisterna vacía donde se arrojaba a los condenados a muerte. Me alegré de no tener que ir allí: Antonio había tenido la consideración de mantener a los rebeldes en la parte menos dura de la cárcel.

Los soldados fueron aproximando las antorchas a cada una de las celdas, de modo que pudiera ver a los desgraciados que habían pasado la noche allí. Rostros pálidos y ojos cansados me devolvieron la mirada a pesar de que mi cara estaba bien oculta por la capucha. Parecían fantasmas desaliñados que esperaban su tormento con la paciencia del que sabe que, tarde o temprano, este llegará. Reconocí a muchos senadores cuyas sonrisas de suficiencia se habían convertido en gestos demacrados. Sin embargo, también fui capaz de identificar a varios hombres que, sin pertenecer al Senado, compartían el destino de los rebeldes.

–Ese –dije señalando a una figura alta con el pelo revuelto.

Los soldados obedecieron en el acto. Abrieron la celda, ignoraron las súplicas del joven y lo llevaron prácticamente a rastras hasta una sala vacía. Sus gritos resonaron en el silencio espeso que envolvía las celdas. Temblaba como una hoja en otoño y ni siquiera hizo el intento de levantarse del lugar en el que había caído de rodillas. Las cadenas que le atrapaban las muñecas tintineaban cada vez que se estremecía y noté que se le aceleraba la respiración, presa del pánico. Los soldados nos dejaron a solas con él y, gracias a la antorcha que llevaba Silo, pude ver la sangre seca que ensuciaba la túnica del preso y los golpes que le coloreaban la piel.

–Por favor –suplicó desde el suelo, sollozando–, yo no he hecho nada, lo juro, no he hecho nada… No quiero morir, por favor…

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta y me arrodillé ante él. Después, me quité la capucha de modo que pudiera verme la cara.

Mi primo parpadeó, como si no fuera capaz de creer lo que tenía delante.

–¿Julia?

Noté que se me humedecían los ojos.

–Ay, Lucio, pero ¿qué te han hecho? –musité antes de abrazarlo.

Pude ver que su incredulidad daba paso al alivio. Después, se derrumbó entre mis brazos, llorando. Dejé que se desahogara apoyado en mi hombro.

–Lo siento –sollozó incapaz de dejar de temblar–, lo siento muchísimo, Julia, yo… pensé que habías muerto, me dijeron que el

naufragio no había tenido supervivientes. –Se separó de mí para poder mirarme a los ojos–. Aquello que te dije en tu casa no era cierto, estaba muy enfadado, yo... lo siento tanto...

–No pasa nada –le aseguré limpiándole una lágrima con el pulgar–, hace mucho que te perdoné. Yo también me equivoqué y nada de lo que dije lo pensaba de verdad. No debí mandarte a la guerra. Lo siento, Lucio.

Él se estremeció, como si el peso de los remordimientos hubiera sido demasiado para él, y rompió a llorar débilmente de nuevo apoyado en mí.

Le di unos instantes antes de tomarlo por los hombros y revisar su aspecto.

–¿Estás herido?

Lucio negó, intentando tranquilizarse. Tenía la piel muy fría y la mugre de la cárcel se había pegado a él, como una capa pegajosa de suciedad.

–¿Te han dado algo de comer?

Mi primo volvió a negar con la cabeza mientras una lágrima solitaria le recorría la mejilla. Rebusqué bajo mi capa y le tendí la manzana que había cogido esa mañana. Lucio la devoró como si fuera un manjar, todavía temblando.

–¿Cómo has acabado aquí?

–Solo intentaba que no asaltaran nuestra casa, nada más. Me sorprendieron los soldados antes de que lograra esconderme, pero no he hecho nada... Tienes que creerme, Julia...

Hice que volviera a mirarme a los ojos.

–Te creo. Te voy a sacar de aquí, Lucio.

–Jamás me dejarán ir–susurró.

–Confía en mí –le pedí–. Puedo hacer que te liberen, pero necesito que me digas algo.

Él negó, con la desesperanza pintada en la cara.

–Ni siquiera tú tienes los contactos para sacarme de aquí. Sabino... Sabino ha muerto.

–Lo sé –respondí con suavidad–, pero te equivocas. Estoy aquí, ¿no? ¿Cuántas visitas han dejado pasar desde que os apresaron?

Mi primo reflexionó y frunció el ceño al darse cuenta de que yo era la primera.

–¿Cómo...?

–Te lo explicaré –le prometí–, pero apenas nos queda tiempo. Sé que tu padre ha apoyado a Vitelio durante estos meses y sé que por eso asaltaron vuestra casa, pero él no estaba allí. ¿Dónde se ha refugiado?

–Lo matarán, Julia –sollozó débilmente.

–No. Escúchame. Vespasiano no pretende acabar con los miembros del Senado siempre y cuando estos le juren lealtad. Hoy al mediodía

hay una reunión a la que deben asistir todos. Si él no aparece, lo declararán traidor y ya sabes lo que ocurre en esos casos.

Lucio se estremeció, recordando la muerte de mi padre, pero volvió a negar con la cabeza.

–He visto a los senadores que han detenido, también están aquí –susurró–. Dicen que los ejecutarán en cuanto Muciano alcance la ciudad, que será implacable.

–No creas todo lo que oyes, Lucio. Ellos están tan asustados como tú y se ponen en lo peor, pero tienen la posibilidad de salvarse. Haz que tu padre también la tenga... Dime dónde está e iré a hablar con él.

Mi primo dudó. En el silencio que se formó, oímos pasos y retazos de conversaciones a lo lejos, que se fueron haciendo más fuertes a medida que se acercaban.

–Solo tendrá esta oportunidad –musité en un último intento de convencerlo.

–¿Me sacarás de aquí?

–Te lo prometo.

En el momento en el que un hombre ordenaba a los soldados que guardaban la puerta que se apartaran, Lucio me dio la información que necesitaba.

–Está en tu casa, Julia.

–Gracias –murmuré poniéndome en pie. Un instante después, Antonio Primo entró en la sala. Para dejar claro su rango, seguía llevando el uniforme militar y Lucio pudo identificarlo enseguida.

Vi que mi primo intentaba retroceder con el miedo pintado en la cara cuando el comandante, algo confundido, se fijó en él.

–Lleváoslo –ordenó a sus hombres. Estaba segura de que se informaría de quién era.

Dos de los soldados se apresuraron a hacer que Lucio se pusiera en pie y lo sacaron de la sala sin miramientos. El comandante observó por última vez cómo se lo llevaban antes de volverse hacia mí.

Sin embargo, no le di la oportunidad de preguntar.

–He visto que la redada de ayer dio buenos resultados –comenté.

–Hemos logrado atraparlos a casi todos –admitió–. Además, he hablado con Marcelo –añadió, buscando mi reacción.

Supuse que el centurión se había quejado de mí ante su superior.

–Espero que no haya ningún problema...

–Me gustaría que me explicaras ciertas cosas. –Su tono me avisó de que estaba molesto.

En aquel momento, el tribuno que había visto antes, a la entrada, nos interrumpió con gesto grave y le tendió a Antonio una misiva que acababa de llegar. El comandante reconoció el sello, porque vi cómo su expresión se ensombrecía. Sin decir nada, se dio la vuelta y, tan rápido como había llegado, desapareció de nuevo escaleras arriba.

Decidí aprovechar aquella oportunidad y continuar con lo que me traía entre manos sin Antonio revoloteando a mi alrededor.

–Traedme a Vitalis –dije, volviéndome hacia los guardias, que se apresuraron a obedecer. Al igual que a Lucio, a Vitalis también lo habían encadenado. Tenía la túnica desgarrada, manchas de sangre en los brazos y el ceño fruncido en un porte que, pese a las circunstancias en las que se encontraba, denotaba cierto orgullo. Lo observé resguardada entre las sombras que proyectaba la antorcha. Los guardias lo empujaron al interior de la estancia en la que me encontraba y, sin que tuviera que decirles nada, nos dejaron a solas. Poco quedaba del hombre afable que recordaba, aunque su determinación seguía intacta, igual que su carácter.

–¿Vais a torturarme? –preguntó, alternando la mirada entre Silo y yo, con los ojos entrecerrados. La luz le molestaba tras una noche a oscuras y no era capaz de distinguir nuestros rasgos.

Di un paso al frente, de modo que el fuego me iluminara la cara.

–¿Sabes quién soy?

El senador rebuscó entre sus recuerdos, intentando ubicarme.

–Julia, la hija de Vestino. ¿Qué quieres de mí?

La noche en prisión no lo había ablandado lo más mínimo y tanto su postura como su tono me indicaban que estaba a la defensiva. En aquel momento, aunque le ofreciera la salvación y todo el oro que hubiera en las arcas del Estado los rechazaría por principio. Lo necesitaba más receptivo.

–Ayudarte.

Él bufó con escepticismo.

–Ahora mismo nadie puede ayudarme.

Me di cuenta de que esperaba que me mostrara compungida o, al menos, sorprendida por la dureza de su tono para poder descargar su frustración con alguien. Sin embargo, yo no estaba allí para dejarme pisotear y también conocía el juego al que intentaba arrastrarme. Levanté la cabeza, con la mayor dignidad que pude, y lo miré a los ojos con la frialdad de una estatua de alabastro antes de atacar su punto débil.

–Livia lamentará oír eso. Está muy preocupada.

Vitalis titubeó. Mi amiga se había ganado el afecto de su esposo y sabía que, con el paso del tiempo, este había llegado a tener un gran aprecio por ella.

–Livia se preocupa por todo –comentó con un tono desenfadado que me indicó que estaba lanzando un farol.

–En ese caso, le diré que estás bien –repliqué, dándome la vuelta, dispuesta a irme.

El senador tardó un poco más de lo que esperaba, pero, cuando alcé la mano para golpear la puerta y que los guardias me abrieran, dejó

caer el muro tras el que se ocultaba.
–¡Espera! –me retuvo, dándose cuenta de que iba en serio. Giré la cabeza hacia él, de manera que pudiera verlo de reojo–. ¿Cómo... cómo está Livia?
Noté la preocupación y sonreí levemente sin que pudiera verme al comprender que había picado el anzuelo.
–¿Cómo crees que está después de lo ocurrido ayer?
Él pareció un tanto atónito de que mantuviera aquel tono gélido y volvió a dudar. Le vi desviar la mirada al suelo y estremecerse.
–¿Le... le hicieron algo? –murmuró tan bajo que me costó oírlo.
–No, pero poco faltó.
Vitalis, que había contenido la respiración, suspiró con una mueca de alivio.
–¿Y mi hijo?
–Está bien. Es demasiado pequeño como para que pueda acordarse cuando crezca. No obstante, necesitará a su padre.
El senador clavó sus ojos en los míos.
–¿Qué quieres decir?
–¿Sabes lo que les pasa a los hijos de un traidor, Vitalis? –inquirí desviando el tema. El hombre apretó los dientes, pero guardó silencio–. En primer lugar, se les prohíbe celebrar un entierro público por su padre. Nada de honores ni discursos alabando los logros familiares. Después, cuando las cenizas del difunto no han terminado de enfriarse, llegan los enviados de la hacienda pública. Hagan lo que hagan, en menos de un año estarán en la ruina, obligados a marcharse de Roma. No obstante, jamás podrán huir de la mancha que ha quedado sobre su apellido: no podrán aspirar a cargos públicos, ni a matrimonios ventajosos ni a puestos en el ejército. En dos generaciones serán campesinos. Eso teniendo en cuenta que los hijos tengan la edad suficiente como para ser políticamente relevantes: si son menores, como es el caso del tuyo, se les suele ahorrar el sufrimiento con un pasaje pagado al Hades junto a su padre.
Vitalis cerró los ojos.
–Yo no soy un traidor.
–No –admití–, de momento solo eres uno de los apoyos principales de un emperador derrocado, pero la línea entre ambos es muy fina. –Busqué su reacción, pero al no obtenerla decidí aumentar la presión–. A mediodía se ha convocado una reunión del Senado –le revelé, y me miró–. En ella se decidirá proclamar emperador a Vespasiano y se demostrará la lealtad de sus miembros, de todos.
Vitalis volvió a apretar los dientes.
–¿Por qué vienes a decírmelo a mí, Julia?
–Por Livia –admití–. Puedo protegerla, pero será más fácil si también te tiene a ti. No obstante, no te equivoques –le advertí–. Una cosa es

que pueda hacerme cargo de ella y otra muy distinta es que en esa protección te incluya a ti o a tus bienes. Si caes, a ella no le quedará más que su dote. Es más, si caes, ni ella ni yo podremos poner a salvo a tu hijo –dije, intentando hacerlo reaccionar. Ante su silencio, continué, implacable–. ¿Sabes por qué tengo que hacer esto? Es la única manera de borrar la mancha que la acusación de traición de mi padre dejó junto a mi nombre. No creo que quieras que a tu hijo le ocurra lo mismo, si sobrevive.

–¿Y tú me pides que traicione mis ideas? –siseó el senador.

–Lo que te pido es que no las antepongas a tu familia.

Vi que se enfurecía.

–¿Qué futuro le espera a mi familia con un emperador que proviene de la plebe sabina? –bramó con desprecio–. El Senado jamás lo aceptará.

–¡El Senado hará lo que se le ordene! –le espeté–. Despierta, Vitalis. La República cayó hace mucho tiempo. ¿Acaso crees que esos viejos decrépitos de la Curia no venderían hasta a su madre para conservar la cabeza? ¡Acatarán!

–Son unos cobardes –admitió rechinando los dientes–, pero tú no conoces a Vespasiano: yo lo he sufrido en las sesiones del Senado... Es rural, se relaciona con libertos, su gobierno de África fue un desastre... ¡y pretende hacerse con todo el Imperio! ¡Hundirá Roma!

–¿Acaso era mejor Vitelio? –repliqué–. ¿Vitelio, que se dedicó a despilfarrar todo lo que quedaba en las arcas públicas, que se despreocupó del gobierno mientras se revolcaba en el lujo, que murió como un cobarde, linchado por su propio pueblo?

El senador hizo un esfuerzo por controlarse.

–No, por supuesto que no.

–¿Entonces por qué te empeñas en defender una postura que ya no tiene razón de ser?

Vitalis alzó la cabeza.

–Es una cuestión de honor. Di mi palabra y no puedo romperla.

Retrocedí un paso.

–Claro que puedes. Hazlo para sobrevivir, por ti y por tu familia.

–A pesar de todo, ellos estarán a salvo –me aseguró.

Entonces fue cuando lo entendí. Vitalis de verdad creía que su linaje y sus apellidos protegerían a Livia y a su hijo: se comportaba como si Roma se lo debiera. Me envaré.

–Solo si haces lo que te digo. –Él me observó con cierto aire de suficiencia–. Vas a convencer al resto de los senadores que están aquí para que apoyen a Vespasiano –le expliqué–, a todos.

–Entonces sí que me verán como a un traidor...

–Oh, pero eso lo harán. Aunque no accedas a lo que te pido.

Vitalis pareció confundido y sus cadenas tintinearon.

–¿Qué quieres decir?

Le sonreí débilmente al tiempo que empezaba a pasear a su alrededor.

–Sé que crees que anoche asaltaron tu casa y que, si no le hicieron nada a Livia y a tu hijo, fue por respeto a tu persona, pero te equivocas: no la saquearon, no entraron en ella. A diferencia de los del resto de rebeldes, tus bienes permanecen intactos. Eres el único que se ha librado. Dime, ¿cómo interpretarán eso tus compañeros, aparte de como una traición? Pensarán que te habías aliado con Vespasiano mucho antes de que cayera Vitelio y que, por eso, recibes un trato de favor.

El senador abrió mucho los ojos, comprendiendo las implicaciones de mis palabras.

–¿Por qué? –musitó al mismo tiempo que Antonio, que ya se había ocupado de sus asuntos, volvía a la sala. Lo ignoré y él decidió no intervenir.

–Porque yo lo ordené –admití, encogiéndome de hombros–. Porque, si los soldados hubieran entrado en tu casa, ahora estaría reducida a cenizas. Porque no quería que Livia sufriera humillaciones de todo tipo mientras observaba el cadáver de tu hijo. Porque, aunque te empeñes en permanecer ciego, tu nombre no los puede proteger.

El silencio nos atrapó como una araña en su red mientras Vitalis comenzaba a temblar como una hoja. Vi que comprendía, por fin, su situación. Nos miró a Antonio y a mí alternativamente.

–Desciendo de Escipión...

–Y yo comparto antepasados con Augusto –le recordé–, lo que no impidió que mi padre acabara muerto en su despacho, obligado a suicidarse. Abre los ojos, Cayo. Te estoy dando una oportunidad. Ellos te verán como un traidor hagas lo que hagas, pero si los convences para proclamar al nuevo emperador, para jurarle lealtad, conservarás la vida, a tu familia y tu posición.

–No conoces a Vespasiano, Julia –murmuró en un último intento de convencerme.

Con tranquilidad, saqué uno de los papiros que ocultaba bajo la capa y se lo tendí. Él lo cogió y pude ver cómo cambiaba su gesto según leía. Le temblaban las manos.

–Es él quien me envía, Vitalis –le respondí con amabilidad.

Cuando me lo devolvió, llevaba la derrota pintada en los ojos. Lo dejé reflexionar en un silencio tenso, con la mirada perdida.

–Sea –cedió al fin, sabiendo que era su única posibilidad–, pero prométeme que, si me pasa algo, protegerás a mi hijo y a Livia.

–No dejaré que nadie les haga daño –le aseguré–. Tienes hasta mediodía. Vespasiano será clemente con todos los que le juren lealtad. No busca provocar más dolor y muerte.

Asintió con la cabeza y Antonio decidió dar por concluida aquella conversación. Hizo que devolvieran al senador a su celda y me indicó que lo siguiera. Se le notaba que le gustaba tan poco como a mí estar en aquel agujero. Ascendimos por los peldaños tallados en la roca hasta que llegamos casi a la puerta de entrada.

–Señor, ¿habéis encontrado al resto de senadores rebeldes? –le pregunté, mientras se dirigía a la sala en la que el tribuno que llevaba los registros nos esperaba.

–Todavía no.

–Creo saber dónde se encuentra uno de ellos.

–¿Tu tío, quizá?

No me hizo ninguna gracia que el comandante supiera mi relación con él, pero si había estado investigándome era evidente que aquel detalle no iba a pasarle desapercibido.

–Exacto.

–Habla, pues.

Le miré bajo el suave resplandor que proyectaban las antorchas.

–Me gustaría, señor, hacerlo con dos condiciones.

–No sé hasta qué punto puedes negociar, Julia –mascullló Antonio–. ¿Qué quieres?

–En primer lugar, que, si lo encontráis, me permitáis sacar de aquí a mi primo.

El comandante titubeó, pero se encogió de hombros: al fin y al cabo, no tenía ningún otro interés en Lucio.

–¿Y la segunda?

–Que no saqueéis la casa en la que se esconde.

–¿Por qué?

Lo miré a los ojos, muy seria.

–Porque es la mía.

El hombre se irguió y se volvió hacia el tribuno, que esperaba en un segundo plano.

–Manda un grupo de soldados al Esquilino con esta información. Avísalos de que si tocan la casa tendrán que vérselas conmigo. Date prisa.

Le agradecí aquel gesto con una leve inclinación de cabeza que Antonio ignoró. Se le veía inquieto cuando se sentó en una de las banquetas que había en la sala y se sirvió vino caliente de una jarra que alguien tuvo la precaución de dejar junto al brasero.

–Marcelo no está contento con tu actuación de anoche –comentó, sin invitarme a tomar asiento.

–No compartimos la misma opinión sobre cómo hacer las cosas –reconocí.

–Eso es evidente –replicó con el ceño fruncido–. ¿No pensabas informarme de tus planes?

–Por supuesto que sí –mentí–, aunque no he encontrado el momento para hacerlo. Esperaba encontraros aquí cuando llegué, pero todavía no estabais. Después os vi tan ocupado que no quise importunaros.

Aquello le hizo resoplar con fastidio.

–Al menos espero que Vitalis sea convincente...

–Lo será –le aseguré.

–Dime, Julia, ¿Vespasiano te encomendó alguna otra misión?

–No, señor. En cuanto el Senado lo proclame emperador, no tendréis que volver a verme. Pretendo irme a mi villa a valorar los destrozos que ha producido la guerra.

Antonio torció el gesto.

–Si quieres viajar hasta Terracina –dijo, demostrando de nuevo que se había informado bien sobre mí–, es mejor que esperes al menos una semana.

–¿Puedo preguntar por qué?

–Porque el Lacio es un caos –replicó con cierta amargura–: el hermano mayor de Vitelio aún no ha rendido a las tropas que comanda, hay disturbios por todas partes y los bandidos campan a sus anchas.

–Agradezco la información –le aseguré, pero no le revelé mis planes.

Después, ambos nos quedamos en silencio. Esperé un tiempo que se me hizo eterno, hasta que los soldados que había mandado al Esquilino volvieron con una figura suplicante a la que no me costó reconocer como mi tío. Por suerte, él no me vio mientras les aseguraba que era leal a Vespasiano y que lo demostraría ante quien hiciera falta. Antonio ordenó que liberaran a mi primo y que tuvieran la precaución de que ambos no se encontraran.

–No pasará mucho tiempo aquí dentro –dijo refiriéndose a mi tío–. Si te necesito te haré llamar.

Asentí, aunque no dejé que lo que pensaba se me reflejara en la cara. Estaba cansada de aquellos juegos. Solo quería volver a mi casa, ocuparme de mis asuntos y esperar a que mi hermano regresara de Alejandría.

Salí de la cárcel Mamertina con la sensación de que, por fin, volvía a ser libre. Tomé una bocanada de aire helado y miré al cielo, que tenía el mismo tono plomizo que los días anteriores. A mi espalda, Silo suspiró, como si el alivio de estar de nuevo en la calle fuera suficiente como para combatir el frío.

–Ve a buscar una litera –le pedí.

Esperé observando el foro: las magníficas estatuas de mármol desnudo que desafiaban al invierno, los templos dedicados a unos dioses que se burlaban de nuestros destinos, la escalinata que llevaba hasta la Curia...

Aquello era el centro de Roma, de mi ciudad.

La puerta de la cárcel se abrió de nuevo a mi espalda en el preciso instante en el que Silo llegaba acompañado de una litera. Los guardias se apartaron para que Lucio, deslumbrado por la luz diurna, pudiera salir. Parpadeó. Ya le habían quitado las cadenas, aunque su aspecto era lamentable. A la luz del día, reparé en los golpes y rasguños; debía de haberse resistido con todas sus fuerzas. Lo vi titubear, como si temiera que aquello fuera una trampa para apuñalarlo por la espalda, pero me apresuré a tomarlo por el brazo y a ayudarlo a subir a la litera, de modo que se convenciera de que la pesadilla había terminado. Cuando cerré las cortinas, rompió a llorar de alivio.

–Tranquilo –susurré apretándole la mano para darle ánimos–, ya está todo solucionado.

–¿A dónde vamos?

–A casa.

Me pareció que, entre las tinieblas que aún corrían por sus ojos, surgía una chispa de luz.

Capítulo 37: Azul celeste

10 de marzo del 70

Tarareé mientras quitaba el polvo que se había ido acumulando sobre la pequeña cajita donde se guardaba el incienso. La olisqueé y sonreí antes de apartarla. Después, me agaché y recuperé el frasco de aceite de nardo. Lo alcé para que la luz atravesara el cristal y me di cuenta de que tendría que comprar más antes de que se agotara. Lo dejé junto al incienso y continué mi metódica limpieza.

Aquella mañana clara en la que la primavera parecía que había llegado antes de tiempo, decidí quitarle el polvo al larario. Si mi padre pudiera verme rezongaría, pues era tarea de los esclavos, pero a mí me gustaba encargarme personalmente de honrar a los espíritus de mis antepasados. Como ahora mi padre formaba parte de ellos, dudaba que tuviera ninguna objeción.

Continué canturreando al mismo tiempo que rebuscaba en el pequeño armario bajo el altar donde se guardaba todo lo relacionado con el culto doméstico. Sin embargo, cuando me incliné para poder comprobar si me quedaba algo más, noté una presencia a mi espalda. Me di la vuelta con rapidez y me encontré con la relajada sonrisa de Vero, que me observaba apoyado en una de las columnas del atrio.

–¡Manio! Me has dado un susto de muerte. ¿Por qué me acechas?

Mi hermano rio.

–Solo te observaba. Ya era hora de que la alegría volviera a esta casa, ¿no crees? Hacía mucho que no cantabas.

Me encogí levemente de hombros y dejé el trapo con el que limpiaba el polvo sobre el larario. Pronto haría dos años de la muerte de nuestro padre y, con el tiempo, el dolor por su ausencia había disminuido.

–Estoy contenta de que estés aquí.

Vero no respondió, pero amplió su sonrisa. Había llegado hacía apenas una semana con el séquito del emperador, que decidió partir hacia la capital antes de que comenzara la época de navegación. Una semana de clima benévolo les permitió alcanzar Roma sin problemas en las rápidas galeras militares en las que se desplazaban.

–¿Vas a salir? –le pregunté, al fijarme en que llevaba puesta una toga sobre una de sus mejores túnicas.

–Vespasiano me reclama –admitió.

–Si me das un momento te acompaño: tengo que comprar aceite de nardo.

–Date prisa. Aunque el emperador sea tolerante, no creo que le entusiasme que llegue dos horas tarde porque te estabas maquillando.

Detecté la broma en su tono de voz y él esquivó por poco el trapo que le lancé. En el fondo, seguía siendo mi hermano pequeño. Lejos de la rigidez del ejército, se permitía relajarse.

No tardé mucho en reunirme con Vero en la entrada.

–¿La espera te ha resultado soportable? –me burlé.

–Podría haber sido peor –respondió con una sonrisa.

Comenzamos a descender el Esquilino a pie, esquivando vendedores de salchichas y perros famélicos que esperaban una oportunidad para robarles una ristra. La ciudad nos recibió con los olores de la comida que se cocía a fuego lento en las tabernas, del pescado en salazón y de los ungüentos dulzones que utilizaban en las termas.

–¿Por qué te ha hecho llamar Vespasiano?

–No lo sé.

–¿Crees que le habrá dado tiempo a revisar la relación de gastos que le hice llegar?

–Seguro que sí. Otra cosa es que decida pagarlos.

Fruncí el ceño.

–Tuve que financiar la mitad de la misión en Alejandría. No sería justo que no se hiciera cargo de ellos.

Vero me sonrió con indulgencia.

–Julia, metiste entre los gastos un «soborno a los sacerdotes del templo de Saturno». No sé hasta qué punto lo aceptará. Además –añadió con un deje de preocupación–, puede que esté un poco molesto contigo después de lo del cargamento de grano, ¿no crees?

Puse cara de inocencia.

–No sé de qué me hablas.

–Hiciste que Domiciano lo comprara con cargo a las arcas del Estado por el triple de lo que te costó. Estoy seguro de que al emperador no le hizo mucha gracia ver el registro.

Le quité importancia con un gesto. >

–Ese grano levantó más el ánimo de la plebe y atrajo más apoyos que todos los discursos del Senado juntos.

–No lo dudo, pero fue mucho oro.

–Lo justo para compensar el otoño horroroso que pasé de incógnito por orden de Vespasiano y el tremendo soborno que tuve que pagar en el puesto de aduanas del puerto. Además, no puedes negar que el atrio ha quedado espléndido –comenté. Parte del dinero lo había empleado en pintar de nuevo las paredes, llenas de mensajes obscenos debido al saqueo que había sufrido la *domus*.

Vero tuvo que admitir que en aquello tenía razón.

Llegamos al foro justo cuando oímos que alguien nos llamaba. Nos volvimos a tiempo de ver a Lucio saludarnos desde lejos y recogerse la

toga en un desordenado gurruño para poder recorrer más rápido la distancia que nos separaba. Cuando llegó hasta nosotros, nos apretó el hombro como una muestra de cariño. Se le notaba feliz.

–¿Qué tal te vas adaptando a Roma de nuevo, primo? –le preguntó a Vero mientras yo me encargaba de rehacer rápidamente los pliegues de la toga de mi hermano, que su afectuoso saludo había echado a perder–. ¿La encuentras muy cambiada?

–Algo –admitió mi hermano devolviéndole la sonrisa–, pero sigue igual de ruidosa y desordenada que siempre. ¿Qué andas haciendo por aquí? Pensé que tus sectores estaban al norte.

Lucio se encogió de hombros. Seguía trabajando en la oficina del pretor, a pesar de que podía aspirar a un cargo más alto que mi hermano ya le había ofrecido. Tras la muerte de Sabino, nombraron como nuevo pretor a un senador poco conocido proveniente de la clase ecuestre, Sexto Julio Frontino. Lucio aseguraba que era un hombre eficaz y no había tenido ningún problema con él.

–Venía a buscar a Domiciano, pero está ocupado –dijo con una mueca–. Desde que ha llegado, Vespasiano lo tiene secuestrado en el palacio.

Vero se permitió una sonrisa muy leve. Sabía que el joven César y mi primo se llevaban bien y a veces salían de juerga juntos.

–Tiene obligaciones que cumplir –comenté–. De todos modos, ¿no es un poco pronto para beber?

Lucio me miró alzando una ceja.

–¡Bobadas! No obstante, lo que quería era avisarle del plan de esta noche, ya sabes que le gusta tenerlo organizado de antemano. Vero, ¿vendrás?

Mi hermano declinó la invitación con un gesto. Todavía debía recordar la resaca que le había provocado salir con Lucio hacía tan solo un par de días.

–Por cierto –dijo mi primo, cambiando de tema–, ¿tenéis alguna noticia de Décimo? Ya no sé cómo decirle a mi madre que no ha muerto, pero no logro dar con él para que se quede tranquila.

Vero endureció su expresión.

–Nuestro abuelo ha decidido hacer una excursión a una de sus diversas posesiones en el Samnio justo cuando se enteró de mi llegada a Roma. No te preocupes, volverá.

El tono de mi hermano nos indicó a ambos que, en caso contrario, iría él mismo a buscarlo y lo traería de vuelta. Tenían una conversación pendiente y Décimo era muy consciente de ello, por eso había huido.

–No deberías hacer esperar al emperador, Manio –le recordé.

–Lo sé. Será mejor que vaya. Luego nos vemos.

–¿Tienes algo que hacer? –preguntó mi primo una vez Vero se hubo

alejado.

–Iba a comprar aceite de nardo.

–Te acompaño.

La siguiente hora, Lucio y yo, seguidos por un silencioso Silo, la pasamos visitando diversos perfumistas que nos ofrecían sus productos con el entusiasmo de quien sabe que podíamos permitirnos sus fórmulas más caras. Al final, conseguí lo que buscaba cerca del Celio, por lo que no me sorprendí demasiado cuando una voz que conocía bien me saludó mientras se aproximaba.

Livia, tan radiante como siempre, y Marcia, con la que iba hablando, me sonrieron antes de cruzar la calle. Mi primo desvió la mirada al suelo, saludó educadamente a Livia, balbuceó algo parecido en dirección a Marcia y desapareció antes de que lográramos impedirlo.

Como no teníamos nada mejor que hacer, decidimos buscar alguna mesa libre en una *caupona* y ponernos al día. Quedábamos cada poco, también con Domicia, aunque normalmente lo hacíamos en alguna de nuestras casas. El marido de Livia, Vitalis, intentaba no cruzarse conmigo cuando era su mujer la que organizaba las reuniones. Sabía que no le había comentado nada a Livia sobre mi intervención cuando estaba preso en la cárcel Mamertina y, desde entonces, entre nosotros existía un tácito pacto de silencio. Me trataba con cordialidad, pero me evitaba si le era posible. Por supuesto, yo entendía su recelo: mi plan funcionó y el Senado al completo había proclamado emperador a Vespasiano, en parte gracias a su poder de convicción. Sin embargo, aunque el Senado juró lealtad al emperador, Vitalis todavía lideraba la parte moderada de la oposición. Al menos, no estaba dentro del grupo más contrario a Vespasiano.

Charlamos tranquilamente entre nosotras hasta que Vitalis, que pasaba por la calle en dirección a su casa, nos vio y se acercó. Vi que se tensaba al saludarme, pero no perdió el tono cordial. Tras las formalidades de rigor, se volvió hacia mí.

–Creo que te andan buscando, Julia. Alguien de palacio ha debido reclamar tu presencia.

–¿A mí?

Vitalis asintió y Livia se apartó un mechón de pelo de la frente.

–¿No había ido tu hermano a reunirse con Vespasiano?

–Precisamente, no me necesitan para nada.

Miré dubitativa al senador, que me devolvió la mirada sin la intención de explicarme nada más.

–Quizá deberías acercarte, por si acaso –comentó Marcia, dando un sorbo a su infusión de malva.

No tardamos demasiado en llegar al palacio tras cruzar bajo los arcos del Aqua Claudia. El secretario al que pregunté me confirmó las palabras de Vitalis y me indicó que, en efecto, Vespasiano me buscaba.

Cuando lo interrogué sobre mi hermano, me dijo que su audiencia ya había terminado y que suponía que había emprendido el regreso a casa.

Reprimí un estremecimiento. Tenía un mal presentimiento, y que el emperador quisiera verme a solas no ayudaba a mitigarlo. Como era evidente, a Silo no lo dejaron pasar, por lo que le ordené que aguardara allí. Cuando el secretario me pidió que esperara en una sala con el suelo cubierto de mármoles verdosos, me esforcé para adoptar una expresión neutra. Supuse que Vespasiano estaría ocupado, por lo que ignoré los divanes de caoba y marfil y me dediqué a pasear observando los magníficos frescos de las paredes. Justo cuando me acercaba a comprobar que uno de los pájaros que había pintados tenía dibujadas las plumas una a una, se abrió la puerta, sobresaltándome.

–¿Te gustan? –inquirió el emperador al entrar en la sala, seguido por varios esclavos silenciosos–. Es de lo poco decente que Nerón dejó intacto. El resto está lleno de oro y adornos horribles.

Vespasiano se recostó en uno de los divanes y me invitó con un gesto a ocupar el que estaba enfrente, de modo que no tuviera que girar la cabeza para mirarme.

–Te veo algo pálida, Julia. ¿Estás bien?

–Es mi color natural, señor. Si me recordáis más morena es debido a que me pasé medio mes recorriendo el desierto hasta que llegué a Alejandría.

Me di cuenta de que había sonado como una crítica justo cuando acabé de decirlo, pero Vespasiano no pareció tomárselo mal. Se le veía animado y más amigable que las otras veces que había coincidido con él.

–Precisamente quería hablarte de Alejandría; en concreto, de esto –dijo, sacando un papiro que conocía muy bien.

–¿No estáis de acuerdo con la relación de gastos, señor?

–No, claro que no –masculló el emperador–. ¿Qué diablos se supone que es «remedio contra la resaca» y por qué es tan caro?

–Ah, eso –dije luchando por reprimir una sonrisa al recordarlo–. Los hombres se emborracharon. A la mañana siguiente, no estaban en condiciones de realizar una vigilancia y tuve que encargarme de ir a una herboristería donde comprar algo que les permitiera realizar sus tareas.

Vespasiano torció el gesto.

–¿Y «alquiler»?

–Cuando vine a Roma, no pude ir a mi casa y tuve que alojarme en un apartamento, señor.

–¿Qué clase de cuchitril cuesta esto?

Esa vez me permití sonreír.

–Uno en la quinta planta de una *insula* de la Subura.

Si estaba impresionado, no lo demostró. Le oí rezongar algo más, analizando las cuentas, hasta que le tendió el papiro al secretario.

–Pagádselo todo menos el «soborno al servicio de aduanas del puerto».

No podía negar que me lo esperaba. Era su manera de mostrarme su disconformidad respecto al asunto del cargamento de grano. Mostré mi agradecimiento con una leve inclinación de cabeza. En el silencio que siguió a aquello, Vespasiano ordenó que nos sirvieran algo de vino.

–Creo –dijo–, que nadie te ha dado las gracias por lo que hiciste en los días posteriores a la muerte de Sabino.

Vi que buscaba mi reacción, pero me esforcé por no mostrarla.

–Sois muy amable, César, aunque solo me limité a cumplir mi cometido.

–Salvaste la vida de Domiciano y convenciste al Senado. Mi hijo me lo ha contado todo. Tu estrategia fue arriesgada, aunque efectiva. Te felicito.

Se lo agradecí y esperé a que siguiera hablando, lo que no tardó en hacer.

–Por eso, y por la lealtad de Vero, he ordenado que se respete el testamento de vuestro padre y se devuelvan todos los bienes requisados por el Estado. Tu hermano podrá entrar en el Senado cuando tenga la edad suficiente.

La copa de vidrio de colores de la que acababa de dar un sorbo tintineó cuando me tembló la mano al posarla sobre la mesa. Tanto sufrimiento a lo largo de todos esos meses había merecido la pena. Quise llorar de puro alivio, pero me contuve a tiempo. Tuve que respirar para lograr responder sin que me temblara la voz.

–Os lo agradezco, señor. Nada podría hacerme más feliz.

Vespasiano me dedicó una sonrisa torcida.

–No obstante, creo que no es suficiente. Todos los bienes de tu padre son para Vero dado que tú ya posees tu dote. En el fondo, no obtienes nada y no lo considero justo.

Cualquier otro hubiera sonreído al oír aquellas palabras, pero un brillo extraño en la mirada taimada del emperador me hizo ser prudente.

–Señor –dije eligiendo muy bien mis palabras–, el honor de que mi hermano pueda recuperar la posibilidad de tener un futuro es más que suficiente para mí.

Me pareció que Vespasiano chasqueaba la lengua.

–No es bastante para agradecer tus servicios, Julia –me aseguró–. Por ello, he decidido recompensarte de otra manera.

Esperé, conteniendo la respiración. El emperador degustó el vino antes de mirarme directamente a los ojos.

–Hace dos años que enviudaste. Es hora de que rehagas tu vida. Te casarás en tres días.

Sentí que se me paraba el corazón en el pecho y desvié la mirada al suelo para que no pudiera leerme la cara.

–César, con todos mis respetos, es mi hermano quien debe autorizarlo y...

–Ya lo ha hecho –me interrumpió Vespasiano–. No tienes que preocuparte por esas cuestiones legales. Dime, ¿no te alegras?

–Por supuesto –mentí, aunque no sonó convincente. Era incapaz de levantar la vista de los mosaicos–. No obstante, ¿podría saber quién será mi futuro marido?

Vespasiano me sonrió.

–No, no puedes, pero te aseguro que Vero busca lo mejor para ti.

En aquel momento, comprendí sus razones con una lucidez que me hubiera gustado poseer siempre. Estaba claro que el emperador me consideraba peligrosa. Mi motivación siempre había estado ligada al objetivo de recuperar los bienes de mi padre, pero, ahora que eso quedaba resuelto, Vespasiano sabía que mi lealtad hacia él era más frágil que la de mi hermano y temía que Vero no fuera bastante para evitar que, en un futuro, conspirara contra él: era muy consciente de que había sobrevivido a cuatro emperadores contrarios a mis intereses y le puse en bandeja la cabeza del último. Por eso, había buscado a alguien más que pudiera controlarme mediante un vínculo tan fuerte como el matrimonio, alguien cuya lealtad fuera incuestionable. No sabía quién era el elegido, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

–Te deseo un futuro dichoso, Julia –dijo alzando la copa.

Brindamos mientras mi mente trabajaba a toda velocidad. Estaba claro que aquella vez no podría librarme, pero quería información. Tres días era un periodo de tiempo ridículo para preparar una boda, aunque no me costó demasiado adivinar el porqué de tanta prisa: no quería que escapara.

Vespasiano debió de percibir mi estado de ánimo. Antes de que intentara obtener más datos, me dijo que Vero se ocupaba de los detalles y dio por finalizada nuestra reunión, excusándose en que tenía otros asuntos que reclamaban su atención.

Cuando me reuní con Silo, era incapaz de disimular del todo mis sentimientos. Le expliqué a grandes rasgos lo ocurrido y decidí volver andando hasta mi casa para quemar la rabia que amenazaba con hacerme llorar.

Cuando entré en la *domus*, me dirigí directamente a donde suponía que estaba Vero.

Tal y como me había dicho mi instinto, lo encontré en el despacho, escribiendo rápidamente en un pergamino impoluto. En cuanto levantó la cabeza y me miró supo lo que se le venía encima, algo para

lo que por lo visto se había preparado.
–¡Manio Julio Vero! ¿Cómo te atreves? –aullé. Al otro lado de la casa, los esclavos enmudecieron.
Mi hermano, que sabía que cuando usaba su nombre completo estaba metido en problemas, me miró muy serio.
–Julia, siéntate, por favor –dijo, señalándome la silla que había ante él.
–¿Cómo has podido hacerme esto? Prometiste que me lo consultarías –le eché en cara, notando que las primeras lágrimas comenzaban a correrme por las mejillas. Toda mi rabia se había convertido en una profunda decepción y me sentía traicionada por la única persona en la que creía que podía confiar.
–Siéntate, por favor –repitió con suavidad. Aunque la humedad me emborronaba la vista, la culpa que pude detectar en sus ojos hizo que le obedeciera con un bufido.
Apartó el tintero y se apoyó en la mesa antes de volver a hablar.
–Puedo explicártelo –me aseguró.
–Pues no sé a qué esperas –le espeté con dureza–. ¿Acaso estabas tan contento con que ese viejo zorro astuto de Vespasiano te devolviera el patrimonio de nuestro padre que accediste a todo sin pensar en las consecuencias?
–No te pases, Julia –me advirtió con el abismo insondable tras el que a veces se refugiaba asomando a los ojos–. Es cierto que el emperador ha sido generoso, y creo que tiene razón al pensar que dos años de viudedad es demasiado tiempo a tu edad. Sé que te lo prometí, pero no podía negarme.
–¡Pudiste posponerlo, consultarme, pedir mi opinión! ¿O es que eso para ti no vale nada?
–Sabes de sobra que sí. Sin embargo, Vespasiano exigía una respuesta inmediata y no tuve otro remedio que aceptarlo. Es el emperador –me recordó–. ¿Qué querías que hiciera?
–Cumplir tu palabra –repliqué.
–Julia, aunque me hubiera permitido hablar antes contigo, el resultado hubiera sido el mismo, y lo sabes –dijo Vero apelando a mi inteligencia–. No puedo contrariarlo ni enfrentarme a él, y mucho menos cuando ha revocado la invalidez del testamento de padre. Lo siento.
Cerré los ojos, sabiendo que tenía razón, y maldije en mi fuero interno a Vespasiano.
–Al menos dime con quién me tengo que casar.
Mi hermano, por primera vez, desvió la mirada.
–No puedo.
Apreté los dientes.
–No me digas que has aceptado sin saber quién es el novio –mascullé.

–Por supuesto que no –se indignó–, pero es una de las condiciones que se han establecido.

Tardé un instante en asimilarlo.

–¿Qué? ¿Tiene algo que ver con que la boda sea en tres días?

Vi que Vero lo descartaba con una mueca.

–El plazo ha sido cosa de Vespasiano: si por él fuera, te casarías mañana, pero ha accedido a retrasarlo un poco ante mi insistencia de que es materialmente imposible organizarlo en una tarde. No, ha sido tu futuro marido quien ha pedido que no te digamos quién es.

–¿Por qué? –pregunté, descolocada.

–Tendrás que preguntárselo a él cuando os caséis, me temo.

–¿Tan horrible es? –musité, notando que se me hacía un nudo en la garganta.

–En absoluto, Julia, es un buen hombre, pero son sus condiciones.

Sabía que mi hermano me estaba diciendo la verdad.

–Dime al menos si lo conozco –supliqué.

–No voy a decirte nada más sobre él, Julia.

Suspiré. La voluntad de Vero era firme y no lograría sonsacarle información si él no quería dármela.

–¿Lo elegiste tú?

–No –admitió–, pero me pidió tu mano con el visto bueno del emperador. Si lo hubiera rechazado, Vespasiano habría encontrado a otro.

Lo miré y supe que no iba a decirme nada más. Me limpié de la cara los últimos rastros de humedad y decidí centrarme en cuestiones más prácticas que sí podía controlar.

–¿Has redactado ya los detalles del contrato matrimonial?

Vero hizo un gesto en dirección al pergamino.

–Estoy con el borrador –me indicó–. He hecho llamar a Filipo porque no tengo muy claro lo que incluye tu dote.

–Quiero hacer un cambio –lo interrumpí–. No estoy conforme con lo que me dejó padre.

–¿Quieres más bienes? –preguntó con cautela.

–No.

–¿Entonces?

Tomé aire. Llevaba varios meses reflexionando sobre ello, haciendo cálculos sobre el valor estimado del patrimonio de mi padre, y sabía que ya no podía retrasar más aquella conversación con Vero.

–Como sabes, si quieres entrar en el Senado necesitas una cierta cantidad de dinero invertido en tierras.

Vero asintió y me instó a continuar.

–Padre las tenía, pero, con las que vendí para liquidar las deudas que quedaron a su muerte, no te llega.

Por la cara que puso mi hermano, me di cuenta de que no había

previsto aquello.
–Tengo dinero ahorrado...
–Dudo que te alcance. Sin embargo, si a lo que queda le añades las tierras que padre me dio como dote, te llegaría; justo, pero te llegaría.
Vero se apoyó en la mesa, reflexivo.
–¿Qué quieres a cambio, Julia?
–Los barcos. Todos. A mi nombre –respondí.
Los ojos de mi hermano brillaron de una manera que no supe identificar, pero guardó silencio, considerándolo. Sabía que, en el momento en el que entrara a formar parte del Senado, no podría ejercer actividades comerciales de manera directa.
–Tengo que consultarlo con Filipo, pero lo pensaré –me prometió–. ¿Algo más?
–Sí –dije alzando la cabeza–. Ya que mi futuro esposo tiene condiciones, yo también quiero plantear las mías.
–Julia...
–Serán razonables –le aseguré.
–Te escucho.
–Quiero que el matrimonio se celebre *sine manum* de modo que yo pueda gestionar mis propios bienes y mi marido no pueda acceder a ellos sin mi permiso.
–Sabía que dirías algo así –admitió Vero permitiéndose una pequeña sonrisa–, por lo que tenía previsto incluirlo.
–También quiero que indiques que, si en algún momento me pone la mano encima, podré divorciarme inmediatamente y sin ningún tipo de impedimento por su parte.
Vero me observó unos instantes, muy serio.
–Julia, si te pega, te puedo asegurar que no tendrá Imperio suficiente para echar a correr, porque lo encontraré y me encargaré de él.
–Lo sé, pero quiero que lo pongas. Tampoco consentiré que me falte al respeto del mismo modo que yo no se lo haré a él. Si se va de putas, puede olvidarse de volver a tocarme.
–Julia, basta, estoy seguro de que este matrimonio no va a ser el infierno que viviste con tu difunto marido –dijo Vero, comprendiendo el porqué de aquellos requisitos.
–Eso no lo sabes. Prefiero que quede por escrito. También quiero que, si muero sin hijos y sin testamento, mis bienes vuelvan a ti.
Mi hermano suspiró y se frotó los ojos con los dedos, como si estuviera agotado.
–No sé si aceptará todo esto.
–Si él pone sus condiciones yo también tengo derecho a tener las mías.
Vero me miró con la expresión de quien sabe que no va a poder convencerme de lo contrario.

–Filipo está aquí. ¿Lo dejo pasar?

Mi hermano le hizo un gesto afirmativo, y nuestro administrador entró en el despacho con una sonrisa.

–¡Julia! Me han dicho que te casas. ¡Enhorabuena!

–Gracias –murmuré, incapaz de compartir su alegría.

Filipo se dio cuenta, por lo que decidió dirigirse a Vero.

–Querías discutir algo sobre la dote, ¿no es así?

–Julia me ha hecho una propuesta y me gustaría saber qué opinas.

Durante la siguiente hora, los tres discutimos sobre la distribución de los bienes de mi padre. Filipo, que era quien mejor conocía su patrimonio, consiguió hacer cuadrar las cuentas de acuerdo con los requisitos tanto de Vero como míos. De ese modo, mi hermano accedió a cederme todos los barcos a cambio de mis tierras, con excepción de aquellas pertenecientes a la villa y las demás ubicadas en Terracina. Como su valor superaba lo que había estipulado mi padre, le pagué una parte de la diferencia en efectivo, lo que le permitiría invertirlo inmediatamente en nuevas tierras donde él quisiera. Además, Filipo redactó un contrato por el cual mi hermano obtenía participación en las ganancias que lograra con los barcos hasta cubrir el resto de la diferencia, lo que evitaba que yo me quedara sin liquidez. Era un trato que nos beneficiaba a ambos y Vero parecía satisfecho. Después, Filipo le ayudó a redactar el contrato matrimonial bajo mi atenta supervisión.

Mi hermano lo leyó varias veces, con el ceño fruncido.

–No sé si aceptará esto, Julia –me avisó.

–Lo hará. Puede que haya pedido mi mano por decisión propia, pero Vespasiano lo obliga a casarse tanto como a mí.

Vi el titubeo de Vero y la mirada que cruzó con el liberto antes de ponerse en pie.

–Será mejor que no posponga esta conversación con él –suspiró–. Acompáñame, Filipo, entre los dos igual conseguimos convencerlo antes.

El administrador asintió, y yo sonreí en mi fuero interno. Los seguí hasta el atrio. Cuando iba a despedirme de ellos, Vero interpretó el brillo de mis ojos de una forma que delataba lo bien que me conocía.

–Julia, puede que vaya vestido de civil, pero sigo siendo tribuno militar y no soy idiota. Quiero que te quedes en casa hasta que vuelva y, desde luego, no voy a permitir que me sigas. Hay dos hombres vigilando la puerta, otros dos tras la tapia por la que nos escapábamos de niños y otro haciendo rondas.

Apreté los dientes. Aquello era precisamente lo que me proponía.

–¿Ahora soy tu prisionera?

–Claro que no, pero la última vez que intentaste evitar un matrimonio cruzaste el Mediterráneo y te metiste de lleno en una

guerra. Solo te advierto que esta vez no voy a permitirlo. Durante estos tres días, solo abandonarás esta casa conmigo.

–¿Y cómo pretendes entonces que organice la boda?

–Se lo he dicho a Livia. Seguro que está encantada de encargarse de todo. Por cierto, en un rato vendrá un sastre para el vestido, ya que al anterior le prendiste fuego. Diviértete.

A pesar de mi mal humor, Vero se atrevió a darme un beso en la mejilla antes de desaparecer por la puerta. Volví a maldecir a Vespasiano, a sus tropas y a todos los espías del mundo.

Todavía estaba de un humor de perros cuando llegó Livia con Marcia, Domicia y un sastre cargado de telas en diferentes tonos de blanco y azafrán. Escucharon mis quejas, me consolaron, lograron hacerme sonreír y me recordaron que, a una mala, siempre podría divorciarme o, en su defecto, envenenar a mi futuro marido.

* * *

Durante los dos días siguientes, mi casa se convirtió en una parada de postas: esclavos entrando y saliendo, mis amigas yendo y viniendo, Vero dando vueltas buscando a Filipo, el cual hacía malabares para que cuadraran todas las cuentas con los gastos de la boda, gente que no conocía reclamando que le pagáramos, clientes entrando a echar un vistazo y preguntando por el menú, cocineros ofreciéndose antes de que Spuria los echara a escobazos, jardineros que se equivocaban de flores, marineros que venían de Ostia a ver si podían colarse aduciendo que trabajaban para nosotros, guardias que dejaban salir a todo el mundo menos a mí y una retahíla de mensajeros a los que Vero despachaba tan rápido como venían.

Y, entre todo aquel maremágnum, nadie accedió a decirme el nombre de mi futuro marido.

La sensación de incertidumbre se juntó con el miedo de que se repitiera el desastre de mi primer matrimonio, a pesar de que mi hermano se había encargado de que el novio aceptara el contrato que habíamos redactado. La mañana de la boda, Spuria me encontró hecha un ovillo en una de las esquinas de mi habitación, llorando a mares. Tuvieron que llamar a Vero, que todavía llevaba la túnica que usaba para dormir, estaba despeinado y parpadeaba como un búho, para que me consolara.

–Venga, Julia, que no se acaba el mundo –dijo, abrazándome.

–No quiero casarme así.

–Es el único camino –me recordó.

–Tendré que irme de aquí –suspiré sabiendo que aquella noche dormiría en otra casa.

–Podrás volver cuando lo desees –me aseguró–. Anímate, anda. No es posible que aceptaras sin dudar todo lo que te encomendó Vespasiano

y ahora estés muerta de miedo. No quiero hacerte desgraciada. Es un buen hombre, estarás bien, créeme…

–¿Y por qué sigues ocultándome su nombre?

–Mírame –me pidió–. ¿Confías en mí?

Tomé una bocanada de aire, en un intento de tranquilizarme, y asentí.

–Bien –dijo Vero–, entonces límpiate las lágrimas, vístete y, cuando llegue el momento, sal ahí con la cabeza bien alta.

–¿Me acompañarás? –le rogué.

–Claro que sí –me aseguró, apretándome suavemente las manos.

Poco a poco, recuperé la calma y los esclavos se pusieron en marcha. En primer lugar, me ayudaron a bañarme con agua caliente para después frotarme el cuerpo con aceite de azahar. Me colocaron una túnica blanca ricamente bordada con hilo de oro que ajustaron con una cinta. Oí el gruñido de Spuria cuando no le salió a la primera el nudo de Hércules, con el que según la tradición debía ajustarme el vestido para que el novio, en la noche de bodas, pudiera desatarlo con facilidad.

–Livia acaba de llegar –me comentó Vero, asomándose a la habitación–. ¿Quieres que pase?

Asentí intentando no mover demasiado la cabeza y, antes de que alguien reclamara de nuevo a mi hermano, mi amiga se coló en la estancia.

–¡Julia! –me saludó con una gran sonrisa–. ¡Mira lo que traigo!

Eché un vistazo a lo que me enseñaba. Era una corona de mirto, verbena y mejorana, cuidadosamente trenzada y fijada con hilo de oro que, una vez que Spuria sujetara el velo a mi pelo, colocaría encima.

–Es muy bonita.

–Lo hubiera sido aún más si hubierais esperado tres semanas y los naranjos estuvieran floridos, pero bueno.

Suspiré y me observé en el espejo, que me devolvió una mirada triste.

Después, Livia insistió en indicar a la esclava cómo tenía que maquillarme los ojos. Cuando al fin pude volver a abrirlos, me di cuenta de que Marcia y Domicia también estaban allí. Habían robado una bandeja de fresas de la cocina y, sentadas en mi cama, demostraban su entusiasmo mientras las comían.

–¿Hay mucha gente fuera?

–Bueno, algunos –respondió Domicia sin demasiado interés–. Mi marido creo que ha encontrado a alguien a quien aturullar con sus cuestiones legales.

–¿Nadie más? –se extrañó Livia.

–Sí –se encogió de hombros Domicia, eligiendo otra fresa y mirándome–, varios amigos de Vero, vuestro médico, tus tíos, esa

amiga beata de tu tía que siempre la acompaña y nunca me acuerdo de cómo se llama, un par de muchachos tímidos de acento extraño que debe haber invitado tu hermano, Sextilia…

Me volví hacia ella de golpe ignorando el gruñido de Spuria, que en aquel momento se esforzaba en pintarme los labios.

–¿La amante de mi padre está aquí?

Fruncí el ceño. Me había resultado imposible encontrarla desde mi llegada a Roma, pero mi hermano había dado con ella en menos de una semana.

–¿Te supone un problema?

–No –admití–, pero me sorprende. ¿Algún otro?

Domicia y Marcia intercambiaron una mirada cómplice antes de sonreírme con una inocencia que eran expertas en aparentar.

–Creo que no se nos olvida nadie… Ah, sí, Domiciano. La puerta está plagada de guardias.

Sentí que se me paraba el corazón en el pecho. El hecho de que el hijo menor del emperador asistiera a mi boda significaba que todo lo que ocurriera iba a ir directo a los oídos de Vespasiano, bien fuera gracias a Domiciano o a sus esclavos. De pronto, una posibilidad más aterradora me asaltó.

–No será el novio, ¿verdad?

La risa de Marcia me indicó que la idea era ridícula.

–Domiciano tendrá una boda pública por todo lo alto y en el palacio imperial –me aseguró Domicia–. Me temo que tu futuro marido aún no ha llegado.

–¿Podríais…?

Domicia, adelantándose a mi pregunta, negó enérgicamente con la cabeza, lo que hizo tintinear sus pendientes de malaquita, a juego con su vestido.

–Vero nos ha avisado de que, si salimos, no podremos volver a entrar a informarte.

Resoplé, pero no me moví: en ese momento, Spuria me estaba colocando el velo azafrán, un bonito trabajo de gasa fina rematado en hilo de oro con pequeñas flores rojas bordadas en los extremos. Estaban terminando de ajustarme la corona de mirto cuando Vero entró en la habitación, cerrando la puerta tras él. Ya se había colocado la toga y, aunque lucía una sonrisa, se le notaba algo nervioso. Se acercó a mí, me tomó por las manos y me hizo ponerme en pie para poder verme mejor.

–Estás preciosa, Julia. Eres la novia más hermosa de Roma. ¿Lista? –me preguntó. Era algo más de mediodía y la ceremonia tenía que dar comienzo.

Negué con la cabeza, incapaz de hablar, pero Livia se adelantó.

–Sí –le respondió–. Podemos empezar cuando quieras.

Vero me miró a los ojos.

–Voy a llamar a nuestra tía.

Asentí, todavía con un nudo en la garganta. Según la tradición, la novia debía ser conducida ante el altar por una mujer que únicamente se hubiera casado una vez y que continuara viviendo con su marido.

Con mi tía agarrada a mi brazo derecho y Vero apenas un paso por detrás, salí al atrio de la *domus*. Tenía que admitir que mi hermano había hecho un buen trabajo en un tiempo récord: guirnaldas de flores frescas adornaban las columnas, cintas y lazos de colores colgaban de los soportes para lucernas, antorchas de pino fragrante caldeaban el ambiente y, en el centro de todo aquello, una mirada serena que conocía muy bien. Una mirada que contenía el Mediterráneo.

Me detuve, incapaz de seguir avanzando, pero la mano firme de Vero en mi espalda me hizo recorrer los últimos metros que me separaban del altar. De pronto, volvieron a mí recuerdos que durante mucho tiempo había pretendido olvidar, recuerdos en los que estaba él. Sin embargo, mientras mi hermano me sonreía, me apartaba el velo y me dejaba frente al altar tras darme un beso en la mejilla, únicamente era capaz de pensar en el modo en el que me marché de Alejandría. La culpa volvió a aflorar, amagando con asfixiarme, al mismo tiempo que el augur daba un paso al frente e imponía el silencio entre los invitados.

No me atreví a mirar al hombre que permanecía a mi lado.

–¡Oh, Juno, protectora del matrimonio! Permite que los hados sean propicios a la unión de Aulo Cesio Alenio, hijo del caballero Aulo Cesio Alenio y de Emilia Paulina, y de Julia Vestina, hija del senador Publio Julio Vestino y de Annia Tertia.

Sabía lo que venía a continuación, por lo que, en cuanto el sacerdote alzó el cuchillo sobre el cordero blanco que mi hermano había comprado para la ocasión, cerré los ojos. El olor de la sangre me indicó que acababa de degollar al animal y me hizo recordar la noche en la que todo acabó en Alejandría: el rugido del león, Aureliano muerto, fuego, Cesio cubierto de sangre y sudor, humo, la huida y aquella mirada de desolación en el puerto.

El augur, con ayuda de sus asistentes, colocó el cordero sobre el altar con cuidado de no mancharlo todo y lo abrió en canal. Se me revolvió el estómago, pero permanecí impasible mientras le leía las entrañas.

Estaba avergonzada. Me había ido sin despedirme y con la convicción de que jamás volvería a verlo, sin darle la oportunidad de hablar de un hijo que ni siquiera llegó a existir. Quise llorar. Recordaba demasiado bien aquella mirada herida y no creía ser capaz de soportarla de nuevo.

–¡Los dioses son favorables a esta unión! –declaró el augur, más por la bolsa de dinero entregada por Vero que porque las tripas del

cordero le dijeran algo medianamente comprensible.

Me estremecí. Sabía bien cómo continuaba la ceremonia.

Me armé de valor y Cesio y yo nos colocamos uno frente a otro mientras mi tía, con una sonrisa de oreja a oreja, nos tomaba de la mano. Lo observé muy seria y él me devolvió la mirada. No obstante, para mi sorpresa, bajo aquella cortina de calma, sus ojos mostraban una calidez que comenzó a deshacer el nudo que se me había formado en el pecho y que apenas me dejaba respirar.

Mi tía colocó nuestras manos juntas y las unió con una tira de seda que anudó hábilmente. El contacto con la piel de Cesio me hizo temblar. Teníamos una conversación pendiente. Él, que me leyó la cara como un libro abierto, me apretó la mano con suavidad y me hizo un gesto tan leve que dudaba que alguien más se hubiera dado cuenta. Lo entendí al instante: hablaríamos, pero más tarde.

Vero comenzó a leer el contrato matrimonial ante los testigos. Me fiaba de él, por lo que ignoré su voz y me centré en Cesio. El tribuno apenas había cambiado desde que, hacía más de medio año, lo vi por última vez. Seguía conservando aquella mirada calmada tan profunda como el mar, los rizos que le enmarcaban el rostro, el porte recto y la sonrisa serena. Llevaba una túnica celeste ricamente bordada que hacía juego con sus ojos y que combinaba con adornos en plata y marfil. Se había puesto una toga de lana más oscura que caía haciendo pliegues desde su hombro y un cinturón con pequeños zafiros engarzados.

Vero terminó de leer las cláusulas, ante las que todos mostraron su conformidad, y procedimos a firmarlo. Intenté que no me temblaran las manos cuando, una vez me la entregó Cesio, mojé la pluma en el tintero y escribí mi nombre.

Ya no había marcha atrás.

El augur elevó otra plegaria, tras la cual los invitados nos felicitaron, y después comenzó el banquete en una espiral de alegre caos. Sin saber muy bien cómo, cuando quise darme cuenta estaba reclinada en uno de los divanes del *triclinium*, con Cesio a mi derecha y Vero a mi izquierda, mientras los esclavos iban y venían trayendo todo tipo de manjares.

La música pronto quedó silenciada por las conversaciones y las risas. La gente se cansó rápido de los divanes e iba de uno a otro para relacionarse con los demás. Creí ver al marido de Domicia, el abogado, dando la turra a Vitalis, que lo soportaba con la expresión neutra de quien ha tenido que aguantar muchos como él. Mis amigas, al ver aquello, se deshicieron rápidamente de sus esposos y vinieron a hablar conmigo, aprovechando que Cesio estaba charlando animadamente con uno de sus amigos, un joven divertido cuyo acento delataba que era del sur de Italia y que su lengua materna era el

griego.
–Te veo más animada que antes –comentó con una sonrisa.
–Bueno, las cosas podrían hacer sido peor –admití.
–Capaz serás de quejarte.
–En absoluto –repliqué posando mi copa sobre la mesa.
En aquel momento, Marcia se echó a llorar. Alcé las cejas, sorprendida, y me acerqué a ella.
–¿Qué ocurre? –le pregunté, alarmada.
–¡Que no es justo!
Domicia, por detrás, me hizo un gesto para indicarme que mi amiga había bebido demasiado y que tampoco me preocupara mucho.
–¿El qué?
–¡Te acabas de casar con el hombre más apuesto del Imperio y yo me tengo que conformar con, bueno, con «eso»! –dijo señalando a su marido, que acababa de mancharse la túnica y buscaba a algún esclavo que se la limpiara con cara despistada.
Livia, Domicia y yo cruzamos una mirada antes de echarnos a reír. Livia estuvo a punto de atragantarse con el vino mientras Marcia seguía mirando a su esposo con una expresión de disgusto tan evidente que Domicia la agarró del brazo y la giró, de modo que nadie reparara en ella. Cesio, que no estaba lo bastante lejos como para no haber oído aquel comentario, la miró de reojo mientras un ligero rubor comenzaba a cubrirle las orejas. Yo disimulé la sonrisa dando un sorbo a la copa de vino blanco.

* * *

Cuando el día comenzó a caer, la comida se acabó y los esclavos encendieron las antorchas, empezó la última parte de la ceremonia. Vero reunió a todos los invitados y, poco a poco, formamos una comitiva ruidosa que comenzó a alejarse de la *domus* en dirección a la casa donde, a partir de ese momento, tendría que vivir. Aunque le pregunté a Cesio a dónde íbamos, él se limitó a sonreírme. Por lo que sabía, su familia no tenía casa en Roma y no era fácil conseguir una en tan poco tiempo, por lo cual no tenía muy claro cuál había sido su arreglo.
Lo seguí mientras, tal y como dictaba la tradición, él repartía nueces de una cesta que llevaba uno de los esclavos. A mi lado, Vero, que, aunque parecía sereno, estaba ebrio, me iluminaba el camino con una antorcha de espino mientras tarareaba al son de la música.
Recorrimos el Esquilino en dirección al foro bajo la curiosa mirada de los viandantes. Después, cuando Domiciano y su séquito se despidieron de nosotros y desaparecieron rumbo al palacio, el resto bordeamos la colina palatina y comenzamos a recorrer el Velabro.
Con la noche ya presente, llegamos ante una casa, casi colgada de la

colina del Palatino, que ocupaba una manzana entera. Era un edificio recio de dos plantas del que, debido a la falta de luz y a la inclinación de la calle, no podía ver el final, pero cuyas enormes puertas de nogal me indicaron que quien lo hubiera hecho construir era muy rico.

Cuando Cesio me tomó en brazos para cruzar el umbral, no pude evitar cerrar los ojos: ya había cargado conmigo antes, pero no con tanto vino en el cuerpo y una toga que entorpecía sus movimientos.

Sin embargo, me depositó con suavidad en el atrio, un bonito patio adornado con flores.

Después, ante la mirada de los invitados más íntimos, tuvimos que cumplir con los ritos que mandaba la tradición: Cesio me entregó un cuenco con agua y esperó a que yo prendiera el fuego del hogar con la antorcha que me dio Vero. Después, rogamos a los lares de la familia que protegieran la unión y alejaran los malos espíritus.

La boda había acabado, y todo el mundo sabía lo que tendría que ocurrir a continuación. Estaba temblando. Vero me guiñó un ojo, le dijo algo bastante subido de tono a Cesio, que no llegué a escuchar, y desapareció con la mayor parte de los invitados.

Nos quedamos solos, sumidos en un silencio que solo rompía el canto de los grillos y el chisporroteo de los braseros que alumbraban las esquinas. Me estremecí, nerviosa, incapaz de levantar la vista del suelo.

–Ven –me pidió Cesio tendiéndome la mano.

Obedecí dócilmente, pero cuando vi que nos alejábamos del atrio en una dirección que no esperaba, me atreví a mirarle de reojo.

–¿Dónde vamos?

–Quiero enseñarte la casa.

–¿Ahora?

–¿Por qué no? Mira –dijo, abriendo una de las puertas–, esta es una de las bibliotecas.

Me asomé tras él con timidez y eché un vistazo en una estancia que apenas estaba iluminada por un par de lucernas. Distinguí las altas estanterías, listas para llenarlas de rollos, pero aquel era el único mobiliario con el que contaba.

Cesio cogió una de las lucernas, alimentada por algún aceite aromático, y me condujo a través de la sala sin prisa, hasta que llegamos a un peristilo únicamente iluminado por la luz de la luna. Pude distinguir varias estatuas, buenas imitaciones griegas en mármol, rodeadas por setos, plantas y rosales que comenzaban a anticiparse a la primavera. El canto de los grillos se mezclaba con el sonido de una fuente cercana, en torno a la cual varias luciérnagas danzaban sin reparar en nosotros, y el olor a romero invadía el aire.

Di unos pasos, respirando aquella paz, hasta que me di cuenta de que Cesio me estaba observando apoyado contra una de las columnas, tal y

como hizo cuando habíamos visitado la tumba de Alejandro Magno, hacía casi un año.

–¿Qué ocurre? –le pregunté, sonrojándome.

–Eres preciosa.

Desvié la mirada hacia el suelo, repentinamente azorada. El silencio amenazó con volverse incómodo, pero Cesio me tomó de la mano y me condujo hasta un banco de mármol.

–Creo que tenemos una conversación pendiente –dijo con suavidad cuando nos sentamos.

Me temblaban las manos y, aunque intenté disimularlo, él se dio cuenta.

–¿De qué tienes tanto miedo?

–Es vergüenza, en realidad –admití antes de volverme hacia él–. Siento muchísimo haberme ido así de Alejandría. No espero que me perdones, pero sé que actué mal y cuando te vi en el puerto yo...

Se me quebró la voz.

–En aquel momento no lo entendí –reconoció en un susurro–, pero después sí. Me enteré de todo, Julia, de tu plan y de tu misión. No te reprocho nada. Hace mucho que te perdoné. De todos modos, me gustaría preguntarte una cosa, si me lo permites.

Asentí con un nudo en la garganta. Cesio reflexionó durante unos segundos, en los que no apartó sus ojos de los míos.

–¿Por qué no me dejaste participar en tus decisiones?

–Porque estaba segura de que lo nuestro no iba a ningún sitio –respondí en el mismo tono que él–. No quería hacerte sufrir. Jamás pensé que mi hermano accedería a esta boda.

–¿Por qué?

–Porque Vero necesita influencias para entrar en el Senado y tú no se las puedes proporcionar –susurré tan bajo que dudé que lo hubiera oído.

–Julia, las influencias se compran y mi familia tiene mucho dinero.

–¿Tanto como para financiar su carrera?

En vez de sentirse ofendido por mi pregunta, él amplió su sonrisa.

–¿Cuánto crees que ha costado esto? –dijo, haciendo un gesto en dirección a la casa.

Titubeé. Tenía que ser casi un palacio. Por lo poco que había visto, tenía al menos tres alas. Además, contaba con varios patios ajardinados y las estancias suficientes como para contener a una legión de esclavos.

–Más de lo que podría yo gastarme en el alquiler –reconocí.

Oí su risa suave.

–Julia, no es un alquiler. Es el regalo de boda de mis padres. La casa está a mi nombre. ¿Responde eso a tu pregunta?

Me quedé atónita. Para permitirse aquello, tenía que ser

increíblemente rico.
–¿Es tuya?
–Sí –respondió Cesio ante mi incredulidad.
–¿Entonces, Vero...?
Él entendió a lo que me refería.
–No tenemos ningún acuerdo explícito, pero lo ayudaré.
Una sospecha comenzó a tomar forma en mi mente y fruncí el ceño.
–¿Esa es la razón...?
Cesio no me dejó terminar.
–¡Claro que no! Julia, deberías haberte dado cuenta hace mucho tiempo de que lo único que quiere Vero es que seas feliz, y yo, también. No sabes lo mucho que insistió en eso mientras negociábamos el contrato matrimonial.
–¿Por eso aceptaste todas mis condiciones?
–Eran razonables –dijo él encogiéndose de hombros–. Además, comprendía tus recelos.
Lo miré. Allí, bajo la luz de la luna, sus rizos tenían destellos claros.
–¿Por qué no querías que supiera quién eras?
Su sonrisa franca me desarmó.
–Porque la última vez que pretendiste evitarme, te subiste a un barco y recorriste más de mil millas con tal de dejarme atrás. No me apetecía que, si te lo decía, hicieras lo mismo y tuviéramos que ir a buscarte más allá del Rin.
Vi el destello divertido de sus ojos y me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Suspiré y titubeé, sin decidirme a acercarme. Él resolvió mi duda cogiéndome con suavidad y atrayéndome hacia él hasta que pude apoyar la cabeza en su hombro. Inspiré su olor una vez más después de tanto tiempo y él me acarició el cuello con el pulgar en un gesto tan tierno que estuvo a punto de conmoverme.
No obstante, de pronto, caí en la cuenta de algo y le miré.
–¿Qué papel tiene Vespasiano en todo esto?
Vi que Cesio elegía sus palabras con mucho cuidado.
–El emperador considera que le has sido útil y quiere garantizarse tu lealtad.
–¿Eso es lo que te ha dicho?
Cesio sonrió.
–Eso es lo que se supone que no puedo contarte. Vespasiano te conoce mejor de lo que crees. Sabe que, pese a todo, velarás por los intereses de tu marido, por eso buscaba a alguien cuya lealtad hacia él fuera firme como modo de encauzar la tuya.
–¿Por eso te eligió a ti?
Esta vez, el tribuno dudó.
–No me tenía a mí en mente cuando lo ideó, pero fui lo suficientemente rápido como para convencerlo antes de que hablara

de otros candidatos con Vero.

Me estremecí y agradecí a los dioses aquel golpe de suerte. Nos quedamos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos bajo la luna. Sin embargo, había otro tema que me rondaba por la cabeza.

–Ahora que estamos casados, querría aclarar algunas cosas… Sabes lo que pasó con Aureliano y lo que hice en Roma.

–A grandes rasgos, sí.

–¿Y no te importa? –Necesitaba oírlo de sus labios.

Cesio comprendió sin necesidad de palabras.

–No, Julia. Obedeciste órdenes y salvaste vidas. Sé de tus gestiones con el Senado y lo que pretendía hacer Antonio con ellos. De no ser por ti, la mitad de los rebeldes que ahora agradecen la clemencia de Vespasiano estarían muertos y la guerra civil no habría acabado. Fuiste más inteligente que ellos. El emperador me lo dijo cuando le expuse mis intenciones –admitió.

–¿Por qué?

–Supongo que querría advertirme de lo que eres capaz de hacer por si, en la noche de bodas, pretendías apuñalarme con esa daga que sigues llevando hábilmente escondida en el pelo.

Sus ojos mostraron un brillo divertido y yo, por primera vez en todo el día, comencé a relajarme.

–Jamás se me ocurriría –le aseguré en el mismo tono.

–Lo sé –respondió él, abrazándome de nuevo.

Durante unos momentos, lo único que se oyó en el peristilo fue el correr del agua y los sonidos amortiguados que traía la noche romana hasta nosotros.

–¿Te arrepientes? –preguntó Cesio sin previo aviso.

Sabía a lo que se refería, por lo que clavé mis ojos en su mirada clara.

–No.

Vi el alivio reflejado en su expresión, como si le hubiera quitado un peso enorme de encima. Después, sin que lo viera venir, me besó con suavidad en los labios. Todas las emociones que había estado reprimiendo hasta ese momento volvieron a mí con la fuerza de un tornado y me hicieron temblar. Cuando nos separamos y nos miramos a los ojos, me pareció que apenas había durado un suspiro.

–Te he echado mucho de menos, Julia.

Le acaricié la mejilla, incapaz de hablar, pero él lo comprendió. De pronto, pareció recordar algo y me sonrió.

–Tengo un regalo para ti.

–¿Más? –inquirí, sabiendo que solo aquella casa superaba con creces lo que esp,eraba recibir.

–En realidad, también es de parte de Vero –admitió, tendiéndome un pequeño paquete de tela.

Al abrirlo, un bonito anillo de oro, muy sencillo, pero bien trabajado, cayó en mi mano. Tenía grabadas una granada, símbolo de Venus, y una rama de olivo, símbolo de Minerva. Más abajo, distinguí mis iniciales a la tenue luz de la lucerna que reposaba cerca de Cesio.

–Vero se encargó de fundir al fin el anillo de tu padre y ambos coincidimos en que, si ibas a ocuparte de los barcos, necesitarías tener tu propia firma.

Sabía lo que significaba: no necesitaría depender de nadie para dar las órdenes que considerara oportunas. Acababa de proporcionarme una libertad que creía haber perdido, en parte, con aquel enlace. Se me empañaron los ojos sin poder evitarlo.

–Oh, Aulo...

Él me besó de nuevo, sin darme tiempo a agradecérselo, con una dulzura que hizo que me rindiera por completo entre sus brazos. No sé cuánto tiempo permanecimos sentados en el peristilo, en silencio, abrazados, disfrutando de la presencia del otro, pero cuando Cesio se dio cuenta de que comenzaba a temblar debido a la brisa fresca de aquella noche, decidió volver a entrar en la casa.

Su habitación, la única que tenía mobiliario, contaba con una cama, un pequeño arcón, una silla alta y una mesa auxiliar sobre la que descansaba una campanilla con la que llamar a los esclavos.

A continuación, cerró la puerta, me abrazó por detrás y me empezó a hacer cosquillas en el cuello con los labios. Con cuidado, me quitó la corona de flores que aún llevaba en la cabeza y me ayudó a desprender los alfileres que sujetaban el peinado. Cuando retiró la daga, mi pelo quedó suelto y sus dedos comenzaron a jugar con los bucles que formaban los mechones rebeldes, como si apenas hubieran pasado unos pocos días desde la última vez que lo hacían.

Me temblaron las manos cuando le ayudé a quitarse la toga. Lo miré a los ojos y, aunque apenas había luz, su calidez me arropó. Dejé que me besara, que me mordisqueara las orejas mientras me quitaba los pendientes y que jugara con los broches y las cintas que sujetaban mi vestido mientras me hacía cosquillas.

Me atrajo hacia él y me volvió a besar antes de que consiguiera desabrocharle el cinturón. Pronto, la ropa quedó abandonada en el suelo, mientras él hacía que me recostara en la cama.

Nos miramos unos instantes. El deseo ardía en sus ojos claros con tanta fuerza y su cuerpo desprendía tanto calor que creí que me derretiría en cuanto lo tocara. Lo acaricié, prendida de su mirada, y noté que el corazón le latía desbocado en el pecho.

–Te amo –musitó, apartando un mechón de pelo de mi frente. Era la primera vez que lo decía.

Me incorporé levemente y lo besé hasta dejarlo sin aliento. Hundí mis manos en sus rizos y, cuando estaba a punto de hacerle perder el

control, me separé para mirarlo de nuevo a los ojos. Vi que contenía la respiración.

–Y yo a ti, Aulo –respondí.

Aquella noche, hicimos el amor con la certeza de que teníamos todo el tiempo del mundo para nosotros.

Epílogo

Marco hizo girar el excelente vino blanco en su copa, pensativo.

Julia acababa de acostarse, demasiado cansada como para seguir hablando tras un ataque de tos. Él también debería haberse ido a la cama, con Valeria, pero no podía dejar de pensar en todo lo que le había relatado su madre, por lo que, en vez de dar vueltas en el lecho, se refugió en uno de los *triclinia* para poder reflexionar en paz.

Aun así, distraído como estaba, no se le pasó por alto el ruido que hizo la puerta de la entrada al abrirse ni el ruido de telas y pasos que se acercaban.

Un hombre alto, bien vestido y en buena forma para su edad entró en la estancia. Sus ojos claros, tan profundos como el Mediterráneo, parecían cansados.

–Padre –saludó.

–Marco –dijo, quitándose la capa y recostándose en uno de los divanes con un suspiro de alivio–. Los esclavos me han dicho que estabas aquí. ¿No puedes dormir?

El joven hizo una mueca.

–No paro de darle vueltas a lo que nos ha contado hoy madre.

Cesio sonrió levemente.

–¿Hasta dónde ha llegado?

–Hasta vuestra boda.

Cesio cerró los ojos y amplió su sonrisa.

–Oh, aquel fue un gran año, a pesar de todo. Recuerdo cómo temblaba cuando me reconoció frente al altar... y Alejandría... –Él pareció perderse en sus recuerdos antes de volver a la realidad–. ¿Cómo está ahora?

–Descansando. Ha hablado durante un buen rato y le ha pasado factura. ¿Crees que se recuperará?

Cesio observó a su hijo. Se parecía mucho a él, a pesar de que tenía los ojos de Julia y la expresión seria de su tío Vero.

–Tu madre es fuerte –le recordó–. Un día, hace dos semanas, cuando la fiebre era tan alta que la hacía delirar y apenas podía respirar, el médico dijo que no superaría aquella noche. Ella lo oyó. A la mañana siguiente, se levantó y, no contenta con demostrar que seguía viva, echó al médico por incompetente. Está mejor –le aseguró–, y empieza a recuperar las ganas de vivir. ¿Le has dicho que esperas un hijo?

Marco asintió.

–Entonces se empeñará en conocerlo –dijo Cesio–. Además, ha

decidido escribir sus memorias y eso la tendrá entretenida una buena temporada.

–Eso espero –suspiró Marco, dándose cuenta de lo cansado que estaba–. ¿Qué tal en Roma? Pensé que llegarías antes...

Su padre gruñó, desanimado.

–He hablado con el responsable del sorteo que decidirá la provincia a la que te destinan. Evidentemente, está amañado. Me ha dicho que tienes dos opciones.

Marco posó la copa de vino sobre la mesa auxiliar.

–Tengo la impresión de que ninguna me va a gustar... ¿Cuáles son?

–Bueno, puedes ir de cuestor con tu tío a la Bética y codearte con la mitad de la familia del emperador... o venir conmigo.

Marco miró a su padre, comprendiendo las implicaciones de lo que acababa de decir.

–¿Ir contigo? ¿Para eso te ha hecho llamar Trajano?

Cesio asintió y se sirvió algo de vino mientras Marco lo observaba con el ceño fruncido.

–¿A dónde te envía?

–Rabbel II Sóter ha muerto y el emperador planea anexionar su reino al Imperio.

–¿Nabatea? ¿Te manda al desierto?

–A Bosra, concretamente, con al menos dos legiones y bajo las órdenes del gobernador de Siria.

El joven contrajo el gesto de la misma manera en la que lo hacía Julia.

–¡Pero te retiraste de la vida militar! ¿Por qué no envía a otro?

–Porque yo asistí a su coronación y conozco la situación política de la zona. Sinceramente, no me apetece ni lo más mínimo que se desate una guerra: pretendo ser diplomático y anexionar ese territorio de manera más o menos pacífica.

–¿Julia lo sabe?

–Deja que sea yo quien se lo diga –le pidió–. Mientras tanto, piensa en tus opciones. Entiendo que, tras la campaña de Dacia, no te apetezca volver a empuñar una espada tan pronto y, desde luego, es mucho más atrayente la idea de irte de fiesta en Corduba con tus primos...

–Iré contigo –lo interrumpió Marco.

Cesio se incorporó y puso una mano en el hombro de su hijo.

–No me respondas todavía. Piensa en Valeria y en lo que consideras mejor para vosotros: a Hispania te puede acompañar, pero a Bosra no. Reflexiónalo y ya hablaremos.

Marco asintió, pero Cesio vio el brillo de fiera determinación que invadía su mirada, tal y como se lo había visto tantas veces a Julia. Se despidió de él y recorrió la villa casi a oscuras, con la débil llama de

una lucerna como única fuente de luz. No obstante, conocía bien aquellos pasillos y no tuvo problemas en alcanzar la habitación donde su esposa descansaba. Apagó la llama y, sin hacer ruido, se quitó las botas y el cinturón antes de recostarse a su lado. Aunque intentó no despertarla, ella notó su presencia.

–¿Aulo?

–Duerme, Julia.

La oyó toser y la abrazó, rezando a los dioses que permitieran que viera un nuevo amanecer, tal y como hacía cada noche desde que había enfermado.

–¿Has hablado con Trajano? –inquirió ella cuando se recuperó ligeramente.

–Sí, mañana te lo contaré todo –le susurró–, pero tienes que descansar.

Ella, por una vez, no discutió.

Agradecimientos

Queridos lectores:

En primer lugar, me gustaría agradeceros haber llegado hasta aquí. Espero que hayáis disfrutado de esta novela tanto como yo lo he hecho escribiéndola. Sin vosotros, todo esto no tendría sentido. Gracias.

A Laura Díaz, que ofreció ayuda de manera desinteresada a una niña de dieciséis años que contactó con ella por Internet. Sin tu cronología de los sucesos del año de los cuatro emperadores, no hubiera sabido por dónde empezar ni a qué fuentes acudir.

A Penélope Acero, mi editora, por confiar en esta historia y por todo su increíble trabajo de edición. Sin ti, Julia hubiera dado muchas más vueltas.

A María Jesús, mi madre, por transmitirme su pasión por la lectura y llenar nuestra casa de libros: es lo más parecido a un paraíso que puedo imaginar. A César, mi padre, que ha acabado aprendiendo quién era Tito de tanto que me ha escuchado decir su nombre. A Sofía, mi hermana, que tiene un máster en paciencia y, aun así, consigo agotársela cuando me pongo a hablarle de Roma.

A Juan Carlos, por acompañarme durante el proceso de escritura, por leer cada capítulo y ofrecerme sus impresiones. Gracias por todo tu tiempo.

A Markel, que ya me está pidiendo la segunda parte, y al resto de mi familia, amigos y profesores por su apoyo incondicional. Por permitirme soñar despierta, por creer firmemente que puedo conseguir lo que me proponga aun cuando yo misma dudo, por ayudarme a crecer en todos los sentidos.

A todos los que, de una u otra manera, han aportado su granito de arena y comparten mi pasión por Roma y la historia.

Gracias.